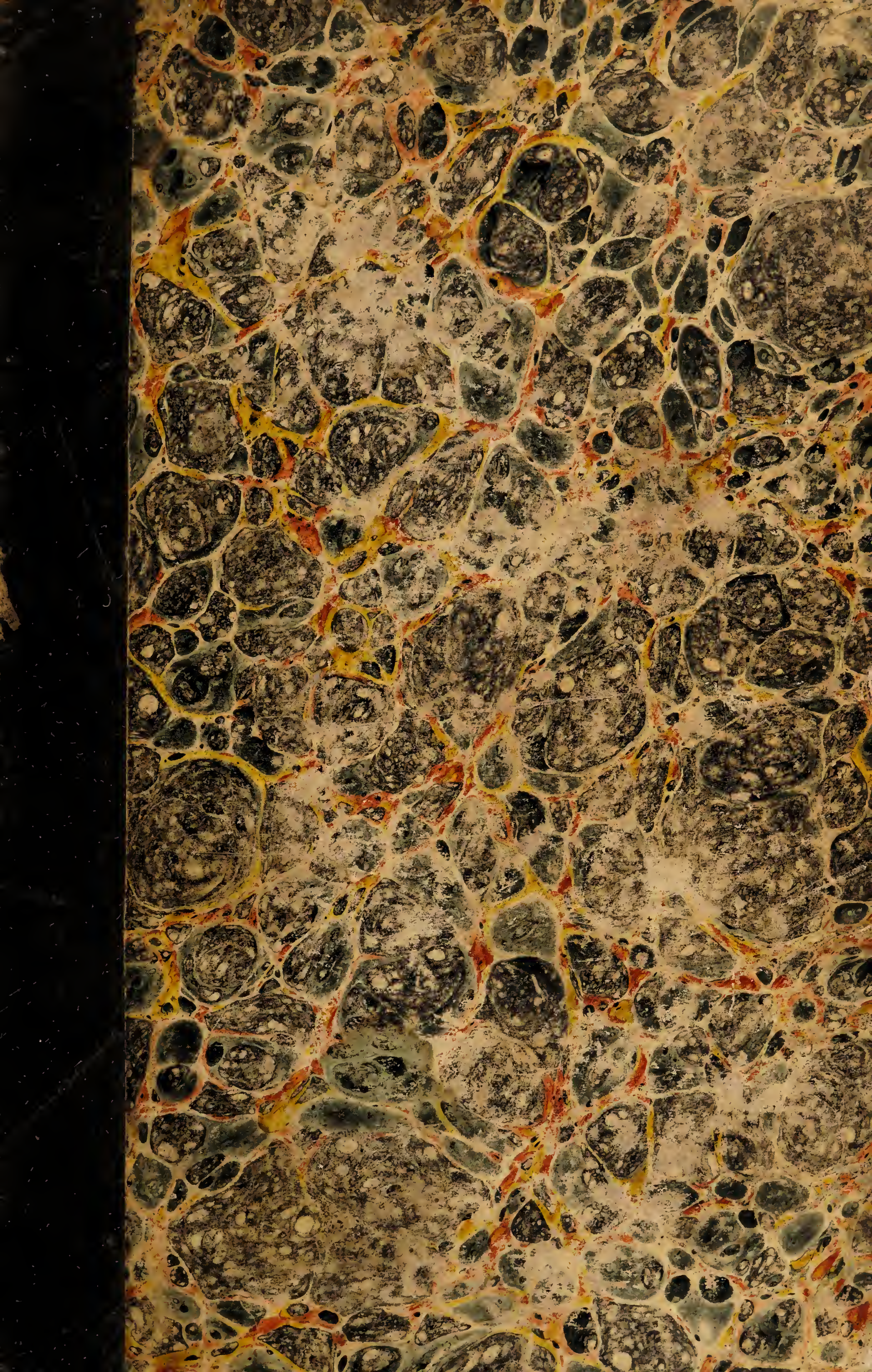




HISTORIA

dramática y pintoresca

DE LOS JESUITAS.



Coluna de Juan Chatel.

HISTORIA

dramática y pintoresca

DE

LOS JESUITAS,

DESDE LA FUNDACION DE LA ÓRDEN HASTA NUESTROS DIAS,

POR

ADOLFO BOUCHER.

Ilustrada con treinta magníficas láminas iluminadas,

TOMO II.



BARCELONA.

IMPRENTA DE A. GASPAR, Y M. SAURÍ, EDITORES

—

1847.


WELLCOME
HISTORICAL
MEDICAL
LIBRARY

PARTE QUINTA.

LOS JESUITAS EN EUROPA.



PRÓLOGO.

Los Asesinos.

Existió una secta, una Asociacion rara, misteriosa y terrible, que acampando en medio de las naciones cual una horda de Beduinos en el seno del gran desierto, miraba al mundo entero como una vasta presa; y el mundo temblaba solo al pensar en ella. Reyes poderosos, temibles déspotas, se hacian feudales de esa Secta para evitar los mil puñales que á todas horas tenian á sus órdenes, pues siempre reinó por el terror.

Era cabeza de la Asociacion un gefe supremo, absoluto y que á su arbitrio podia disponer del alma y del cuerpo de sus subordinados, quienes al entrar en la Asociacion, abdicaban solemnemente su voluntad propia, haciendo voto de no tener otra que la del gefe superior: dependientes de este último habia gefes subalternos puestos cada uno de ellos al frente de una provincia.

Los miembros de la Sociedad se dividian en tres clases. La primera era la de los *Doctores*, de entre los cuales el gefe supremo elegia no solamente los grandes dignatarios de la Asociacion, sino tambien los predicantes encargados á la vez de instruir á los nuevos iniciados y de acrecentar el número. Solo los individuos de esa primera clase sabian los secretos de la Asociacion, su objeto y sus medios, sus reglas y sus leyes. La iniciacion de los demas miembros era mucho menos completa.

Para esa primera clase el fundador de la Secta habia trazado algunas *Instrucciones secretas*, en que los doctores aprendian:

1.° Las palabras, signos y símbolos por cuyo medio debian darse á conocer á los iniciados;

2.° El modo de insinuarse á los que se pretendiese iniciar, y apoderarse de su confianza;

3.° El arte de abrumar el talento del candidato, llenándole de dudas acerca de su creencia;

4.° La fórmula del juramento por el cual el que se inicia se compromete á guardar secreto y á obedecer ciegamente á sus superiores;

5.° La historia de la Sociedad, la antigüedad de su doctrina, el fin hácia el cual debe siempre caminar;

6.° Una enseñanza moral y religiosa de las mas raras, pero de las mas sencillas, que trataba de alegorias los principios morales y los articulos de toda fe.

7.° Finalmente, la última de esas *Instrucciones* decia que todos los miembros de la Asociacion reconocerian en apariencia el gefe de la religion y que en alta voz proclamarian la obediencia á sus mandatos; pero que en realidad solo reconocerian el poder de su gefe, á cuyo servicio se consagraban.

Pertenecian á la segunda clase de la Asociacion los *Compañeros* ó simples *Iniciados*, sobre quienes reinaba el gefe de la Secta. Formaban la tercera clase los *Adictos*, y eran los ciegos instrumentos del gefe, los brazos de que él era la cabeza. A esos no se les enteraba de nada tocante á la Asociacion, ni se les esplicaban las órdenes dadas; se les decia: » Marchad! » y ellos marchaban: » Matad!» y ellos mataban: » Morid! » y ellos morian. Oh! era muy terrible el poder que tenia á sus órdenes tales agentes!

Los *Adictos* eran admitidos muy jóvenes y los educaban en casas grandes á donde nadie penetraba sin el permiso de los *Doctores* que eran sus superiores. Allá aprendian que la única religion era la obediencia á su gefe supremo; que sacrificándose al cumplimiento de sus órdenes, gozarian una felicidad eterna en la otra vida; pero que un solo acto de desobediencia los precipitaria al infierno para siempre jamás. A fin de grabar con mas fuerza y con artificio esos preceptos en su mente, se les hacia sentir con anticipacion el

premio y el castigo de la vida futura. Se les hacia oir atroces gritos de los condenados; se les engolfaba en un piélago de delicias infinitas, de placer eterno, mar celestial en que los elegidos se sumergen sin encontrar nunca la saciedad ni el cansancio. Preguntábanles luego si querian evitar el suplicio de aquellos y merecer las delicias de estos, y decíanles cuanto habian de hacer para alcanzarlo; lo cual se reducia frecuentemente á dar una puñalada al soberano que osaba declararse enemigo de la terrible asociacion!

¿No se encuentra una horrible pero curiosa semejanza entre esa asociacion, y la que cuatro siglos mas tarde fué llamada Compañía de Jesus?...

Mas la asociacion, cuya rara fisonomía acabamos de esquiciar no tuvo por fundador á Ignacio de Loyola, un cristiano de España, sino á Hassan ben Sabbah, musulman del Khorassan, en una region de Persia! Los sectarios de Hassan se llamaron *Haschischin*, del *Haschisch*, brevaje embriagador, especie de opio que se saca del cáñamo y que se hacia beber á los ejecutores de las sentencias del *Señor de las cuchillas*. Del término *Haschischin* hemos formado *Asesinos*, el cual convenia muy bien á los hijos del *Viejo de la Montaña*, nombre dado por los occidentales al gefe supremo de la terrible asociacion (1). Casi por el espacio de un siglo y medio ese gefe hizo temblar en sus tronos á la mayor parte de los soberanos de Asia; y tambien debieron temer el poderío asombroso del *Señor de las cuchillas* los príncipes del Occidente, que guiados por los cruzados fueron entonces á aquella parte del mundo. Solamente uno entre ellos, un rey de Francia, Luis IX, á quien canonizó la Iglesia y la historia ha proclamado hombre célebre, osó desafiar á los *Asesinos*, que admiraron su valor y respetaron su persona.

Para dar una idea del modo como el *Viejo de la Montaña* tenia encadenadas las voluntades de sus súbditos, bastará decir que habiendo designado á los puñales de estos un príncipe musulman, ya habian sido llevados á la muerte ciento diez y nueve de esos desgraciados sin haber podido cumplir la sangrienta mision, cuando el siguiente, el ciento veinte, sin que le intimidase la suerte de sus cómplices dió cima al juramento prestado al *Señor de las cuchillas*.

(1) La palabra árabe Cheich significa literalmente anciano; y de aqui ha provenido el nombre de *Viejo de la Montaña*, dado por los Occidentales al *Cheick al-Gebel*.

A fin de asesinar al marqués de Monserrat, que habia establecido un principado en Siria, los súbditos del *Viejo de la Montaña* se hicieron cristianos, y disfrazados de monges pudieron acercarse á este príncipe, á quien cosieron á puñaladas. Solo con la muerte se perdonaba la falta de cumplimiento en la mision confiada á los *Asesinos*; y aseguran que se vió llorar de vergüenza y de rabia á las madres de algunos que por habérseles frustrado la tentativa de asesinato evitaron la muerte huyendo...

La secta ó asociacion de los *Asesinos* creada hácia principio del siglo undécimo, fué destruida en 1258 por los Mongols, cuando el fundador Hassan habia tenido siete sucesores.

Si se nos pregunta con que objeto hemos recordado la existencia de esa espantosa secta, contestarémos por la razon que vamos á hablar de otra secta mas espantosa aun; porque en los *Asesinos* del Asia hay bastantes hechos que pueden servir para hacer conocer los *Asesinos* de Europa!

Los *Haschischin* tenian palabras, signos y símbolos misteriosos para servir de medio de reconocimiento entre los iniciados: aseguran pues que los Jesuitas tienen igualmente palabras, signos y símbolos para reconocerse entre sí. Por una persona que creemos bien informada sabemos que un Jesuita reconocia á un cofrade suyo con solo mirarle. Vestidos de sacerdote se distinguen por el estilo de llevar el pelo, etc.

Los *Haschischin* estaban divididos en varias clases, poco mas ó menos como los Jesuitas, pues los *Dais* ó doctores son los *Profesos de los cuatro votos*. los *Refiks* ó Compañeros, los Jesuitas de los tres votos; los *Hermanos Coadjutores*, el populacho de la asociacion; los *Fedavies ó Adictos* son los novicios *Escolares* y á veces los *Afiliados*. ¿Hase notado la rara y pasmosa semejanza que existe entre los medios de que se valian para regir á su antojo á los futuros ejecutores de las órdenes del *Señor de las Cuchillas*, y los puestos en uso respecto á la jóven milicia del general de la Compañia de Jesus?

Unos y otros eran llevados por los Dais ó superiores á tal grado de exaltacion, que les presentaba el cumplimiento de las órdenes de su gefe como la única senda para ir al Cielo y su desobediencia como el camino cierto del infierno. El *Haschisch* del *Viejo de la Montaña* no valia de mucho el libro de los *Ejercicios espirituales* de

Ignacio de Loyola, ni podia comprarse con el *Aposento de las Meditaciones* (1).

¿Las *Instrucciones* dadas por *Hassan* á sus sectarios no tienen el mismo objeto que lo llamado Constitucion y Código de los Jesuitas? ¿No debian trabajar los doctores Hiaschischin en ganar la confianza de los demas hombres y en insinuarse á ellos, abrumar su cabeza llenándolas de dudas religiosas? En efecto, las leyes que sabemos de los Jesuitas parecen calcadas sobre ese modelo! Y ¿al igual de los Dais no profesan los casuitas de la Compañía,» que los principios de moral y los artículos de fé solo son alegorias? Nadie mejor que los Reverendos Padres han sabido cambiar la moral y la religion en la blanda y flexible cera que entre sus dedos hábiles toma la forma que se le quiere dar!... Cosa mas estraordinaria! asi como los Jesuitas, y creemos haberlo probado, proclamando en alta voz que se consagraban de un modo particular soldados sujetos al papa, no se han quedado atrás en mostrarse rebeldes á la santa Sede; de la misma manera los Haschischin, protestando igualmente su adhesion al califa de los verdaderos creyentes, en realidad no reconocian otro gefe que el de su asociacion. En esa última circunstancia sobre todo se observa una exactitud verdaderamente milagrosa!

Si tuviésemos conocimiento de todas las leyes de los Jesuitas, sin duda hallariamos nuevos puntos de contacto entre ellos y los *Asesinos*. Debemos observar que mas de una vez se ha comparado á los Jesuitas con los francmasones; asi es que en el siglo décimo octavo en un libro cuyo título es: *Los Jesuitas arrojados de la masoneria* (2), el autor que se titula *Oriente* de Lóndres pretende probar « la identidad de los cuatro votos de los Jesuitas y de la masonería de san Juan. » Quizás mas adelante examinarémos la certeza que hay en esa identidad, la cual no haria el elogio de los francmasones.

Se ha dicho de los *Haschichin*:

«Su doctrina, que en apariencia conservaba la religion y la moral, destruyendo en realidad una y otra, pero encubierta y disi-

(1) Luego demostrarémos que en medio de los terrores del *Aposento de las Meditaciones* Juan Chatel fue vencido por la furiosa locura que poco despues le impelió al crìmen.

(2) Por V. Bonneville, impreso en 1788

muladamente, debió tener un grande aliciente en el comun de los hombres, en cuya alma hay una innata inclinacion á la creencia religiosa, al paso que su naturaleza siente por ella cierta repugnancia y se aleja de ella por causa de los obstáculos ó de los castigos que ofrece á sus inclinaciones. Mas la doctrina predicada por el *Viejo de la montaña* y por sus *Dais* halló el medio de conciliar el sentimiento religioso con los apetitos humanos, por cuya razon le ganó numerosos y acerrimos partidarios, que con satisfaccion se prestaron á obedecer cada una de sus mas absurdas prescripciones y de sus mas odiosas voluntades; pues aquellas no se oponian á las inclinaciones de los sectarios, y á estas se les consideraba puestas en lugar de todos los deberes religiosos.»

¿Cuanto se ha dicho de los *discípulos* de Hassan, hijo de Sabbah, no podria decirse de los hijos de Loyola? Nosotros demostrarémos que entre los Reverendos Padres tambien ha habido *Adictos*, que merecen el título de Asesinos con tanta justicia como cualquier *Fedavié*.

CAPÍTULO PRIMERO.

Jaime Clemente, Barrieres, Juan Chatel y Ravaillac.

Muy desde sus principios procuraron los Jesuitas establecerse en Francia, mas apenas hubieron penetrado en esa tierra cuando se manifestó contra ellos una aversion de la cual no han triunfado nunca. Despues que hubo logrado Ignacio de Loyola que la santa Sede reconociese la existencia de la Compañía, envió á Francia algunos de sus discípulos con el objeto de que preparasen las cosas de modo que la órden pudiese establecerse sólidamente en ese reino, á pesar de lo cual durante algunos años los Reverendos Padres vivieron muy ignorados á despecho de sus esfuerzos, y consiguieron tan poca cosa, que el general hubo de enviarles desde Roma el dinero necesario para su subsistencia. A poco tiempo lograron hacerse amigo á Guillermo Du Prat, obispo de Clermont, quien los autorizó para fundar en su diócesis los colegios de Billom y de Manriac, ausiliándolos para ello con cuarenta mil escudos. Es probable que el jesuita confesor del obispo de Clermont probó á su penitente que aquel era el mejor uso que podia hacer de las inmensas sumas arrancadas por su padre el Canciller Du Prat á la

gente pechera de Francia. El mismo prelado dió tambien á los Jesuitas un palacio que poseia en la calle de Saint-Jacques en París, el cual en honor suyo fué apellidado Colegio de Clermont, y que es hoy dia el conocido con el nombre de Colegio de Luis el Grande. Simultáneamente y por influjo de su poderoso protector lograron que el Abad de Saint-Germain-des-Prés les cediese una capilla para celebrar en ella los divinos oficios, pues hasta entonces casi siempre dijeron misa en la iglesia de Ntra. Sra. de los Campos, antiguo retiro de su fundador.

Muerto el Obispo de Clermont hallaron los Jesuitas otro protector en el cardenal de Lorena, hijo de la orgullosa y potente casa de Guise, y de quien se sospecha que quiso ser nombrado patriarca de Francia: y aun puede ser que el cardenal trabajára activamente para que los Jesuitas se estableciesen en Francia á consecuencia de la liga que con ellos habia quizás ajustado. Es lo cierto que en 1550 recabó de Enrique II una patente que les permitia establecerse en el reino; pero cuando el real permiso fué presentado al parlamento, este que estaba muy poco dispuesto á favor de la nueva órden religiosa, mandó que la licencia fuese presentada al obispo de París Juan de Bellai y á la Sorbona, que se declararon abiertamente contra la admision de los Jesuitas. Hasta 1569 y durante el efímero reinado de Francisco II no consiguieron los reverendos padres que el parlamento sancionase su establècimiento en Francia, reconociendo y registrando la nueva patente que les sacó el cardenal de Lorena, cuyo poder era entonces ilimitado. Cuando describamos la lucha de los Jesuitas con la Universidad de París, lo cual bien merece un capítulo aparte, indicarémos las condiciones con que fueron admitidos. Hasta entonces los Jesuitas habian enseñado á escondidas y á puerta cerrada en su colegio de Clermont, procurando no obstante tener allí profesores célebres cuyas lecciones deseaban escuchar y seguir muchísima gente; mas pertrechados ahora con la patente ya registrada creyeron venido el momento de salir del silencio y de la obscuridad que tan enojosos les eran. Preludiaron sus intentos abriendo con gran pompa los cursos de su colegio, pero la Universidad pretendió al punto que no tenian derecho para enseñar y se entabló el litigio que á la hora de esta no está terminado.

Reinaba entonces Carlos IX á quien los Jesuitas tuvieron el talento de persuadir que la Universidad se mostraba enemiga suya, porque vaticinaba que ellos habian de ser los defensores y los vengadores del catolicismo amenazado. Carlos IX se hallaba entonces en Tolosa á donde fué para calmar algunos disturbios y en donde se ocupaba en cambiar los nombres de sus dos hermanos, como que obligó al Duque de Anjou á llamarse Enrique en vez de Alejandro, y al duque de Alençon, Francisco en lugar de Hércules. Mientras que ese miserable príncipe se esforzaba por ese medio en cercenar las alas á la ambicion de sus hermanos, permitía que su madre la asquerosa Catalina de Médicis preparase la horrenda noche de S. Bartolomé, y que los Jesuitas echaran raices en el suelo de Francia. Aun no se hallaban estos establecidos con bastante solidez ni tenian el influjo ni la popularidad necesarios para que pudiesen representar un papel importante en aquel sangriento drama; mas sin embargo puede creerse que si Catalina de Médicis se manifestó propicia á la Compañía, y si á pesar del contrario parecer del Fiscal logró que el parlamento pronunciase un fallo que nada decidia, y que tras ese fallo viniera una Real órden autorizando provisionalmente á los reverendos padres para que enseñasen; puede creerse, decimos, que la infernal Florentina se manifestó dispuesta en favor de los hijos de Loyola porque juzgó encontrar en ellos sabuesos muy capaces de pararle la caza humana que ella se preparaba á correr. Los Jesuitas profesaban ya el principio de que un herege no debia esperar gracia de un católico, aun cuando el herege fuese el padre, y el católico fuese su hijo. Con tales máximas bien eran los hijos de Loyola dignos consejeros de Catalina de Médicis, como esta era digna de tener por consejeros á tales hombres.

Los calvinistas decidiendo la cuestion acusan á los Jesuitas de haber contribuido á la carniceria de aquella horrorosa noche, de suerte que segun Mezeray en venganza de ello Juan de Sare, que como almirante al servicio de los principes gefes del partido de los hugonotes recorria los mares, habiendose apoderado de un barco portugués al cual una tempestad separó de la flota de las indias, y habiendo encontrado á bordo cuarenta Jesuitas los hizó arrojar al mar, diciendo que en las borrascas tenian costumbre de alijerar su

buque de todo lo que era inútil ó nocivo (1). Sin embargo de esto repetimos que la bandera de S. Ignacio apenas aparece entre las tempestades de esa época funesta, y hasta el tiempo de la Liga no se la vé alzarse poco á poco y dominar en fin á las banderas rivales.

Entonces Paris, Lyon, Burdeos, Ruan, Marsella y otras muchas cuidades menos importantes permitan á los Jesuitas establecerse en su recinto, con lo cual son en Francia tantos, tan ricos y tan influyentes; y tan numerosos sus colegios, residencias, seminarios y casas de toda especie, que el general de la Compañía juzga á propósito dividir el reino en muchas provincias jesuíticas.

Carlos IX habia muerto ahogado por los vapores de la sangre que hacia ó dejaba derramar á torrentes, y nadie ignora que falleció sudando por todos los poros su sangre propia. El trono de Francia recae en Enrique III, que es el hijo predilecto de Catalina de Médicis, la cual para seguir reinando en nombre del nuevo rey resuelve hacer tan pesado el cetro puesto en su debil mano que él mismo pedirá á su madre que le libre de sustentarlo. Para conservar en su mano el timon del estado desencadena todas las tempestades contra la nave real que á cada instante parece proxima á zozobrar. Mientras tanto el débil monarca cerrando los ojos á fin de no ver la tempestad y tapándose los oidos para no oir su estruendo, que de cada vez es mas fuerte, se adormece mecido por la indolencia y los vicios que algunas veces interrumpen aquellas estravagantes muestras de arrepentimiento, tan estrañas y sin embargo tan comunes en esa época (1). Tales circustancias debian ser

(1) Tomo 3.° de la historia de Francia por Mezeray, edicion en folio. Aprovecharémos esta circunstancia para indicar à los lectores las dos etimologias de la palabra *hugonote* porque mas de una vez la encontraràn en este capìtulo, segun la vemos en la obra de De Thou. Los protestantes de Francia suponen que se llamaban *hugonotes* porque defendian el trono y los descendientes de *Hugo* Capeto contra Roma y los Guisas. Los catòlicos dicen que ese nombre proviene de *Hugon* duende muy conocido en Tours, que pasaba la noche en derredor de las murallas de esa ciudad cometiendo toda clase de bribonadas.

(2) Es sabido que Enrique III gustaba de representar en pùblico con sus favoritos los misterios de la Pasion, y muchos señores de gran fama tuvieron igual manìa. En 1588 Enrique de Joyense se trasladò de Paris à Chartres a la cabeza de una cofradia de penitentes que habia formado el mismo rey y de que hacian parte un presidente y muchos consejeros del Parlamento, canonigos, prelados, capitanes y magistrados. A la cabeza de la procesion, dice De Thou, iba un hombre con larga

favorables á los proyectos de los Jesuitas quienes abrazaron el partido de la Liga al punto que lo vieron formidable. El papa que al principio vaciló en decidirse por ella y que no quiso darle un breve, diciendo que no veia ese asunto con bastante claridad, acabó por concederle todo el apoyo imaginable. Sabido es que en su orígen la liga fué una especie de union de los católicos hecha contra los hugonotes; y los Guisas que se hicieron nombrar sus gefes no tardaron en hacer uso de esa arma para luchar con el rey, ora tratasen de destronarle en provecho del gefe de los príncipes Loreneses, ora pretendiesen tan solo aumentar el poder y la riqueza de su casa. Bien prento estalló una lucha abierta entre Enrique III y la Liga, á favor de la cual se declararon audazmente los Jesuitas de Francia, de suerte que fué nombrado *Correo* de la Liga el Padre Mattieu que estaba encargado de la correspondencia entre los Guisas y el Santo Padre, y no hacia mas que ir y venir de París á Roma y al contrario. No se mostraron menos fervorosos otros Jesuitas, y entre ellos los de Burdeos que quisieron revolucionar la ciudad contra el poder real; pero el Mariscal de Matignon gobernador de la Guyena desbarató la trama, cuyo resultado fué ahocar á algunos infelices que antes de morir confesaron haber sido impulsados por los Jesuitas y que debian comenzar por apoderarse del gobernador y asesinarle, para intimidar á la guarnicion. No queriendo el mariscal deshonrar al clero ó acaso para impedir que este aborreciese mas al rey, se contentó con arrojar de Burdeos á los Jesuitas quienes se retiraron á Periqueux y Agen. En Tolosa los

barba, sucio y grasienio, cubierto con un cilicio y llevando un ancho tahalì de que pendia un sable encorvado y haciendo sonar de tiempo en tiempo una trompeta de agrio timbre. Detràs de él marchaban con aire altanero y espantable tres hombres tan hediondos como el primero, con una marmita en la cabeza cual si fuera un casco, con una cota de malla encima del cilicio, con manoplas, chuzos y alabardas. Esos tres rompe esquinas llevaban consigo à Joyense que representaba à Jesucristo. con corona de espinas encima de la peluca, de la cual parecia chorrearle por la cara gotas de sangre, y llevaba una cruz de carton y se dejaba caer de tiempo en tiempo gimiendo, cual si no pudiera soportar tanto peso. A su lado iban dos muchachos que representaban la Vìrgen y la Magdalena que se deshacian en làgrimas. Se veian cuatro mozos de espuela agarrados à los cabos de las cuerdas con que Joyense iba atado, y pegando à este con largos latigos y con espantoso ruido.

Nadie ignora les grotescas procesiones que hicieron los frailes para conmover al pueblo de Paris contra Enrique de Navarra y contra los hugonotes; y no tardarémos en ver que tambien los jesuitas echaron mano de esas farsas y bogigangas ridiculas y escandalosas

Jesuitas promovieron en 1589 contra la autoridad real una revolucion mucho mas terrible (1), en la cual pereció el primer presidente Duranti, íntegro y venerable magistrado que por haberse opuesto constantemente á los proyectos de los revoltosos fué encarcelado por ellos. Acude luego el pueblo en tumulto y á grito herido pide que se lo entreguen para matarlo. *Ecce homo*, dijo un emisario de los Jesuitas parodiando las palabras de que se sirvió Pilatos para entregar el Hombre Dios á los judios; mas á la vista del primer presidente los revoltosos se paran y vacilan, y Duranti con aire tranquilo les pregunta si está en presencia de sus jueces y que crímen ha cometido. Nadie osa contestar, pero en aquel momento un furioso dispara á quema ropa un pistoletazo al presidente que al punto recibe mil heridas, y el populacho dejándose llevar por su sanguinario apetito se lanza sobre el cadaver, lo arrastra por las calles y lo hace mil pedazos. Juan Estevan Duranti primer presidente del parlamento de Tolosa introdujo los capuchinos en la ciudad, y les dió habitacion y los mantuvo hasta que les hubieron edificado el convento; y sin embargo durante tres años se privó á su desfigurado cadáver de los honores de la sepultura y de las preces por los difuntos. Los Jesuitas impulsaron contra él al populacho sin embargo de que él fué quien llevó los Jesuitas á Tolosa.

Otras pruebas podriamos alegar del celo que la Compañía de Jesus desplegó á favor de la santa Liga, y entre ellas el proceder que observó con respecto al padre Edmo Auger, confesor de Enrique III. Este Jesuita, por una estrañeza en su órden, se creia obligado en conciencia á mantenerse fiel á su real penitente de quien no podia decir sino elogios y que por otra parte era su soberano, y aun procuró que fuesen leales á su rey algunos franceses estraviados por malos consejos ó movidos por impulsos ambiciosos. Fácil es comprender que esto exigia venganza, y asi fue que los superiores del padre Auger le alegaron de la corte mandándole que se presentase á dar cuenta de su conducta al general de la Compañía,

(1) El historiador De Thou dice formalmente, al menos en su manuscrito que existe en la Biblioteca Real, que los jesuitas fueron los promovedores de la revolucion de Tolosa. En la obra de este historiador, que está impresa, se da a los jesuitas el nombre de *nuevos doctores*.

y al tiempo de dirigirse á Roma fué detenido en el camino, desterrado á Venecia, y luego á Milan, aunque los pesares y las fatigas impidieron á ese desdichado octagenario trasladarse al último lugar de su destierro, y murió en Cannes. El padre José Jouvenci, historiador Jesuita, no ha podido negar este hecho del cual fácilmente puede deducirse de que modo se condujeron en Francia los Jesuitas durante el reinado de Enrique III. El desórden habia llegado en ese reino al último punto, y Enrique III amedrentado en vista del poder de la Liga y de los proyectos del duque de Guisa, gefe de ella, le hizo asesinar en Blois; mas esta muerte vino á acelerar la inclinacion del trono hácia la fatal corriente á donde los sucesos lo arrastraban. Estremecido Enrique III resolvió recurrir á los hugonotes, y al rey de Navarra su gefe á fin de luchar contra la Liga y los españoles. Verificóse la reconciliacion, y Enrique queriendo que otra vez se le abrieran las puertas de Paris cerradas para el desde mucho antes, estaba en Saint-Cloud en donde los dos ejércitos se disponian para marchar á la capital, cuando el fraile jacobino Jaime Clemente asesinó al monarca.

Habia nacido Clemente en el pueblo de Sorbona cerca de Sens, era hijo de padres muy pobres y fué educado por caridad en un convento de dominícos de la ciudad dicha. Segun el dictámen de De Thou y de Mezeray era de índole mala y desordenada y muy propenso á la holgazaneria y á los vicios; pero no faltan historiadores que nos le pintan como un sombrío energúmeno, cuyo ascetismo lo impnlsaba hasta el último estremo del frenesí religioso. Como quiera que sea Jaime Clemente concibió el proyecto de matar á Enrique III á quien todos los predicadores en general, y mas particularmente los Jesuitas señalaban como una víctima que debia morir á los golpes de los buenos católicos, diciendo con este motivo que la iglesia beatificaria al matador del *Neron-Sardanápalo*, y que Dios le concedería largas recompensas. De Thou y otros aseguran que cuando Jaime Clemente concibió la idea de ser el *Macabeo* que debia inmolar al impío *Antíoco*, como decian los predicadores adictos á la Liga, se dirigió al padre Bourgoing, prior de su òrden, en la cual era considerado como el mas sabio, á fin de que le dijese si en conciencia podia matar á Enrique de Valois. A semejante pregunta el prior de los dominícos le contes-

tó riéndose que el hombre capaz de acometer tamañas empresas no debia tomar consejos sino de sí mismo; mas como Clemente insistiese en la pregunta, el superior acabó por darle esta notable contestacion.» Si el que quiere matar á Enrique de Valois no se siente impulsado á esta accion por un sentimiento de odio ni por un motivo de venganza, sino únicamente por un puro amor de Dios y verdadero celo por el bien de la religion y del Estado, puede ejecutarlo sin incurrir en pecado, esa accion puede ser muy meritoria delante de Dios, y si su autor muere en la ejecucion puede contar con irse directamente al cielo!.. ».

Apenas Jaime Clemente hubo oido esta respuesta, que en verdad no sabe uno como calificarla, se dispuso á ejecutar accion tan meritoria. Para acercarse al rey se hizo presentar al primer presidente Harlay y al conde de Brienne, partidarios de Enrique, á los cuales persuadió de que harian un grande servicio á su amo si le facilitaban el medio de ir á Saint-Cloud y de hablar con el monarca. Engañados el conde y el presidente con las mentiras astutamente forjadas por el fraile Jacobino le dieron un pasaporte, y pertrechado con él Jaime Clemente salióse al punto de París, y procuró el dia 31 de julio de 1589 atravesar las líneas del ejército real. Detúvole una patrulla, pero fué puesto en libertad por Jayme de la Guesle que volvia de París, pues viendo el pasaporte que habia alcanzado del conde de Brienne y al cual dieron sin duda mayor importancia las palabras del fraile, se llevó á este á la casa que habitaba en Saint-Cloud y en ella le dió cena y cama. A las siete de la mañana del dia siguiénte Guesles condujo á Clemente al palacio del rey, el cual á pesar de ser ora tan temprana concedió al punto la audiencia pedida por el fraile, cosa que no es de admirar atendido el respeto que Enrique de Valois profesó siempre al hábito monacal. Pronto verémos la recompensa que alcanzó por ello. Estaba el rey sentado en la poltrona hablando con sus dos oficiales Montpesat de Lognac y Juan de Levis, baron de Mirepoix, cuando el procurador general introdujo á Jaime Clemente, quien á solicitud de su víctima tuvo la osada serenidad de bendecirla, mientras que sus miradas escogian en el pecho de ella el punto en que debia herir su brazo. —¿Decis, padre mio, que vuestra venida tiene por objeto darme un aviso de grande importancia?



Asesinato de Henrique III.

—Si señor, respondió el fraile con voz entera. Esta carta de uno de vuestros fieles servidores os manifestará hasta que punto debeis fiar en mi palabra. —Cierto, porque es una carta de nuestro muy querido y fiel servidor el conde de Brienne? Y es él quien os envia á Nos? — No señor, es la voluntad del cielo. Santiguóse Enrique al oir esto y dijo: está bien, venerable mensagero; decid lo que teneis que comunicarme.

Jaime Clemente cruzó los brazos cual si se preparara á obedecer la órden del Soberano; pero en realidad su objeto al hacer ese movimiento fué asegurarse de que el cuchillo que desnudo llevaba en la manga izquierda del hábito no se habia movido de su puesto. Al mismo tiempo dirigiendo los ojos á Enrique los volvió hácia el procurador general y los dos oficiales, como para darle á entender que nadie debia oir lo que dijese al monarca. Este hizo una seña á sus tres fieles servidores y en virtud de ella Montpesat y Levis se retiraron hasta el fondo de la sala, y Guesle despues de retroceder dos pasos se quedó apoyado en una mesa que estaba tras la poltrona del rey. Jaime Clemente se mantuvo impasible. El rey entonces mirando otra vez la carta que servia de credencial al fraile le dijo: acercaos, padre mio, y hablad que ya os escucho. Acercóse lentamente el fraile fijando sobre su víctima aquella terrible y fascinadora mirada con la cual se dice que algunos reptiles envuelven á su presa cual con una red invisible; y en tanto la mano derecha estaba oculta en la manga izquierda á la usanza frailuna. Su rostro era cadavérico; mas de pronto se derramó sobre su pálida lividez cual un mar de sangre y las ventanas de sus narices se abrieron como las del tigre que ve la presa á tiro. Decid, pues, repitió el rey sin levantar los ojos. Inclinóse el fraile cual si fuera á decir algo y por un movimiento rápido su mano derecha dió al rey una cruel cuchillada en el bajo vientre. Enrique lanzó un grito, llevó la mano al punto en que se sentia herido, encontró el mango del cuchillo, y arrancándolo de la herida lo clavó debajo del ojo izquierdo del asesino. En aquel momento Guesle lanzándose al grupo hacia retroceder al miserable golpeándole el pecho con el puño de la espada, y el baron de Mirepoix y el Señor de Lognac viendo que el rey bamboleaba y que caia esclamando, *soy muerto*, sacaron las espadas y precipitándose sobre el domínico

se las atrevesaron las dos á un tiempo por el pecho. Jaime Clemente no trató de huir ni de defenderse, sino que despues de herir al rey se quedó en actitud fria con los brazos cruzados sobre el pecho. Y ahora echado al suelo por Guesle y atravesado por Monpesat y Levis no lanzó grito alguno, y continuó teniendo fijo en su víctima la infernal llama de sus miradas que se apagaron en un mar de sangre. Jaime Clemente habia espirado; á pesar de esto se formó causa á su cadáver, se le condenó, fué descuartizado, quemado y arrojadas sus cenizas al Sena. El rey murió en la noche del mismo dia.

A nosotros toca decir ahora sobre quien debe pesar la responsabilidad de semejante crímen. Se acusa á los Jesuitas de haber impulsado á Jaime Clemente á que lo cometiese. Los escritores de la Compañía respondiendo á este cargo han notado que el reo era un fraile Jacobino y no un Jesuita, y esto es una contestacion bastante plausible. Por otra Mezeray, De Thou y casi todos los historiadores desinteresados en esto, han creido que la acusacion debia generalizarse y hacerse estensiva á todo el clero de la época. Es sabido que los frailes y los curas por medio de sus sediciosos sermones y de sus incendiarios escritos desde mucho antes habian forjado y aguzado el cuchillo que hirió á Enrique III; y que el atentado de Jaime Clemente fué publicado y solemnemente encomiado en las iglesias, y que el papa Sixto V no se avergonzó de elogiarle. El sucesor de san Pedro olvidando los preceptos del divino Redentor, de quien se llama vicario y representante, no vaciló en ensalzar al asesino comparándole á *Judit* y á *Eleazar*. Alentado por este fatal ejemplo del gefe de la Iglesia, el clero francés secular y regular hizo de Clemente un santo y un mártir, que tuvo sus imágenes, sus capillas, sus oraciones y sus devotos. Tambien la ambicion de los Guisas ha cargado con el crímen cometido por mano de Jaime Clemente. Dícese que la duquesa de Montpensier para decidir al feroz jacobino le prometió riquezas y honores, y aun hay quien añade que esta princesa de la casa de Lorena creyendo adivinar en el rostro de Jaime Clemente que habia otro medio para impulsarlo al crímen, no vaciló en prostituirse al mismo. De todos modos parece cierto que antes de marchar Clemente hácia Saint-Cloud á fin de cometer el crímen tuvo una entrevista con el

Duque de Mayenne, gefe entonces de la Liga. No puede en verdad afirmarse si le comunicó el proyecto que le llevaba al real sitio; pero es positivo que el dia antes del asesinato de Enrique, el duque hizo meter en la cárcel á un centenar de personas principales de París consideradas como adictas al monarca, y se dice que esas debian servir de rehenes en caso de que Jaime Clemente hubiera sido preso antes de dar cima á su intento. Por su parte el duque de Mayenne, segun se lee en el tomo 2.° de las *Memorias de Nevers*, en las cartas que despues de la muerte de Enrique envió á muchos puntos, procuró hacer recaer toda la responsabilidad del crímen sobre su autor y los cofrades de este. Hablaba del consejo que Clemente pidió al prior de su convento y del modo como se lo dieron, y ademas recibió una sumaria informacion para justificar que hacia tanto tiempo que el asesino habia concebido la idea de su crímen, y se recataba tan poco de ello, que á puro de oirlo hablar de estocadas y de puñaladas con que amenazaba al rey, los cofrades del jacobino acabaron por llamarle el capitan Clemente.

Vistas y ponderadas estas opiniones, y despues de habernos enterado muy bien de los escritos de aquel tiempo y del proceso entero, somos del dictamen de De Thou; á saber, que los Jesuitas no tuvieron mas que una parte de complicidad en el atentado de Jaime Clemente. Cierto que no fué un individuo de la Compañía quien dio el golpe, pero sus manejos, sus consejos y sus intrigas no dejaron de tener alguna fuerza sobre el asesino. Durante todo el tiempo de la Liga los reverendos padres se distinguieron por su ardiente celo en el servicio de los Guisas ó del rey de España. Ademas del padre Matthieu que era el *correo* de la Liga tuvieron tambien al padre Pigena á quién habian dado el apodo de *pregonero*; al padre Saumier que era el *director* y al padre Commolet que se titulaba el *primer predicador* de ella. En diversas ciudades del reno impulsaron á los habitantes á rebelarse contra la autoridad de Enrique III; pidieron con mucha instancia al papa que declarase á los franceses absueltos de la fidelidad que debian al príncipe, y solicitaron que lo escomulgase. Segun las estrañas doctrinas que esos *nuevos doctores*, segun se los apellida en la edicion corregida de De Thou, comenzaban á derramar en Francia, un rey herege ó desobediente á las órdenes del padre santo, ya no era rey, y podia

perseguirsele y matarle como á un *lobo ó á un perro rabioso.* El historiador á quien hemos citado nos dice que los confesores influian mucho en el espíritu de los penitentes, y que se servian de su santo ministerio para inculcarles su odio contra Enrique III hasta presentarles la revolucion como negocio de conciencia.

En Tolosa en donde los Jesuitas todo lo podian, hicieron que el parlamento decretara regocijos públicos y procesiones con motivo de la muerte de Enrique III. Antes de ahora hemos visto de que manera hicieron morir al presidente Duranti que era su bienhechor; y teniendo en consideracion que Enrique de Valois era para ellos un enemigo, particularmente desde la alianza hecha con el herege Bearnais, bien puede creerse que si llegó á su noticia, como es presumible, el atentado que meditaba Jaime Clemente, estuvieron muy lejos de oponerse á su ejecucion. Muchos escritores Jesuitas al paso que defienden á su Compañía del cargo de aquel asesinato procuran justificar al asesino, y el mismo Padre Mariana recordando el crímen del jacobino que califica de *hazaña insigne y maravillosa,* no vaciló en escribir, que miraba á Jaime Clemente como el *honor* de la Francia. Con motivo de otra *hazaña insigne y maravillosa* debida á la negra Compañía y ejecutada por uno de sus individuos, hallarémos luego que lós Jesuitas al ver derramarse la sangre del Rey Enrique III solo sintieron que el mismo golpe no hubiese vertido toda la sangre real de Francia. Esta prueba que debe parecer decisiva, y que los reverendos padres no pueden refutar fundadamente nos la suministrará un Jesuita mismo. De lo que hemos dicho hasta ahora puede concluirse que si la mano que hirió á Enrique de Valois era de un fraile jacobino, los Jesuitas hicieron por lo menos cuanto de ellos dependia para que el crímen se cometiera, y que si en última análisis la capilla de los dominícos se tiñó con la sangre derramada por el glorioso jóven Jaime Clemente, el negro hábito de los Jesuitas debe por su parte conservar de ella algunas salpicaduras.

Enrique III fué un pobre rey y un mal príncipe, como toda la camada de la loba florentina. Tuvo una parte muy directa en la carnicería de la noche de san Bartolomé, y para nadie es desconocido su libertinage mezclado muchas veces con penitencias burlescas; mas en medio de esto profesó siempre grandísimo respeto á la religion cristiana, y al dogma católico, hasta el punto de de-

clarar en su lecho de muerte que se sometia humildemente á la voluntad del papa el beatísimo padre Sixto V, que lo habia anatematizado y que iba á hacer mil elogios de su asesino. Mas como quiera que sea, si es que Enrique debia ser muerto no debió matarle la mano de un hombre consagrado al servicio de Dios.

Tal es nuestra opinion en órden al asesinato de este príncipe y á la parte que en él debe atribuirse á los hijos de Loyola; opinion sincera y apoyada en concienzudas investigaciones históricas. Aprovecharon los Jesuitas los terribles disturbios que desgarraban entonces la Francia, para introducirse y establecerse en mil puntos de ese reino, agitado por mil facciones; de la misma manera que la tempestad que destruye las paredes de un edificio facilita el paso á los lobos y á los reptiles.

En vida de Enrique III al parecer hicieron causa comun con los príncipes loreneses; mas despues del asesinato del rey se separaron casi de la causa del duque de Mayenne y de los miembros de la Liga que lo reconocian por gefe. El fallecimiento del último rey de la casa de Valois daba de derecho la corona de Francia al rey de Navarra que desde entonces se llamó Enrique IV; pero los individuos de la Liga suponian que este príncipe habia perdido sus derechos al trono en el mero hecho de abjurar la fé católica que habia abrazado para librarse de la catástrofe de san Bartolomé. Sostenian que un herege y un relapso no podia titularse rey cristianísimo é hijo primogénito de la Iglesia, y ademas alegaban contra los derechos del rey de Navarra los rayos del pontífice lanzados contra el cristianismo y las sentencias dictadas contra el pretendiente por la Sorbona y los parlamentos. Si bien los de la Liga convenian en cuanto á escluir del trono de Francia al rey de Navarra, no estaban de acuerdo al tratarse de elegir quien le reemplazára. El duque de Mayense y su poderosa familia andaban por sustituir á la estinguida casa de los Valois la de Lozana, y muchos señores franceses se adherian á ese partido con la esperanza de que bien podrian de ese manto real, que era harto holgado para un príncipe lorenés, cortar pequeñas soberanias; de suerte que ese era el partido de la nobleza. La clase media, y en particular la de Paris acostumbrada desde mucho tiempo á tener una importancia verdadera y un poder capaz de luchar con el del rey mismo, incli-

nábase por lo comun á una república de forma oligárgica, la cual en su concepto conservaria en manos de su clase aquel poder de cuyo ejercicio no queria desprenderse de modo alguno.

A la cabeza del tercer partido veíase al rey de España que alegaba á la corona de Francia derechos muy dudosos, pero que al fin era gefe de un gran partido, merced al dinero que á manos llenas sembraba, semilla productiva siempre y que le proporcionó cosecha de adictos en los otros dos partidos cuyos gefes se veian precisados á contemporizar con ese monarca. La faccion de los Diez y seis (1) que dirigia el partido popular de la capital acabó por afiliarse casi enteramente en el bando del Rey de España, al cual se unieron tambien los Jesuitas, pues si bien al parecer iban de concierto con los príncipes loreneses, en realidad trabajaban en pro de su protector el rey de España, cuyos favores recompensaron facilitándole la conquista de Portugal, y trabajando para entregarle la Francia. El embajador de Enrique IV cerca de los príncipes alemanes acusó esplícitamente á los reverendos pades en nombre del rey su amo de que intrigaban con todo su poder á favor de los españoles que los habian nombrado sus comisionados (2). En efecto parece cierto que los Jesuitas se consagraron al servicio de Felipe II sea por agradecimiento, sea por cálculo, porque es evidente que si el rey de España llegara á serlo de Francia les hubiera cedido una buena parte de esa granjeria. Vamos á ver muy luego de que manera dieron una prueba muy grande de su adhesion al rey de España ó por mejor decir á su causa propia, y de su odio al dichoso Bearnais que trastornó todos sus planes; pero mientras tanto tomaron parte en todos los movimientos que en aquella época estallaban en mil puntos.

Oportuno nos parece observar que al ponerse los Jesuitas de parte del rey de España se ocuparon muy poco de averiguar si con esto desagradaban al papa á quien los españoles guardaron poquísimas consideraciones. Sixto V se habia manifestado muy dis-

(1) Diósele este nombre porque diez y seis de sus miembros gobernaban los diez y seis cuarteles de Paris.

(2) Véase la historia de J. A. De Thou lib. 101. El embajador era el vizconde de Fuen ne, quien presentó contra la Compañia de Jesus la acusacion de que hablan De Thou y otros historiadores en un discurso dirigido al elector de Sajonia.

puesto á favor de los principios loreneses, y Felipe II mas de una vez tuvo razon para quejarse de la poca importancia dada por el pontífice á las observaciones que con este motivo le hizo. Asi fué que los doblones de España pagaron muchos libelos infamatorios lanzados contra Sixto V durante su vida y despues de su muerte. Dice De Thou en su manuscrito, que tuvo en sus manos uno de esos libelos en el cual entre otras injurias se decia que el papa era un miserable brujo, y como prueba de tan estravagante cargo se aducia que Sixto V en cambio de su alma y de su cuerpo vendidos al demonio alcanzó de este seis años de pontificado. A pesar de esto murió antes de acabarse el quinto y como en el instante de su fallecimiento vió que Satanás acudia para llevarse su presa, encolerizóse sobre manera contra su mala fé, y le echó en cara que no se habia cumplido el plazo por el cual se ajustaron. A esto, continúa el libelo, el espíritu maligno que por esta vez probó cuan bien le cuadraba este título, replicó gravemente al desdichado papa que no era culpa suya, es decir de Satanás, sino dejaba gozar al sucesor de San Pedro del año séptimo, puesto que el mismo Sixto V habia tenido por oportuno disponer de ese año para una venganza. —¿No os acordais de que en el principio de vuestro pontificado hicisteis condenar á muerte á un señorito de una familia patricia de Roma por algun agravio que de él habiais recibido? Me acuerdo; y qué? — Acordaos, Santo padre, que el condenado os decia que la condena no podia tener lugar porque las leyes prohiben aplicar la pena de muerte al que no tiene cierta edad, y que á él le faltaba un año para cumplirla. Entonces vos con una salida propia de vuestro talento le dijisteis que le dabais un año de vuestra vida para que completase el número de los que la ley exigia, y el jóven fué ahorcado. Venid pues á preguntarle si lo que yo digo es cierto. En seguida de esto el diablo se llevó al papa, riéndose de tal manera que hizo bambolear como el aquilon hace bambolear una caña, el obelisco que Fontana habia levantado por órden de Sixto V.

Hemos referido esta anécdota para manifestar que cuando los hijos de Loyola se pusieron en Francia de parte de los españoles, desmentian la aparente adhesion de que se vanagloriaban para con el gefe de la Iglesia católica. Mientras tanto Enrique IV sostenido

por los hugonotes y por la mayor parte de los señores, oficiales y magistrados católicos que se mantuvieron fieles al desventurado Enrique de Valois, quiso aprovechar la confusion que reinaba entre sus enemigos que, al pie de un trono vacío contendian para satisfacer sus ambiciones particulares. Temiendo las diversas facciones de la Liga que su antiguo antagonista las sofocara, se pusieron de acuerdo; y como ninguna de ellas se sentia dispuesta á quitarse la máscara y confesar sus ambiciosas miras, convinieron en enarbolar una bandera que los reuniese por un momento, y que pudieran echar á un lado cuando viniese la hora de hacer el reparto, en el cual cada uno conservaba la esperanza de dejar para las otras no mas que las migas del magnífico festin de la monarquía francesa. En este concepto pues la Liga reconoció solemnemente por rey de Francia y legítimo sucesor de Enrique III al Cardenal de Borbon, prisionero entonces y hombre de muy avanzada edad, sin valor y sin energía. Con decreto de 21 de noviembre de 1589 el parlamento de París adjudicó la corona de Francia á ese maniquí de rey que fué proclamado con el nombre de Carlos X. El Cardenal Gaetano, legado del papa en Francia y que á la sazon habia recibido del soberano pontífice permiso de *edificar y de destruir, de plantar, y de arrancar*, consagró en apariencia la eleccion del cardenal de Borbon, sin que en realidad quisiera consagrar otra cosa que la omnipotencia del papa y su derecho á disponer de los tronos. De Thou nos refiere una particularidad que no debe omitirse y es, que en el parlamento el legado quiso sentarse bajo el dosel reservado para el rey, y en donde no se habia sentado, puesto que Carlos X continuaba en poder de Enrique IV, y fué preciso que el presidente Brisson cojiese por el brazo al Cardenal italiano para impedirle que ocupara el asiento que solo correspondia al monarca.

El rey de España conoció tambien al cardenal de Borbon en un manifiesto en que instaba á los señores católicos á que desde luego limpiasen de hereges la tierra de Francia, porque despues fueran á lanzar á los infieles de la tierra Santa. No es fácil saber si Felipe II hacia formalmente esta última proposicion á la nobleza de Francia; pero es bien seguro que le hubiera acomodado verla admitida por la nobleza. Enrique IV contestó á todo eso con una larga seria de victorias, terminadas por la batalla Ivri en donde el

duque de Mayenne fué completamente batido. Bien pronto Paris vió llegar hasta sus murallas al triunfante Bearnais, pero el duque de Parma, general de Felipe II hizo levantar el sitio. Deseoso el cardenal Gaetano de contener los progresos de Enrique IV y siguiendo el consejo de los Jesuitas, trató de segregar de su partido á los principales señores católicos que se declararon en su favor despues de la muerte de Enrique de Valois, y para esto mismo tuvo una entrevista con el mariscal de Biron en el castillo de Noisy que pertenecia al duque de Retz. Viendo el astuto italiano que el mariscal no respondia á sus proposiciones trató de dirigirse á oficiales de menos graduacion en el ejército real, y se refiere que esto dió lugar á una escena chistosa. El cardenal lisonjeó mucho á un capitan llamado Givry, elogió su mérito y ponderó sus hazañas, lamentándose de que las llevase á cabo en provecho de la mala causa. Givry respondió humildemente que por de pronto no veia ningun remedio para ello. Al menos, insistió el cardenal, si no os enmendais como soldado, podeis enmendaros como cristiano, y luego le dió á entender que si imploraba su perdon bajo este punto de vista, él como legado del papa se lo concederia con mucho gusto. Entonces Givry fingiéndose muy compungido se arrodilló á los pies del cardenal y le pidió perdon por todo lo que habia hecho contra la voluntad del Santo padre; y á fin de aprovechar la ocasion, añadió el capitan realista: Vuestra eminencia hará perfectamente si al mismo tiempo me absuelve para el porvenir, pues que estoy resuelto á hacer lo que he hecho y aun peor cien veces. El desaire que con esto sufrió el legado dió mucho que reir á su costa.

Nadie ignora que Enrique IV á fin de quitar todo pretesto á la Liga, y juzgando que París bien valia una *misa*, en 1583 abjuró solemnemente el protestantismo en Saint Denis y fué otra vez hijo de la iglesia Romana. Desde entonces los señores católicos comenzaron á declararse á favor suyo, no tanto acaso porque el rey hubiese abjurado como por ver que la fortuna seguia constantemente sus banderas, y sobre todo por lo bien con que arreglaban con él sus intereses. Continuaba la discordia entre los diez y seis adictos al rey de España, y el duque de Mayenne que hizo ahorcar algunos de ellos; pero los partidos se iban cansando, amortiguábanse los odios, las ambiciones saciadas ó seguras de satisfacerse se

adormecian y el pueblo víctima de tales discordias clamaba por su término, cualquiera que fuese el medio que á él le condujera. Habíanse ya abierto conferencia en Pontoise y en otros puntos á fin de procurar la paz general, de suerte que el partido español conoció que estaba perdido si no acudia en ausilio suyo algun acontecimiento fortuito. Los Jesuitas se encargaron de hacer que este acontecimiento viniera. Bien comprenderá el lector que intentamos hablar de Barriere, que fué el primero de los asesinos que impulsados por un influjo verdaderamente espantoso atentaron uno tras otro á la vida de Enrique IV.

En los primeros dias del verano de 1593 penetró en la iglesia de Lion en donde mandaban los adictos á la Liga un hombre de veinte y nueve á treinta años, que por su jubon de piel de búfalo podia tomarse por un soldado veterano. Un capuchino célebre entonces como predicador subió al púlpito, y su sermon no fué mas que una larga defensa del papa y de la Liga, y una invectiva contra el rey de Navarra y los hugonotes. El observador atento hubiera podido notar entre los oyentes á un hombre que al parecer escuchaba con singular atencion los falaces argumentos y los homicidas sofismas del piadoso energúmeno. Ese hombre era aquel de quien hemos dicho que habia entrado en la iglesia, el cual cada vez que la elocuencia del capuchino se convertia en furor dejaba ver en sus ojos una sangrienta llama. En cierto pasage en que el predicador hizo un llamamiento á los verdaderos hijos de la iglesia católica que debian agruparse en torno de su amenazada madre, aquel hombre se levantó de puntillas, y como estaba cerca del púlpito él y el predicador se miraron recíprocamente (1). Cuando el sermon se hubo acabado acercóse aquel hombre á un cura, que parecia ser de los principales entre el clero lionés y le pidió que le confesara; mas el eclesiástico que era el Vicario general del arzobispado perdió el color al mirar al que le hacía esta peticion, y escusándose con que tenia ocupaciones perentorias procuró escabullirse. El penitente le

(1) Creemos del caso advertir al lector que todos estos pormenores estan conformes con las declaraciones de Barriere y con la resultancia del proceso, de suerte que la forma ès nuestra, pero el fondo pertenece à la historia. Siempre hemos hecho lo mismo y continuarémos haciéndolo, pues aunque algunas veces adornamos la verdad, lo que es disfrazarla ò ocultarla, jamas. Por lo que toca à Barriere puede verse tambien la *Historia universal* de Dé Thou lib. 108.

siguió con sus irónicas miradas y viendo luego á un dominíco al cual la multitud abria respetuosamente paso, le pidió lo mismo que al vicario general. El fraile le dijo que en aquel momento le era imposible, y que si podia aguardar hasta mañana. — ¿Quien sabe padre mio, replicó con voz hueca el hombre, en donde estaré yo mañana? — Mañana ya será tarde. En esas palabras entrevió el dominíco una intencion tan profunda y una energía tan desesperada que despues de mirar á aquel hombre por un momento le dijo que le era absolutamente preciso volver al convento en donde tenia dada una cita que no era posible dejar para otro dia, pero que con la gracia de Dios lo mismo en el convento que en la iglesia podia ayudar á descargarse de su peso á un alma que se mostraba tan impaciente por aligerarlo. El fraile pues seguido de aquel hombre se marchó hácia su casa. Es bien cierto que pasó entre ellos una cosa terrible porque cuando llegó la persona á quien el dominíco esperaba, lo encontró pálido, temblando y cual herido por un rayo. El hombre del jubon se marchaba en aquel momento, y despues de inclinarse para recibir la bendicion que la mano del monje paralizada por algun afecto terrible no pudo concluir, salió diciendo, «hasta mañana, padre mio. — Monseñor, dijo el dominíco, dirigiéndose á la persona que acababa de entrar, habeis mirado bien á ese hombre? ¿Seriais capaz de conocerle si otra vez le vierais? — ¿Por qué me preguntais esto, y sobre todo con ese tono? preguntó el recien llegado. = Respondedme, monseñor, os suplico que me respondais. — Par diez padre mio, que no tengo reparo en jurar que conoceré á vuestro penitente si otra vez nos encontramos cara á cara como ahora. ¡Vaya una facha y un aire patibulario! La confesion de semejante bellota de horca es muy capaz de causar al confesor que la oye, la turbacion que me parece que os agita. — Escuchadme, Monseñor, continuó el fraile, que era un dominíco de Florencia llamado el padre Serafin Barchi, enviado á Francia segun decian por Fernando gran duque de Toscana como agente suyo, escuchadme bien, porque lo que voy á deciros es cosa grave y lo comprenderéis bien pronto. Ese hombre que acaba de salir es hijo de Orleans en donde por algun tiempo fué barquero, y habiendo despues sentado plaza, el difunto de Guisa le encargó librar á la reina Margarita esposa del rey de Navarra, hoy rey de Fran-

cia, del cautiverio á que la condenaba el rey su hermano. Ese hombre cuya audacia estremada desempeñó bien esa comision, durante la cual se enamoró de una linda jóven que está al servicio de la reina Margarita. Cualquiera pasion debe tener en ese hombre una espantosa energía, y es bien cierto que no retrocedera ante obstáculo alguno para poseer á la jóven á quien ama. Con estos antecedentes me ha parecido adivinar que le han hecho entender, que la muerte de Enrique IV traspasando el poder á la reina Margarita la pondria en el caso de recompensar dignamente al hombre á quien debe la libertad. Acaso me haya equivocado en órden al motivo que impulsa á ese hombre, pero no puedo engañarme en cuanto al proyecto que ha concebido y que acaba de descubrirme, despues de haberlo confesado sucesivamente al Vicario general del arzobispo de Lyon, á dos individuos del clero, á un carmelita y á un capuchino, los cuales, terrible es decirlo, no me parece que hayan hecho lo posible para disuadir á ese hombre de la resolucion que ha tomado. ¿Y sabeis, monseñor, cual es esa resolucion? Es matar al rey Enrique de Navarra, hoy Enrique IV de Francia.— ¡Miserable! ¿y como se llama?—Pedro Barriere, ó La Barre.— ¿Y os ha dicho cuando habia resuelto llevar á cabo ese proyecto inspirado por el infierno?—Segun me ha dicho hoy mismo sale para París, á donde va dirigido por persona que no me ha nombrado, á algunos religiosos cuyos consejos hemos de suplicar á Dios que tengan sobre ese desgraciado mas imperio del que han tenido las tímidas reflexiones que he procurado hacerle.—¿Y quienes son esos religiosos?

Son clerigos de la Compañia de Jesus, respondió el padre Barchi; mirando fijamente á su interlocutor. — Entonces no hay que perder un momento, esclamó este, que era un gentil hombre de la casa de la reina Luisa viuda de Enrique III y muy adicto á Bearnais, aunque católico. Adios, padre mio, parto, y pedid á Dios que llegue á tiempo.

Brancaleone, que asi se llamaba el gentil hombre, montó á caballo, corrió á Nevers, contóle al duque de este título, que habia abandonado el partido de la Liga, todo lo que acababa de saber y le rogó que le prestase su ausilio para poderse acercar al rey. Hizolo el duque de muy buena voluntad, prometióle pagar su rescate si los

de la Liga lo cojian y aun se añade que á peticion de Brancaleone mandó hacer una pintura de Barriere, la cual remitió por un hombre de su confianza á Enrique IV con una carta esplicativa, para el caso de que Brancaleone no pudiese verse con el rey. Efectivamente el gentil hombre hubo de vencer tantos obstáculos en el camino que se pasó mucho tiempo antes que alcanzase al rey.

Mientras tanto Barriere que impulsado por su proyectado asesinato caminaba aprisa aunque á pie, habia llegado á Paris, en donde desde luego fué á verse con el cura de la iglesia de San Andrés, decidido campeon del partido de los Guisas. Parece que durante el camino reflexionó Barriere que habiéndose Enrique IV convertido al catolicismo podian haberse apagado los rayos dirigidos contra él por la Iglesia, y aunque Cristobal Aubry cura de San Andrés hizo por probarle que Bearnais no era católico sino de nombre, no calmàndose con esto los escrupulos de Barriere que crecian á medida que se acercaba el momento de la ejecucion, el cura lo llevó á la casa de los jesuitas, creyendo quizás que alli todas las dudas quedarian desvanecidas. En efecto, el padre Antonio Varade rector del Colegio de los Jesuitas consiguió á callar los remordimientos y los temores de Barriere, quien se confesó con otro padre de la misma Compañía, el cual en seguida dió el *pan de vida* á ese hombre que iba á ejecutar un proyecto de muerte.

Al salir Barriere de la casa los Jesuitas fué á comprar un cuchillo, y mientras rezaba los padre nuestros y ave marias que se le impusieron por penitencia lo aguzó tan perfectamente que le hizo dos filos convirtiéndolo en arma de todo punto mortifera. Hecho esto se informó tranquilamente del lugar en que el rey estaba, y apenas supo que ese lugar era Saint-Denis fué allá y encontró al principe cuando salia de la iglesia. Confesó Barriere despues que habiéndose querido adelantar en aquel momento á fin de poner por obra su crímen le detuvo una conmocion secreta é inconcebible· « Me pareció, dijo, que estaba ceñido con una cuerda, y que un brazo poderoso tiraba hácia atras cuando yo queria ir hácia adelante· Salió Enrique IV de Saint-Denis para ir á Gournay, despues á Crecy, luego á Champ-sur-Marne, en seguida á Brie-Comte-Robet y finalmente á Melun. Barriere le siguio siempre agizando de continuo su cuchillo disponiendose á servirse de él y vituperándose el

no haberlo hecho todavia, mucho mas cuando segun se dice tuvo en ese viage varias ocasiones favorables para lanzarse sobre su víctima cual el tigre sobre su presa. Mientras tanto el rey se ocupaba en restaurar del castillo de Fontainebleau, sin pensar que la casa de Borbon amenazaba ruina desde el instante de su establecimiento en el suelo de Francia, ó cazaba alegremente ignorando que la muerte se cernia sobre su cabeza, al mismo tiempo que su halcon sobre la garza real. Aprovechándose Barriere de esta confianza y de la facilidad con que todo el mundo podia acercarse al rey determinó por fin echar mano de la primera ocasion oportuna que se le presentase para matarlo. Despues de probar en cierta mañana si la punta del cuchillo era bastante aguda salió resuelto á cometer el crímen ese mismo dia; pero en aquel instante Brancaloue que por fin habia llegado á Melun denunciaba á Barriere, quien en el dia 26 de agosto de 1593 fué detenido por los arqueros del gran preboste de la casa real.

El asesino comenzó por negar audazmente el cargo que se le hacia, pero habiendo sido careado con Brancaleone, habiendo reconocido á este por la persona á quien encontró en Lion en la celda del padre Serafin Barchi, y oyendo revelar todo lo que él habia descubierto al dominíco, confesó que en efecto fué á Lion para consultar á varios eclesiásticos acerca del proyecto que realmente tenia formado de matar al rey, y que habló de ello al Vicario general del arzobispado, á dos simples clérigos, á un carmelita y á un capuchíno; y que por los consejos de estos y sabedor ademas de que Enrique IV habia vuelto á la religion católica, renunció á su proyecto. Añadió el acusado que para expiar su criminal intento queria hacerse capuchino y que este era el motivo de su ida á París y que habiendo sido embiado á Orleans que era el lugar de su nacimiento, seguia el mismo camino que el rey porque era tambien el suyo. Al preguntarle porque llevaba encima el cuchillo con dos filos y tan bien acerado, juró que aquel instrumento se habia puesto tan afilado á punto de servir; mas esa defensa contra la cual militaban muchos indicios y algunas palabras del acusado, vinieron á desmentirla formalmente la declaracion de Brancaleone, y las averiguaciones hechas con respecto á la conducta de Barriere desde su salida de Lion. El reo fué condenado á muerte, y al notificársele

la sentencia prorumpió en mi imprecaciones contra todos los hereges y contra sus jueces á quienes calificaba de verdugos. La ejecucion fué aplazada para el dia siguiente porque querian interrogar al cura de Brie-comte-Robert, que poco antes habia confesado y dado la comunion á Barriere; mas ese sacerdote se negó á declarar alegando que no podia quebrantar el secreto de la confesion. Durante la noche un fraile dominíco llamado Oliveros Beringer, acerrimo y celoso partidario de Bearnais, fué enviado al calabozo del reo, y se esforzó en hacerle comprender toda la enormidad de su crímen, añadiéndole que en caso de no arrepentirse irremisiblemente se condenaria. Desde aquel momento Barriere comenzó á vacilar y al ver que con arreglo á la sentencia iban á darle tormento para que nombrase á sus cómplices, declaró que estaba dispuesto á confesarlo todo.

«Reconozco mi crímen, dijo entonces, y en este instante estoy «contento de no haberlo podido llevar á cabo, y maldigo su sola «idea, como maldigo á los que me la hicieron concebir, á los «que me han aconsejado y facilitado la ejecucion, y á los que me «impulsaban á ella, asegurándome que si moria en la empresa, «mi alma arrebatada por los ángeles volaria al seno de Dios para «gozar allí la bienaventuranza eterna» (1). Añadió que sus instigadores le habian encargado que en caso de ser preso y puesto en el tormento no los nombrase, porque de hacerlo sufriria la condenacion eterna. Al parecer no faltó quien procurase cerrar la boca de ese miserable en el instante en que iba declarando, y esto provino sin duda de que algunos jueces temian que esas declaraciones empeñasen al rey en nuevas hostilidades contra Roma, con la cual se trataba de contemporizar entonces; y quizás habia algunos que deseaban no ensangrentarse contra los cómplices de Barriere, que bien adivinaban quien era. Se asegura tambien que como el asesino puesto en la rueda hubiese declarado que los que le movieron á matar al rey le habian encargado mucho que no comunicase su proyecto á los duques de Nemours en Lion, ni al duque de Mayanne en París, porque esos dos príncipes temiendo que les cupiera la misma suerte y pensando mas en sí mismos que en la seguridad

(1) Estas son las mismas palabras de Barriere segun De Thou en su *historia universal*, lib. 107, pag. 53 del duodécimo tomo de la edicion de 1734.

pública, le disuadirian del crímen, como el asesino declarase esto, decimos el rey prohibió que ese trozo de la deposicion se continuase en el proceso. ¿Quienes eran pues los atroces consejeros del crímen que con los puñales de sus satélites amenazaban á los gefes de la Liga, ni mas ni menos que al rey de Francia? La opinion pública no se engañó acerca de esto y el clamor general nombró sin ambages á los cómplices de Barriere. De Thou asegura que no se le preguntò al reo el nombre de ellos; que sin duda para que el dolor de los tormentos no se lo arrancase le hicieron gracia de ese martirio llevandolo desde luego al suplicio, y que como el asesino puesto ya en la rueda en que debia morir dijo que desconfiasen de dos sacerdotes de Lyon cuyo nombre ignoraba, aunque describió su figura, añadiendo que eran los que le impulsaron al crimen, los jueces que autorizaban el suplicio hicieron que desde luego la maza del verdugo cayese sobre el pecho del paciente, que espíro al primer golpe en 31 de agosto de 1593.

Ninguna investigacion se hizo para descubrir los presuntos cómplices de Barriere, los cuales despues de la ejecucion de su miserable instrumento se quedaron muy tranquilos en Lion y en París, en cuyas ciudades por otra parte no era reconocida la autoridad real. A los dos años de la muerte de Barriere, y cuando ya Enrique IV estaba en su capital, se comenzó á procesar al padre Antonio Varade rector del colegio de los jesuitas de París, único que, segun dicen varios historiadores, y entre ellos Pasquier, fué nominalmente indicado por el reo; mas el mismo rey procuró que se sobreseyera en el proceso temiendo comenzar con los negros hijos de Loyola una guerra que bien adivinaba habia de ser terrible. A pesar del empeño del primer presidente Harlay, que muchas veces acusó formalmente á Varade y á sus cofrades se dejó olvidar el negocio; mas en el concepto público los Jesuitas fueron reputados por complices de Barriere, y por los primeros instigadores del crímen que habia proyectado. De Thou, escritor siempre juicioso, no vacila en decir que al primer rumor del atentado de Barriere la voz general fué que los Jesuitas habian empujado al homicida hácia la victima real, señalada desde mucho antes por los predicadores y confesores como el blanco á donde debia dirigirse los puñales de los asesinos. Esta pública sentencia ha sobre-

vivido á los esfuerzos de los historiadores de la Compañía de Jesus, y por nuestra parte juzgamos que debe ser subsistente. De las confesiones de Barriere resulta como se ha visto que Mayenne y sus partidarios no deben ser acusados de aquel atentado, puesto que segun los avisos dados á Barriere el gefe de la Liga estaba amenazado de lo mismo, de suerte que el partido de los Diez y seis y de los españoles era el único que pudo proyectar ese crímen. Los Jesuitas aunque dijesen que combatian por la santa Sede eran partidarios decididos de Felipe II, y ellos fueron entre todos los miembros del clero los que mostraron mas ira por los triunfos de Enrique IV, hasta tal término que el padre Odon Pigenat viendo la victoria de este príncipe y cansado de predicar la revolucion en sus sediciosos sermones, contrajo por fin un verdadero furor y murió blasfemando como un rabioso. Estas son las mismas palabras del historiador De Thou.

Es natural pensar que aquellos á quienes tanto irritaba el triunfo de Enrique IV hicieron todo lo que estuvo en su mano para impedirlo. La moral de los Jesuitas, sobre todo en esa época era muy lata con respecto al regicidio, y por otra parte probarémos muy luego y muy esplícitamente que el asesinato fué un medio ante el cual nunca han retrocedido los hijos de Loyola. Es cosa singularmente interesante y dramática esa lucha de los Jesuitas contra Enrique IV, lucha que tiene por palenque un grande reino, y por espectadores los reyes y los pueblos de Europa; lucha que comienza en Barriere y concluye en Raviellac, mientras que en la cumbre de esa trinidad de asesinos brilla Juan Chatel sin estar empañado con las nubes que oscurecen á los otros. No tratamos de convertirnos en panegiristas de Enrique IV, ni es necesario pintarle mejor ni mas interesante de lo que era para que aparezcan mas criminales y aborrecibles sus negros enemigos. Todo eso nos parece inútil, pues sin mas luz que la antorcha de la verdad los Jesuitas se presentan demasiado asquerosos para que sea del caso ennegrecer los colores de su retrato histórico.

Confesarémos sin reparo que no obstante de que Enrique IV valia mucho mas que no pocos de sus predecedores, no era ni un rey muy grande ni un rey muy bueno. Fué un grande caudillo coronado que se condujo con su pueblo cual lo hubiera hecho con una Com-

pañía de gendarmes. Deseoso de olvidar que su mano empuñaba un cetro de rey siempre estaba dispuesto, con tal que sus súbditos pagaran bien las contribuciones, á echar un trago con el uno y á decir piropos á la hija del otro, lo cual le hacia muy popular. Por lo demas hubiera querido que cuantos le reconocian por rey pudiesen echar una gallína en el puchero todos los dias del año, y sin embargo estrujaba un poco á los villanos para dar á sus soldados ó á sus queridas. Felizmente para él tuvo un gran ministro á quien debe el ocupar un puesto emimente en la historia. Ese ministro era Sully, hombre sabio, pensador austero, gobernante firme y rígido, que para curar los males de la Francia y sacarla del letargo en que entonces yacia se vió precisado muchas veces á usar remedios heroicos y á dar mandatos severos, que eran irrevocablemente ejecutados. De aqui resultó que Sully fué muy poco popular durante su vida, al paso que su amo despues que hubo abjurado fué bienquisto de su pueblo que reputó á gran honor tener un rey valiente, travieso, y adornado con el triple talento de beber, de dar cuchilladas y de enamorar. En nuestros tiempos esas prendas no bastan para constituir un gran rey, y la memoria de Enrique IV que ha bajado ya muchos escalones del panteon de la historia, deja brillar muy por encima de ella la gloria del gran Sully.

Los atentados dirigidos contra Enrique IV y de los cuales últimamente fué víctima, aumentaron el amor que se le profesaba y enmudecieron el odio de sus enemigos, y la crítica que no pocas veces merecia. Lo mismo ha sucedido á poca diferencia en nuestros dias, porque la hoja de un puñal y la bala de una pistola son siempre raciocinios abominables; cualquiera que sea la persona que se sirve de ellos y cualquiera aquella contra quien se usan. ¿Pero qué dirémos cuando la mano que lanza el plomo, y que dirige el acero es la de religiosos y sacerdotes? á pesar de la abjuracion de Enrique IV no por esto se mostraron los jesuitas menos hostiles á su causa, de suerte que en todos los puntos en que se hallaban establecidos fueron necesarias sangrientas revoluciones para que se reconociese la autoridad del monarca. Impulsaban el celo de los católicos contra Enrique cuya conversion pintaban como una comedia política, presagiando que su desenlace seria la ruina del catolicismo en Francia, cuando el Bearnais pudiera sin temor alguno

soltar la rienda á sus malas inclinaciones de herege furioso. « Por « otra parte, decian, á pesar de la supuesta abjuracion, el santo « padre no le ha reconocido ni absuelto, y antes de someterse á « su autoridad es menester por lo menos aguardar la decision del « infalible gefe de la iglesia. »

Para quitar este pretesto á sus enemigos Enrique IV envió un embajador á la santa sede hácia fines de 1593; mas ese embajador no pudo conseguir cosa alguna del papa Clemente VIII aunque prometió en nombre de su amo obediencia completa á la iglesia católica, cuyo hijo sumiso prometió Enrique vivir y morir. El duque de Nevers no alcanzó siquiera que le admitieran como embajador de su rey; y el obispo de Mans y algunos otros prelados franceses que lo acompañaban no fueron mas felices en los pasos dados cerca del papa y de los cardenales, y no solo esto sino que por haber sustentado el partido de un rey escomulgado se les amenazó con entregarlos al tribunal de la inquisicion, y esta amenaza estuvo tan cerca de realizarse, que cuando despues de su inútil embajada salió de Roma el duque de Nevers hizo ir consigo á los prelados franceses declarando abiertamente que mataría al primer ugier ó esbirro pontifical que se atreviese á detenerlos. Esta conducta del papa que no sabe uno como calificarla debe en parte atribuirse á lo que en esa epoca le decia el cardenal de Plasencia legado suyo en Francia, puesto que ese fogoso príncipe de la Iglesia aseguraba que la Liga lejos de estar agonizando como suponian los partidarios de Enrique IV, era tanta su fuerza que probablemente el Bearnais sucumbiria á sus golpes. Por este motivo el papa que se habia negado á recibir al duque de Nevers en calidad de embajador del rey, hizo muy buena acogida al cardenal de Joyense y á los demas embajadores que la Liga envió á Roma casi al mismo tiempo en que el duque de Nevers irritado y confundido salia de la capital del mundo cristiano. El cardenal de Joyense iba encargado de alcanzar el asentimiento del papa para elegir un nuevo rey entre los adictos á la Liga y debia proponer el duque de Guise hijo del que por órden de Enrique III fué asesinado en Blois, como quien era el que tenia mas pobabilidades de ser admitido por la Francia. El rey de España Felipe II no repugnaba en la apariencia la eleccion del jóven duque de Guisa, al cual habia prometido la mano de una

infanta; pero lo que en realidad deseaba era prolongar los disturbios de la Francia, porque á favor de ellos creía mas fácil apoderarse del reino. El duque de Mayenne aparentaba tambien mucha aquiescencia al encumbramiento de su sobrino, pero en el fondo se sentia humillado al ver que le anteponian ese mozo, y desde entonces se ocupó en arreglar su sumision al rey.

Con motivo de la embajada del duque de Nevers los Jesuitas de Roma se condujeron con doblez muy grande, y asi es que el padre Possevíno se mostró bastante dispuesto á secundar los esfuerzos del embajador de Enrique IV con el fin de que el papa lo desterrase, y al mismo tiempo otros Jesuitas intrigaban en servicio del rey de España y con el objeto de que la embajada abortase. El duque de Nevers salió de Roma tan convencido de las intrigas de los padres de la Compañia, como que habiendo dicho al cardenal Jesuita Folet que no debia cerrarse el redil á la oveja descarriada que á él volvia, y habiendo respondido el cardenal sonriéndose que el divino pastor no estaba obligado á abrir la puerta del redil á los que se la habian cerrado citando con este motivo el egemplo de san Andrés entre los gentiles, el embajador replicó con viveza. ¿Está vuestra eminencia seguro de no equivocarse citando la autoridad de san Andrés? ¿ No seria posible que vuestra Eminencia quisiese citar á *San Felipe*? El cardenal Jesuita respondió con otra sonrisa á esta alusion, hecha al celo de la Compañía en favor del rey de España que comprendió perfectamente; lo cual segun nos dice el presidente De Thou irritó en gran manera al duque de Nevers.

El proceder de la santa Sede exasperó muchisimo á Enrique IV y á la mayor parte de sus partidarios, hasta á los catolicos, y las cosas llegaron á tal punto que se pensó en crear en Francia un patriarca que fuese gefe supremo de la iglesia galicana, y que administrara independientemente sin acudir al papa ni á sus consejos. A pesar de la España y de los Jesuitas, del papa y del clero, y de los fanáticos y ambiciosos de todas clases, Enrique IV se robustecia mas y mas en el trono cuyos escalones hubo de disputar uno á uno; de suerte que las principales ciudades del reino caian en su poder ó voluntariamente se sujetaban. Para borrar la mala impresion que la obstinada negativa del papa en absolver y reconocer á Enrique IV podia causar en el ánimo del pueblo en general y particularmente

en el de los católicos, se resolvió consagrar al monarca. Reims que era el punto en donde se verificaba la consagracion de los reyes de Francia estaba entonces en poder de la Liga y por esto se hizo en Chartres esa ceremonia que en aquella época tenia grande importancia. Entonces hubo una discusion no poco interesante con respecto al Santo Oleo que se usaria para la consagracion del rey, y ocurrió la duda de si podia hacerse con otra cosa que con el Oleo de la *Santa Ampolla*. Entonces algunos obispos dijeron que la santa Ampolla no era absolutamente necesaria para que la consagracion tuviese validez, y aun los hubo que pusieron en duda la autenticidad de aquella celeste redoma de la cual no hace mencion San Rémy en su testamento, ni hablan tampoco Gregorio de Tours ni otros prelados de la época. A propósito de esto uno de los prelados que seria el arzobispo de Tours emitió la idea de que el milagroso Crisma de la iglesia de Marmontiers cerca de Tours tenia á su favor mas fundadas pruebas que la botella de Reims, atendido á que Sulpicio Severo dice que ciento doce años antes de la conversion de Clodoveo se vió bajar del cielo un ángel que curó la pierna de San Martin frontándola con aquel bálsamo celeste, en ocasion en que el Santo se habia caido de una escalera, como lo confirman Fortunato, Paulino obispo de Nole y Alcuin en su tratado de los milagros del Santo. Enríque IV pues fue consagrado con el santo Crisma de Marmontiers y por el obispo de Chartres que se llabama Nicolás De Thou (1).

Despues de esta ceremonia París se entregó al rey que celebró ella la Pascua, y en ese hecho es notable que el cardenal legado no quiso ir á saludar al rey, y que el cardenal Pellevé gran partidario de los Jesuitas tuvo tanta ira al saber ese acontecimiento que murió de cólera. El cardenal de Plasencia se llevó consigo de París al rector del colegio de los Jesuitas Antonio Varade y á Cristobal Aubis cura de san Andres, que segun hemos dicho eran generalmente reputados por cómplices de Barriere, ó que mas ciertamen-

(1) Todos éstos pormenores estàn literalmente tomados del libro 108 del historiador De Thou, el cual aunque cristiano sìncero no parece tener gran fé en esas nimiedades del catolicismo que son acaso las que mas perjuicios han hecho à la religìon. Con este motivo bien puede preguntarse á los prìncipes de la iglesia romana si no es cierto que la *Santa túnica de Treves* diò origen al levantamiento del cura Ronge y à los creyentes de la iglesia catòlica alemana.

te estaban convencidos de haber impulsado á ese miserable asesino á que cometiera aquel crímen. Bien persuadido estaba Enrique IV de la connivencia que hubo entre Barriere y los Jesuitas, pero mientras pudo evitó declarar abiertamente la guerra á la negra Compañía cuyo influjo le daba que temer y cuyo odio no consiguió amortiguar nunca. Así fué que el fraile dominico que antes que otro alguno reveló el regicída proyecto de Barriere, y que por ello fué probablemente el salvador del rey no obtuvo de este recompensa alguna. Cierto es que se le ofreció el obispado de Angouleme, pero so pretesto de que con revelar las intenciones del asesino habia faltado al secreto de la confesion, los Jesuitas opusieron tantos obstáculos que hubo de renunciar á este galardon, y aun se vió precisado á justificarse ante la santa Sede, como que con este fin publicó varios escritos.

A pesar de esta moderacion estremada, los Jesuitas lejos de tenerla en cuenta procuraron luchar contra la ascendiente fortuna de Enrique IV, y despues de la entrada del príncipe en París aun intrigaban en la capital del reino. Á escepcion de los capuchinos, que muchas veces hicieron causa comun con los Jesuitas, la órden de estos fué la única entre todas las religiosas que por mucho tiempo se negó á reconocer á Enrique IV como rey legítimo y á orar por él, suponiendo que no podian hacer ni lo uno ni lo otro hasta que el soberano pontífice hubiera hablado acerca de ello. Segun nos dice De Thou sosteníanlos contra el rey y contra el odio público que abiertamente los presentaba como principales autores de los disturbios del reino, muchas personas de alta clase, bien fuesen estas personas restos de la Liga, bien esperasen hacerse por tal medio bienquistas á la corte de Roma, de la que los Jesuitas se suponian verdaderos representantes. Apesar de esto la causa del rey se hallaba en buen estado, y como el espiritu público conmovido todavia con el atentado de Barriere de cada dia se manifestaba mas hostil á los reverendos padres, la universidad de París alentada por el parlamento abrió de nuevo el proceso formado contra ellos cuando se introdujeron en el reino, y que siempre fué interrumpido por las órdenes de la córte y por los acontecimientos públicos. Mas adelante hablarémos de este proceso limitándonos por ahora á decir que gracias á los esfuerzos del jóven cardenal, de Borbon y de al-

gunos otros magnates católicos, otra vez se sobreseyó la causa. Indignados los Jesuitas por esta tentativa y juzgando que la corte habia movido á la universidad á que diera ese paso, declamaron furiosamente contra el rey vaticinando que bien pronto caeria sobre él la venganza del cielo; y como el cielo no parecia dispuesto á dejar airosa la prediccion de ruina y muerte lanzada contra Enrique por la Compañía de Jesus, esta probablemente se dirigió al infierno, el cual no tardó en responder al llamamiento por boca de Juan Chatel.

El padre José Jouvenci, historiador Jesuita, asegura que el cielo anuncio por medio de prodigios la catástrofe que amenazaba. No se crea sin embargo que la catástrofe de que habla el buen Jesuita sea el asesinato de Enrique IV ejecutado por un alumno de la Compañia, sino el decreto de espulsion de esta que fué consecuencia de aquel crímen. Esos signos celestiales, segun dice el historiador Jesuita, fueron cruces blancas que aparecieron en el hábito de los padres sobre todo cuando estaban celebrando misa; cruces que no habian sido figuradas ni hechas por mano de hombre. El padre vé en esas cruces maravillosas un anuncio de la cruz de dolores no merecidos que la malicia de los hombres iba á echar sobre la inocente Compañía de Jesus. Sin duda para probar que la primera espulsion de los Jesuitas de Francia no fué resultado de las malas artes de sus cofrades, sino del odio que los malvados los tenian, añade el mismo Jesuita: » Algun tiempo antes del año 1594 un « demonio exorcisado por nuestros padres y viéndose forzado á es- « caparse, amenazó al exorcizante y á toda su Orden con que algun « dia los haria echar de todo el reino de Francia. En órden á esos maravillosos presagios podemos decir que el hombre que pega fuego á una mina puede prever con seguridad la esplocion, aunque algunas veces ignore si la mina demasiado cargada le hará saltar á él en vez de destruir al enemigo.

Procurarémos presentar á los ojos de nuestros lectores el sombrío drama al cual Juan Chatel ha dado su nombre, y á fin de evitar la frecuente repeticion de notas justificativas volverémos á decir que la forma de este relato, como la de todos los demas de esta historia, es la única cosa en la que nos hemos atrevido á poner mano.

En el punto en que hoy se encuentra el espacio cemicircular

que está delante del palacio de Justicia, y al cual se dá el nombre de plaza del palacio, alzábase en el año 1594 una de esas sólidas casas de la clase media de París con puntiagudo remate esculpido y que daba á la calle, techos agudos cubiertos de plomo y llenos de diferentes ornatos de hierro. Esa casa bastante grande y que contra la costumbre de la época tenia segundo piso cuyas ventanas daban al rápido talús del pizarreño tejado, pertenecia á un rico mercader de paños, ciudadano de París muy respetado entre sus cofrades y que se llamaba Pedro Chatel. Habia sido ese hombre acérrimo partidario de la Liga, pero desde que se sometió París, se limitaba á manifestar su poco afecto al triunfante Bearnais, murmurando contra él cuando por la noche y á puerta cerrada estaba sentado en la mesa con sus amigos y compadres Mosen Claudio Lallemant cura de san Pedro, ó con Mosen Bernardo vicario de la misma iglesia. Pero como la calma que Enrique habia vuelto á la capital de su reino agitada desde tanto tiempo por las tempestades políticas daba nueva actividad al comercio de Pedro Chatel, los intereses mercantiles poco á poco le hacian olvidar los que en otro tiempo le habian llamado mucho la atencion como partídario de la Liga. Maese Pedro Chatel era un hombrecillo de vientre abultado, frente estrecha y enteramente cubierta de cabello rubio, que comenzaba á volverse gris; gozaba de grande reputacion de hombre probo, lo cual le hacia tomar cierto aire de importancia y gravedad, y es preciso saber que en el fondo se afilió en la Liga para ser alguna cosa, y porque en aquella época toda la clase media de París pertenecia á ella. Dionisia Hazard esposa del dicho mercader, é hija como su marido de honrada familia, tuvo una educacion bastante buena, de manera que sabía leer, escribir y contar, conocimientos entonces muy poco comunes aun entre las clases mas elevedas. La Señora Dionisia vestida con una saya y corpiño de finísimo paño pardo bordados, de terciopelo en las mangas y en el cuerpo, y llevando colgada del cuello una gruesa cadena de oro con un precioso y calado relicario del mismo metal, que segun fama era obra del grande artista Florentino Benvenuto Chellini, hacía siempre ostentacion de mucho gusto y limpieza. Sus negros ojos brillantes, su rostro descolorido, su talle delgado y sus manos graciosas aunque un poco gordinflonas la harian reputar todavía

por una muger guapa á pesar de sus cuarenta años. Aunque con la edad se habia vuelto devota y frecuentaba mucho las iglesias, á su debido tiempo le dió al marido tres hijos, á saber: Catalina, muchacha morena, vivaracha, hacendosa, despejada, de escelente carácter y casada poco antes con maese Juan Le-Comte que se asoció con Pedro Chatel. Magdalena, rapaza que acabada de serlo para convertirse en muger, rubia, dulce y encantadora, con grandes ojos azules que parecian distraidos y que tomaban los colores del arco iris, al fijarse por casualidad en el rostro de Antonio de Villiers principal dependiente de Chatel, buen mozo, y que segun decian se hizo mercader de paños para ver y hablar á Magdalena. El tercer hijo de Maese Chatel y de la señora Dionisia era varon y se llamaba Juan. En la época de que hablamos acababa de cumplir 19 años, tenia el pelo rubio, claro, con algunos mechones de color mas vivo en las sienes y cerca del cuello, sus ojos grises algo encendidos tenian una especie de soñolencia estraña, que se despejaba á veces á impulsos de efervescencias interiores: sus labios y su rostro tenian una palidéz mórbida, y en él se veian ya delineadas las arrugas que iban á formarse luego: su frente se dirigia hácia atras y todo el cráneo tenia la misma inclinacion, de suerte que casi remataba en punta. Pedro Chatel habia confiado la educacion de su hijo á los padres de la Compañía de Jesus, y Juan despues de acabar la filosofía en su colegio de Clermont comenzó las leyes, con la esperanza de que su padre le compraria un buen destino.

Juan Chatel á fuer de muchacho mimado por sus padres cuya mal entendida ternura le dejó desde muy temprano una fatal libertad para dirigirse á donde sus malos intentos le inclinaran, en la flor de sus años tenia ya los vicios de la edad madura y la flaqueza de la vejez. Pedro Chatel y su muger creyeron que la religion pondria un freno á esa índole perversa que se dejó entrever desde muy temprano, y con este motivo confiaron su hijo á los padres de la Compañía de Jesus, cuyo colegio era ya célebre y al cual ambos esposos tenian grande aficion; el marido á fuer de adicto á la Liga y la muger como devota. Las esperanzas de los dos esposos se frustraron porque en las manos de los Jesuitas el detestable carácter de Juan tomó un vuelo espantoso que no podia ya detener

cosa alguna; de suerte que á los 19 años ese jóven tenia una conducta que era el escándalo del barrio, la vergüenza del padre y causa de desesperacion de la madre. Por una rara anomalía y que sin embargo es muy frecuente, mientras que Juan Chatel cometia desórdenes de todas clases creia en Dios que los reprueba y los castiga, y en el colegio de los Jesuitas, sin duda porque estos echaron mano de los terrores religiosos para domar aquella índole perversa y arrebatada, aprendió nó á amar el cielo, sino á temer el infierno. Salió de las manos de los reverendos padres supersticioso mas no pio, y aunque el temor de la condenacion eterna le contuvo por algun tiempo, se reflexionó un dia que ya estaba condenado para siempre, sacando de aquí la consecuencia de que desde entonces poco le importaba á su vida futura que fuese esta ó aquella su vida presente. Puesto que el Cielo me rechaza, dijo para consigo, al menos gocemos de la tierra, y esperando las penas eternas procuremos formar acá abajo un paraiso que nos está cerrado allá arriba.

Fácil es comprender que desde entonces hallaron terrible y monstruoso pasto los desordenados apetitos de ese hombre, en cuyo concepto cada oleada de placeres en que se sumergia la reputaba como compensacion de una de las ardientes oleadas del eterno abismo que le aguardaba. Esa idea y sus consecuencias debieron ser y fueron una cosa horrible.

Al acabarse la tarde de un sábado á últimos de diciembre de 1694 la familia de Pedro Chatel daba fin á una cena, en la cual segun tenia de costumbre habia tomado parte Mosen Claudio Lallemant, cura de san Pedro. La cena no obstante fué tan triste á pesar de lo bien que la habian dispuesto la señora Dionisia y su hija Catalina, y á pesar de los escelentes vinos que, para festejar á su huésped, sacó de la bodega el rico mercader. Desde algunos dias á aquella parte Magdalena estaba enferma y en la cama, y Juan hacia tiempo que no se habia presentado en casa de sus padres de la cual salió la ultima vez á consecuencia de un lance muy desagradable ocasionado por los cargos que Pedro Chatel le hizo tocante á su desordenada conducta, lance en el que aquel miserable jóven se atrevió á levantar la mano contra su madre. El cura de san Pedro procuraba consolar á la señora Dionisia, dándole esperanzas



Lit. Gardette y C.ª Calle de la Union 26.

La familia de Juan Chatel

de que gracias á las oraciones de la madre, de las limosnas del padre, el hijo se arrepentiria finalmente. Pedro oia las palabras del cura meneando la cabeza á uno y otro lado con aire de inquieta duda, y la triste madre lloraba, cuando á deshora se oyó un ahogado grito que al parecer bajaba por la escalera de piedra tortuosa y angosta que iba á parar al cuarto en donde Magdalena dormia sola, desde el matrimonio de su hermana. Fué tan doloroso ese grito que hizo estremecer, levantarse y correr hácia la escalera á cuantos le oyeron, y en aquel instante un ser que apenas podia llamarse hombre, pálido, con ojos hoscos y ensangrentados, con el pelo erizado y cual debió estar Caín despues de asesinar á su hermano, bajó impetuosamente la escalera y derribó á Antonio de Villiers, que habiendo oido el grito y conociendo la voz de Magdalena corrió allí desde la tienda. —¡Juan! exclamó el mercader sorprendido al reconocer á su hijo. —¡Hijo mio! murmuró la madre, que se habia estremecido sin saber la causa de su terror.—¡Miserable! gritó desde el cuarto de Magdalena, Villiers que habia entrado en Catalina con él. Esta sostenia en sus brazos el inanimado cuerpo de su hermana que estaba sobre el frio suelo y que al parecer habia sostenido una atroz lucha en la cual quedó desmayada. Magdalena estaba casi desnuda, con la camisa rasgada en mil partes y en su virginal cuerpo se notaban terribles arañazos cual, los de un tigre. La madre hizo salir del cuarto á todos á escepcion de Catalina, y despues de largo rato logró volver en sí á Magdalena, cuyas primeras palabras fueron: ¡oh! no era mi hermano! ¿No es verdad que no lo era? Al momento he conocido que no podia ser mas que el espíritu maligno. La pobre jóven tuvo el juicio trastornado por algunos dias y jamás recobro completamente la salud(1).

Mientras tanto Juan Chatel, puesto que en efecto era él ese horrible espectro, habia salido de la casa de su padre en donde este á duras penas contenia á Antonio de Villers, quien despues de agarrar la primera arma que le vino á mano, y ciego de ira queria precipitarse tras de aquel miserable cuyo infernal intento habia

(1) Véase à De Thou lib. 111. Algunos historiadores dicen que no fué la hermana sino la madre de Juan Chatel el objeto de los monstruosos deseos de ese infame jòven, en el cual por honra de la humanidad no debe ver uno mas que à un miserable loco.

adivinado. A ruegos del mercader el cura se quedó con el jóven, y Pedro Chatel salió y con cuanta rapidez pudo siguió el camino que habia visto cojer á su hijo. No tardó en encontrarle detenido cerca del puente *au Change* y que inclinado hácia el rio parecia contemplar las negras y mugientes olas á la sombria luz de algunas estrellas que asomaban entre las nubes de un cielo tempuestoso. Cuando se acercó á su hijo le oyó que separándose del rio decia consigo mismo: no, es muy pronto, y el infierno estaria demasiado contento. A estas palabras pronunciadas con voz sorda y seca sucedió una risa horrible. Creyendo el mercader que los escesos habian alterado el juicio del jóven le dijo con mucha dulzura: acércate Juan, acércate. El mozo siguió al instante y sin que al parecer estrañara la presencia de su padre; mas á pocos pasos se detuvo y preguntó que á adonde le llevaba. — A donde puedas recibir dijo el padre, los socorros que exige el estado en que te veo con no poco dolor y espanto; te llevo al Colegio de los padres Jesuitas. — No, alli no, alli no, esclamó Juan, con voz sonora y deteniéndose de nuevo. ¿ Acaso no es alli.....? al decir estas palabras calló repentinamente, pero instado de nuevo por su padre echó á andar hácia el Colegio de Clermont. Despues de haber caminado algunos minutos en absoluto silencio, como el padre le hablase de arrepentímiento y de desarmar la cólera divina, Juan le interrumpió diciendo: ¿ Pensais que sufriré menos en el otro mundo si mato al herege Enrique de Navarra ? — Desgraciado ! esclamó en voz baja el estremecido mercader, calla, y nunca mas repitas en mi presencia tales palabras. Yo creo que el furioso delirio de que eres víctima es quien te ha hecho proferirlas. ¿ No es asi, Juan? — Ahora poco, contestó el jóven, cuando al mirar ese furioso rio sentia nacer en mí deseos de una muerte pronta, me ocurrió la idea que ya concebí al escuchar las lecciones del Colegio de Clermont, y es que los tormentos del infierno se gradúan segun los crímenes de los condenados, y que si no puede uno salvarse del abismo le es dado al menos disminuir sus tormentos. Yo creo que mataré al rey. — Silencio, en nombre del Cielo, esclamó Pedro Chatel, registrando con la vista las tinieblas que le cercaban por temor de que ocultasen algun peligroso oyente. Por fortuna, continuó, estamos ya en la casa de los buenos padres: permita el cielo, hijo mio, que calmen

vuestro espíritu y que le devuelvan el temor de Dios y la paz de los buenos pensamientos.

A pesar de lo avanzado de la hora el mercader que era muy bienquisto y conocido de los Jesuitas fué recibido en su casa y pudo hablar al sacerdote Jesuita Juan Gueret que era su confesor, y en quien tenia gran confianza, y que como profesor de filosofía en el colegio de Clermont habia sido maestro de Juan Chatel. Despues que Pedro le hubo dicho en voz baja los pesares que le causaba la conducta cada dia mas intolerable de su hijo, le entregó este jóven que habia consentido en pasar algunos dias en la casa de los reverendos padres. Las confesiones de Juan Chatel, que en parte descorren el velo de misterios que envuelven todas las casas jesuíticas, nos dejarán entrever muy luego cual fué el remedio que los hijos de Loyola aplicaron á la enfermedad mental de aquel miserable jóven.

En el dia 27 de diciembre de 1594 volvia de Saint-German á Paris Enrique IV á quien la guerra tuvo ausente por algun tiempo. Las nuevas victorias que acababa de alcanzar en Picardia, la toma de Laon cuyo sitio dirigió en persona y la sumision del duque de Guise, que era anuncio de la del duque de Mayenne, todo aumentaba la aureola de gloria de Bearnais que fué recibido con entusiasta alegria por los parisienses. Crecido fué el numero de las personas que salieron al encuentro del rey á grande distancia de la capital, y entre las que parecian mas afanadas era fácil notar á un jóven con aire inquieto y rostro sumamente pálido. Las oleadas del pueblo hicieron bambolear á ese jóven cuando el rey se acercaba, y entonces se le vió bajarse para recojer un cuchillo que se le habia caido de la faltriquera, pero nadie hizo alto en ello porque sus pocos años y la clase del cuchillo que indicaba á un hombre pacífico, no podian dispertar ninguna sospecha de asesinato. Cual si la caida del cuchillo tuviera sobre el jóven mucho influjo, desistiendo desde entonces de los estraordinarios esfuerzos que antes habia hecho para acercarse al rey, se quedó inmóvil á mucha distancia del acompañamiento, fué alejándose mas y mas, y por fin se perdió de vista. Ese jóven era Juan Chatel que fué al encuentro del rey con el intento de asesinarle; pero en el camino cambió de objeto, y horrorizándose segun él mismo confesó á la idea de semejante crí-

men, y no pudiendo tampoco realizarle, procuró hacerlo imposible cometiendo otro crímen bastante para que le detuvieran y probablemente lo matasen en el acto. Lo que mas claramente pinta el desórden moral que entonces sufria Juan Chatel, es que á fin de ejecutar su nuevo proyecto nada mas oportuno le ocurrió que acercarse á los caballos de los señores que salieron á recibir al rey, y que para saludarle habian dejado las cabalgaduras en poder de sus criados. El intento de Juan Chatel, segun sus mismas palabras que nos ha conservado De Thou en la página 331. tom. 12 de su historia Universal, era por muy increible que parezca, cometer con esos caballos el crímen de bestialidad, crímen en aquella época mucho mas comun que en la nuestra. Los hombres que guardaban los caballos no le permitieron acercarse y entonces dió la vuelta á París. Mientras tanto Enrique IV habia atravesado lentamente las calles de su capital adornadas de colgaduras y acababa de entrar en el palacio de Bonchage, en donde vivia la duquesa de Beaufort, y que despues fué dado á los padres del Oratorio. Allí, bien fuese bondad natural, bien que le moviera á ello el deseo de aumentar su naciente popularidad, permitió que la multitud que habia salido á recibirle penetráse hasta el cuarto de su hermosa y célebre dama. En medio de aquella muchedumbre turbulenta y que cada instante se renovaba, entreteníase Enrique IV hablando con el conde de Soissons y con otros señores allegados suyos, recibia los cumplidos de los gentiles hombres que no habian podido seguirle á Picardía, y de tiempo en tiempo se divertia riéndose con una bufona llamada Maturina, á la cual permitia grandes libertades, de las que ella no pocas veces abusaba. Eran las seis de la tarde y Enrique que probablemente deseaba quedar solo y que por otra parte nadie habia comido desde por la mañana, pidió que le sirviesen la cena cuanto antes posible.—¿Enricote, preguntó entónces Maturina acercándose y palmoteando, piensas acaso sentarte en la mesa con las botas y las espuelas? Te advierto que si quieres que esté contigo mas tiempo es menester que te vistas con mas galantería. Acaso consiste esto, continuó la loca, en que tienes en los calzones algun desgarron que las botas ocultan: y si es así nada temas porque tengo una buena aguja y una buena hebra de seda á disposicion de mis amigos. Voy pues á zurcir ese rasgon de que te avergüenzas y que no quieres enseñar-

nos. Asi permitan Nuestra Señora y santa Genoveva que tu confesor no se vea mas apurado para zurcir los desgarrones de tu conciencia de lo que estoy yo para remediar los de tus calzones.

Mientras la loca decia esto y el rey se estaba riendo á carjada tendida; acercábanse á saludarle dos señores recien llegados y tras ellos se adelantó un jóven en quien nadie hizo alto. En el momento en que uno de dichos señores que era Francisco de la Grange, señor de Montigny, se arrodilló delante del rey abrazándole el muslo y el rey se inclinaba para levantarlo y abrazarlo, volvió repentinamente á su posicion primera y llevando la mano á la boca soltó con voz firme un voto redondo, é indicando á Maturina que estaba alli cerca y jesticulaba sacando de una bolsa los avios de una costurera, añadió: echad de aqui á esa loca que me ha hecho daño! — Señor, vos estais herido, esclamó Montigny que veia corrèr la sangre por la mano del rey. A estas palabras hubo gran tumulto en el cuarto y el conde de Soissons arrojándose sobre un jóven que procuraba alejarse del grupo de que el rey hácia parte y ocultarse entre la multitul conmovida, le cojió por el cuello del vestido, y llevándolo á la presencia del rey, esclamó: este es el asesino, y sino es él soy yo. Cubierto el acusado de una lividez espantosa, y temblando de pies á cabeza negaba obstinadamente que fuese reo, y el rey viendo sus pocos años se inclinaba á juzgarle inocente; pero como la muchedumbre gritaba que era preciso hacer pedazos al asesino y se disponia á ejecutar sus amenazas contra aquel jóven, Enrique IV mandó al gran preboste de su palacio que lo hiciese conducir á lugar seguro. Alejándose entonces la multitud á ruegos de la servidumbre del rey y acercadas algunas antorchas se encontró en el suelo el cuchillo que hirio á Enrique IV, aunque no gravemente porque gracias al movimiento que hizo para levantar á Montigny, el golpe que iba dirigido al corazon no pudo alcanzar sino el labio inferior, que el arma atravesó rompiendo de paso un diente (1). A las ocho de la noche Enrique IV seguido de muchos señores de alto rango se trasladò á la Catedral á fin de dar gracias á

(1) Muchos escritores dicen que Enrique IV fué herido en el labio superior, pero De Thou dice positivamente que fué en el inferior, y hay mas motivo como lo dice el traductor de la edicion de 1734 para creer lo que dice este historiador porque estaba en la corte y era muy allegado al rey que lo estimaba y le queria.

Dios, para lo cual se cantó alli un solemne *Te Deum*. Este paso de Enrique IV evitó quizás muchas desgracias, porque el rumor de la tentativa de asesinato habia cundido por Paris y causado agitacion muy grande. La voz pública esplicaba el hecho de varios modos, pues unos decian que Enrique estaba muerto y otros que vivia aunque agonizando, y aun se aseguraba que la muerte del rey era una comedia. Cuando se supo lo que en realidad habia, los parisienses desacostumbrados apenas de la lucha política comenzaban á dirigir la vista hácia el punto en que habian colgado la alabarda ó el sable; ya los vecinos se dirigian miradas amenazadoras, ya el celoso católico fruncía las cejas al ver pasar al protestante, y el realista miraba de mal ojo al activo partidario de la Liga. La aparicion de Enrique IV en las calles calmó aquella efervescencia, ó por mejor decir, confundiendo sus contradictorios hervores los dirigió hácia un mismo punto. Al momento se oyó en todas partes el grito universal de que los jesuitas habian querido asesinar al rey (1) y de que era preciso acabar con aquellos miserables. Suena tremenda gritería á que sucede el silencio, y entónces un hombre que era un orador popular de esos que producen toda grande conmocion y cuyas palabras se lanzan hácia las masas desde encima de alguna piedra para ir á sentarse en algun trono vacio, ese hombre ha tomado la palabra para preguntar á la atenta muchedumbre que se hace con el lobo feroz y devastador cuando se le quiere cojer en su covacha. Se le ahuma, respondió una voz enérgica, primero se le ahuma, y despues se le mata.— ¿Lo habeis oido, muchachos? esclamó el orador estendiendo los brazos hácia la muchedumbre, y al decir esto baja de su improvisada tribuna, y ya el gentío se precipita hácia el colegio de Clermont: ya las puertas del colegio, se conmueven á los redoblados golpes de las bigas y de las barras de hierro con las cuales procuran echarlas abajo, mientras que las últimas filas de los expugnadores hacen volar por encima de las paredes una nube de piedras y los gritos vuelan con los proyectiles, lanzados unos y otros contra la casa de los hijos de Loyola. Aumemos á esos lobos hambrientos, gritaba la muchedumbre, pene-

(1) Segun dice el padre Jouvenci de pronto se creyó en Paris que un Jesuita era el sesino.

tremos en sus covachas, demos fin con ellos (1). Deseosos de seguir al pie de la letra el consejo que se les habia dado y viendo que la puerta del colegio parecia dispuesta á desafiar por largo rato sus esfuerzos, los espugnadores amontonaron delante de ella alguna paja y haces de sarmiento y les pegaron fuego. Bien pronto la devoradora accion del destructor elemento iba á dejar el paso libre á los amotinados, los cuales lanzando un grito de triunfo se preparaban á dar fin con los lobos despues de haberlos ahumado. En aquel momento algunas compañias de guardias del rey y de arqueros de la prebostía se adelantaron abriendo paso á Guillermo Vair magistrado de París, á quien seguian dos consejeros del parlamento con trage encarnado y escoltados por sus ugieres. En vano el gefe de la tropa arengó á la multitud para que se retirase, cuando uno de los ugieres alcanzó con una sola palabra lo que no habia podido conseguir el orador militar. — Amigos mios, dijo el Lictor parlamentario, está bien que querais matar á los Jesuitas, pero ¿no será mas precioso verlos ahorcar? Al oir esto los expugnadores se dispersaron con grande algazara y resueltos á no dejar de asistir al espectáculo que se les prometia. La comision enviada por el parlamento pudo entrar entonces en el colegio de los Jesuitas, cuyo interior presentaba un singular espectáculo. Los reverendos padres estaban todos reunidos en el patio y al rededor de un gigantesco crucifijo que en mitad de él habia: algunos oraban temblando al pié del sagrado emblema, mientras que otros cual fuera de sí se agitaban como endemoniados gritando: *Surge, frater, agitur de religione.* (Levántate, hermano; se trata de la religion.) Algunos novicios hicieron ademan de querer rechazar á la tropa, pero el provincial Clemente Dupuys los contuvo, y preguntó al magistrado cual era el motivo de presentarse allí él y los dos consejeros. — ¿No lo adivinais, reverendo padre, respondió uno de estos mirando de hito en hito al provincial? Este sostuvo con una impasibilidad fria las ardientes miradas que al hacerle esta pregunta se dirigieron á su rostro pálido y socarron, y dijo que en manera alguna adivinaba el motivo de la visita con que era honrada su casa, á menos, añadió, qne no sea para protegerla contra esa

(1) Meceray dice que el pueblo sitiò el colegio de Clermont, y que á no enviar el rey sus guardias hubiera despedazado à los Jesuitas.

incomprensible irrupcion popular, en cuyo caso os doy vivas gracias en nombre de todos nuestros padres á quienes la tal irrupcion ha espantado igualmente que sorprendido. Al decir estas palabras el padre se inclinó con aire gracioso ante los magistrados.

En aquel momento la muchedumbre que se dispersaba despededíase del colegio de los Jesuitas gritando: á la horca los asesinos. —¿Oís, reverendo padre mio? preguntó Guillermo Vair. —Oigo los gritos de muerte lanzados por un populacho furioso. —¿Oís tambien la sentencia pronunciada por la voz del pueblo? —¡Y qué! preguntó al instante el dignatario jesuita: —Se supondria acaso... se detuvo en esta última palabra. —¿De qué suposicion queriais hablar, reverendo padre? El provincial no contestó una palabra, y desde entonces los comisionados del parlamento no pudieron recabar con sus preguntas mas que los monosílabos si ó no. Viendo el magistrado que no era dable sacar partido del provincial y enojado al ver el mal éxito de su tentativa, concluyó por decir bruscamente á los Jesuitas que el rey Enrique IV acababa de escaparse milagrosamente del puñal de un asesino. Al oir estas palabras notóse en el inmóvil grupo de los Jesuitas una especie de zumbido, semejante al que se oye en las altas cumbres de un bosque en medio de un dia tempestuoso, pero fué imposible adivinar la naturaleza de ese zumbido porque en él podian distinguirse á un tiempo mismo los efectos de la sorpresa, el murmullo del chasco y el hipo de la rabia que procuran contenerse. —¿Decís que han querido matar al rey? esclamó lentamente el padre provincial. Entonces vuestra venida tendrá por objeto pedirnos que á una con la Iglesia y con toda la Francia dirijamos acciones de gracias á Dios que protege al rey, al rey que segun decís ha sido levemente herido. —Y en caso de ser este, dijo el magistrado, el motivo de nuestra venida, ¿qué es lo que contestais á nuestra solicitud? —En nombre de todos los que me obedecen y en el de todos mis hermanos en religion, respondo que ninguna órden dirigirá con tanta sinceridad acciones de gracias al cielo por la proteccion que concede al rey de Francia, como la Compañía de Jesus. — Hipócrita, pensó entre sí Guillermo Vais mientras que los guardias y los arqueros manoseaban las culatas de los mosquetes y las astas de las alabardas. No es este continuó el oficial del parlamento, el motivo que se

ha propuesto la corte al enviarnos á esta casa que pertenece á la Compañía llamada de Jesus: vais á saber la verdadera causa de nuestra visita. Nos, Guillermo Vair magistrado de París y relator del consejo del rey, en union con dos consejeros delegados os requerimos á vos, Clemente Dupuys sacerdote, y á cualquiera otro individuo gefe ó director de religiosos para que al momento hagais comparecer ante nos á todos y á cada uno de los padres, regentes, novicios, y estudiantes que se encuentran en este colegio de Clermont, y al mismo tiempo para que pongais en nuestras manos la lista de todas las personas que habitan en esta casa.— Voy á mandar, dijo el provincial despues de un instante de silencio, que se obedezca esta órden, protestando al mismo tiempo contra el tenor de la misma y contra el modo y la hora en que nos ha sido intimada. —Todos protestamos, gritaron algunos energúmenos de sotana, á los cuales impusieron silencio las voces de los ugieres auxiliadas por la muda elocuencia de los mosquetes y alabardas de la escolta. El provincial entregó entonces al magistrado una lista con los nombres de todos los habitantes del colegio á quienes un ugier del parlamento fué llamando en alta voz, y á cada nombre contestó un individuo, ya profeso ya coadjutor, ya novicio, ó ya estudiante. Solo tres dejaron de responder, pero el provincial aseguró, y la comision del parlamento se aseguró por sí misma, de que esas tres personas estaban en la enfermería. Este resultado pareció causar alguna sorpresa al magistrado y á los consejeros, y desagradó á los ugieres y soldados de la escolta.— ¿Estais ahora satisfechos, señores? preguntó el Padre Clemente Dupuys en tono frio mezclado con una ironia de triunfo.

El magistrado despues de consultar en voz baja con los dos consejeros se dirigió de nuevo al provincial para darle órden de que asi él como todos sus inferiores le siguiesen al instante. —¿A donde quereis llevarnos, caballero, preguntó el Jesuita en tono de irritada sospresa. ¿Habeis reflexionado bien..... —Cumplid con vuestro deber, dijo friamente el magistrado dirigiendose al gefe de los ugieres. Segun la actitud que tomaron los guardias del rey y los arqueros de la prebostía pareció que interiormente deseasen con mucha ansia que los Jesuitas trataran de hacer alguna resistencia, y en efecto hubo un momento en que parecian dispuestos á ello; pe-

ro el padre provincial calmó con una sola mirada la cólera que ardia bajo la negra sotana de sus subordinados.—Estamos prontos á seguiros, señores, dijo el padre con una afectada calma. Entonces salieron del Colegio de Clermont los comisionados del parlamento y tras ellos los Jesuitas custodiados por la escolta. Cerráronse en seguida las puertas de la casa de los reverendos padres, en donde solo qedaron el rector, los tres enfermos y algunos arqueros de la prebostía. Los Jesuitas fueron conducidos á la casa del consejero Brisard gefe del cuartel, que se encargó de custodiarlos con un peloton de guardias que le dejaron. Aunque eran cerca de las diez de la noche reinaba en las calles de Paris mucho ruido y movimiento, y de cuando en cuando se veian pasar grupos de soldados que contestaban con grandes gritos á los gritos de los paisanos tumultuariamente reunidos en todas partes. Era tanta la ira de la muchedumbre contra los Jesuitas, que el objeto de encerrarlos en la casa del consejero Brisard fué impedir que diesen fin con ellos, y aun fué preciso que Guillermo Vair mandase repetidas veces y muy severamente á su escolta que velara por la seguridad de los reverendos padres, para evitar que fuesen muertos en el camino segun nos lo dice el mismo Padre Jouvency. A las once y media el gefe de los ugieres del parlamento fué á la casa del consejero Brisard, y de parte del primer presidente Harlay le mandó que hiciese conducir á los Jesuitas á su colegio en donde debian quedar encerrados bajo la vigilancia de un oficial del parlamento ausiliado por suficiente número de arqueros. Solo se esceptuó de esta medida á uno de los padres que era el profesor de filosofia Juan Guret, á quien el primer presidente habia mandado llevar al Lonvre. El consejero Brisard encargó al gefe de los ugieres que volviese á los Jesuitas á su Colegio, y por sí mismo condujo al Louvre al padre Gueret.

Encerrado Juan Chatel despues de su arresto en un cuarto bajo del Louvre que servia de cárcel, fué inmediatamente derrogado por el Gran preboste de palacio, y como al instante acudió alli el primer presidente Harlay se continuó el interrogatorio mas larga y esquisitamente. A consecuencia de esta segunda indagatoria mandó el primer presidente que el padre Gueret fuese conducido al Louvre y al mismo eiempo algunos oficiales del parlamento seguidos de arqueros fueron á prender y condujeron al For— l' Evêque al padre,

madre, hermanas y cuñado del asesino, á todos los individuos de la familia del mercader y á los tres curas que frecuentaban su casa. En la misma cárcel fué encerrado Juan Chatel despues de recibida su primera indagatoria, y cuando ya el Jesuita preso fué careado con el asesino, antiguo alumno suyo. Todo el dia 18 de diciembre se pasó recibiendo declaraciones al asesino, á su familia y á los demas presos y practicando careos. Por la mañana Juan Chatel fué sacado del For— l' Evèque y conducido á la cárcel de la consergería. Una muchedumbre innumerable ocupa el palacio de Justicia y sus alrededores, de suerte que fué preciso llamar mucha tropa para contener el pueblo e impedir que sumariamente juzgase al acusado y sobre todo á los Jesuitas á quienes sin rebozo suponia cómplices suyos. Cada vez que un miembro del parlamento atravesaba la muchedumbre para ir al tribunal, oíanse grandes gritos conjurando al magistrado para que cumpliese con su deber. El presidente Agustin De Thou anciano octogenario que para andar tenia que apoyarse en los brazos de dos ugieres, habiendo oido los gritos que el pueblo le dirigia de una manera alarmente, contestó: Ciudadanos, en breve tengo que presentarme al tribunal de Dios, y creo que no puedo prepararme mejor á ello que ocupando por última vez mi lugar en el tribunal de los hombres, en donde os aseguro que se hará justicia. Grandes aplausos contestaron á estas palabras, pero luego reinó un estraordinario silencio porque las dos camaras estaban ya reunidas segun dijo uno de los que pudieron penetrar en palacio, quien entonces continuó comunicando lo que pasaba en el santuario de la justicia á la muchedumbre que estaba clavada fuera, y que por este medio fué sabiendo y repetia en voz baja todas las frases que en el juicio se pronunciaban. El acusado se presentó ante el tribunal, y alli tuvo lugar su cuarto interrogatorio, en el que hizo á poca diferencia las mismas confesiones que en los otros y fueron las que vamos á transcribir en resumen (1). Despues de las forma-

(1) Primero fué interrogado en el Louvre por el gran prebeste, en seguida por el primer presidente, y en la mañana del 28 otra vez por el presidente y los oficiales del rey con la consergeria. Segun De Thou, Enrique IV que estaba en cama vaciló acerca de si debia poner al asesino en manos del parlamento, y el mismo historiador fué el que en nombre del primer presideute pidiò al rey que se verificase la entrega. Vide la *Historia Universal* lib. 111.

lidades ordinarias, el primer presidente Harlay dirigiéndose al acusado le preguntó:

— ¿Os llamais Juan Chatel?

— Si Señor,

— ¿Qué edad teneis?

— Diez y nueve años.

— ¿Sois hijo de Pedro Chatel, mercader de paños, que vive en frente del palacio, y de la señora Dionisia Hasard?

— Si, Señor.

— ¿Sois vos quien atentó contra la sagrada persona del rey?

— Yo soy.

— ¿Desde cuando teniais formado ese detestable proyecto?

— Hace unos diez dias.

— Manifestad al tribunal de que modo probasteis á consumar el delito que habiais concebido.

— Resolví ejecutar el proyecto en cualquier lugar que pudiese, y á este fin llevaba un cuchillo metido entre la manga de la camisa y él brazo. Resuelto á matar al rey en la primera ocasion que se presentase, y habiendo visto en el dia 27 de este mes estando en la calle de Saint-Honoré, esquina á la de Autruche que pasaban con antorchas muchos caballeros dé espada pregunté á un gentilhombre que quien era el rey, y me indicó á un caballero que llevaba los guantes puestos. Entonces seguí la escolta hasta cerca del Louvre, y con la muchedumbre entré en el cuarto de Madame Gabriela de Estree, segun despues he sabido. Estando allí me acerqué bonitamente al rey que se reía y hablaba con algunos señores cuyo nombre ignoro, y le dirigí una cuchillada á la garganta, pues como estaba muy bien armado temí que si daba en otra parte el cuchillo retrocediera; y si herí al rey en el rostro fué porque en el instante de darle la cuchillada bajó la cabeza. Hecho esto hubo allí grande ruido y tumulto, y entonces tiré el cuchillo con la esperanza de escaparme, pero me cogieron, y aunque en el acto negué el delito, ahora lo confieso.

— El asesino confiesa su crímen. Este grito fué sordamente repetido fuera del palacio mientras en el tribunal continuaba el interrogatorio del modo siguiente:

— ¿De qué arma os valísteis?

—De un cuchillo comun que tomé de casa de mi padre.

—¿Estaba envenenado?

—Que yo sepa, no señor. Era un cuchillo del cual siempre nos serviamos en casa.

El presidente manda que presenten al acusado el cuchillo de que se sirvió y le pregunta si lo conoce.

—Es el mismo, respondió Juan Chatel, con la sola diferencia de que está un poco tomado en la punta, aunque esto quizas es efecto de la sangre. Para servirse de él sera preciso limpiarlo. Estas palabras que el reo pronunció con una calma estraordinaria y casi sonriéndose producen en los alrededores del tribunal un sordo rumor de indignacion que se repite por largo rato. Se presentan al acusado varios papeles que el presidente le manda que reconozca y le pregunta en seguida si sabe de quien son.

—Son mios y todos ellos escritos de mi mano.

A la órden del primer presidente uno de los ugieres del tribunal lee tres de esos escritos, en los cuales y en medio de borrones estan trazadas las siguientes palabras, que de pronto no parecen tener conexion alguna: *Enrique de Borbon, pringado, baquero, tirano, hachon de la Francia.* Interrogado Juan Chatel acerca de esas palabras y de su sentido, dice que son el bosquejo de un anagrama que queria hacer con el nombre del rey. El cuarto papel contiene una confesion en la cual se sigue el órden de los preceptos del Decálogo.

—¿Sois vos quien ha escrito esta confesion?

—Yo soy: respondió el reo despues de vacilar un instante.

—¿Y esta confesion es la vuestra?

—Si señor, es la mia, dijo Juan despues de un rato de silencio.

El gefe de los ugieres lee esa pieza en la cual Chatel se acusa de haber cometido escesos horribles é impurezas abominables. Me acuso, decia en ella, de haber pegado á mi madre y haber concebido el designio de cometer un incesto con mi hermana. El auditorio se estremece, y el horror se propaga fuera del tribunal como una chispa eléctrica. Continuóse la lectura del papel en el cual Juan discute el derecho que todo católico puede tener para matar á Enrique de Navarra, y apoyándose en autoridades jesuíticas da por sentado que era permitido matarle, y añade que si él tomaba por fin la resolucion de ejecutar aquella obra meritoria disminuiria

con ello los eternos martirios que estaba condenado á sufrir en el infierno por sus crímenes y por sus pecados. El presidente entonces dirigiéndose al reo le dijo: Estos papeles han sido encontrados en la casa de vuestro padre: ¿ Tenia noticia vuestro padre de vuestro proyecto y resolucion de matar al rey?

— Sí, respondió friamente Juan Chatel.

— Pensad bien vuestra respuesta, porque con ella haceis un grave cargo á vuestro padre que resulta cómplice de vuestro crímen por no haberlo delatado en el momento en que lo supo.

—He dicho la verdad, pero debo añadir que cuando le hablé á mi padre de mi proyecto de matar al rey me dijo que eso era muy malo, procuró disuadirme de él, y para que olvidase esta idea me llevó á un sacerdote.

—¿Como se llama ese sacerdote?

—El padre Gueret.

—¿Le confiasteis tambien vuestro criminal proyecto?

— No, señor, únicamente me confesé con él de muchos pecados contra la naturaleza que yo tenia deseos de cometer.

—¿Cuando vísteis al religioso de quien hablais?

— El viernes ó sábado último, puesto que no me acuerdo fijamente.

—¿Con qué motivo conocia á vuestro padre el jesuita Gueret?

—El padre Gueret es profesor de filosofía en el colegio de Clermont, en donde yo he estudiado tres años y he sido discípulo de dicho padre.

—¿Y qué motivo teniais para cometer el crímen que habeis confesado?

— Desesperado por mis muchos pecados, seguro de que me condenaria como el anticristo, y creyéndome abandonado de Dios traté al menos de evitar lo peor, y conociendo que habia de ir al infierno me dije á mí mismo que era mejor ser condenado como cuatro que como ocho.

— Decidnos lo que entendeis por esto.

— Entiendo que hay diferentes grados de sufrimiento eterno; que en el infierno el castigo puede ser mas ó menos fuerte, y creo que en el abismo eterno una pena menor es una especie de salvacion comparándola con la mas grande.

—¿Y pensais ser mas ó menos condenado por el crimen que queriais cometer?

—Creo firmemente que mi accion servirá para disminuir mis penas, y lo creo tan firmemente que si tuviera que empezar volveria á hacer lo que he hecho.

El acusado dió esta contestacion con voz exaltada, y acompañándola con un gesto que recordó su accion homicida. Siguió á la respuesta un instante de suspension, durante la cual las últimas palabras del acusado trasmitidas fuera del tribunal produjeron un clamor de indignacion y de cólera. Hasta el recinto del tribunal llegó el reflujo de las furiosas oleadas que los guar dias y arqueros podian contener apenas. El presidente continuó el interrogatorio.

—¿En donde habeis aprendido esa estraña doctrina acerca del infierno que acabaís de emitir ante el tribunal?

En el curso de filosofía.

—¿En el colegio de los Jesuitas?

—Allí mismo.

—¿En el colegio de Clermónt aprendisteis esta nueva teologia?

El acusado responde con un signo afirmativo.

—¿Y allí mismo os han enseñado que matando al rey alcanzariais en el infierno alguna merced?

—Eso no es una doctrina que me hayan enseñado, sino una consecuencia que yo saqué de lo que sabia.

—¿Y de qué manera habeis sacado esta consecuencia espantosa?

El reo parece que vacila puesto que no contesta al punto; mas de repénte y cual hablando consigo mismo dice: ¿Y por qué no he de decirlo? En seguida continuó de esta manera. Aunque ya hace siete meses que no estudio en el colegio de Clermont, he ido muchas veces á la casa de los religiosos de la Compañía de Jesus, y mi padre me ha llevado allí varios dias con la esperanza de que en aquella casa pondrian un dique á mis malas inclinaciones; pero ya entonces desesperaba yo de la misericordia divina, no tanto á causa de los enormes pecados que habia cometido ó probado á cometer como de los pecados de intencion mas enormes todavia con que pensaba mancharme. Las amonestaciones de los padres de la Compañía á quienes abrí mi alma me restituyeron un poco de tranquilidad, pues por ellos supe que sino podia evitar el infierno me era dable dismi-

nuir aun los eternos sufrimientos por medio de una accion muy meritoria á los ojos de Dios y de la Iglesia. Desde luego procuré adivinar cual podria ser esa accion mas como no daba en ella, me aconsejaron que recurriese á los ejercicics espirituales instituidos por el santo fundador de la Conpañía de Jesus, y lo hice de suerte que al fin en el *cuarto de las meditaciones* encontré lo que buscaba.

—¿Y que cuarto es ese de que hablais?

—Es una sala igual á las que hay en todas las casas de la Compañia, en donde las almas que sufren ó las timoratas van en medio del silencio y de la oscuridad, y despues de algunas preparaciones á inspirarse en el amor de Dios ó en el temor del infierno. Allí, continuó el acusado con voz sorda y temblando de los pies á la cabeza, allí me respondió siempre el infierno.

—¿Fuisteis muchas veces al cuarto de las meditaciones?

—Muchas veces: la última fué pocos dias atrás cuando mi padre me llevó al Padre Gueret. Senti como un preliminar de todos los horribles tormentos del infierno, y queriendo tratar de dulcificarlos siguiendo el consejo del padre Gueret entré en el cuarto de las meditaciones. Allí reina una luz débil y lívida, á la derecha habia un cuadro que repesentaba las delicias del Paraiso, á la izquierda otro en que están figurados los tormentos del infierno. Arrodillome entonces y quiero orar; pero me es imposible: me tiendo con la cara pegada al suelo y viendo que no podia traer á mi imaginacion los pensamíentos del cielo, llamé los del infierno. En aquel momente oí cerca de mí el ruido de alas de murcielago guarnecidas de puntas de acero, ese ruido crece, se estiende, está detras de mí, delante de mí, encima de mí, en todas partes. Noto que por mis manos y frente discurren gotas de sudor frio y mis cabellos se erizan. Por mucho tiempo no me atreví á levantar la cabeza: despues de algunos minutos ó acaso de algunas horas llegó á mi oido una risa burlona, y entonces me atreví á levantarme y á mirar en torno mio: aunque de pronto no ví mas que tinieblas, luego percibí una ardiente hoguera de sangrientos resplandores que aumentándose poco á poco acabó por presentarme en torno del cuarto, cuyas paredes parecian haber retrocedido y circuir ahora un espacio inmenso, cual una danza de demonios asquerosos, cada uno de los cuales llevaba cogida con su negra y retorcida mano la blanca mano de una muger casi des-

nuda y de una hermosura admirable, pero pálida cual si el único y vaporoso velo que la cubria fuese su mortaja. Esas estrañas mugeres pálidas, esos demonios asquerosos daban vueltas cantando con voz baja y monotona, yo no sé que especie de canto, ni en que lengua. A pesar de esto comprendí que me convidaban á meterme en su danza, pero yo continuaba con las rodillas clavadas en tierra sin atreverme á mover y no pudiendo cerrar los ojos. La danza seguia dando vueltas, y de tiempo en tiempo pasaban serpenteando grandes ráfagas de luz sangrienta. De pronto oyóse un prolongado grito y la danza se detuvo. Entonces en medio del roto circulo ví una muger que avanzaba hácia mí: era mas jóven y mas hermosa que todas las demas, iba enteramente desnuda, sus ojos me sonreian y sus manos parecian invitarme á que me lanzase hácia ella. Si, si, Magdalena, esclamé, estoy condenado, pero condenado contigo. ¿La danza comienza otra vez á dar vueltas, yo formo parte de ella, y la muger que me cupo en suerte, aquella con la cual el infierno me permitiera algunos momentos de reposo y de goces enciende mi carne con su soplo y me dice al oido: Querido mio, para que estemos unidos siempre es preciso que mates al rey; es un tirano, y á un tirano puede matársele: es un herege y escomulgado, y á los hereges y escomulgados es un deber matarlos. Le mataré, le mataré, le mataré.

Al acabar el relato de su espantoso sueño, cuyas faces contaba cual si se fueran presentando á sus ojos, levantóse Juan poco á poco, fué gesticulando cada vez con mas violencia, y cuando por tres veces dijo, yo le mataré, parecia tener en la mano el cuchillo con que hirió á su real víctima. Mas en aquel momento cual si hubiera sucumbido al terror de su vision mezclado con un amargo goce cayó sin sentidos lanzando un grito que no parecia de hombre, y que se oyó fuera del tribunal. Cuando el reo volvió en sí y estuvo en disposicion de oir y de contestar recordóle el presidente sus anteriores confesiones, y le preguntó si lo que habia dicho acérca de la facultad que todo fiel católico tenia de matar á un herege y á un escomulgado, era una idea que le hubiese ocurrido en el fatal cuarto de las meditaciones ó si la tenia ya de antes. Juan Chatel cuyas fuerzas estaban agotadas recobró una especie de energía febril para pronunciar con firmeza estas palabras:

Desde mucho tiempo acá creo que es laudable matar al rey.

— ¿Y quien os ha hecho concebir esa horrible persuasion? ¿Sería acaso el padre Gueret?

— No, ni él ni los otros padres de la Compañía de Jesus.

— Pero vos habeis confesado que en el colegio de los Jesuitas es en donde chupasteis esas máximas detestables.

— Es cierto: cuando yo estudiaba filosofía oí decir muchas veces que es laudable matar á un tirano; que hasta es una accion heróica bajo el punto de vista de la humanidad, y una accion meritoria bajo el punto de vista religioso.

— ¿Y es comun entre los Jesuitas sentar esas proposiciones?

— Diferentes veces he oido sostener á los reverendos padres que mientras el rey estuviese separado del gremio de la Iglesia no se le debia obedecer ni respetar por rey hasta que lo hubiese absuelto nuestro santo padre el papa, y en cuanto á mí creo firmemente y repito que eso es una verdad incontestable. A mí se me ha enseñado que un hombre que se rebela contra el papa, por mas que ese hombre sea rey, puede y hasta debe ser muerto, y que quien lo mata no solo no peca sino que redime parte de sus pecados.

Tal fué á poca diferencia el interrogatorio de Juan Chatel, quien no solo no trató de negar ni de paliar su crímen, sino que hizo todos los esfuerzos imaginables para justificarlo á fin de que le sirviera de espiacion sino de un triunfo. En vista de lo dicho fácil es comprender que la sentencia de Juan Chatel no era dudosa ni podia dar motivo á discusiones, pero sin embargo los pareceres de los miembros del parlamento fueron distintos. «No se crea, dice el «historiador De Thou, (que debia estar bien informado puesto que «se hallaba en la deliberacion) que se dudase de la pena que el «asesino merecia, sino que hubo personas que querian que al «mismo tiempo se fallara el proceeo de los Jesuitas por creerse «que el sobreseimiento que á fuerza de intrigas alcanzaron los ta-«les habia dado lugar á ese execrable delito.» Despues dirémos cual fué la resolucion que tomó el parlamento con respecto á los Jesuitas, á la familia del reo, y á las demas personas detenidas con motivo del atentado.

El tribunal mandó que Juan Chatel sufriese el tormento ordinario y estraordinario, con el objeto de arrancarle los nombres de

sus cómplices, mas por algun motivo que ignoramos se le dispensó de la mitad de ese martirio, cuya otra mitad no le hizo confesar mas de lo que tenia confesado. En la misma mañana del 29 de diciembre el tribunal pronunció contra Juan Chatel la sentencia, en cuya parte espositiva haciendo mérito de las confesiones del reo se daba por sentado que le impulsó á su crímen un detestable influjo. En seguida declarando á Juan Chatel convicto y confeso del crímen de lesa magestad divina y humana, en reparacion del horrible y detestable parricidio por medio del cual habia atentado á la sagrada persona de S. M. Se le condenaba á hacer pública retractacion ante la puerta catedral en camisa, llevando en las manos un cirio de dos libras, y á declarar alli puesto de rodillas en voz alta y lastimera, que malvadamente y contra toda razon habia dado una cuchillada al rey y heridole en el rostro; que imbuido en una doctrina falsa y abominable sostuvo que era permitido matar á los reyes, y nominalmente al monarca Enrique IV, de quien decia no pertenecer al gremio de la iglesia hasta que el papa le hubiese absuelto, que se arrepentia de ello y pedia perdon á Dios, al rey, y á la justicia. En seguida de esto, continuaba la sentencia, Juan Chatel será llevado á la plaza de Greve en un carro basurero y alli seran atanaceados sus brazos y sus muslos con tenazas candentes, y despues se le cortará la mano que tendrá agarrado el cuchillo de que se sirvió para atentar á la vida delrey, será tirado y descuartizado por cuatro caballos, quemado su cuerpo y aventadas sus cenizas.

Pronunciada apenas la sentencia, el reo fué llevado al suplicio que sufrió en todas sus partes con una horrible firmeza, que solo podia ser efecto de una estrema exaltacion moral, pues indudablemente pensaba que cada uno de sus atroces sufrimientos era, segun le habian enseñado, una disminucion de los tormentos del infierno que por sus pecados merecia. Érase un sombrio y helado dia de invierno cuando le conducian al suplicio al través de una muchedumbre exasperada que le echaba maldiciones á él y á sus cómplices, cuyos nombres repetian en voz alta, deseando á las personas que los llevaban la misma suerte que á Juan Chatel. Durante todo el camino desde la conserjería hasta la plaza de la catedral estuvo tranquilamente sentado entre el verdugo y sus ayudantes, encima

del carro basurero, con aire impasible y echando de tiempo en tiempo irónicas miradas á la muchedumbre. Al llegar á la Catedral á pesar del rigor de la estacion y de que estaba casi desnudo, se mantuvo en pie sin ausilio de nadie, oyó la sentencia que otra vez le fué notificada, cogió el cirio que le presentaban, se arrodilló cuando se lo mandaron, y repitió las palabras de la retractacion que le iban diciendo; si bien es verdad que las pronunciaba con un aire de desprecio y sarcasmo muy distante de indicar el menor arrepentimiento, Llevado en seguida á la plaza de Greve fué puesto en manos del verdugo que le tendió sobre un cañizo. Entonces los ayudantes del ejecutor tomando de los hornillos anteriormente dispuestos las tenazas candentes atanazearon lentamente al infeliz los muslos y los brazos. Juan no lanzó ni un grito aunque de muy lejos se oia el chirrido de la humeante carne que se iba encogiendo. Despues de ese horroroso martirio le pusieron en la mano derecha el cuchillo con que hirió al rey, y uno de los criados del verdugo apoyó sobre el tajo aquella mano que el ejecutor cortó con un machete. Un sordo rugido de dolor fué cuanto este nuevo martirio pudo arrancar al desdichado paciente. Llegaron por fin cuatro vigorosos caballos en los cuales mostraron otros tantos ausiliares del verdugo: ataron fuertemente cada uno de los cuatro miembros del asesino á una gruesa cuerda que por el otro estremo estaba atada al caballo, de manera que pudiese tirar hácia delante con todo el vigor que tenia. A una señal los cuatro ayudantes del verdugo clavaron las espuelas en los ijares del caballo que se lanzaron adelante. Juan Chatel arrojó un grito horroroso, sus articulaciones crugieron horriblemente, alargáronse de un modo estraordinario sus músculos y tendones, pero fué necesaria otra arremetida de los caballos para que los miembros se desgarrase nenteramente. El verdugo cogió entonces ese tronco informe que aun parecia tener vida puesto que los ojos salidos de la órbita giraban convulsivamente; los criados recogieron los sangrientos miembros y todo fué arrojado á una hoguera. Al cabo de una hora la llama estaba apagada, y entonces tomando las cenizas y algunos fragmentos de huesos que no habian acabado de consumirse, todo lo echaron al Sena.

¡Viva el rey! gritaron los ministros de justicia y los magistrados que habian autorizado el suplicio. Asi mueran todos sus enemigos

contestó la muchedumbre, y aun hubo quien añadió: mueran los Jesuitas! El público estaba convencido de que aquel hombre á quien acababan de ejecutar no fué sino un instrumento de los hijos de Loyola y segun nos dice un historiador se oia repetir en medio de aquella muchedumbre que la Francia no estaria tranquila ni su rey seguro hasta que hubiesen aventado las cenizas de todos los Jesuitas, cual acababa de hacerse con las de un discípulo suyo, ó por lo menos hasta que todo ese negro rebaño fuese echado mas allá de las fronteras y lo mas lejos posible. Quizas esos gritos y la actitud de la muchedumbre hicieron que Enrique IV á despecho del terror que los Jesuitas le causaban permitiera al parlamento que procediese sumariamente contra la Compañía, y con mas detencion contra algunos de sus miembros, segun vamos á referirlo ahora.

Hemos dicho antes que luego despues del atentado los Jesuitas del Colegio de Clermont fueron interrogados brevemente y conducidos en seguida á la casa del consejero Brisard, y vueltos desde allá al Colegio en donde quedaron algunos ugieres del parlamento y varíos arqueros de la prebostia. A las doce de la mañana del dia 28, y cuando los Jesuitas estaban comiendo entró en su colegio con una grande partida de soldados el consejero Mazure ó Mazuier en compañia del abogado general Luis Serviu, quien al momento mandó á la tropa que se apoderase de todas las puertas y no dejase salir á nadie. En seguida el consejero presenta al padre provincial una órden del primer presidente que manda visitar al Colegio de Clermont y reconocer escrupulosamente todos sus cuartos. El Padre Clemente Dupuis juzgando que era peligroso no prestase de buena voluntad á lo que no podia impedir, ofrece al consejero guiarle en el reconocimiento que iba á hacer , y aceptada la oferta por los magistrados salen del refetorio en donde los Jesuitas se quedan inmóviles y mudos, y recorren guiados por el provincial, los dormitorios del colegio. La visita estaba á punto de terminarse sin que nada particular hubiesen encontrado esceptuando un sermon del padre Leonardo Perrin profesor de filosofía que tenia por texto: dad á Dios lo que es de Dios , y al César lo que es del César, en cuyo sermon habia muchísimas alusiones injuriosas y algunas mortíferas dirigidas contra el rey. Faltaba visitar el cuarto del padre Juan Guignard, regente de teología en el colegio de los Jesuitas y

natural de Chartres. Despues de un minucioso registro en ese cuarto atestado de libros y manuscritos de toda clase iban á salir los magistrados, cuando en una papelera construida en el espesor de la pared, en la cabecera de la cama y tapada por la cortina, un ugier encuentra una arquilla que fué descerrajada porque no tenia llave. Abierta la cajita aparecen diferentes impresos y manuscriios, y apenas el consejero y el abogado general han dado una ojeada á esos papeles, cuando el primero manda á un ugier que al instante vaya á prender y á conducir en el acto á la cárcel de la consergería al padre Juan Guignard. Esta órden se ejecuta al momento á pesar de las vivas reclamaciones del padre provincial, á quien el consejero al tiempo de marchar dice cual despedida y en tono severo estas palabras: Reservad esta súplica para vos y para vuestra órden entera.

La arquilla encontrada en el cuarto del jesuita Guignard contenia una coleccion de sermones incendiarios y libelos infamatorios, dirigidos estos y aquellos contra los reyes Enrique III y Enrique IV, y de los cuales presentamos aqui un estracto.

Hablando el padre Guignard de la escena de san Bartolomé de que hacia grandes elogios, se esplicaba de esta manera. Si en 1572 se hubiese abierto toda la *vena basílica* no se hubiera despues sufrido la grave enfermedad que ahora esperimentamos. Para comprender bien el sentido de este pasage es preciso tener presente que *basílica* es una palabra griega que significa *real*, y que cuando el Jesuita lamentaba que no se hubiese abierto la *vena basílica* queria decir que no se hubiese derramado toda la sangre real de Francia. En otro escrito se celebraba la *gloriosa* hazaña del asesinato de Enrique III y se decia que, el *Neron cruel* habia sido muerto por un *Clemente.*

En otro escrito dirigiéndose la elocuencia del escritor á la mayor parte de las reyes de Europa, los calificaba con apodos injuriosos, dando á Enrique III de Francia el de *Neron sardanápalo,* al de Navarra *Zorra de Bearn,* al de Suecia *Grifo,* al Elector de Sajonia *Lechon* y á la célebre Elisabet *Loba impúdica de Inglaterra* etc.

Encontrábanse despues varios anagramas ridículos y ofensivos contra los Enriques III y IV. El anagrama mas hermoso que se ha « hecho en nuestros tiempos, decia el jesuita, y el mas apropiado « es el de Enrique de Valois, á quien se ha llamado *O villano Herodes*!

Hablando muchas veces el predicador y el libelista de la meritoria obra de Jaime Clemente decia que aquel acto heróico como don del Espíritu Santo, calificado asi por los teologos, habia sido justamente elogiado por el difunto prior de los jacobinos confesor y mártir. Ese prior fué ejecutado como cómplice de Clemente.

En varias otras piezas se probaba que se habia podido y aun debido traspasar la Corona de Francia á una familia distinta de la de Borbon.

El último escrito que se leyó era un verdadero llamamiento al puñal que acababa de herir á Enrique IV, puesto que en él se leia: El Bearnais será tratado con mas dulzura de la que merece si se le da la *corona monacal* en un convento *bien reformado*; si para quitársele la *corona real* es menester guerra, hágase guerra, y si no puede hacerse por medio de la guerra *hágase por otro medio, cualquiera que sea.*

Algunos de esos papeles eran obra del mismo padre Guignard, y los manuscritos eran todos de su puño.

Preguntamos á cualquiera hombre de buena fé sino es cierto que en esos escritos se escita evidentemente al desprecio de la autoridad real, con la que no obstante sé han cubierto tantas veces los Jesuitas; y si no es cierto tambien que en ellos se puede ver una complicidad, no solo indeterminada sino directa y de algun valor ante la ley, en el atento de Juan Chatel. En nuestros dias á consecuencia de una tentativa mas absurda que criminosa, hemos visto que un tribunal mas soberano que el parlamento lanzaba una terrible condena de complicidad contra un periodista patriota, que ni directa ni indirectamente provocó al atentado y que no conocia ni poco ni mucho á su autor.

Nótese bien que Juan Chatel habia sido durante algunos años alumno del colegio de Clermont en donde profesaba el padre Guignard; sobre ser discípulo de los Jesuitas era admitido en sus Congregaciones particulares, y probablemente era *afiliado* de la órden, segun parece justificarlo claramente el permiso que tenia de entrar á cualquiera hora en la casa de los reverendos padres, y en su misterioso *cuarto de las meditaciones.* Pocos dias antes del atentado y en un momento de exaltacion furibunda, Juan Chatel revela á su padre el proyecto que tiene de matar al rey, y el padre al instante

lleva á su hijo al Jesuita Gueret, antiguo maestro de Filosofía del mozo. Evidentemente el asesino reveló el proyecto al Jesuita; puesto que Pedro Chatel lo conducia al Padre Gueret para que se confesase de aquel proyecto y quizás para que le disuadiese de él, á fin de que nunca pudiese vituperarse al mercader qué no reveló la idea del crímen en el instante en que lo supo. ¿Y qué es lo que sucedió? Despues de haber ido á consultar á los Jesuitas, despues de haber hecho, como suele decirse, el *retiro espiritual* en su casa, Juan sale de ella para ir á cometer su crímen, crímen cuyo plan saben los Jesuitas (ó á lo menos el padre Gueret) que está meditando, y sin embargo ni avisan al rey, ni procuran impedir la ejecucion. Es evidente pues que los Jesuitas fueron cómplices de Juan Chatel, é impulsadores de su atentado ó á lo menos de la locura que se le hizo cometer, y por lo mismo merecian la sentencia que el Parlamento dictó contra la Compañía.

Hemos dicho que cuando se trató de sentenciar á Juan Chatel los miembros del tribunal no estuvieron de acuerdo. «No se crea, «dice el historiador De Thou (que debia estar bien informado pues- «to que se hallaba presente en la deliberacion) que se dudase de «la criminalidad de Juan Chatel ni de la pena que merecia, sino «que hubo personas que querian ver fallado al mismo tiempo el «proceso de los Jesuitas; habia tambien en el parlamento muchos «amigos de los hijos de S. Ignacio, tales como el abogado gene- «ral Sequier y el procurador general Guesle que acompañó á Jai- «me Clemente hasta la presencia de Enrique III, y contra él cual «habia sospechas de ser cómplice en el crímen por la prontitud «con que hirió al acusado é hizo que se diera fin con su vida.

«—Tambien el canciller Chiverny se habia mostrado protector «de los Jesuitas; por todo lo cual la discusion acerca de este pun- «to fué tan larga como acalorada.»

En medio del animado y tumultuario debate que comenzaba á dejenerar en disputa llena de personalidades, se levantó el Decano de los consejeros Estevan Fleuri, anciano venerable, tan conocido por su adhesion y lealtad á la causa real como por su carácter templado y enemigo de los medios violentos. Toda la asamblea calló para escucharle. «¿Qué aguardamos ya? exclamó con voz llena de «gravedad y firmeza; ¿qué mas pruebas queremos contra esa sec-

« la envenenada? Demos gracias á Dios porque al fin ha venido en « ausilio de los magistrados de buena intencion, pero harto crédulos, « convenciéndolos de que el crímen estaba resuelto, al mismo tiem- « po que ha impedido su ejecucion, y porque ha confundido á los « mal intencionados contra el rey y á los que nunca quieren dar cré- « dito á las cosas, para que en adelante no sean tan tercos en afer- « rarse á sentimientos contrarios á la seguridad pública »

Esas palabras causaron gran efecto en los miembros del tribunal, y esa impresion subió de punto cuando el presidente De Thou, anciano octagenario que á pesar de su edad y de sus achaques quiso asistir al tribunal en ese dia, se levantó para manifestar su parecer y descubriendo su cabeza casi desnuda dió gracias á Dios por haberle dejado vivir hasta entonces, á fin de que su débil voz pudiese lanzar un anatema contra los implacables enemigos de la paz del reino y de la vida del monarca (1). A consecuencia de todo esto, en seguida de la sentencia de Juan Chatel se pronunció otra en la cual despues de declarar que los principios sostenidos por el asesino eran temerarios, sediciosos, contrarios á las palabras de Dios, heréticos y condenados por los sagrados cánones; que se prohibia espresamente enseñarlos pública y privadamente, condenando á los contraventores á ser tratados como reos de lesa magestad divina y humana, se decia:

« Visto por el tribunal, las cámaras superiores y las inferiores « reunidas etc., etc. Todos los sacerdotes y alumnos del colegio de « Clermont y todas las personas que se llaman de la Compañia de « Jesus, como corruptoras de la juventud, perturbadoras del re- « poso público, y enemigas del rey y del Estado, evacuarán, despues « de tres dias de notificada esta sentencia, la ciudad de Paris y las « otras en que están sus colegios, y quince dias despues deberán « haber evacuado todo el Reino, y sus bienes asi muebles como « inmuebles serán destinados á obras pias. Prohíbese ademas á to- « dos los súbditos del rey, bajo pena de incurrir en el crímen de « lesa magestad, enviar alumnos á los colegios que dicha Compa- « ñía de Jesus tiene fuera de este reino. »

(1) El historiador De Thou nos ha conservado las palabras de su prócsimo pariente, y nos dice que este murió por el inmediato agosto, en paz con Dios y con los hombres. Las palabras del consejero Fleuri se leen tambien en el lib. 111 del historiador citado.

Al saber esta sentencia todo Paris se alzó como un solo hombre para aplaudirla y el rumor de esos aplausos fue pasando de eco en eco por toda la Francia. Oportuno es continuar aqui una confesion preciosa que se le escapó al Jesuita Jouvenci en el último tomo de su historia de la Compañia de Jesus publicada en Roma en 1711, y prohibida por un decreto del Parlamento de 24 de marzo de 1710. Dice el Padre Jouvenci en ese libro que no solo los protestantes hacian ver á Enrique IV que los Jesuitas eran enemigos suyos, sino tambien muchos católicos y hasta personages de alto rango. Parécenos á nosotros que esta humanidad es una manifiesta sancion del fallo del parlamento.

Juzgada ya la Compañía como corporacion, faltaba juzgar á los individuos contra quienes recaía el cargo de complices del asesino, y en virtud de esto pocos dias despues de la ejecucion de Juan Chatel, y á principios de enero de 1595. se formó causa al padre Juan Guignard. Cuando se le presentaron los papeles impresos y manuscritos encontrados en su cuarto confesó que algunos de esos últimos eran suyos, y en cuanto á los impresos supuso que los habia recogido en los cuartos de los otros padres y en la biblioteca del Colegio, añadiendo que muchos religiosos, doctores y prelados piadosos escribian en ese mismo sentido y se vanagloriaban de ello. Habiéndosele preguntado como era natural por qué razon admitió ese depósito y no quemó esos papeles tan capaces de comprometerle, dijo que fué por órden de su superior como que el padre rector quiso que los conservara. Esta respuesta ensanchaba el círculo de la acusacion y de particular que era la convertia en general. Mr. Cretineau—Joly moderno defensor de los reverendos padres en su historia religiosa política y literaria de la Compañía de Jesus tomando pie de las palabras pronunciadas por el canciller de Chiverny, partidario conocido de la Compañía, ha querido dar á entender que no todos los papeles encontrados en el cuarto del padre Guignard habian sido puestos allí por el Jesuita, sino que cuando los consejeros del Parlamento verificaron el registro algunos mal intencionados metieron en la arquilla los que mas podian comprometer al padre. Desgraciadamente para el buen éxito de esta insinuacion el padre Jouvenci conviniendo con la existencia de todos esos papeles limita la defensa en favor de su cofrade Guignard á lo que ya dijo este, á saber, que



Lith. Cuadrillé y C.ª Calle de la Union 7

Suplicio del padre Guignard.

esos escritos pertenecian á una época en que estaban de moda y que por otra parte el religioso que los conservaba lo hizo por órden de su superior.

El padre Guignard negó que hubiese tenido jamás comunicacion alguna con Juan Chatel; mas al paso que reprobaba el crímen de este se atrevió á sostener que tenia derecho de decir lo que habia dicho en sus escritos, y sustentó ademas que Enrique IV no seria verdaderamente rey de Francia y que nadie estaba obligado á reconocerle como tal hasta que el papa le hubiese absuelto. Como convencido del crímen de lesa magestad fué condenado á retractarse públicamente delante de la catedral con una cuerda al cuello, en camisa, llevando en la mano una vela encendida, y colgados del cuello con una cuerda los escritos que se encontraron en su cuarto, conducido despues á la plaza de Greve, ahorcado alli y arrojado su cuerpo al agua. El padre Jouvenci despues de copiar esta sentencia se atrevió á decir: Yo no dudo que hay gentes que pregunten donde estaba entonces la equidad del Parlamento.

Esta sentencia fué ejecutada en 7 de enero de 1595 y fué notable que cuando el jesuita se retractó delante de la Catedral no quiso pedir perdon al rey, suponiendo que no le habia ofendido, y al subir al cadalso negó otra vez que fuese complice en el crímen de Juan Chatel y quiso escusar el hallazgo en su cuarto de los papeles en que la sentencia se fundaba. Segun Jouvenci el padre Guignard murió con mucho valor, pues aunque escarnecido, apedreado, cubierto de barro y azotado por un mozo de cordel lo soportó todo con paciencia, y contestó al autor de este último ultrage con la misma respuesta que Jesus había dado quince siglos antes á sus verdugos. Parece sin embargo que el historiador Jesuita ha embellecido mucha la última ignominia de su cofrade, y aunque no era licito á los parisienses insultar la agonia del Jesuita, bien podrian regocijarse con la condena que por fin desembarazaba á la Francia de los principales autores de sus disturbios, que eran la plaga que la devoraba y que ellos no querian permitir que se cicatrizase todavia.

Segun lo dispuesto en la sentencia proferida contra el padre Guignard cuando este hubo sido colgado en la horca, el verdugo desató el cadáver y lo arrojó á la hoguera encendida al pie del patibulo, en seguida las cenizas fueron arrojadas al rio cual se habia hecho con

las de Jan Chatel. Segun un escritor de la época tuvo lugar entonces un suceso que dió mucho que pensar y que acibaró la alegria causada por las sentencias del Parlamento; y fué que al arrojarse al agua los restos del Jesuita se observó que el libro que contenia sus doctrinas regicidas y que le habian colgado del cuello chamuscado apenas por el fuego flotó bajando el Sena á impulsos de un furioso viento de levante. «Hecho, dice el cronista, que muchos conside-« raron como una prueba clara y un pronóstico cierto de que la Com-« pañía de Jesus echada á bajo por decreto del Parlamento, volve-« ria por encima del agua por decreto del infierno, y con grave « perjuicio de la desdichada Francia.»

Juan Gueret antiguo profesor de filosofía de Juan Chatel, acusado de que el mismo asesino le dió noticia del proyecto de homicidio concebido contra el rey, y de no haber disuadido de él al autor ni hecho lo que estaba en su mano para salvar del golpe á la víctima, se limitó á negar todos los cargos que se le dirigieron. Despues de haber sido interrogado en el dia 28 de diciembre ante las dos cámaras reunidas fué conducido al cuarto del tormento que sufrió el dia 4 de enero en presencia de cuatro consejeros, del Escribano y de algunos empleados del tribunal. No confesó cosa alguna, y le hicieron gracia del tormento estraordinario porque los jueces creyéndose suficientemente instruidos pronunciaron su sentencia juntamente con la del padre Guignard, y condenándole en ella á destierro perpetuo de Francia y de toda posesion francesa, y á la confiscacion de todos sus bienes. El lector puede juzgar si era digno de esta pena. Tambien fué desterrado el jesuita escocés Alejandro Hay, a quien se hacia cargo de haber soltado proposiciones injuriosas al rey, y de que en cierto dia exclamó, que si Enrique IV pasara entónces por delante del colegio de Clermont con mucho gusto se arrojaria desde la cumbre del edificio para romper la cabeza al herege coronado. La misma pena sufrió Juan Level, alumno de los Jesuitas, por haber impulsado á sus condiscípulos del colegio de Clermont á que siguieran á los reverendos padres á pais estrangero, y tambien se le hacia cargo de que poseia algunos escritos de su regente, compuestos á poca diferencia por el estilo de los del padre Guignard. Pedro Chatel, padre del asesino fue condenado al mismo tiempo que Gueret á destierro por nueve años de toda la Fran-

cia y para siempre de Paris y de sus arrabales; á una multa de dos mil escudos destinados á pagar la manutencion de los presos de la Consergería, á que su casa fuese demolida, y á que en su lugar se levantase una pirámide. Dionisia Hazard esposa del mercader, Catalina y Magdalena sus hijas, Juan le Comte marido de la primera, Antonio de Villiers, Pedro Roussel y Luisa Camus, dependientes y criada fueron puestos en libertad sin pena alguna lo mismo que Claudio Lallemant cura de S. Pedro y los otros dos sacerdotes presos con él. Segun dice Jouvenci todas esas sentencias se pronunciaron juntamente con la del padre Guignard, y segun De Thou no se dictaron hasta tres dias despues, esto es, en 10 de enero de 1595.

Inmediatamente la casa de Pedro Chatel fué echada abajo en virtud de la sentencia, fué arado el terreno que ocupaba y se sembró en él la sal que purifica. Poco despues se levantó allí una piramide destinada á perpetuar la expiacion del crímen cometido por Juan Chatel, cuya pirámide tenia veinte pies de elevacion y llevaba encima una cruz con flores de lis, y descansaba sobre una base cuadrada, en cuyos cuatro ángulos habia otras tantas estatuas. En la fachada que miraba á palacio se grabaron en letras de oro sobre mármol negro las sentencias dictadas contra Juan Chatel y los Jesuitas, y en el lado opuesto se puso en versos latinos la inscripcion siguiente.

Oye, pasagero, bien seas de otra nacion bien de esta ciudad; Yo que ahora soy una piramide fui en otro tiempo la casa de Chatel, mas por órden del parlamento solemnemente congregado fui arruinada de alto á bajo en castigo de un crímen horroroso. El que me redujo á tan triste estado es el delito del que me habitaba, delito que cometió por haber sido educado en una escuela impía por maestros perversos que se glorian de llamarse salvadores de la patria. Ese hijo que comenzó por incestuoso, se convirtió luego en parricida de su príncipe que acababa de salvar de su perdicion á la ciudad, y que protegido por el señor cuyos ausilios le habian proproporcionado tantas victorias pudo evitar el golpe de un asesino desesperado sin mas daño que una herida en la boca. Retírate pasajero: una infamia que recae sobre toda la ciudad me impide decirte mas.

En 5 de enero Enrique IV completamente curado de su heri-

da asistió á una solemne misa de los caballeros del Espíritu Santo, órden creada algunos años antes por su predecesor y en el mismo dia recorrió las calles de Paris una procesion para dar gracias á Dios del restablecimiento del rey, y á ella concurrió el monarca en medio de un inmenso gentío.

El dia 29 de diciembre los Jesuitas habian sido espulsados del Colegio de Clermont por órden del Parlamento. El abogado Dólle-Doron, primer relator del tribunal y algunos otros delegados del primer presidente, despues de una nueva pesquisa de la que resultaron otros cargos contra la Compañia de Jesus sellaron y cerraron todas las puertas y ventanas. Los Jesuitas fueron reunidos en su casa profesa de la calle de S. Antonio (1). El dia siguiente de la ejecucion de Chatel el Parlamento envió algunos consejeros que interrogaron á los Colegiales de los Jesuitas; y las declaraciones de esos Jóvenes que no estaban ya bajo el influjo de sus directores acabaron de comprometer á los reverendos padres.

En el último dia de diciembre de 1594 el primer ugier del Parlamento se trasladó á la casa de los Jesuitas para notificarles la sentencia que contra ellos habia recaido. Esta lectura fué oida con profundo silencio y el padre provincial Clemente Dupuys respondió que se obedeceria el mandato, y luego tomando un tono de humildad pidió si le era lícito solicitar que se dulcificára, y á este fin presentó una peticion al dia siguiente; pero el Parlamento no quiso concederle mas que algunos dias de dilacion para la salida de sus subordinados. Los bienes de los Jesuitas fueron inmediatamente distribuidos á varias personas y la biblioteca de los padres profesos fué entregada á los religiosos Gerónimos.

El domingo 8 de enero de 1595 todos los Jesuitas salieron de Paris á escepcion del padre Gueret y de otros seis que se quedaron en la cárcel hasta el dia 10 del mismo mes, despues de lo cual fueron tambien puestos en libertad y marcharon á reunirse con sus hermanos en Lorena. La negra cohorte de los hijos de Loyola salió de

(1) La casa profesa de los Jesuitas fué edificada en en el terreno del palacio de Damville, que diò á los Jesuitas en 1558 el cardenal de Borbon que lo habia comprado por el valor de trece mil libras sacadas de los fondos de la abadia de Saint-Germain Des-Prés que pertenecia al cardenal. Los padres al principio no tuvieron allì mas que una capilla; pero en 1627 el desnaturalizado hijo Luis XIII puso la primera piedra de la iglesìa llamada de San Luis.

la capital de Francia en medio de los aplausos de una inmensa multitud que corrió á ese espectáculo. Llegados á la puerta por la cual debian salir, dícese que todos ellos se volvieron por un movimiento unánime, que arrojaron una larga y singular mirada á la ciudad que abandonaban: quizás en el instante de marchar pensaban ya en el dia de la vuelta. En aquel punto alzáronse grandes gritos y aun los hubo de muerte; de modo que los Jesuitas corrieron bastantes riesgos; pero en aquel instante se interpuso entre ellos y el pueblo un sacerdote venerable y venerado, cuyas palabras calmaron subitamente á la muchedumbre. Cuando el verdugo arrojó al Sena las cenizas de Juan Chatel y del padre Guignard habia dicho: dejad pasar la justicia del rey, y ahora el sacerdote estendiendo una de sus manos hácia la muchedumbre furiosa y la otra hácia la negra órden, esclamó con voz solemne: dejad pasar la justicia de Dios. Los Jesuitas pudieron con esto salir sanos y salvos de Paris á la cual muy pronto habian de volver en triunfo.

Apenas los Jesuitas se vieron á suficiente distancia de la cuchilla que acababa de herir á uno de los miembros de su órden y de hacer pedazos su bandera, cuando de humildes y sumisos que se habian mostrado durante la tempestad se convirtieron en furiosos é insolentes cuando ya nada tuvieron que temer, y entonces se alzaron cual la vívora que ha querido aplastarse. La rabia de su jeneral Aguaviva estalló con inaudita violencia, y logró que en parte el Papa la esperimentase. Clemente VIII, segun nos lo refiere el cardenal de Ossat que trabajaba en Roma para la absolucion de Enrique IV, dijo muchas veces á este prelado embajador, que era un hecho que pedia justicia al cielo castigar á una órden entera por el delito de uno ó dos de sus miembros. El padre Jouvenci ha consignado tambien estas palabras en su obra. ¡*Por el delito de uno ó dos de sus miembros* decia el Santo Padre! Resulta pues que segun el mismo Clemente VIII los Jesuitas Gueret y Guignard eran culpables, lo cual es ya una confesion de gran valor; pero nosotros creemos que toda la órden es responsable del crímen de Juan Chatel. El mismo Jesuita Jouvenci en su historia de la Compañia de Jesus repite los gritos de cólera que arrojaron entonces sus negros cofrades. Segun ese historiador, cuya veracidad es mas que dudosa, los oficiales del Parlamento que reconocieron el colegio de Clermont no solo maltrataron á los reveren-

dos padres sino que les robaron y el mismo jesuita asegura que las confesiones de los novicios de la Compañía fueron arrancadas por el terror; que el primer presidente Aquiles de Harlay se mostró poseido de una cólera indecible contra los Jesuitas, que dirigió todo el negocio con una parcialidad que irrita, permitiendo una licencia absoluta á la acusacion y sufocando la defensa. Por fin acaba calificándolo de proconsul de Neron y de Diocleciano.

El Parlamento contestó al padre Jouvenci en 1513, con un decreto prohibiendo su libro y en 1597 contestó á toda la Compañía con otro que renovaba los de 1594 y 1595. Para responder á lo que asegura el padre Jouvenci en órden á que los Jesuitas no pudieron defenderse libremente en el parlamento, dirémos que es una infame mentira. Enrique IV sin embargo de que estaba tan convencido de que el golpe que le hirió venia de los Jesuitas como que al llevar la mano al labio atravesado por el cuchillo de Juan Chatel exclamó hablando de ellos: «Con que era preciso que mi misma boca los convenciera!» á pesar de esto decimos, se manifestó sumamente templado con los reverendos padres, segun asi nos lo escriben todos los historiadores, y aun puede ser que temiendo la mortal lucha que preveia hubiera deseado, á poder verificarlo, sufocar ese negocio por lo que tocaba á los Jesuitas. De todos modos es cierto que cuando se procesó á la negra Compañía permitió que interviniesen en el Parlamento los partidarios acérrimos de ella. El fiscal Guesle, grande amigo de los Jesuitas recibió con acuerdo de Chiverni, gran canciller del reino una órden reservada en virtud de la cual se mandaba á los hermanos Seguier, presidente el uno y el otro relator general, que se abstuvieran de asistir al Parlamento cuando se viera el proceso de Chatel y de sus cómplices porque eran sospechosos, y sin embargo no dió conocimiento de esta órden del rey á los dos hermanos hasta despues de terminado el juicio. Como los dos magistrados asistieron á los interrogatorios y al fallo, pensaron que podian ser testigos del tormento dado á los reos y se les permitió. Notarémos de paso, porque nos parece una cosa significativa, que habiendo Juan Chatel sostenido poco antes de su atentado unas conclusiones de filosofía las dedicó al presidente Pedro Seguier.

Es probable que gracias á los esfuerzos de tales amigos el Rector

del Colegio de Clermont se libró de ser complicado en el proceso de Guignard, pues bien recordará el lector que este para disculparse de haber conservado los papeles hallados en su cuarto, dijo formalmente que su superior le habia prohibido quemarlos. El bando político que se llamaba entonoes *tercer partido*, y que tuvo por gefe al jóven cardenal de Borbon, protector de los Jesuitas, se empeñó tambien muchisimo para debilitar el golpe que los hirió y para rehacerlos de él mas adelante.

A despecho del fallo del parlamento que los desterraba, no todos los Jesuitas salieron de Francia, de suerte que no marcharon de Borgoña hasta que fueron lanzados de ella los partidarios del duque de Mayenne y en varios otros puntos de Francia en donde la autoridad del rey era desconocida, sobre todo en Tolosa y en el medio dia, se limitaron á cambiar de nombre y á mantenerse encerrados. Poco á poco, cual la nutria que sale á respirar á flor de agua cuando cree que el cazador está lejos, despues que los reverendos hubieron husmeado el ambiente político trataron de salir de su inmovilidad y silencio. A las tentativas de éste genero quiso sin duda poner coto el Parlamento por medio de su decreto de 1597, en el cual prohibia á los Jesuitas que enseñasen pública y privadamente, prohibicion que á no haber ese antecedente nada significaria, puesto que en 1594 los Jesuitas habian sido condenados à destierro y que esa condena estaba en todo sú vigor.

Al salir los Jesuitas de París pusieron sus negocios en manos de los capuchinos que habian hecho causa comun con los hijos de Loyola, para lo cual no se vé otra razon sino la de vivir en Roma y de estar en frecuente comunicacion los generales de una y otra órden. Ya hemos visto en las misiones de la India de que manera los Jesuitas recompensaron á los capuchinos, pero ello es cierto que á fines del siglo XVI estos combatieron en honor de S. Ignacio. Aun despues de las ejecuciones de Juan Chatel y del Padre Guignard, cuando el clero se ponia de parte de Enrique IV y los demas frailes si aun no bendecian al rey al menos no le maldecian, los capuchinos continuaron hablando contra él y negándose tenazmente á orar en favor súyo, de suerte que desobedecieron la órden formal dada acerca de este punto por el cardenal Pedro de Gondi, arzobispo de París. Entre los siete ú ocho miserables que durante el destier-

ro de los Jesuitas quisieron imitar el ejemplo de Juan Chatel hay tres capuchinos, y á proposito de esto contestarémos á Linguet que es persona no sospechosa de parcialidad, y á quien invocan como testimonio de gran valor los Jesuitas modernos. Este escritor en su *Historia imparcial de los Jesuitas* tomo 2.°, lib. 10, cap. 26, ha dicho: « Un cartujo trató de matar á Enrique IV; dos jacobinos qui« sieron imitar al cartujo, y tres capuchinos á los dos hijos de santo « Domingo: y sin embargo ni el cartujo, ni los jacobinos ni los capu« chinos fueron desterrados: ¿por qué se desterró á los Jesuitas con « motivo del atentado de Juan Chatel que ni siquiera era Jesuita»? La contestacion nos parece muy sencilla. El cartujo, los dos jacobinos y los tres capuchinos fueron ahorcados pero no se desterró á sus cofrades porque el crímen no era mas que del cartujo, de los dos jacobinos y de los tres capuchinos; pero no de todos los capuchinos, jacobinos y cartujos, al paso que en el crímen de Juan Chatel se vió la obra de toda la Compañia de Jesus. Preguntamos ademas quienes eran los que en la época que Juan Chatel hirió á Enrique IV publicaban las regicidas páginas de los Belarminos y de los Marianas (1)? Eran acaso cartujos, jacobinos ó capuchínos? No, que eran Jesuitas. Estos eran demasiado sagaces para manejar por sí mismos el cuchillo y generalmente se contentaban con forjarlo, aguzarlo y ponerlo en buena mano. Por otra parte los defensores de S. Ignacio y de su negra Compañia no pensaban bastante lo que hacian apoyándose en la autoridad de Linguet, pues es preciso saber que ese escritor en su libro dedicado á una princesa luterana, cuando algunas veces trata de aligerar el peso de la reprobacion que carga sobre la cabeza de los Jesuitas lo hace caer sobre Roma. Despues de esto y á pesar de esto, Mr. Cretineau-Zoly y cualquiera otro escritor de la misma escuela puede si gusta citar á Linguet; pero nosotros hubieramos querido que concluyera la cita con las siguientas palabras copiadas fielmente del cap.° 26 de la *Historia imparcial de los Jesuitas.*» Han hecho muy bien en desterrar á los Jesuitas y hubie« ran hecho mejor en no admitirlos nunca.» Esto á lo menos es claro y terminante.

(1) El libro de Mariana titulado *De Rege et Regis institutione* contiene dos capitulos acerca de los diversos modos de usar el hierro y el veneno. El cap.° 6.° es una apología de Jaime Clemente. Un decreto del Parlamento condenó ese libro y le hizo quemar por mano del verdugo.

Segun hemos dicho Enrique IV vaciló mucho tiempo antes de autorizar el destierro de los Jesuitas, pues como vamos á verlo, temia al parecer que echando fuera á los reverendos padres saldrian de sus vainas cien puñales para amenazarle el pecho. Cuando todos los Jesuitas estuvieron fuera de París juzgó el monarca que podia respirar libremente; pero los Jesuitas le hicieron ver que su regocijo era prematuro, y la prueba del terror que le causaban á Enrique IV los hijos de Loyola se lee en una carta de este príncipe impresa entre varias memorias, instrucciones, etc., al fin de la *Historia del Duque de Joyense.* Esa carta con fecha 17 de agosto de 1598 contiene el siguiente pasage:

« En órden á la demanda á favor de los.... he respondido inge-
« nuamente al legado que si yo tuviese dos vidas, con mucho gus-
« to daria una de ellas para contentar á su santidad, pero que co-
« mo solo tengo una debo cuidarla y conservarla para mis súbditos
« y para el servicio de su santidad y de la cristiandad, cuanto mas
« que esas *gentes* se muestran tan apasionadas y emprendedoras en los
« puntos que ocupan en mi reino; que son insoportables, que con-
« tinuan seduciendo á mis súbditos é intrigando no tanto para ven-
« cer y convertir á los que son de religion contraria como para
« tomar pié y autoridad en mi estado, y enriquecerse y crecer á
« costas de cada uno, pudiendo decir que mis negocios no han pros-
« perado ni mi persona estado segura hasta que los.... han sido
« desterrados de aquí.»

Esta carta manifiesta cuanto terror inspiraban los Jesuitas á Enrique IV, el cual ni aun se atreve á nombrarlos. De la misma manera se deduce que á pesar del decreto de destierro quedaron los Jesuitas en Francia, pero únicamente en las provincias, porque el rey cerró los ojos á fin de no exasperar su encono persiguiendolos con mucho ahinco, y porque el papa solicitaba tambien de Enrique que anulase el decreto de su Parlamento y llamára á Francia á los negros hijos de san Ignacio. Debe creerse que Clemente alcanzó una especie de promésa del rey en órden á este punto cuando este fué absuelto por el pontífice, quien le concedió el derecho de llamarse, como sus predecesores, hijo predilecto de la iglesia; favor que compró ademas con muchas humillaciones cuyo remate fueron los latigazos que el papa dió por su misma mano al embajador del rey de Francia,

ante los representantes de los otros potentados y de todos los cardenales. El papa era entonces amigo y decidido protector de los Jesuitas que bien pronto habian de dictarle leyes é infundirle miedo. Con el objeto de disponer á Enrique IV á que perdonase á los Jesuitas el cardenal Tolet, que lo era, sostuvo la causa del rey delante del papa y de los cardenales. El general de los Jesuitas queria que Tolet fuese enviado á Francia como legado del papa, y por lo mismo era prepararle un buen recibimiento hacerle abogado del rey en el consistorio y cerca del padre santo; pero el cardenal Tolet escusándose con su mucha edad no quiso encargarse de esa mision, aunque si consideramos que no tenia mas de sesenta y dos años es preciso convenir segun opinan varios escritores en que eso fué una derrota. Hase dicho que Tolet, á fuer de hombre de bien y por ello malquisto entre los suyos, reusó los honores de la legacion que queria conferirle el papa, para ahorrarse los disgustos de la mision secreta que al mismo tiempo pensaba encargarle el general de su órden.

Desde entónces consiguieron los Jesuitas que se los tolerara en los territorios de Burdeos y de Tolosa, en donde tenian muchas casas y colegios, en los cuales dieron otra vez principio á la enseñanza, y en el territorio del Parlamento de París que comprendia casi la mitad del reino, y en los de Borgoña y Normandía los reverendos padres cambiando de trage cual si hubiesen abandonado la Compañía pudieron deslizarse en las otras escuelas. En 1597 la ciudad de Lyon puso de director en su colegio á uno de esos Jesuitas disfrazados que se llamaba Porsan, lo cual ofreció hincapie á que el parlamento de Paris se conmoviera y mandase destituir al Jesuita, á cuya órden precedió otra prohibiendo enseñar, predicar y desempeñar en Francia los cargos sacerdotales á los jesuitas que se escudaban con que se habian separado de la Compañia. Entonces los reverendos padres presentaron al rey una solicitud formal pidiendo ser restablecidos, y para ello aprovecharon la ocasion de reunirse el clero católico, el cual acudió al monarca quejandose de la disolucion de costumbres y del desprecio en que la religion estaba, acabando por pedir que se publicase en Francia el Concilio de Trento. El Parlamento de Paris tomando la delantera espidió un decreto que renovaba los anteriores contra los Jesuitas, asiendo la oportu-

nidad que le ofrecia un Senescal de Auvernia, quien por autoridad propia se atrevió á permitir á los reverendos padres que abrieran cursos públicos en su provincia, y por ello fué condenado á perder sus bienes, dignidades y cargos, y se le declaró incapaz para desempeñarlos en adelante. El senescal impulsado por los Jesuitas logró que el Parlamento de Tolosa dictase un fallo prohibiendo á todo empleado civil ó magistrado que turbase en su ministerio ó el goce de sus bienes bajo la pena de treinta mil libras á los sacerdotes y alumnos de la Compañia de Jesus. Este conflicto tuvo lugar en 1598 y apesadumbró mucho á Enrique IV, que se sintió muy dispuesto à mandar la ejecucion pura y sencilla del decreto de destierro espedido contra los Jesuitas, pero le contuvieron las solicitudes del Papa y de los partidarios de la Compañia, como tambien el terror que esta le inspiraba.

Los Jesuitas pusieron en juego todas las intrigas imaginables á fin de alcanzar su restablecimiento en Francia, y habiéndose en aquella época casado Enrique IV con Maria de Médicis al partir de Toscana la nueva reina le salió al encuentro una muger que en el concepto de los devotos y supersticiosos italianos vivia en olor de santidad y era llamada por ellos Santa Maria Magdalena de Pazzi. La santa rogó á la reina Maria que emplease todo su ascendiente para con su real esposo á fin de que llamára á Francia á los reverendos padres. Facil es adivinar cual fué el brazo que impulsó á la santa para que se presentase á su soberana. En Francia se echó mano simultaneamente de las *máquinas* milagrosas á fin de obrar sobre el ánimo de los católicos fervorosos y sobre el del mismo rey; asi es que en el año 1599 se presentó una supuesta endemoniada llamada Marta Brossier, labradora de la Sologne, la cual despues de haber recorrido durante algun tiempo la provincia con su padre y dos hermanos, fué á París hacia el mes de abril, y su presencia llamó mucho la atencion en la capital. Parece ser que las palabras pronunciadas por Marta mientras estaba poseida por el demonio, tendian á hacer considerar su situacion como ligada á la de toda la Francia poseida por los hijos del demonio, esto es, por los hugonotes á cuyo favor acababa de espedir el rey el célebre edicto de Nantes. Por esto, pues, la comedia de esa endemoniada aunque se reputára por muy ridícula, podia tener una intepretacion grave,

y conmovió no poco á la universidad, al Clero y al Parlamento.

Algunos comisionados de estos tres cuerpos se trasladaron al convento de Capuchinos en donde el padre Serafin, religioso y dignatario de la órden exorcizó ante ellos á la jóven Marta que sacaba la lengua, giraba los ojos, derramaba espuma, temblaba, saltaba, se retorcia, bramaba y desempeñaba del mejor modo posible su papel de endemoniada. Cuando el exorcista pronunció las palabras *Y el verbo se encarnó*, la endemoniada cual si el espíritu maligno la arrastrara se deslizó de espaldas en el suelo desde el altar hasta la puerta de la iglesia, lanzando horribles gritos de angustia. Entre los espectadores de aquella estraña escena muchos no sabian á que atenerse, y el exorcista rabioso y alzando la voz con tono enérgico, dijo: «Si todavia hay aquí algun incrédulo, arriesgue su vida «combatiendo con el demonio y que lo detenga.»

— Aqui está el incrédulo, dijo adelantándose el sabio médico Marescot, doctor comisionado por la universidad. ¿Decis, padre mio, que el demonio es quien arrastra á esa muchacha?— Esto digo contestó agriamente el capuchino.— Pues bien, voy á probar que soy mas fuerte que el demonio. A estas palabras el incrédulo doctor coge á la posesa por la cabeza; esta brega, el doctor aprieta y tira, ella resiste, Marescot se sostiene y el pobre demonio hubo de confesar que era vencido: El arzobispo de París mandó que se empezase otra vez el exorcismo; la posesa vuelve á sus infernales monadas, Marescot la contiene de nuevo; en vano el padre Serafin ordena á Marta que se levante porque el incrédulo doctor la obliga á estarse quieta y esclama en tono de burla: «Este sin duda «es un pobre diablillo.» Todos los circunstantes se rien de la posesa y de los exorcistas, cuando el padre Serafin hace examinar á la endemoniada por el médico Duret uno de los comisionados, el cual disistiendo de la opinion de todos sus cofrades declara que Marta Broisier está bien y debidamente poseida por el demonio. Fácil será comprender porque ese hombre dió un fallo tan poco científico cuando hayamos dicho que el tal Duret tenia un hermano abogado, que era el defensor y el factotum de los Jesuitas.

Las cosas no quedaron en esto, pues gracias á los capuchinos, al espiritu supersticioso de la época y el espiritu político se tuvo por verdadera endemoniada á Marta Brosier á despecho de Marescot, del

Parlamento de la Universidad. El rey creyó finalmente que habia llegado el caso de encarcelar á la posesa en la cual parece que la cárcel hizo mucho mas efecto que los exorcismos del padre Serafin, puesto que cuando hubo sufrido cuarenta dias de reclusion en el Chatelet se puso tan pacífica que pudo recibir los sacramentos en la Pascua. Entonces se enfurecieron los capuchinos declamando desde el púlpito contra lo que ellos llamaban la guerra de los magistrados contra la autoridad eclesiástica, diciendo que todo era obra de los hugonotes, por cuya causa no se manifestaba Dios ni la verdadera iglesia alcanzaba la victoria. Con no poco trabajo consiguió el Parlamento enmudecer á los capuchinos. Marta fué enviada á su pais, y de paso notarémos que á pesar de las órdenes de la autoridad, un cierto abad de San Martin de la familia de los La Rochefoucauld llevó á la posesa á la Auvernia y despues á Italia, con el objeto que no es dificil adivinar sabiendo que el abad de San Martin era Jesuita y amigo del general Aguaviva. Sin embargo en esa ocasion los reverendos padres abandonaron al abad de S. Martin en vista de las reflexiones del rey de Francia, de quien solicitaban entonces que otra vez los llamara. Marta murió miserable en Roma.

Bien pronto trataron los Jesuitas de comenzar otra comedia igual con diferentes autores é hicieron ir á Paris á un hombre del pais de Mayne que tenia un cuerno en la frente, pero murió á poco de su llegada. Luego se habló de una jóven del Poitou ó del Limousin que vivia sin comer cosa alguna, ya se trataba de llevarla á París cuando en el instante de emprender la marcha se supo que acababa de almorzar con mucho apetito. En medio de estas cosas ridículas ocurrian de tiempo en tiempo algunas graves y perversas, de suerte que varias personas fueron presas por achacárseles el proyecto de asesinar á Enrique IV, quien cediendo poco á poco á las solicitudes con que le apremiaron iba creyendo, segun se lo decian, que para vivir en paz y aun solamente *para vivir*, era preciso que se amistase con los Jesuitas, y en ese concepto dió las siguientes instrucciones á Mr. de Sillery su embajador en la corte de Roma. « En « órden á los Jesuitas debe asegurarse á su Santidad que S. M. está « muy inclinado á favorecer los colegios de la Compañia por con- « sideracion suya, con tal que so pret sto de religion esos padres « no trastornen el reposo del Estado, ni se mezclen en negocios

« políticos, lo cual los ha hecho tan odiosos juntamente con la co-
« dicia que mostraron antes de aumentarse y enriquecerse, y los
« atentados dirigidos contra la persona del rey á *instigacion de ellos.*
« S. M. muestra en esto un verdadero deseo de complacer á su
« Santidad, pues por ningun motivo puede estar contento de los
« religiosos de la dicha órden, quienes desde su destierro no han
« cesado de hacer en público y en secreto toda clase de intrigas y
« malos oficios para alimentar la discordia entre los súbitos y desa-
« creditar las disposiciones del rey. »

A fin de arrancar á Enrique IV la revocacion del decreto que los desterraba de Francia, se valieron los Jesuitas abiertamente del terror que sabian inspirarle; asi es que habiendo parecido un cometa en octubre de 1603, los Jesuitas y sus amigos hicieron cundir el rumor de que ese astro anunciaba una grande catástrofe que habia de caer sobre una cabeza real. El padre Jaime Commolet predicando del adviento en ese mismo año se atrevió á gritar desde la cátedra del espíritu santo: « Necesitamos un Aod; no importa « que sea fraile, soldado ó pastor; pero necesitamos un Aod. » Nadie ignora que Aod juez de los israelitas mató á Eglon rey de los mohabitas, por donde se vé que la alusion era tan clara como mortífera. Tampoco olvidaban los Jesuitas procurarse amigos entre las personas allegadas al monarca; de modo que alcanzaron, sin que se sepa porque medios, la proteccion de La Varenne, hombre muy bienquisto de Enrique IV quien le habia concedido los mismos honores y dado los mismos encargos que en tiempo de Luis XV habia de tener Level, proveedor del Parc-aux-cerfs. Para llegar á sus fines no reparaban ya entonces los Jesuitas en si la mano que habia de servirles de apoyo estaba manchada con las mas infectas heces; y gracias á ese hombre, en el año 1603 se establecieron abiertamente en la ciudad de La Fleche de la cual Varenne era gobernador, y en seguida el rey dotó al colegio con una renta de treinta mil libras, concediéndole ademas muy grandes privilegios. Participaron de sus favores los colegios de Tolosa y de Burdeos; mas no les bastaba esto á los Jesuitas, quienes querian la anulacion del decreto del Parlamento que finalmente fué anulado.

En 1603 Enrique IV se fué á Lorena en cuya provincia recientemente sometida, los Jesuitas eran en crecido número, y en Verdun

el Rector del Colegio y los padres profesos visitaron al rey suplicándole que revocase la sentencia de destierro de su Compañia. En Metz el provincial con los mas escogidos campeones de su negro batallon acosó al monarca hasta su cuarto en que le introdujo Varenne y renovó la demanda de revocacion; mas como Enrique IV dió una respuesta que infundia esperanzas, pero nada mas, el provincial le siguió á París llevando consigo al famoso padre Cotton que desde entonces estuvo siempre en la corte. Este Jesuita predicando delante del rey no titubeó en intimarle públicamente repetidas veces que cumpliese la promesa que habia hecho de restablecer la Compañía de Jesus. El papa y su legado, Villerroi y muchos otros señores poderosos empeñábanse siempre para lo mismo; la reina y las damas del rey hacian causa comun para rogarle que accediese á la demanda; y no cedia en sus instancias Varenne, cuyos íntimos servicios cerca del rey le ponian en el caso de complacer á los reverendos padres con muchisima eficacia, por muy singular que parezca que semejante medio hubiese sido elegido ó aceptado por religiosos. A tantas instancias cedió por fin Enrique IV, de suerte que á principios de setiembre de 1603 hallándose en Ruan dió á los Jesuitas patentes de restablecimiento selladas con el sello mayor. Esas patentes fueron al instante presentadas en el Parlamento; mas como esta soberana asamblea estaba muy prevenida contra los reverendos padres; aprovechando la coyuntura de las próximas vacaciones aplazó el registro de aquel documento para cuando volviese á abrirse. Muchas dilaciones exercitaron la paciencia de los triunfantes Jesuitas, y resuelto el Parlamento á oponerse con todas sus fuerzas al restablecimiento, resolvió dirigir al rey algunas representaciones escritas acerca de este asunto; mas como Enrique IV prohibió á su Parlamento de Paris que le hiciera representaciones por escrito, en la víspera de Navidad el primer presidente Harlay en Compañia de muchos de los presidentes y consejeros fué al Louvre en donde el rey le recibió y oyó sin interrumpirle. El historiador De Thou que se hallaba presente nos ha conservado un resumen de la esposicion del gefe del Parlamento.

«Señor, decia Aquiles de Harlay con gravedad y tristeza; Señor, «no obligueis á vuestro fiel Parlamento á sancionar una cosa que « considera fatal á la paz del reino y peligrosa para la vida de V M.

«Los Jesuitas han sido siempre el botafuego de todas las dis-
«cordias acaecidas en los desdichados tiempos de que comenzamos
„no mas á reponernos. Sus doctrinas son funestas para toda auto-
„ridad, y sus obras ni mas ni menos. ¿Quíen enganchó, armó é im-
„pulsó á Barriere? Fué el Jesuita padre Varade. ¿Quien movió al
„desdichado jóven Juan Chatel? Los Guignards, los Guerets, todos
„Jesuitas. ¿Contra quien han recaido y con justo motívo las sospe-
„chas del asesinato de Enrique III vuestro predecesor? Contra la Com-
„pañia de Jesus toda entera que fué siempre su enemiga. La horri-
„ble faccion de los Diez y seis escogió por gefe suyo á un jesuita, que
„fué el Padre Odon Pigenad; y si dirigimos la vista á los diferen-
„tes estados de Europa, en ellos encontrarémos lecciones todavia
„mas terribles.„

Largo rato habló el presidente en este tono, y derramando lágrimas suplicó al rey que no obligase á su fiel parlamento á sancionar una medida que tarde ó temprano seria fatal á la Francia y á su rey. Enrique IV respondió muy conmovido admitiendo las razones que se le daban, pero sin deferir á ellas, pues si bien se mostró agradecido al celo del Parlamento, dijo que en su concepto este llevaba el celo demasiado lejos oponiéndose á una resolucion suya. «Reflexionad bien acerca de este negocio, dijo finalmente el prín-
«cipe, y espero que la Compañía á la cual vuelvo á llamar habrá
«aprendido durante el destierro á ser prudente y cuerda, y que
«tanto mas se esforzará en aparecer inocente cuanto mas criminal
«se ha juzgado. En cuanto á los riesgos con que esa medida me
«amenaza estoy acostumbrado á desafiarlos y se hará lo que yo
«he resuelto.„

Tales fueron en sustancia las reflexiones del Parlamento y las respuestas del monarca, respuesta que los Jesuitas han querido dar á entender que fué mucho mas severa para con el Parlamento, y á este fin han relatado de diversas maneras aquella entrevista, pero en todas han supuesto que el rey habló en términos muy duros al presidente Harlay y á toda la asamblea. En la historia de Francia del padre Daniel puede leerse esa contestacion apócrifa que es muy honrosa para la Compañía de Jesus, y la cual han querido hacer pasar los reverendos padres por verdadera diciendo y repitiendo que está continuada en las *Memorias de Mr. De Villerroi.* Sin embar-

go de que ese hombre era partidario decidido de los Jesuitas, parece que no quiso encargarse de la mentira histórica que la Compañía deseaba hacer pasar á la posteridad como moneda corriente, y asi es que la famosa respuesta del rey al presidente Harlay, tal como los Jesuitas la dictaron, no está continuada en las *Memorias de Mr. De Villerroi*, sino en un libro impreso sin el debido permiso, sin nombre de autor ni de impresor, y con el título de: *Cuarto volumen de las memorias de Estado, en continuacion de las de Mr. De Villerroi.* En todo caso si Enrique IV hubiese contestado al Parlamento en los términos que suponen los escritores de la Compañia habria disimulado sus intentos, segun cualquiera puede convencerse de ello con solo abrir el tomo tercero de las *Economias reales* pues en él hablando el rey á Sully le dice: ,, Por necesidad he de hacer « una de dos cosas, á saber, ó admitirlos (los Jesuitas) pura y sen- « cillamente, ó rechazarlos de un modo mas absoluto que nunca, en «cuyo caso es indudable que se los colmará de desesperacion y les « hará atentar contra mi vida. Esto me la haria parecer tan mise- «rable y angustiosa, puesto siempre entre el temor de ser envenenado « ó asesinado (porque esas gentes tienen corespondencia é intrigan «por todas partes, y son muy diestros para dirigir los ánimos há- «cia lo que ellos desean) que me valdria mas estar ya muerto.« A esta dolorosa y desesperada queja de su rey contesta Sully. »Habeis « discurrido muy bien, señor, al creer que nada podria yo replicar «á esta última razon, porquè antes que dejaros en medio de los «tormentos de tales dudas é inquietudes, no solo consentiré en el « restablecimiento de los Jesuitas, sino tambien en el de toda otra «secta, cualquiera que fuese.»

De aquí se deduce pues bien claramente que si Enrique IV llamó otra vez los Jesuitas á Francia fué para no desesperarlos y esponerse á los golpes de su exacerbada cólera, ó como lo dice el mismo monarca, para no ser víctima de un puñal ó de un veneno. Acaso juzgó tambien que á puro de beneficios lograria desarmar á la negra cohorte. A consecuencia de todo esto los Jesuitas lograron que en el mes de enero de 1604 el Parlamento registrase las patentes que revocaban el decreto de su destierro. Bien pronto se dobló el número de sus casas y colegios; y adquirieron grandes bienes, de suerte que á los siete ú ocho años de su vuelta es-

taban evaluadas en trescientos mil escudos de renta las fincas que los Jesuitas poseían. Su casa de La Fleche costó seiscientas mil libras, y en París edificaron un noviciado en cuyo recinto hubiera podido encerrarse una ciudad, segun nos lo dice un escritor de la época. En medio de todo esto el rey quiso tomar precauciones contra ellos, pues el edicto que los llamaba otra vez á Francia fijaba fos puntos en que estaban ya establecidos, añadiendo á ellos Lyon, Dijon y Fleche para dar gusto al santo padre, segun en el mismo se decia, pero se les vedaba formalmente erigir otros establecimientos sin permiso del rey, so pena de perder la gracia que habian alcanzado. Todos los habitantes de los colegios y de las casas debian ser franceses, y en caso de que entonces hubiera algun estrangero se mandaba que saliera del reino en el término de tres meses. Asi mismo debian jurar que en lo sucesivo no emprenderian cosa alguna, sin escepcion ni *restriccion mental*, contra el rey, el reino y la tranquilidad pública. Declarábase asimismo que no podrian adquirir bienes algunos raices por medio de ventas, donaciones ni otro título cualquiera sin permiso del rey, y que debian sujetarse á las autoridades civiles y eclesiásticas del reino. Cualquiera comprenderá que á pesar del artículo de las *restircciones mentales*, los Jesuitas que juraron todo cuanto se quiso, no tardaron en romper esas incómodas ataduras. Una sola condicion admitieron gustosos los reverendos padres y fué la que los obligaba á tener cerca de la persona del rey y de sus sucesores un sacerdote de la Compañia bastantemente autorizado por ella y natural de Francia, el cual seria confesor y predicador ordinario de S. M. Con esto juzgaba Enrique IV tener una prenda que le respondiese del proceder de toda la órden. El primer jesuita elegido para desempeñar ese cargo fué el padre Cotton, y luego dirémos cual fué la conducta que observó con respecto á su real penitente.

De lo dicho se deduce que de la sentencia que nueve años antes hirió á la Compañia de los Jesuitas, solo quedaba ya la pirámide dstinada á perpetuar la memoria de lo que recordaba al mundo entero un crimen y los Jesuitas una derrota; por lo mismo determinaron hacer que cayera ese monumento cuya sombra oscurecia su renaciente gloria; y Enrique IV cediendo á sus instancias mandó demoler la pirámide de Juan Chatel. Bien quisieran los Jesuitas que el

Parlamento sancionara esa medida; mas la asamblea se negó á ello con una tenacidad inexorable y los padres hubieron de contentarse con que la pirámide viniese abajo de Real Órden, lo cual fué llevado á ejecucion en mayo de 1606 (1). En el solar de la casa que habitó Juan Chatel fué construida en el mismo año una fuente cuyas aguas, segun lo decian los epígrafes que tenian toda la traza de epígramas, estaban destinadas á lavar completamente todo recuerdo odioso. En nuestros dias ya no ecsisten en la plaza del palacio de Justicia ni pirámide ni fuentes, y tan solo de cuando en cuando en el mismo sitio en que se puso el sello de la infamia al asesino Juan Chatel y á sus cómplices los Jesuitas, se vé á los ayudantes del verdugo que levantan un catafalco para esponer á la vergüenza pública á los criminales. Hay lugares que tienen sobre sí una maldicion eterna .

La destruccion de la pirámide se debió en su mayor parte al padre Cotton, y asi es que unos versos compuestos con aquel motivo, sacando partido del nombre de aquel jesuita, dicen: «Que el «blando *Coton* (algodon) echa abajo el duro mármol.» La opinion pública, segun nos lo dice un historiador grave, era de que el rey no habia consultado bien sus intereses llamando otra vez á los Jesuitas y que de ello resultarian males. Efectivamente, pocos meses despues de haber caido la pirámide, en el acto en que el rey viniendo de cazar pasaba por el puente nuevo fué acometido por un furioso que le tiró por la capa y le hizo caer en la grupa del caballo. Los servidores del rey corrieron y sin duda ahogaran á ese hombre á no habérselo prohibido Enrique. Aunque ese miserable que era hijo de Senlis y se llama Juan Delisle llevaba escondido un cuchillo no fué condenado sino á cárcel perpetua, gracias á que se le hizo pasar por loco. La opinion pública vió en él á un instrumento de los Jesuitas, si bien en nuestro concepto por esta vez se equivocaba.

Lo que parece mas probado que la complicidad de los Jesuitas

(1) El canciller Bellievre propuso la medida al Parlamento. Como se temia una conmocion popular, dice De Thou, si se derribaba la piràmide en mitad del dia se pensò verificarlo de noche; pero los Jesuitas insistieron en que fuese durante la luz, sucediese lo que quisiera. La primera estatua que se quito fué la de la Justicia, en vista de lo cual la muchedumbre gritó: *ya no hay Justicia, bien podeis derribar la piràmide y alzar otra vez à los Jesuitas.*

en las nuevas intentonas hechas contra la vida del rey es la convivencia que habia entre ellos y los españoles, que por todos medios procuraban promover en Francia disturbios para á favor de ellos meterse otra vez en el reino. Se han concebido contra el padre Cotton graves sospechas de que vendió á su real penitente revelando al rey de España los secretos del confesonario, y lo cierto es que el padre Cotton estuvo en desgracia durante seis semanas, porque el rey supo que su confesor escribia á un provincial de España los secretos amores de su penitente. Durante la regencia de Maria de Medicis, Luis XIII jóven todavia, pero enterado de este negocio, manifestó con mucha claridad que estaba en antecedentes, pues como un dia el padre Cotton le preguntase cual era su parecer, le contestó:« No quiero decíroslo porque lo escribiríais á España.»

Sin embargo de esto el padre Cotton no tardó en recobrar el favor de que gozaba cerca de Enrique IV. Era el Jesuita un hombre muy sagaz, sabia insinuarse, no le faltaba talento y sobre todo era un escelente cortesano. Lejos de censurar los amoríos del rey los escusaba, y aun en una sátira dirigida contra él se dijo que los facilitaba. Cuéntase que como un personage de valia hubiese manifestado al padre Cotton cuanto estrañaba verle soltar las riendas á las pasiones de su real penitente, el reverendo le contestó:« A la « verdad mi condescendencia es quizás un pecado; pero esto es ne« cesario para la salud del rey, cuya vida es tan preciosa para la « Iglesia y para la Francia. Por otra parte este es un mal pequeño « que será recompensado con un bien grande.» Es muy probable que ese grande bien seria para los Jesuitas. Segun nos asegura un escritor de la época, el predicador quiso escusar desde el púlpito la lujuria del rey, como que dijo que su real penitente compensaba sus pecados con muchos méritos, y que David que habia cometido muchas liviandades era sin embargo el hombre segun el espíritu de Dios. El confesor estuvo muchas veces en oposicion con el sabio ministro de Enrique IV el grande y virtuoso Sully, el cual no temia vituperar las locuras hechas por su amo á favor de sus damas y de los hijos que de ellas tuvo. El rey, dice un historiador parecia olvidar á sus hijos legítimos para ocuparse tan solo de los bastardos á quienes colmaba de bienes y de honores. Esto lo encontraba muy bien hecho el padre Cotton porque favorecia los intereses de la Compañía.

Hase dicho que el confesor de Enrique IV no tenia una conducta mucho mas arreglada que su real penitente, y el *Anticotton* asegura que en Aviñon tuvo relaciones con una monja la cual le hizo padre. Lo que al menos parece cierto es que el reverendo tuvo con la señorita de Claronsac de Nimes relaciones bastante íntimas si hemos de creer á una carta que él le escribia. « Espero veros muy « luego á fin de pagaros el capital y los intereses de vuestra ausencia. « El afecto que os tengo es tal que no confio ser completamente « feliz en el paraiso si no estais allí » Si este es amor místico es menester convenir en que facilmente pudo uno equivocarse, y que se parece de un modo pasmoso al que la Grecia antigua adoró con el nombre de Cupido. En verdad que esto nos importa muy poco, pues nunca hubieramos escrito este libro si los Jesuitas separándose de la arena política hubiesen convertido cada una de sus casas en una sufraganea del tiempo de Venus.

Fácil es comprender lo que motivaba la indulgencia del padre Cotton para con su real penitente, y no debe admirarnos que ese padre tuviese é hiciese tener á su Compañía grande influjo en los últimos años del reinado de Enrique IV. En pocos años triplicaron los Jesuitas en Francia el número de sus casas, y decuplicaron el de los hijos de San Ignacio; mas bien fuese para alcanzar nuevos privilegios, bien porque el odio de los Jesuitas contra el rey fuese inexorable, continuaron atizando aunque por bajo mano el fuego de las disensiones políticas y religiosas. En el año 1606 el Parlamento hubo de espedir un decreto mandando á los clérigos que en adelante no omitieran en el cánon de la misa la ordinaria prez á favor del rey. En esa época los Jesuitas se habian amistado con el clero francés y lo alentaban con motivo del conflicto de autoridad que hubo en los Parlamentos y la jurisdiccion eclesiástica, y sobre todo con motivo de la publicacion del concilio de Trento clamada por la Santa Sede y siempre aplazada sino rechazada con una negativa absoluta por la corte de Francia. La facultad de Teologia, en la cual introdujeron por fin muchas criaturas suyas, hacia sostener á su instigacion algunas tesis en favor del poder del papa sobre el de los príncipes que son el eco de las palabras de Belarmino y de Mariana. Una de estas tesis dedicada por el actor al cardenal Du Perron fué condenada por el Parlamento en 1607. Los Jesuitas res-

pondieron á este fallo con otro que obtuvieron del Santo padre contra la sentencia del Parlamento en la causa de Juan Chatel; mas parece indudable que los censores pontificios se avergonzaron de su conducta, pues al año siguiente en el catálogo de las obras reprobadas por la congregacion del Indice observóse que habia desaparecido el fallo del Parlamento de París.

En el año 1609 la historia universal de J. A. De Thou, fué censurada en Roma por un decreto del canciller del sacro colegio en 14 de noviembre. De Thou se atrevió á decir la verdad aun cuando era perjudicial al papa y á los Jesuitas; por cuyo motivo hubo de sufrir muchas persecuciones que él atribuye á los Jesuitas, como les atribuye tambien la condena del tribunal del Indice. Muchos Jesuitas se empeñaron en combatir y desacreditar esta historia y á su autor, por mas que aquella sea casi siempre verídica y este no falte nunca á la templanza. Asi es que un tal Scioppius jesuita á quien apellidaban *perro literario* porque ladraba contra los hombres de talento, publicó tres obras contra la historia universal llenas de hiel y de calumnias. Harémos notar que ese perro, que mas bien es un lobo y una zorra, habia sido protestante y declamó mucho contra los Jesuitas antes de pertenecer á su órden. El reverendo padre Juan de Machaud escribió tambien un libro contra De Thou, y el cardenal Bellarmino tiró tambien una coz á ese historiador. El Parlamento condenó la obra de Bellarmino; el Preboste de París pronunció sentencia contra la de Machaud en 7 de junio de 1714 y la del Jesuita Scioppius fué quemada por mano del verdugo por estar llena de injurias atroces y de blasfemias contra la memoria de Enrique IV, y de propocisiones dirigidas á turbar el reposo de la cristiandad y á poner en riesgo la vida de los reyes. Los Jesuitas sin embargo eran tan poderosos que impidieron á De Thou, segun lo dice el mismo historiador en sus *memorias*, que sucediese al primer presidente Harlay cuando este presentó su dimision en 1611. A caso no fueron tampoco estraños á la muerte de F. A. De Thou que fué condenado y ejecutado en el reinado siguiente y cuyo principal crímen fué haber sido amigo de Cinq-Mars ó en nuestro concepto por haberlo sido de un hombre que habia osado trazar de los Jesuitas este retrato muy parecido.

« Al ver estos rasgos, escribia el historiador De Thou hablando de

«las persecuciones que le hicieron sufrir los Jesuitas (1), fácil es « reconocer á esos hombres orgullosos y vengativos que créen siem- « pre que su gloria es la gloria de Dios; que son acomodaticios para « hacerse temibles, y para quienes es un juego disfamar en sus dis- « cursos, destrozar las reputaciones agenas en sus escritos, y perder « por medio de sus intrigas á los que alguna vez se atreven á reve- « lar al público lo que ellos valen, y á ponerle en estado de juzgar de ,, sus acciones y de sus escritos.,,

Mientras que Enrique IV colmaba de favores á los Jesuitas. Sin duda, segun nos lo dan á entender *las Cartas é Instrucciones de este príncipe* que antes hemos citado, se trataba de imitar en esta parte la conducta de los guardianes y conductores de fieras que las hartan hasta agitarlas para adormecer su ferocidad natural y su destructor instinto. En 1608 la Compañía de Jesus quiso establecerse en el Bearn, pais que habia sido un principado del rey de Navarra, pero que Enrique IV al subir al trono de Francia convirtió en provincia de su reino. Los bearneses eran generalmente calvinistas y no permitian en su pais el ejército del culto catolicó. De pronto se alcanzó del rey que los católicos pudiesen edificar iglesias, orar en público, predicar etc. en todo el Bearn, lo cual era medida sumamente justa, mucho mas cuando podia considerarse como una consecuencia del edicto de Nantes. Asi fué que los bearneses se sujetaron á ello manifestándose dispuestos á admitir clérigos y frailes de la comunion romana, pero declararon energicamente que por ningun motivo del mundo les enviasen Jesuitas, gentes que, segun decian los bearneses asi calvinistas como católicos, eran los agentes y espias del rey de España, devorados por la ambicion, capaces de todo, que todo lo justificaban, y movian á los demas á cometer las cosas mas reprobadas valiéndose para ello de una teologia equivoca y capciosa y finalmente eran perturbadores del reposo público. El Parlamento de Pau recientemente creado, á impulsos del general y decidido odio que todos los bearneses tenian á los Jesuitas dirigió una esposicion

(1) Lo que caracteriza perfectamente à los Jesuitas es que mientras perseguian por todos los medios posibles al historiador que habia osado quitarles la màscara, este recibia de Roma dos cartas de uno de los mas famosos padres de la Compañia en las cuales le aseguraba que ellos no habian tenido parte en la condena de la historia universal. Notarèmos asimismo que De Thou era muy amigo del padre Dupuy, gefe de la provincia jesuitica de Francia.

al rey con este motivo. Enrique IV dijo que su Parlamento de Bearn haria lo que quisiera y que él le permitiria que lo hiciese. Desde luego el Parlamento de Pau espidió un decreto que prohibia á los Jesuitas ejercer ministerio alguno eclesiástico en ningun punto de su jurisdiccion, formar allí establecimientos y hasta poner el pié en el territorio. Furiosos los reverendos padres al ver este edicto hicieron tanto y con tanto tino, que lograron que el rey lo anulase; y desde luego sin reparar en el riesgo de encender el mal apagado fuego de las guerras religiosas corrieron á establecerse en Bearn. Allí les apoyó el clero católico al cual habian dado á entender que solo ellos eran capaces de ayudarle á recobrar los bienes repartidos á la iglesia calvinista, y á restablecer en Bearn su antigua prepotencia.

No contentos con todo esto los Jesuitas removieron en secreto las cenizas de la liga, y de ellas sacaron chispas que amenazaban á la Francia con avivar los incendios políticos que tanto la habian trabajado. Cundian de tiempo en tiempo sordos murmullos con el mas insignificante motivo, y en la atmósfera política se presentaban algunas veces señales amenazadoras. Indudablemente Enrique IV no ignoraba como debia conducirse con los Jesuitas, pero es probable que no se creyera aun en disposicion de echar una mordaza á esos peligrosos huéspedes á quienes no habia podido domesticar. Es muy posible que si los planes de conquista que formaba entonces el Bearn hubieran sido ejecutados por él mismo y llevados á buen fin, entonces contando con el nuevo poder que las conquistas le hubieran granjeado se habria decidido á dar cuenta de los hijos de S. Ignacio, pero le faltó tiempo para ello.

A principios de 1610 iba Enrique IV á salir á campaña con el objeto de decidir con las armas la disputa que no habia cesado entre la Francia y la casa de Austria. Los proyectos del Bearn se dirigian nada menos que á variar y establecer sobre nuevas bases el equilibrio europeo, y la Francia respondiendo al grito de guerra lanzado por su belicoso monarca, le proporcionaba los hombres y el dinero necesarios para esa grande y decisiva lucha! Veinte mil infantes jóvenes todos y mandados por los veteranos caudillos Jarnac é Ivry se reunian en Chalons, y los gentiles hombres corrian á París, capitaneando sus compañías. Diariamente la Bastilla abria sus an-

chas puertas vomitando hácia el lugar de cita general y con el ausilio de las barcas que remontaban el Sena cajones de pólvora y cajones de dinero, que al fin no es mas que pólvora acuñada. La España amenazada en Alemania y en Italia temblaba al otro lado de su pirinaica muralla; pero otra vez acudió en su ausilio el infierno invocado por su monarca Felipe II á quien se apellidaba el demonio del mediodia. Sordos rumores acuden por toda la Francia, y muchas emisarios que no se sabe de donde salen, y que al parecer se sumergen en la tierra cuando quiere agarrárselos, recorren las provincias y siembran en todas partes el terror y la desconfianza. Dicen al pueblo que los gigantescos proyectos de su rey darán fin con su dinero y con su sangre, y á los católicos les repiten que Enrique IV quiere hacer la guerra á los príncipes católicos consultando los intereses de los hugonotes. ,, ¿No veis ya, les decian ,, como Lesdiguieres, relapso sanguinario penetra con un ejército de ,, demonios heréticos en Italia que es el centro de la fé católica? ,, Tiempo es ya de levantarse á favor de los intereses de la Fran- ,, cia que son conculcados y de la Santa Iglesia á la cual se ame- ,, naza. ,,

A las 4 de la tarde del dia 14 de mayo de 1610 el rey salió del Louvre para reconocer los trabajos que se hacian en París con el objeto de solemnizar la entrada de la reina que acababa de ser coronada, pues Enrique queria celebrar los preparativos de la fiesta única que retardaba el que fuese á ponerse á la cabeza de su ejército. Iba en una carroza recientemente inventada, abierta por todos lados y cuyo fondo ocupaba llevando á la derecha al duque de Epernon, y al frente al marques de Mirebeau, y á Duplessis de Liancourt. En el espesor de las portezuelas, en donde se colocaban entonces asientos, iban á la derecha los mariscales de Lavardin y de Roquelaure, y á la izquierda el duque de Montbazon y el marques de La Force. El rey para ir mas libre y ser menos observado habia despedido la guardia. Al llegar la carroza á la calle de Ferronerie una multitud de carros obligaron al cochero á que se detuviera, y aprovechando esa casualidad un hombre que desde el Louvre habia seguido el carruage se acercó á él como para ver al monarca de mas cerca y llegó hasta tocar el cuarteron de la izquierda que daba al mercado de los Inocentes. En aquel momento Enrique se incli-

naba hácia Lavardin, que segun hemos dicho ocupaba la puertezuela de la derecha, cuando de repente lanza un grito ahogado, y cae en los brazos del duque de Epernon á quien en un instante cubrió la sangre que á grandes borbotones salia del pecho y de la boca del monarca. Ninguno de los señores que en la carroza iban habia visto al asesino (1), el cual tuvo tiempo de dar á la víctima dos cuchilladas la primera de las cuales detenida por una costilla resbaló, pero la segunda tocó en mitad del pecho y se introdujo profundamente. Al ver que el rey cae y que su sangre corre, los señores que le acompañan se alzan espantados y lanzan gritos de horror, y mientras que los unos sostienen al moribundo, los otros se precipitan del carruage gritando que se detenga al asesino. Este lejos de haber pensado en huir despues de cometer el delito se quedó al lado de la carroza, inmóvil y teniendo en la mano el cuchillo de que chorreaba sangre. Fué detenido sin que tratára de huir ni de defenderse, y de pronto fué llevado al palacio de Retz cerca del Louvre y confiado al gran preboste, La carroza volvió al Louvre llevando el exánime cuerpo del rey cobardemente asesinado.

Cuando cundió con la velocidad del rayo por todo París alegremente ocupado en los preparativos de la fiesta la noticia de aquella catástrofe, ese grande pueblo se levantó como un solo hombre y contestó á la nueva con un grande grito de dolor al cual sucedió muy luego un formidable rugido de rabia. Entonces se olvidaron los defectos del rey para no recordar sino sus prendas, y los furiosos grupos coriendo frenéticos por las calles gritaban ,, venguémosle ,, primero y despues le llorarémos. ,, El noble polaco Sobieski, abuelo del famoso vencedor de Vienne que se hallaba entonces en Paris, refiere en sus *Memorias* la furiosa desolacion de los parisienses cuando supieron el asesinato del monarca. « Su rabia, dice, por poco nos « hubiera sido fatal á mí y á mis compañeros, porque volviendo de « ver los preparativos que se hacian en la puerta de S. Dionisio, « una muger gritó que nosotros eramos quizás los asesinos del rey, y « faltó poco como la encendida rabia de los parisienses no se cebó « en nosotros que estabamos inocentes.» Gracias á las prontas medidas tomadas por la autoridad logró restablecerse en París una

(1) Véanse el continuador de De Thou y todos los historiadores del reinado de Enrique IV.



Ravaillac asesina á Enrique IV.

calma sombría, á propósito de lo cual Nicolas Rigauldó continuador de De Thou observa que el duque de Epernon hizo ir al Louvre los soldados de guardias derramados en los arrabales, y los apostó con tal presteza que no habria podido hacerse con mayor aun cuando se hubiese previsto la desgracia.

Inmédiatamente despues de la muerte del rey el Parlamento se habia reunido en el convento de Agustinos, porque el palacio de justicia estaba ocupado por los preparativos para festejar la entrada de la reina; mas esa reunion no tuvo por objeto que las leyes vengasen el asesinato del rey, sino dar la regencia del reino á la reina, porque el primogénito de Enrique IV que fué mas tarde Luis XIII solo tenia nueve años. Maria de Médicis ansiaba tanto por hacerse dueña del poder, que desde el cuarto en que yacia el sangriento cadáver de su esposo envió uno tras otro á muchos señores del Parlamento á fin de acelerar la resolucion, que últimamente fué conforme con sus deseos. Hasta el 17 de mayo, tres dias despues de la muerte del rey, no fué el asesino llevado ante el Parlamento en donde declaró que se llamaba Francisco Ravaillac, que tenia treinta y dos años, que era hijo de Angouleme, y que su profesion era la de maestro de escuela y de educar á los niños en la religion católica, apostólica romana. Añadió que ya otra vez habia ido á París, no con el objeto de matar al rey, sino para empeñarle en que hiciese la guerra á los hereges y los arrojára de Francia; pero que habiendose acercado con este objeto á la carroza en que iba Enrique lo echaron á palos. Que desde entonces le habia ocurrido dar muerte al rey, en cuya resolucion se afirmó mas y mas cuando supo que Enrique IV no queria castigar á los autores de una conjuracion contra los católicos y que tenia el proyecto de trasladar á París la Santa Sede. Preguntósele quien le habia contado esas mentiras, pero no quiso decirlo; si bien es cierto que hizo de ello un cargo indirecto á los capuchinos. Estos frailes le habian dado, segun dijo, con el objeto sin duda de afirmarle en su resolucion un relicario en el cual le aseguraron que habia un pedazo de la verdadera cruz. El relicario fué abierto, y como nada se encontró en él el asesino se mostró muy colérico contra los frailes. Preguntósele si habia pertenecido á la Compañia de Jesus, y respondió que bien quiso ser recibido en ella, pero que se negaron á admitirle porque antes habia

estado como hermano converso en el monasterio de Fuldenses. Negó siempre que hubiese tenido cómplices y únicamente confesó que habia conferenciado con el Jesuita d' Aubigny, con el cura de S. Severino y con un monge fuldense llamado el padre de Santa María Magdalena. Confesó que en esas conferencias habia contado á dichas tres personas las visiones que tenia durante el dia y por la noche, en las cuales veia humo de azufre y de incienso, y hostias, y oia trompetas que llamaban al combate. Añadió que habia enseñado al padre Aubigny un cuchillo en el cual estaban grabadas una cruz y un corazon, y que al enseñárselo le dijo, que era preciso que el corazon del rey se animára y se inclinase contra los hugonotes. Aunque repetidas veces se le preguntó si habia dicho algo mas al padre Aubigny estuvo siempre por la negativa.

El jesuita á quien se careó con el acusado que dijo reconocerle, negó formal y tenazmente que aquel hombre le hubiese hablado nunca.

Ravaillac en el tormento no declaró cosa alguna mas. Su proceso se siguió con una negligencia muy notable, no se le careó con ninguno de aquellos á quienes dijo haber relatado sus visiones y sus ideas, á escepcion del padre D'Aubigny que tampoco fué preso. El monge fuldense y el cura de San Severino no comparecieron, ni tampoco los capuchinos. Creyóse generalmente que los jueces de Ravaillac se mostraron tan negligentes por temor de descubrir cosas que harian remontar el crímen hasta personas á las cuales no osaban hacerse enemigos. Los ecos de la historia pronuncian entre los nombres de esas personas el de la misma reina Maria de Médicis, y mas claramente aun el de los Jesuitas. Sabido es que Maria de Médicis no vivia en buena inteligencia con su marido, bien porque la reina quisiera participar del gobierno del Estado lo que no alcanzó nunca, bien porque le incomodase el que el rey mantuviera públicamente concubinas á las cuales daba muchos bienes lo mismo que á sus hijos, de modo que se le vituperaba que preferia sus hijos bastardos á los lejítimos. Notóse entonces que Epernon, á cuyo lado Enrique IV habia recibido dos cuchilladas sin que el duque lo observára, era particular amigo de la reina, y se reparó como cosa singular que inmediatamente despues del asesinato, ese duque que siempre se habia mostrado hóstil al rey rodeó el Louvre de

soldados y lo hizo en tan poco tiempo que no pareció sino que todo ello estuviera dispuesto de antemano. La prisa que tuvo Maria de Medicis para ser nombrada regente y señorearse del poder; la singular coincidencia de haber sido asesinado Enrique despues de la coronacion de la reina, cuya ceremonia le daba nueva autoridad á los ojos de la Francia, y algunas otras circunstancias hicieron recaer sospechas contra la viuda del Bearnés. Se dá por seguro que la dureza con que hácia esa reina se condujo despues su hijo el triste Luis XIII, que siempre tembló y se rebeló contra la férula de su gigantesca regente, provino en parte de que el hijo de Enrique creía á su madre cómplice en el asesinato de su padre y lo vengaba de esta manera.

Pocos dias antes del atentado un predicador queriendo impulsar á Enrique IV contra los hugonotes, dijo en la iglesia de San Gervasio que segun esos hijos del demonio, el matrimonio del rey con Maria de Médicis debia ser nulo como hecho por el papa cuyo poder niegan los hereges. En efecto, el matrimonio de Enrique IV con Margarita su primera muger fué anulado por el Papa. Ese sermon que acaso dió lugar á que la reina Maria fuese nombrada regente en ausencia de su marido, lo predicó delante del rey mismo el Jesuita Gontheri. Si la reina Maria de Medicis tuvo alguna parte en el asesinato de su marido la tomó en nuestro sentir á impulsos de los hijos de Loyola, contra quienes recayeron inmediatamente y de un modo muy decidido las sospechas de la opinion pública. Aun parece que en el Parlamento hubo acusaciones formales contra los Jesuitas, pero la reina no quiso que se pasára adelante en ellas, y los presidentes y consejeros, al menos su mayor parte, temieron atacar de frente á tan poderosos enemigos. El continuador de De Thou dice que algunas personas que revelaron ó quisieron revelar en órden al asesinato de Enrique cosas de las cuales hubiera resultado que Ravaillac fué movido por los religiosos de diferentes órdenes amigos de los españoles, murieron repentinamente y con indicios de que su muerte no fué natural.

Ravaillac sostuvo constantemente que habia hablado con el padre d'Aubigny, y la negativa que este opuso á la asercion del asesinato es por lo menos singular. «Dios me hace la gracia de olvidar «inmediatamente lo que se me revela en el secreto de la confesion.»

Mas adelante se supo por los señores Le Grand y Lavand consejeros del Parlamento, que predicando en san Severino algunos dias antes del atentado el jesuita Hardy, y aludiendo á los grandes preparativos de Enrique IV se atrevió á decir: «Los reyes acumulan «tesoros para hacerse formidables; pero basta un *peon para dar «mate á un rey.*» Otro jesuita llamado el padre Gontier hablaba mas audazmente aun en presencia del mismo rey, en términos que habiendo preguntado al mariscal de Ornano lo que le parecia del predicador, contestó: «Me parece que nada tengo que «decir acerca de la impertinencia de ese bellaco, supuesto que V. M. «tiene la bondad de suportarla; pero si el reverendo me hubiese «honrado á mí con un sermon de esta especie, juro á Dios que lo «habria hecho arrastrar hasta el rio por ambas orejas.» Notóse asimismo que al paso que no se permitia á ningun protestante, ni á ninguna de las personas á quien podia suponerse que eran capaces de atropellarlo todo para vengar el rey que visitaran al asesino, la puerta de su prision estuvo siempre abierta á otras y particularmente á los Jesuitas y á sus partidarios. El mismo padre Cotton fué á ver á Ravaillac y le dijo que se guardára bien de acusar á inocentes. Los defensores de la Compañía se empeñan en que con estas singulares palabras el jesuita no tenia otro objeto que exortar al asesino á que dijese la verdad, y á que no se dejára seducir por los encarnizados enemigos que la órden tenia. «El ex-«confesor del rey, dicen esos escritores de sotana y de trage corto, «estaba bien enterado del mucho odio que habia contra la Compa-«ñía de Jesus, y debia prever que tratarian de perjudicarla ha-«ciendo que recayesen contra los individuos de ella sospechas de «complicidad con el asesino.» Es notable que los Franciscanos, Agustinos, Carmelitas y otros religiosos no se tomaron la molestia de ir á recomendar semejante cosa al preso.

El mismo padre Cotton algun tiempo antes de la muerte de su real penitente, y á pesar de la formal prohibicion del Levítico (1), habia dirigido una curiosa serie de preguntas á una jóven á quien todo París iba á ver al convento de San Víctor, y que segun decian estaba poseida del demonio el cual hablaba por su boca. En

(1) A la persona que se volverà contra los brujos y adivinos yo la esterminaré del medio de mi pueblo. *Levit. cap*, 20, *v.* 6.

esa lista entre varias preguntas que manifestaban el interés que el confesor del rey tenia á favor de su órden, como tambien de cierta señorita llamada Acaria, de la cual antes de ahora hemos hablado, habia una pregunta acerca de la duracion de la vida del rey (1). Tertuliano ha dicho ¿quien tiene necesidad de ocuparse de la vida del rey sino el que maquina contra ella? Este dicho de Tertuliano fué generalmente aplicado en Francia al hecho del padre Cotton, y la manera como el público tuvo conocimiento de ello fué la siguiente. Este jesuita envió á Mr. Gillot, consejero en la cámara alta, un libro que este le habia prestado, y en él dejó por olvido una lista de las preguntas hechas á la posesa. Segun se dice Enrique IV se incomodó mucho contra el jesuita.

No debemos olvidar tampoco una cosa tan estraña como significativa. La muerte del rey fué anunciada en muchas ciudades, como Ruan, Praga, Bruselas y algunas otras, doce ó quince dias antes que se ejecutára, y como una prueba de ello debemos citar al Preboste de Pithiviers, quien jugando á los bolos con sus amigos en el dia 14 de mayo, les dijo: «Hoy matan ó hieren al rey.» Nadie mandó comparecer á ese hombre ante el tribunal, y si por otra parte decimos que el tal Preboste era partidario y muy grande amigo de los Jesuitas y que su hijo estudiaba entonces en un colegio de los reverendos padres, y que mas adelante entró en la negra Compañía, nos parece que habremos proporcionado al lector una esplicacion suficiente y muy natural de esa profecía.

En la coleccion de documentos correspondientes á la historia de la Compañia de Jesus por el padre Jouvency impresa en Liege en 1716, que se halla en la biblioteca real con el número 310 (impresos letra H) hay un documento digno á nuestro parecer de que demos de él un estracto. El título de esé documento es: *Manifiesto de Pe-*

(1) Las preguntas del padre Cotton à la posesa eran setenta y seis y entre ellas hay algunas en cuya vista se digera que el padre necesitaba que el demonio le enseñàra à demostrar las verdades del catolicismo. Algunas habia ridiculas, como por ejemplo si la serpiente andaba por sus pies antes de la caida de Adan. El padre Cotton deseaba saber tambien si el poder del Papa era el mismo que el de san Pedro; lo que se referia à la vocacion de su sobrina, y que es lo que mas impresion le hace al diablo cuando se le conjura. La posesa era de cerca de Amiens y se llamaba Adriana Dufresne, y habia sido recogida por Santos, Chauveline abogado de nota. El padre Cotton la exorcizó en vano, cosa que mortificó al Jesuita, quien sin duda por esto preguntala al diablo como habia de arrojarlo.

dro Du Jardin, señor y capitan de la Guardia, preso en la consergería de París. Pedro Du Jardin antiguo gendarme de la Compañía de Biron refiere que hallándose en Nápoles comió un dia en casa de Cárlos Hebert secretario que habia sido del difunto mariscal Biron ejecutado en 1702 como traidor al rey. Con ese hombre que era francés y refugiado en Italia habia otras personas proscritas de Francia, entre ellas un tal Ravaillac que tambien habia servido en la escolta del mariscal. Afirma el señor Du Jardin que todos los comensales eran enemigos del rey, y que Ravaillac no vaciló en decir que habia resuelto asesinar á Enrique IV en términos que repitió diferentes veces: yo le mataré ó me costará la vida. Despues de esa comida, continúa el narrador, uno de los convidados que era el señor Mateo de La Bruyere, que habia sido en el tiempo de la Liga subteniente en el Chatelet, nos condujo á Ravaillac y á mí á casa del padre Alagon, jesuita español que me propuso tomar parte en la *espedicion* que iba á emprender mi compañero. El reverendo padre, español de ilustre cuna en términos que segun creo era tio del duque de Lerma, me prometió cuarenta mil escudos y título de grandeza si lograba matar al rey de Francia. Horrorizado yo con la idea de semejante crímen fuí á revelárselo todo á Mr. Zamet hermano del famoso banquero judío, y despues al embajador francés cerca de la santa Sede el cual me hizo marchar á Francia á verme con Mr. de Villerroi, y este me alcanzó una audiencia del rey á quien se lo conté todo. S. M. me mandó que nada divulgára hasta nueva órden, pero que guardase las cartas y papeles que traia y que entregué á los señores del parlamento; y S. M. á fin de recompensar mi lealtad y celo me eligió para acompañar al gran mariscal de Polonia. Volviendo á Francia algun tiempo despues supe en Francfort el asesinato del rey, y hallándome cerca de Metz, de donde era gobernador el señor duque de Epernon á cuyo servicio estaba Ravaillac, me acometieron algunos soldados y me dejaron por muerto. Cuando pude trasladarme á París me nombró la regente Veedor general de bosque; pero al cabo de cuatro años no habiendo podido conseguir á pesar de mis diligencias y reclamaciones que se me espidiera el título[1], me vi en la mayor miseria y esto sin duda me hizo proferir palabras imprudentes. En 1615 fui preso y metido en un calabozo de la Bas-

tilla en donde me dejaron nueve meses, y allí contaba morirme cuando al fin me trasladaron á la consergeria en donde habité una tras otra todas las torres. Habiendo conseguido por último comparecer ante el tribunal me declararon libre, como que ni siquiera pudieron decirme de que delito se me acusaba. A pesar de la declaracion de mi inocencia no recobré tampoco la libertad ni aun sé si la recobraré nunca.

Esta singular historia está atestiguada por Mr. Letellier abogado de Ruan, que fué defensor del preso, cuya familia habia conocido en la capital de la provincia de Normandía. Si esta historia es verdadera contra la cual no hay sospecha alguna, bien pudiera deducirse de ella que personages altos y poderosos estaban interesados en que no se pusiera en claro el atentado de Ravaillac. Proporcionadas por nosotros todas las pruebas que hemos podido reunir en este circunscrito cuadro, podrá el lector en vista de ellas adivinar quienes eran esos personages.

No debemos omitir que el Parlamento de Paris, que no se atrevió á buscar las causas de ese crímen mas allá de la mano que lo cometió, satisfizo sin embargo en alguna manera á la opinion pública que acusaba á los Jesuitas, y asi es que en virtud de órden del mismo Parlamento, y renovando un antiguo decreto espedido por Juan Gerson, la Sorbona dispuso que ninguna tesis sostenida por ella pudiera versar sobre la proposicion de si era permitido matar á un tirano. El síndico que llevó al Parlamento la resolucion de la Sorbona dijo francamente que podia hacerse otra cosa mejor, á saber, que el tribunal condenara solemnemente las obras de muchos Jesuitas cuyos frutos eran el homicidio y el veneno. El presidente Antonio Seguier y algunos otros amigos de los hijos de S. Ignacio hicieron todo lo posible á fin de prevenir el golpe; pero todo fue inutil porque el Parlamento cual obedeciendo al grito de su conciencia condenó en 8 de junio el libro de Mariana que fue hecho pedazos y quemado por mano del verdugo en el atrio de la catedral de Paris. A pesar de esto en la sentencia se evitó calificar de Jesuita al autor. ¡Tanto era el terror que los reverendos padres inspiraban entonces! La reina regente parece que quiso castigar al Parlamento por su protesta esteril y equívoca; pues como en las exequias del difunto rey que empezaron en 28 de junio quisiera el Parlamento en virtud de un derecho adquirido colocarse al pie del real féretro,

le disputaron este lugar los obispos, y como los magistrados se mantuvieron firmes, Maria de Médicis dió la razon á los obispos y el duque de Epernon hizo prender á un consegero del Parlamento que no queria sujetarse al fallo de la regente. Los demas se retiraron protestando, á escepcion sin embargo del presidente Seguier. Fué muy reparable que entre todas las órdenes religiosas los Jesuitas fueron los únicos que no asistieron á los funerales del rey asesinado.

¿Fue eso por temor de una manifestacion del odio público? Para que esta duda no pudiera decirse, con anticipacion habian procurado los Jesuitas escusar su falta. El padre Cotton confesor de Enrique IV, habia alcanzado de su real penitente que cuando muriera su corazon fuese trasladado á la casa de los Jesuitas de La Fleche, y al dia siguiente de la muerte el mismo padre Cotton reclamó que se ejecutára la promesa. Con este motivo pues fué al Louvre desde la casa profesa de los Jesuitas situada en la calle de san Antonio una comitiva de reverendos, llevando á su cabeza al padre procurador que lo era el padre Bartolomé Jacquinot, á quien el príncipe de Conti hizo entrega del corazon de Enrique IV. El reverendo se llevó ese corazon que tantas veces habia sido blanco de puñales, de los que algunos habian estado á las órdenes de la negra cohorte. La misma carroza en la cual el rey habia sido asesinado y en la que aun subsistian manchas de sangre fué la que condujo al dignatario jesuita á la casa de san Luis, y algunos dias despues el mismo provincial y los principales padres trasladaron el corazon del rey á La Fleche, y allí fué depositado en una sepultura de la iglesia de los Jesuitas. Fué cosa reparable que el padre Arnaud provincial hizo ese viage en carroza aunque debiera hacerlo á pié para conformarse con la voluntad del rey difunto. Pero ¿por qué razon el reverendo habia de sufrir esa fatiga para obedecer á aquel de quien su órden no tenia ya nada que temer ni que esperar? Lo que nosotros quisieramos saber es si durante el camino se estremeció aquel corazon en las traidoras manos que lo sostenian, cual el asqueroso buitre emprende el vuelo llevándose el último resto de la víctima que ha devorado.

El padre Cotton fue desde luego nombrado confesor de la reina regente cerca de la cual alcanzó favor muy grande. Al dia siguiente del asesinato Varenne presentó los Jesuitas á Maria de Médicis

por quien fueron recibidos con mucha benevolencia. Parécenos que aun cuando solo fuera consultar el pudor debió al menos esperar que el cadáver de su marido hubiese ocultado entre las sombras del panteon de S. Dionicio las abiertas heridas, antes da manifestar tan pública benevolencia á personas que eran reputadas por cómplices en el asesinato de Enrique IV.

Mientras tanto en el dia 27 de mayo Francisco Ravaillac habia sido condenado al suplicio de los parricidas. Sus padres fueron desterrados del reino, y se mandó á todos los parientes que tenian su mismo apellido que tomaran otro. Al reo despues de haberle hecho sufrir tormento diferentes veces le quemaron la mano derecha con azufre, la anatacearon el pecho, los brazos, muslos y piernas y en esas horribles heridas le derramaron plomo derritido, aceite hirviendo, cera y azufre. Ese horroroso suplicio que Ravaillac sufrió con firmeza y sin confesar cosa alguna terminó haciéndolo descuartizar por cuatro caballos. Debia quemarse su cuerpo como los de Juan Chatel y del padre Guignard, y arrogar sus cenizas al viento, pero el furor del pueblo no lo permitió. Rechazando la guardia y los verdugos la multitud se arrojó sobre los sangrientos restos del cadáver, los arrastró por las calles y los quemó cuando le plugo en medio de horribles execraciones, algunas de las cuales iban dirigidas contra los jesuitas. Estos miembros entre tanto estaban tranquilos en su casa, eran bien recibidos en la corte, é iban en carroza á llevar el corazon del rey á La Fleche.

Nos hemos estendido en esta parte de la historia de los Jesuitas porque en nuestro concepto ninguna cosa caracteriza mejor á la negra cohorte como la lucha que sostuvo contra Enrique IV, lucha comenzada por Barriere, continuada por Juan Chatel y dignamente concluida por Ravaillac. Asquerosa trinidad en derredor del cual se agrupan las cabezas de los Varades, de los Guignards, de los Guerets, de los D'Aubignys, ángeles infernales que adoran á esa trinidad de asesinos.

Bosquejada la historia de la Compañía de Jesus en Francia hasta los primeros años del siglo XVII, completarémos mas adelante este período relatando la lucha de los Jesuitas contra la Universidad; pero antes es preciso decir en que otros puntos de Europa se habian establecido al mismo tiempo, y que conducta observaron en ellos. Fácil es adivinar esa conducta, porque en todos los puntos en

donde estamparon sus huellas los hijos de Loyola durante el período que abraza el anterior relato hubo disturbios civiles, guerras terribles y asesinatos espantosos. Por esto el católico Marco Antonio Colonna que se hallaba en Roma, decia: « Vosotros, padres de la « Compañia de Jesus, teneis la mente en el cielo, las manos en el « mundo, y el alma dada al diablo. Asi el diablo os lleve.»

Antes de terminar este capítulo queremos dar noticia á los lectores de un documento precioso, y que acaba de caracterizar la lucha de los Jesuitas contra Enrique IV. Ese documento bastante raro es un libro publicado por los reverendos padres con el nombre de Francisco de Verona Constantino, y cuyo título es: *Apología á favor de Juan Chatel parisiense que sufrió la pena de muerte, y á favor de los padres y escolares de la Compañía de Jesus, desterrados del reino de Francia, contra la sentencia del Parlamento etc.* El título solo caracteriza la obra que en efecto es una apología completa, audaz, horrible é insenta del homicida y hasta del homicidio, como se verá por los solos títulos del *discurso*, que tal es el título que dá á su infame obra el panegirista Juan de Chatel y de los Jesuitas. El primer párrafo de la segunda parte está destinado á amplificar esta proposicion desvergonzada: *que el hecho de Juan Chatel es justo.* « El hecho de Juan Chatel, dice el au« tor de la apología, es puramente justo, virtuoso y heróico. Nosotros « queremos demostrar la inocencia y la virtud de Juan y la injus« ticia de la sentencia etc., etc. » La apologia prueba tambien la utilidad de Chatel, y sostiene que las palabras de este no son escandalosas ni sediciosas. Toda esta obra infernal está escrita en este mismo sentido. La apologia á favor de Juan Chatel es la mejor justificacion del fallo que recayó contra los Jesuitas, maestros, consejeros, directores y defensores suyos, como se convencerá de ello cualquiera que lea ese libro que fué escrito y publicado poco despues del crímen de Juan Chatel. El editor de la nueva impresion hecha en 1610 dice con razon para justificarla, que en su concepto nada es mejor que ese libro para dar á conocer al mundo los Jesuitas, sus obras y sus doctrinas. Este libro se encuentra con el número 820 letra H. en la biblioteca de Santa Genoveva, á la cual fue regalado, ¡cosa estraña por cierto! por Le Tellier, arzobispo de Reims y Jesuita.

CAPITULO II.

Conspiracion de la pólvora.

El jesuitismo en las islas británicas.

La Inglaterra acababa de emanciparse de la autoridad papal cuando la Compañia de Jesus enarboló por primera vez su siniestro pendon entre el huracan religioso que conmovia el mundo; y es muy sabida la manera como se verificó tan importante separacion. Enrique VIII, este Real y terrible Barba-azul de la historia queriendo reemplazar la primera consorte con Ana de Boleyn, pretendia que el papa autorizase su divorcio con Catalina de Aragon. La demanda era injusta y contraria á las leyes de la Iglesia Romana; pero desgraciadamente los gefes de esta habian sancionado otras peticiones parecidas, y legitimado uniones tan ilegítimas como la que Enrique VIII celebró con Ana de Boleyn ya antes de la decision pontificia, y el monarca ingles no dejó de recordarlo. Muy embarazoso fue para el Papa un caso tal, pues á la sazon el catolicismo se sostenia aun en el territorio inglés porque podia apoyarse en el trono, y sobre todo en la espada real que Enrique VIII pusiera á su disposicion, y por otra parte la repudiada consorte del monarca inglés era tia del emperador Cárlos V, cuyo ausilio y proteccion en el continente interesaba muchísimo á la Iglesia Romana. Venció Carlos V,

Clemente escomulgó á Enrique VIII, y este se vengó proscribiendo de sus estados el catolicismo, y se declaró gefe dela Iglesia anglicana (1).

Tamaños acontecimientos habian sucedido ya antes de crearse la Compañía de Jesus, y por esto la Inglaterra no figura entre las doce provincias que erigió Ignacio de Loyola, ni los Jesuitas tuvieron Misiones en un pais que consideraban enemigo. Nunca en él se han establecido abiertamente, ni por consiguiente tenido la influencia que en Francia, sin embargo su nombre es casi tan odiado en aquella nacion como en esta, á causa de que los ingleses ven en los Jesuitas la suprema personificacion de la Iglesia Romana con todos sus odiosos recuerdos y sus terrores perpetuos, porque consideran la libertad religiosa íntimamente ligada con la política, al paso que en toda tentativa reaccionaria dirigida á remachar de nuevo al rededor de su cuello la doble cadena rota tanto tiempo ha, siempre los Jesuitas han marchado en primera fila.

En efecto, tan luego como fue declarada la guerra abierta entre el papa y Enrique VIII viéronse acudir á Inglaterra varios miembros de la negra cohorte creada de pocos meses. Tratábase de reconquistar á utilidad del general de los Jesuitas, una rica provincia que se le escapaba al gefe de la Iglesia Romana, y cuyas rentas monacales ocupadas por Enrique VIII se han estimado en cuarenta millones poco menos (2). Los escritores católicos ponen el grito en las nubes por este solo guarismo, que á los otros les parece causa suficiente para condenar el órden de cosas cuya caida lamentan aquellos, mas nosotros nos reduciremos á observar que la colosal fortuna representada por una renta de treinta ó cuarenta millones está muchisimo mejor en manos de la nacion misma que en las de una corporacion religiosa cualquiera, sea católica ó anglicana.

Es fácil de comprender que el ardor de los Jesuitas no decayó al ver los ricos despojos que Roma les encragaba arrancar al gefe protestante de la Iglesia Anglicana. Como llevamos dicho (3) Pas-

(1) Vèase Rapin de Thoiras, David Hume, De Thou, Burnet y otros.

(2) El Dr. Lingerd fija pracisamente en 34.301480 francos la renta anual que gozaban los frailes ingleses.

(3) Los Jesuitas son honrados en Irlanda: ya se vé; siempre se han presentado como à desinteresados libertadores, y por los resultados aun no han podido los irlandeses juzgar del *desinterés* de los Reverendos Padres, de los cuales les guarde Dios! Conocemos bien el celo de O'Connell por la fè católica: solo nos pesa que por el bien

quier-Brouet y Salmeron fueron los primeros Jesuitas que Roma envió de socorro al catolicismo de Inglaterra agonizante bajo los piés del terrible Enrique VIII y bajo el peso de reprobacion del pueblo. Revolucionaren á los irlandeses que se mantenian católicos, y que lo son aun á pesar de las persecuciones, y sobre todo porque la religion proscrita les sirve de vínculo fuerte y duradero, y en nuestra época es en manos de Daniel O'Connell una de las mejores palancas con que el grande Agitador mueve la Irlanda y la precisa á levantarse como un solo hombre. Los dos Jesuitas lugartenientes del Papa no hicieron en Irlanda sino añadir algunos arroyos de sangre á los muchos que regaban aquel malhadado pais; y despues de una mision muy corta probaron á penetrar en Inglaterra; mas el terror que inspiraba el terrible Enrique VIII les hizo cejar hácia Escocia en donde retumbaba la voz poderosa de John Knox discipulo de Calvino y gefe de la reforma en aquel país, y á cuyo sonido se desplomaban los conventos é iglesias católicas; por lo cual resolvieron con melancólico despecho tomar la vuelta de Italia. Otros discípulos de Loyola en varias tandas reanimaron el fuego permanente en Irlanda entre cenizas.

Durante el reinado de Enrique VIII apenas pisaron los Jesuítas el territorio inglés del cual los alejaba la vigilante é inexorable severidad del déspota tan poderoso como cruel; sin embargo puede creerse descubrir su influencia en lo que los historiadores ingleses han llamado *Peregrinacion de gracia;* revolucion séria hecha á favor del catolicismo, y cuyo ejército de peregrinos distinguidos por el nombre de Jesus en la manga derecha mandado por un caballero del Condado del Norte, era guiado por clérigos en trage sacerdotal bajo las banderas de la Iglesia, en las cuales se veian pintadas las llagas del Hombre-Dios: Mas importa advertir que aquella revolucion ocurrió mientras Ignacio de Loyola trabajaba en obtener del Papa la institucion de su Compañia, y fue efecto del último golpe con que Enrique VIII acabó de romper el lazo espiritual que por tanto tiempo uniera la Inglaterra con Roma Pontificia.

de su causa se crea precisado contra los escritores que se atreven à discutir el dogma ó combatir el Jesuitismo, à valerse de recursos grotescos que comprometen realmente su causa à los ojos de todos los que saben que el oscurantismo es el hermano predilecto de la tiranía. Dicho sea de paso.

Despues de haber hecho morir en el cadalso á Ana de Boleyn, quiso manifestar al mundo que estaba mas que nunca resuelto á seguir la senda que le alejaba de Roma; y para que el terror le facilitára poner término á las tentativas de los partidarios de esta, mandó publicar un edicto que imponía cárcel y confiscacion de bienes al que defendiese la autoridad del *Obispo de Roma*, y muerte al que osase intentar restablecerla en Inglaterra, y ademas precisaba á toda persona que gozase oficio eclesiástico ó civil, gracia ó privilegio de la corona, á jurar su separacion del Papa so pena de ser declarada rea de alta traicion. La cólera de la santa Sede por tales medidas, como quiera que fuese, nó pudo otra cosa sino desahogarse en vanas amenazas, solo realizadas en el reinado de la cruel María, hija de Enrique VIII cuando los Jesuitas aparecieron en Inglaterra triunfantes directores de las venganzas religiosas, de las cuales se constituyó ejecutora Maria Tudor subida al trono tras el efímero reinado del niño Eduardo VI su hermano, é hijo de Enrique.

La reina María, hija de Catalina de Aragon y católica como su madre, poco despues de haber ceñido la diadema, eligió para marido al hijo de Cárlos V que debia tomar el nombre de Felipe II. A enlace tan significativo resuelto contra la voluntad del Parlamento y el voto general de la nacion, se decidió por los consejos que recibia de Roma, tan furibundos, que el mismo Cárlos V católico y protector del catolicismo se creyó obligado á suavizar los efectos por medio de prudentes avisos y el arresto de cierto cardenal Pole legado del Papa, inglés, hijo de una ilustre familia, y que ya mucho antes habia conspirado contra Enrique VIII su amigo y bienhechor. Mas el carácter de María Tudor no pudiendo sujetarse á los cálculos de la española prudencia del viejo emperador, manifestó cierto dia á la Inglaterra que sin demora debia retroceder á la religion proscrita por su padre, y desde el dia siguiente hasta el fin de su reinado los verdugos y los cadalzos precedieron sus pasos para destruir en Inglaterra el protestantismo; mas este, como sucede á toda creencia perseguida, hallaba entre la ceniza de las hogueras y la sangre de los cadalsos una nueva y vigorosa sabia que que debia bien pronto hacerle parecer lozano sobre toda la faz de la Inglaterra.

Asi la sanguinaria Maria, ó segun el lenguaje de los historiadores la hija mayor de Enrique VIII, durante su reinado no cesó de sacrificar en los horribles altares del religioso fanatismo. Sabido es que fue una de sus víctimas la infortunada Juana Grey, proclamada reina de Inglaterra por un partido poderoso á la muerte de Eduardo VI, y que vencida y prisionera de su rival, si bien al pronto consiguió merced de la vida, fué despues inmolada al celo católico cuyos adversarios habian hecho una tentativa bajo el nombre de la infeliz Juana Grey. No será inutil recordar que Maria Tudor ú puesta en lucha con Juana Grey, para retener á aquellos sus partidarios que profesaban la religion reformada les juró no alterar las leyes de Eduardo. ¿Será que ya los Jesuitas la habrian amaestrado en las sutilezas de su odiosa Teologia?..

Como quiera, durante este reinado los Jesuitas lograron en Inglaterra una importancia que en el reinado siguiente debian perder para jamas recobrarla, y que debe atraer sobre ellos una buena parte de odio que las ejecuciones de los protestantes hacen pesar sobre la memoria de la sanguinaria Maria. Los espantosos detalles de algunas ejecuciones de los protestantes bastan para que todo ser no insensible deteste el fanatismo religioso, los crímenes que provoca y los ministros de que se vale; por esto vamos á dar rápidamente un sucinto bosquejo del suplicio de algunas víctimas

En 1553 Hooper, obispo de Glocester, anciano respetable, fué condenado á muerte por no haber querido abjurar la ciencia que enseñára durante quince años; y una crueldad refinada le hizo sufrir el suplicio en medio del rebaño espiritual del cual por tanto tiempo habia sido pastor. Los mismos escritores católicos le confiesan varon insigne y esforzado sacerdote, cuyas cualidades dejó su muerte bien acreditadas. El venerable anciano atado en lo alto de la pira destinada á consumirle y rodeada de soldados feroces que contienen la multitud por ellos mismos congregada, dirige suaves sonrisas consoladoras y afectuosas palabras al concurso que contenido por el terror del silencio inmóvil responde sin embargo á las palabras del prelado. Enciéndese la hoguera, ya las llamas consumen la carne de la víctima y ella continúa sonriendo y consolando. Sin duda por un horrible y estudiado cálculo de los verdugos la leña era verde y ardia con lentitud, de suerte que los miembros

inferiores de la víctima quedaron consumidos antes que la muerte llegase á apagar la vida!... Por espacio de tres cuartos de hora mientras las carnes se asaban lentamente, el obispo de Glocester sufrió el horrible martirio con una constancia que hacia recordar la de su divino maestro en la cruz; y cuando una de sus manos cayó hecha carbon estendió la otra para echar la última bendicion á su pueblo!..

Este último consuelo de orar en alta voz no fue concedido á otro sacerdote anglicano, al cual mientras rezaba un salmo en inglés segun el ritu reformado, se le ordenó que callase ó que orase en latin, y al ver que no obedecia le mataron á golpes de alabarda.

Bonner, uno de los ministros de la sanguinaria Maria para estas horribles hecatombas del fanatismo, desempeñó su espantosa mision con cierta alegria frenética de cuyos furores no estuvieron al abrigo ni siquiera las mugeres. Una se vió que condenada á morir en la hoguera imploró no su perdon, sino el plazo de algunos dias para poder dar á luz y librar asi del tormento y de la muerte al hijo que llévaba en su seno, que segun decia ella no habia sido ni podia ser condenado por el crímen que imputaban á su madre.

—Oh! esclamó con feroz alegría el miserable verdugo ¿con qué la loba herege está embarazada? tanto mejor! asi nos ahorrarémos una segunda hoguera para el lobezno!....

La jóven madre fué conducida á la pira, y cuando las llamas empezaron á cebarse en sus costados fué tan intolerable el dolor, que segun refiere el historiador Hume, el vientre reventó y el feto cayó en medio del fuego: uno de los centinelas, soldado grosero, dejó su puesto y precipitándose hácia la hoguera intentó salvar de entre las ascuas aquella víctima inocente, pero le fué impedido por el tigre infame que presidia la ejecucion.

Doloroso es recordar hechos tan atroces; sin embargo tales son los hechos á que se asociaron entonces los Jesuitas y á que se han asociado despues constantemente ensayando justificarlos. Sus historiadores han ensalzado altamente á la sanguinaria María y les ha faltado poco para cambiar este epiteto con que la historia la ha infamado en el de santa. Para citar los nombres de los escritores de la Compañía que se han esforzado en la justificacion cuando no glorificacion de María Tudor, seria preciso continuar los de cuantos Reverendos padres han hablado de esta furia coronada. Un recien-

te historiador de la negra cohorte entiende sencillamente «que María Reina por derecho de nacimiento quiso ser católica de hecho, y si los medios que empleó no siempre fueron dignos de su religion, lo fueron siempre de su siglo etc.» El escritor que citamos y que se llama Crétineau-Joly (1) puesto que es preciso espresar su nombre, concluye en estos términos: «Despues de cinco años de reinado, es decir de luchas (y que luchas !) sucumbió á las penas (sin duda ahogada en la sangre que habia hecho derramar) muriendo en toda su castidad de mujer (que nos importa?) y en todo su *fervor* de cristiana (fervor que significa hoguera y obra por verdugos!) pero con la execracion del protestantismo (es muy natural) y de la historia (oid bien) *que con sobrada frecuencia adoptó las preocupaciones de los sectarios.* Ved aquí que Mr, Crétineau-Joly á propósito y en favor de la sanguinaria Maria, da á cencerros tapados un sofion á la historia! Y qué! ¿cada capítulo de su grande, grueso, difuso, pesado y empalagoso panegírico de la Compañía de Jesus no es un verdadero ardid contra la historia en pro de los Reverendos padres? Pero la historia enjuga su mejilla como Cristo cuando los judios le escupieron á la frente coronada de espinas, y la verdad pasa sin volver la vista atrás para mirar siquiera al insecto que ha rozado el descalzo pié... Anudemos nuestro hilo.

Cierto historiador (2) ha dicho con exactitud que Maria al querer reanimar el catolicismo por los medios que empleó, solo logró hacerle odioso, y á imitacion de su padre no tuvo mas apóstoles que los verdugos: y nosotros añadimos que no es con verdugos como se funda una religion. Cuando con tales apóstoles tuvo que luchar el cristianismo, creció rápidamente é iluminó el mundo; pero luego que de perseguido se convirtió en perseguidor, oscureció su gloria, perdió su autoridad; y cuando el huracan impetuoso de la reforma dió en este grande sol que tan gloriosamente habia brilla-

(1) Leedsi os atreveisla *historia religiosa, politica y literaria de la Compañia de Jesus.* tom. 2.º Cap. 5.º, pag, 236 y 237.

(2) Linguet *Historia imparcial de los Jesuitas*. lib. 7. cap. 1. Quizàs convendria añadir aqui con Hume y otros muchos historiadores, que el articulo que llevò al cadalso à casi todos los protestantes ingleses fue su negativa à confesar la *presencia real.* « Creeis les preguntaban, que Jesus està real y corporalmente en la Hostia consagrada?» Si decian que no, como lo digeron los mas, eran conducidos al patibulo. No es un lindo argumento? Acto semejante no debia ser muy agradable à Dios?

do sobre las naciones le halló ya medio apagado: cuando cae ó se hace astillas un trono ocupado por un gefe de nacion ó por un vicario de Dios, no es solamente porque le ha derribado el pié de un conquistador ó de un sucesor, sino porque el trono mismo se habia hecho gravoso al suelo que lo sostenia. Cierto es que Enrique VIII de Inglaterra sacrificó el catolicismo á sus pasiones y no á su conviccion; pero tambien es manifiesto y debe serlo á todos que al verificar su resolucion religiosa, no le ausiliaron tanto el terror que infundia y los suplicios á que condenaba, como el desprecio y el odio que en el corazon de los ingleses habia reemplazado al anterior respeto y amor hácia Roma, profesado por la Inglaterra apellidada antes *isla de los santos.* Es tanta verdad como que Enrique antes de declarar la guerra al Papa y al catolicismo, se habia constituido su enérgico defensor contra sus vasallos, de los cuales encarceló, desterró y aun hizo morir á muchos que osáran llamarse Reformados antes de que su rey permitiese la reforma; y el dia en que la reina Maria fue depositada en la tumba, el protestantismo inglés se halló mas fuerte, mas grande y emprendedor despues de la borrasca, que lo habia sido en la calma de Enrique VIII. No será importuno notar de paso que Maria Tudor, habiendo, para obedecer al Papa, restituido á la Iglesia católica todos los bienes confiscados por su padre á favor de la corona; gravó á su pueblo con impuestos para acudir á los gastos que hacia en el continente su esposo Felipe II ocupado en favor de Cárlos V, y poco inquieto de que la reina acabase de enagenarse por medio de extorsiones la voluntad de sus vasallos. Ella con ojos enjutos miraba correr por su órden tanta sangre, al tiempo que enamorada y celosa pasaba los dias escribiendo cartas inundadas en lágrimas á un novio que solo habia visto por espacio de algunos meses. Caprichos del corazon humano.

Finalmente subió al trono de Inglaterra Isabel, mujer célebre, de pecho varonil, que quiso ser y fue verdaderamente un *rey*, y que conociendo ser los Jesuitas tan enemigos suyos como del pais cuyo cetro acababa de empuñar, les declaró una guerra fuerte, una guerra sin cuartel, los desterró perpetuamente, conminó pena capital contra los que desobedeciesen y contra el vasallo que los amparase. Los hijos de Loyola dicen que la Reina descargó su cólera contra la órden porque vió en ellos el mas temible de cuantos ejércitos militaban

por el papa y el catolicismo del cual Isabel se declara enemiga; mas aun bajo este punto de vista, el mas favorable que puede escojerse para juzgar al jesuitismo de Inglaterra, son fáciles de justificar las medidas severas de Isabel contra la negra cohorte. Cuando por muerte de la sanguinaria Maria subió al trono su hermana Isabel, lo hizo saber al Papa, se sometió á la santa Sede, recibió placentera á los obispos católicos que fueron á felicitarla, y segun el historiador Hume, solo fué esceptuado Bonner, el abominable obispo de Londres, gefe de los verdugos de Maria Tudor la católica. Es probabilísimo que tal conducta de Isabel fué dictada por una política sabia. Llamada á gobernar un pais agitado por tantas borrascas, y sintiendo aun vacilar el trono bajo sus plantas, conmovido por las últimas ráfagas de las pasadas tempestades creyó prudente atraerse todos los partidos, y sin duda con esta mira perdonó hasta los mismos que para complacer á la Reina Maria ó para cumplir las órdenes de la cruel hermana la privaran á ella de su libertad y pusieron su vida en peligro. Tambien es presumible que si la corte Romana hubiese sabido aprovechar con sabiduria, discrecion y destreza los primeros pasos de Isabel, el catolicismo de Inglaterra se hubiera salvado, ó á lo menos su naufragio no fuera total é irremediable. Mas el Papa Paulo IV respondió á los preliminares de Isabel con un arranque tan imprudente como injurioso, pretendiendo que la Inglaterra era feudo de la santa Sede, que por consiguiente Isabel no pudo adquirir la soberanía sin participacion; que no habiendo sido anuladas las sentencias de los Papas sus predecesores Clemente VII y Paulo III contra el matrimonio de Enrique VIII con Ana de Boleyn madre de la misma Isabel, esta era bastarda y por tanto inhábil para suceder en el trono » Con todo, añadia irónicamente el Santo Padre, Nos estamos dispuestos á mostrarnos indulgente con tal de que la hija ilegítima del tirano Enrique renuncie sus pretensiones á la corona que no le pertenece, y se someta á cuanto nos cumpliere ordenar.» (1) La nacion inglesa recibió con indignacion las estrañas pretensiones del papa; la reina Isabel herida en lo mas vivo por la injuria del altivo Paulo IV, supo mantener diestramente y atizar el fuego que la imprudente mano de Pau-

(1) David Hume *Historia de Inglaterra*, Camden, Fra-Paolo; etc.

lo IV acababa de encender, y que debia sin tardar mucho devorar los restos del catolicismo. El pueblo inglés creyó ver en la conducta del Pontífice la resolucion de restablecer en Inglaterra el *tributo de San Pedro,* y los otros mil eslabones de la humillante cadena del despotismo Romano. Por otra parte Maria Tudor habia hecho odioso el catolicismo; y la reina Isabel llegada á ser el ídolo de su pueblo, despues de prudentes dilaciones, aprovechó una ocasion favorable, y sin grandes violencias, entre el aplauso dé la mayoria de sus vasallos separó completamente la Inglaterra de Roma.

En la conducta antipolítica de Paulo IV con la Inglaterra para nada entraron los Jesuitas, segun creemos, pues él se mostró poco propicio á la Compañía, y esta se vengó en los sobrinos de dicho papa despues de muerto, como hemos contado en la primera parte. Laynez entonces general de la órden, era demasiado hábil para desconocer que en aquella ocasion los rayos del Vaticano no podian menos de avivar el incendio comenzado por Enrique VIII; y por otra parte el rey de españa Felipe II aliado de los Jesuitas pretendía la mano de Isabel que le atrajo con vanas promesas hasta que se creyó bastante fuerte para romper abiertamente con Roma.

Pio IV ensayó inutilmente todos los medios de suavidad para que Isabel y su pueblo volviesen al gremio de la Iglesia Romana. Pio V quiso conseguirlo por el terror religioso, Felipe II perdida la esperanza de alcanzar la mano de Isabel unió las armas temporales de España á las espirituales de la Iglesia: todo en vano, pues los halagos de Pio IV, las escomuniones de Pio V, y la famosa armada de Felipe II se estrellaron en la temeridad inglesa y entonces por último recurso los papas soltaron contra Isabel las armas jesuíticas.

Francisco de Borja, tercer General de la Compañía que acababa de ser elegido sucesor de Laynez solo por sus riquezas, su poder y su nombre, era persona de poco talento y de espíritu apocado, aunque consagrado á la humildad cristiana, cuyas dos virtudes es claro que no fueron causa de que se le nombrase gefe supremo de la negra cohorte.« La gracia que os suplico me concedais, decia Francisco de Borja á los Reverendos Padres que acababan de elegirle, es que obreis conmigo como los arrieros con sus bestias de carga. Yo soy

vuestra bestia de carga, repetía el nuevo general, tratadme pues como se trata á tales bestias para que pueda decir: Estoy en vuestra Compañía como una bestia de carga, mas me consuela el estar siempre con vosotros. Relevad pues vuestra bestia, etc.» Los Jesuitas dispusieron de *su bestia* completamente á su capricho; hicieronla girar á derecha é izquierda, ir y tornar, avanzar y retroceder como les plugo. Con todo la Compañía no se encuentra activamente mezclada en todos los trastornos políticos y religiosos de Europa hasta los tiempos del cuarto sucesor de Ignacio, Claudio Aguaviva, que gobernó la Compañía de Jesus desde 1581 hasta 1615. Este período de treinta y cinco años es de toda la historia de la Compañía el que proporciona mas materiales para la acusacion de Ignacio y de sus negros hijos.

En las islas Británicas se encuentra á los Jesuitas mezclados en todas las intrigas que tuvieron por objeto destronar ó quizas matar á la Reina Isabel.

En Irlanda varias veces suscitaron revoluciones que solo consiguieron regar con sangre el desventurado pais y al mismo tiempo organizaron conspiraciones en Inglaterra, como la de los Pole, miembros de la familia real á los cuales Isabel perdonó la vida. No fué tan feliz el duque de Norfolk que descubiertas sus maquinaciones fué condenado á muerte, y ejecutado en 1571. El centro de todas estas intrigas mas ó menos criminales contra la reina Isabel era la casa de un cierto Rodolfi, comerciante italiano establecido en Londres y celoso católico: allí los Jesuitas variamente disfrazados acudian á poner en ejecucion los planes concebidos en Roma ó en España, pues Felipe II habia otorgado al duque de Norfolk la promesa de sostener la revolucion con una armada que desémbarcaria en Warwick á las ordenes del célebre duque de Alba, y en cambió Isabel tanto para vengarse de la parte que Felipe II tomára en las conspiraciones, como por devocion á los protestantes franceses, sostuvo al rey de Navarra y á sus parciales contra la faccion española y el partido de los príncipes de Lorena.

En 1581 se descubrió un nuevo complot formado por los Jesuitas contra la reina de Inglaterra. Segun De Thou (1), como sospe-

(1) Historia universal, lib. 74.

chase Isabel que se maquinaba algo contra ella, envió á Francia dos jóvenes que suponiendo pertenecer á familias católicas inglesas se introdujeron en el seminario de Reims, vasto semillero de piadosos conspiradores, fundacion de los Guise, y por conducto de aquellos puestos al corriente de cuanto se tramaba en el seminario, supo que habian salido de allí tres Jesuitas ingleses para ir á dar nuevo impulso á las tramas urdidas contra ella. Los tres fueron presos apenas llegados á Inglaterra; Edmond Campien y sus dos cofrades negaron constantemente que abrigasen proyecto alguno contra la vida de la reina, era necesario un motivo muy poderoso para que se hubiesen resuelto á desafiar con su ida á Inglaterra la ley que los desterraba de aquel pais so pena de muerte. Ademas dos testigos afirmaron que los tres Jesuitas eran los gefes de un complot dirigido á quitar á la reina Isabel el trono y la vida, y los espias del seminario de Reims noticiaron que los Jesuitas esperaban ser sostenidos por un partido formidable, á la cabeza del cual se colocaria un gran personage de Inglaterra luego que estallase la trama. En diciembre de 1581 fueron ahorcados los tres Jesuitas seguidos de algunos otros clérigos á fuer de cómplices, y tras estas ejecuciones salieron edictos mas severos contra los Jesuitas y contra cualquiera que mantuviese relaciones con ellos; y asimismo fué prohibido á todo ingles ir al continente á estudiar ó habitar en colegio seminario ú otra casa de la Compañía. Los trastornos que estallaron furiosos en Irlanda, precisáron á Isabel á mostrar tanta severidad contra sus fautores mas activos.

De todas las conspiraciones dirigidas por los Jesuitas contra la misma persona de Isabel, la mejor probada es la de 1584, en cuyo año por el mes de enero desembarcó en Inglaterra un cierto Guillermo Parry, ingles de nacimiento, pero que desde mucho tiempo vivia en el continente. Este William ó Guillermo Parry que habia servido en la misma casa real, y fue precisado á salir de Inglaterra á consecuencia de una tentativa de asesinato que le hubiera costado la vida, á no salvarle la indulgencia real que se contentó con el destierro, era católico segun Hume (1); y segun De Thou protestante, pero convertido en Francia (2). Como quiera, en

(1) Historia de Inglaterra, familia Tudor, cap. 18.
(2) Historia universal, lib. 79.

Francia le creyeron desde luego espia de Isabel y los demas refugiados ingleses le rechazaron; por lo cual de París pasó á Lion y de allí á Italia, en donde se ligó con los Jesuitas, especialmente con un cierto Padre Palmio que supo enardecer el celo católico de Parry hasta el punto de hacerle tomar otra vez la vuelta de Inglaterra, muy resuelto á restituir su patria á la religion antigua por todos los medios posibles. El historiador De Thou da un testimonio de imparcialidad refiriendo que un Jesuita llamado Wiat ó mejor Wast hizo cuanto pudo para desviar al asesino nuevamente empujado por sus cofrades hácia la reina de Inglaterra; pues parece demostrado que Parry habia resuelto valerse de un asesinato si no hallaba otro medio para destronar á la herética Isabel. Mas aun dando por admitido el hecho de haberse hallado un Jesuita hombre de bien y bastante osado para oponerse á los funestos designios de la Compañía, sus esfuerzos no podian menos de ser impotentes, pues otros Jesuitas probaron á Parry que cuanto proyectaba era bueno y lícito. Un nuncio del papa le dió por adelantado la absolucion de cuanto pudiese hacer, y tambien se le prometieron cartas del papa mismo que aprobarian su intento piadoso. Parry escribió al Padre Santo para obtener la aprobacion sin la cual no queria emprender la marcha, y el Jesuita Padre Codret se encargó de enviar la carta al Papa y aun apoyarla y hacerla apoyar vivamente por los suyos. Es preciso confesar que Parry no recibió jamás la aprobacion pontifical que habia solicitado, sin embargo lograron decidirle á ejecutar su proyecto; y como trasladado ya á Inglaterra vacilase aun, hicieron llegar á sus manos una carta del cardenal de Como fecha en Roma á 31 de enero, con la cual este príncipe de la Iglesia le apresuraba y segun De Thou, despues de darle su bendicion en nombre de San Pedro, tocante á la cosa premeditada, le exortaba vivamente á continuar en tan *laudable designio*.

Escitado asi Guillermo, ya no titubeó, y se puso á comenzar lo prometido: para asegurar el golpe procuró aliarse con algunos señores de la corte inglesa, y llegó á obtener una audiencia de la reina Isabel. El historiador Hume supone que Parry habia renunciado por entonces á su proyecto de asesinar á la reina, y se esforzó varias veces en persuadirla que revocase sus edictos contra el catolicismo, y que para conseguirlo llegó á declararle que su vida es-

taba amenazada, y que solo podria substraerse á los golpes de los conspiradores usando tolerancia con los católicos ingleses. Segun el mismo historiador, apoyado Parry por altos personages enemigos secretos de la reforma, se hizo nombrar miembro de la cámara de los comunes; pero bien pronto fué arrojado del Parlamento á causa de un osado discurso en que condenó alta y severamente las medidas de rigor dictadas contra el catolicismo. Furioso por este contratiempo y por la prision consiguiente é instado con mas premura por los Jesuitas y otros clérigos católicos como el inglés Allen, que algunos años despues fué cardenal, volvió á su primer proyecto de derribar el protestantismo inglés quitando la vida á la reina que le sostenia, y resolvió asesinarla cuando pasease sin comitiva por los Jardines ó por el parque de san James segun solia. Una barca en el Támesis debia esperar al asesino ó á los asesinos para librarlos del primer furor del pueblo. Creyendo empero que para asegurar el exito necesitaba un cómplice, se asoció, segun dice De Thou, otro inglés pariente suyo llamado Nevil, que en concepto de algunos historiadores se prestó á las ideas mortíferas de Parry solo para hacerlas abortar, y segun Hume, se constituyó de buena fé cómplice del miserable agente de los Jesuitas. A la sazon era Nevil muy pobre y poco distinguido; pero mientras Parry espiaba una ocasion favorable para asesinar á la reina, y los Jesuitas preparaban sordamente el movimiento que á la muerte de Isabel debia estallar á favor de la religion católica, falleció en el destierro del conde Westmoreland señor inglés católico; y Nevil que era su próximo pariente dió en calcular que revelando un complot contra la vida de la reina, podria obtener el título, los bienes y los honores del difunto conde de Westmoreland; y sin decir nada á su excómplice descubre el complot al conde de Leicester, á Hunsdon Vicechambelan de la reina y á Walsingham uno de sus ministros.

Al punto fué Parry arrestado; é interrogado sobre el crímen que meditaba negó al principio, confesando únicamente que deseaba el restablecimiento de la religion católica Romana; pero careado con Nevil acabó por confesarlo todo, haciendo recaer sin embargo la odiosidad del negocio sobre su delator, pues le llamó primer autor del complot y le atribuyó á él solo el primer pensamiento de atentar contra los dias de la reina. Suplicó á los jueces que le hicie-



Lith. Gardette y C.a Calle de la Union 26

Conspiracion de Guillermo Parry.

sen la gracia de tratarle «no como á un Cain desesperado de su salvacion, sino como al Publicano que confiesa ingenuamente sus pecados.» Tambien escribió á la reina implorando perdon, y haciendo peresente que á ella le estaria mejor sofocar el caso perdonándole que enviarle al suplicio con una publicidad que no podia menos de ser perjudicial. Varias veces reiteró sus confesiones, diciendo para atenuar su crímen que se lo habian pintado como una accion memorable, cuya culpa achacò á los curas catòlicos en general y particularmente al cardenal de Como nuncio del Papa cuya carta se le habia encontrado, y sobre todo á los Jesuitas.

En aquella época fué preso un miembro de la Compañía llamado Creigthon que se introdujera disfrazado en Inglaterra, sin duda para ser testigo de los acontecimientos que se preparaban, y porque su órden tendria una gran parte en la victoria, fruto de un asesinato cometido por la religion católica romana. Al principio negó estar iniciado en el proyecto de Guillermo Parry, pero despues confesó que este se lo habia comunicado, aunque sostuvo siempre que lejos de haberle dado él consejo alguno sobre el plan de asesinar á la Reina, le habia recordado que la máxima *Es bueno salvar á muchas personas con la pérdida de una sola* era mala doctrina, á menos que para seguirla se tuviese una inspiracion cierta ó un espreso mandato de Dios.

Guillermo Parry declarado convicto y confeso del crímen de alta traicion, fué condenado á pena capital y ejecutado en 2 de marzo de 1584. Ahorcáronle y antes que espirase le abrieron el pecho, arrancaronle las entrañas, quemáronlas al pie de la horca y descuartizaron el cádaver cuyos miembros fueron espuestos en cuatro puertas de Londres.

Poco tiempo despues de esta ejecucion un caballero del condado de Warwick, ecsaltado por sermones fanáticos fue á Londres con objeto de consumar el asesinato de la reina; pero habiendole preso se suicidó en la càrcel. Otros varios fueron acusados del mismo conato.

Sin que se espliquen son faciles de comprender los rigores que desde entonces desplegò Isabel contra los catòlicos en general y sobre todo contra los Jesuitas: sirviéndose aunque rigurosamente de los medios que tenia en su mano para defender la corona, oponiéndo activamente la espada de la ley á los puñales conspirado-

res, no hacia mas que usar del legítimo derecho de defensa. Conviene no olvidar que el político y religioso órden de cosas representado por Isabel tenia á su favor la inmensa mayoria de la nacion inglesa. Siendo para Roma y sus partidarios reina ilegítima, descomulgada y bastarda, fué grande y adorada soberana á los ojos de su pueblo, que elevó á un grado de prosperidad desconocido hasta entonces. Esto á nuestro ver resuelve la cuestion.

Como en aquella época, es decir en 1587, el acha del verdugo terminò la grande y vieja controversia entre la reina de Inglaterra y la célebre cuanto desdichada Maria Stuart reina de Escocia; nos creemos en el deber de dar algunos detalles sobre este punto, tanto mas porque los Jesuitas representaron allí un papel importante y porque casi todas las conspiraciones contra Isabel se fraguaron á la sombra del nombre é interes de Maria.

Todos saben que esta princesa despues de haber brillado algun tiempo en la corte de Francia sobre el trono del efímero rey Francisco II, en 1561 se volvió á reinar en Escocia su patria. Saben tambien que en la hipótesis pretendida por los catòlicos de ser Isabel hija bastarda de Enrique VIII, Maria Stuart tenia derecho á la corona de Inglaterra y luego defallecida la sanguinaria Maria Tudor, se manifestó dispuesta á revindicarle, y siendo esposa del Delfin, hijo de Enrique II, cuarteló las armas de Inglaterra y se llamó Reina de este pais. Casi todos los católicos Ingleses se mostraron dispuestos á sostener tamañas pretensiones verdaderamente temibles para Isabel, que recelaba ver unirse á favor de ellas las armas de Francia y los rayos de la Igesia Romana, pero felizmente para ella Francisco II no tardó en seguir á su padre á la tumba, y Maria Stuart abandonando con lágrimas la bella Francia que amaba tanto, se fue á reinar sobre la salvage Escocia agitada entonces por las primeras convulsiones de la reforma, y desde cuyas cimas caledonias la formidable voz de John Knox respondiera á la de los grandes agitadores Lutero y Calvino, Maria de Guisa, viuda del último Rey y madre de Maria Stuart, luchaba muy penosamente para no dejarse arrastrar por el torrente impetuoso que iba diariamente engrosando y amenazaba tragar hasta los últimos restos de la antigua Religion.

Isabel aprovechò las circunstancias, y esto no puede reprobarse-

te. Supo mantener la agitacion religiosa que se le presentaba favorable; animó secretamente y sostuvo á los protestantes escoceses: escitó á la revolucion al conde de Murray hermano natural de María Stuart, el cual, merced al oro inglés, á la concurrencia de los adversarios de la Iglesia Romana, y á las imprudencias de la Reina de Escocia, acabó por despojarla de autoridad y libertad. Nos es repugnante censurar á esta desdichada Reina que ha pagado con la muerte todas las faltas de su vida; y solo dirémos con De Thou y con la mayor parte de los historiadores imparciales, que María Stuart parece haber tomado á su cargo el justificar las acusaciones de sus enemigos: y si no fué cómplice directas en la muerte de Daruley su segundo marido, pareció serlo pocos dias despues, á pesar de las reflexiones de sus mas fieles amigos con el odioso Bothwell generalmente conocido por matador del malogrado Daruley.

Entre los pésimos consejeros que contribuyeron á estraviar la jóven é imprudente reina de Escocia, no es justo olvidar los Jesuitas que habian acudido allí donde montaban sus baterías contra Isabel, y donde esperaban lanzarse pronto á la conquista de Inglaterra. María Stuart celosa católica, y ademas rival de Isabel como mujer y como reina se dejó mecer por la esperanza de restaurar en el suelo inglés los altares derribádos; cuya pretension que no cuidó de encubrír en el punto en que fuera sabio renunciarla, fue la causa principal de su ruina. En cierto dia de 1568 Maria apenas escapada de las armas de sus vasallos sublevados, desembarcó prófuga, infeliz en Wirkington de Inglaterra, poniéndose en poder de Isabel, en cuya generosidad confió demasiado. No hay duda que hubiera sido en Isabel una accion muy nóble y bella, levantar á Maria de sus pies como una hermana, y tratarla como una reina, mas no supo conquistar esta gloria que deja un vacío en su fama; y no viendo en Maria Stuart sino una enemiga vencida, una rival siempre temible, la hizo su prisionera. Durante la larga prision estallaron varias conspiraciones contra Isabel, todas con el objeto ó pretesto de libertar á Maria para proclamarla reina de Inglaterra. El duque de Norfolk, que segun queda dicho, pagó su tentativa con la vida, empuñó las armas con la esperanza de obtener la mano de la reina escocesa, cuya belleza singular, viva aun en la memoria de los pueblos, sirvió como el celo religioso de cebo á los complots contra Isabel,

y en ellos figuraron siempre los Jesuitas. Los hijos de Loyola urdieron todas las tramas en que se quiso envolver á la Reina de Inglaterra por consiguiente ellos son los que principalmente contribuyeron á la muerte de Maria Stuart, pues es muy probable que jamás Isabel imprimiera tal mancha en su frente, si no hubiese temido por la corona que de cuando en cuando sentia vacilar á los esfuerzos conspiradores. Hácia fines de 1586 el Jesuita John Ballard reclutó un nuevo conspirador jóven de Dothie en el condado de Derby, llamado Antonio Babington, hijo de una buena familia y muy celoso por la religion católica, cuya circunstancia le habia hecho pasar secretamente á Francia en donde le encontró el Jesuita. Por el retrato que le hicieron de la bella Maria Stuart, el jóven Babington, de imaginacion viva y exaltada, luego estuvo perdidamente enamorado de la Real prisionera; y juró consagrar su vida á restituirle la libertad y el trono perdido, y á ponerla en posesion del otro trono á que tenia derecho segun la decision del Papa. Este novel caballero errante fué puesto en relaciones con otro fanático de mas siniestra calidad, llamado John Savage, del cual los Jesuitas se habian apoderado por el medio de la religion tal como ellos la entienden. Nuestros dos hombres se asociaron para asesinar á Isabel, cuya muerte debia traer la libertad de la Reina de Escocia y el triunfo de la fé romana.

Dicen que el embajador de España tuvo parte en la conspiracion y que Maria Stuart una vez libre y dos veces Reyna debia desheredar á su hijo herege, y adoptar á Felipe II, que hubiera puesto á sus órdenes una armada y un ejército. Aseguran tambien que el Jesuita Ballard empujó fuertemente á Babington para el asesinato de la Reina, pintándoselo como una obra de las mas meritorias. Mas esta conspiracion que debia estallar en la noche de san Bartolomé, fecha bien escogida, se descubrió como las anteriores y envió al cadalso á Babington á Savage y á doce cómplices. Segun Hume la mitad de los condenados dió confesiones completas.

La trama de Babington no pesó unicamente sobre las cabezas que la habian urdido ó que debian ser sus instrumentos, sino que tambien comprometió altamente á Maria Stuart; pues Isabel que al paso de envejecer parecia recordar que era hija de Enrique VIII, resolvió desembarazarse definitivamente de los temores que sin ce-

sar le inspiraba su rival prisionera; y Maria despues de diez y ocho años de cautiverio, á los cuarenta y seis de su edad, compareció ante los jueces que la condenaron á muerte. No nos toca justificar á la reina Isabel por un tal acto de crueldad del cual ella misma pareció sonrojarse ya negando que lo hubiese mandado, y achacando toda la culpa á servidores demasiado oficiosos, ya disponiendo formar causa á Davison secretario de Estado, que por secreto mandato de ella habia espedido la órden de ejecutar á la Reina de Escocia. Aunque este diplomático, emisario sin ventura, fué condenado á una cuantiosa multa que le arruinó, y á la prision que sufrió muchos años; demostracion semejante no deslumbró la opinion pública, y creyóse constantemente que Isabel haciendo morir á Maria Stuart quiso vengarse de una rival que la humillára, y de una enemiga que servia de vínculo á todos los malcontentos en su reino, y de pretesto á todos sus enemigos en el continente.

Lo que es segurísimo y hasta cierto punto puede justificar la cruel resolucion de Isabel, es que el pueblo ingles celebró con espontáneos regocijos una muerte en la cual veia el término probable de los trastornos que agitaban la Inglaterra casi sin cesar.

No obstante, la muerte de María Stuart fué para los enemigos de Isabel la señal de intentar nuevos esfuerzos. El papa y los Jesuitas probaron incitar al rey de Escocia, hijo de la víctima, á vengar la muerte de su madre, pero él que se habia hecho protestante para mantenerse rey de Escocia, se guardó de indisponerse con Isabel cuya herencia esperaba. Entonces los Jesuitas se dirigieron á los irlandeses siempre dispuestos á tomar las armas en nombre de su creencia proscrita, é hicieron estallar varias revoluciones en aquel desventurado país que no se sometió sino por estenuacion en los últimos años del reinado de Isabel; y finalmente en 1601 fueron arrojados de Irlanda los españoles introducidos allí por los Jesuitas en la revuelta del conde de Tyron.

Al tiempo mismo el papa fulminaba contra Isabel una emocion nueva. Felipe II rey de España, furioso de que ella le hubiese burlado, lanzaba contra Inglaterra su famosa *armada*, los príncipes de Lorena le suscitaban otros estorbos en el continente, y en su reino mismo se fraguaba otra conspiracion siendo su cabeza el conde de Essex, favorito de la reina. Mas el complot del conde mandó su autor al

cadalso, la flota española se estrelló en las rocas de Inglaterra, y los rayos pontificios en la devocion de los ingleses hácia su soberana; que siempre el amor de los pueblos fué el mejor escudo de los reyes.

Renacieron las esperanzas de los Jesuitas en 1603 por muerte de Isabel, de la grande reina, su constante é implacable enemiga. La subida de Jacobo rey de Escocia al trono de Inglaterra é Irlanda, reunió las tres partes del reino Británico; y como era hijo de Maria Stuart, los católicos vieron con grandes esperanzas su llegada á Inglaterra, porque si bien habia abrazado la reforma, esto, segun les decian, no pasaba de una vana careta á cuyo uso le precisaba su interés, pero que la arrojaria al presentarse la primera ocasion favorable. El hijo de Maria Stuart aunque no fuese católico como su madre, no podia menos de ser propicio á los partidarios y amigos de ella, á los que plañian su muerte cruel despues de mil tentativas para vengarla. Estas reflexiones anudaron los hilos de varias intrigas. El seminario de Jesuitas ingleses en Roma y el de Reims (1), espidieron órdenes á sus agentes; Enrique Garnet superior general de la mision de Inglaterra y cuyo nombre adquirirá pronto una espantosa celebridad, recibe de Roma la órden del dia y la transmite á sus subordinados.

Cálmanse las querellas suscitadas entre los sacerdotes católicos ingleses, hijas en su mayor parte del espíritu dominador jesuita que quiso arrogarse el gobierno dictatorial de la Iglesia católica de Inglaterra, sostenido en esta pretension por Garnet Watson con sus acólitos y admitido por Blackwell archipreste de la iglesia paciente; pero rechazado por los sacerdotes católicos ingleses, que no pertenecian á la Compañía de Jesus. El interés comun hace callar á lo menos por el momento esos intereses en pugna y los reune en un solo grupo sin perjuicio de dividirse mas tarde: en fin todo se agita y se prepara á un triunfo esperado tanto tiempo.

Ya se comprende cual seria la rabia de los Jesuitas cuando vieron que el hijo de María Stuart burlando sus esperanzas adoptaba y seguia invariablemente la inflexible conducta de Isabel contra

(1) El seminario de Reims habia sucedido al de Dorai regalado por el rey de España á los Jesuitas, para la educacion de católicos ingleses y destruido por la cólera y la venganza popular. El de Reims fué creacion del cardenal de Lorena.

ellos. Jacobo monarca indolente se dejaba siempre gobernar por los que tenia al rededor, pero egoista profundo y dotado de un espíritu de observacion se habia convencido de que no podia reinar en paz sino dejando que la Inglaterra y la Escocia marchasen libremente por la senda de la reforma; y aquel mismo príncipe cuya madre habia terminado sus dias bajo el hacha del verdugo y cuyo hijo debia tambien llevar su cabeza al cadalso juró reinar tranquilamente y morir en paz, para lo cual léjos de manifestarse propicio á los Jesuitas, renovó contra ellos las disposiciones de Isabel, mantuvo su severa execucion, y para probar á sus súbditos la sinceridad de su protestantisimo fuese por ardid político ó conviccion y celo escribió á favor de los dogmas de la Iglesia Anglicana.

Los Jesuitas juraron venganza, reunieron en torno de su odio todos los descontentos politicos ó religiosos y ensayaron renovar contra Jacobo I los atentados que tantas veces amenazaron la corona y la vida de Isabel. Empezaron por disputar la legitimidad del que no queria admitirlos en sus estados; y sin embargo Jacobo Stuart á falta de representantes de la línea masculina, era legítimo heredero del trono de Inglaterra como á biznieto de la princesa Margarita, hija mayor de Enrique VII y consorte de Jacobo IV rey de Escocia. Verdad es que el testamento de Enrique VIII escluia de la sucesion real los miembros de la línea escocesa; pero este capricho real podria acaso tener fuerza de ley? Creemos que nó; y ademas, es claro que la nacion inglesa elijiendo libremente y saludando regocijada el advenimiento de Jacobo Stuart, rasgára con autoridad soberana el acto del despota. Fundadamente se cree que á los Jesuitas en realidad importaba poco la legitimidad de Jacobo, y solo querian una tarjeta especiosa para pegarla á la tea que intentaban arrojar sobre la mal apagada hoguera de los incendios politicos, y asi buscaron un nombre que oponer al de Jacobo, y fue el de Arabela Stuart hija del Conde de Lennox, parienta cercana del rey, y desendiente como él de Enrique VII. Muchos malcontentos abrazaron los intereses de esta porque podian satisfacer los suyos; algunos grandes quejosos del rey entraron tambien en la conspiracion que reunió elementos muy opuestos; vieronse asociarse á ella personajes politicos desgraciados por Jacobo I á causa de la parte que habian tenido en la muerte de su madre; tales fueron por ejemplo Raleigh

y Cobham: afiliaronse puritanos como lor Grey, católicos como Clarke, libertinos y ateos como Broke y Copley, finalmente individuos que no pertenecian á comunion alguna como sir Griffin Markham. El Jesuita Watson era la llave maestra del complot, y le habia dado un enlace compacto, proporcionado á la cualidad de las partes constituyentes. Dice De Thou, y es presumible sabiendo que los Jesuitas fueron los directores de la maquina, que los conjurados estaban de acuerdo con Felipe II y esperaban su ayuda en el proyecto de casar á Arabela Stuart con el duque de Saboya. Segun dicho historiador la conspiracion se descubrió porque en el momento próximo á estallar, Raleig partiendo á ponerse á la cabeza, con aire sombrio y agitado dijo á su hermana que amaba mucho «Ruega á Dios que vuelva de á donde voy». La hermana creyéndole comprometido en algun duelo, cosa entonces tan comun, confió á algunas personas la singular despedida; mas los que conocian á Raleigh dijeron entre sí que las consecuencias de un duelo no podian conmoverle tanto como habia parecido estarlo; y habiendo llegado el rumor á la corte de la cual Raleigh estaba á manera de desterrado, y en la cual era temido su carácter emprendedor y de firmes resoluciones, se procedió á su captura sin otras pruebas. Tambien fueron presos y rápidamente procesados los otros conspiradores, cuyo mayor número confesando los cargos probó la realidad de la trama, en especial lord Cobham cuyas confesiones fueron completas. Descubierta la conjuracion en junio de 1603, despues de fuertes y animados debates, en noviembre siguiente se pronunció el fallo de pena capital contra Clarke, Watson, Broke hermano de lord Cobham, contra este mismo confesor, contra lord Grey y Griffiin Markham, logrando Raleigh la condena de prision perpetua.

El Jesuita Watson, y Clarke fueron ejecutados en 29 de noviembre, Broke en 5 de diciembre. En 7 Grey y Markham subieron al cadalso en el castillo de Winchester donde se hallaba la corte salida de Lóndres por enfermedad contagiosa, pero apenas Markham que debia morir primero puso la cabeza en el tajo fatal y el verdugo enarboló el hacha, cuando el gerif de Hampshire detuvo el brazo del ejecutor en virtud de una órden del rey traida de palacio por un ujier, y lo mismo sucedió á los otros dos reos. Finalmen-

te despues que hubieron pasado por tan horrible prueba, el gerif les hizo saber la gracia del rey.

Se ha dicho que este complot que costó la vida á tres personas fué imaginado por Cecil ministro del rey, con el objeto de hacerse mas necesario, y desembarazarse de sus antiguos amigos tales como Raleigh, convertidos en enemigos mortales suyos; con todo parece cierto que Raleigh, personage muy visible, furioso por haber perdido la gracia de Jacobo que habia contribuido á colocar sobre el trono inglés, buscó los medios de vengarse. Sully que á la sazon era embajador de Enrique IV en la córte de Jacobo I, con el nombre de marques de Rosny, refiere en sus *memorias* que Raleigh le ofreció secretamente sus servicios. Cobham le acusa formalmente, sin embargo debemos añadir que el mismo historiador inglés David Hume no parece estar convencido de la complicidad de Raleigh en la trama, y carga toda la odiosidad á los Jesuitas.

Estos no tardaron mucho en querer vengar su reciente derrota de una manera estrepitosa, y tan horrible que no tiene exemplar en la historia. Hablamos de la famosa *conspiracion de la pólvora*, de aquel acontecimiento estraordinario, que como á punto capital de la historia del Jesuitismo en la Gran Bretaña nos parece digno de ser un tanto esplanado en esta parte de nuestra narracion.

Al anochecer de una tarde á fines de octubre de 1605 un hombre estudiadamente embozado en una capa y que parecia recorrer con precaucion las calles de Lóndres, evitando cuidadosamente las mas frecuentadas y escogiendo las mas obscuras fué á llamar á la puerta de una casa contigua al palacio de Westminster bastante grande, no poco arruinada y deshabitada al parecer; al través de cuyas aberturas exactamente cerradas no pasaba el menor rayo de luz ni el mas leve ruido. Este edificio obscuro y silencioso contrastaba de una manera chocante con el de Westminster inundado de luz y de festiva algazara por los preparativos de la próxima abertura del parlamento. Sin embargo, apenas el hombre que hemos dicho rozando las paredes se llegó á la puerta, y paseó sobre ella los dedos de una manera compasada, se abrió una pequeña ventanilla enrejada, al través de la cual un moribundo reflejo del dia perdido entre la nebulosa y ahumada atmósfera del cielo de Lóndres hizo brillar la púpila arrogante de un hombre y el cañon amena-

zador de una pistola. Dijeronse en voz baja algunas palabras por la angostura de la reja y la ventanilla volvió á cerrarse; pero en seguida la puerta se entreabrió por sí misma y el hombre interior permitió la entrada al esterior, despues de lo cual la casa quedó otra vez exactamente cerrada y silenciosa como un sepulcro.

El recien llegado sin despegar los labios siguió á su interlocutor, quien le condujo á una sala baja y húmeda en donde estaban once individuos acalorados en una viva discusion, bien que hablaban bajo. A la llegada del que venia introducido por uno de ellos, todos se levantaron con aire de desconfianza y algunos requirieron las armas de que estaban bien provistos; mas estos síntomas de amenaza desaparecieron luego que el recien llegado soltó la capa que le ocultaba.

— El padre Oswald Tesmund!.... esclamaron alegres los once personages circuyendo al nuevo.

—Yo mismo, hermanos carísimos, el pobre y perseguido hijo de la Iglesia Católica, el odiado religioso de la Compañía de Jesus, ó si quereis el digno maese Greenwill, episcopal moderado y en caso necesario puritano furibundo! Castigue Dios en los enemigos de su santo nombre todas las mentiras á que me obligan!

—Bien venido, padre mio! dijo adelantándose uno de los personages que formaban corro; mil veces bien venido si nos traeis buenas noticias.

— Ah! nó, mi querido hijo; nuestros hermanos de Francia nada pueden hacer por nosotros, los de Italia no se atreven, S M. catolica el Rey de España é Indias ha declarado paladinamente que nada obraria en nuestro favor, y la desdichada Iglesia católica de Inglaterra no debe ya contar sino con el celo de sus propios hijos.

— A lo menos con éste puede contar, Padre; lo verá el mundo.. Pero habeis visto al Reverendo Padre Garnet? Le esperábamos esta noche.

— Nuestro digno superior general ha juzgado que en este momento no era prudente salir de su retiro, teniendo como tiene entre manos tantos y graves intereses que no consienten esponer su persona sin necesidad absoluta; y como el Padre Gerard debe partir esta misma noche al continente con mision de nuestro superior general, me ha delegado á mí.

En la voz que pronunció estas palabras aunque muy dulcificada resaltaba cierta tinta de ironía que la mayor parte de los oyentes pareció aceptar. Un hombre de feróz talante con largos bigotes gris y la cara cruzada de cicatrices, murmuró al oido del que parecia presidir la reunion:

— Bien os lo habia dicho, estos frailes todos se parecen!..

— Silencio, querido Fawkes! y en seguida añadió al oido; estos buenos Padres saltarán el foso con nosotros ó caerán dentro; para esto estoy preparado; fiad en mí.

En buenahora, vive Dios!..

— Ahora bien mis queridos hijos, repuso el llamado Padre Oswald Tesmund, la hora es á propósito para la celebracion de los Santos misterios de que ya jamás podreis gozar sino en secreto y á hurtadillas, so pena de mil peligros como los primitivos Cristianos en las Catacumbas de Roma! Unios pues á mi con la intencion y el espíritu para que el Santo sacrificio sea agradable al Altísimo como lo fué en otro tiempo el de Abel, é invocad la sonrisa de los Angeles y la bendicion del Cielo sobre nosotros, y al mismo tiempo los rayos celestiales y la maldicion eterna sobre nuestros perseguidores, sobre esos caines sedientos de sangre!...

El individuo que acababa de hablar se dirigió entonces á una especie de escondrijo al parecer abierto en la pared, el cual se cerraba con una puerta corredera substituida en aquel momento por una alta cortina de paño negro con una cruz de razo blanco en el centro. El introductor del Reverendo Padre le siguió al escondrijo que luego se iluminó y al cabo de algunos minutos durante los cuales el resto de los concurrentes se colocara delante en semicirculo descorriéndose la cortina dejó ver un pequeño altar y un sacerdote vestido con los Ornamentos. Rápidamente fué celebrada una misa en que despues de la consagracion el sacerdote tomando en la mano un plato provisto de doce hostias consagradas se volvió á los que arrodillados iban contemplando las faces del gran misterio cristiano y se quedó como aguardando; pero al punto el que parecia gefe de la reunion se levantó y se acercó al sacerdote.

—Que pedís? le dijo este.

—El cuerpo y sangre de aquel que sin murmurar se dejó tender y clavar en una infame cruz para salvar al mundo.

—Estais dispuesto á padecer por él como padeció por vos?

—Lo estoy.

—A sufrir y morir callando? .

—Lo estoy

—Y aun sin esclamar en caso de que venga el suplicio en vez del triunfo «Dios mio porque me habeis abandonado»?

—Lo estoy.

—Recibid pues el cuerpo y sangre del que murió sin quejarse porque tal era la voluntad de su padre.

Entonces el sacerdote dió la hostia al hombre que otra vez se habia arrodillado, y los restantes individuos llegándose uno tras otro fueron preguntados y respondieron lo mismo y comulgaron á su vez. Uno de ellos al tiempo de responder sintió un rápido estremecimiento y se puso pálido cuya circunstancia fué notada por el llamado Fawkes que la hizo observar al supuesto gefe, mas este se encogió de hombros sin responder. Síntoma tan incierto fué el único que hubiera podido inspirar á un atento observador sospechas de que la reunion de los doce hombres tenia un objeto diferente de la Misa romana: Las palabras del sacerdote estaban calculadas á proposito para hacer suponer que se dirigian al celo de los oyentes sin exceder los reconocidos límites de la religion, y las respuestas concisas de los interlocutores se formulaban con la esmerada precaucion misma. Jamás fué concebido ni llevado tan adelante un complot tan vasto ni tan terrible como el de la reunion de esos doce para cuyo buen éxito un sacerdote sacrílego acababa de celebrar el santo sacrificio y se conserva en la memoria de las generaciones bajo el nombre de *conspiracion de la pólvora.*

Ite Misa est! dijo con energía el celebrante; y dejando los ornamentos sacerdotales recobró su disfraz y se retiró despues de haber echado la bendicion á los doce conjurados. Este clérigo como hemos dicho se ocultaba en Londres bajo el nombre de Greenwil, y tan pronto pasaba por patron de barca escocesa como por veterano de la guerra de los paises bajos; pero en realidad se llamaba Oswald Tesmund, jesuita inglés, lugarteniente, *socius* y espia de Garnet superior general de la mision de Inglaterra.

—Dios sea en nuestra ayuda! respondieron con voz firme y sombría y con la mano en las armas los doce conjurados, á saber Ro-

berto Catesby caballero de familia muy distinguida arrastrado al horrible complot por un exaltado celo á favor de la religion proscrita, Tomas Piersy jóven licencioso de la familia del conde de Northumberland, Tovas Winter que habia padecido por su creencia, Guy Fawkes arrogante militar, antiguo oficial al servicio de España, Francisco Tresham y Ambrosio Rookwood jóvenes conducidos á formar parte del complot por el ascendiente que sobre ellos egercia Catesby gefe de los conspiradores, Roberto Winter hermano de Tomas, el caballero Everardo Digby, persona muy distinguida que segun Hume habia gozado la confianza particular de Isabel, Roberto Keies, Cristòbal Wright, John Grant, y finalmente Tomas Bates criado de Catesby. Como Bates hubiese concebido sospechas de lo que fraguaba su amo, este creyó conveniente hacerle entrar en la conjuracion, y el criado parece que al principio retrocedió horrorizado del complot y espantado del daño que podia atraer sobre los conspiradores un mal éxito; mas conocia en su amo energía suficiente para calcular á sangre fría la pérdida de un hombre, en pro del buen resultado de su proyecto; y por otra parte Catesby, segun dicen, encargó al padre Oswald Tesmund que tranquilizase el alma timorata de Bates; el cual merced á las lecciones de tal maestro moralista, no tardó en llegar al punto donde le queria su amo.

Vamos á ver en que consistian los proyectos de Catesby y cómplices. Roberto Catesby fervoroso católico, y tambien probablemente deseoso de restablecer un órden de cosas que le permitiesen ocupar un puesto digno de su indisputable energía y talento conocido, teniendo resuelto desde los últimos años del reinado de Isabel consagrarse á la causa católica, pronto se puso en intimas y seguidas relaciones con los Jesuitas y parece que de acuerdo con el Padre Garnet, gefe de los de Inglaterra, quiso lo primero recurrir á una intervencion estrangera. Pasado á España Roberto Winter, por recomendacion de Arturo Creswell Jesuita influyente, en el consejo de Castilla, fué presentado á Felipe II como representante de los señores católicos ingleses que por su organo imploraban socorro del rey de España, y prometian tomar las armas luego que se dejase ver una armada española. Al pronto Felipe se mostró muy dispuesto á otorgar la demanda, animando aun la esperanza de vengar la der-

rota de su *Armada*, y asi dicen que prometió á Winter tropas y dinero. Murió en el entretanto Isabel, y sin tardar partieron de Inglaterra nuevos emisarios para suplicar á Felipe que cumpliese lo prometido aprovechando la coyuntura. Los Jesuitas ingleses despachan à Cristoval Wright; los Flamencos á Guy Fawkes; Catesby se asegura de los complices pronto á empuñar las armas á la primera señal, el general de los Jesuitas intriga; el papa hace oir secretamente las ordenes del cielo; mas Felipe II ha mudado de parecer; renuncia toda idea de espedicion á Inglaterra, y envia un embajador al sucesor de Isabel. Los Jesuitas aunque furiosos, esperando la vuelta ocasion escapada se hubieran contentado con volver tranquilamente á su retiro; pero Catesby habia resuelto otra cosa. Pretendia que estaban demasiado avanzados para retroceder, que las circunstancias eran propicias á los conspiradores, que un golpe energico y oportuno podia repararlo todo; y se decidió á darle.

El primer individuo á quien confió sus proyectos fue Tomas Piercy que los adoptó sin vacilar, y en seguida inició á Winter, Wright y Grant, llamó de Flandes á Fawkes en quien veia su instrumento ciego y que efectivamente se acreditó de serlo. Antes de abrirse Catesby enteramente con sus cinco primeros complices les reunió en una casa alquilada por Piercy de orden suya, contigua á Wetsminster. Alli el Padre Garnet dijo una misa y comulgó á los seis conjurados, que sobre la hostia se juraron reciprocamente riguroso secreto, y no revelar jamas ni directa ni indirectamente lo que iba á comunicarles; y Catesby exigiò de cada uno el juramento de no abandonar la empresa sin consentimiento de sus cómplices: hecho lo cual les esplicó sus planes.

—El Parlamento va á reunirse, dijo; el rey, la reina y su hijo mayor el príncipe de Gales, asistirán á la abertura, es decir que en un mismo edificio se hallarán reunidos todos los principales enemigos de la fé católica. ¿No veis seguro el triunfo de nuestra iglesia perseguida si todos esos entran en Westminster para no salir jamás?

—Ciertamente, respondieron, ¿pero como se consigue?

—Seguidme, repuso sencillamente Catesby, y condujo á sus amigos hasta un pequeño jardin cercado de paredes al parecer recien elevadas, que no dejaban penetrar en aquel recinto ninguna

mirada curiosa, á menos que viniese de lo mas alto del palacio de Westminster, del cual apenas divisaban las doradas giraldillas. Acercóse á un punto del jardin en donde se habia plantado una tosca cruz de palo, y señalando con el dedo aquel sagrado emblema del cristianismo, dijo lentamente en voz baja pero firme.

—Si ahí en donde está esta cruz de palo, un buen instrumento de minador diese en cavar el suelo sin cesar, antes de la reunion del Parlamento habria una mina practicable hasta debajo del salon mismo de sesiones. Ahora suponed que la mina estuviese llena de una cierta cantidad de pólvora y que en un momento favorable se le echase una mecha encendida; decidme señores, ¿no creeis que todos los enemigos de la Iglesia Católica hubieran entrado en Westminster para no salir jamás, ó para salir como sale un cadáver de la casa de difuntos?

Hubo un instante en que se hubiera podido distinguir el son de cuatro respiraciones oprimidas; y solo Guy Fawkes pareció haber recibido tranquilamente la espantosa confianza. Lejos de palidecer como los otros cuatro conspiradores, por su bronceada tez pasó una tinta roja, y en sus púpilas de un gris claro sombreados por espesas ardientes cejas brilló un relámpago. Arrancó la cruz de palo, y despues de besarla piadosamente, se valió del brazo principal como de un azadon, diciendo: «Ola! Ved aquí un terreno que no mellará mucho nuestras herramientas:»

Salta á la vista que si el plan de Catesby era atroz, no por eso dejaba de ser muy sencillo, reducido á volar él palacio de Westminster en el instante en que el rey, la reina y el heredero de la corona abririan el Parlamento. El duque de York que por ser muy jóven no podia asistir, debia acabar asesinado; y muertos asi con la familia real, los ministros y los grandes señores protestantes, debian levantarse los catolicos prontos para todo, y hacerse dueños, cosa muy facil, en medio del espanto que estenderia tamaña catástrofe, y aun mas facil por la precaucion con que los conjurados debian apoderarse de la unica persona sobreviviente de la familia real, la joven princesa Isabel, que había sido criada en casa del lord Harrington en el condado de Warwich, en donde seria presa por uno de los conspiradores en el momento de volar la mina.

Esta mina se principió en la noche del 11 de diciembre de 1604

y mientras tuvo que habérselas con el terreno del jardin, fué de facil construccion y adelantó rapidamente; pero al llegar á las paredes de Westminster, fué preciso atacar con malos instrumentos una sólida masa de cal y canto de mas de cinco pies de espesor. La abertura del Parlamento convocado en el año anterior debia verificarse por febrero, con que el tiempo urgia, y los conjurados empezaban á temer que no podrian tener acabada la mina, cuando supieron que el Parlamento se habia prorogado hasta el mes de setiembre, y continuaron sus trabajos con nuevo ahinco.

Para hacerse menos notables los trabajadores salian muy rara vez, al efecto habian hecho provision de viveres; y temiendo tambien ser descubiertos al tiempo de profundizar la mina, se habian provisto de armas con la firme resolucion de defenderse hasta el último trance. No sufrieron esta prueba, con todo, cierto dia no les faltó un buen susto. La pared que vaciaban estaba ya casi atravesada cuando oyeron voces del otro lado, y creyendose descubiertos salieron precipitadamente de la mina y dejaron los instrumentos de gastador para tomar las armas; pero Faukes que acertara á asomar la cabeza por un ahujero de la pared, fué á decirles con mucho gozo que el ruido procedia de una causa inocente, que aun podia ayudar al proyecto. La pared que taladraban tenia del otro lado una cueva situada debajo de la Cámara de los Lores, alquilada á un negociante de carbon que acababa de fallecer, y el ruido de los que retiraban el combustible era lo que alarmó á los conspiradores.

Piercy corrió sin demora á alquilar la cueva, y Catesby hizo introducir en ella por la tronera acabada de abrir, la friolera de veinte barriles de pólvora que pudo procurarse. Esto ocurrió durante la semana Santa, y es preciso confesar que fué para los fervorosos católicos una manera muy singular de prepararse á la Pascua. Que cosa hay que no la haga escusable y aun gloriosa el religioso fanatismo? Ademas sobre este punto los conjurados tenian la conciencia tranquila, pues como á Tomas Winter uno de ellos le hubiese ocurrido el raro escrupulo de si seria pecaminoso hacer volar la mina envolviendo en la sentencia de los hereges algunos señores católicos que se hallarian en el Parlamento, Catesby temiendo que un escrúpulo puramente religioso estorbase sus proyectos en tan buen estado, defirió al parecer de los Jesuitas iniciados en el

complot, y ellos resolvieron aquel caso de conciencia tan singular del modo que podemos presumir, y del modo que Catesby esperaba.

Este en el entretanto y mientras llegaba el dia de abrirse el Parlamento, se dedicó á reclutar mas cómplices, á saber, los Jesuitas Tesmund, Gerard y Enrique Garnet su superior; inició á otros ocho individuos, y otros sesenta recibieron la confidencia de estar preparados para secundar un movimiento á favor del catolicismo, y todos guardaron bien el secreto.

Cada vez que Catesby adquiria un nuevo socio, tenia cuidado de atarle con juramento hecho sobre la santa hostia que uno de dos Jesuitas nombrados ministraba al iniciado despues de la misa; y aun por última vez, inmediato á la hora de la ejecucion recorrió á este medio, como se ha visto al principio de la narracion presente.

La abertura del Parlamento se habia prorogado de nuevo para el mes de noviembre, la mina estaba preparada, se le habian añadido mas barriles y toneles que hicieron subir el terrible deposito al número de treinta y dos barriles y cuatro toneles, cantidad mas que suficiente para hacer saltar el palacio de Westminster: con que Catesby para menos despertar sospechas dispersó sus cómplices en varias direcciones. Fawkes volvió á Flandes en donde se entendia con los Jesuitas Stanley y Owen que luego de estallar el complot debian avisar á Felipe II y apresurar la salida de una armada española, que el monarca no titubearia en despachar entonces. Al mismo tiempo sir Edmund Baynham era enviado por el padre Garnet al general de la òrden.

Hácia fines de octubre de 1605 Catesby volviò á reunir los cómplices, y como se ha visto, ligó los once principales con un juramento nuevo, cuya santidad digámoslo asi, fué consagrada por la celebracion de una misa del padre Oswald Tesmund, y por la comunion. Aquella misma noche tomó sus últimas medidas y repartió los papeles. Digby partió al condado de Warwigk para apoderarse de la princesa Isabel hija de Jacobo I: Otro fué encargado de desembarazarse del jóven duque de York; y quedó en Lóndres Catesby con el resto de los conjurados para aguardar el lance y aprovechar las consecuencias que esperaban.

Todo estaba pronto, y solo retardaba la catastrofe el dia que

faltaba hasta la abertura de la sesion régia, cuando en la tarde del sábado 28 de octubre, lord Monteagle miembro del Parlamento, recibió una carta anonima que á su ayuda de cámara entregára un desconocido sin querer decir quien le enviaba ni aguardar respuesta. Decia de esta manera :

« Milord,

« El efecto que profeso á algunos de vuestros amigos me preci-
« sa á velar por su conservacion. Si apreciais la vida buscad algu-
« na escusa que os dispense de asistir al Parlamento, porque Dios
« y los hombres han decretado el pronto castigo de la impiedad del
« siglo actual. No desprecieis este aviso, antes bien retiraos lo mas
« pronto posible á vuestros estados desde donde podreis aguardar
« sin peligro el grande acontecimiento. Aunque en el esterior no
« aparezca movimiento alguno, estad muy seguro de que pronto
« se descargará un golpe terrible, sin que sus victimas puedan ver
« siquiera de donde sale. Guardaos bien de despreciar el aviso que
« si le seguis os será muy útil y de ninguna manera perjuicial pues
« el peligro pasará en tan breve tiempo como el que necesitais para
« quemar esta carta. Espero que hareis buen uso de él; asi se lo
« ruego á Dios, á quien suplico os dispense su santa protec-
cion. (1) »

Lord Monteagle quedó estrañamente sorprendido y embarazado con la lectura de esta carta. De pronto estuvo tentado de tomarla por burla ó chasco, pero observando que si acaso tuviese algun fundamento, aunque solo ocurriese alguna ligera conmocion, su calidad de catolico podria, gracias, á la carta, complicarle en un juicio criminal dificil de escapar, juzgó prudente ponerla en manos del ministro del rey.

Cecil recien creado conde de Salisburry, sin haber dejado por eso las riendas del gobierno ingles, creyó ó aparentó creer que efectivamente era una broma pesada para asustar á lord Monteagle. Decimos que aparentò creerlo, porque muchos han pensado que el astuto diplomatico habia juzgado conveniente al interes de su pocision dejar á su amo el honor de descubrir una trama de la cual añaden

(1) David Hume, Historia de la casa de Stuart, reinado de Jacobo 1.º J. A, De Thou, Historia universal lib. 135 etc. etc. Notese que Hume y el historiador ingles se constituyen acusadores de los Jesuitas, pues los miran como complices de Catesby.

que conocia los pormenores y no habia hablado palabra á Jacobo I. Sea como fuere, Jacobo se alarmó, y aunque el brio no era la cualidad de este monarca tan diferente de sus abuelos, estaba dotado de una inteligencia digna de su alta posicion. Las espresiones de la carta» *descargará un golpe terrible* sin que puedan ver *de donde sale*: *el peligro pasará* en el breve tiempo de *quemar esta carta*, le hicieron creer que con ellas se designaban los efectos de la pólvora de una mina, y asi se dió orden al Conde de Suflolk lor-chambelan, para que visitase todas las bóvedas situadas debajo de aquella parte de Westminster en que se reunian las dos camaras y las cuevas del circuito del palacio. Acordóse en consejo que para no alarmar á los autores del complot si le habia, y no asustar inutilmente al pueblo ingles en caso de que todo aquello no fuese cosa formal, el lord chambelan no practicaria la visita hasta la vispera de la sesion regia y de noche; de esta manera los conspiradores no tuvieron la menor sospecha de que su proyecto estubiese desbaratado.

En 8 de noviembre pues el conde de Suffolk seguido de una partida de guardias y guiado por Winhyard conserge del palacio bajó á las cuevas de Westminster, y cuando estubieron en aquella en que los conspiradores tenian colocados los barriles de polvora, observó dicho conserge ser muy estraordinario que el inquilino, el cual tan rara vez vivia en Londres hubiese reunido tanta provision de carbon y leña! Es que los conspiradores, á fin de ocultar los toneles habian amontonado encima y al rededor multitud de troncos y mucho carbon de piedra.

—Y como se llama el inquilino de esta cueva? preguntó el gran chambelan sin dar mucha importancia á la pregunta.- Sir Tomas Piercy; respondió el conserge de Westminster.

—Es un pariente del conde de Northumberland?

—Si milord, contestó un ujier de Palacio que habia seguido al gran chambelan y á quien este dirigiera la pregunta.

—Sin duda fervoroso católico como el gefe de su casa?

—Asi lo afirman, milord, respondió el ujier.

—Y decis maese Winhyard que esta cueva cae precisamente debajo de la cámara de los lóres?

El conserge respondió afirmativamente, y el conde de Suffolk, que por un instante parecia ocupado en una idea seria, y dedica-

do á registrar con la vista los mas oscuros rincones y escondrijos de la cueva, mandó de repente á algunos guardias provistos de linternas que se acercasen é iluminasen una especie de nicho abierto en un grande monton de gruesos troncos. A la luz de las linternas descubrieron dentro del tal aposentillo un hombre que al verse objeto de una especie de inquisicion, se puso desde luego á remover y arreglar la provision de combustiles, cantando entre dientes con aire de perfecta indiferencia. Interrogado por el gran chambelan como se llamaba, quien era, y que hacia alli en aquella hora de noche, respondió sin turbarse, y con cierta aspera sencillez: Que se llamaba Johnson, que era criado de sir Piercy, inquilino de la cueva y de una casa vecina, de la cual el amo le babia constituido guardian en su ausencia, y que habia bajado á la cueva para arreglar la provision de combustibles que tenia comprados para el uso de sir Piercy.

Mientras que el hombre asi respondia, el conde de Suffolk le examinaba atentamente, y observó que si bien el pretendido criado de sir Piercy vestia un trage correspondiente á su indicada clase, sus ojos, sus maneras y toda su persona tenia un no sé que de altivo y fiero que desmentia al parecer la humildad de sus palabras; sobre todo el rostro era notable por una espresion de energia poco comun, á la cual daban mayor realce muchas cicatrices que acababan de imprimir en la fisonomia un carácter casi espantoso. Ademas el lord chambelan habia visto ó creido ver en las sombrías miradas de aquel hombre un momento de miedo pronto remplazado por una resolucion que rayaba en estravio; pero ya sea que temiese equivocarse ó que no quisiese provocar un acto de desesperacion del pretendido Johnson, el conde de Suffolk salió de la cueva sin hablar palabra, pasando desde luego á dar parte de sus sospechas al conde de Salisbury y al rey. Tan viva impresion causó en el ánimo del monarca la relacion del gran chambelan que inmediatamente mandó volver á la cueva, examinar escrupulosamente si ocultaba algo mas que carbon y leña, y asegurar la persona del criado de Piércy verdadero ó fingido.

Sir Tomas Knevet, juez de paz fué encargado de esta nueva Inquisicion, que se ejecutó rápida y secretamente á cosa de media noche. En la puerta de la cueva sir Tomas Knevet topó con un



Conspiracion de la polvora

hombre que reconocido por el conserge Winhyard, resultó ser el mismo supuesto criado de sir Tomas Piercy, y guardian de la propiedad de este. El juez delegado mandó prenderle, lo cual se ejecutó no obstante la desesperada resistencia del supuesto Johnson que entre la lucha dejó caer por debajo de los vestidos un puñal y una pistola. Al punto notaron que llevaba botas y espuelas como dispuesto á emprender un viage, lo cual no pudo menos de ser sospechoso mayormente á tales horas. Registraronle escrupulosamente, y solo le encontraron un pedazo de yesca, tres mechas incendiarias y un rosario.

Entre tanto sir Tomas Knevet habia penetrado en la cueva, y hacia revolver por su gente los combustibles de toda especie que le embarazaban, cuando el grito de un sargento agrupó toda la escolta con su gefe al rededor de uno de los trabajadores, el cual á la luz de su linterna que acabada de retirar rápidamente les mostró un barril que habia abierto y hallado lleno de pólvora.

Si, buscad bien, dijo entonces una voz sombria, buscad bien, aun no habeis hallado sino el mas pequeño de los huevos que yo guardaba; pero si hubiese tenido pocos instantes mas de tiempo no tendrias trabajo de hallar el nido.

El juez de paz se volvió hácia el hombre detenido, y le preguntó que significaba lo que acababa de decir.

—Por nuestro santo padre el papa! respondió el falso Johnson, con helada ironía, mis palabras significan que si hubieseis tardado un instante mas, yo hubiera podido entrar libremente en la cueva, encender el pedazo de yesca y con él las tres mechas que me habeis quitado, y que hubiera previamente colocado junto á un reguero de pólvora bien dispuesta, y serpenteando entre algunos toneles que vereis luego, llenos de un licor que para siempre hubiera apagado la sed del mas altivo miembro de nuestro querido Parlamento.

Terminó la frase con una lúgubre risa sardónica, y sir Tomas Knevet ordenó que se continuase el desocupo y el registro, por cuyo medio pronto se acreditaron las palabras del preso, descubriéndose los toneles y barriles de pólvora que depositaran allí Catesby y sus cómplices.

Conociendo sir Tomas toda la importancia del descubrimiento,

sin perder tiempo volvió con su preso al conde de Salisbury, no sin dejar una fuerte guardia en la famosa cueva. Sin embargo de que eran las cuatro de la mañana, el ministro Cecil pasó desde luego al cuarto del rey, le despertó, dió parte de cuanto acababa de saber, y arregló con el las medidas que aconsejaba la prudencia. La noticia de haberse descubierto tan horrible complot al punto se esparció por el palacio, y aun por todo Londres.

El falso Johnson conducido á presencia del rey y del consejo congregado en el momento, declaró llamarse Guy Falkes y confesó en alta voz su parte en la trama que amenazaba á la vida del rey, de la familia real, de los representantes de la Gran Bretaña. Sufrió diferentes interrogatorios con cierta serenidad mezclada de desprecio; y preguntado por el lord Chambelan si se arrepentia, respondió: —Ciertamente, me arrepiento de no haber puesto fuego á la pólvora antes que Vuestra Gracia viniese á visitarme: Siempre hubiera sido un cosuelo!...

Se negó firmemente á descubrir sus cómplices, y no lo hizo hasta saber la muerte ó el arresto de ellos.

Aun que Catesby tuvo noticia por sus espias de la alarma que la carta causára á Lord Monteagle, él y sus cómplices permanecieron tranquilos en Londres, esperando que bien pronto se adormeceria la vigilancia de los ministros y se les escaparia el descubrimiento del complot; mas cuando supo la visita de lord Chambelan, á la famosa cueva, reunió los conjurados y tuvo consejo sobre la conducta que debian observar. Mientras deliberaban, un confidente del padre Tesmund llegó con el aviso de la prision de Kawkes, y les instó que se pusiesen en salvo como lo habian hecho y iban á hacerlo. Los Jesuitas pensando refugiarse en el continente; mas Catesby no era hombre de huir; habia jurado triunfar y perecer en la demanda; supo inspirar su desesperada resolucion á los complices sobre los cuales ejercia un grande ascendiente, como llevamos dicho, y les hizo esperar. Segun quizás lo esperaba el mismo que el pueblo inglés descontento de Jaime Stuart demasiado propicio á sus vasallos escoceses, y sobre todo los católicos, al primer grito de rebelion lanzado por el complot se levantarian en masa agrupándose al rededor de su bandera. Apresuráronse pues á montar á caballo corriendo hácia los condados de Warwick y Worcester en

los cuales Digby habia ya tomado las armas abiertamente, pero se le habia escapado la princesa Isabel. Fuese horror á los conjurados ó adhesion al rey, lo cierto es que Catesby no vió reunírsele sino muy pocos individuos; de manera que el historiador Hume cuenta los conspiradores con sus partidarios en numero de ochenta, y De Thou los hace subir á ciento.

Con tan escasas fuerzas Catesby tuvo pronto que luchar contra Ricardo Walsh gerif del condado de Worcester que acudió al frente de muchos miles de soldados, pues en la misma noche de la prision de Fawkes, los ministros de Jacobo espidieron órdenes á todos los gobernadores y gerifes para que acudiesen á sus respectivos distritos con la posible celeridad. Poco tardaron los conspiradores en verse estrechados y sitiados en el castillo de Stephen. Littleton uno de ellos, y Catesby les hizo jurar que no se rendirian: efectivamente todos se disponian á vender caras sus vidas cuando un accidente les privó de este último consuelo.

Preparados al ataque, se prendió fuego á una partida de pólvora mojada que habian puesto á secar, y algunos conjurados murieron abrazados espantosamente; y asi las tropas leales no hallaron obstáculo para entrar en el castillo.

Los dos Wright fueron degollados en el acto; Grant Digby, y Boockwood Bates criado de Catesby cayeron prisioneros; Roberto Winter, Tresham, Littleton y algunos otros lograron escapar, bien que casi todos fueron presos poco despues. Catesby con Piercy y Tomas Winter se retiraron y fortificaron en una torrecilla de donde no pudieron desalojarles, y fué preciso apostar al rededor los tiradores mas certeros de entre los sitiadores, los cuales á tiros de mosquete mataron á Catesby y á Piercy. Entonces fué fácil penetrar en la torrecilla en donde Tomas Winter gravemente herido fué hecho prisionero, y trasladado á la torre de Londres con los otros conjurados vivos.

Subtancióseles rápidamente el proceso, y àunque solo Fawkes fue sujetado á la prueba del tormento, todos confesaron su crimen incluso el mismo Fawkes ya fuese por desaliento ó porque no temiese ya comprometer á sus amigos con sus plenas confesiones.

Everard Digby, el conspirador que habia gozado mayor consideracion, confesó los cargos, pero pretendiendo haber sido impulsado

por la conducta falaz del rey que despues de prometer á los católicos en su advenimiento al trono, concederles libertad de conciencia y ejercicio público de la religion, habia faltado luego á su promesa. Hiciéronle observar que el rey no habia prometido tal, que aun en el supuesto de haber faltado á su palabra, esto no escusaba á los reos conspiradores de haber forjado tan atroz proyecto, envolviendo en la mortifera red no solo al gefe y principales del Estado, si tambien á personas que en nada ofendieran á los católicos, y aun á católicos mismos, y amigos y parientes de los conjurados. Convino en ello, en que el crímen era horrible, merecia la muerte y dijo que se arrepentia.

Los acusados: Digby, Roberto Winter, Grant y Bates fueron declarados reos convictos de alta traicion, y ejecutados los mas en 30 de enero junto á la puerta occidental de la iglesia de San Pablo de Lóndres. Al dia siguiente Roockwood, Keyes, Tomas Winter y Fawkes pasaron á su vez por las manos del verdugo en la plaza del antiguo palacio junto al salon de Westminster, lugar ordinario de las sesiones del Parlamento. Los mas culpables entre el resto fueron retenidos en prision (1) por algun tiempo, despues perpetuamente desterrados del reino británico, y alguno de ellos pasó á Francia en donde fue bien recibido por órden del rey cuya privanza gozaban entonces los Jesuitas, á causa y de la manera que todos sabemos. Como á tales desterrados les dijese De Vic, gobernador de Calais, que compadecia su desgraciada suerte, pero que el rey les daba una patria en lugar de la que habian perdido; uno de ellos respondió:» No lloramos nuestra patria, sino el no haber llevado á cabo el grande y saludable proyecto que habiamos formado!..» De Thou que refiere esta anecdota por saberla del mismo gobernador de Calais, añade:» De Vic, al contarme esto me decia que le faltó poco para arrojar á la mar el individuo que osaba jactarse de su crímen.»

Tal es el suceso que la historia ha perpetuado con el nombre de *conspiracion de la polvora*. Vamos á ver en la concepcion del crímen en su principio de ejecucion en el proceso que motivó, y en el cas-

(1) El conde de Northumberland, pariente de Piercy por sospechas de inteligencia en la conspiracion estuvo preso muchos años. Los lores Mordaunt y Sturton fueron condenados el primero al pago de diez mil libras esterlinas, y el segundo al de cuatro mil.

tigo de los reos, la parte mas intimamente enlazada con la historia de los Jesuitas.

Los escritores de la Compañia han hecho todo el esfuerzo posible para probar que ella fué totalmente estraña al complot de Catesby y complices; sin embargo es cierto que si á Catesby no se lo inspiraron el Padre Garnet ó algun otro Jesuita, el gefe de la Mision de Inglaterra y sus acólitos tuvieron al menos confidencia de la conspiracion; y está plenamente probado, por ejemplo, que repugnando á alguno de los conspiradores el terrible espediente que debia desambarazar al catolicismo de sus principales enemigos con un golpe solo, no por el horror que debia inspirarle la atrocidad de proyecto, sino porque amenazaba igualmente á los parientes y amigos católicos comprendidos en el Parlamento, Catesby quiso desvanecer el escrúpulo dirigiendose á los Jesuitas, y ellos decidieron el singular caso de conciencia de la manera que se habia prometido el gefe de la conspiracion.

Los mismos Jesuitas precisados á admitir la existencia de un hecho tan capital, han opuesto que los conjurados comunicaron sus escrúpulos al padre Garnet, cubiertos con un velo alegórico á traves del cual no pudo divisar toda la verdad. Segun ellos el caso de conciencia presentado á la decision del padre Garnet fué formulado del modo siguiente: Suponed que en una fortaleza llena de hereges á la cual los católicos quieren dar el asalto, se hallan algunos individuos hijos de la Iglesia única verdadera: para evitar que estos sufran la muerte conminada á los hereges ¿deben los católicos renunciar á su triunfo y al de Dios, ó dar el asalto con seguridad de conciencia? «*Pueden*, respondieron el padre Garnet y sus casuistas que en seguida aseguraron haber entendido literalmente la consulta, sin sospechar que se tratase de otra cosa que de una fortaleza. Por desgracia de esta bella invencion, está probado por varios testigos, y generalmente no lo niegan los escritores de la Compañía que Garnet, Tesmund y Gerard eran los confesores de Catesby y de la mayor parte de sus cómplicees; y asi debian estar enterados de sus proyectos, y con poco esfuerzo de imaginacion identificar al momento el asalto de la fortaleza del caso de conciencia con la mina del palacio de Westminster, el rey y los pares protestantes con los soldados hereges de la fabula piadosa. Los propios Je-

suitas ingleses confesaron haber celebrado misas por el buen éxito de un proyecto formado por Catesby y sus amigos; pero que estos se lo ocultaron siempre; lo cual se presenta muy estraordinario, ni nosotros lo creemos y lo desmienten las confesiones de algunos acusados, asi como el cuidado que tuvieron los padres Gerard, Tesmund y Garnet de salir de Lóndres y ocultarse muy bien una temporada antes del dia señalado para la esplosion de la mina.

Segun De Thou, las confesiones del mismo Garnet pueden servir de objeccion á sus defensores y á los de su órden, del modo siguiente. En 15 de enero de 1606 el gobierno inglés persuadido de que los Jesuitas eran los verdaderos fautores de la conspiracion descubierta, lanzó contra ellos un edicto prometiendo un premio al que prendiese á los padres Gerard, Garnet, Tesmund y Oldcorn que se ocultaba bajo el nombre de Hall, así como segun hemos dicho Tesmund se hacia llamar Greenwil, y Gerard Hall. Estos dos escaparon á todas las pesquizas y lograron pasar al continente: mas Garnet y Oldcorn menos felices fueron cogidos en Kenlip en casa de un católico llamado Abbington, trasladados á Lóndres, encerrados en la cárcel de la Torre con un criado del padre Garnet detenido al mismo tiempo que su amo, y procesados en seguida. Dice De Thou que comenzaron negandolo todo con valor, y que para arrancarles confesiones se recurrió al medio extralegal de introducir en la prision de Garnet un hombre que se le presentó como á fervoroso católico, y acerrimo enemigo del rey Jacobo y de todos sus partidarios hereges. Que Garnet se dejó engañar por este hombre, y le confió varias cartas en las cuales sin confesarse precisamente culpable, decia lo bastante para fundar contra él una acusacion de complicidad con Catesby y socios. Que en seguida se le permitió comunicarse con el jesuita Oldcorn, libremente al parecer, pero en secreto y sin conocimiento de nadie, ó á lo menos asi lo creia el padre Garnet, y que testigos apostados oyeron todos sus diálogos. Que cuando Garnet supo despues todas estas circunstancias, por otra parte nada honrosas para Jacobo y sus ministros, y solo escusables en consideracion de la doblez que habitualmente suelen usar aquellos contra quienes se aplicaron, hizo largas confesiones, reconoció que su cofadre Tesmund le habia confiado el secreto de la conjuracion, pero en confesion únicamente, por lo cual no

pudo revelarlo; que tambien Catesby habia querido enterarle de todo, pero que él siempre lo habia rehusado conforme se lo encargara el santo padre.

Parece que sobre este punto Garnet no dijo la verdad. Por las confesiones de los escritores favorables á la Compañía de Jesus, Catesby temiendo una indiscrecion ó una denuncia de los Jesuitas que debia conocer bien, hubiera á propósito instruido de la conspiracion á Garnet para asegurarse de su direccion, pues pensaba asi encadenar el Jesuita á su proyecto, y forzarle á correr sus riesgos, porque en caso de descubrirse la trama, el solo conocimiento de ella bastaria para presentar á Garnet culpable ante el gobierno inglés.

Veinte y seis veces fué interrogado Enrique Garnet desde 13 de febrero á 26 de marzo; el célebre jurisconsulto inglés Coke procurador general del tribunal de justicia pidió la condena del acusado, y efectivamente declarado reo de alta traicion, sufrió la pena en 5 de mayo. De Thou asegura que hasta el último momento sostuvo que la conspiracion le daba horror, que la miraba como una idea monstruosa, que su crímen se reducia á no haber tenido valor para revelarla, y que la muerte que iba á sufrir no le pesaba tanto como el pensamiento de que fuesen católicos los autores de tan detestable complot. Hablando en rigor no es imposible que el padre Garnet á pesar suyo hubiese sido arrastrado al complot causa de su muerte, por las órdenes del gefe de la Compañía ó por la habilidad de Catesby. El criado preso al mismo tiempo, á fin de no dejarse arrancar confesiones que pudiesen comprometer á su amo y á toda la órden jesuítica, se suicidó en la cárcel abriéndose el vientre con un mal cuchillo sin punta y murió á pesar de los remedios que se le ministraron. El padre Oldcorne fué en seguida ahorcado; y segun Rapin estando libre, fué preso, juzgado, condenado, y ejecutado por haber dicho públicamente: «Que el mal éxito de la conspiracion no hacia menos justo su objeto.»

Cuatro años despues de ajusticiado Garnet, un jesuita de Candía llamado Andrés Eudaimon, publicó con aprobacion de Aguavíva general de la Compañía, un escrito apologético del superior de la Mision inglesa, con el cual se esforzaba en solidar la inocencia de su cofrade; mas lo mejor que pudo hallar en justificacion de Gar-

net es que este solo habia oido hablar de la conspiracion en el confesonario, y que el cielo manifestó con un milagro cuan satisfecho estaba de la conducta del ajusticiado. El panegirista refiere grave y prolijamente el prodigio que vamos á contar en pocas palabras.

Un católico que presenció la ejecucion del padre Garnet queriendo tener reliquia de este martir, cogió una espiga de trigo en la cual habian caido algunas gotas de sangre del nuevo santo cuando el verdugo, á tenor de la sentencia, despues de colgar al Jesuita y antes que espirase le abrió el pecho para arrancar el corazon que debia ser quemado. Asegura el autor de la apología que la mujer de aquel piadoso católico habiendo encerrado la preciosa reliquia en un vaso de cristal, observó que la sangre caida en la espiga pintaba admirablemente las facciones del bienaventurado Enrique Garnet. Los Jesuitas metieron mucho ruido con el tal milagro disputado por unos, y esplicado por otros diciendo que el retrato de un Jesuita que habia hecho derramar tanta sangre, solo con sangre podia pintarse....

Los padres Tesmund y Gerard declarados reos como su gefe, supieron evitar segun va dicho la espada de la ley, y tambien intentaron justificarse, pero en esto no fueron tan felices. Gerard que celebrára una misa por los conspiradores, y les diera la comunion, escribió que ignoraba con que intencion le habian pedido aquella comunion y aquella misa Catesby y sus amigos; mas estaba declarado por Bates criado de Catesby, que aquel jesuita tuvo frecuentes conferencias con su amo, pocos dias antes de aquel en que la mina debia esplotar; y asi es muy poco verosímil que nada supiese del complot, mayormente si se observa que fué preso en casa de su pariente de Fresham, que era otro de los acusados.

Se ha supuesto que el tal Tresham escribió á Monteagle la famosa carta ocasion del descubrimiento; otros han creido que lo de la carta era pura invencion: unos favorables á los Jesuitas han asegurado tambien que toda la conjuracion fué obra de Cecil, conde de Salisbury para hacerse necesario al rey Jacobo, otros mas imparciales han pretendido que el aviso dado á Jacobo Stuart no fué una carta tan poco clara, sino una revelacion completa de uno de los conjurados hecha á Cecil, que no la comunicó al monarca para dejarle toda la gloria del descubrimiento. Esta parte de la historia in-

glesa andará siempre envuelta en cierto misterio, mas al través del velo cuyos pliegues aumentan su espesor en razon de la distancia, se vé lo bastante para condenar á los Jesuitas sino como á autores, como á complices de la famosa conspiracion de la pólvora.

Facilmente se deja comprender la execracion y el odio que desde entonces profesaban los ingleses á los Jesuitas. Una vez descubierta la trama, Jacobo I ya no guardó el menor miramiento á la Compañía de Jesus y proscribió sus miembros; algunos de los cuales, entre otros Tomas Garnet, sobrino del ex-gefe de la mision inglesa, habiendo osado insultar la defensa y el castigo fueron condenados al último suplicio. Los Jesuitas se vengaron de Jacobo revelando algunas proposiciones preliminares que habia hecho al papa cuando no era mas que rey de Escocia, y el cardenal Belarmino, afiló su pluma sofística para probar este hecho y algunos otros que debian hacer á Jacobo sospechoso á sus vasallos protestantes, pero que en realidad no atenuaron la parte odiosa que pesaba sobre los Jesuitas.

Desde entonces la Compañía de Jesus no intentó establecerse nuevamente en el reino británico hasta el reinado de Carlos I, hijo y sucesor de Jacobo Stuart, casado con una católica e inclinado segun parece á reconciliarse con Roma de lo cual le han acusado. El famoso Lawd obispo de Lóndres á quien Cárlos confió gran parte de la direccion de los negocios eclesiásticos, acrecentó las sospechas de Inglaterra contra su soberano, y aproximó cuanto pudo á las romanas las ceremonias de la Iglesia episcopal inglesa. Aun parece que los Jesuitas procuraron meterle en relaciones con la santa Sede proponiendo secretamente, segun dicen, el Capelo de parte del papa; mas le rehusó creyendo que la ocasion oportuna no habia llegado, y deseando tambien obtener de la santa Sede concesiones que facilitasen la reunion de ambas iglesias. Un cierto Prinné que osó indicar las tendencias de la córte y los proyectos de Lawd, vió cortadas sus dos orejas, su fortuna confiscada y su misma persona sepultada en una prision que debia ser perpetua; pero las medidas estremadas léjos de prevenir el daño comunmente no hacen sino apresurarlo. La Inglaterra deja oir un sordo murmullo de descontento que pronto se convierte en clamor formidable, y Cárlos responde promoviendo al arzobispado de Cantorbery, dignidad ecle-

siástica principal del reino al mismo Lawd que se cree prepara la via por la cual, como dicen los ingleses, debe el *papismo* volver á entrar triunfante en la Gran Bretaña.

Cárlos, de carácter imperioso, dicen que interiormente se inclinaba al dogma católico que concede á los reyes privilegios imprescriptibles, y les enseña que tienen la corona nó por el voto nacional, sino solo por Dios. Bien pronto los elementos de discordia política se unieron á los de querellas religiosas; la Escocia se agita, la Irlanda se subleva, y hace correr arroyos de sangre herege, que pronto ahogaron los de sangre católica. En 1641 ocurrió la grande revolucion de Roger More y Phelim O'Neale, en la cual segun David Hume, historiador ingles protestante, los católicos irlandeses cometieron muchísimas atrocidades.

Sabido es que Jacobo I murió en un cadalso, y qué se ha acusado á los Jesuitas de haber contribuido á tal muerte por medio de sus intrigas; y no es sin fundamento, pues ellos empujaron al desgraciado monarca cuanto pudieron en la senda que le costó el trono y la vida; pero que si hubiese podido llegar al término le hubiera permitido erigir en Inglaterra un cetro despótico y de derecho divino, á cuya sombra pudiera el catolicismo esperar un restablecimiento y los Jesuitas un triunfo. Entre el estruendo de las armas que por aquella época sonaba en las tres partes del imperio Británico, se oyó mas de una vez el grito de los reverendos padres, animando á los combatientes. Algunos de ellos, los menores de sotana negra murieron castigados por el verdugo, y pronto la órden entera iba á tener que humillarse bajo la mano poderosa de Olivier Cromwel.

Durante todo el tiempo del protectorado, esceptuadas algunas tentativas aisladas sin importancia, los Jesuitas en Inglaterra estuvieron reducidos á una impotencia absoluta, que creyeron iba á cambiar por la restauracion de Carlos II; pero se equivocaron, pues este enseñado con el ejemplo de su padre lejos de protejerles, persiguiólos nuevamente á peticion del Parlamento, y su espulsion fue una condicion exigida al derogar las leyes dictadas contra los católicos.

Burlada en sus esperanzas la negra Compañia, intentó preparar un reino mas favorable á sus intereses. Como Carlos II no tenia hi-

jos, y el heredero presunto de la corona era su hermano duque de York, tendieron con tanta habilidad las redes al rededor de este príncipe, que vino á ser su presa, y aun debia ser su víctima. Hecho católico, y dejádose dirigir por el papa y sobre todo por los Jesuitas; estos procuraron alzarle al trono viviendo aun su hermano, en cuyo hecho se deja conocer bien la moral de los hijos de san Ignacio! Varias conspiraciones se descubrieron en los últimos años del reinado de Carlos II y en todas ellas se hallan mezclados los Jesuitas.

Hemos dicho que el duque de Yorck era católico, pero como guardaba las apariencias protestantes, los Jesuitas desafiando todas las consecuencias, para hacer ostentacion de su influjo á la faz de la Europa, le decidieron á que hiciese profesion pública de la fé católica. Su confesor el padre Simon y otro Jesuita que dirigia la conciencia de la reina, le arrastraron á este paso cuyas consecuencias no podian ocultarse á ningun entendimiento, y mediante el cual el duque de York debia pasar fugitivo sobre el trono de Inglaterra: esto es precisamente lo que sucedió. Apenas los Jesuitas á las órdenes del Padre Peters, su gefe á quien Jacobo ya rey acababa de confiar una parte de la administracion pública, esperan dominar la Gran Bretaña desde las gradas del trono en que acababa de sentarse su discípulo sumiso, el territorio del reinado unido se estremece como al impulso de un terremoto, y un rápido torbellino pasando encima de las cabezas del rey y de sus negros funestos consejeros las hiere á todas, las oprime, las aterra, y luego las arroja en desórden á las playas estrangeras.

Jacobo II fué á morir en su destierro cerca de París: los Jesuitas no dándose aun por rendidos probaron varias veces volver á penetrar en Inglaterra detras del caballero de San Jorge, que asi llamaron al hijo de Jacobo II y le casaron con la hija del monarca reinante en Polonia, nieta del famoso Sobieski; acompañado del célebre y caballeresco príncipe Cárlos Eduardo, hijo del caballero de san Jorge ó de Jacobo III de Inglaterra é Irlanda, VIII de Escocia en el lenguaje de lo Jacobitas sus partidarios. El príncipe Cárlos Eduardo era quizas de la familia Stuart el que menos merecia su desgracia; pero bajo la direccion de los Jesuitas, parece que se formó una de aquellas fisolofías al uso de los reyes que nada bueno prometen

para los pueblos amantes de la libertad; y falleció en Italia poco despues de destruida la Compañia de Jesus. Su hermano Enrique Benito, duque de York y cardenal murió á los primeros años de la revolucion francesa pensionado por el Rey Jorge III de Inglaterra, cuyo trono el cardenal duque podia mirar como suyo á tenor de las doctrinas legitimistas que le habian enseñado. Al morir su hermano mayor que le dejaba único representante de la línea masculina y directa de los Stuarts, hizo acuñar una medalla en cuyo reverso estaba retratado en traje de príncipe de la Iglesia teniendo en la cabeza y en la mano las insiguias de soberano temporal con este exergo: *Voluntate Dei, non desiderio populi* (por la voluntad de Dios mas no por el voto de mi pueblo.) Tal fué la única pretension formulada por el último Stuart para consignar sus derechos, pretension á la verdad muy inocente.

Hemos creido deber bosquejar rápidamente la historia del Jesuitismo en la Gran Bretaña desde Cárlos I. Posteriormente á Jacobo II ya no se vé sino la sombra de la negra cohorte, sombra que sin embargo basta siempre para sublevar los pueblos. Si en Inglaterra aun ahora gime el catolicismo bajo el peso de la reprobacion nacional, cúlpese á los Jesuitas. En Inglaterra como en todas partes los Reverendos Padres han sembrado el trastorno y la discordia, y han cogido la vergüenza y la derrota, digna cosecha que do quiera les corresponde.

CAPITULO III.

Asesinato del Príncipe de Orange.

El jesuitismo en Holanda, en Bélgica, en Alemania, etc.

La Holanda para conquistar el puesto que ocupa entre las naciones de Europa ha tenido que sostener largas y encarnizadas luchas contra tres formidables enemigos, á saber, el mar, la tiranía y los Jesuitas. El infatigable Neerlandes ha sabido arrancar su pais á la voracidad del Océano, su independencia al despotismo de Felipe II, y su tranquilidad á las intrigas de los Jesuitas: tres victorias ciertamente por las cuales tiene razon de envanecerse.

No trazarémos la historia de la lucha que tan esforzadamente sostuvieron los Paises bajos contra la poderosa casa dé España y Austria; pues bastante es sabido que la Flandes y la Holanda despues de haber sufrido largo tiempo el yugo de la tiranía estrangera, se levantaron un dia como el esclavo rompiendo las cadenas y reclamaron su parte en el sol vivificador que empezaba á resplandecer sobre la vieja Europa, llamado libertad. Antes de despedirse el siglo décimo sexto que presenció hechos tan grandiosos, los Estados unidos de Holanda habian ya ocupado un lugar entre

las naciones independientes; pero la Flandes no fué tan feliz, y solo despues de tres siglos ha podido la Bélgica en nuestros dias subir al rango de nacion; y si no conquistó su independencia al mismo tiempo que la Holanda debe agradecérselo á los Jesuitas. En efecto, los hijos de Loyola fueron los que principalmente ayudaron al sombrío Felipe II a remachar de nuevo sobre el cuello de Bramantes y Flamencos la casi rota cadena de esclavitud. Estos pueblos al sublevarse contra el rey de España permanecieron católicos, al paso que los Holandeses queriendo sin duda romper hasta la última hebra de los lazos que los ligaban á la España, entraron con entusiasmo en las miras de la reforma. En lo mas recio de la lucha los Jesuitas conservaron siempre poderosa influencia en Flandes, en vez de que solo pudieron sostenerse en Holanda apoyados por las armas españolas. La inevitable consecuencia fué, segun hemos dicho, que la Holanda se hizo libre, poderosa, feliz, mientras la Bélgica tuvo aun que arrastrarse por espacio de dos siglos bajo el peso de sus cadenas.

Al príncipe de Orange, Guillermo conde de Nassau apellidado *el taciturno*, debió principalmente la Holanda el triunfo de sus esfuerzos. En 1570 este hombre singular se puso á la cabeza del grande levantamiento que al fin estalló contra la tiranía de Felipe II y crueldades de sus lugartenientes; y bien pronto las diversas partidas de Holanda reunidas en haz, pudieron luchar muchas veces victoriosamente contra las armas españolas. Furioso Felipe II y persuadido de que la prosperidad de sus vasallos sublevados debia atribuirse á los talentos del príncipe de Orange, resolvió emplear cualesquiera medios para desembarazarse de tan temible adversario.

Los Jesuitas han sido acusados de haber servido al déspota español en los infames proyectos de hacer volver la Holanda al yugo por encima del cadáver de su hijo mas temido. Vamos á ver si la acusacion es fundada.

Entre los muchos atentados contra la vida de Guillermo de Nassau, en 1582, un tal Jaureguy ensayó asesinarle cuando volvia de batir al príncipe de Parma, virrey de los paises Bajos por España, y estaba al parecer próximo á echar de toda la Holanda las tropas de Felipe II. Ese Jaureguy jóven de unos veinte años, segun De Thou, era mozo de escritorio en casa de un banquero español establecido en Amberes, llamado Gaspar Anastro.

Hallábase este á punto de hacer bancarrota, cuando su paisano Juan de Isunca le ofreció un medio de restablecer sus negocios, que consistia en el asesinato del príncipe de Orange, por el premio de ochenta mil ducados, una encomienda de Santiago y una elevada posicion; y segun afirma De Thou (1) Isunca entregó al banquero un despacho de Felipe II que garantia todas las promesas hechas en su nombre. Anastro bastante infame para aceptar el asesinato y sin el valor necesario para ejecutarlo resolvió hacerse remplazar por otro, y puso los ojos en Venero su cajero, que si bien retrocedió desde luego por temor y no por horror al crímen, le aconsejó dirigirse á Jauregui, y este mas por fanatismo que por ambicion juró á su amo desempeñar la comision que le trasladaba, y pidió por único premio que tuviese cuidado de su anciano padre. En 18 de mayo de 1582 Jaureguy se preparó á cumplir la sangrienta mision confesando y comulgando, recibiendo la absolucion y la hostia, de manos de Antonio Timermann, fraile dominico enterado del crímen á que Jauregui se precipitaba. Dicen que el fraile tuvo la infamia de asegurar al miserable jóven que su designio era laudable, que le conquistaria una gloria eterna, en la tierra y en el cielo, si la ejecutaba no por ambicion ni avaricia, sino únicamente para servicio de su rey, bien de su patria, y mayor gloria de Dios!.... El banquero Anastro habiendo salido de Amberes, y pasado sucesivamente á Bruges, Dunkerque y Gravelines mirando siempre atras como si buscase en el horizonte una señal de estar consumado el crímen, se refugió en Turnai junto al príncipe de Parma, y allí supo lo sucedido en Amberes el 18 de mayo.

Era domingo; el príncipe de Orange despues de haber asistido á los divinos oficios segun ritu introducido por la reforma, y vuelto á entrar en la ciudadela su habitacion, se levantaba de la mesa en que habia comido con sus hijos y algunos convidados de distincion, cuando al pasar desde el comedor á otra pieza, fué herido por la espalda, de un pistoletazo cuya bala entró por debajo de la oreja derecha, atravesó la mandíbula superior y salió por la mejilla izquierda. El asesino Jaureguy al cumplir su promesa disparára tan á quema ropa que el fuego prendió en el cabello del príncipe, y

(1) *Historia universal* lib. 75.

este cayó en los brazos de sus convidados aturdidos por un golpe tan imprevisto, que Guillermo de Nassau aseguró despues haber creido al caer que la ciudadela se le venia encima. Al recobrar la razon supo el príncipe que habia sido herido por un asesino, declaró que le perdonaba, y suplicó que no le matasen; mas esta generosidad honrosa para el libertador de la Holanda fué inútil á su matador, porque los amigos del Taciturno en el furor del primer movimiento se habian precipitado sobre el culpable y abrumándole á golpes, y la guardia del príncipe acabó con él matándole materialmente á hachazos.

Halláronse en su cadáver varias pruebas que esplicaban el crímen, por lo cual, Venero cajero de Anastro, y Timermann fraile que le habia confesado, absuelto y comulgado, fueron presos; confesaron su parte de complicidad y sufrieron la pena, sin el tormento que debia preceder á la ejecucion porque el príncipe se lo dispensó no obstante de creerse herido mortalmente. Fueron estrangulados, descuartizados, y espuestos sus miembros en los cuatro ángulos de la ciudad. Los españoles entrados en Amberes cuatro años despues descolgaron aquellos restos y los depositaron en una tumba, no sin públicas exequias que acabaron de probar la parte del rey de España en el crímen de Jauregui, que nunca ha sido dudosa.

No es tan fácil de señalar la parte de los Jesuitas, que si bien han sido acusados de instigadores cuando menos, no es cosa probada y creemos deber abandonar este cargo contra la negra cohorte; pero en cuanto al último atentado contra el príncipe de Orange, y que desembarazó á Felipe II de su fuerte adversario, ya es otra cosa, y nos creemos obligados á dar detalles de un suceso tan memorable cuyas consecuencias al parecer debian ser inmensas.

Guillermo de Nassau curó de la herida que le abriera el asesino Jaurergui y el rey de España, que por un instante se habia creido libre de su formidable adversario, le vió alzarse de la cama mas fuerte y terrible que antes. Muerta Carlota de Borbon Montpensier, tercera consorte del príncipe á causa del espanto y dolor que le produjo el crímen referido, el Taciturno sin duda para ligar mas su causa á la de los reformados franceses, habia contraido cuartas nupcias con Luisa de Coligny, hija del almirante tan cobardemente degollado en la noche de San Bartolomé, y este matrimonio pa-

recia darle nueva influencia: á mas de que como á profundo político acababa de consentir en la alianza con el duque de Anjou, hermano de Enrique III rey de Francia, y colocado en los hombros del anciano duque de Alençon el manto de duque soberano del Brabante. En aquella época Felipe haciendo causa comun con los Guisas que temian ver fundar tan cerca de Francia una soberanía cuya cabeza era el heredero presunto de Enrique III, comprometió á los príncipes de Lorena á enviar á los Paises Bajos un hombre suyo, que con dos golpes vigorosos librase á España del libertador de Holanda, y á los Guisa del nuevo duque de Brabante. Para esta mision sangrienta escogieron los Guisa á un cierto Salseda condenado á horca en Ruhan, y á quien el duque de Guisa salvó del dogal para tener á mano una vida de que disponer absolutamente. Debia entrar en Francia á la cabeza de un regimiento, figurando ponerle á disposicion del duque de Anjou y del príncipe de Orange; pero una vez bien apoderado de la voluntad de los dos gefes de Holanda y Brabante, aprovechar una coyuntura favorable para darles muerte. Casi al entrar en Flandes fué preso y confesó toda la trama; y De Thou con otros historiadores afirma, haber Salseda declarado que un jesuita le animó. Las declaraciones de este miserable que denunciaban las alianzas de Felipe II para restituir los Paises bajos al primero y la Francia al segundo, fueron comunicadas á Enrique III, mas este monarca indolente no pareció inmutarse mucho: quizas no le pesara verse desembarazado de su hermano, y sin duda temió determinar á los príncipes de Lorena á una revolucion abierta. Esto pasó en 1583.

Apenas escapado de este peligro estuvo Guillermo de Nassau espuesto á otro. Un rico comerciante de Flessing, llamado Janssen, formó el proyecto de volar por medio de una mina el palacio que el príncipe de Orange ocupaba con su familia; pero el furioso malvado en cuyo poder se hallaron cartas del embajador español en Francia fué preso, condenado y ejecutado á mediados de abril de 1584.

Quince dias despues el príncipe de Orange dejó introducirse en su trato y confianza el hombre para el cual reservaba el infierno la sangrienta corona, que Jaureguy Salseda y Janssen ambicionaron sin poderla ceñir á su frente.

A primeros de mayo de 1585 fué recibido en el servicio de Guillermo un hombre del Franco Condado que se presentara como á reformado ardiente, hijo de un mártir de la nueva religion. Aunque su nombre era Baltasar Geraerts, decia llamarse Guyon como su padre viejo abogado ò procurador pequeño y muy feo, segun nos lo pintan, ajusticiado en Besanzon. Afectaba gran zelo religioso, frecuentaba los templos; y nunca se le hallaba sin una biblia en la mano; farsa todo, con que preludiaba el sangriento drama cuyo plan habia concebido. En realidad era católico, y confesó mas adelante, que concibió el proyecto de asesinar al príncipe de Orange para merecer todo el favor que el rey de España no dejaria de prodigar al que le prestase tamaño servicio; pero probablemente nunca hubiéralo llevado á cabo sin las exortaciones de muchos eclesiásticos que le daban ánimo. Pronto dirémos quienes fueron los indignos ministros de Cristo.

Geraets vuelto de Francia á primeros de julio á donde el príncipe le habia enviado, fue introducido sin dificultad, y como fiel emisario notició al Taciturno que aun estaba acostado la muerte del duque de Anjou, y salió de la camara del principe que le mandó dar dinero, y le ordenó volver mas tarde para encargarle otra comision. Aquel dia, segun confesó en sus interrogatorios, habia resueltó matar al príncipe, pero le faltó valor al observar que dado el golpe no tendria medio de escaparse. Puede que el Taciturno concibiese alguna sospecha, pues cuando en 19 de julio se presentó Geraets otra vez en el palacio de Delft, no fue introducido al príncipe de Orange al cual dijo querer pedir sus pasaportes. Despues de largo esperar, hácia medio dia vió venir á Guillermo de Nassau que salia para ir al senado; y acercándosele rápidamente sin que esto lo notase, tiróle á quema ropa un pistoletazo de tres balas.

Señor, tened misericordia de mi alma y de este pueblo!.. esclamó Guillermó al sentirse herido mortalmente, y sus oficiales desatinados viéndole vacilar le recibieron en sus brazos, y en seguida le sentaron en un escalon de palacio. Su hermana Catalina, consorte del conde de Schvarzembour hallada á su lado en el momento del golpe mortal, se arrodilló junto al príncipe anegada en lágrimas, y sosteniendo con ambas manos la cabeza del herido, le exortó á encomendarse á Dios único árbitro de la vida y de la muerte; mas



Lit. Gardelle y C.ª calle de la Union N.º 26

Asesinato del principe de Orange

el Taciturno ya no pudo hablar, y solo respondió haciendo con la cabeza una señal de asentimiento á las palabras de la hermana, á la cual tuvo aun fuerza de dirigir una sonrisa. Trasladado á su estancia y colocado en la cama, espiró luego á los cincuenta años de su edad en brazos de Luisa de Coligny, que sufrió la misma prueba cruel como hermana, como esposa cual la habia sufrido como hija. La nueva de esta muerte levantó un inmenso grito de dolor y rabia: el grito de la Holanda que lloraba á su libertador y pedia venganza.

El asesino que despues de herir á su víctima habia escapado aprovechando el estupor general y conseguido salir del palacio hasta ganar las murallas de Delft, se disponia á salvar el foso, cuando los guardias del príncipe de Orange salidos en su persecucion, se le echaron encima y le prendieron sin herirle, pues para huir mas ligero, acababa de arrojar otra pistola que se halló cargada tambien con tres balas.

Cuando este miserable fué interrogado, en vez de responder pidió bruscamente tintero y papel, y escribió su declaracion á poca diferencia en los términos siguientes:

«Llámome Baltasar Geraerst, de edad veinte y seis años y algunos meses, natural de Villefans en el Franco condado: he sido adicto á Juan Dupré secretario del conde de Mansfeld, y por este medio me he procurado firmas en blanco del mismo conde, con las cuales he tentado ganar la confianza del príncipe de Orange. Hará cerca de seis años que formé el proyecto de inmolar á Guillermo de Nassau porque me pareció el medio de adquirir una gran fortuna, que S. M. católica no hubiera seguramente negado al que le desembarazase del príncipe de Orange; é iba á partir á ejecutar tamaña obra; cuando supe que ya un Vizcaino (Jaureguy) se me habia adelantado, y entonces entré á servir al secretario del conde de Mansfeld; mas habiendo sabido luego que el golpe de Jaureguy no era mortal, resolví probar si sabria herir mejor. Partí impelido por el deseo de bienes terrenos, contenido por el temor de los castigos del cielo, y llegué á Tréves por marzo último. Como empezaban á importunarme mucho los gritos de la conciencia, consulté á un religioso con quien habia hecho conocimiento, luego á otros cuatro, que todos aprobaron mi designio, le

atribuyeron la bendicion del cielo, y me prometieron la gloria de los mártires si sucumbia en tan santa empresa. El primero era jesuita, el segundo franciscano de Tournai, y los otros tres tambien de la Compañía de Jesus, cuyos nombres no declararé. Armado con la aprobacion de esos cinco siervos de Dios, ya no vacilé: Guillermo de Nassau ha sucumbido á mi golpe, y no me arrepiento de mi obra (1)."

El asesino puesto al tormento en 11 de julio renovó sus confesiones añadiendo una circunstancia importante, á saber, que como concibió la idea de su crimen en busca de recompensas terrenas, lo confió al príncipe de Parma, virrey y gobernador da los Paises Bajos por el rey de España, el cual lejos de rechazarle le recibió con mucho agrado, y le remitió á Cristobal de Assombille, presidente del consejo de Regencia, que le llenó de promesas y de brillantes esperanzas.

«Fortalecido en mi proyecto, añadió el asesino, por la tierra y por el cielo, hubiera enprendido matar al príncipe aunque le rodeasen dia y noche cincuenta mil hombres.»

En 14 de julio fué condenado á muerte el miserable Baltasar Geraerts ó Gerard sin que hubiese dado la menor señal de arrepentimiento; antes bien repitió varias veces que si no hubiese aun dado el golpe, lo daria aunque le hubiese de costar mil tormentos.» Asi es que cuando le leyeron la sentencia de muerte cruel, empezó á gritar que era un esforzado atleta de la Iglesia Romana, que sabria morir como murieron los antiguos mártires, que los dolores que iba á sufrir espiarian sus pecados, mas que el hecho por el cual le llevaban á la muerte, lejos de ser un pecado suyo era una obra meritoria que le daba derecho al cielo.» Luego tomando un aire radiante se señaló el mismo como un nuevo Cristo con estas palabras: *Ecce homo*! Ved aqui el hombre!

En 15 de julio de 1484 entre un inmenso concurso furioso é impaciente fué Baltasar Geraerts llevado al cadalso levantado delante de la casa consistorial de Delft, y allí con arreglo á la condena fué atormentado horriblemente. Principiaron por quemarle con un hierro ardiendo la mano que cometiera el crímen; en se-

(1) *Historia Universal* de J. A. De Thou lib. 79. *Basnage historia de los Paises Bajos.*

guida con tenazas tambien hechas ascua le arrancaron las partes carnosas de su cuerpo, despues le descuartizaron vivo comenzando por los miembros inferiores. Aseguran que no dió un grito ni una muestra de dolor, y únicamente hizo la señal de la cruz. Furiosos los verdugos, encarnizados en el insensible y desfigurado cadáver, le abrieron el pecho, arrancaron el corazon, y azotaron con el la cara del miserrble, mientras que la voz sepulcral de un ujier repetia de cuando en cuando. « Acordaos de nuestro padre asesinado!» á lo cual respondia la inmensa voz del pueblo bendiciendo al libertador y maldiciendo al asesino. En fin el verdugo terminó el horrible espectáculo cortando la cabeza de Geraerts, é yendo á colocar tan sangriento trofeo en la punta de una pica sobre una alta torre situada á espaldas del palacio del principe difunto; y los ayudantes del verdugo fueron á colocar los cuatro cuartos atados con cadenas en cuatro baluartes de la ciudad. El clero católico de los Paises Bajos tuvo la osadia de tributar indecentes elogios al heroismo del asesino, y en todas las iglesias de los lugares sujetos aun al rey de España se celebraron públicas solemnes ceremonias, en las cuales impudentes predicadores se atrevieron á publicar desde el púlpito el panegírico del mártir Geraerts, del nuevo san Baltasar, cuya ilustre víctima apenas obtuvo iguales honores fúnebres del agradecimiento de sus conciudadanos!

Segun acabamos de ver los Jesuitas impulsaron al asesino del principe de Orange. De sus confesiones, preciosas por voluntarias y espontaneas sin necesidad de tormento, resulta que todos cuatro Jesuitas consultados por Baltasar Geraerts sobre su odioso proyecto le confirmaron en él, se lo presentaron como glorioso y capaz de abrirle de par en par las puertas del paraiso.

Es en tanto cierto que los Jesuitas fueron principalmente los que esforzaron á Geraerts para el crímen, como el rey de España se apresuró á dispensar nuevas mercedes á los Reverendos Padres de los Paises Bajos para agradecerles evidentemente la parte con que contribuyeron á desembarazarle de su temible adversario Guillermo de Nassau: por otra parte, preciso era que Felipe II indemnizase à la negra cohorte las pérdidas causadas entonces por la justa indignacion de los holandeses à los hijos de Loyola, que pronto perdiera la esperanza de pisar otra vez con planta vencedora el suelo de la república neerlandesa.

En cambio se hicieron ricos y poderosos en Brabante y Flandes. Viviendo Ignacio de Loyola se establecieron en Lauvain; mas poco ú nada protegidos entonces por la España, hicieron un triste papel. Sus casas de Louvain y de Tornai, alquiladas y no suyas, estaban sin rentas, sus cátedras sin oyentes; mas al fin lograron mejoras de Felipe II que tenia su corte en Amberes, prometiéndole ayudar en mantener en el yugo aquellos pueblos que bamboleando al impulso de la reforma religiosa, comenzaban á querer marchar hácia la conquista de la libertad civil y nacional. La presencia de los reverendos padres ya era tan mirada como fatal, que luego de sabido en Holanda el permiso obtenido de Felipe para establecerse universidades, majistrados, clero alto y bajo, consejos municipales, todo el país se levantó para cortar el paso á la ambicion de los negros hijos de Loyola; y Rivadeneira, lugarteniente y embajador de Ignacio en Flandes, vió estrellados sus esfuerzos contra una repulsion universal é implacable.

En vista de esto los Jesuitas se presentaron modestos y pequeños; pero aguardaban una ocasion, contaban hacerla nacer en caso de no presentarse, y aprobar todas las circunstancias; y entre tanto con el oro que les proporcionó el erario general de la Compañía, comenzaron á ganar partidarios en el país.

Mejor les sirvió aun el espíritu de intriga. Un rico vecino de Lodvain les regaló una casa casi en 1560; pero como la donacion no podia ser válida sin la aprobacion del consejo, los Reverendos seguros de la negativa, movieron todos los resortes en apoyo de la peticion. Margarita de Austria, hija natural de Cárlos V, gobernadora de los Paises Bajos hizo entender á los magistrados de Louvain que deseaba ver otorgada la súplica de los Jesuitas: el arzobispo de Liege comisionó dos canonigos de su Iglesia para ir á apoyar tambien la pretension Jesuítica; mas sea que les diese secretas instrucciones en contrario ó que ellos obedeciesen al grito de su conciencia, en vez de hablar en favor de los Jesuitas osaron manifestar las consecuencias fatales que debia producir su establecimiento, y acabaron por lograr que les fuese vedado adquirir bienes, y se les negase la peticion.

Sin embargo no se dieron por vencidos los Hombres Negros: antes bien hicieron empeñar tan activamente á la gobernadora, que

el marques de Berghes en nombre de Margarita de Austria significó á los estados de Brabante, que su señora habia resuelto conseguir la merced solicitada por los Reverendos Padres; y los estados despues de una larga animada discusion cedieron otorgando el privilegio con restricciones que parecian anularse casi completamente: obstáculo bien insignificante para la negra cohorte. Los Estados al permitirle hacerse propietaria en Louvain, le prohibian abrir colegios, exigiendo tambien que desde su establecimiento en el Brabante renunciase á todos sus privilegios. Ya se concibe que los Jesuitas prometieron cuanto se quiso, con salvedad de no cumplir nada de lo prometido: así que cuando los Paises Bajos se hubieron sublevado para romper el yugo tiránico de España, ellos prestaron tales servicios al duque de Alba, que este sombrio y sanguinario ministro de Felipe II les permitió comprar en Amberes una grande y magnífica casa en la cual fundaron un seminario, muy considerable ya en 1578 en que fueron espelidos violentamente por lo que vamos á contar.

Llevamos dicho que Flandes y Brabante que no quisieron pronunciarse abiertamente como la Holanda á favor de la Reforma, y los representantes de estos paises que á la sazon de D. Juan de Austria sucesor del duque de Alba procuraba sujetar de nuevo al yugo, quisieron manifestar á la faz de Europa la ortodoxia de sus sentimientos religiosos; para lo cual los Estados de Brabante firmaron en Gante una especie de pacto solemne que establecia las respectivas posiciones de Roma y de la Reforma en Bélgica; pero redactado de manera que dando garantías al protestantismo, favorecia evidentemente á los católicos hasta establecer su supremácia. Apresuráronse estos á adherirse al *pacto* de Gante: el archiduque Matias reclamado por los sublevados en 1578 lo mandó renovar, y dispuso, que las varias clases del Estado jurasen aceptarlo y defenderlo, juramento que prestó sin reparo el clero brabantés, y solo se negaron los Jesuitas. Como el *pacto* de Gante parecia destinado á restablecer la calma tras la independencia en Flandes y Brabante, es claro que los Jesuitas no podian aceptar tranquilamente tales consecuencias para sí ni para su protector el rey de España, y parece que en su oposicion arrastraron á los franciscanos sobre los cuales en el momento del peligro procuraron que recayese la mayor parte

de la responsabilidad. Apurados los medios suaves, es preciso echar mano del temor y finalmente de la fuerza abierta; y asi pronto estalló una conmocion popular, por la cual los franciscanos que sirvieran de padrinos á los hijos de Loyola fueron los peor tratados. Dícese que habian establecido ciertas congregaciones de mugeres cuyos maridos flamencos y brabanteses suponian los lazos matrimoniales muy molestados por el cordon de san Francisco (1), y como ademas los franciscanos eran entonces los mas desencadenados públicamente contra la reforma, un dia se reunieron todos los maridos que creian tener motivo de queja contra ellos, y formando un batallon bastante compacto fueron á atacar el convento, y entraron en él despues de una especie de sitio terminado por un desesperado asalto. Siete franciscanos fueron sacrificados al honor conyugal ultrajado, otros azotados en la plaza públicamente, y los restantes despedidos. Los Jesuitas supieron arreglarse de manera que no les llegase toda la furia del temporal; solo fueron arrestados en Amberes y Gante, despues amontonados en buques que los transportaron á Malines y de allí á Louvain y reunidos á sus cofrades de esa ciudad (1).

Tambien se vieron sucesivamente arrojados de todas las poblaciones en donde estalló la revolucion contra la tiranía española, pero volvieron siguiendo las triunfantes armas del cruel Felipe II y entraron de nuevo con ellas en Amberes, Malines y otros puntos. De esta manera á la sombra de las banderas españolas y frecuentemente á favor del hacha y verdugo de Felipe II, los reverendos padres se establecieron sólidamente en Bruselas y Louvain sujetando completamente la Universidad, que las cuestiones de los franciscanos con el doctor Baiüs hacian resonar con un ruido casi tan fuerte como el de las armas en lo restante de Flandes; y mezclándose al fin en tales controversias hicieron que el Papa Gregorio XIII condenase sencillamente á Baiüs, cuyo crímen, segun el continuador de la *historia eclesiástica* y otros historiadores, consistia en haber censurado los desórdenes de los franciscanos sosteniendo contra ellos que no es lícito acercarse al altar y celebrar el

(1) Véase De Thou, *Historia universal*, *Barnage Historia de los Paises Bajos*, Linquet *Historia de los Jesuitas*, etc. etc.

(1) Véanse los mismos historiadores.

santo sacrificio al salir de los ecesos de un festin ó de los brazos de una dama; cosas que á tenor de los citados escritores no solo eran familiares y cotidianas á los franciscanos de Flandes, sino que pretendian escusarlas bajo el punto de vista religioso: doctrina impía que hemos visto ser la misma de los Casuistas de la Compañia de Jesus.

Repetimos que si la Flandes y el Brabante á pesar de haber proferido el primer grito de revolucion contra la España no conquistaron su independiencia como la Holanda, fué porque sus esfuerzos no tuvieron la dicha de marchar bajo la direccion de un Guillermo de Nassau, menos que por haberlos contrariado y aniquilado las intrigas Jesuitas.

Al cabo de mas de dos siglos los negros hijos de Loyola han podido vengar su espulsion de Holanda y la reprobacion universal que siempre les ha cerrado la entrada á aquel país. En 1830 contribuyeron con todas sus fuerzas á arrebatar la Bélgica al rey de los Paises Bajos, y esta conducta es claro que no se la inspiró el celo por la libertad de un Pueblo. En la actualidad parece que la Bélgica empieza á comprenderlo, y esperamos que la lucha que sostiene contra las usurpaciones del clero impelidas por los Jesuitas, será una grande leccion para aquella comarca en la cual dominan los Jesuitas desde los tiempos de Ignacio. Alli como en otras partes los Reverendos Padres empiezan á ser conocidos y apreciados en su justo valor; por consiguiente alli como en otras partes se prepara su caida y caida definitiva (1).

(1) Una pequeña anècdota reciente, muy curiosa y cuya autenticidad tenemos garantida por un amigo nuestro, podrà dar una idea del manejo de los Jesuitas en Bèlgica actualmente. Sabido es que aquel paìs està dividido en dos partidos únicos en oposicion, à saber, el liberal y el catòlico movido y dirigido por los ultramontanos y principalmente por los Jesuitas siempre allì poderosos. En las ùltimas elecciones para la càmara de los diputados belgas el conde L* se presentò en uno de los colegios electorales como candidato del partido liberal, y como su adversario fuese catòlico y tuviese muchos menos sufragios, los Jesuitas amigos y padrinos de este discurrieron el siguiente arbitrio. Aprovechando la circunstancia de estarse juzgando à la sazon la causa de un oficial ministerial de Parìs, hermano del conde L* y exnotario de triste celebridad, esparcieron la voz de que el notario habia sido condenado à galeras y que la sentencia tambien deshonraba al conde. Los diarios de Parìs desmintieron la calumnia al dia siguiente; pero ya habia producido su efecto; la votacion estaba hecha y el conde no fuè elegido; pues ¿como habian de nombrar representante del pais à un hombre comprehendido en una sentencia infamatoria? En esto reconocemos bien la *habilidad* de los reverendos padres.

En la primera parte de esta obra hemos pintado al fogoso Bobadilla empujando los batallones imperiales hácia la carniceria, y bañándose en sangre de los protestantes derramada á rios; pero no en abundancia suficiente para saciar la sed de este tigre con sotana negra. La llanura de Muhlberg no fué el único territorio que vió á los Jesuitas dar la señal de los combates; era preciso que la órden reciente se distinguiese entre la turba monacal agachada en su indolencia ó en su impotencia; mas el emperador Cárlos V. pareció siempre recelar del ardor guerrero de los Jesuitas, y en efecto mas de una vez se vió precisado á reprimirlo, y empleó el ausilio de los Reverendos Padres lo menos que le fue posible.

Cuando este monarca presentó imitando á Diocleciano, el segundo espectáculo de un emperador que disgustado del poder deja por la obscuridad de una Celda, los ardientes resplandores del rango supremo, y dividió sus vastos dominios entre sus hijos y su hermano, los Jesuitas se arraigaron mas pronto y mas sólidamente en el territorio Germanico, pues lograron el favor de Fernando, nuevo gefe del Santo Imperio, y supieron obtener que para el sucesor de Cárlos V, fuese una necesidad la proteccion que le dispensaban. En pocos años bajo el reinado de Fernando fundaron establecimientos numerosos en todo el pais del Imperio Austriaco, en Barriera, en Hungria, en Polonia, en Suiza, en Saboya y hasta en Suecia. El número de sus colegios, seminarios y casas diversas creció cada año y cada dia hasta llegar á un increible guarismo. Debemos confesar que entonces fueron llamados igualmente por los pueblos y por los soberanos católicos; y tuvieron el arte de presentarse á los unos y á los otros como vigilantes infatigables, defensores de la religion amenazada por el protestantismo invasor; y que tambien los papas en aquella época protegieron generalmente con todas sus fuerzas la sociedad cuyos miembros se manifestaron siempre prontos á marchar á cada campo de batalla religioso, apostarse en cada brecha y prestar toda clase de servicios.

Por otro lado los reverendos padres no omitian medio alguno de influir en el espiritu de los pueblos; y si no nos apoyase la auto-

Debemos concluir la nota diciendo que nos la ha inspirado nuestra aversion à los negros hijos de Loyola, y no un sentimiento de amistad al conde L. à quien ni siquiera conocemos.

ridad de sus mismos escritores, no nos atreveriamos á decir hasta donde llevaron los hijos de Loyola la fantasmagoria de sus manejos. En unas partes se les veia reclamar la admiracion de las poblaciones ignorantes y fanáticas, corriendo por las calles gritando en voz lúgubre y como profética: « Infierno para los pecadores, paraiso para los escogidos! » En otras recorrian las ciudades de su residencia, desnudos y dándose disciplinas. A su ejemplo se vieron cuadrillas de disciplinantes compitiendo por fanatismo en indecencia y locuras; y disciplinantes tambien, que se asegura no fueron las menos fervorosas (1).

En otros paises recurrieron á medios nuevos sacados del carácter de las poblaciones; organizaron cierta especie de mojigangas fúnebres, destinadas á recordar á los aterrorizados espectadores que todo hombre está sujeto á la muerte. Hase conservado la descripcion de una de esas mogigangas que el lector con nosotros convendrá en no podérsele dar otro nombre. Poco despues de establecidos en Palermo de Sicilia organizaron y pasearon por las calles la procesion mas estraña que pudiera imaginarse. Abria la marcha un hombre desnudo, ensangrentado y al parecer agonizante, llevado por otros hombres en trage de judios, rodeado por algunos hermosos jóvenes en túnicas bordadas, con alas blancas á la espalda, que llevando en las manos los instrumentos de la pasion figuraban un coro de ángeles, mientras que una turba de asquerosos diabillos caracoleaba á derecha é izquierda perturbando con gritos infernales los cantos angélicos, y haciendo retirar la multitud con teas encendidas. Seguia sobre un carro negro tirado por dos negros caballos la Muerte, figurada por un esqueleto lívido, asqueroso y tan gigantesco que sobrepujaba con la cabeza las casas mas altas, y empuñaba con la derecha una grande hoz, mientras la izquierda regia una larga hilera de espectros encadenados y quejumbrosos que representaban todas las épocas de la vida, todas las edades de la sociedad, y de cuando en cuando se volvian á la muerte gritando y suplicando en tono lamentable que los perdonase y se detuviese, mas la inecsorable muerte sordo muda continuaba su camino al son de un coro de penitentes que salmodiaba en el tono lúgubre cánticos mas

(1) Entre otras historias de semejantes estravagancias puede verse al Jesuita Orlandin y á Sacchini que tambien las ha retratado.

lúgubres todavia.! En estas piadosas estravagancias, ó mejor impiedades calculadas ¿quien no reconoce aquellos mismos hombres que en el siglo 19 debian anunciar de una manera parecida su regreso á Francia?

Déjase comprender que semejantes locuras, propias solo para mover á risa, pudieron en otro tiempo producir un grande efecto en la imaginacion de los pueblos meridionales á la cual particularmente se destinaron; y cuando por medio de tan asquerosa fantasmagoria los espiritus estaban casi envueltos en un velo de tenebrosos horrores, aparecian los Jesuitas haciendo brillar un rayo de luz eternal que iluminaba la bienaventuranza del Paraiso, y haciendo gozar de él á la ciudad y al pais, lograban que se les concediese el derecho de ciudadano, se les permitiese edificar sus Casas, dotar sus Colegios, poblar sus Seminarios, en una palabra, que se les abandonase la direccion de las conciencias, el manejo de las almas, la dominacion temporal y espiritual.

Bajo el reinado de Maximiliano sucesor de Fernando, los Jesuitas vieron sus negocios altamente comprometidos en Alemania y Hungría, pues el monarca se manifestó mal dispuesto á favor de los Padres Reverendos, y los pueblos habian aprendido á conocerlos hasta tal punto que en los Estadcs Austriacos celebrados al principio de dicho reinado, los diputados pidieron ante todo que los Jesuitas fuesen arrojados del pais. En Viena habia ya bramado tan recio contra ellos la cólera pública, que los majistrados para apaciguarla se vieron en la precision de arrojar de aquella ciudad católica á todos los hijos de Loyola.

El odio público amasaba entonces contra los Jesuitas una mole de acusaciones que por necesidad debia aplastarlos á lo menos parcialmente. Como algunas de ellas fueron redactadas en términos que no podemos repetir, nos contentarémos con espresar que se les acusó de no respetar siquiera la inocencia de sus alumnos. Sacchini dice (1) que en Baviere al contrario los acusaron de mutilar á los jóvenes recibidos en sus seminarios; y los abogados de la Compañia de Jesus afirman que fué una calumnia lanzada contra los Reverendos Padres por embidia á la pureza de costumbres que acreditaban los

(1) *Historia de la Compañia de Jesus*, lib. 1.

jovenes novicios de Loyola. El curioso lector podrá ver en Sacchini de que manera probaron los Jesuitas que el joven cuya mutilacion se les achacaba era perfectamente alto para padre de familias.

En el norte de Italia fué donde principalmente los Reverendos Padres se apoderaron del espiritu de las mugeres para manejar el de los hombres. El mismo Juan Trevisani Patriarca de Venecia presentó al senado de la republica las quejas que recogiera de todas partes, y los gefes del tenebroso poder que gobernaba á los Venecianos probablemente temieron ver establecerse en las lagunas de san Márcos un poder aun mas maquiavélico y misterioso, mas terrible y concentrado. En 1560 es decir pocos años despues de su establecimiento en Venecia los hijos de Loyola se vieron amenazados de ser despedidos de la república. Acusados de desórdenes con las venecianas principalmente con las de los personages mas elevados en nobleza dignidad é influencia, supieron parar los primeros golpes volviéndolos contra el patriarca su acusador que figuraron aspiraba á reunir en sus manos todo el poder religioso á fin de luchar contra el poder secular y quizá dominarle. «Tal es, decian los reverendos padres, el movil del odio y de las acusaciones desencadenadas contra nosotros; quieren perdernos porque somos sumisos á las órdenes de los magistrados de la república: nosotros solo enseñamos á las damas venecianas el modo de conseguir su salvacion, mientras que el patriarca quisiera servirse de ellas para obtener la pérdida de sus maridos: y de ahí las calumnias que se levantan contra la Compañía.»

El senado que quizas animaba temores relativamente á las ambiciosas miras del Patriarca diestramente indicadas por los Jesuitas, temió dar cuerpo ó fuerza á las mismas si arrojaba á los Reverendos Padres; por lo cual fueron conservados en Venecia y solo se prohibió á las damas venecianas ir como antes á las casas Jesuitas, y tomar un Jesuita por confesor.

Casi en la misma época, la negra Compañia mostró claramente en Saboya, de cuanto podian hacerla capaz sus deseos inmoderados y su ambicion. Los hijos de Loyola, introducidos desde algun tiempo en el pais, supieron avasallar el espíritu del duque reinante hasta el punto de invitar este á Lainez General de la Compañia á que tomase la direccion de los colegios

que pensaba establecer en sus estados; mas como los miembros de la negra Milicia no eran entonces en mucho número, habian conocido que la Saboya era país pobre, y que el mundo tenia aun tantas ricas provincias en donde apacentarse, Lainez sin darse mucha prisa á responder al duque Manuel, preguntó de que modo y en que cantidad serian dotados los Jesuitas en Saboya. Respondió el soberano que siendo sus estados demasiado pobres para permitir fundaciones á favor de la sociedad, se contentaria con establecer contribuciones y aplicar su producto anual á la manutension de las casas y colegios de la Compañía. Al momento conoció Lainez que con el medio propuesto los reverendos padres de Saboya estarian á merced de los magistrados y empleados públicos encargados de recaudar los fondos apacibles al referido objeto, y que por muerte de Manuel ó por cambiar este de ideas, los colegios y sus directores hubieran estado á merced de otros; cosa que no puede sufrir la Compañía. El duque de Saboya no sabia que arreglo proponer á los buenos padres cuando ellos mismos le sugirieran uno capaz de zanjar la dificultad. Como un buen número de protestantes de varias comuniones se habia retirado con sus riquezas á Saboya esperando vivir tranquilos y ocultos en el fondo de los valles de aquel pais montuoso, entonces casi desconocidos al resto de Europa, y aun algunos á los habitantes del pais mismo, el General de los Jesuitas hizo escribir por el papa al duque Manuel «que un soberano católico no podia abrigar miserables hereges en sus estados; que los manchaban con su sola presencia, y comprometian la fama y la salud del príncipe que los tolerase entre sus vasallos.» Al mismo tiempo Lainez hizo proponer al duque que se aplicase á los colegios dirigidos por individuos de su órden el producto de confiscasiones sobre los bienes de los herejes, y dicen que tuvo la destreza de conseguir que contribuyese en metalico para la guerra contra los herejes de Saboya el Santo Padre á quien inquietaba la presencia de estos en la Italia Septentrional, y debia inquietar tambien sus intereses como á principe temporal.

Arregladas asi las cosas el Duque de Saboya se dió prisa á embiar contra los desdichados hereges tropas pagadas del tesoro pontificio y guiadas por Jesuitas. Viose marchar á la cabeza de los batallones saboyardos el famoso Padre Possevin cuya presencia segun

dicen estuvo muy lejos de suavizar las horribles escenas que ensangrentaron los verdes y apacibles valles, asilo de los herejes en donde estos se defendieron con valor y fortuna; pero como el Papa cesase de pagar las tropas de Manuel empezó á entibiarse en este el ardor de cruzada, ò quizas reflexionó que pasando á cuchillo los hereges degollaban vasallos suyos y empobrecia sus estados para enriquecer á hombres estrangeros: y asi los Jesuitas que habían arrastrado sus fatales bayetas negras en los arroyos de sangre derramada á su intencion, por sus consejos y por sus órdenes, no recogieron todo el fruto que se proponian.

Tambien por armas ensayaron penetrar en Suecia que cayera á la sazon en manos de Segismundo rey de Polonia despues de haber abrazado muy temprano la reforma. Los Jesuitas establecidos ya en Polonia instaron á Segismundo católico á que les abriese la Suecia gobernada por un tio del monarca con título de gobernador general ó regente, y Segismundo, que segun dicen, se dejaba completamente dirigir por los reverendos padres, mandó al duque Cárlos su tio que recibiese en Suecia á los Jesuitas y les diese tierras donde establecerse. A semejante noticia se inquieta y conmueve la Suecia; el regente suplica á su sobrino y soberano, que no desprecie el sordo descontento capaz de estallar de una manera terrible si se le empuja con un paso imprudente; pero Segismundo hecho ciego y sordo por los Jesuitas, responde á las representaciones del duque Cárlos, con una órden mas formal de recibir y establecer en Suecia los hijos de Loyola. Notémos de paso que Segismundo en su coronacion y á peticion de los estados suecos habia jurado solemnemente no inquietarlos en punto de religion, y sobre todo no introducir los Jesuitas,

Persuadidos por estos de que no debia ceder á la voluntad de sus subditos, y que los Suecos rechazando la bandera de Loyola insultaron gravemente el honor del Soberano, partió Segismundo al frente de su ejercito, escoltado siempre por sus negros consejeros á instalarlos violentamente en Suecia; pero los estados del reino secretamente impelídos, segun dicen y es verosimil, por el rejente mismo, levantaron tropas, y batieron á las del rey que cayó prisionero. El regente le hizo dar libertad desde luego, obligándole á jurar que convocaria los estados y se sujetaria á sus decisiones; mas Segis-

mundo, como digno discípulo de los Jesuitas, apenas logró escapar de Suecia y entrar en Polonia, pretendió no haberse obligado, y quiso renovar la lucha. Por fortuna sus vasallos polacos se negaron á ayudarle; y ademas los Jesuitas habian cambiado de plan por haber sucedido á Segismundo II, el duque de Anjou, despues rey de Francia llamado Enrique III, á cuya eleccion contribuyeron mucho con su omnipotencia en Polonia, esperando aumentar aun su influencia. Tambien esperaban del trono de Suecia ocupado por Juan III, que segun ellos, despues de haber vacilado largo tiempo y aun abjurado al luteranismo en manos del padre Possevin, volvió finalmente á la religion reformada, y se separó de los Jesuitas temiendo con razon que comprometiesen su corona.

El Padre Possevin, Camisius y algunos otros Jesuitas componian una clase singular de ajentes universales inmiscuidos en todos los negocios de Europa. Estos diplomáticos con sotana negra, corrian de Paris á Stockholmo, de Madrid y Lisboa á Viena, á Varsovia, Moscou, arreglando sucesiones reales, negociando treguas ó alianzas, formulando tratados de paz. Despues de haber escitado reyes contra reyes, pueblos contra pueblos, creencias contra creencias; se rebullia la Compañia de Jesus para apagar el fuego que ella misma habia encendido ó atizado durante muchos años; porque antes necesitaba guerras y sus consiguientes turbulencias para conquistar riqueza é importancia, y despues paz para conservar sus conquistas, y lograr el olvido de que ella misma habia encendido la guerra. De la paz querian los Jesuitas ser mediadores, á fin de poder colocar este grande beneficio al lado de la importancia soberana y riquezas, el dia en que se serenase la atmósfera política y pudiese el ojo examinar libremente la faz de la Europa renovada: y para eso procurando unir los pueblos y los reyes que las discordias políticas y religiosas habian separado, los padres Possin, Tolet, Camisius y otros diplamáticos de sotana negra, se esforzaron en conseguir que los príncipes y los pueblos católicos y protestantes marchasen en masa á una cruzada contra los turcos enemigos comunes.

Mas como si los hijos de Loyola tuviesen la fatalidad de ser impotentes para todo menos para el mal, sus esfuerzos quizás sinceros por ser hijos de su interes, no pudieron llegar á anudar completamente el vasto lazo capaz de reunir en una haz las divididas

naciones europeas. Para reunir en un apreton amistoso y bendito manos humanas que han estado mucho tiempo levantadas una contra otra, quiere Dios valerse de algunas mas puras que las de los hijos de san Ignacio!

Por otra parte Reyes y pueblos comenzaban ya á desconfiar altamente de los Reverendos Padres. El mismo Pontificado repuesto del terror que le causára la reforma cuya terrible tempestad pareciera hundir la nave pontifical é hiciera sobrenadar la Compañia de Jesus como espuma encima de la superficie de Europa agitada cual tempestuoso mar, habia aprendido á temer el Jesuitismo despues que probó muchas veces en vano sujetarle con la correa que llevan al cuello los demas Ordenes monacales para tirar la carroza de san Pedro sin desatender por eso su carreton particular.

Paulo IV y despues Pio V quisieron que los miembros de la Compañia de Jesus estuviesen obligados á rezar en comunidad, y á los oficios del coro, pretendiendo tambien abolir la monstruosa cláusula de su constitucion que liga al Jesuita á su instituto y no á este con aquel: exigencias á nuestro ver bien moderadas, que los Jesuitas sin embargo declararon al Papa con mucha altivez que nunca las sufririan, alegando para ello en la Memoria presentada á Pio V por Francisco de Borja, general de la Compañia y su *bestia de carga* segun él mismo, ciertas razones demasiado singulares á nuestra vista para dejar de transcribirlas. «Esta reforma, decia la Memoria, puede hacer concebir una idea poco favorable de la Compañia: Y ademas, habiendo Dios revelado á cada fundador el genero de vida que quiso observase la órden respectiva, es consiguiente que el Papa no puede alterar las reglas establecidas por S. Ignacio.» No le decia tan páladinamente, pero se dejaba adivinar al través de un velo muy sutil. «Por otra parte» añadia la memoria, y nos parece lo mas curioso «somos hombres y sin duda hay en nuestra Compañía religiosos que nunca hubieron entrado si pudiesen prever que algun dia serian obligados al coro hácia el cual no tienen la menor inclinacion.» Ved pues como los mismos Jesuitas confiesan tener individuos poco amigos de cantar las alabanzas de Dios. ¿De qué pues son amigos estos raros religiosos? No se nos oculta.

Por algun tiempo llevó Pio V buena direccion queriendo sin duda que los Jesuitas viniesen á ser humildes cofrades de los Fran-

ciscanos y Agustinos; mas como la Compañía se defendió esforzada y diestramente, como Lainez habia sabido conseguir que el concilio de Trento reconociese su instituto, y en caso de necesidad insinuaban y se manifestaban dispuestos á recordar la superioridad del Concilio sobre el Papa. Pio V. precisado á minorar sus pretensiones les pidió que cantasen tan de prisa como quisiesen, pero que cantasen en el coro como los demas religiosos; y para persuadirles que estaba en el interés de ellos, decia á Francisco de Borja, general de nombre y á Polanque general de hecho «¿no os conviene entre vuestras ocupaciones mundanas tener un instante para pensar en el cielo? Sin esto sois como los deshollinadores, que al limpiar las chimeneas se ensucian con todo el hollin que quitan...»

Pero los deshollinadores espirituales parece que se empeñaron en ensuciarse á su placer y devocion; con que Pio V despues de minorar aun sus pretensiones, y de haber eximido de los oficios en comunidad á los colegiales Jesuitas reduciéndose á pedir que solo los Padres profesores asistiesen al coro tuvo que ceder del todo. Tambien habia querido este pontífice destruir los *coadjutores espirituales*, mandando que solo fuesen admitidos al Presbiterato los Padres profesos de *cuatro votos*, y tambien sobre este punto tuvo que recibir la ley de la Compañia.

Algunas otras derrotas humillaron el orgullo de los Papas, y estos comenzaron á temer y odiar la Compañia de Jesus, tanto mas en cuanto los sucesores de san Pedro veian claramente desde entonces que los aceptados como útiles ausiliares se habian convertido en aliados exigentes, y podian llegar á Señores temibles.

Tal vez por una venganza de italiano hizo Pio V partir para España con un legado *á latare* cerca de Felipe II á Francisco de Borja que en vano se escusó alegando una enfermedad peligrosa, la cual agravada con las fatigas del viage, destruyó en efecto la desdichada *bestia de carga* de los Jesuitas, que con tal muerte adquirió nuevos derechos á este título.

De la misma manera Paulo V, se vió obligado á abandonar sus proyectos de reformar la Compañia ante la aptitud amenazadora que esta tomó contra el Papa. Algunos años despues, en 1602, como Clemente VIII pareciese dispuesto á condenar á Molina, los Jesuitas detuvieron el anatema defendiendo en la Universidad de Al-

calá ciertas conclusiones sobre la siguiente rara cuestion que el Papa creyó amenaza de sublevaciones: «No es de fe que el que ocupa la silla de san Pedro sea verdaderamente Papa.» Aun mas adelante, porque Inocencio XI, pontífice virtuoso y bueno habia osado censurar la moral de los Jesuitas, hicieron en varios puntos rogativas por el Papa *hecho Jansenista.* Nuestro primer tomo refiere cuantas veces en las misiones estrangeras desobedecieron al Sumo Pontifice y maltrataron á sus legados.

Es claro que los Jesuitas no respetando las desiciones del Papa contrarias á sus intereses, tendrian en caso de convenirles, pocos miramientos con los Obispos y Cardenales. La conducta que en Milan observaron con el Obispo san Cárlos Borromeo contribuyó no poco á desengañar á los pueblos. Por haber el Prelado resistido á pretensiones mas ó menos injustas del gobernador español del Milanés, se levantó contra él una persecucion, dando públicamente desde el púlpito la voz de guerra contra aquel príncipe de la Iglesia, santo y virtuoso Prelado, el Jesuita Pedro Mazarini á pesar de que el arzobispo milanés habia colmado de favores á los Reverendos Padres, llamadolos á su diósesis, confiadoles la direccion de su seminario, tomado un Jesuita por confesor, y pensando tambien, segun dicen los mismos escritores de la Compañia, poner á los Jesuitas en posesion de los establecimientos que en su diócesis tenian los Humillados. Tantos beneficios debian impedir á los Reverendos Padres tomar partido por el gobernador contra el arzobispo, aun prescindiendo de la simple equidad y las reglas de subordinacion eclesiástica; pero subordinacion, equidad y gratitud son cosas buenas para los inocentes, y los Jesuitas son gente muy ducha!

El gobernador para ellos mucho mas dificil de manejar que el arzobispo, representaba á Felipe II, padrino de la Compañía; y asi Mazarini se desencadenó contra el santo Cárlos desde el púlpito de una iglesia que los Jesuitas tenian por la munificencia del cardenal: ingratitud detestable que hubiera afectado á cualquiera que fuese, como indignó fuertemente al arzobispo de Milan. Semejante conducta ha sido esplicada diciendo, que san Cárlos Borromeo movido por el clamor público que achacaba espantosos desórdenes á los Jesuitas directores del colegio de Breda, osó sancionar la acusacion quitando el colegio á los Reverendos padres, que no eran

hombres de sufrir tranquilamente un golpe tal, por mas que lo hubiesen merecido mil veces. Los defensores se han esforzado con frecuencia en contradecir esta esplicacion que motivando la conducta de Mazarini culparia á muchos cofrades, y los adversarios de la negra cohorte han sostenido el cargo que parece fundarse en una base muy sólida. Aun suponiéndola exagerada ó si se quiere falsa del todo, quedarian los Jesuitas muy sujetos al peso de la reprobacion que inspira su conducta con san Cárlos Borromeo; pues recordando la poca libertad individual de los miembros de la Compañia precisados todos y cada uno á obrar siempre segun el impulso procedente de la direccion suprema, dirá cualquiera que la guerra declarada al cardenal por el Padre Mazarini y algunos otros cofrades suyos, debió ser ejecucion de una órden y no espresion de un capricho.

No olvidemos que el despótico Aguaviva era entonces Provincial de Italia, y no obstante, como habia sido tanto el escándalo que parecia deber acarrear perjuicios á la Sociedad, esta sacrificó al Padre Mazarini, le desconoció, le retiro por dos años la licencia de predicar, y le envió á pedir perdon á los pies del arzobispo de Milan. El cardenal Borromeo se mostró desarmado por esta farsa, y segun aseguran los defensores de san Ignacio,» hubiera estado contento de conservar los Jesuitas en la direccion de los establecimientos que les habia confiado, pero fueron los Reverendos Padres que lo reusaron.» El sucesor y sobrino de san Cárlos, cardenal como su tio, mas no tan santo y seguramente por lo mismo menos dispuesto á perdonar una injuria, vengó las hechas al prelado que reemplazaba, quitó á los Jesuitas el gobierno de todos los establecimientos que dirigian en su diócesis, y vedó á los aspirantes al sacerdocio el estudiar en colegio Jesuita so pena de negárseles las sagradas órdenes.

Ya se vé que tales actos debian formar el espíritu de los pueblos tocante al verdadero carácter de los Reverendos padres; pero lo que en aquella época acabó de darlos á conocer en toda su terrible y fea realidad, fué la parte que tomaron en un suceso que vino á trastornar la península y resonó en toda Europa.

Ya se ha visto que Juan III de Portugal fué el primero entre los monarcas de Europa que acogió y estableció en sus estados la

naciente Compañía de Jesus; verémos ahora de que manera la negra cohorte agradeció al Portugal su hospitalidad.

Muerto en 1557 el constante protector de la Compañía de Jesus Juan III sin dejar otro heredero de la corona que el infante don Sebastian niño en la cuna; los Jesuitas ya poderosos, se apoderaron mas durante una regencia de la cual eran los verdaderos gefes, gobernando absolutamente al cardenal Enrique, regente y tio del rey menor. Encargados de la educacion de este, trataron de hacerse de él un amigo y lo consiguieron al principio; mas don Sebastian ya coronado, desconfió ó se disgustó un dia de sus negros preceptores y consejeros y los echó de la córte. Se ha dicho que los Reverendos padres, con una mira que se deja adivinar, inspiraron á su alumno horror al matrimonio y á las mugeres. Admitiendo con varios escritores que los buenos padres estuviesen ya entonces en los intereses de Felipe, es fácil de entender que se opusieron á un matrimonio capaz de destruir completamente las esperanzas del rey de España, dirigidas á ver algun dia el Portugal encorbado bajo su cetro; pero nos parece mas probable que los Jesuitas de Portugal no abrazaron el partido de Felipe hasta que hubieron caído en desgracia de don Sebastian. Entonces debieron pensar en los medios de conservar sus riquezas é importancia altamente comprometidas por tal desgracia, y el medio fué empujar á don Sebastian para que fuese á llevar la guerra al Africa con un ejército bien mal organizado.

Los defensores de los hijos de Loyola niegan que estos aconsejasen jamas á don Sebastian tan imprudente acuerdo, pero no pueden negar que los Jesuitas que rodearon al desgraciado monarca en su infancia, le repetian diariamente:« Un rey está obligado á emplear su poder en propagar la religion católica apostólica romana; y con este objeto le ha colocado Dios sobre el trono» etc, etc. (1) Por otro lado el jòven príncipe de carácter ardiente, aventurero, amigo de cosas grandes, ambicionaba la corona de celebridad que ornó la frente de algunos de sus abuelos; y contribuyendo las circunstancias á aumentarle la sed de gloria, creyó haber hallado la manera de saciarla. Un emperador de Maroc destronado pasó á Lisboa pidien-

(1) El Abate Vertot, Revoluciones de Portugal, etc.

do proteccion á don Sebastian, y desde luego el jóven rey presumió ver en eso una manifestacion de la divina voluntad que le mandaba ir á llevar el evangelio á los africanos. El rey de España á quien pidió que se le juntase para tomar parte en los peligros y en la gloria de tamaña empresa, le animó á acometerla, y le prometió socorros de toda especie; pero se guardó bien de enviarle el mas mínimo.

Don Sebastian gravó al pueblo y al clero con impuestos destinados á levantar un ejército; mas la nobleza, contraria á aquella guerra, no quiso absolutamente proporcionar fondos. Segun De Thou, el clero aceptó el impuesto porque el papa aprobó los planes de don Sebastian, y aun le abrió los tesoros de la Iglesia, cosa verdaderamente notable, publicando ademas una cruzada contra el Africa, lo cual hace presumir que los Jesuitas no se mostraron tan contrarios de la guerra proyectada por on Sebastian como pretenden ellos, y que si este príncipe les retiró su confianza, fue que la habian perdido por otras causas. Añádase que los Jesuitas casi al mismo tiempo, como hemos visto, impelian á casi todos los soberanos de Europa á entrar en una liga contra los turcos.

Como quiera, á fines de junio de 1578 don Sebastian se hizo á la vela para la costa de Africa con una armada compuesta de cinco galeras, cincuenta embarcaciones grandes y cerca de novecientos barcos chatos, y diez mil hombres de desembarco poco mas ó menos, entre zapadores, artilleros, caballeros voluntarios. Oficiales españoles, que en seguida fueron depuestos por su soberano, habian conducido cerca de mil soldados; y es cosa singular que un herege, el príncipe de Orange fué quien envió el socorro mayor al monarca portugués para una cruzada contra los infieles; pues dos capitanes del Taciturno condujeron tres mil alemanes bien disciplinados, que casi casi eran lo mejor del ejército portugués formado en su mayor parte de gente estraña á las armas, y que segun De Thou, un cierto fraile llamado fray Juan de Gama, se habia encargado de transformar en soldados.

Desembarcó don Sebastian en Arzilla, y avanzó hácia Alcazan en donde recibió el casco y la cota que vistiera Cárlos Quinto cuando entró triunfante en Tunes; única cosa que don Sebastian recibió de Felipe II, y sin embargo apreciaba mas que todo ese



Lito. de Gardelle y C.ª Calle de la Union 26.

Muerte de D. Sebastian.

regalo del astuto español que halagaba deliciosamente su orgullo y parecia animarle á pasar adelante como Felipe lo habia seguramente previsto. El ejército marroquí parecia querer evitar el combate; pero el impetuoso don Sebastian se arrojó á perseguirle

En lunes cuatro de agosto trabaron la batalla cristianos y mahometanos, y la victoria no fué dudosa ni un instante, pues el ejército de don Sebastian compuesto de elementos heterogeneos, de soldados sin confianza en sus oficiales, y de gefes sin autoridad sobre sus tropas, vióse envuelto por el impetuoso enjambre de caballería africana, y fué hecho pedazos casi enteramente. Solo se defendió bravamente el ala derecha con el malhadado príncipe don Sebastian que reconociendo tarde su error y resuelto á espiarle con la muerte, se portó cual leon acosado por los cazadores. Despues de quedar solo, combatió aun, no para vencer sino para morir gloriosamente. En vano los africanos le gritaban que se rindiese; solo su espada respondia con terribles golpes desafiando á los infieles, los cuales para cojerle vivo esperaron á que apenas pudiese levantar la mano, y se le echaron encima; mas la ambicion de ofrecer al monarca marroquí su enemigo encadenado apoderándose de todos los que tenian pretensiones sobre la presa del rey portugués, le ahorró á don Sebastian la humillacion de verse cautivo, pues los apreensores acalorados en la contienda iban á disputar la presa con las armas, cuando uno de ellos puso fin á los debates derribando de un tajo de cimitarra la cabeza del desgraciado rey, cuyo cadáver en un instante fué acribillado de heridas. Un solo oficial portugués fué testigo de la muerte de su príncipe, y el Portugal no quiso darle crédito durante mucho tiempo. Decíase que era prisionero de los africanos, y que algun dia habia de volver; y mas de un poeta cantó al rey incognito cuya vuelta se vaticinaba como fin de los males de Portugal.

Si no está bien probado que los Jesuitas precipitaron á don Sebastian á tan fatal empresa, á lo menos creemos demostrado plenamente que ellos pusieron bajo las uñas del viejo tigre español, el reino de Portugal, presa tanto tiempo codiciada.

El cardenal Enrique viejo octogenario, fantasma de rey, sucesor de don Sebastian su resobrino, aconsejado por los grandes de Portugal amigos de su patria, resolvió obtener del papa y de la

naturaleza una sucesion que se perpetuase en el trono ; mas el rey de España con derechos á ese mismo trono en caso de morir don Enrique sin hijos, se dió prisa á embarazar una resolucion que en rigor pudiera aun tener su efecto, mayormente si la novia del viejo rey fuese ambiciosa y diestra.

De Thou dice (1) que Felipe II no debió á sus embajadores el que Don Enrique le prefiriese á cuantos pretendian la corona; y principalmente á Catalina de Braganza á la cual el cardenal rey parecia inclinado; sino que tamaño servicio se lo prestó solamente el Jesuita Leon Enriquez, confesor de Enrique. No podemos dejar de advertir que el rey de España para llegar á su objeto contaba con los Jesuitas en términos de que á sus embajadores titulados agregó dos diplomáticos de sotana negra, Rodrigo Vasquez y Luis de Molina, ambos Jesuitas célebres entonces, casuistas consumados, dispuestos, á todo para conquistar el favor del monarca español como bien lo acreditaron.

Aqui es oportuna una observacion bastante curiosa. Entre los pretendientes á la sucesion de Enrique se contaba Catalina de Medicis reina de Francia, y los negros agentes de Felipe II tomando á su cargo separarla por medio de un ejército de calumnias dirigidas á inspirar á los portugueses aversion no solo hácia Catalina de Medicis, sino tambien hácia toda la nacion francesa, gritaban que en tiempo de su marido Enrique II, la reina de Francia habia robado los diamantes de don Francisco de Pereira embajador español, y que sus vasallos habian hecho mucho peor en las Indias con los buques portugueses. Asi los hijos de Loyola mientras se acogian humildemente en Francia bajo el sangriento manto de Catalina, en Portugal lo llenaban de cieno con insolencia: papel doble que los Reverendos padres han representado muchas veces.

Los Jesuitas han hecho observar en tono triunfal «que no uno de ellos sino un dominico fué el encargado por Felipe II de hacer olvidar al cardenal rey, la idea que podia ser fatal á los proyectos ambiciosos del déspota español.» Es cierto, pero preciso concluir de aqui que los Jesuitas acusados por el pueblo de una gran parte de sus males, no osaban obrar muy al descubierto, y no se avergonzaban de echar la carga sobre los hombros de sus rivales; ni

(1) *Historia universal*, lib. 69.

creemos por eso menos cierto que contribuyeron poderosamente á atar la menguada voluntad de don Enrique, el cual murió en breve sin haber instituido heredero. Su confesor jesuita se esforzó en vano para hacerle escribir un testamento á favor de Felipe II, amigo necesario de la Compañía en perjuicio de los príncipes de la casa de Braganza heredero legítimo, pero en quienes los Jesuitas preveian sus enemigos irreconciliables; y no debe perderse de vista que don Enrique se mostró hostil hácia cuantos habian contribuido á la desgracia de los reverendos padres en el reinado anterior.

Apenas hubo espirado don Enrique, Felipe II envió á Portugal un numeroso ejército mandado por el sanguinario duque de Alba, cuyas armas probaron la legitimidad de los derechos de su amo al trono portugués, y la España tragó el Portugal; mas no sin combate, pues el clero portugués, dicho sea en su elogio, se presentó díspuesto á sufrirlo todo antes que ser infiel á la legitimidad oprimida, y el digno general de Felipe II derribó las cabezas que no quisieron inclinarse ante los derechos del mas fuerte; bien que una vez conquistado el Portugal, el devoto monarca español impetró y obtuvo del papa una bula de absolucion de las muertes de algunos millares de clérigos y frailes sacrificados por haber osado negarse á reconocer sus derechos.

Al invadir el Portugal Felipe II por diversion, segun De Thou, (1) habia propuesto á sus grandes amigos los teólogos de Alcalá, á los Jesuitas y Franciscanos, el siguiente caso de conciencia: » Si la majestad católica estando convencida de sus derechos, debia en conciencia sujetarse á algun tribunal?» « No» respondieron los complacientes doctores casuistas con chocante unanimidad, y sin embargo el tribunal á que aludia Felipe era el del papa que pretendia tener derecho de decidir sobre las varias pretensiones al trono de Portugal.

Tambien preguntó Felipe á sus piadosos consejeros « si negándose los portugueses á reconocerle hasta que sus derechos estuviesen declarados preferentes á los otros pretendientes, podian entretanto adelantarse y tomar la corona lusitana á prevencion? » Ya se deja

(1) Véase la *Historia universal* lib. 69. Fàcilmente se nota que De Thou en un pasaje de la historia relativa à Don Sebastian es muy indulgente con los Jesuitas.

conocer que el irónico escrúpulo del rey de España fué pronto desvanecido.

Creemos pues con una multitud de escritores, que los Jesuitas contribuyeron de todos modos á la dominacion del pais que les habia acojido magníficamente; y el Portugal invadido por los españoles en 1480, convertido en simple provincia de la vasta monarquia, no reconquistó su independencia hasta 1640. Los portugueses creyeron que los hierros de tan larga esclavitud se debian á los Jesuitas, y luego que subieron al rango de nacion, se presentaron dispuestos á coadyuvar los esfuerzos que se hacian para libertar al mundo del negro buitre á cuyas garras atribuian las heridas de su patria aun mal cicatrizadas. En efecto, los verémos en primera fila sobre la brecha en el grande y supremo asalto que el siglo XVIII dió á la espantosa fortaleza del Jesuitismo; y el combate á todo trance que el ministro portugués, marques de Pombal empeñó contra los Reverendos padres, no es el episodio menos curioso de la historia del jesuitismo.

En el otro estremo de Europa los Padres Reverendos representaron un papel distinto en apariencia, é identico en el fondo. La Rusia acababa de ser teatro de escenas sangrientas á consecuencia de las cuales habia perecido el heredero del trono, cuando un aventurero audaz y emprendedor, aprovechando el misterioso velo que cubre la tumba de Juan Basilide y el afecto de los Moscovitas á la memoria de este, se presenta osado vendiéndose por el verdadero Demetrio, y los Jesuitas omnipotentes en Polonia, deseosos de abrirse camino á Rusia, resuelven apoyar las pretensiones del impostor que debia mas adelante pagarles magníficamente su concurrencia. Despues de un tratado de alianza se declararon por el falso Demetrio, le lograron la proteccion de Segismundo, y la del papa: merced á ello pudo el impostor levantar un ejército, entrar en Rusia, y ser proclamado gran duque en lugar del usurpador Boritz muerto. El nuevo soberano fué consagrado por un jesuita; mas no tardó en conocer cuan pesada carga es la del agradecimiento á los Jesuitas, pues apenas habia tenido tiempo de instalarles en una rica casa de Moscou, fué asesinado á poco de su elevacion al trono, parte de los polacos que le habian ayudado á conquistar la corona fué pasada á cuchillo, y el resto salió de Moscou con los

Jesuitas, no sin maldecir las intrigas de los Reverendos Padres que habian traido tal desenlace.

Tambien en Prusia negociaron los Jesuitas alguna gratitud pero de poca importancia, pues Dantzick y Thorn les vieron apoderarse del establecimiento que casi al mismo tiempo fueron precisados á abandonar.

A fines del siglo 16°, es decir medio siglo despues de su existencia, el jesuitismo fué ya una potencia verdadera pero odiada al par que temible. Habia hecho sentirse su accion en toda Europa, y establecídose victoriosamente en varios puntos de esta parte del mundo; y el Asia, el Africa, las dos Américas, en una palabra, el resto de la tierra veia á sus piadosos soldados hábiles colonos y misioneros infatigables, plantando en sus riberas la bandera triunfante. Entonces, ya lo hemos dicho, los Jesuitas parecieron dispuestos á predicar la paz entre los reyes y entre los pueblos, porque despues de haber conquistado y sembrado, les convenia organizar y recoger.

Mas desde entonces una nube sombria obscureció el sol de su prosperidad. Sixto V, este papa que participaba de Luis XI y del cardenal de Richelieu, manifestó la intencion de cortar las garras y las alas al grande Buitre negro que el apuro de los papas permitiera posarse en las últimas gradas del trono pontifical sobre el cual se estaba cerniendo. Los dominícos celosos del favor que lograban de Felipe II los Jesuitas, sabe Dios á que precio, habian logrado el emplazamiento de sus rivales ante el terrible tribunal de la Inquisicion y por denuncia de un jesuita mismo, y Sixto V evocándose el conocimiento del negocio, pareció decidido á reformar ó sea á destruir la sociedad de Jesus, que en efecto fuera destruirla el precisarla á ser una simple órden religiosa, obligando á sus individuos á convertirse en piadosos y modestos frailes, cantar las alabanzas del señor en la tranquila obscuridad de sus claustros, y no ocuparse de la tierra sino para invocar sobre ella la paz del cielo. Como Sixto V osó pretender que no debian ó á lo menos que no deberian en adelante ocuparse en el manejo de los negocios públicos y mundanos, bien se deja conocer la cólera é indignacion que concibieron los buenos padres contra pretensiones tan monstruosas; y ya Sixto V, anciano testarudo preludiaba la reforma de

la Compañía de Jesus suprimiendo este título, cuando su muerte libró á los Jesuitas de temores: y ya sea que esta muerte se mirase como una leccion saludable, ó que los buenos padres influyentes en el sacro colegio tuviesen á su cargo dirigir el vuelo del Espíritu Santo sobre el conclave para la eleccion de su hombre, lo cierto es que el sucesor de Sixto V se apresuró á anular cuanto este habia hecho contra los hijos de san Ignacio. Si Sixto V hubiese tenido tiempo de llevar á cabo la reforma de la Compañía de Jesus, muchos males se hubieran ahorrado al mundo.

Probablemente para reconquistar su influjo sobre los sucesores de Sixto V arrostraron los Jesuitas la proscripcion que les fulminó la república de Venecia. Esta oligarquia celosa y despótica, pero cuidadosa de su dignidad é independencia, prohibiera en 1603 todo establecimiento de convento ó sociedad religiosa en sus estados sin su permiso; cuya decision tácitamente aceptada por Clemente VIII sin embargo de ser atentatoria contra los derechos que siempre se ha arrogado la santa Sede, no quiso de ninguna manera modificarla en Consejo de los diez, resistiendo asi á la pretension de Paulo V que la queria revocada; y este en un momento de irritacion lanzó el interdicto sobre toda la república. En seguida el Senado veneciano prohibió á todos sus súbditos la observancia del interdicto pontifical, y á los eclesiásticos la interrupcion de los divinos oficios; prohibicion que fué obedecida por la mayoria del clero regular con todas las órdenes religiosas, y solo los Jesuitas obedecieron el interdicto declarando que la autoridad del Papa era superior á la de todos los gobiernos.

Ya llevamos dicho que los Jesuitas habian tenido una cuestion con la república de Venecia, ahora añadimos que casi nada poseian en aquel territorio, de suerte que sin aventurar mucho pudieron esponerse á su cólera, y precisados por el Senado á esplicar la conducta que se habian propuesto seguir, se mostraron orgullosamente parciales del Papa, y declararon que antes de desobedecerle estaban prontos á desocupar el territorio de la Serenísima república.

Venecia les cogió la palabra probablemente mas pronto de lo que ellos esperaban, y los Reverendos Padres salieron una tarde de la Ciudad de san Marcos llevando cada uno en el cuello, segun dicen, una hostia consagrada. De la misma manera sus cofrades to-

dos dejaron el territorio de la república, despues de cuya partida el Senado mandó proceder juicialmente contra ellos, renovóse la acusacion antigua, ministraronse testigos que los culparon de introducir la discordia en las familias para reinar en ellas; los registros verificados en sus casas descubrieron segun se dice pruebas de la singular atencion que los religiosos de la Compañia de Jesus concedian á las cosas temporales y políticas, siguióse una condena severa, y la Compañia de Jesus fué proscrita de los territorios de la república decretándose que jamas el gobierno escucharia proposiciones de acomodamiento.

Aun se dictaron contra los Jesuitas medidas mas fuertes, pues el senado prohibió á toda persona de cualquiera condicion que fuese el mantener correspondencia ni relacion de ninguna clase con los buenos padres bajo pena de multa, destierro ó galeras, y mandó que todo súbdito de la república que tuviese hijo ó púpilo en colegio estrangero dirigido por Jesuitas, le sacase de allí al momento.

Paulo V tuvo que ceder, y propuso levantar el interdicto con tal de que el senado retírase el decreto de proscripcion de los Jesuitas; mas el senado no quiso hacer concesion alguna de esta materia, persistiendo tenazmente en su decision, y sosteniendo que era indispensable para la tranquilidad de la república. Por último el papa levantó el interdicto, los Jesuitas quedaron desterrados, y no pudieron abrirse entrada al territorio de Venecia hasta cincuenta años despues.

En la cuarta parte de esta obra hemos dicho que los Jesuitas para acrecer su importancia representaron en Egipto una comedia que engañó á los papas Gregorio XIII y Sixto V, en la cual se reservaron el hermoso papel de restituir á la Iglesia católica la iglesia Copta separada de la comunion cristiana de occidente desde los primeros años del emperador Diócleciano. En el libro 94 de la Historia universal, De Thou trae pruebas de que la pretendida reunion era realmente una mera farsa representada por los hijos de Loyola á utilidad de su Compañía, pero les produjo tan buen resultado, que quisieron ensayar una semejante en otro teatro, y eligieron la Rusia. En 1595 el famoso jesuita Possevin, especie de gefe de la diplomacia andante de los reverendos padres, pretendió

haber conseguido verificar la fusion de las Iglesias griega y romana, y Clemente VIII que ocupaba entonces la cátedra de san Pedro, hizo estender de la tal reunion actas que se esparcieron por todo el orbe cristiano, mandando celebrar fiestas especiales por tan grandioso suceso. Por desgracia apenas habia cesado de vibrar la última triunfante campanada que anunciaba la alegria al catolicismo, cuando se supo que la iglesia moscovita era cismática como antes; pero ya estaba conseguido el efecto, la Compañía de Jesus se habia exaltado á la faz del orbe, el nombre de sus hijos coronadose con la auréola de celebridad, y esto era probablemente cuanto los buenos padres esperaron conseguir de su tarea dramática.

Parece que el celo de los hijos de Loyola estaba enteramente reservado para los cismáticos, y que los católicos no tenian derecho alguno á él ni á su afecto. Algunos años antes de la pretendida reunion de las iglesias griega y copta á la romana, los Jesuitas, segun se afirma, habian probado hacer arrojar los caballeros de Malta de la célebre roca que estos tan intrépidamente defendian contra los turcos, y desde la cual, como águilas desde el nido se lanzaban sin cesar sobre las caravelas musulmanas ó sobre las riberas del imperio otomano. Parece tambien que Felipe II soñando en la monarquia universal, creia con razon que la posesion de Malta era necesaria para sus proyectos relativos al mediterraneo, y los agentes del déspota español sembraron tan diestramente la discordia entre los hospitalarios, que pronto se levantó una violenta tempestad sobre aquella roca batida por las olas. El gran maestre que era francés, vió su poder disputado, insultado, violentado, y finalmente fué reducido á prision; mas como los caballeros franceses conociesen el secreto, punto á donde se dirigian los autores de tamaños desórdenes; y diesen parte á la corte de Francia; el indolente Enrique III despertado de su apatia ordinaria, se mostró dispuesto á obrar con vigor en circunstancia tal, enviando al papa un embajador con el ultimatum de que interviniese pronta y eficazmente en el asunto, ó de lo contrario los bienes de la órden de Malta en Francia serian confiscados y adjudicados á la reciente del Espíritu Santo; cuya amenaza espoleó el zelo del Soberano Pontífice, obligándole á mostrarse dispuesto para hacer justicia al depuesto gran maestre. Entonces De Chaste embajador francés, fué á llevar á

Malta las amenazadoras órdenes de su soberano; los directores asustados callaron y se escondieron; el gran maestre fué sacado de la cárcel, y se le suplicó que recobrase su baston de mando; pero no quiso aceptar, y se fué á Roma, á donde llegó al mismo tiempo que el caballero de Malta que habian querido poner en su lugar.

El Papa sin embargo se hallaba muy embarazado para resolver el caso entre las demandas públicas del rey de Francia y las órdenes secretas del Rey de España; y los Jesuitas, como es claro, intrigaban con todas sus fuerzas á favor de su padrino el demonio del Mediodia, cuando una de aquellas casualidades que se hallaban tan frecuentes en la historia de la negra cohorte vino á cortar el nudo de la dificultad, pues el gran maestre y su antagonista murieron con pocos dias de intervalo de uno á otro.

Las intrigas de los Jesuitas en esta ocasion probablemente contribuyeron á producir el golpe que les hirió en el siglo siguiente, en que el consejo de la órden de Malta les arrojó de la isla á consecuencia de una acusacion sobre desórdenes y crímenes vergonzosos.

Durante el período que vamos resumiendo, los negros soldados de Loyola llevaron tambien su bandera á Boemia, Transilvania y hasta Constantinopla; y nunca tuvo tanta importancia la Mision de Turquia que Enrique IV hizo establecer despues de llamar á Francia la Compañia de Jesus, cediendo en esto á la influencia que sobre el ejercia su confesor el Padre Cotton, ó mas bien en un sentimiento naturalísimo que le hizo considerar como bueno el enviar lejos de Francia todos los doctores y profesores á quienes se debian discípulos é iniciados tales como Barriere y Juan Chatel.

En Tramilonnia fueron los Jesuitas sucesiva y rápidamente admitidos y proscritos. *La imágen del primer siglo de la Compañia de Jesus* ese descarado panegírico de san Ignacio y de su negra cohorte, nos enseña con mucha gravedad que los turcos se encargaron muchas veces de vengar por medio de saqueos horrorosos y grandes derrotas las persecusiones que los buenos Padres sufrieran de los transilvanos. En 1606 los Jesuitas fueron por última vez arrojados de aquel pais y de Boemia en donde habian ayudado á los emperadores de Alemania en el trabajo de arrancar á sangrientos girones la nacionalidad y la libertad del pueblo.

Hácia lo mismo época fueron igualmente espulsados de la Un-

gria, Morabia, Silecia y de todo el distrito de Riga y Lituania á despecho de la proteccion que les dispensaban los Reyes de Polonia.

En la obra arriba citada *Imágen del primer siglo de la Compañía de Jesus* hallamos un pasage de las historias de los buenos Padres casi casi ignorado, y es que los Jesuitas bajo el generalato de Lainez acompañaban las flotas españolas que iban á cruzar ó á desembarcar tropas en las costas de Africa y de los Paises Bajos; cuyo ejercicio se llamaba Mision naval. Era muy peligrosa, dice la *Imago primi sœculi* pero muy apetecida de los nuestros. No fué completa y constante sino en la Bélgica por cuyas costas podian penetrar en Holanda; y fué creada tal Misión no tanto para reformar las costumbres de los marinos, como se deja adivinar, cuanto para estender las conquistas de la Compañia.

A propósito de la Bélgica añadirémos, que san Ignacio para mantener allí á sus hijos, despues de muerto se dió á hacer milagros con toda gravedad referidos por la *Imago primi sœculi*; y san Francisco Javier no quiso ceder á su gefe parte de ese honor. Dunkerque y muchos otros pueblos fueron testigos de los milagros que obró el apóstol de las Indias, generalmente como los de su fundador en provecho de las mujeres.

Es fácil comprender que en este rápido bosquejo de la fisonomía general de la Compañía de Jesus en los últimos años del siglo XVI y XVII, hemos debido omitir muchos detalles importantes; esperamos sin embargo que nuestros lectores se habrán formado una idea aproximada de tan estraña y terrible fisonomia que dibuja la historia con sangre asi de pueblos, como de reyes; asi de católicos, como de protestantes.

CAPITULO IV.

Los Jesuitas en el Cadalso.

(SIGLO XVII.)

Al comenzar el año 1648 una multitud inmensa entre la cual habia ciudadanos de la primera nota ya por su rango, ya por sus talentos, de las provincias unidas de Holanda, rodeaba el púlpito de uno de los principales templos calvinistas de Leyde. En el momento en que fijamos el principio de nuestro relato ese púlpito aun estaba vacio, de suerte que habiéndose terminado los divinos oficios segun el rito de Ginebra, circulaba por las antiguas y santas bóvedas un murmullo confuso y harto mundano, entre el cual un oido atento á duras penas hubiera podido percibir algunas frases completas por el estilo de las siguientes: —¿Creeis de veras, Herr Vanburg, que es un verdadero jesuita?—Asi lo aseguran amigo Duerer, que es un gran triunfo para nuestro país y para nuestra fé.—¡Oiga, y puede ser que lo ahorquen en espiacion de la muerte del gran Guillermo de Nassau!—Silencio, vecino. ¿No os he dicho.... pero he aquí la persona en cuestion. Por el alma de Calvino que le acompañan vestidos de grande uniforme, los gefes de la ciudad,

del consistorio y de la universidad. Esto es honrarlo mucho, y con tales antecedentes me parece que no le ahorcan.

A invitacion de los altos personajes que componian la comitiva el individuo acerca del cual se tenian mil conversaciones por el estilo que acabamos de referir, subió al púlpito y desde él hizo un gesto reclamando al parecer la atencion de la asamblea. Entonces reinó un profundo silencio. El orador que se disponia á tomar la palabra era un hombre alto y delgado, y cuyo rostro sin ser bello, era notable. Tenia ancha frente, y sus ojos brillantes con un fuego rojizo parecian arrojar chispas en el fin de cada mirada. Sin embargo de que su edad no llegaba quizás á 40 años, la enfermiza palidéz de su rostro, las muchas arrugas de la frente, y su fatigada apostura eran capaces de dar á entender que habia pasado ese término. Vaciló un momento antes de hacer oir su voz; pronunció las primeras palabras con los labios cerrados y con no poca angustia, y algunas gotas de sudor corrieron por sus descarnadas sienes. Finalmente habló.

Me llamo, dijo con voz sorda y seca, Pedro Jarrige y nací en Tulle en 1605. Hasta pocos dias ha, mi traje era la funesta sotana negra de jesuita que he llevado durante 24 años. Si, he sido jesuita; y al hacer esta confesion temo que súbitamente se abra á mis pies la tierra que piso hoy, y que la maldita órden de la cual he sido miembro ha bañado con sangre tan preciosa; ¡oh tú, sombra de Guillermo de Nassau, no vengas á rechazarme de esta tierra hospitalaria! Sí, por una fatalidad que deploro he formado parte de la inmunda y asesina cuadrilla que con tan impía audacia se honra con el dulce nombre de Jesus, el cordero Salvador y sin tacha; yo he sido tambien su víctima y soy ahora su acusador. Ojalá la verdad de las palabras que hoy pronuncio pueda servir de expiacion á la perpetua mentira de mis anteriores acciones. ¿Quien mejor que yo puede levantar la voz contra los Jesuitas? Yo he sido jesuita y profeso del cuarto voto, es decir, que todo lo diré contra la funesta caverna de que he podido escaparme y contra los tigres, los lobos, y las zorras que la habitan, lo he visto, y lo he oido y lo sé de cierta ciencia. No hablaré sino de las cosas que han sucedido á mi vista, y en la misma provincia de Guyenna en que yo residia.

Durante los 24 años que pasé en la Compañía de Jesus mil veces tuve tentaciones de separarme de aquel cenagal impuro; mas por mucho tiempo me impidieron hacerlo una vergüenza falsa, y terrores muy positivos; mas al fin Dios que sin duda queria que pusiese entre mí y los Jesuitas una muralla mas completa me ha iluminado con su divina luz; así es que aun llevaba la negra sotana cuando ya pertenecia á la religion reformada. Como estaba bien persuadido de que la menor noticia que tuvieran de mi conversion me costaria la vida, resolví, y Dios me perdone esta estratajema, que los Jesuitas me vituperan como un gran crímen, no descubrir el cambio operado en mí hasta que estuviese lejos de los calabozos, bajo cuyas bóvedas la negra Compañía sufoca los gritos de los que desobedecen sus órdenes ó contrarian sus obras. El dia 25 de diciembre de 1647 profesé la religion evangélica ante el consistorio calvinista de La Rochelle y algunos dias despues estaba en Holanda seguro y entre hermanos, mientras que mis negros enemigos me quemaban en estatua en una plaza de La Rochelle (1).

Feliz en haber recobrado mi libertad, verme acojido como lo fuí, y sobre todo con no sentir sobre mi cuerpo, cual la envenenada túnica del Centauro, la fatal sotana negra de que habia podido librarme, pensé vivir entre vosotros tranquilo é ignorado; pero la rabia de los Jesuitas no quiere que así sea. Sus gefes lanzan anatemas contra mí, sus delatores lo recorren todo manchando con su impura baba mis acciones, y mi vida está amenazada por ellos, de suerte que me han declarado una guerra á muerte. Pues bien, sea á muerte la guerra, yo la acepto, y he aquí mi declaracion de hostilidades.

En aquel momento el ex-jesuita, cuyo hablar era rápido, la voz fuerte, y los ojos mas brillantes que nunca; dió un terrible golpe sobre un manuscrito que habia colocado en el borde del púlpito, y redoblando su energía continuó: los Jesuitas me han lanzado á una hoguera porque me escapé de su fatal y asquerosa caverna; pues bien, yo quiero colocarlos sobre un cadalso tan alto que toda la tierra podrá ver en él su ignominia. Esta es mi respuesta á las calumnias de los que hasta ahora fueron mis cofrades, la dedico á

(1) Este hecho es exactamente histórico.

los Estados Generales de las provincias unidas que son los gobernantes del país que me ofrece una hospitalidad fraternal y generosa, y esta respuesta la titulo: *Los Jesuitas en el Cadalso por muchos crímenes capitales cometidos por ellos en la provincia de Guyena. Por Pedro Jarrige antes jesuita, profeso del cuarto voto y predicador* (1). Quiero que mi libro sea un cadalso de ignominia sobre el cual colocaré á la faz del mundo á los *peligrosos desconocidos*, á los *traidores disfrazados de santos*, á los cuales arrancaré sus máscaras de cómicos y sus capas de hipocresia, para que todos los pueblos que quieran ser libres y felices los arrojen de su seno diciéndoles, como Venecia les ha dicho al tiempo de lanzarlos: Id, no os lleveis nada, y no volvais mas, ó bien que cual la Inglaterra y la Holanda los castiguen como asesinos y envenenadores.

¡Ciudadanos de las provincias unidas! yo he escrito este libro principalmente para vosotros, cual una recompensa que queria ofreceros Por la hospitalidad que me concedeis; mas confio que será provechoso para todo el mundo. Los derechos divino y humano me mandaban por otra parte que levantára la voz contra los enemigos de Dios y de los hombres. Ataco pues á los Jesuitas en el pais en que los he conocido; los pinto tales cuales los he visto en la provincia de Guyena, y me serviré contra ellos de las armas que ellos mismos me han proporcionado. La muchedumbre y la variedad de los crímenes de que acuso á los Jesuitas al universo, es que una órden en la cual hay tales miserables debe ser reputada como los lobos feroces y como tal arrojada mil veces de todas partes. No os guardaré contemplacion alguna, lobos peligrosos disfrazados de corderos. Debo ejecutarlo, cuando veo que para hacerme la guerra echais mano del hierro y del fuego. Ya sé á cuanto me espongo osando luchar contra vosotros; he visto la plaza en que cayó el gran Guillermo de Nassau, y lejos de desalentarme con ello, he buscado en los escalones del palacio de Delft las huellas de la noble sangre derramada por los Jesuitas, y me he dicho á mí mismo: acaso las mismas manos harian correr mi sangre, pero al menos no caeré sin ser vengado confundiendo mi venganza con la del mundo

(1) Tal es en efecto el título de la obra que Jarriere publicó contra sus antiguos cofrades los Jesuitas.

entero que prorrumpia en aplausos al ver el cadalso sobre el cual voy, oh Jesuitas! á colocaros.

Ciudadanos de las provincias unidas por quienes murió Guillermo de Nassau: ingleses que presenciasteis el suplicio de los Parrys y de los Garnets; Francia que por tres veces has visto heridos por el mismo cuchillo á tus reyes; Portugal que ya no eres nacion; pueblos de Asia y de América que sois esplotados en nombre de Jesus; hombres de todos los paises y de todas las comuniones que habeis sentido estremecerse el suelo que habitais por efecto de esas conmociones subterráneas é infernales que advierten la fatal presencia de los Jesuitas, mirad, aplaudid; he aquí á los Jesuitas en el cadalso (1).

A estas palabras el ex-profeso de la Compañía de Jesus habiendo por fin el manuscrito del cual hasta entonces la impaciente muchedumbre no sabia sino el título, comenzó á leer en voz alta, lenta y terriblemente espresiva, el acta de acusacion redactada por él contra sus ex-cofradres. Ni queremos ni nos es posible continuar aquí las acusaciones del jesuita Pedro Jarrige, que en la edicion en 12° de 1677 publicada sin nombre de impresor ni lugar de impresion ocupa nada menos que 123 páginas, sin comprender la dedicatoria, ni la *respuesta al jesuita Beaufes*, que se constituyó en ejecutor público del individuo bastante atrevido para renegar á sus negros cofrades y sustraerse á sus castigos. Ademas, algunos de esos cargos no podrian continuar sino muy á puerta cerrada, porque se trata en ellos de vicios vergonzosos y de crímenes infames, cuyo solo nombre puede manchar, si es que acaso exista nombre para indicarlos. El libro de Jarrige hizo desde su aparicion tanto ruido que nos resolvemos á analizarlo del modo mas casto que nos sea posible.

Esa obra está dividida en doce libros ó discursos, y los títulos de esas partes que vamos á anunciar y resumir harán comprender cuan difícil seria presentar un analisis completo de la obra de Pedro Jarrige. El capítulo primero, que no es mas que una introduccion, está consagrado á demostrar que la *costumbre de los Jesuitas es la de atacar siempre á aquellos de quienes pueden tener*

(1) Todo esto se lee en la dedicatoria de la obra de Jarrige *á los muy altos y muy poderosos Señores los estados generales de las provincias unidas.*

justos recelos de que reveláran sus crímenes. El capítulo 2° contiene los *crímenes de lesa magestad cometidos por los Jesuitas.* Despues de recordar los diversos atentados de sus cofrades contra la vida de príncipes y reyes y de que ya llevamos hecho mérito, Pedro Jarrige menciona muchos otros y se detiene en demostrar que los hijos de Loyola se han manifestado constantemente hostiles sobre todo á los soberanos de Francia. Así es què asegura que como las armas de Luis XIII sufrieron una derrota en las fronteras de Picardía, mientras que toda la Francia estaba sumida en el dolor mostraron por ello grande regocijo. « En el colegio de Burdeos don-« de yo estaba, dice Jarrige, que la alegria fué tan grande que « diez ó doce Jesuitas llevaron secretamente y sin ruido las escobas « de sus cuartos y alguna leña menuda al campanario de la iglesia, « encendieron una hoguera, y cantaron un Te *Deum*, celebrando « las victorias del emperador y del monarca español, con la lectu-« ra de poesias que habian compuesto en elogio de su valor y de « sus hazañas. Habiéndose derramado sordamente por la casa el ru-« mor de que el acceso de alegria habia llevado á algunos hasta ese « punto de insolencia, el rector que lo supo lo disimulò, y el pro-« vincial á quien dieron aviso, aconsejó al buen francés que se lo « habia dado, que no hiciese cundir la noticia. Y qué, ¿callar no « es acaso consentir ? »

Segun dice Jarrige ese rector del colegio de Burdeos á fuer de hombre dulce y meticuloso sufrió los escesos de sus subordinados por solo efecto de debilidad, y aduce de ello una prueba al decir mas abajo que mirando un dia en el cuarto de ese rector un mapa de los Paises Bajos en torno del cual estaban grabados los retratos de varios príncipes que gobernaron aquellas provincias, y viendo que habian borrado el del duque de Alençon manifestó al rector lo que esto le indignaba, y el rector encogiéndose de hombros le contestó: «¡ Que quereis! Nuestras gentes no pueden soportar retratos « de los príncipes franceses. » y oiga, añade Jarrige, que Luis XIII ha dado á esas gentes mas de un millon.

Un jesuita Aleman que habia ido á Fontenay-le-Comte con el predicador de su Compañía oyó hablar en un banquete de los grandes planes que habia tenido Enrique IV y que podian cambiar la faz de toda Europa, y segun dice Jarrige, ese jesuita osó decir: «La

« gracia de Dios y el esmero de los hombres de bien lo impidieron. »

Vamos á continuar una revelacion curiosa cuya verdad podia fácilmente ser demostrada ó su falsedad conocida. Los Jesuitas ni mas ni menos que los religiosos de las otras órdenes rezaban todos los dias una oracion por el rey del pais en que vivian, y esa oracion tenia por objeto rogar á Dios que hiciese triunfar al rey *de sus vicios y de sus enemigos.* « Encuéntrese, cualquiera dice Jar« rige, á las ocho de la noche en una de nuestras casas ó pida « que se le enseñe el cuaderno en que esa oracion está escrita, y « se verá que los Jesuitas no piden á Dios que el rey de Francia « *triunfe de sus enemigos.* La razon es sencilla; el perpetuo enemigo « de la Francia es el rey de España, constante protector y patro« no de los Jesuitas. El provincial Pitard hizo suprimir esa frase de « la oracion de la tarde y borrarla de los cuadernos.»

Jarrige nos dice en el mismo capítulo que los Jesuitas sufrian muy contra su voluntad el imperioso yugo que el cardenal de Richelieu hizo pesar sobre sus cabezas, puesto que ese grande y terrible ministro estuvo muy lejos de ser amado de los reverendos padres, como lo diremos.

El Capitulo 3° del libro de Jarrige descubre las *usurpaciones y las antedatas ó fechas anticipadas cometidas por los Jesuitas*: de suerte que, segun dice, tiene noticia de muchos crímenes de esa clase, si bien se limita á citar dos ejemplos que apoya en razones y pruebas que desafia se le destruyan. A este propósito se esplica del modo siguiente: «Los Jesuitas entraron en posesion del priorato de « San Macario, Sur-Garonne, en época en que su renta no pasaba de « cinco escudos; pero han inventado tantas cosas para aumentarla « que hoy es de mas de doce mil libras. Fácil es comprender cuan« tas casas han debido saquear, y cuantas familias envolver en la « ruina para llegar á ese punto.» Para demostrar todo eso Jarrige apela al códice ó á los instrumentos de las tierras de ese beneficio. Afirma que cualquier desgraciado terrateniente que no poseyera los titulos de su finca, (cosa entonces bastante comun) estaba seguro de que le atacarian y despojarian. En el segundo ejemplo que Jarrige cita, afirma invocando las investigaciones de la justicia y el testimonio de muchas personas vivientes que los Jesuitas del co-

legio de Burdeos se hicieron falsificadores á fin de apropiarse la rica tierra del Fillac que pertenecia de derecho á un gentil hombre burdelés, el cual gracias á la destreza de los padres Malescot y Sabbatheri, gefe el primero y procurador de la provincia el segundo, fué jurídicamente despojado de ella. El anciano sacerdote Dubois, miembro de la Compañia tuvo noticia del hecho y cometió la imprudencia de decírselo á su provincial, el cual se mostró dispuesto á recurrir á las medidas mas fuertes para obligar al padre Dubois á que callase. Desconfiando este de las intenciones de su superior quiso ó bien repartir la carga que llevaba él solo, ó procurarse armas contra los malos intentos de su provincial, y á este fin cierto dia ocultó en su cuarto tres sacerdotes respetables y entonces hizo rogar á un tal Riviere que en esa época era estudiante en el colegio de los Jesuitas y despues fué cura en el arzobispado de Burdeos, que fuese á su cuarto, y al estar en él le pidió que repitiera lo que le habian dicho acerca de los fraudulentos manejos del procurador y del provincial. Creyéndose Riviere solo con un hombre en quien tenia confianza absoluta repitió la confidencia, rogando no obstante al padre Dubois que guardase silencio por temor dijo, de que alguno de los dos no fuese ahorcado. Pertrechado con esto él padre Dubois no pudiendo sufrir los malos tratamientos del provincial, se lo denunció todo al general que era entonces Mucio Vitelleschi. Los gefes de la orden, dice Jarrige, sufocaron al punto el negocio, el padre Dubois fué elegido procurador de la casa de Burdeos, y el padre Malescot dejó la provincia no para ser conducido á la rueda ó á la horca, como debiera creerse, sino sencillamente para ir á desempeñar el rectorado de Tournon. Mr. Dedie no recobró su hacienda, pero aprovéchese de mi declaracion, dice Jarrige, haga citar á los testigos que le indico, los cuales todos ó casi todos viven y alcanzará justicia haciendo condenar á los jesuitas como ladrones y como falsarios.

Jarrige acaba su tercer discurso anunciando que mas adelante publicará de que manera los reverendos padres de la llamada Compañia de Jesus confesando á las concubinas de los prelados, se apoderan del espíritu y de los beneficios de sus queridos, y cita cual un ejemplo el modo como el priorato de Ligugé en la diócesis de Poitiers ha ido á parar á los jesuitas.

El capítulo 4° del libro de Jarrige tiene por epígrafe esta acusacion: *Homicidio de niños espósitos, cometidos por los Jesuitas.* Este es un crímen enorme que no puede creerse sin pruebas muy palpables, y es preciso convenir en que Jarrige no las da sino vagas. Acusa á los Jesuitas de que dejan morir de hambre á las infelices víctimas de la liviandad ó de la miseria, y ruega á la ciudad y al Parlamento de Burdeos que ponga fin á tales horrores; pero no da mas pruebas que su testimonio, y en buena justicia el testimonio del acusador no está admitido sino en cuanto está apoyado. He aquí lo que Jarrige dice en resumen.

Habia en Burdeos en la gran calle des-Fossès, cerca de la casa de la ciudad, un hospital destinado á recibir y albergar á los peregrinos de Galicia, asi como tambien á recojer y cuidar á los espósitos: ese hospicio estaba ricamente dotado. Los Jesuitas lo pidieron y alcanzaron con sus cargas y beneficios, Jarrige afirma que sin embargo de que en Burdeos eran muchos los niños espósitos nunca se veian mas que un corto número de esas inocentes víctimas en el hospicio en que la caridad pública les habia destinado un asilo. El ex-jesuita dice que esto procedia de que los jesuitas se desembarazaban de aquella carga confiándola por módicas sumas á miserables criaturas ó mugeres públicas, que dejaban morir de hambre ó por cualquier accidente á esos pobres niños. Dice que una vez presenció el entierro de una de esas desgraciadas víctimas. Una sola vez, dice, porque habiendo conocido que la muerte del niño no habia sido natural hice una observacion acerca de ello, y el padre Francisco Irard, rector del colegio, me contestó que habria mucho trabajo para averiguarlo y que como el niño estaba en el paraiso, no era del caso que el dinero del colegio se gastara para vengar un delito que lo habia sacado de la miseria. Estas palabras por sí solas serian una terrible acusacion para los Jesuitas si Jarrige probase por otro testimonio que no fuese el suyo que efectivamente las pronunció un gefe de la órden. Cierto que segun el escritor dice, nada era mas facil que adquirir pruebas de la verdad que ha sentado, pues el mismo repite muchas veces que es tan sencillo, como que el solo exámen que hagan los jurados y magistrados de Burdeos convencerá á los Jesuitas de ser los verdaderos homicidas de esos niños, ó á lo menos la causa é instrumento de

su muerte. Afirma Jarrige que al contrario los niños cuyos padres daban secretamente dinero para mantener el fruto de sus amores ocultos se criaban muy robustos.

Advierte tambien el autor que los Jesuitas lograron sustraer ese hospital de la jurisdiccion del Parlamento de Burdeos y ponerlo bajo la del Parlamento de Grenoble, por dos razones que pueden parecer bastante plausibles. La una es que haciendo avocar las causas á un tribunal tan distante evitaban tener por jueces á los magistrados que veian todas sus acciones, y la otra que por este medio los Jesuitas de Burdeos alcanzaban por el temor de los dispendios y dilaciones ocasionadas por la distancia del tribunal, sumas de dinero de aquellos á quienes acusaban de ser padres de los espósitos, de suerte, dice Jarrige, que segun me lo ha confesado el padre Philoleau que está encargado de estos negocios desde que las causas del colegio de Burdeos van á Grenoble, los Jesuitas recogen mas dinero en un año del que recogian antes en veinte.

Los capítulos 5, 6, 7, 8, 9 y 10 están destinados á presentar *acusaciones de liviandad contra los Jesuitas. Liviandades en las clases, liviandades en las visitas, villanias cometidas en sus iglesias, liviandades en sus casas, liviandades en sus viages y en sus casas de campo, y finalmente, liviandades de los jesuitas en los conventos de monjas.* No podemos ni queremos remover el infame cieno por el cual muy despacio revuelca el autor de la obra á sus antiguos cofrades á quienes acusa de que en sus espantosos desórdenes no respetaron la edad ni aun el sexo de sus víctimas. En los seis capítulos cuyos epígrafes hemos continuado cita Jarrige muchos hechos y nombres propios, é invoca testigos que viven. En verdad parece que se place en describir minuciosamente las asquerosas liviandades á que supone se entregaban sus cofrades en su colegio y en su provincia. Cuando la espresion es tal que pudiera avergonzar á un soldado de marina, entonces el antiguo reverendo acude al latin, cuya crudeza escede á la que tendria la misma frase puesta en la lengua en que escribe.

El capítulo 11.° acusa á los Jesuitas *de monederos falsos*, pero esta acusacion que Jarrige ofrece probar jurídicamente no ataca en todo caso sino á los miembros de la órden cuyos nombres continua.

El capítulo 12 en el cual Jarrige podia dar á su acusacion una

latitud muy grande vitupera á los Jesuitas, *sus venganzas y sus ingratitudes*. En esta parte Jarrige no ha estado feliz, puesto que en este asunto podia encontrar materiales no solo para un capítulo de nueve páginas, sino para innumerables volúmenes. No presenta pues sino algunos rasgos de la ingratitud y de la venganza jesuítica, siendo asi que podia encontrarlos á millares. Sin embargo, no debemos olvidar que el ex-jesuita habia contraido el empeño de colocar sobre un cadalso á los Jesuitas no mas de su provincia. Despues de relatar las indignidades que los buenos padres hicieron sufrir á su tiempo á un primado de Aquitania, arzobispo de Burdeos, á un obispo de Bazas, etc., despues de pintarlos arrodillándose á los piés de los obispos y *quitándose el solideo* para besarles las manos mientras se preparaban á calumniarlos y perseguirlos de todos modos, Jarrige concretando sus acusaciones, recuerda que el duque de Epernon fué amigo y protector constante de la Compañía de Jesus. « A ese señor sobre todo, dice, como toda la Francia lo sabe, debe el haber sido llamada otra vez á ese reino, del cual fué « proscrita despues del atentado de Juan Chatel; y sin embargo « cuando el duque que era gobernador de la Guyene tuvo una seria « desavenencia con el arzobispo de Burdeos, los Jesuitas de la pro- « vincia no solo se declararon á favor del arzobispo y predicaron el « entredicho que lanzó el primado, sino que publicaron contra el « gobierno libelos infamatorios, en uno de los cuales trataban al « duque de Epernon de tirano, de perseguidor de la Iglesia, de Ne- « ron cruel, etc.; y esto con tanta insolencia que el príncipe de la « Iglesia, el cardenal Lavalette mandó instruir informacion contra « el autor de ese libro, y lo hizo buscar con mucha actividad; pero « no pudo hallarle. Hoy, continua Jarrige, quiero que se sepa « que ese escritor es el padre Leonardo Alemany, miembro de la « Compañía, quien en 1647 enseñaba conmigo elocuencia en Bur- « deos y redactó ese infame libelo por órden de sus superiores y en « conformidad con las notas y documentos que ellos le proporciona- « ron. Interróguese con respecto á esto á los padres Fontenay y Cha- « vanal, sin hablar de muchos otros que tuvieron conocimiento de « ello. El mismo Dios, añade Jarrige, parece que quiere castigar « á los que favorecen la órden de los Jesuitas como lo indica lo que « queda referido, y mas claramente aun otra particularidad relati-

« va al mismo duque de Epernon. Este magnate habia dado á los « reverendos padres la abadía; La Fenayde en Santonge, pero des- « pues de la denominacion creyó que para su recreo bien podia edi- « ficar una hermosa casa de campo en el terreno que los Jesuitas de- ,, bian á su generosidad; mas estos no vacilaron en promover con ,, este motivo un litigio á su bienhechor, el cual para gozar del ,, edificio que habia levantado á sus costas y en un terreno que aun ,, podia mirar como suyo, hubo de pagar á esos ingratos desver- ,, gonzados una suma de diez mil libras. ,,

«Nótese bien, esclamó el Jesuita, dirigiéndose de nuevo al au- « ditorio que rodeaba su púlpito, nótese bien que si despues de ha- « ber recorrido todos los colegios, todos los noviciados, todas las « residencias y todas las casas de los Jesuitas hubiese encontrado los « crímenes de que los acuso y de que espero convencerlos, el mal « no sería pequeño ni ligera la vergüenza que sobre la Compañia « recayese; pero lejos de haber recorrido todas las provincias jesuí- « ticas del universo, ni todas las de Francia, ni siquiera todas las « casas de la provincia de Guyene que es la mas pequeña, solo ha- « blo de las cuatro ó cinco en que he vivido. En vista de esto, dirá « cualquiera que por fuerza la corrupcion de la Compañia debe ser « muy grande, cuando sin mas que examinar cuatro ó cinco de sus « residencias, encuentro *falsarios, monederos falsos, sodomistas sacríle- « gos y asesinos*, y todos ellos reos no de uno ni de dos atentados, sino « de veinte, de cincuenta, de ciento. Por esta muestra puede juz- « garse ahora de la Compañia entera. Ciudadanos de la república de « las Provincias unidas; reformados, hermanos mios que me escu- « cháis, reinos y paises de toda la tierra, hombres de todas las creen- « cias hasta quienes llegará el eco de mis palabras; si he puesto á « los Jesuitas en el cadalso es para bien de todos vosotros, y es, « sirviéndome pero con verdad de un frase tan frecuente como fal- « samente repetida en la maldita órden de que he podido escapar- « me, *para mayor gloria de Dios amen* (1).

Fácil es comprender cual fué la rabia de los Jesuitas cuando se

La obra de que tratamos acaba en el capítulo XIII que contiene cinco *Reflexiones sobre los doce artículos precedentes*, del cual está fielmente estractado el final del discurso de Jarrige. La biblioteca Real posee la edicion en 12.° hecha en 1677, y en ella puede ver el lector la exactitud de este análisis.

vieron infamados ante el Universo entero, y esto por la mano de uno de sus antiguos compañeros. Apenas los ecos de la atenta Europa habian repetido las últimas palabras de la voz acusadora, cuando se alzaba y respondia á la acusacion el Jesuita Santiago Beaufés. Los argumentos del defensor do la Compañia de Jesus se reducian á poca diferencia á esto: Pedro Jarrige es un renegado infame que no merece crédito alguno, ya porque cuanto dice contra la Compañia que cobardemente ha abandonado procede de que esta no há querido ensalzarle á las dignidades á que aspiraba, ya porque él es culpable de todos los crímenes de que hace cargo á sus cofrades. La réplica de Jarrige se hizo esperar muy poco tiempo (1). ,, Si soy un malvado, decia, como lo supone Beaufés,¿ por qué la ,, Compañia de Jesus me tuvo tanto tiempo entre sus miembros? ,, Si soy un hombre inepto, sin razon y un bruto, como se da á en- ,, tender,¿ por qué me recibió profeso y profeso de los cuatro vo- ,, tos? ¿Por qué me confió el encargo de predicador? ¿ Y quien es el ,, que me dirige tales ataques?,, En seguida viene un retrato de Santiago Beaufés que no le va en zaga al que este Jesuita ha hecho de Pedro Jarrige. Renunciamos á dar una idea de esta lucha que fué un curioso espectáculo para el mundo cristiano, el cual encuentra en él un divertimiento y una preciosa enseñanza.

Desgraciadamente como pareció que el protestantismo iba á convertir en una arma contra el cristianismo las revelaciones de Jarrige con respeto á los Jesuitas, Roma despues de haber vacilado algun tiempo, descendió á la liza en ausilio de un guerrillero en desorden, de suerte que la faz del proceso se convirtió en provecho de la negra cohorte, pues ademas cuando el protestantismo quiso presentar otra vez su testigo ante el tribunal de las naciones, Jarrige habia desaparecido y no fué posible hallarle. Inmediatamente se levantó un grito general y su energia y unanimidad bastaron para probar de que manera eran estimados los reverendos padres en el fondo de los corazones. Pedro Jarrige, decian las gentes, el ex-jesuita, el acusador de la Compañia, cuyos crímenes y torpezas habia descubierto, ha caido á los golpes del puñal de los hombres de so-

(1) La respuesta à las calumnias de Beaufés está detras de la edicion del libro de Jarrige hecha en 1636, y à ella se ha añadido los *Avisos secretos* de los jesuitas, y los *Secretos y aforismos de la doctrina de los mismos*.

tana. Por lo menos habia sido arrebatado por ellos, transportado, escondido y encerrado en vida en uno de esos terribles y sordos *in-pace*, en donde la órden sabia diestramente ocultar á la vista de los hombres todo lo que podia serle nocivo.

Parece que no hubo nada de esto, pues Pedro Jarrige despues de haber puesto á sus antiguos cofrades bajo la ignominia de la humanidad, asaltado, oprimido y encadenado por los terrores que diestramente le hicieron concebir y de los cuales se ven algunos indicios en el mismo libro que habia publicado, entró otra vez en las filas de los hijos de Loyola. Debemos decir que los adversarios de los Jesuitas han sostenido siempre que estos despues de arrebatar á su acusador le habian encerrado en uno de los calabozos en que lo dejaron que se pudriera. A esto contestan los defensores de la negra cohorte con el testimonio de algunos escritores, entre ellos de Estevan Balucio que justamente pueden ser tachados de parciales á favor de la Compañía. Balucio afirma que Pedro Jarrige retirado de pronto á casa de los Jesuitas de Amberes fué luego á pasar seis meses á la casa profesa de Paris, y que en seguida volvió á Lulle en donde vivió honrado y estimado de los *mismos Jesuitas* hasta el año 1670, época de su muerte. Segun dicen le enterraron en el dia 27 de setiembre en el santuario de la iglesia de san Pedro. De la casa de los Jesuitas de Amberes salió en 1651 una retractacion verdadera ó falsa, voluntaria ó supuesta de Pedro Jarrige, y esa retractacion deja en parte subsistentes las acusaciones lanzadas por aquel contra la negra Compañía. Cualquiera que sea la mano que dirigió á la pluma, condena en masa como calumniosas las antiguas palabras de Jarrige sin motivar las nuevas, sin discutir aquellas una á una y por consiguiente sin justificar de todo punto las segundas. Digno es de notarse que en la página 77 de la retractacion de garrige continúa este sosteniendo que los padres Rousseau y Beaufés se valieron de mil supercherias é invenciones para hacerle condenar á una hoguera, y como fundaron dice, sus acusasiones sobre apariencias, era bien racional que yo fundase graves acusaciones sobre un pequeño cimiento.

A la verdad damos poca importancia á este negocio del padre Jarrige, y creemos sin grande esfuerzo que ese hombre salió de la Compañía de Jesus porque no encontraba en ella los honores y

los provechos que su ambicion habia esperado, segun lo dice el defensor de los Jesuitas. Tambien parece ser bastante probable que este mismo motivo le hizo abandonar al cabo de tres años la religion calvinista, cuyes miembros, segun él mismo dice, no le hicieron una acogida muy fraternal. Parece que Jarrige se encolerizó porque la iglesia calvinista no quiso dispensarle los cuatro años de pruebas que se exigian á todos los católicos antes de ser predicadores del Evangelio. *La Carta de un mercader de Leyde* acusa á Jarrige de ser hombre de malas costumbres.

Lo que de todo esto deducimos nosotros es que si Jarrige era un miserable tal cual lo hizo escribir y publicar la Compañía cuando él se declaró su acusador, no vemos la razon porque esa misma Compañía hizo tan grandes esfuerzos para recobrar á ese renegado, cuando debiera estar muy contenta de haberse deshecho de él. Los escritores de la Compañía celebran á quien mas puede *la prudencia y la destreza* de que hicieron uso el jesuita Ponthelier y algunos otros padres, quienes desafiando los riesgos que corrian en Holanda fueron á alcanzar á Jarrige, y con esa prudencia y esa *destreza* lograron traer á Amberes á su antiguo cofrade. Ademas, si Jarrige era un impío, un libertino, un hombre manchado con todos los vicios, detestable, abomínable, execrable, y digno de una docena mas de epitetos honrosos como estos, y con que le engalanan los irritados Jesuitas, ¿como pudieron sufrirlo entre ellos durante el largo espacio de 24 años; y por qué despues tuvieron tanto empeño y echaron mano de tanta *destreza* para que entrára en sus filas?

Jarrige nos dice en su *Retractacion* que los Jesuitas le alcanzaron de S. M. Cristianísima una de las mas hermosas patentes de gracia y absolucion que jamás se hayan visto, de suerte que ya no temia á Burdeos para su libro, ni la Rochelle para su sentencia de muerte. Ademas, añade, he recibido un salvo conducto de nuestro santo padre el papa, y un pasaporte del archiduque Leopoldo para viajar por todos sus dominios; y finalmente el general de la Compañía, Francisco Piccolomini, me ha enviado patentes para entrar otra vez en los Jesuitas en donde estoy *con entera absolucion sin penitencia ni satisfaccion alguna.* Nosotros juzgamos que los Jesuitas temian mas las ulteriores revelaciones que acerca *de la*

organizacion y de la conducta política de la órden parece prometer Jarrige en su libro, que no estaban irritados por las acusaciones de los terribles vicios, en virtud de los cuales su antiguo cofrade los ataba al poste de la infamia. Jarrige no habia dicho en su libro las cosas de mas importancia, y sin duda los Jesuitas quisieron impedir que las dijera, con cuyo objeto desplegaron esa prudencia y esa *destreza* de que se glorian y recibieron con tan buena gracia al fugitivo cuando volvió, absolviéndole enteramente y sin imponerle pena alguna. Finalmente, segun dicen los defensores de la Compañía, Jarrige murió honrado y hasta estimado de los mismos Jesuitas. Nosotros dirémos para concluir que esto no es el mejor elogio que puede hacerse de la órden ni del individuo.

Otro libro que hizo y debia hacer mucho mas ruido que el de *Los jesuitas en el cadalso*, fué una obra titulada: La *Monarquia de los Solípsos.* Esta palabra de *Solipsos* unida á la de la *Monarquia* significa *gentes que quieren reinar solos*; y parece que este título se juzgó tan oportuno para los Jesuitas que apenas la palabra fué creada cuando todo el mundo se la aplicó á ellos. Ese singular libro es bajo un velo alegórico la mas completa revelacion que tenemos acerca de la *misteriosa* Compañía de Jesus. Daremos de él un análisis rápido, sirviéndonos, para la inteligencia de los nombres y de las cosas, de la *clave* ó esplicacion que se añadió á la edicion publicada en Holanda en 1648.

Despues de haber dado una idea general de la *Monarquia de los Solípsos* ó de la Compañía de Jesus, despues de haber dicho que el poder del gefe de esa estraña monarquia es tan absoluto que cual quiera cosa que haga ó mande hacer, por muy contrarias que sus órdenes sean á la razon, á la justicia, á la moral y á las leyes divinas y humanas, sus súbditos deben obedecer ciegamente y sin hacer reflexiones, el autor nos lleva á la capital de la *Monarquía de los Solípsos*, y nos indica los medios empleados por los jesuitas para reclutar jóvenes de familias ricas ó poderosas, ó para impedir que desierten de sus filas si están ya enganchados en ellas. Es del caso notar aqui, que contra lo que siempre se ha repetido, el autor del libro que analizamos da por seguro que el poder tiránico de que está revestido el general de la Compañía, es el orígen de la continua guerra que hay en ella. Descríbenos en seguida la magnificen-



Lith. Gardelle y Cª. Calle de la Union 26

Los egoistas ó de la secta Solo-yo

cia de las casas, ó por mejor decir palacios, que los Jesuitas poseian en Roma y en la campiña romana, y la esplendidez verdaderamente real que rodeaba al despótico Aguaviva, á ese *Avidius Cluvius*, el primero que á imitacion de los Papas y de los Soberanos dió á besar su mano á sus ministros y dignatarios. Nos hace saber que los Jesuitas, segun ya nosotros lo hemos dicho, no reparaban al tratarse de sus intereses en ofrecer sacrificios en todos los altares, en sostener en Roma lo que negaban en Paris, y en condenar hoy lo que defendian mañana.

Por esto el historiador de la *monarquia de los Solípsos* dice, que estos estan de acuerdo con los fariseos, sin separarse de los Herodianos y conformándose al mismo tiempo con las creencias de los cedúceos; sin embargo de la oposicion que hay entre los dogmas de estas tres sectas religiosas. Es decir, que los Jesuitas en nada creen sino en ellos.

Pasando al Colegio de los Jesuitas el autor de la *monarquia de los Solípsos* hace de ellos un retrato muy poco lisonjero y que daría un mentís absoluto á las pretensiones de los escritores panejeristas de la Compañia, si no se supiera ya y nos lo dice tambien el autor, que solo en las ciudades considerables, y sobre todo en aquellas en que hay Universidad, se dedican con esmero los reverendos padres á la educacion de la juventud.

«¿ Quereis saber, dice en el capitulo 6.° de su historia alegórica, « las principales cuestiones que los *Solípsos* dilucidan en sus cursos « de filosofía? He aqui un resumen de ellas: *Las manchas que se « notan en la Luna son efecto del ladrido de los perros*? En teologia « las cuestiones son mas graves, pues allí se discurre el color de los « Espíritus, ó bien se prueba que el ruido del tambor es agradable ,, á las inteligencias. ,, En el mismo capitulo 6.° y en el siguiente se adivina la intencion del autor, que es indicar las funestas leyes secretas que rigen la Compañía de Jesus y sus detestables doctrinas. En los mismos se revelan varias costumbres de los Jesuitas, asi es que, segun el escritor que analizamos, afectan no observar cuando caminan las exigencias del decoro, mirar á uno y á otro lado balanceando los brazos, arremangándose la sotana y no saludando á nadie, á menos que encuentren alguna persona que pueda servirles; porque á las tales las confunden á cumplidos.

,,La veneracion que los otros cristianos tienen para con el Papa, ,, dice en el Capitulo 7.°, no es nada si se compara con la que los ,,Jesuitas profesan á su general.

,, Si alguno de ellos pronuncia su nombre, todos los demas hieren ,, el suelo con los piés; si le ven se prosternan hasta dar con el ros- ,, tro en tierra; para acercarse á él ó servirle en lo que necesita se ,,empujan, se derriban y se atropellan.,, A esto sigue una divertida descripcion de los festines que celebran el gefe de la órden y sus sátrapas. Pasando en seguida á la forma del singular gobierno de los jesuitas y sus dignatarios, asegura que en aquel no hay justicia ni moral, y que estos carecen de moral y de justicia. ,, Los princi- ,, pales destinos, dice, los desempeñan por lo comun los mas inep- ,, tos ó se confieren como recompensa de los mayores delitos, y ,, entre los dignatarios debe contarse á los delatores, que son mu- ,, chos, y cuyo oficio es el mejor camino para subir á los prime- ,, ros destinos de la órden.,,

El autor divide á los Jesuitas en cinco clases; á saber, los profesos de los cuatro votos, los coadjutores espirituales, los estudiantes y simples profesos, los coadjutores temporales ó Jesuitas legos y finalmente los novicios. Nos dice que los Jesuitas legos, que siempre son en crecido número, habian alcanzado tal poder en la órden y eran tan intrigantes y turbulentos, que los profesos de los cuatro votos viéndose precisados á procurarse su amistad y someterse á su yugo, ó á ser perseguidos por ellos y privados de las dignidades, resolvieron durante un interregno reducirlos á su humildad primitiva, Viteleschi que entonces fué elegido general prometió y hastá juró que el daría ese golpe; pero los coadjutores temporales se resistieron con tanta oportunidad á los proyectos de sus adversarios, y de tal modo apuraron á su nuevo general, que este hubo de ceder y doblegarse ante el huracan que habian levantado y que a menazaba arrebatarlo todo. De esta suerte se quedaron con el poder que habian us urpado, poder que era muy grande, segun el autor que analizamos, quien afirma que siendo procurador de la provincia de Sicilia hubo de denunciar á la autoridad civil uno de sus subordinados que era reo de muchos crímenes, y aquella autoridad le juzgó y condenó á morir en una horca. ,, Sin embargo, ,, dice el autor de quien hablamos, los coadjutores temporales se

,,manejaron tanbien cerca del general, que este salvó de la horca ,,al miserable que bien la merecia, y no solo esto, sino que con- ,,siguieron que al instante fuese nombrado Rector. Habiéndome ,, atrevido á manifestar estrañeza por ello, me contestaron que ,, aquel hombre habia sido bien condenado con arreglo á las formu- ,, las y á la justicia por robo y por otros crímenes y que precisa- ,,mente por esto se creyó del caso conferirle el destino de Rector. ,, Entonces no pude menos de manifestar mayor pasmo, y me di- ,, jeron que la resolucion tomada era muy natural, porque habiéndose ,,justificado aquellas infamias con demasiada evidencia, era preciso ,, destruir esas pruebas no solo absolviendo al reo, sino concedién- ,,dole honores con lo cual quedaria completamente sincerado á los ,, ojos del mundo. Esta nueva jurispendencia me pareció tan singu- ,, lar que al punto hice dimision del cargo que desempeñaba.

Entre todos es notable el capítulo 10 de la *Monarquía de los Solípsos*, porque en él están esplicadas alegóricamente, pero de un modo muy comprensible las leyes que rigen la Compañía de Jesus. ,, El número de sus leyes es inmenso, dice el capítulo, de ,, suerte que abrazan quinientos volúmenes. Contienen una infini- ,, dad de Reglamentos relativos á la Compañía en general; declara- ,, ciones particulares de los generales de la órden, ordenanzas y ,, estatutos que descienden hasta los mas pequeños pormenores tan- ,, to por lo que toca á lns destinos, como á las personas, y gene- ,, ralmente por lo que tiene relacion á la Compañia. Ademas de ,, esto cada provincia tiene sus leyes, y los colegios y las casas ,, tienen tambien sus privilegios particulares. En esas leyes es digno ,, de notarse sobre todo la sumision de los jesuitas para con su ge- ,, fe, y sus continuos esfuerzos para someter á él todo el universo ,, por cuantos caminos sea posible, legítimos ó ilegítimos. Los pre- ,, ceptos del Evangelio no pueden enseñarles á moderar su ambicion, ,, porque no conocen ese divino libro. He aquí un resúmen de esas ,, leyes estrañas y que están ocultas hasta á la mayor parte de los ,, miembros de la negra cohorte.

,, 1.° El que una vez se ha alistado en el estandarte de san Ig- ,, nacio de cualquier modo que eso sea, ya por eleccion, ya por ca- ,, sualidad, de grado ó por fuerza, debe renunciar á todo otro so- ,, berano, y sustraerse á toda otra ley hasta á la natural.

„2.° No respetará á nadie, quien quiera que sea, si no se lo „manda su gefe supremo á quien venerará sobre todas las cosas.

„3.° Todas las palabras y todas las acciones de ese gefe supre- „mo serán para sus súbditos cosas sagradas. Por muy malas que les „parezcan ó por contrarias que sean á la naturaleza tienen obli- „gacion de elogiarlas y sostenerlas con buenas y sólidas razones.

«4.° Serán enemigos de todo miembro de la órden los que lo «sean del General, y se los deberá incomodar y perder por todos «los medios imaginables.»

El autor de la *Monarquía de los Solípsos* traslada todas las leyes del jesuitismo en su asquerosa desnudez cual lo hemos visto en las transcritas. El articulo 10, que es una fiel traduccion del sentido intimo de las *Constituciones*, manda á todo Jesuita que cuando denuncie justa ó injustamente no se ocupe ya de su reputacion ni de la de los otros, porque la reputacion de todo miembro de la órden no es suya desde el instante en que entra en la Compañía. «Tras esas leyes, dice el jesuita revelador, vienen severos castigos «contra aquellos que osan infringirlas, y para alentar á la obe- «diencia se leen al pié de aquella máxima, que es como el alma «de sus leyes, las siguientes palabras: Cualquiera que está bajo el «dominio del gefe de la Compañía menos debe considerarse como «un hombre que como una bestia salvage domada y domesticada.»

Las revelaciones contenidas en el capítulo 12.° del singular libro que analizamos, son verdaderamente espantosas.

En ellas nos deja entrever el autor los abismos de indignidad que reinan en el fondo de la Compañía de Jesus, en los cuales los débiles y los inocentes son sumergidos y desaparecen, mientras que los criminales, audaces y poderosos pasan tranquilmente por encima de ellos insultando todavia á sus víctimas. Allí se vé que la muerte positiva y violenta es uno de los castigos que usan los Jesuitas, revelacion que no ha vacilado en hacer el mismo Mariana. Allí se vé tambien el retrato del General Vitelleschi sucesor de Aguaviva, bien diferente del que han trazado los pinceles jesuíticos. Dícenos luego el autor de la monarquía de los Solípsos los medios que emplean los Jesuitas á fin de estender por todas partes su influjo y su dominio. Tambien nos edifica con respecto á las muchas obras debidas á las plumas de la Compañía, las cuales mas bien

deslumbran que ilustran, sin esceptuar sus *historias y relaciones piadosas*, las cuales en su sentir casi nunca son otra cosa que novelas.

En seguida dedica el autor dos capítulos para presentar en su verdadero punto de vista los trabajos de los Jesuitas en la China, trabajos muy poco apostólicos. El capitulo 18.° titulado *Los matrimonios de los Solipsos y la educacion de sus hijos* nos inicia en los manejos de que se sirven los hijos de san Ignacio á fin de apederarse del ánimo de las mujeres, y sobre todo de las viudas ricas y para conseguir que los hijos de familia se metan por sí mismos en la negra congregacion. En las notas que este Capítulo tiene en la edicion hecha en Amsterdam se vé un ejemplo del modo como se conducen los Jesuitas para arrancar de la casa de sus padres á los jóvenes cuyas brillantes disposisiones ó cuyas futuras riquezas hacen que sean una presa apetecible. Pedro Airault juez de la Bailía de Angers habia confiado á los Jesuitas su hijo á quien destinaba para desempeñar su empleo; asi es que mientras recomendaba á los buenos padres que se esmerasen en su educacion les rogó con empeño que no procuraran catequizar al niño para que entrara Jesuita. Prometieron los reverendos cuanto el padre quiso, sin dejar por esto de influir en el ánimo del hijo y con tanto acierto, que despues de estudiar dos años en su Colegio le dieron el hábito en 1586. Apesadumbrado y lleno de cólera el padre reclama su hijo á los Jesuitas, quienes contestan que no se sabe su paradero, y si bien á suplicas de Airault el Parlamento manda que el jóven sea devuelto al padre, los reverendos se muestran tan sordos á la voz de la justicia como al grito de la naturaleza. Renato Airault es enviado á un Colegio de Lorena y de allí conducido á Alemania y despues á Italia, con la añidadura de hacerle cambiar el nombre, de suerte que cuando á instancias del desventurado padre Enrique III mandó á su embajador en Roma que reclamase ante la santa Sede, y el papa deseoso de satisfacer los deseos del primogénito de la iglesia se hizo presentar la lista de todos los Jesuitas del mundo, el General puso desde luego en manos del Pontífice aquel documento en el que, como se supone, no se encontró entre los nombres de todos los hijos de Loyola el de Renato Airault. Irritado el padre en escritura hecha ante Notario y testigos legó su maldicion al ingrato

hijo mas no por esto pudo privarle de la herencia que fué á parar á los Jesuitas en cuya órden vivió y murió Renato. Esta anécdota es el modelo que hemos seguido al trazar el cuadro presentado á nuestros lectores en el capitulo 3.° de la 1.ª parte.

El autor de la *Monarquía de los Solípsos* nos habla luego de las inmensas riquezas de los Jesuitas cuyo manantial en gran parte descubre. Descríbenos algunos de los chascos que la negra Compañía hubo de sufrir á causa de su codicia; de su arrogancia ó de su ambicion, como tambien las escandalosas y ridículas disputas á que dieron lugar el jesuita Molina y su famoso libro, de que luego hablarémos. El autor de la singular obra que analizamos deja entrever en su último capítulo las intestinas guerras que con frecuencia desgarran el seno de la Compañía de Jesus; guerras encarnizadas y tanto mas terribles en cuanto su estruendo no trasciende á la parte de afuera y el triunfo es tan mudo como la derrota.

A pesar de los velos estravagantes y por desgracia harto tupidos muchas veces con que el autor de la *Monarquía de los Solípsos* ha cubierto su obra, no por esto deja de ser el cuadro mas completo, curioso é instructivo que tenemos de la Compañía de Jesus, y el rayo de luz que permite á nuestra estremecida vista penetrar por un instante en los profundos y tenebrosos horrores que encierra la caverna del jesuitismo.

¿Pero quien es el autor de ese libro? He aquí un punto que se ha controvertido muchas veces, si bien todo el mundo y los Jesuitas mismos están de acuerdo en que es un jesuita, porque solo un cómplice y una víctima de la negra cohorte puede revelar de esta manera sus secretos. Creyóse por mucho tiempo que el autor era un jesuita de Viene llamado Melchor Inchofer que entró en la Compañía en 1607; y esta opinion de que participa Bayle, segun puede verse en su *Diccionario histórico y crítico*, fué de pronto la de los Jesuitas. Acababa de publicarse el libro, cuando segun nos lo dice en la relacion de su viage un canónigo de Verdun que era entonces diputado de los obispos de Francia, tuvo un éxito brillante y todo el mundo vió la Compañía de los Jesuitas representada en la *Monarquía de los Solípsos*, de modo que no se les daba otro nombre. Persuadidos el general y sus áulicos de que solo un jesuita podia haber escrito aquella obra buscaron entre ellos al falso her-

mano á quien debian castigar. Sus sospechas recayeron de pronto contra Melchor Inchofre, el cual cuando murió Vitelleschi se atrevió á presentar al Papa una *Memoria* pidiendo la reforma de su órden. En conformidad con las formas sumarísimas de que nos da noticia la *Monarquia de los Solipsos*, Melchor fué juzgado y condenado sin citarle, sin formalizar la acusacion, sin oir partes ni testigos, y la sentencia ejecutada sin apelacion ni dilacion alguna. Un magnate de Roma, jesuita *in-voto*, prestó su carroza, sus criados y su ausilio para que se ejecutára la sentencia. Fué á visitar á Inchofer al colegio de los Alemanes, y cuando el padre le acompañó hasta la puerta el magnate le hizo cojer por sus criados y meterlo en el coche, que echó á correr precipitadamente. El canónigo Bourgeois dice que el lugar del destierro á donde tenian animo de llevar al Jesuita condenado era un desierto rincon del nuevo mundo; pero los seminaristas del colegio Aleman del que era superíor Inchofer, al cual querian mucho, fueron al punto á llevar la noticia de lo que pasaba á los cardenales amigos del P. Melchor. Aunque hasta entonces todo lo habia hecho el magnate sin que los Jesuitas dieran la cara para cosa alguna, no por esto dudaron los papas y los cardenales que todo se habia hecho por órden de ellos, y en el acto se mandó al General de los jesuitas que instantaneamente se presentara á su santidad. De pronto el General trató de aparentar que lo ignoraba todo, pero el papa insintió en mandarle que pvsíese en líbertad al padre Inchofer, declarándole que le hacia personalmente responsable de cualquier daño que sobreviniera al preso. Los órdenes del papa fueron dadas con tal severidad, que al dia siguiente Inchofer estaba otra vez en el seminario de los alemanes, y es probable que los gefes de la Compañia de Jesus se convencieran mas adelante de la inocencia del padre Melchor puesto que le dejaron morir tranquilmente en Milan en 1648.

Hoy por lo general es reputado como verdadero autor de la *Monarqúia de los solipsos* Julio Clemente Scotti, tambien Jesuita. La edicion de la obra hecha en Amsterdam en 1648 no dice quíen sea el autor, puesto que pareció con el seudonimo de Lucius Cornelius europæus (1). Cualquiera que sea el nombre del autor de ese li-

(1) La *Monarquia de los Solipsos* fué escrita en latin é impresa por primera vez en Venecia en 1645, con el siguiente titulo: *Lucii Cornelii Europæi Monarchia Solipsorum.* La primera traduccion francesa es de Restant, impresa en Amsterdam en 12° en 1754.

bro, es cierto que ha colocado á los jesuitas en el cadalso mucho mejor que Pedro Jarrige. Otros escritores completaron su suplicio sin temor alguno y á la vista de todo el mundo, pues hácia esa mísma época Pasquier publicaba su *Catecismo de los Jesuitas*, en el cual se los ataca con muchisima finura y malicia. Nicolas Perrault y el gran Jansenista Antonio Arnaud edificaban al mundo con respecto á la moral de los hijos de Loyola, el primero estractando sus mismos escritores casuistas y doctores, y el segundo con las mismas obras de la negra cohorte. Finalmente el célebre Pascal entrando á su vez en la liza acabó la derrota de los negros soldados del Jesuitismo, á quienes sufocó con el granizo de su terrible satira; llamada *las Provinciales*. Pronto volverémos la vista hácia ese libro único, eterna obra maestra de estilo, de gusto, de lógica y de talento, asi como hablaremos tambien de la *Moral practica* de Arnaud.

A todos esos ataques, y á otros menos terribles y de menos estruendo que no hemos mentado, contestaban orgullosamente los Jesuitas desplegando el mapa mundi y contando sus provincias, colegios, residencias, casas y posesiones diversas. He aqui cual era efectivamente despues de cien años de existencia el gigantesco desarrollo del instituto creado por Ignacio de Loyola. La bandera del jesuitismo flotaba triunfante en Italia, Sicilia, Cerdeña, España, Francia, Bélgica, Alemania, Austria, Bohemia, Polonia, Lituania, en las Islas y en el continente de Asia y en las dos Américas.

La Italia dividida en cuatro provincias jesuíticas, á saber de Roma, de Venecia, Milan y Napoles; la Sicilia en dos; á saber provincia Oriental y provincia Occidental y la Cerdeña no formaba mas que una. Contaban los Jesuitas cinco provincias en España comprendiendo en ella el Portugal, y esas cuatro provincias eran las de Toledo, de Castilla, de Aragon y de Sevilla. Cinco en Francia, á saber, la que se llamaba provincia de Francia cuya capital era París, y las de Guyena, Tolosa, Lyon y Champagne, dos en Bélgica: esto es, la de Amberes y la de Douai. Cinco en Alemania, que son la provincia del bajo Rhin, la del alto Rhin, la de la Germania, superior, la de Austria y la de Bohemia. Dos en Polonia, á saber, la de Polonia propiamente dicha, y la de Lituania. Tambien habia una provincia en Inglaterra, pero sus seminarios, colegios, residencias y casas diversas estaban en Bélgica, en España, ó en Italia.

Asimismo habia algunas residencias en Escocia y en Irlanda, y la Turquia las tenia que formaban parte de diversas provincias jesuíticas En Asia habia las provincias de Goa, Malabar, Japon y Filipinas. La China no era mas que una vice provincia y la Conchinchina una residencia.

Las dos américas que constituyen la mitad del globo no tenian mas que cinco provincias jesuíticas, que eran las de Méjico, Nueva Granada, Perú, Brasil y Paraguay, bien que esta última era un grande y hermoso reino. Chile formaba solamente una vice provincia y el Canadá una residencia.

He aqui por provincias el estado de los diversos establecimientos jesuíticos, como tambien el de sus negros habitantes (1).

Provincia de Roma: una casa profesa en Roma, dos casas de prueba en Roma y Florencia, 34 colegios seminarios; seis residencias y 850 jesuitas.

Provincia de Venecia: Una casa profesa en Venecia, tres casas de prueba en Novellara, Busseto y Bolonia; 20 Colegios ó Seminarios, cinco residencias y 435 Jesuitas.

Provincia de Milan: dos casas profesas en Milan y en Genova, tres casas de prueba en Genova, Arona y Chiara, 16 colegios ó seminarios, seis residencias y cerca de 500 Jesuitas.

Provincia de Napoles: Una casa profesa en Nápoles, dos casas de prueba en Nápoles y en Atrí; 26 colegios ó seminarios, una residencia y 630 Jesuitas ó mas.

Provincia de la Sicilia Occidental: Una casa profesa y otra de prueba, las dos en Palermo, doce colegios ó seminarios; mas de 370 Jesuitas.

Provincia de la Sicilia Occidental: Una casa profesa y una de prueba, las dos en Mesina, diez colegios y 300 jesuitas.

Provincia de Cerdeña: dos casas profesas en Lasseri y en Cagliari, una de prueba en Cagliari, seis colegios y 210 jesuitas.

Provincia de Portugal: Una casa profesa en Lisboa. dos de prue-

(1) Unicamente indicarémos los lugares en que estaban los principales establecimientos jesuíticos; sus casas de profesion y de prueba, todas las cuales se verá que estan siempre muy bien colocadas cerca de los palacios de los soberanos y en los centros de accion de todos los gobiernos.

ba en Lisboa y en Villaviciosa, 17 colegios, cuatro residencias y 600 jesuitas.

Provincia de Toledo: Dos casas profesas en Toledo y Madrid, dos de prueba en Madrid y en Villasejo, 22 colegios, cuatro residencias y 700 Jesuitas.

Provincia de Castilla: Una casa de prueba en Villagarcia, 29 colegios, entre los cuales los mejores estaban en Valladolid, Salamanca, Burgos y Pamplona, dos residencias y 567 Jesuitas.

Provincia de Aragon: Una casa profesa en Valencia, una de prueba en Tarragona, 14 colegios, tres residencias y 444 Jesuitas.

Provincia de Sevilla: Una casa profesa en Sevilla, dos de prueba en Sevilla y en Baeza, y 27 colegios, dos residencias y 650 jesuitas.

Provincia de Francia: Una casa profesa en París, dos de prueba en París y en Ruan, 26 colegios, los principales de ellos en Clermont, París, Ruan, la Fleche, Rennes y Moulins, siete residencias, una de ellas en el Canadá, y mas de 600 Jesuitas.

Provincia de Guyena: una casa profesa y una de prueba, las dos en Burdeos, 16 colegios, tres residencias y 360 jesuitas.

Provincia de Tolosa: una casa profesa y una de prueba, las dos en Tolosa, 17 colegios, y mas de 450 jesuitas.

Provincia de Lyon: una casa profesa en Grenoble, dos de prueba en Lyon y Avignon, 17 colegios, nueve residencias y mas de 500 jesuitas.

Provincia de Champagne: una casa de prueba en Nanci, 17 colegios, los principales de ellos eran Reims, Pont-á-Mousson, y Dijon, una residencia y 370 jesuitas.

Provincia de Amberes ó Flando-Belgíca: una casa profesa en Amberes, dos de prueba, 19 colegios, seis residencias, otras residencias de Holanda colocadas en esta provincia, las dos misiones guerreras llamadas *Naval y de los Campos*, y de 800 á 900 jesuitas.

Provincia de Douai ó Galo-Bélgica: tres casas de prueba en Tournay, Huy y Armentieres, 21 colegios, los principales de ellos en Saint-Omer, Liege, Tournay, Lille, Cambray, Namur, Luxemburgo, Arras y Mons, dos residencias y unos 800 jesuitas.

Provincia Inglesa (1): tres casas de prueba en Liege, Watenes y

(1) Ya hemos dicho antes que no habia verdadera provincia de Inglaterra.

17 colegios, todos en el continente y los principales en Liege. Saint Omer, Roma, Madrid, Sevilla y Lisboa, ocho residencias; una de ellas en santo Domingo, otra en el Maryland, sin contar las residencias casi nominales de Escocia é Irlanda y cerca de 300 jesuitas.

Provincia del Bajo Rhin: una casa de prueba en Colonia, 19 Colegios, los principales de ellos en Cobletz, Munster y Dusseldorf, ocho residencias, tres misiones, la principal de ellas la de la Frisia Oriental, y 450 jesuitas.

Provincia del Alto Rhin: 19 colegios y Seminarios y 434 jesuitas.

Provincia del alta Alemania: dos casas de prueba en Oettingen y Landsperg, 25 colegios, entre ellos los principales en Ingolitad, Ausburgo, Hall, Lucerna, y Fiturgo, 26, residencias, tres de ellas en el Wurtemberg, cuatro misiones y cerca de 800 jesuitas.

Provincia de Austria: una casa profesa en Viena, dos de prueba en Viena y en Leoben, 22 Colegios, dos de ellos en Transilvania, y uno en Viena, siete residencias y cerca de 460 jesuitas.

Provincia de Bohemia: una casa profesa en Praga, una de prueba en Brun, 33 colegios, algunos de ellos en la Moravia y én la Silecia, tres residencias y mas de 300 jesuitas.

Provincia de Polonia: una casa profesa y una de prueba, las dos en Cracovia, 17 colegios ochó residencias y 532 jesuitas.

Provincia de Lituania: dos casas profesas en Varsovia y en Wilna, una de prueba en Wilna, 15 Colegios, uno de ellos en Roga y otro en Smolens, cuatro recidencias y cerca de 480 jesuitas.

Provincia de Goa: una casa profesa y una de prueba en Goa; once colegios, uno de ellos en Monzenbike, y la mayor parte de los demas dependientes de las muchas residencias que habia desde el cabo de Buena esperanza, en las islas asiáticas y en la Abisina una casa óptica con cuatro nuevas residencias y 320 jesuitas.

Provincia de Malabar: dos casas de prueba en Cochin y en Fernate, 12 colegios, algunos de los cuales tenian muchas residencias, como por ejemplo el de Cochin que tenia cuatro, Colomba tres, y santo Tomás cuatro, trece residencias principales en Calicut, Cangranor, Pegú, Malacca, Maduré y Jafanapatnam, capital de otras dos residencias y 190 jesuitas.

Provincia de las Filipinas: una casa de prueba en Manila, tres colegios, seis residencias y 128 jesuitas.

Provincia de la China: dos colegios en Pekin y en Nankin, cuatro residèncias y 30 jesuitas, ademas de tres residencias en Cochinchina.

Provincia del Japon: una casa de prueba en Nangasaki; seis colegios en Meaco, Macao, Nangasaki y Arima, veinte y dos residencias y 140 jesuitas.

Provincia de Méjico: una casa profesa y una de prueba en Méjico: 16 colegios, ocho residencias y 365 jesuitas.

Provincia de la Nueva Granada: dos casas de prueba en Quito y en Tunja; seis colegios, los principales de ellos en santa Fe, Cartagena, y Quito, cinco residencias y 200 jesuitas.

Provincia del Perú: una casa de prueba en Lima, 14 colegios, los principales de ellos en la Plata, Cuscú, Lima, santa Cruz y Potosí, tres residencias y 390 jesuitas.

Vice-provincia de Chile: una casa de prueba, tres colegios, el principal de ellos en la Concepcion, y 60 jesuitas.

Provincia del Paragüay: una casa de prueba en Córdova, siete colegios, los dos principales en la Asuncion y Buenos Aires, y 121 jesuitas.

Provincia del Brasil: cuatro casas centrales, las principales de ellas en Rio Janeiro, cuatro colegios en Fernambuco, Rio Janeiro, y Bahia, diez y siete residencias y 180 jesuitas.

El Canadá no tenia mas que una sola residencia y formaba parte de la provincia de Francia. La Turquía tenia residencias en Lhio, Constantinopla, Smirna y Belgrado, comprendidas en varias provincias y dos colegios en Roma, pero en todas estas habia pocos padres.

Del estado anterior resulta que el imperio jesuítico despues de un siglo de existencia tenia 37 provincias, 3 vice-provincias, nueve misiones, 232 residencias, 598 colegios y seminarios, 59 casas de prueba, 26 casas profesas, y cerca de 16000 jesuitas reconocidos como tales y vestidos con la negra sotana (1); pues en ese número no van comprendidos los jesuitas *in-voto*, los escolares de los

(1) *Socii*, esto es, compañeros, dice la *Imago primi sæculi* segun la cual hemos hecho nuestros cálculos.

Jesuitas y sus súbditos voluntarios ó esclavos, cuyas gentes si entráran en el número presentarian una terrible cohorte de dos ó tres cientos mil hombres, militando bajo la bandera de Loyola.

Mas difícil es todavia fijar el guarismo de las rentas que la Compañía disfrutaba entonces, cuyo guarismo debiera ser enorme. El ingenioso autor de la Monarquía de los *S*olípsos nos dice en su capitulo 19 que la mayor parte de todo el oro, de toda la pedreria, de todas las drogas preciosas, y finalmente de todas las riquezas que se sacan del lecho de los rios y de la superficie y entrañas de la tierra estan en manos de los Jesuitas, y que la Compañía es por sí sola mas rica que todos los reinos de la tierra. Algunos comentadores han querido que por esas palabras« todos los reinos de la tierra» debian entenderse las otras órdenes religiosas; mas aun cuando admitieramos esa esplicacion, la caja de la Compañía de Jesus deberia tener dimensiones colosales. Nos parece que está muy lejos de ser exajerado fijar una renta de 15000 francos á cada uno de los 400 Colegios jesuíticos, y con solo esto resultaria que todos los años ingresaba un millon en las arcas de los reverendos padres. Las residencias debian ser mucho mas productivas y sin hablar mas que las de América y Asia y recordando lo que hemos demostrado en la segunda y tercera parte de esta obra es preciso confesar que debian producir mucho puestas en manos de los padres las residencias que tenian en las provincias de Méjico, del Perú, del Brasil, de Goa, de Malabar, del Japon y la vice provincia de la China. El autor de la monarquia de los Solípsos debia saberlo, y ya hemos visto de que manera se esplica en este punto. Quizas nos quedamos muy atrás diciendo que cien años despues de la muerte de Ignacio de Loyola la *mínima* compañia de pobres religiosos mendicantes fundada por él, tenia cien millones puestos en reserva en el tesoro general de la Compañía, y diestramente disimulados por medio de los traspasos y creciendo cada dia con la acumulacion de intereses. Para no fastidiar al lector no esponemos los penosos cálculos hechos por nosotros para presentar ese resultado que sostenemos.

Llevando en mira los Jesuitas ocultar su opulencia para que no se entibiara la caridad de las almas piadosas, han procurado siempre ocultar sus riquezas haciendo ostentacion del número de sus establecimientos y de los miembros de su Compañía. Con este mismo

objeto y simultaneamente para precaver y conservar nunca compraron bienes raices á escepcion de sus casas cuya mayor parte, gracias á su destreza, les fueron vendidas casi por nada, de suerte que no es mas que una aproximacion la cantidad de cien millones en que fijamos la fortuna del cuerpo jesuítico hácia mitad del siglo XVII. Cien millones, nuevecientas fortalezas, diez y seis mil soldados regulares, muchos centenares de miles irregulares especie de kabylas invisibles y emboscados en todos los encondrijos de la Compañía, pero dispuestos á guerrear al enemigo; tales eran en la época que hemos dicho las fuerzas de que podia disponer el Jesuitismo, y tales los medios que lo convertian en una poderosa palanca que el historiador debe tener siempre á la vista para esplicar satisfactoriamente las grandes oscilaciones de esos tiempos.

Vamos á presentar á nuestros lectores un rápido sumario de los Jesuitas en Europa desde los primeros años del siglo XVII hasta principios del siguiente.

Durante el débil, incierto y vacilante gobierno de la regente Maria de Médicis, viuda de Enrique IV, los Jesuitas hicieron en Francia grandes progresos. El decreto del difunto rey que llamaba á los reverendos padres á Francia contenia entre otras restricciones la de que París no estaba comprendido entre los lugares en que los Jesuitas podian establecerse, pero ellos alcanzaron bien pronto de la regente que ese decreto fuese anulado y levantada la prohibicion, de suerte que en 15 de abril de 1618 por otro decreto se les permitió que en adelante pudiesen dar lecciones públicas de todas las ciencias y de todos los demas ejercicios de su profesion en el colegio de Clermont en París. Habian tenido la habilidad de interesar en su causa á los obispos de Francia, quienes en los estados de 1614 rompieron lanzas á favor de la Compañía de Jesus y simultaneamente contra las libertades públicas. Digno es de notarse que el clero inferior se manifestó siempre acérrimo enemigo de los Jesuitas, quienes no temian por esto tratar mal á los prelados. El famoso padre Cotton dió una prueba de ello en 1617. Acababa de ser nombrado provincial de Guyena porque Luis XIII, qué achacaba á su madre el asesinato de su padre, sin duda veía en el exconfesor de Enrique IV un cómplice de Maria de Médicis, y por esto deseaba alejarlo. El padre Cotton hubiera querido regir el co-

legio de Angulema; mas como el obispo de aquella ciudad parecia estar prevenido contra las pretensiones de los Jesuitas, el padre Cotton se aprovechó de una ausencia del prelado para hacer que le confirieran la plaza que codiciaba. A semejante noticia el obispo de Angulema puso un entredicho á los Jesuitas, los cuales sin embargo no se detuvieron por esto.

En el mismo año la Compañia de Jesus se introdujo en Orleans á donde la llamó un clérigo, á quien poco despues hicieron la mala partida de apoderarse de un territorio que aquel deseaba para sí. Los Jesuitas establecidos entonces muy humildemente en la calle de la Vieille-monnaie supieron que los mínimos estaban en tratos para comprar el priorato de Saint-Samson, y en el acto un Jesuita, que era un agente de gran destreza, fue á encontrar á los monges del Priorato, les ofreció mejores condiciones y le hicieron la venta, la cual parece que fué muy ventajosa á los Jesuitas; puesto que un solo beneficio dependiente del priorato redituaba anualmente seis mil libras. Con esto el colegio de Orleans alcanzó mucha prosperidad, tanto mas cuanto los Jesuitas que muy bien supieron hallar los fondos necesarios para la adquisicion de que hemos hablado, siempre afectaban ser tan pobres que alcanzaron para él Colegio un ausilio anual de dos mil quinientas libras, que no debia durar mas que el tiempo en que tuvieran necesidad de él. Cualquiera comprende que lo necesitaron siempre. Ademas alcanzaron una renta de tres mil libras para su colegio de Rennes, y entonces tuvieron colegios en la mayor parte de las principales ciudades del reino.

Durante la regencia de Maria de Médicis y los primeros años del reinado de Luis XIII llegaron á ser tan poderosos en Francia, que sufocaron el poder de los magistrados y de los parlamentos. En 1611 ó 1612 un estudíante del colegio de Jesuitas de Dijon llamado Guenyot se atrevió á sostener que era mejor matar treinta reyes que pecar jurando, y aunque Dijon era pueblo muy aficionado á los hijos de Loyola, el síndico procurador de la ciudad juzgó que era de su deber encarcelar al digno alumno de los buenos padres, que bien pronto lograron restituirle la libertad y sufocar aquel negocio. En 1620 el jesuita Grangier por efecto de algun desagrado se atrevió á predicar públicamente en términos tan

sediciosos, que el parlamento de Ruan se mezcló en el negocio, y la cosa se presentaba de modo que era probable ahorcaran al predicador cuando sus cofrades lograron que el consejo real se avocara el negocio que allí quedó olvidado. Lo mismo sucedió casi en la misma época con otro negocio semejante. El jesuita Ambrosio Gullot estaba en las cárceles de Ruan por indicios de haber tomado parte en un complot contra el rey, y los Jesuitas de aquella ciudad lo arrancaron á viva fuerza y por vias de hecho de la cárcel del Parlamento; y el padre Cotton sacó un decreto del consejo mandando que el culpable fuese puesto en manos de ese dignatario jesuita, quien se comprometió á presentarlo siempre que fuese requerido para ello, que era lo mismo que decir nunca.

Tenemos indicado antes de ahora que Enrique IV restableció los Jesuitas en Bearn en donde no volvieron á entrar hasta 1620 y 1621, en cuya época se establecieron én Pau con doce mil libras de renta que les señaló Luis XIII. Parece que el clero católico de aquella provincia tuvo muchos motivos de queja por las usurpaciones de los reverendos padres, los cuales no solo se negaban á pagarle el diezmo, sino que por bajo mano se apoderaban de los otros diezmos que correspondian á ese clero. Con tal motivo tuvieron una larga lucha los curas y los Jesuitas del Bearn, puesto que en tiempo de Luis XV vemos entre otros ejemplos el del cura Desbarats que sostuvo contra la negra cohorte un litigio de siete años, que despues de haber pasado por todas las jurisdicciones civiles y eclesiásticas acabó con una carta órden que los reverendos arrancaron del jóven rey, en virtud de la cual hicieron desterrar al pobre cura que habia osado medir sus fuerzas con ellos (1). Los Jessuitas parece que representaron dos papeles muy distintos en discordia, que dividió á Luis XIII y á su madre luego que aquel fué rey, discordia que terminó con el destierro de Maria de Médicis y con su muerte acaecida en tierra estraña y en una guardilla. Finalmente el cardenal de Richelieu vino á sostener con su poderosa mano el cetro que entre las débiles manos de Luis XIII y de su madre la regente no era mas que un baston en que se apoyaba el jesuitismo para lanzarse á saltos en su rápida y triunfante carrera.

(1) Un decreto del consejo relativo á este negocio lleva la fecha de 8 de febrero de 1625.

Richelieu no amó á los Jesuitas y este es acaso uno de los mejores elogios que pueden hacerse de ese grande hombre. Richelieu sacerdote por casualidad y cardenal por razon de estado fué por gusto y de hecho un hombre político y un gran ministro, y en este concepto nunca se ocupó de cosas de religion sino en cuanto estaban enlazadas y confundidas con cosas mundanas. Si acabó con el protestantismo en Francia fué porque completando la obra de Luis XI queria establecer sólidamente la universidad, y la indivisibilidad de la monarquía francesa: asi es que protegió al protestantismo en Alemania porque allí deseaba humillar por todos los medios posibles á la casa de Austria, cuyo altivo poder le parecia una perenne amenaza á la Francia y un invencible estorbo para el equilibrio del mundo.

Cuando estallaron las grandes emociones de la guerra de treinta años, las tropas francesas mandadas por un cardenal príncipe de la Iglesia romana, se lanzaron á los campos de batalla contra los ejércitos romanos; las banderas de un rey cristianismo cuyo confesor era un Jesuita chocaron con los estandartes bendecidos por el papa, y mezclaron fraternalmente sus pliegues con los de las banderas suecas y alemanas en algunas de las cuales se leian estos motes: *Abajo Roma la gran prostituta*: *abajo los jesuitas asesinos infames*. El motivo de todo esto era haberlo querido Richelieu.

La guerra de treinta años fue muy productiva para los Jesuitas. En esa lucha religiosa y política á la vez, los principillos alemanes batallaron para salvarse de la absorcion con que los amenazaba la poderosa casa de Austria los pueblos protestantes para conquistar la libertad de conciencia y con esta todas las libertades. La Francia representada por Richelieu para abatir el poder de los sucesores de Carlos V y contener su ambicion, y los Jesuitas harbando sobre todo convirtieron esas disputas, esos reyes y esos pueblos en un vasto y sangriento estercolero, en el cual rechaciendo sus fuerzas separaron sus antiguas derrotas y conquistaron cosas nuevas.

Si Richelieu empujó á los príncipes protestantes hácia los campos de batalla de la Alemania, para nosotros es indudable que los Jesuitas empujaron hácia hechos al emperador, á los príncipes católicos del imperio. Fernando de Austria, Maximiliano de Barriere y muchos otros soberanos tenian entonces confesores Jesuitas y los

dos primeros eran alumnos de la Compañia. Los escritores de esta al paso que niegan que el influjo de esos confesores contribuyera á las sangrientas guerras de ese tiempo confiesan, y no solo lo confiesan sino que lo dicen con orgullo, que el famoso padre Martin Becan que confesaba al emperador le resolvió á que se comprometiera públicamente á hacer triunfar la religion católica en todos los estados del imperio germánico; esto es, á hacer que corriese á torrentes la sangre de los protestantes y de los católicos, hasta que aquellos hubiesen reconocido como estos la supremacia que reclamaba el César austriaco.

Nadie ignora las atroces escenas que se representaron en ese grande y lúgubre drama á que la historia da el nombre de *guerra de reinta años.* Acaso no existe en la tierra germánica un solo punto ten que no se derramara entonces la sangre católica y la protestante, y un solo pueblo que no fuese tomado ó vuelto á tomar saqueando é incendiado. No pretendemos decir que los protestantes dejarán de cometer los espantables horrores que han dado fama á esa guerra; muy distantes estuvieron de ello, pero quien mas ha manchado su memoria en este punto es el Emperador Fernando 2.º Los panegiristas de la Compañía se han atrevido á comparar á Férnando II de Austria con Cárlos V de Francia; pero si bien es cierto que el reinado de Fernando fué como el de Cárlos una era de terrible lucha, de sangrientas batallas y de grandes trastornos políticos, aunque es verdad que Fernando á la par de Cárlos dirigia sus ejércitos desde el gabinete y conservando el cetro de la soberania, confió el baston de mando á sus lugartenientes militares, sin embargo Cárlos V príncipe naturalmente dulce no hizo correr la sangre de sus súbditos por órden suya ni por gusto, sino que luchó á fin de salvar su reino invadido por el estrangero; al paso que Fernando, príncipe sombrío, cruel por temperamento, y alumno y penitente de los Jesuitas, hizo verter por cálculo ó por ira la sangre de los pueblos sobre los cuales Dios le habia llamado á reinar y cuya dicha le confio. El rey de Francia tenia por Condestable al valiente Dugneselin y el lugarteniente del emperador de Alemania era el feroz Filly; la historia ha dado á Cárlos V el título de *Prudente* y á Fernando el de *Sanguinario*, y al paso que la Francia bendijo á su rey, la Alemania aun ahora maldice á su emperador.

Deciamos antes que los Jesuitas se presentaron otra vez en los campos de batalla. Durante toda la guerra de treinta años siguieron los ejércitos de Fernando II y de su hijo Fernando III, que heredó los proyectos y la corona imperial de su padre. Los historiadores jesuitas tienen esto á mucha gloria para la Compañía, y lo esplican con la frase: *sostener los combates de la fe en los ejércitos imparciales.* Tilly, Walstein, Piccolomini, Colloredo, Lichstenstein, Wrangel y todos los generales del emperador tenian á su lado Jesuitas cuando daban la señal para convertir en cenizas á una ciudad ó para que cien mil hombres se degollaran unos á otros; y cada uno de esos negros consejeros recibia órdenes de Becan ó de Lamurmaini director del emperador, que las recibia del gefe de su órden. No es fuera del caso advertir que Tilly, que fué el mas feroz de los generales que figuraron en la terrible guerra de los treinta años y que parecia bañarse con gusto en sangre, habia sido alumno y novicio de los Jesuitas; asi es que siempre se dejó gobernar por los reverendos padres. Walstein y Piccolomini eran tambien alumnos de los hijos de san Ignacio. En la célebre batalla de Leipsick en que Gustavo Adolfo batió á Lilly, entre los muertos y heridos se encontraron Jesuitas. Arrojado de Bohemia con las armas imperiales volvieron á ella en compañía de estos, y allí mas de una vez se los vió que no contentos con el papel de consejeros y predicadores con el sable ó la pica en la mano llevaban á los católicos al combate. Cuando en 1648 Gustavo Adolfo bloqueó á Praga en donde estaba el ejército imperial mandado por Wrangel, se vió al padre Dubuisson que combatia entre los sitiados á la cabeza de setenta Jesuitas, y al padre Plachy que acaudillaba á los escolares de la Universidad reunidos en un batallon. De esa Universidad se habian apoderadol os jesuitas y querian conservarla, lo cual no podia ser sino mientras fuese reconocido en la ciudad el poder del emperador. Cuando la Bohemia fué invadida por Maximiliano de Baviera, alumno de los Jesuitas, marchaban en sus filas veinte reverendos acaudillados por Jeremias Drexel, especie de *Condottiere* de sotana. De aquí puede deducirse el odio que por entonces tenian los protestantes á los hijos de Loyola y del cual dieron terribles pruebas durante esa sangrienta lucha. Cristian de Brunswick, que era uno de los principales gefes de los ejércitos protestantes, dicen que tenia

una bandera que hacia llevar delante de él y en la cual estaba este mote: *El amigo de los hombres, el enemigo de los Jesuitas.* Probablemente en esa época los Jesuitas no eran reputados como amigos de los hombres.

El cardenal de Richelieu, que por el interes de la Francia se alió con los protestantes de Alemania, necesariamente hubo de ser odiado de los Jesuitas (1); pero ese grande ministro era demasiado poderoso para que los Jesuitas se atrevieran á decidirse abiertamente contra él y por esto trataron de obrar por bajo mano. Todas las conspiraciones que la nobleza francesa humillada entonces tramó contra el poder dignatorial del Cardenal ministro tenian uno ó muchos hilos sustentados por una mano de jesuita, por mas que en la apariencia se figurara que eran dirigidas por un Cinq-Mars ó un Montmorency.

Cuando murieron esos dos hombres que creyeron poder luchar con el gigante que se llamaba cardenal de Richelieu eligieron por confesores á los Jesuitas. El débil y cobarde Gaston de Orleans, hermano del rey y que por lo comun daba aliento á las conspiraciones para que mas tarde se las perdonára el cardenal á quien abandonaba á sus desdichados instrumentos era grande amigo de los Jesuitas. Confiado Richelieu en su propia fuerza habia permitido á su amo que tuviese Jesuitas por confesores, sin embargo de que él siempre procuró alejarlos de su lado. Esos confesores muchas veces levantaron contra el cardenal ministro borrascas reales las que Richelieu sabia calmar con una palabra ó con un gesto, y cuando lo juzgaba necesario para su seguridad despedia al confesor como lo hizo con el padre Coussin que se habia empeñado en que Luis XIII se rebelava contra la dependencia en que le tenia el gran ministro verdadero rey y mucho mas digno de serlo que el otro que se titulaba tal. Richelieu aunque cardenal queria de todas veras la independencia de la Francia, aun relativamente á la santa Sede; ningun ministro se mostró tan celoso de las libertades galicanas como ese príncipe de la Iglesia. Los Jesuitas aprovechándose de esto tra-

(1) Los jesuitas han anatematizado al ministro del rey cristianismo que siendo cardenal se alió con los enemigos del catolicismo, pero ya se sabe que los padres eran los negociadores entre el rey de España y los protestantes de Francia siempre dispuestos para rebelarse, y á quienes Richelieu tenia sufocados en Francia mientras que alentaba á sus hermanos en Alemania.

taron de malquistarlas con Roma; pero el papa no se atrevia á crearse un enemigo tan formidable, y entonces los Jesuitas denunciaron al cardenal ministro suponiéndole el proyecto de arrancar á la santa Sede la iglesia de Francia de la cual queria hacerce gefe con el nombre de Patriarca. No queremos entrar en la discusion de si esta denuncia era verídica, de los pasos que dió Richelieu para que se la creyera tal: eran otra cosa que una amenaza, ni de si el proyecto denunciado era un crímen cual lo pretenden los Jesuitas, ó una cosa permitida como lo aseguran varios doctores y hasta prelados. Nada de esto nos importa cosa alguna, y solo queremos hacer observar que, mientras los Jesuitas de palabra y por escrito ponian en alarma el trono pontificio, el jesuita Rabardeau justificaba al cardenal. El objeto de todas esas intrigas era impedir que el cardenal procurase los socorros de la Francia á los protestantes de Alemania; pero fué inútil que los Jesuitas recurrieran á ese medio porque Richelieu continuó dando pábulo á la hoguera que consumia á la casa de Austria.

Todo lo que los reverendos padres pudieron alcanzar de Richelieu á pesar de las continuas y apremiantes solicitudes de Vitelleschi, general de la Compañía fue la intercesion de Luis XIII que pidió y alcanzó de los gefes del partido protestante salvos conductos para los Jesuitas que estaban en el teatro de la guerra. Esos salvos conductos prueban que la guerra y sus peligros comenzaban á parecerles cosas harto duras á los reverendos padres, sin embargo de que sus resultados eran para ellos muy satisfactorios. En todos puntos en que las armas del emperador habian restablecido la calma de la paz ó el silencio de la muerte los jesuitas pudieron plantar sus tiendas; mas como el pais devastado no les prometia ricos establecimientos pidieron y alcanzaron un edicto imperial que les concedia los bienes y las propiedades de los protestantes muertos ó desterrados en Bohemia, Sajonia, Bajo Palatinado y ducado de Wutemberg. Algunos defensores de la Compañía han procurado sincerar este procedimiento, que calificarán nuestros lectores con decir que esos ricos despojos de la apostasía, segun llaman á los despojos de los infelices protestantes, fueron repetidas veces ofrecidos á los Jesuitas que no los admitieron sino con autorizacion, mientras que otros han elogiado atrevidamente este negro proceder de los hijos de Loyola

en el cual el escritor moderno Mr. Cretineau-Joly dice que hay tanta prevision como inteligencia politica. Es posible que esto se diga?

Fernando III que sucedió á su padre Fernando II fué mas feliz que él, pues empujado hácia un lado por Weinar y Fortensou y hácia el otro por Lorena y Condé, el último de los cuales era alumno de los Jesuitas, se vió en la precision de pedir humildemente la paz que le fué concedida en 1648 por medio del tratado de Wetsphalia. Indudablemente los Jesuitas estaban entonces cansados de la guerra y sin embargo la paz parecía que debia serles funesta, porque los amenazaba con quitarles todo lo que la guerra les habia dado; pero los reverendos padres comenzaron por su cuenta una guerra de otra especie dirigida contra las Universidades, beneficios, conventos, y prioratos cuyas puertas habian podido abrirles las armas imperiales y en donde se introdujeron por medio del ardid y hasta de la violencia. Larga sería la lista de sus hazañas en este género, hazañas que algunos escritores, entre otros Antonio Arnaud han tenido la paciencia de enumerar. Con referencia á este puede consultarse la memoria presentada al consejo del rey en 1654 por D. Pablo Willanme, religioso y Vicario general de la órden de Cluny, cosa que no deja de ser notable, como tambien dos libros tan curiosos como edificantes que el monge benedictino Pedro Hay escribió acerca del mismo asunto desde 1635 á 1657. He aqui un ejemplo del modo como se conducian los buenos padres.

Habia en Alsacia provincia dependiente entonces de la casa de Austria un rico priorato llamado de San Morand, que les convenia mucho á los Jesuitas no sin fundado motivo, porque el dicho priorato tenia pingües rentas como conviene á toda casa devota y ademas habia en ella, como dice una de las memorias presentada en el proceso, grande y fructífera concurrencia de piadosos peregrinos. Desgraciadamente dicho priorato estaba desde muchos años en poder de los benedictinos que no tenian ánimo de deshacerse de él; pero los Jesuitas comenzaron por alcanzar del archiduque soberano de la Alsacia que dos de ellos pudiesen establecerse en las tierras de San Morand, so pretesto de que los benedictinos tenian poco fervor y de que no cumplian bien sus deberes religiosos con respecto á sus ovejas estables y pasajeras. Despues de esto se hicieron dar seguramente con títulos falsos una bula en virtud de la cual el priorato

pasa á la Compañía de Jesus y alcanzada la bula echan fuera á los benedictinos á despecho de sus reclamaciones. Esto no hizo mas que dispertar el apetito de los hijos de Loyola, los cuales echando una mirada al rededor vieron que los dos prioratos de san ulrico y de Ellemberg estaban tan inmediatos que parecian formar parte del de san Morand, y en virtud de ello convinieron en que era preciso acabar lo que habian comenzado. En el acto hicieron representar en presencia del archiduque, con motivo de una fiesta, una tragedia en cuyo final á manera de epílogo san Agustin, bajo cuya regla estaban los negros prioratos, salia á la escena y despues de haberse quejado eficazmente de la relajacion de sus religiosos ofrecia los dos prioratos á san Ignacio que aparecia muy á propósito en aquel momento y aceptaba con mucha tranquilidad el regalo, declarando que nadie era tan digno como sus hijos de poseer san ulrico Ellemberg y otros prioratos pingües. Cuando la Alsacia se incorporó á la Francia los benedictinos atacaron á los Jesuitas raptores, y San Morand fué dado en calidad de beneficio á un religioso de la órden de Cluny que partió al instante con una comunidad para establecerse, contando con que encontraria las puertas abiertas; pero tenia que habérselas con los Jesuitas, los cuales trataron de sostener su conquista á viva fuerza y hasta hicieron venir soldados alemanes para que los ausiliasen en caso de sitio. Obligados sin embargo á desocupar rogaron á sus rivales que les dejasen cuatro dias tranquilos prometiendo que despues de ellos se marcharian voluntariamente. Concedióseles la dilacion y ahora verémos de que manera se aprovecharon de ella.

Cuando el nuevo prior y los monjes de Cluny se presentaron en la Abadia transcurridos los cuatro dias, ningun trabajo les costó penetrar en ella porque no habia puertas ni rejas. Entran en los dormitorios y refectorio y no hallan mueble alguno, van á los trojes y á la bodega y no encuentran ni un tonel ni un saco de trigo, corren al archivo y á la iglesia, y aquel y esta habian sido saqueados como el resto de la Abadia: no quedaba ni un solo título, ni un alba, ni un ornamento, ni el menor resto de lo que antes constituia el orgullo y el esplendor de San Morand. Hasta la mayor parte de las imágenes habian desaparecido, no menos que los mármoles y otras piedras de valor, y en aquel momento los Jesuitas sonriendo-

se con un aire de satisfaccion se ocupaban en repartir esos ópimos despojos entre los dos prioratos de San ulrico y de Ellemberg, que desde entonces sufocaron con su lujo á la triste y humilde Abadía de San Morand.

Cuantas veces los Jesuitas se vieron obligados á restituir arreglaban las cosas de modo que el objeto de la restitucion estuviese en todos conceptos conforme con el voto de la mas rígida pobreza, tal como la prescribian las reglas de las diversas órdenes, aun de aquellas en que menos era observada. Pudiéramos citar de ello mil ejemplos y es preciso saber ademas que los buenos padres no solo hacian esa guerra á los beneficios y prioratos de Alemania, sino tambien á los de otros puntos. En 1661 el Parlamento de Metz hubo de fallar un proceso entablado entre los Jesuitas de Lorena y las monjas Ursulinas de Macon. He aqui el estracto do ese litigio tan singular como instructivo, y tal como resulta de la sentencia del Parlamento.

A principios de 1649 el rector de los Jesuitas de Metz supo que las Ursulinas de Macon querian fundar en Metz un convento de su órden. Precisamente los reverendos padres poseian entonces en esa ciudad una casa de la cual no sabian que hacer y que alquilaban por la módica suma de ciento sesenta libras tornesas. Esa casa pequeña y en muy mal estado no convenia de modo alguno á los proyectos de las ursulinas; pero como los Jesuitas anhelaban por deshacerse de ella, el padre Forget que era el rector decidió que las hermanas de Santa Ursula tomarian dicha casa pagándola ademas á buen precio, y he aqui el espediente de que se valieron para conseguir su objeto. Un jesuita traza un magnífico plan de la casa, que segun ese plan se halla en muy buen estado desde el suelo hasta el techo, con esculturas y ornatos lindísimos y en medio de un vasto recinto fresco, florido y tan sombrío, que parece invitar á los pájaros á que vayan á cantar entre el espesor de su verdura. Allí habia una encantadora iglesia con su campanario puntiagudo y que remataba en un gallo dorado. Un corte del interior presentaba anchos y hermosos dormitorios, refitorios, etc. La verdad era que el edificio se estaba cayendo, que era muy chico é insalubre por la procsimidad de aguas sucias y por las letrinas públicas, de suerte que no habia un cuarto que pudiera habitarse. En resumen, el prospecto



Un prospecto Jesuitico

del padre Forget era tan falso como puede serlo un prospecto, y á pesar de ello el rector se presenta atrevidamente con el plan en la mano á la superiora de las urselinas de Macon, que seducida por el dibujo y fiando en la palabra del reverendo padre, compra por ochenta mil francos moneda de Metz equivalentes á treinta mil libras tornesas de Francia, una cosa que no valia ni siquiera la mitad y que ademas era inservible para las religiosas de Santa Ursula. La superiora quiso ver si era cierto lo que en órden á la bendita casa decia el rector; mas este habia discurrido ya el medio de impedir que llegasen alli los espertos nombrados que eran gentes notables de Macon haciéndoles á este fin una descripcion horrorosa de los caminos, posadas, etc etc. Hecho el negocio y pagada la cantidad, las ursulinas fueron á establecérse en Metz, pero al llegar allí su trastorno fué grandísimo y la superiora pide al padre Forget que se resienda el contrato, pero el buen hombre se hace el sordo, toma calor la disputa y se entabla un proceso. En 10 de mayo de 1661 el parlamento de Metz anula la venta, desembarga á las demandantes los bienes que les habian embargado los Jesuitas y declara que la sentencia dictada contra el rector de los Jesuitas, de Metz debe entenderse de mancomun con el Provincial. He aqui una historieta curiosa y edificante y nótese bien que esto no era obra de un individuo aislado, sino de un hombre que procede cual de la orden de que forma parte, lo cual es tan cierto como que la sentencia del Parlamento hace solidario de los actos del rector de Metz al provincial de los jesuitas en defecto del general á quien su jurisdiccion no alcanza. Es empero cosa bien sabida que la Compañía de Jesus tiene costumbre de tomar para sí como corporacion todos los actos de sus religiosos que pueden traerle provecho ó gloria, y rechazar sobre sus miembros individualmente todo lo que puede perjudicar ó empobrecer á la órden, aun cuando sus miembros hayan obrado en virtud de espreso mandato de sus superiores. Vamos á probar la verdad de esta asercion con otro ejemplo, á saber, la bancarrota de los Jesuitas de Sevilla, preludio de aquella mas famosa y no menos memorable que en el siglo inmediato se llámara bancarrota del padre La Valette.

La provincia jesuítica de Sevilla en España era á mediados del siglo XVII una de las mas considerables de la órden y contenia,

segun antes lo hemos dicho, 32 casas diferentes y de 700 á 800 Jesuitas. La sola ciudad de Sevilla tenia seis establecimientos dedicados á san Ignacio. Era procurador del colegio de san Hermenegildo el padre Andrés de Villar, quien deseoso de aumentar las riquezas y la importancia del colegio concibió el proyecto de comerciar por cuenta y con provecho del mismo, y con este fin tuvo órdenes de sus superiores, si hemos de creer los asertos del mismo padre Villar y de sus acreedores, cosa que por otra parte es muy probable ateniéndose á las reglas de obediencia absoluta, prescrita por las leyes jesuíticas, del inferior hácia su superior, y al sistema de espionaje y delacion que son el fondo del gobierno de la negra Compañía.

He aquí pues que el jesuita Andrés de Villar se hace comerciante; mas para realizar su intento necesitaba mucho dinero y á fin de reunirlo se dirigió para lo que él llama una obra pia, á las almas devotas y á las conciencias timoratas, á las cuales promete las recompensas celestiales ó el perdon de los pecados; y al mismo tiempo halaga á la codicia mundana ofreciéndole el cebo del lucro. En poco tiempo y ausiliándole sus hermanos con todo el influjo con que contaban, encuentra el medio de que algunas personas le presten la suma de cuatrocientos cincuenta mil ducados, cantidad enorme en aquella época. Con este dinero el jesuita haciéndose á un tiempo agrónomo, comerciante, constructor, armador, é industrioso en todos ramos, fabrica casas, compra propiedades, ganados, telas, hierro, azafran y canela, lo revende todo, vuelve á comprar lo mismo, hace construir buques, los carga por su cuenta y los envia á las colonias españolas, de las cuales sus factores y sobrecargos traen los frutos coloniales que él vende en los almacenes de Europa. Al principio la casa de Villar y Compañía tuvo muchos beneficios, pero vino el dia en que, fuese desgracia, fuese mala direccion, fuese falta de probidad, el comerciante de sotana contesta á sus acreedores ó comanditarios que le reclaman sus fondos, que no tiene un maravedí en caja y que no sabe como reembolsarlos. Fácil es comprender el grito que á semejante nueva se levantó contra los Jesuitas, porque la bancarrota amenazaba á dos ó trescientas familias como una ruina completa ó poco menos. En tales circuntancias interviene el provincial, y en la junta de acree-

dores celebrada en la casa profesa de Sevilla el dia 8 de marzo de 1646 les propone pagarles el cincuenta por ciento. Los acreedores se niegan á admitirlo empeñándose con razon en que no prestaron el dinero al padre Villar sino á la Compañía de Jesus, y en que si la caja de aquel está vacía, la de los Jesuitas está bastante repleta para que pueda pagarles su crédito entero. Con esto se separaron, y á los dos dias supieron los acreedores que uno de ellos habia aceptado las proposiciones del provincial y que se trabajaba para que todos se adheriesen á ellas. Los Jesuitas hicieron desde luego nombrar un conservador de la quiebra, el cual pagó en el acto el cincuenta por ciento á cuantos se presentaron á recibirlo, y segun parece ese conservador, que era muy de la confianza de los reverendos, verificaba esos pagos en virtud de la lista hecha por sus patronos, en la cual figuraban acreedores fingidos ó amigos de san Ignacio y de su camada. Indignados los verdaderos acreedores dirigieron al rey de España Felipe IV una esposicion enérgica y apoyada en pruebas, á la cual contestaron los Jesuitas haciendo prender al padre Andrés de Villar; acusándole de que sin permiso de sus superiores habia emprendido un negocio estraño á la Compañía y contrario á las reglas de su instituto. Apenas el padre Villar fué puesto en libertad por órden del consejo, cuando publicó dos cartas de sus superiores que justificaban que si estos no aprobaron, supieron al menos y toleraron el establecimiento de su casa de comercio; pero lo que mas aumentó la indignacion general contra los Jesuitas fué una carta del padre provincial, que quedó unida al proceso y en la que este dignatario de la Compañía contestando al padre Andrés de Villar que le aconsejaba que no entablase el litigio con los acreedores, le respondia en sustancia: «Nuestra deuda «es demasiado crecida para que la paguemos; de todos modos nues- «tro crédito está perdido, y no debemos pensar en ello sino en «salvar el dinero como podamos.»

Es imposible manifestar aqui todas las faces de ese proceso que duró mucho tiempo é hizo grande ruido, y nos concretarémos á decir que los Jesuitas encontraron medio de burlar á lo menos en parte los fallos que sus acreedores alcanzaron con no poco trabajo de la justicia del rey. La del pueblo los sahirió con el dictado de

bancarroteros (1). En cuanto al padre Andrés de Villar juzgando en vista de esto que nada bueno podia esperar de sus cofrades tiró la sotana y metiéndose otra vez en el mundo se casó en faz de la iglesia, despues de haberse hecho relevar de los votos que habia repetido muchas veces.« Esto, dice Arnaud con este motivo, son pro-«fesiones de Jesuitas, en las cuales nadie comprende una palabra.»

Esta bancarrota de los Jesuitas de Sevilla ofreció hincapie á que se hiciese pública otra infamia de los reverendos padres. El consejo de Castilla en vista de la queja de los acreedores de la bancarrota, comisionaron al presidente de aquella audiencia para que entendiese en el proceso, y este hizo presentar todos los libros de cuentas del Colegio de los Jesuitas, como tambien los de la caja de la procura. Entre ellos habia uno cuyo título era: *Libro de obras pias.* Recorriéndolo atentamente se vió que los buenos padres retenian indebidamente una suma de ochenta mil ducados pertenecientes á un noble de Sevilla, llamado D. Rodrigo Barba, Cabeza de Vaca, cuya suma habia confiado á los jesuitas de San Hermenegildo treinta años antes un tio de aquel caballero con el objeto de salvar esa cantidad de los riesgos de un proceso entablado contra él por una mujer que pretendia ser hija suya y á quien él no queria reconocer como tal. Juan de Monsalva, que era el autor del depósito habia rogado á los depositarios que conservaran para su sobrino aquella suma autorizándolos para que de los réditos de la misma sacasen anualmente ochocientos ducados para emplearlos en obras pias; pero los buenos padres juzgaron que habiendo muerto D. Juan era muy del caso apropiarse el capital y los intereses. A pesar de esto habian llevado la generosidad hasta el punto de dar todos los años á título de limosna al sobrino de D. Juan, tan descaradamente robado, una pequeña suma destinada á reemplazar las buenas obras para las cuales Monsalva señalaba ochocientos ducados. El delegado del consejo de Castilla obligó á los Jesuitas á que restituyeran y si bien con alguna dificultad, el consejo ordenó que D. Rodrigo entrase en posesion de los 85 mil educados.

Hácia la misma época tuvo lugar un episodio que puede colocarse tras la bancarrota de Sevilla, como un sainete tras un dra-

(1) Véase con respecto á esto el libro español titulado: *Teatro jesuítico*, que es una sangrienta sàtira contra los buenos padres.

ma. Es una anécdota que á lo menos tiene el mérito de ser muy divertida. Un honrado herrador de Madrid que tenia un hijo juzgó que aseguraba su porvenir metiéndolo en la Compañía de Jesus, en la cual el jóven fué recibido con el gusto que era consiguiente á la suma de dos mil ducados que llevó consigo al entrar en los Jesuitas. El jóven era tan sumamente idiota que los Jesuitas lo devolvieron á su padre, y entonces viendo el herrador que su hijo volvia mas tonto de lo que se fué, le dijo que no se desesperara: y que supuesto que no podia ser jesuita seria herrador; mas al mismo tiempo le preguntó que en donde estaban los dos mil ducados. Ese dinero se habia quedado en poder de los jesuitas y habiéndolo reclamado el buen hombre, los reverendos le contestaron presentándole una eterna cuenta de gastos por alimentos, educacion, edificacion, santificacion, etc. prodigados á su hijo, y no contentos con esto lograron que el tribunal declarase que el cargo era igual con la data. No dándose por perdido el herrador escogitó un medio para recobrar, su capital y lo consiguió del modo siguiente. En el acto vistió á su hijo con el trage de jesuita y lo puso delante de la fragua, desde cuyo momento todo Madrid acudió á ver al reverendo tirando con mucha gravedad el fuelle ó martillando en el ayunque, y este espectáculo dió tanto que reir, que los Jesuitas para lograr que el escándalo cesara devolvieron al herrador los dos mil ducados sin embargo de lo cual se vengaron mas adelante. El autor español de quien tomamos estos pormenores afirma que en España los jesuitas apelaban muchas veces al veneno para deshacerse de aquellas personas que les podian dañar, y añade que en esa época hicieron morir á uno de sus cofrades, cuyo crímen era haber impedido que una viuda rica y medio idiota hubiera despojado por medio de un testamento á sus herederos legítimos en provecho de la negra Compañía.

Para esplicar los numerosos chascos judiciales que por esa época sufrieron los Jesuitas en España, es preciso saber que los reyes de esa nacion tenian motivos de queja contra ellos por la causa que vamos á indicar. Habemos dicho que los Jesuitas ausiliaron con todo su poder á Felipe 2.° para que se hiciese dueño de Portugal, despues de la muerte de D. Sebastian y al terminarse el triste reinado del cardenal D. Enrique. Gracias á los servicios hechos con ese

objeto mientras vivió Felipe 2.° tuvieron proteccion muy grande en los varios puntos de la monarquía española, escepto sin embargo en la península porque en ella dominaban la inquisicion y los Domínicos, eternos y formidables rivales de los hijos de Loyola. Mas en tiempo de Felipe 3.° y Felipe 4.° el sol del favor real se eclipsó casi enteramente para los buenos padres, y reservó sus mas vivos rayos para santo Domingo y sus hijos. Desde entonces mas de una vez San Ignacio se vió maltratado por sus terribles cofrades: los familiares del santo Oficio molestaron á los adictos á la Compañia, y con frecuencia la Inquisicion lanzó desde su inmenso tribunal acusaciones y hasta condenas contra individuos de la Compañia y contra la órden entera. Los reverendos entonces no osando atacar la Inquisicion atacaron á los reyes que la protegian, y conociendo que el suelo de España estaba bajo sus pies poco seguro fueron á buscar en un angulo de la Península un terreno en el cual sabian que el odio contra los españoles era como la grama que vive en todas estaciones, y que una mano hábil puede convertir en abrigo y en defensa. Comprende el lector que hablamos de Portugal en donde sabian los padres que encontrarian un grande odio para injertarlo en el odio suyo.

Rugía de cólera y de rabia el Portugal bajo los hierros con que la España lo habia cargado gracias al ausilio de los Jesuitas, y aunque los portugueses se acordaban de ello perfectamente, lo olvidaron ó fingieron olvidarlo al ver que los hijos de san Ignacio predicando la independencia nacional, despues de haber ayudado al despotismo estrangero, unian sus nasales voces á las voces ardientes y retumbantes y que aclamaron la libertad para el Portugal conmovido y calenturiento.

Los historiadores de la Compañía no han tratado ni siquiera de negar que los Jesuitas tomasen parte muy eficaz en la revolucion que fué arrancando el Portugal de la España, colocándolo otra vez en el número de las naciones, y únicamente han querido dar á entender que los esfuerzos de estos no fueron inspirados ni dirigidos por los gefes de la Compañía, sino que fueron esfuerzos individuales. Esto es muy dificil creerlo en presencia de los hechos. La primera persona que saludó con el nombrs de rey al gefe de la casa de Braganza, mas tarde Juan IV, fué el Jesuita Gaspar Correa, y

sin embargo no fué castigado por sus superiores de Portugal ni por los de Roma. Cuatro años mas adelante este jesuita hubo de ir á Madrid para justificarse y alegó que al prometer á Juan de Braganza una corona entendia hablar de la corona celestial. Cierto que este jesuítico equívoco no le libró del destierro, pero dejaba en Portugal cofrades que continuaron y dieron cima á la obra.

Nuestro ánimo no es achacar como un crímen á los Jesuitas haber ausiliado al Portugal para que recobrára su independencia, y estamos tan lejos de eso que si los padres hubiesen obrado francamente los glorificariamos por ello; mas al ver que los mismos Jesuitas no se atreven á confesar la parte que tomaron èn la insurreccion portuguesa, y no pudiendo esto atribuirse á modestia, porque es un sentimiento propio de las buenas almas, hemos de decir que la cosa consiste en que mientras impelian al Portugal á la revuelta, aseguraban al rey de España que hacian todo lo posible para comprimirla. Bien conocian que los favores de Felipe II los obligaban á ser por lo menos neutrales con respecto á Felipe IV.

Gobernado el Portugal por la casa de Braganza desde 1640 recobró el rango de nacion independiente, y por mas que los Jesuitas desmientan su participacion en ese grande acontecimiento, muy pronto reclamaron el precio de ella cerca del trono nuevamente restablecido, y supieron alcanzarlo. En efecto Juan IV monarca débil y meticuloso colmó de favores á los reverendos, y mas que él lo hizo la reina Luisa Guzman, de Medina Sidonia, muger de talento que gobernaba á su marido en union con el célebre ministro Pinto, el cual concedió á los Jesuitas cuanto quisieron. Los padres fueron confesores de la familia real y consejeros privados de la reina, quien se sirvió asimismo de ellos como negociantes y embajadores en el estranjero. Con esto comprende cualquiera que los Jesuitas debian esperar muy poco favor de la corte española. Si se pregunta cuales eran en esa época los sentimientos de la nacion portuguesa con respecto á los Jesuitas, puede conjeturar cualquiera que la alegria de ver que su patria recobraba la independencia tenia tan colmados sus corazones, que no dejaban en ellos lugar para los recuerdos antiguos. Mas poco á poco el orgullo, la malicia, las nuevas intrigas de los Jesuitas se encargaron de recordar á los portugueses, que si los buenos padres habian contribuido un poco

á su libertad contribuyeron muchisimo á su servidumbre, y sobre todo que en 1640 los habia impulsado su odio á España, cual en 1580 los movió su celo á favor de Felipe 2.° su patrono.

A poca diferencia hácia la misma época en que los Jesuitas procuraban por medio de su ingratitud con respecto á la España, hacer olvidar á Portugal la ingratitud con que antes se habian conducido en órden al mismo, fueron arrojados de Malta. Los escritores de la Compañia aseguran que esto fue con motivo de una intriga dirigida contra los reverendos padres por algunos jóvenes, para quienes eran censores harto severos de sus desórdenes; pero los adversarios de san Ignacio aseguran que ese destierro fué resultado de la mala conducta de un jesuita y de la ambicion y avaricia de todos los demas. Segun los últimos habia entonces gran escasez de granos en la isla de Malta, y como el Jesuita Cassia ò Cassieta hubiese cometido un crímen horrible, los administradores de justicia de la órden de Malta reconocieron el Colegio de los Jesuitas y lo encontraron lleno de granos, harinas y provisiones de todas clases. La noticia de este suceso y el crímen del jesuita preso causaron tanta indignacion contra los hijos de san Ignacio, que en el acto se los metió en una falua que los condujo á Sicilia. Lo que presenta mas indigna la conducta de los Jesuitas segun esa relacion, es que mientras tenian sus almacenes llenos de granos con la esperanza de venderlos á gran precio á la gente hambrienta, daban á entender que eran víctimas de la miseria y recibian la racion que se daba á los necesitados. Lo positivo es que los jesuitas fueron entonces arrojados de Malta y que el Gran Maestre Lascaris, muy adicto suyo, no pudo evitarles este castigo ora fuesen dignos de él, ora no lo hubiesen merecido. Vertot en su *Historia de Malta* dice que los autores de esta espulsion de los hijos de Loyola fueron los caballeros jóvenes, pero que el consejo, los caballeros ancianos y los grandes Cruces no tuvieron por ello pesar alguno, tanto mas cuanto el Gran Maestre Lascaris se dejaba guiar absolutamente por los buenos padres con notable perjuicio de la órden (1). Los panejiristas de la Compañía de Jesus dicen que el grande crímen del padre Cassia fué desaprobar y hacer prohibir por el Gran Maestre las re-

(1) Véase con este motivo *el teatro jesuítico, la moral práctica de Arnauld, la Historia de Malta de Vertot. etc.* Este fija el suceso en el año 1639 y los otros en el 1643 ó 44.

presentaciones teatrales á que eran aficionados los caballeros jóvenes, á proposito de lo cual recordarémos que los Jesuitas, segun lo confiesan sus escritores mismos, ejecutaban esas representaciones en sus Colegios. Arnauld hablando del crímen del padre Cassia dice que es tan horrible por todas sus circunstancias que le parece mejor pasarlo en silencio, y otro tanto haremos nosotros.

Tambien en esa misma época á poca diferencia representaban los Jesuitas en Lorena un papel muy distinto del que ellos cuentan haber desempeñado en su espulsion de la isla de Malta. Segun se dice fueron arrojados de ella por su escesiva rijidez, y allí fueron conservados porque se mostraban accesibles y condescendientes. El duque de Lorena, Cárlos IV, príncipe libertino con sus asomos de loco estaba casado con Nicolasa de Lorena que no era de su gusto, al paso que tenia un amor intenso á Beatriz de Cussance, muger jóven y viuda del conde de Cante-Croix. Bien quisiera Cárlos covertir á Beatriz en dama suya, pero la Condesa queria ser esposa y duquesa de Lorena, lo cual era dificil mientras viviese Nicolasa. Felizmente pensó el duque tomar por confesor á un Jesuita, y á poco tiempo desapareció la imposibilidad, se allanaron las dificultades y el duque á los ocho dias de haber tomado por director espiritual al padre Didier Cheminot de la Compañia de Jesus contraia segundo matrimonio en vida de su primera muger, con la bella y ambiciosa Beatriz viuda del conde de Cante-Croix. Despues de haber aprobado y aconsejado el matrimonio tuvo el jesuita la audacia de querer justificarlo, y con esto motivo públicó una memoria apologética. La bigamia del duque de Lorena hizo mucho ruido, conmovió á la Iglesia, y la Compañia de Jesus que habia sacado de la culpable condescencia del padre Cheminot el provecho que esperaba, no vaciló en desaprobar la conducta de dicho padre quien por su parte, y quizas en virtud de órdenes de sus superiores, continuó defendiendo la conducta de su penitente. Tres años duró el negocio y mientras tanto la Compañía de Jesus recibió por conducta del padre Cheminot los inmensos beneficios con que el duque de Lorena recompensó á los hijos de Loyola; si bien el infeliz padre Cheminot fue escomulgado por el papa. El autor de la *Monarquia de los Solipsos* ya nos dice que cada Jesuita no tiene derecho de velar por su propia reputacion, y que

desde su entrada en la órden se convierte en una cosa perteneciente á la misma.

Algunos Jesuitas mal informados de los secretos de la órden quisieron de pronto escribir en favor de su cofrade, mas no faltó quien les mandara callar y suprimiera sus escritos, mientras que el general de la Compañia mandaba notificar á su inferior la excomunion hácia fines de abril de 1643. Parece que los hijos de Loyola necesitaban aun que el padre Cheminot estuviese cerca del duque de Lorena, puesto que el escomulgado no se sujetó á la sentencia del Pontifice hasta el mes de setiembre, y aun entonces, segun dicen los escritores de la Compañía, fue recibido con indulgencia por el general que era Titelleschi. A esta comedia no le faltó mas que una circunstancia y fué que se hubiese castigado á Cheminot porque fué demasiado obediente y se condujo *como un cadaver*, segun el atroz mandamiento jesuítico.

Mientras tanto se habia calmado en Europa el ruido de las guerras y Richelieu seguido de su triste amo, en cuyo nombre gobernaba la Francia y conmovia el mundo, habia bajado á la tumba y dormidose tranquilamente á despecho de los rugidos de la aristocracia á la cual convertia en nada, de las quejas de los católicos alemanes á quienes humillaba y de la griteria de los Jesuitas de quienes hacia burla. Ese grande ministro murió profetizando al horizonte político de la Europa la aurora de la paz de Westphalia (1) tan gloriosa para la Francia, tan humillante para la casa de Austria y tan favorable para los principios y los pueblos protestantes. A Richelieu sucedió Mazzarino, de la misma manera que algunas veces en el teatro se hace salir tras el gran Corneille á algun saltimbanco dramático.

Despues de las grandes conmociones de la guerra de treinta años en Alemania, y de las guerras religiosas en Francia vinieron los burlescos combates de la Fronde, en cuya ridícula comedia fue preciso confesar en honor de los Jesuitas que, el papel que representaron fue muy insignificante. Mientras que el Parlamento luchaba contra la Corte, y el cardenal de Retz contra el cardenal Mazzarino, mas con canciones y epigramas que con el sable y el mosquete, los

(1) Este cèlebre tratado concluido en 1648, sancionó la existeneia de las naciones protestantes y la grandeza de las miras de Richelieu.

reverendos padres se contentaban prudentemente con estender su influjo por las provincias de Francia, aumentar en ella el número de sus Colegios, de sus casas, de sus adictos y de sus riquezas, cosa que habian hecho con mucha angustia en el anterior reinado, gracias á las trabas hijas del respeto en que la tenia la celosa vigilancia del Cardenal Richelieu.

Al mismo tiempo continuaban la guerra de merodeo que les hemos visto empezar contra los conventos y beneficios de Lorena y de Austria, y tambien entonces procuraron volver á Inglaterra contando con el ausilio de Cárlos I que muy luego subió al cadalso. Al mismo tiempo alcanzaban del Papa por sus intrigas y aun se dice que por sus riquezas el derecho de meterse otra vez en Venecia despues de un destierro de cincuenta años. Luchaban tambien aunque inutilmente con el objeto de poner los pies en Holanda, en donde el hijo de Guillermo de Nassau se vió espuesto á los mismos puñales que habian enrojecido con la sangre de su padre. Finalmente contando con su grande influjo en Polonia alimentaban la esperanza de sujetar al mismo la Suecia; mas este pais fue bastante dichoso para preservarse de la plaga que amenazaba caer sobre la península bañada por el mar del Norte. Todo lo que los jesuitas lograron fué transformar á la reina de Suecia, la célebre Cristina, en católica, y no falta quien dice que en jesuita. Si el eco de las galerias de Fontainebleau no miente (1), lo que murmura hace cerca de dos siglos á propósito de esta reina no debe darnos una grande idea de la catecúmena de los Jesuitas, ni de la rigidez de sus convertidores.

Los límites que nos hemos fijado para esta obra nos obligan á contentarnos con bosquejar rápidamente la historia de la Compañia de Jesus durante la segunda mitad del siglo XVII. El rasgo mas notable de la fisonomia de la órden durante ese período es sin duda la guerra del jansenismo. Antes de contar sumariamente sus faces, parécenos á propósito decir cuatro palabras acerca de Molina y de su famoso libro: *De la concordancia del libre albedrio con la gracia divina.*

(1) Cuando Cristina en el reinado de Luis XIV residió en Fontainebleau hizo asesinar alli mismo á Monaldeschi su escudero mayor y su amante; del cual estaba celosa. Las costumbres de esa reina aun despues de su conversion fueron muy relajadas.

Molina jesuita portugués publicó este libro en 1688, y nosotros juzgamos que á nuestros lectores les importa muy poco la descripcion larga y escolástica de la obra. Lo que basta saber es que somete al libre albedrio la gracia divina, que hasta entonces se habia mirado en la iglesia católica como él medio principal sino el único de la salvacion de los hombres. Lo que sin duda se reputará por mas grave es que de ese libro emanan principios funestos, los cuales han dado lugar á que un célebre escritor de nuestra época dijese que su autor es la muerte en moral como Spinosa lo es en metafísica y Hobesio en política (1). Para dar una idea de la importancia fatal que en Europa se dió á esta obra jesuítica bastará decir que el autor de las reflexiones sobre el desastre de Lisboa; libro publicado en el siglo XVIII, sin ocuparse mucho de las teorias acerca de los volcanes y de las otras hipótesis de la ciencia, sienta la proposicion de que la causa de la plaga que destruyó la capital de Lusitania es la proteccion que Portugal concedió al Jesuitismo naciente; pero sobre todo la desgracia de haber sido ese pais cuna y teatro de los funestos escritos del Jesuita Molina.

Este hombre tuvo la astucia de hacer que el grande inquisidor de Portugal aprobara su libro, astucia que encontró pocas dificultades que vencer si hemos de dar crédito á los Dominícos, quienes nos dicen que el inquisidor general era entonces un jóven que debia esa indignidad á su título de archiduque y de hermano del emperador Rodolfo, y que su director era su madre, señora muy adicta á los Jesuitas. Los dominícos se apresuraron á denunciar el libro del Jesuita al inquisidor general de España como contrario á la doctrina profesada por toda la Iglesia. La verdad es en nuestro concepto que Molina predicaba en su obra una moral contraria á la que enseñaban los dominícos, y que estos se inquietaban mas por sus escuelas que por la Iglesia entera,

(1) *Del Sacerdote, de la muger y de la familia* por M. Michalet. En el momento en que se tiraba en la prensa este pliego hemos observado que nuestra cita no es exacta, pues no es Molina sino Molinos à quien Michelet ha juzgado de este modo, y Molinos vivió un siglo mas tarde que Molina. Tambien era jesuita y en nuestro concepto el libro titulado de *Justitia et jure* que Molina publicò en 1588 contiene una moral mas relajada todavia y acaso mas peligrosa que la del *Guia espiritual* por el cual la Inquisicion diò à su autor el nombre de hijo de perdicion y condenò en 1687 sesenta y ocho de sus proposiciones.

al paso que ya es sabida la encarnizada rivalidad que hubo siempre entre esas dos órdenes. En suma, estando ya santo Tomas y san Agustin muy cerca de andar á la greña en la persona de sus campeones los jesuítas y los dominícos, el Papa Clemente VIII abocó el negocio á su tribunal probablemente á instancias y por influjo de los Jesuitas, que podian mas en las gradas del trono pontificio que en los calabozos de la inquisicion. En efecto, Clemente VIII no falló este negocio para cuyo exámen habia establecido las célebres congregaciones llamadas *de auxiliis* y se dice que la muerte fué la única que impidió á ese papa publicar una bula condenatoria de Molina y de sus principios. Las congregaciones erigidas con este motivo se reunieron sesenta y siete veces desde 1598 hasta 1612, y en una de las últimas sesiones nosdan por cierto los adversarios de la Compañia que el Jesuita Valencia defensor del libro de Molina tuvo la audacia de alterar, porque asi lo exigia su causa, un pasage de San Agustin. El abogado de los dominícos que era el sabio Lemoz hizo ver la superchería del Jesuita, la cual indignó muchisimo al Papa por quien fué vituperado Valencia hasta el punto de perder los sentidos delante del Pontífice. Muerto Clemente VIII sin haber fallado este negocio, Paulo V se ocupó de él al parecer con ánimo de terminarlo y presidió personalmente siete congregaciones. Los jesuitas que habian resuelto considerar ese asunto como negocio de la corporacion movieron tantos resortes acerca del tribunal pontificio, que lograron suspender la sentencia que iba á pronunciar Paulo V, de suerte que en 1607 este Papa declaró que juzgaba oportuno suspender la publicacion del fallo. Los hijos de Loyola consideraron esta suspension como un triunfo, y acaso tenian razon, pues si esto no era un fallo á favor del libro de Molina manifestaba al mundo cristiano el supremo influjo y el poder de la Compañia. Dícese que los Jesuitas de la península lo celebraron como una verdadera victoria, de suerte que la declaracion del Papa fué recibida con arcos de triunfo, con fuegos, con el cerramiento de clases en los colegios, con representaciones teatrales en que se exaltaba el poder de san Ignacio y de sus hijos, y que en los arcos de triunfo se grabó este mote: *Molina triunfante*. Estas demostraciones que proclamaban la humillacion del poder pontificio indignaron en gran manera á Paulo V, quien acaso se hubiera vengado

á no prevenirle la muerte. Gregorio V, Urbano VIII, Inocencio X é Inocencio XI quisieron terminar el negocio, pero fue en vano por que quedó pendiente.

El mundo cristiano habia olvidado casi de todo punto á Molina y á su libro cuando vinieron á refrescar su memoria las disputas del *jansenismo.* Muchas personas han creido y escrito que el jansenismo fue inventado por los Jesuitas para quienes la paz y la oscuridad es una cosa insufrible, y que en caso necesario suscitan guerras para llamar sobre sí la atencion agena. Seguramente que nuestros lectores no esperan encontrarse aqui con la historia completa del jansenismo, pues no tenemos el tiempo ni el saber necesarios para escribirla, ni aun siquiera la paciencia. Por otra parte confesamos con toda humildad que nunca nos ha sido posible comprender bien lo que es el jansenismo, ni en que su existencia amenazaba el dogma ortodoxo de la Iglesia romana. Por lo mismo nos contentarémos con fijar algunas estacas que al lector curioso le servirán de guias para no estraviarse en esa llanura árida y de aspecto enojoso.

Segun parece Baius doctor de Lovain fué el precursor de Jansenio, quien hallándose de obispo de Ipres escribió un libro acerca de San Agustin renovando en el algunas ideas de su precursor. Por aquella época la congregacion *de auxiliis* estaba muy florida aunque sin dar fruto; y los Jesuitas no podian aspirar á cosa mejor que á un pretesto para hacer una diversion. Desgraciadamente el libro de Jansenio no fué impreso hasta despues de muerto su autor y entonces el abad de San Cyrano comenzó á predicar las doctrinas del difunto obispo de Ipres que era su amigo, y que segun la espresion de Voltaire fué gefe de una secta despues de haber muerto. Los Jesuitas pidieron que se condenara el libro de Jansenio como una continuacion de la obra de Baius cuya condena habian conseguido en 1567. Efectivamente el papa lo condenó, cosa que hizo mucho ruido y promovió una grande querella en Francia. La facultad de teologia de Paris condenó cinco proposiciones del obispo de Ipres, pero como sesenta doctores apelaron al Parlamento, este mandó la comparecencia de las partes, mas ninguna se presentó y el negocio se fué embrollando. La universidad y los obispos estaban divididos acerca de cinco famosas proposiciones

que segun parece muchas gentes no comprendian ó ni siquiera habian leido, á lo menos en el original. La sentencia de Inocencio XI no cita las páginas del libro de donde fueron sacadas, y es probable que el Juez supremo se contentó con leer las cinco proposiciones en el acta de acusacion. El cardenal Mazzarino que no gustaba de la guerra hizo que la asamblea del clero francés admitiese la condena pontificia y la paz parecia restablecida, cuando los Jesuitas sin duda por medios violentos avivaron el mal apagado fuego, y la disputa estalló de nuevo y con mayor energia. Los reverendos padres hicieron que el cura de san Sulpicio negase la absolucion al duque de Liancourt porque no creia que las cinco proposiciones estuviesen en la obra de Jansenio. Antonio Arnauld autor de la *Moral práctica* fué arrojado de la Sorbona gracias á una legion de doctores frailes mendicantes, cuya presencia hizo decir á Blas Pascal que era mas facil encontrar frailes que razones. El celebre Pascal vengó á todos los jansenistas en sus *Lettres Provinciales*, á las cuales remitimos al lector no solo para que se divierta con el jansenismo, sino tambien para si se le antoja ver el chistoso cuadro de las locuras eclesiásticas que predicaban y sostenian los Jesuitas. Al parecer la negra cohorte se sintió mucho de aquel golpe, y no pudiendo rechazarlo con las mismas armas echó mano de la violencia. Los jansenistas habian edificado cerca del monasterio de Port-Royal-des-Champs, comunidad dirigida por Arnauld y por el abad de san Cyrano, una casa en que se retiraron los principales del partido, todos ellos hombres graves y tan dignos de consideracion por su saber como por sus virtudes. La venganza de los Jesuitas cayó muy luego como una ave de rapiña sobre ese pacífico retiro: el convento de religiosas de Port-Royal fué invadido por fuerza armada, las monjas fueron presas por groseros soldados, fué derribada la casa de los jansenistas, y los que no quisieron escaparse fueron atados y conducidos á la Bastilla, y entre ellos lo fue Sacy el traductor de la Biblia. La cólera de los hijos de Loyola no estaba satisfecha con caer sobre la cabeza de los vivientes y asi es que removió los huesos de los muertos. Cuando Port-Royal fue destruido de alto abajo se sacaron los sepulcros de la iglesia y del cementerio para llevarlos á otra parte. Los restos del partido jansenista fueron perseguidos en los paises Bajos por Felipe V á instancia de los Jesuitas. Para

dar una idea de este proceso singular bastará copiar las palabras con que Voltaire nos pinta su fondo.

«Los jesuitas, dice en su *Siglo de Luis XIV* en el artículo *Jan-*
« *senismo*, suponian que Molina habia descubierto precisamente la
« manera como Dios obra sobre las criaturas, y la manera como las
« criaturas le resisten: distinguian, con su doctor, el órden na-
« tural y el sobre natural la predestinacion á la gracia y
« la predestinacion á la gloria; y la gracia previniente y la
« cooperante. Molina fué el inventor del concurso concomitante,
« de la ciencia media y del congruismo. Esta ciencia media y
« este congruismo son ideas rarísimas, pues por medio de la
« primera Dios consulta diestramente la voluntad del hombre para
« saber lo que el hombre hará cuando tenga su gracia, y luego
« segun el uso que adivina hará del libre albedrio toma sus medidas
« para determinar al hombre y estas medidas son el congruismo.»

Nuestros lectores ven que estas son cosas muy lindas, y no hay que figurarse que Voltaire haya hecho una caricatura de un cuadro, pues todo lo que dice se encuentra en Molina y en los adversarios del jansenismo, con la diferencia de que es mucho mas enojoso. Quien lea las cartas primera y segunda de las *Provinciales* de Pascal podra formarse una idea de lo que eran en opinion de los Jesuitas el *poder próximo* y la *gracia suficiente* que no es la *gracia eficaz*. Pero mejor que eso es leér por entero el libro del famoso abogado de los jansenistas á quien debemos una de las mas hermosas producciones del talento humano á las cuales daba Voltaire la preferencia sobre las sátiras de Boileau, y equiparaba con las mejores piezas de Moliere.

Este resumen rápido y por consiguiente incompleto de la historia del jansenismo y de la guerra que los jesuitas le hicieron, puede considerarse como una especie de introduccion á la historia del jansenismo en Francia en la época de Luis XIV. En los primeros años de ese reinado los Jesuitas lucharon con grande angustia á fin de conservar la posicion que habian conquistado en Francia; mas hácia el término de ese reinado lejos de luchar dominaban y oprimian, porque Luis XIV envejecido ya favorecia á los Jesuitas que no le molestaban por los amores de su mocedad. Nadie ignora que gracias al influjo del confesor Jesuita, Madame de Maintenon se

casó con el rey, de suerte que hácia el fin de ese reinado la Compañía de Jesus se hizo poderosa, tanto que el padre *Le* Tellier gobernaba, ó por mejor decir, tiranizaba toda la Iglesia de Francia. En los primeros tiempos en que Luis XIV rigió las riendas de su reino, durante los años en que el jóven monarca brillaba en los esplendidos carroseles ante los ojos de Olimpia Mancini y de las señoritas de La Valliere y Montespan, y mientras que Turena y Condé hacian respetar en todas partes el nombre francés, los Jesuitas recibieron algunos golpes dados á la vista del monarca y con aprobacion del mismo varias veces. Asi es que cuando quisieron introducirse en Troyes esta ciudad se resistió tenazmente, y para inpedir el paso á los reverendos padres presentó una esposicion en que pintaba de una manera enérgica los motivos de la resistencia que eran diez. Aquella esposicion que fué favorablemente acogida contiene algunos pasajes curiosos. «Las cargas, dice, son muy grandes « en Troyes, y los Jesuitas no solo se eximen de ellas en todas par« tes, sino que se convierten en una carga nueva, que es mas in« soportable que todas las restantes. De ello puede juzgarse por « los hechos. Vinieron acá en 1638, y aunque su permanencia fué « solo de seis meses, en ese corto tiempo encontraron el secreto de « adquirir cuarenta mil libras. Por otra parte el ejemplo de otras « ciudades que los han recibido de grado ó por fuerza nos dá un « aviso muy saludable. Chalons se arrepentirá por mucho tiempo « de haberles abierto las puertas, y Chasleville no olvidará nunca « que esos padres resolvieron al duque de Mantua su señor á doblar « el impuesto de la sal, para sostener su colegio. Todo el mundo « conoce su destreza para insinuarse en todas partes, grangearse el « afecto de las viudas á fin de obligarlas á testar en provecho de « la Compañía etc. etc. En Rethel han sosacado á la señorita « Brodard mas de sesenta mil libras para sus hermosas misiones « de la China. Para nadie es un secreto que se meten en todas par« tes, que todo lo huelen, que se hacen árbitros de todo, que en « ellos desaparecen los secretos de familia porque son espias eter« nos, que no hay mejores negociantes que esos reservados, porque « á sus ojos todo es lícito con tal de que proporcione lucros, que « so pretesto de alucinar á algunos comerciantes y aumentar sus « negocios les prestan dinero y sacan gran provecho sin arraigar

« cosa alguna, y que favorecen á esos mercaderes desacreditando
« á los otros. Tómense noticias en Lyon acerca de quienes son los
« que hoy dia tienen el comercio de las drogas y de las especias,
« comercio que en otro tiempo estaba repartido entre ciento de las
« mejores casas.»

Segun antes lo hemos dicho la esposicion de Troyes presenta datos muy instructivos. San Quintin tenia la misma repugnancia á la negra cohorte, que sin embargo trató de introducirse allí por medio de la espresion de la voluntad del monarca, al cual aseguraban los Jesuitas que en ninguna parte eran tan deseados como en aquel punto. Felizmente los habitantes de san Quintin tuvieron indicios de este negocio é hicieron pública la mentira de los Jesuitas, á quienes fué imposible vencer la resisiencia de aquellas gentes. Hácia la misma época tenia lugar en la Gascuña el siguiente suceso. Un pobre carpintero habia hallado un tesoro, y los Jesuitas trabajaron tanto y con tanto acierto que se apoderaron de él, y como el carpintero tuvo la audacia de quejarse de ello los buenos padres se vengaron de sus habladurías arruinándole completamente hasta reducirle á la mendicidad, obligando para ello á cuantos los amaban ó los aborrecian á que jamás se valieran de aquel artesano. «La esposicion que este presentó entonces á la « córte, causó una impresion muy grande, » dice el escritor de quien tomamos este suceso, el cual sin embargo calla lo mas interesante que era saber si se le hizo justicia.

Mientras que Luis XIV fue jóven el grito de las víctimas del jesuitismo pudo al menos llegar hasta él y permitió que se escribiera contra la terrible congregacion la mas sangrienta y mas pública de las sátiras; esto es el Tartufe. Esta inimitable comedia fué representada en 1667 y siempre pasmará la audacia que hubo de necesitar Molliere para convertir en objeto de la risa universal á una potencia tan formidable como aquella á quíen atacaba. En efecto, nada puede compararse con esa audacia sino es al talento del autor de aquella obra maestra. Casi la Francia entera aplaudió el libro del gran filósofo, que era al mismo tiempo su primer escritor cómico. Los Jesuitas se vengaron de él condenándole desde el púlpito al fuego eterno, y negándole despues de muerto la tierra sagrada, y hasta fué menester una real órden

para que se concediese un rincon de tierra á los despojos mortales de uno de los mas grandes escritores que honran á la Francia.

Apenas Luis XIV fue viejo cuando los Jesuitas fueron poco á poco apoderándose de su ánimo, y acabaron por dominar su despótico carácter. Con el ausilio de madame de Maintenon los padres Lachaise y Le Tellier alcanzaron que Luis XIV revocase el edicto de Nantes y arrojára de Francia cien mil familias protestantes que fueron á llevar su talento y sus riquezas lejos de su ingrata patria (1). Entonces comenzaron las famosas *dragonadas* de Cevennes; asquerosa y terrible gota de sangre que basta á empañar el sol que Luis XIV habia tomado por emblema, y que durante algunos años fué una alegoría bastante justa. Omnipotentes entonces los Jesuitas no dejaban llegar hasta los pies del trono el lamento de los desdichados á quienes despojaban ó oprimian.

« En los últimos años de su reinado, dice el autor de la *Historia* « *general del origen y de los progresos de la Compañía de Jesus*, (pu- « blicada en 1741) se veia por las calles de París á una triste por- « diosera que contaba á los que le daban limosna su infeliz histo- « ria, en la cual los Jesuitas representaban un papel tan malo « como los que han desempeñado muchisimas otras veces. Aquella « desgraciada habia sido doncella de una señora que tuvo por confe- « sor al Jesuita De La Rue, y como esa señora cayese enferma « entregó á su confesor una suma de diez mil libras, para que des- « pues de su muerte fuese dado á la doncella, pues temió la bue- « na señora que sus herederos defraudasen á la criada, á quien « deseaba recompensar sus largos y buenos servicios. El jesuita to- « mó el dinero y lo guardó tan bien, que cuando la señora, la « doncella reclamó la cantidad, el padre negó el depósito. La infe- « liz se atrevió á quejarse y los Jesuitas la hicieron meter en la

(1) Enrique IV fué quien espidió à favor de los Calvinistas el célebre edicto de Nantes, especie de carta de los protestantes de Francia à quienes concedia proteccion y varios derechos. Asi es que todo señor de horca y cuchillo podia celebrar libremente en su castillo el culto de la religion reformada, y todos los calvinistas podian desempeñar todas las dignidades y empleos del estado.

Cuando Luis hubo revocado el edicto de Nantes quiso impedir que los calvinistas fuesen á buscar à una tierra estraña la libertad de conciencia que la Francia les negaba, y para ello se condenó à galeras à los protestantes industriosos que querian salir del reino, y ademas se confiscaban los bienes de los calvinistas nobles y ricos i salian de Francia antes que transcurriese un año. Los Jesuitas eran los motores de esos actos de tirania que traen à la memoria los de Tiberio.

«Bastilla de la cual no salió hasta despues de la muerte de Luis «XIV. En los primeros tiempos de la regencia se la veía aun, «vieja, pobre y enferma que iba por París de puerta en puerta «implorando la caridad agena y refiriendo sus desgracias.»

Es imposible traer aqui á colacion las acusaciones mas ó menos graves que en esa época se dirigieron á los Jesuitas, sin embargo de que los cobijaba el poder real con no poca mengua de su esplendor y fuerza; porque es propio del jesuitismo hacerse para sí una salvaguardia arruinando y dando al través con sus protectores. Sentimos que la falta de espacio nos prive de trazar el cuadro de las intrigas que rodeaban á Luis XIV en sus últimos años cuando ese rey, astro ya apagado, no se dejaba ver al mundo sino por medio de madame de Maintenon ó del jesuita Le Tellier; dama ya vieja aquella, y confesor hipócrita este. Tampoco hablarémos del negocio del *Quietismo* cuyos pormenores pueden verse en todas las obras de la época, y únicamente observarémos que en este asunto los Jesuitas hicieron creer al bueno y dulce Fenelon que le sostendrian: mas apenas Luis XIV se hubo decidido cuando descubrieron cuarenta errores en el libro de las *Máximas de los Santos*, lo cual fué causa de aquella controversia en que Bossuet se mostró el doctor mas sabio y Fenelon el mejor cristiano.

Parece que los Jesuitas promovieron adrede todas esas controversias religiosas cerca del trono de Luis XIV desfallecido ya, y que en apariencia se complacia en ellas cual en otro tiempo los emperadores romanos próximos á su caida se ocupaban en frívolas diversiones de dogma ó en disputas del hipodromo.

Poco antes de la muerte de Luis XIV los jesuitas soplaron las casi apagadas cenizas del jansenismo, y de ellas hicieron salir la cuestion del abad Quesnet y la bula *Unigenitus* que reanimaron el ardor de las controversias religiosas en Francia. En las *Memorias del duque de Saint-Simon* se encuentran los siguientes pormenores que nos parecen bastante curiosos para insertarlos aquí. Despues de decir algunas palabras acerca del libro de Quernet, libro que segun él fué el pretesto de una insurreccion general de la Compañia de Jesus, dice el Duque de Saint Simon «que los hombres «de bien querian que se pusiera al autor de la obra en el caso de «rectificar las proposiciones mal sonantes que en la misma habia,

« (1) pero no era seto lo que deseaba el P. Fellier, sino que su objeto « era hacer entrar en ello á la autoridad y convertir este negocio « en hincapie de persecuciones para muchos años, á fin de es- « tablecer en dogma la fe de la escuela jesuita tolerada hasta en- « tonces á duras penas por la iglesia de Francía. Queria una con- « dena en globo que recayese sobre el todo, y se salvara en una « tabla que pudiese acercarse ó retirarse en caso conveniente. A « este fin la Compañia deseaba empeñar en la disputa al Papa y « al rey de Francia, para que su escuela deslumbrase la ignorancia ,, ó la debilidad de algunos Obíspos, atrajera á los otros por am- ,; bicion, obligara á todo teólogo á que paladinumente se mostrara ,, en poco ó en contra y finalmente engrosara el partido jesuítico, ,, y le permitiera anonadar al otro por medio de una persecucion ,, abierta y de una inquisicion contra las personas que dependian ,, de la autoridad del Papa y de la del rey, acostumbrar con esto ,, á todo el mundo á que doblara la cerviz á su yugo, y de paso « en pro erigirlo en dogma de fé. Esto es desgraciadamente lo que « vemos en nuestros dias.

,, Los dos ardientes jesuitas Aubenton y Fabroni hostigaron al ,, Papa hasta en su gabinete y le tuvieron allí como recluso para ,, arrancarle la bula que debia darles la razon á ellos y condenar ,, al padre Quesnel. En vano manifestó el papa que se habia empe- ,, ñado solemnemente en este negocio con el sacro colegio y con el ,, cardenal La Temoille, pues Fraboni dejándose arrebatar por la ,, cólera trató al papa de chiquíllo, sostuvo que la bula era buena ., tal como él la pedia, y que si hizo la tonteria de empeñar su ,, palabra no dèbia colmarla cumpliéndola. “

Cuenta tambien el Duque de saint Simon que el padre Tellier le consultó acerca del efecto que esa bula causára en la corte y en la ciudad, y á fé que es curiosa la entrevista del jesuita con el magnate.

,, Entonces, dice el duque, el padre se enfadó y fuera ya de sí ., me dijo cosas que despues á toda costa hubiera querido no ha-

(1) Ese libro era una especie de resùmen de las doctrinas de S. Pablo, de Sto. Tomas y de S. Agustin, y si hemos de dar crédito à una anécdota continuada en el *Siglo de Luis XIV* era tan poco peligroso para la fe cristiana que Clemente XI que la leyò antes que se pensase en perseguirlo lo alabò pùblicamente, à pesar de lo cual lo condenò cuando los jesuitas quisieron.

,, ber dicho: me habló tambien acerca del fondo de la bula, de la ,, violencia para lograr que se admitiera, y dijo cosas tan atroces, ,, y horribles que verdaderamente me dejó trastornado. Le tenia ,, cara á cara, entre dos velas, sin mas espacio entre los dos que la ,, anchura de la mesa; y de repente trastornado por lo que con- ,, templaba y oia, ví lo que era un jesuita. "

Para caracterizar la alianza de los Jesuitas con Luis XIV es del caso observar que cuando este imperioso monarca tuvo con Roma los desacuerdos, á consecuencia de los cuales obligó al sucesor de san Pedro á humillarse ante el sucesor de san Luis, los Jesuitas estuvieron siempre de parte del poder temporal. Al parecer le disgustó mucho al clero de Francia ver que los Jesuitas dominasen en ella, pues en 1665 el obispo de Pumiers escomulgó á tres jesuitas de su diócesis, y el de Arras censuró la obra del padre Gobat, y toda la Compañía á quien representaba. ,, Como un criadero en ,, donde crecen gentes destinadas á devastar la viña del Señor. " Finalmente en 1701 la asamblea general del clero manifestó su celo contra la moral de los Jesuitas.

No pasarémos por alto una anécdota que prueba de que manera los confesores de Luis XIV hacian uso del poder que este les concedia. En 1680 el padre La Chaise quiso hacerse dueño del monasterio de Charonne situado en un arrabal de París, en cuyo monasterio con no poco pesar suyo no tenian entrada los Jesuitas. Parece ademas que el padre La Chaise codiciaba las tierras pertenecientes á esas religiosas, y por esto persuadió al rey y al arzobispo de París que pusiese allí una abadesa á fin de restablecer segun decia, el bien espiritual, y el temporal; y es ocioso decir que se trataba de confiar esa dignidad á una señora hechura de los reverendos. Desgraciadamente las contribuciones de la órden del Cister á la cual pertenecia el convento prohiben que haya abadesas en sus monasterios, y las del de Charonne apoyándose en esto se negaron á recibir en su casa á la abadesa. El papa á quien se consultó dijo que las monjas tenian razon, pero que el jesuita queria que no la tuviesen y se lo hizo ver muy claramente; pues el parlamento convirtiéndose en servíl instrumento del real confesor, quien por otra parte habia hecho sonar ante todo las libertades galicanas, espidió un decreto estinguiendo la comunidad, y en su

consecuencia fué estinguida, vendióse la casa, y las religiosas fueron sacadas de allí con violencia por la fuerza armada. Algunas de ellas hubieron de apelar al recurso de pedir limosna.

Los Jesuitas por fin deseando apoderarse de la direccion de un convento no vacilaron en acusar al austero Barullo de que habia puesto embarazada á una monja carmelita.

Nunca los Jesuitas habian sido ni fueron en Francia tan poderosos como en los últimos años del reinado de Luis XIV. Sabido es que se les acusó de que habian contribuido á las desgracias que en esa época cayeron sobre la Francia; y no es estraño porque como principio general puede sentarse que en todas partes donde ellos dominan, dominan á costa de la gloria de los soberanos y de la felicidad de los pueblos. El siglo XVII consagró el poder del jesuitismo en toda la tierra, y sin embargo durante el mismo se dieron los mas terribles golpes á la negra cohorte, y pulularon aquellas terribles acusaciones que trajeron el tremen do fallo del siglo siguiente. En el XVII fué cuando los Jesuitas se vieron puestos por diferentes manos *en el cadalso* (1).

Locura que fué bastante comun en la edad media. Dumarets familiar de los Jesuitas se introdujo en casa de ese insensato tan poco peligroso, y le cogió los papeles con los cuales el P. Canard ó Annat confesor del rey pegó fuego á la hoguera.

Tambien hemos pasado por alto al diácono Paris y á sus *Convulsionarios* y sobre todo lo que Voltaire en su *siglo de Luis* XIV llama tan acertadamente las locuras de Paris. Contestarémos aqui al cargo que se nos ha hecho de no haber nos estendido bastante acerca de la disputa del jansenismo. Lo que tenemos que decir de esto es que esa cuestion no puede tener un interés muy grande para los lectores del siglo XIV y por esto la hemos contado brevemente. Por otra parte á pesar del talento de Pascal y de la erudicion de Arnauld, se hubiera hecho muy poco alto en los jansenistas á no haber tenido por enemigos á los Jesuitas, y en nuestros dias da risa ver que Racine tuvo calentura porque el rey le ma-

(1) Repetimos que nos ha sido imposible relatar todas las infamias cometidas por los Jesuitas de Francia durante el reinado de Luis XIV; mas sin embargo queremos referir la historia del infeliz Morin, inocente visionario à quien los Jesuitas hicieron quemar en 1663, y cuyo crimen no era mas que una locura inofensiva que le hacia creerse el Espiritu santo:

nifestó sospechas de creerle jansenista. ,,En esa epoca, ha dicho ,,un escritor, valia mas pasar por ateo, que por jansenista,“ y la razon es porque jansenista significa enemigo de los Jesuitas.

Recordarémos para terminar este asunto que cuando se prohibió la representacion del *Tartuffe* manifestando Moliere alguna estrañeza de que se permitiera echar otra pieza en que se atacaba la moral y la religion, el principe de Conti le dijo; ,, esto es muy ,, claro, á esas gentes no les importa que se burlen de Dios, de ,, quien se ocupan muy poco, mas no quieren que se burlen de ,, ellos“....



CAPITULO V.

La hermosa Cadiere Damiens. La Bancarrota del P. *La Valette.*

En la mañana del 10 de octubre de 1731 fue amontonandose muchisima gente al rededor del tribunal de justicia de la ciudad de Aix, y mas de cien curiosos intrépidos habian pasado la noche en aquel punto á fin de apoderárse de los mejores sitios cuando se abriera la puerta. Casi todos ellos parecian forasteros y la mayor parte iban vestidos de pescadores y marineros de la Provenza. Al parecer los impulsaba algo mas que la curiosidad, pero se traslucia en ellos aquella animacion febril que de pronto se manifiesta con roncos rugidos, y con que de repente estalla y devasta como el rayo. Esa animacion se notaba mas ó menos en todos esos rostros meridionales, morenos y energicos, y que son tan espresivos y hasta hermosos cuando no dejeneran en brutales,

Parecia que todo el mediodia de la Francia hubiese enviado representantes á ese congreso al aire libre, y los rostros mas pálidos los gestos menos decididos y los trages mas compuestos que se veian acá y acullá indicaban que entre la muchedumbre habia personas venidas de la parte septentrional del reyno y probablemente de la capital.

No se crea que fuese tan solo gente ordinaria la que acudia á aquel sitio, pues no bien se abrieron las puertas del edificio cuando

se vió penetrar en él á crecido número de personas principales del pais, señoras de las primeras familias y algunos prelados. Se supone que estas gentes ocuparon los mejores asientos, no sin que para ello hubiese dificultades y tuvieron que abrir paso las alabardas de los arqueros de la ciudad y las culatas de los mosquetes del Regimiento de Picardia que estaba de guarnicion en Aix. El Parlamento de aquella ciudad nunca habia tenido que conocer de un negocio que hiciera tanto ruido como el que entonces estaba pendiente en su tribunal. Este negocio era el proceso del jesuita Girard y de la hermosa Cadiere. Reasumiremos el asunto en pocas palabras, advirtiendo que entonces fue cosa que sonó mucho y que tiene importancia por lo que influyó en la suerte del jesuitismo.

En 1728 los Jesuitas tuvieron influjo paraque su cofrade el P. Juan Bautista Girard fuese nombrado rector del seminario real de marina en Tolon. El Padre Girard que era predicador en la compañia fué alli desde Aix en donde habia estado cerca de diez años y adquirido en el púlpito grande fama, que le precedió en Tolon y le preparaba un buen recibimiento en su nueva residencia. Efectivamente muy luego no se hablaba entre los devotos de Tolon sino del Padre Girard se atropellaban las gentes para acudir á la iglesia en donde predicaba; y como los deberes de su rectorado pocas veces le permitian hacerlo atropellabanse las gentes al rededor del confesonario en donde el reverendo con voz menos solemne pero mas penetrante hacia oir la palabra de Dios á sus penitentes y sobre todo á las hembras; pues debe advertirse que las mujeres eran las mas entusiastas á favor del Padre Girard, y no les faltaban para ello muy buenas razones. El reverendo tenia muchísima instruccion y poseia la rara dote de manejarla de manera que nunca ofendiese á los ignorantes. Tenia ademas un escelente metal de voz cuya armonia aumentaba el poder de sus palabras. Su desembarazo en el hablar era agradable, y su gesto persuasivo, y su rostro sin ser hermoso tenia no se que de distraido y de espresivo. Sus ojos eran pequeños pero ardientes y estaban defendidos por largos y negros párpados, la frente era ancha y ligeramente inclinada hácia atras cual se supone una frente que indica entusiasmo, y la edad aun no llegaba á 40 años.

No se hablaba entonces de otra cosa en toda la ciudad de To-

lon que de una jóven llamada la Cadiere ó la hermosa Cadiere, la cual segun unos era una loca, y segun otros una santa. Esa jóven pertenecia á una honrada familia de Tolon, pero como sus padres no supieron dirigirla, desde muy jóven se abandonó á todas las locas imaginaciones de su alma ardiente por naturaleza é inflamada en el ardor de un fuego mistico. En vez de restituir al nivel de la razon las desordenadas olas de aquella inteligencia de niña bajo la cual hervian ya los pensamientos de una jóven, le dejaron el campo libre. A quince años la hermosa Cadiere leia libros ascéticos mas peligrosos acaso que los libros malos para un talento jóven, vivo y que en el soplo mas divino aspiran sin conocerlo las pasiones humanas. A diez y seis años habia devorado todas esas obras llenas de un falso espiritualismo que muchas veces no son acaso mas que el eco de terribles ilusiones de una imaginacion desordenada, del delirio de una fiebre interior y oculta, ó quizás de cosa peor todavia. A diez y siete años esa muchacha pasaba la vida en las iglesias y capillas ó en el pequeño oratorio que se habia mandado hacer en su casa: oraba y ayunaba á esa edad con mas fervor que un buen clérigo de sesenta años. Confesábase todos los dias, comulgaba cada domingo, pasaba las noches en oracion, y con los pies desnudos sobre el piso del oratorio, disciplinábase con mucha fuerza hasta el punto de desgarrarse el delicado y finísimo cutis; pues hay que convenir en que la hermosa Cadiere merecia muy bien este título por mas que la desdeñara por el otro de santa. Una larga y sedosa cabellera de un negro de ébano ceñia cual una corona real su bella cabeza de un corte delicioso y fino. Su rostro de aquel blanco mate que se nota en los paises meridionales, y que hacian mas notable algunas tintas calientes tenian un carácter de beldad que arrebataba y taladraba el corazon, de manera que hubiera pasmado á Rafael, que puede llamarse el pintor del alma y que habria sido el encanto de Rubens y del Ticiano que son pintores de la vida. Mas ora la hermosa Cadiere no conociese su belleza, ora quisiese ofrecerla en holocausto al Señor, siempre pasaba recojida orando y lentamente entre las dos filas que los jóvenes mas ricos y elegantes de la ciudad formaban al presentarse ella en la calle, y era objeto de las ardientes ojeadas meridionales lanzadas á ella cual flechas de fuego, pero que se amortiguaban siempre y se estinguian al dar en

aquel hermoso mármol insensible, en aquel encantador copo de nieve. Por lo demas hubiera sido muy imprudente insultar á la hermosa Cadiere con la vista siquiera porque es indudable que el populacho hubiera castigado quien tuviera desvergüenza para tanto. Los hombres del puerto en particular, esto es, los pescadores y marineros hombres mas supersticiosos que todos los restantes creian firme y profundamente en la santidad de la hermosa Cadiere desde que por casualidad el hijo de uno de ellos abandonado por los médicos y cuya madre le preparaba ya la mortaja fué subitamente restituido á la vida por la jóven á quien la desesperacion paternal y los ruegos de aquellas sencillas criaturas, movieron á que implorase la divina clemencia sobre la única prenda de union que siempre habia sido dichosa y siempre estéril hasta haber tenido aquel hijo. Aquel milagro puso definitivamente en la frente de la hermosa Cadiere el sello de los bienaventurados y la creencia popular que obró sobre la exaltacion de la jóven hizo que esta se creyese realmente en comunicacion directa con el cielo, verdadera patria, y desde entonces tuvo frecuentes éxtasis y visiones celestes y oia las voces de los ángeles sus hermanos que la llamaban y mantenian conversacion con ella, de suerte que iba á ser mas que santa Teresa. En esa época fué nombrado rector del colegio de Marina de Tolon el padre Girard. Consultando los intereses de su órden, y sin duda á impulsos del amor propio personal haciendo caso omiso de otro sentimiento, el Jesuita deseó muy luego que fuese penitenta suya la hermosa y jóven santa, la cual por otra parte segun hemos dicho pertenecia á una rica y respetable familia de Provenza. Por otra parte la hermosa Cadiere por muy santa que fuese ó pudiese ser se sintió verdaderamente lisonjeada con los ofrecimientos del reverendo padre, cuya fama era tanta en Tolon como habia sido en Aix y probablemente juzgaba el miembro de una órden cuyo gefe habia compuesto los *Ejercicios Espirituales* le ayudaria para acercarse al cielo por los caminos místicos, desconocidos al comun de los fieles, y de los cuales ella juzgaba haber descubierto alguno. En efecto, el P. Girard, léjos de calmar las turbaciones de la jóven que acaso no eran mas que el reflujo de la efervecencia de los sentidos, á los mal interpretados ecos de la voz de la naturaleza las impulsó hácia nuevas lo-



La hermosa Cadiere y el P. Girard.

curas. Lejos de prohibir á la penitente la lectura de libros ascéticos le indicó otros mas peligrosos, de suerte que el oratorio de la hermosa Cadiere fué transformado en *cuarto de las meditaciones.*

No olvidó el Padre hacerle conocer los escritores de la Compañia, y le puso en las manos entre otros el libro del jesuita Luis Henriquez titulado; *ocupaciones de los Santos en el cielo*; en el cual estraña profanacion! el autor que mas parece un hijo de Mahoma que un dicipulo de Jesucristo, nos presenta á los bienaventurados gozando muy á sus anchas y con toda la energia de las aspiraciones celestiales de los mas vivos placeres que ofrece la tierra. En él se vé á los santos y santas reunidos en graciosas parejas pasar por los lugares sombrios, frescos y misteriosos, en donde se abren las flores mas bellas y perfumadas, ó bien bailar, dormir saborear los divinos néctares y hasta casarse y tener hijos. Todo esto en medio del suspirar de las arpas, de divinos cantares, mientras que los serafines derraman encima de esos deleites celestes las ardientes llamas que son su propia esencia, y que los lindos querubines como testigos discretos, escondidos entre las hojas dulcemente agitadas remueven sus alitas blancas para refrescar la ardiente admósfera y aplaudir la felicidad que gozan sus nuevos compañeros. (1)

El P. Girard parecia haberse consagrado enteramente á su jóven hermosa y santa penitente, no pasaba un dia sin que se vieran, ya que el sacerdote fuese á encontrar á la penitente en su oratorio, ya que esta se arrodillase ante el confesonario de la capilla del otro, de modo que las demas penitentes del reverendo menos jóvenes ó menos hermosas estaban muy picadas y comenzaban á dar suelta á la maledicencia. A pesar de esto era tanto la confianza casi unánime que inspiraban la santidad de la jóven y la virtud del sacerdote, que nadie se atrevia á soltar ninguna proposicion maliciosa: unicamente por encima de esa intimidad espiritual un observador atento hubiera podido ver como apuntaba la nube de la maledicencia, que á veces se engruesa en un instante. De repente estalló esa nube y salió de ella una tempestad terrible.

Desde el invierno del año 1730 se habia aumentado mucho el fervor ascético de la hermosa Cadiere; sujetaba su cuerpo encan-

(1) El libro del padre Henriquez cuyas pinturas beatamente eróticas estamos muy lejos de ecsagerar fué publicado en 1631 con aprobacion del provincial de Castilla.

tador y ya enflaquecido á verdaderos tormentos y aun se decia que pasó la cuaresma de ese año sin comer cosa alguna. Finalmente el viernes santo cual para completar la semejanza con Jesucristo en la Pasion fue encontrada en su oratorio tendida en el suelo y bañada en la sangre que salia de una herida que segun dijo le habiá hecho un angel en el costado.

Algunas semanas despues las malas lenguas de Tolon dieron á la flaqueza de la hermosa Cadiere, á sus éstasis, á esa sangre, á todo esto que ellos calificaban de comedia, una aplicacion puramente física y no poco escandalosa. El primero que dejó entrever esa opinion estuvo muy á pique de ser muerto por la marineria, que decia que todo eso era una calumnia atroz y sostenia con sus robustos brazos la vacilante santidad de la bella jóven. Acaso se hubieran mostrado mas tratables con respecto al padre Girard; mas como los tiros lanzados á su sotana era probable que salpicasen el blanco vestido de la otra, protegian lo mismo á aquel que á esta con sus voces roncas y con sus pesados puños. Vino finalmente el dia de una descarga mas terrible y casi general, y entonces hubieron de sacrificar á lo menos á uno de los protegidos. La voz que en ese dia se alzó para convertir en acusacion lo que hasta entonces fué considerado como maledicencia ó calumnia, era la de una persona muy respetada y que gozaba de una estimacion demasiado general, para que fuese dable imponerle silencio por los medios de que podia hacer uso la gente de mar. Esa voz era nada menos que la del prior del convento de carmelitas, y ademas lo que decia iba mas bien dirigido contra el jesuita que contra la jóven, por cuyo motivo los abogados populares de esta dejaron que paso á paso cundiese el rumor y se aumentára el escándalo. En cambio los cofrades y amigos del padre Girard se remueven, toman parte á favor del jesuita y para sufocar el negocio les parece el espediente mejor solicitar y conseguir contra la Cadiere una órden de reclusion en el convento de las Ursulinas con prohibicion de que se comunicara con persona alguna de fuera, sin esceptuar clase, edad, sexo ni estado.

Este chocante abuso de autoridad lejos de prevenir el escándalo lo aumentó de una manera sorprendente. Apenas se hubo derramado por la ciudad la noticia de la captura y reclusion de la her-

mosa jóven, cuando los marineros y pescadores y todo el pueblo bajo se remueve, se agita, se alza y se alborota. Los parientes de la jóven sostenidos por algunas personas principales de Tolon denuncian á los magistrados competentes el abuso de autoridad de que es víctima la Cadiere: interviene un mandato del consejo real y ordena que el parlamento de Aix instruya el proceso que comienza á formarse á pesar de la resistencia de los Jesuitas, de sus amigos y de sus patronos públicos y secretos. Entonces los abogados de la hermosa jóven presentan al tribunal una demanda hecha en nombre de esta y contra el padre Girard, y finalmente se señala el 10 de octubre para la vista de la causa.

Con tales antecedentes es fácil conocer la causa de la mucha gente que segun hemos dicho al comenzar este capitulo acudió al tribunal de justicia de la ciudad de Aix, y el lector no dudará que en primera fila estaban los pescadores y marineros de Tolon persuadidos siempre de la santidad de la Cadiere, y que ahora echaban en cara al jesuita Girard las mas inauditas maldades. Apenas los miembros del Parlamento que á duras penas entraron en la sala hubieron tomado asiento, cuando el Presidente mandó que se presentasen la acusadora y el acusado. La autoridad á fin de prevenir el furor del pueblo habia hecho trasladar de antemano al jesuita á un cuarto inmediato al tribunal; y en cuanto á la jóven, gracias á sus muchos y resueltos campeones, apenas se presentó acompañada de su madre y de una religiosa del convento de Aix en donde el tribunal habia mandado colocarlas, cuando se abrió una ancha calle paraque pasara. Al parecer la joven andaba y se sostenia con dificultad, de modo que necesitaba la ayuda de su madre y de la monja; mas con todo era tan hermosa que cuando para dar gracias á la muchedumbre que abria paso levantó el velo que casi la ocultaba enteramente, pronunciando con voz conmovida algunas palabras que mas bien se adivinaron que comprendieron, una especie de chispa eléctrica recorrió la muchedumbre, y se oyeron algunos sollozos que bien pronto se sufocaron entre el estruendo de la imprecacion lanzada contra el P. Girard.

Llegada ante el tribunal la jóven separó el velo del rostro por orden del Presidente, y despues de contestar á las preguntas de estilo que se llamaba Catalina Cadiere y que tenia 18 años, for-

muló de viva voz su acusacion contra el jesuita. Es imposible que traslademos su deposicion porque la demanda de Catalina ocupa un volumen entero en la edicion que se hizo de ese celebre proceso y por otra parte el crimen del Padre Girard aunque estuviese probado cien veces no seria mas que el crímen de un jesuita, y nosotros atacamos á la órden entera, de suerte que si hemos hablado de este asunto es porque su rechazo se hizo sentir con mucha fuerza en toda la Compañia de Jesus, y porque nos llevará á la situacion que esta ocupaba en los primeros años del siglo XVIII.

Despues de contar la hermosa jóven el modo como habia conocido al Padre Girard; la manera como este señoreándose de su espiritu, dirigiendo su conciencia y exaltando mas y mas su delirante imaginacion la guió y empujó hácia los mas espinosos caminos de la vida ascética, esplicando luego el objeto infernal con que el jesuita escitaba en su tierna y delirante alma, seráficos y abrasantes ardores, formuló esplicitamente contra el jesuita una acusacion de *magia, brujeria, incesto espiritual y finalmente seduccion real.*

El Padre Girard fué á su vez interrogado y es claro que su relato fué absolutamente distinto del de la demandante. Confesó que al encargarse de la direccion espiritual de la jóven, autorizó durante algun tiempo sus ejercicios de devocion; pero afirmó constantemente que luego quiso detenerla en el camino de sus devotas locuras que sospechaba iban unidas á intenciones mundanas, y que no habiendo podido alcanzarlo puso termino á sus relaciones con la penitente.

Llamóse entonces al padre Nicolás, prior de los carmelitas de Tolon, y este declaró que Catalina fué á confesar con él y que á solicitud suya repitió su confesion delante de testigos, y esa confesion que entonces le era ya lícito comunicar á la justicia contiene contra el jesuita cargos muy graves.

Despues del carmelíta se presentaron dos hermanos de Catalina, sacerdotes ambos, y sus declaraciones fueron una confirmacion de lo que habian depuesto los anteriores testigos. Tambien se presentó al tribunal la correspondencia epistolar entre la jóven y el confesor.

Hecho esto, los abogados de las dos partes toman la palabra y se esfuerzan en echar sobre la parte contraria todo lo ridículo y

odioso que pueden. El abogado de la jóven trata al jesuita de seductor infame y de embustero: el del reverendo esclama que la demandante es una loca y algo peor, que empuja á los enemigos de la Compañía de que es miembro su cliente. La respuesta no aguarda al ataque: vuelan los insultos y menudean como el granizo. El padre Girard ha seducido á la jóven por medios sobrenaturales, ó empleando la violencia ó acaso el puñal que se tiñó en sangre inocente y pura.

— La Cadiere es una miserable loca, sus hermanos son dos intrigantes, y el prior de los carmelitas es... ¿que es?—Es un jansenista.

De repente se oyen gritos espantosos y la jóven arrancándose de los brazos de su madre y de la religiosa que en vano procuran consolarla, se mesa los cabellos, rasga sus vestidos, se revuelca por tierra medio desnuda en medio de horribles convulsiones, mientras que de su cerrada boca se escapan frases cortadas «Oh!... el de-«monio!.. Miserable! tu me has perdido... Santa Catalina de Sena, «patrona mia, no le creais... no soy suya, ¡oh padre Girard.... «infame! Y yo infanticida! oh! demonio!,.. Dios mio!» Al acabar estas palabras la jóven perdió enteramente los sentidos.

La audiencia se suspendió por un rato, y el presidente dispuso que la jóven fuese trasladada al convento en que habitaba. Este incidente produjo grande efecto asi en los jueces como en el auditorio y se oyeron llegar hasta la sala del tribunal los gritos de la gente de afuera que pedian venganza contra el jesuita. Finalmente el tribunal se encerró para pronunciar el fallo. Cuando volvió á la sala de audiencia era ya de noche, y sin embargo la muchedumbre continuaba siendo tanta como al principio, y de tiempo en tiempo se oian sordos rugidos semejantes á los de un leon encadenado cuando se acerca la hora en que le echan la comida. De repente reinó otra vez el silencio y el Presidente lee la sentencia del tribunal. Esta que fué el resultado de largos debates tanto en la sala del tribnnal como en el cuarto de los relatores engañó todos los cálculos, pues en ella se mandaba sencillamente que Catalina fuese entregada á su madre recomendándole que la vigilase mucho, y absolvió al jesuita (1). Cuando la muchedumbre que estaba

(1) El proceso de la Cadiere fué impreso en el Haya en 1731 y tiene dos tomos en folio, ú ocho en 12°. Puede verse un estracto del mismo en el segundo tomo de las *Causas célebres* de Richer,

cerca del edificio del tribunal tuvo noticia de la sentencia pareció agitada por un mismo impulso, y de en medio de ella se alzaron gritos terribles y de muerte. El furor popular escitado por los pescadores y marineros de Tolon pronto llegó á tal punto que impuso á los magistrados, los cuales procuraron escaparse y las autoridades de la ciudad hicieron poner sobre las armas á la tropa que habia. A pesar de esto fueron rotos los vidrios de las casas de algunos magistrados tenidos por afectos á los Jesuitas y se trató de pegar fuego al colegio de estos, de suerte que por algun tiempo no pudieron presentarse al público en su trage. El padre Girard muy bien disfrazado y merced á una noche obscura pudo salir vivo de la ciudad de Aix, y como la de Tolon le ofrecia riesgos todavia mayores hubo de ocultarse en una casa distante y dos años despues murió en Dôle sin que nunca mas se oyese hablar de la hermosa Cadiere.

Los escritores Jesuitas se han empeñado en pintarnos al Padre Girard como un sacerdote virtuoso pero credulo y engañado por las astucias misticas de la jóven; mas esto es dificil de creer atendiendo á la diferencia de edad, de esperiencia y de saber que habia entre el confesor y la penitente. Segun ellos si la jóven le hizo cargos tan terribles fué porque él no quiso contribuir á que pasára por una nueva santa Catalina de Sena, y añaden que los escándalos del proceso se debieron en gran parte á los jansenistas que arrojaron á la escena á la jóven Cadiere valiandose del Prior de los carmelitas y de los hermanos de la jóven que eran tambien sacerdotes.

Entre los veinte y cinco magistrados que componian el tribunal que entendia del negocio solo trece fallaron por la inocencia del Padre Girard, pues los otros lo reputaron culpable y querian condenarle á morir en una hoguera. Y sin embargo si nos atenemos á las varias opiniones que se manifestaron entonces y entre ellas á las del autor de las *Memorias acerca del establecimiento los jesuitas en las Américas españolas* (1) parece que los jesuitas contaron muy poco con la bondad de la causa de su cofrade puesto que trataron de comprar á toda costa el voto de los magistrados. « La vispera « del dia en que se vió el proceso, dice el autor, á quien copiamos

(1) Esta obra dedicada á Pontchartrain ministro de Luis XIV fué impresa en 1758.

« dos Jesuitas se presentaron en casa de uno de los magistrados que « debia entender en el negocio, hombre de gran probidad y que « pasaba por desafecto á la Compañia. Despues de saludarle le di- « jeron que iban con el encargo de hacerle una restitucion consi- « derable; mas el juez no se deja sorprender sino que conociendo el « lazo lo convierte contra los tentadores. Persuadido de que la res- « titucion de que le hablan es el precio en que quieren pagar su « voto les dice que su módica fortuna no le ha permitido nunca « sufrir semejante perdida, y que en su concepto era indudable « que se padecia error ó en el nombre ó en la persona, y que por « ello la cantidad no podia ser suya. Los Jesuitas se empeñaron en « que era suya y dejando un bolsillo sobre la mesa se retiraron, y « entonces el magistrado conociendo con quien tenia que habérselas « toma el bolsillo y hace distribuir el dinero en los hospitales de la « ciudad. Viene la hora de fallar el proceso de la Cadiere, y el « magistrado persuadido de la criminalidad del Padre Girard, opi- « na por su condena y la sostiene con grande empeño. Los Jesui- « tas sabedores de ello vuelven á casa del magistrado y en tono « plañinero y dulce le dicen que tenia razon en sostener el dia an- « tes que el dinero que debia restituirse no era suyo, y que habian « visto la persona con quien le confundieron, y que sentian mucho « tener que reclamarle la partida que le entregaron.

—Esto es otra cosa, reverendos padres contestó el juez fastidiado ya de sus hipócritas escusas: viendo ayer que insistiais en dejarme ese dinero, me pareció que lo mejor que podia hacer, y lo que vosotros deseabais sin duda era distribuir el dinero entre los pobres y esto es lo que he hecho. Comenzaban los buenos padres á sonreirse malignamente cuando el magistrado les puso á la vista el recibo que se habia hecho entregar por los recaudadores de los hospitales á quienes remitió á los reverendos, furiosos al verse burlados por un hombre mas honrado y astuto que ellos.

Para dar fin á este rápido bosquejo del proceso de la hermosa Cadiere dirémos que en aquella época aparecieron acerca de este negocio una multitud de escritos, libros y folletos, en los cuales se trataba muy mal á los Jesuitas, y hasta se compuso una comedia que el autor tituló: *El nuevo Tarquino* porque sin duda consideró á la Cadiere como una nueva Lucrecia.

En algunos ejemplares de la edicion en folio que del proceso se hizo hay varias láminas muy obcenas, pero que ponen de manifiesto los crímenes achacados al padre Girard. Ese proceso hizo grandísimo ruido y el escándalo que causó fué muy nocivo á la Compañía de Jesus, como no podia menos de suceder. La declaracion de inocencia de un jesuita dignatario de su órden, muy protegido por la misma y debida á la mayoria de un solo voto cuando todos los demas declaraban la culpabilidad del acusado y pedian que muriese en una hoguera ; esa absolucion decimos equivalia á una condena, sobre todo si se piensa en los medios de intimidar que tenian los cofrades del reo, su espiritu de intriga y su numeroso influjo, puesto que en los principios del siglo XVIII la Compañía estaba muy léjos de ir en decadencia. Segun el padre Jouvency en 1710 debian haber crecido los cálculos hechos por la *Imago primi seculi* acerca del estado de la Compañía; asi es que en este año dicho padre dice que habia mil trescientos noventa establecimientos jesuíticos en vez de nuevecientos, y veinte mil Jesuitas en lugar de diez y seis mil. Bien podia haber añadido, y se guardó muy bien de hacerlo que las rentas de los Jesuitas habian aumentado en las mismas proporciones. En los últimos años del reinado de Luis XIV es inmenso el número de patentes reales, cuyo objeto es dotar los establecimientos de san Ignacio porque en todas partes en donde los Jesuitas son protegidos ó dominantes es tambien inmenso el número de los beneficios creados en provecho de las casas jesuíticas: « Estos son hechos notorios,» dicen las peticiones y memorias diversas presentadas á los consejos del rey Luis XV de las cuales se imprimieron las mas famosas en 1761 y forman dos volúmenes en dozavo.

La regencia del duque de Orleans, durante la menoría de Luis XV no detuvo los progresos de la Compañía de Jesus, tanto menos cuando el famoso cardenal Dubois ministro y favorito del regente era amigo de los Jesuitas y merecia serlo. Ese ministro tan célebre por sus vicios infames como por su talento, obtuvo el capelo en 1720 siendo ya arzobispo de Cambray, y Massillon tuvo la debilidad de consagrarlo. Cuéntase que en el momento de la ceremonia habiendo Dubois pedido sucesivamente al famoso predicador el sacerdocio, el subdiaconato, las cuatro ordenes menores y la tonsu-

ra, como cosas indispensables para la envestidura de un prelado, Massillon esclamó con impaciencia ¿no necesitais tambien el bautismo? Asegúrase por lo menos que ese era el dia en que por primera vez comulgó ese nuevo príncipe de la iglesia, sucesor de Fenelon, y no falta quien asegure que estaba casado. Murió en 1723 poco antes que su protector el duque de Orleans: dejó una fortuna considerable y una memoria justamente manchada (1) Dubois estableció nuevas contribuciones acabando de empobrecer á la Francia. Murió sin sacramentos y el regente espiró en los brazos de su dama, á propósito de lo cual se dijo entonces que el regente habia muerto en brazos de su confesor ordinario.

En tiempo de Luis XV el cardenal de Fleuri que comenzó por ser preceptor de este principe y poco despues de la muerte del regente fue su primer ministro y gobernó la Francia, se mostró todavía mas propicio á los Jesuitas á quienes al parecer estaba unido con pacto secreto. Muchas veces se ha confundido al cardenal de Fleuri con el abate Fleuri autor de la historia eclesiastica, sacerdote virtuoso, instruido y sin ambicion alguna, que fue confesor de Luis XV. hasta que el cardenal le quitó este cargo para darselo al jesuíta Linieres con el motivo que vamos á indicar. Habiase el rey casado con Maria Lekzinsecka hija de Estenislao de Polonia, príncesa bella y virtuosa, pero fria, un poco beata, y de mas edad que Luis XV, que entonces era un adolescente. Luis amaba á su mujer y le era fiel á pesar del ardor de sus pasiones y de los lazos que se le tendian. La vil turba de los cortesanos estaba consternada, pues decia con razon que nada podia esperar de un rey morigerado, y por lo mismo resolvió tener un rey libertino. Entre los nombres de los corruptores que empujaron á Luis XV hácia el lodazal de sus escandalosas orgias en cuyo fondo habia de encontrar una muerte prematura y el odio de sus súbditos; se encuentra el nombre del cardenal de Fleuri, y no porque este fuese otro Du-

(1) Continuamos el epitafio popular y justo aunque licencioso que se inventó para ese hombre à quien Roma habia hecho cardenal y que santificaba las orgias del Regente. Los Jesuitas hicieron crear cardenal á Dubois servicio que este estraño príncipe de la iglesia les recompensò protegiéndolos. Rome ronquid' avoi rongi

Le m..., qui gît ici.

Roma se pone encarnada al acordarse que devistiò de encarnado al alcahuete que aqui yace.

bois sino porque tenia ambicion de mando, y aun la tenia mas que él la princesa de Cariquan que gobernaba al cardenal y segun decian era su dama. La princesa pues haciéndose eco de la corte hizo entender al cardenal ministro que el jóven rey tarde ó temprano habia de tener damas y que era mejor que las tuviese desde luego con tal que se las proporcionaran manos amigas y esperimentadas. Urdióse pues una trama y se eligió á madame de Mailly paraque suplantase á la reina en el corazon del monarca mas este quizás porque se sentia arrastrado por secretas inclinaciones, de cada dia era mas fiel á su esposa. Tocóse entonces otro resorte nombrando confesor del rey á un jesuita cuando ya otro lo era de la reina. Este haciendo servir para un innoble interés mundano la voz celestial que hablaba por su boca, hizo entender á la reina que habiendo cumplido con los deberes de su estado dando un heredero al trono haria una cosa muy edificante para la tierra y muy meritoria para con Dios privándose en adelante cuanto le fuese posible de los placeres carnales y sacrificándose á la castidad, que es la mas escelente entre todas las virtudes de una muger cristiana. La reina devota de suyo, fria por temperamento, y disgustada acaso de sus frecuentes partos se dejó llevar hácia el camino que se le indicaba en época en que su esposo ya comenzaba á dar oidos á sus perversos consejeros. Habiéndose emborrachado un poco en la cena, fué á acostarse y segun se dice María rechazó de una manera tan decidida las caricias cuya viveza aumentaba quizás la borrachera, que el rey ofendido en su amor propio juró que no sufriria dos véces semejante afrenta y salió del cuarto de su muger para nunca mas entrar en él. Desde entónces y siguiendo el pernicioso influjo de sus malos consejeros Luis XV se entregó á toda la efervecencia de sus pasiones tomando por primera dama á la condesa de Mailly á la cual agregó muy pronto su hermana madama de Vintimille. Nadie ignora cuan larga es la lista de las cortesanas con titulo desde madama de Mailly hasta Juana Vaubernier llamada la condesa Dubarry. Mientras que Luis XV pasaba la vida en la mesa ó en los brazos de sus damas, el cardenal de Fleuri gobernaba la Francia y lo hacia muy mal, por mas que se diga, y los Jesuitas protegidos por él juzgaron que comanzaba para ellos una era de prosperidad brillante. Sin embargo en el horizonte del

mundo asomaba ya la nube que contenia el rayo que habia de herir y destrozar por algun tiempo el edificio del jesuitismo. Oyéronse sus primeros rugidos cuando el proceso de la hermosa Cadiere; y el atentado de Damiens seguido muy pronto de la bancarrota del padre Lavalette iban á hacer que estallara con toda su fuerza.

En 1743 habia muerto el cardenal de Fleuri á quien sucedieron ministros mucho menos dispuestos que él en favor de la Compañía de Jesus. El fuego de las controversias religiosas se habia adormecido y casi apagado: estaban completamente olvidados los jansenistas y la famosa bula *unigenitus* y hasta las gentes comenzaban á no ocuparse de los Jesuitas, si de esas gentes se esceptuan los papas que desde Inocencio XIII mostraban deseos de continuar los proyectos de reforma de la Compañía, proyectos comenzados mil veces y terminados ninguna; y el sucesor de este último pontífice descontento de los Jesuitas habia comenzado sus hostilidades contra la negra cohorte. Esta juzga que es necesario una nueva diversion y piensa aprovechar la primera que se presentó ó procurársela sino hay otro remedio. El jansenismo espirante trataba entonces de volver á la vida por medio de los milagros del cementerio de san Medardo, del diácono París y de los convulsionarios, cuando he aquí que los Jesuitas se aprovechan de esta circunstancia y la benefician muy oportunamente. El cementerio de san Medardo es cerrado y los discípulos del nuevo santo se ven reducidos á hacer sus convulsiones y sus estravagancias en lugar oculto; pero los Jesuitas habian encontrado en eso una chispa con la cual esperaban reanimar el moribundo fuego de las controversias religiosas, y no se engañaron. Comienzan á oirse quejas contra la bula, los prelados se atreven á declararse contra ella y en venganza por órden del arzobispo de Paris los curas de san Sulspicio y de san Estevan del Monte niegan los sacramentos á los penitentes que no se creen obligados á sujetarse á ella. El Parlamento entra en el negocio y condena á los curas; el consejo real anula el decreto del Parlamento, este se resiste, la corte lo destierra y he aqui á toda la Francia alarmada. A los Jesuitas se les hace la boca agua á los primeros soplos de este huracan, y echan nueva leña á la hoguera que se creía apagada y cuyo humo forma un velo que los oculta á las miradas agenas, mientras aguardan que su luz presente en la

escena su triunfante silueta. Mas de repente en medio de la admósfera en que soplan esas ráfagas de discordia domina sobre todas ellas un grito que noticia á toda la Francia y al mundo admirado que Luis XV acaba de ser herido por un asesino.

En 5 de enero de 1757 víspera del dia de reyes de las seis á las siete de la tarde la compañía de Guardias que estaba de servicio en el palacio de Versailles acaba de recibir órden de acompañar el coche que iba á conducir á Trianon al Delfin y á Luis XV, que queria pasar allí la noche. El duque de Ayen capitan de servicio habíase ya colocado á la derecha del coche, y bien pronto pareció en la bóveda de entrada el rey acompañado del Delfin y seguido de muchos cortesanos á cuya cabeza estaban el mariscal de Richelieu, el canciller de Lamosgnon y el Guarda-Sellos Machauld: Los suizos presentaron las armas al soberano que se encaminó al coche con paso acelerado porque hacia un frio escesivo.

Hemos dicho que eran cerca de las siete de la noche y por consiguiente estaba muy oscuro y la escena mal iluminada por algunas antorchas que llevaban los lacayos de la casa real, de suerte que nadie vió á un hombre que sutilmente se metió entre los guardias mezclándosé en la multitud de cortesanos y oficiales que circuian al rey. Hacía este un movimiento para subir al coche cuando de repente se volvió con precipitacion mientras que su mano removiéndose por bajo del ancho capoton que lo abrigaba, y tentándose el pecho, salió teñido en sangre. En aquel momento hubo allí un espantoso tumulto el duque de Ayen saca la espada, y se lanza hácia el rey que sostiene al Delfin, agitándose los guardias, esgrimen las armas y gritan *al asesino*, y todas las miradas buscan al autor del crímen entre la muchedumbre que llena el patio de Marmol. «Ese es el hombre que me ha herido,» dice Luis XV señalando con la mano á un hombre que por un movimiento casi desapercibido en medio del movimiento general se habia mezclado otra vez entre la muchedumbre; pero se habia olvidado de quitarse el sombrero como lo hicieron cuantos rodeaban al monarca. El duque de Ayen se arroja inmédiatamente hácia ese hombre, cuyos ojos trastornados, parecian indicar verdaderamente que él era el autor de la tentativa de asesinato, y es detenido sin que trate de escaparse. Mientras que lo llevaban hácia el vestíbulo del palacio esclamó

«Qué tengan cuidado con monseñor el Delfin, que no salga de casa en todo el dia.» Estas palabras aumentaron el terror de cuantos las oyeron.

El detenido fué llevado entonces á un cuarto bajo que se llamaba sala de los Guardias, y registrado allí se le encontró un cuchillito con dos hojas, la una de las cuales era de corta plumas. Como de pronto se creyó que no era esa el arma con que habia tratado de asesinar al rey, se le registró mas y acabaron por desnudarlo enteramente sin hallarle otra cosa que ese cuchillo al parecer poco dañino.

Mientras tanto el numeroso y estraño grupo que rodeaba al reo hallábase en un estado de exasperacion terrible. El duque de Ayen estaba desesperado de que el atentado se hubiese cometido á su vista; los guardias de su compañía que habian dejado pasar al asesino creyéndole una persona de la servidumbre estaban tan rabiosos que cuando tuvieron al reo desnudo, dos de ellos cojieron unas pinzas, y habiéndolas puesto candentes en el fuego quemaron con ellas varias partes del cuerpo de aquel miserable, mientras que el duque de Ayen, el canciller y Ronille secretario de Estado, le gritaban que confesase su crímen y los nombres de sus cómplices. Segun dice Noltaire el Guarda-Sellos fué quien mas parte tomó en la ejecucion de aquel tormento, y hay quien asegura que á no haber llegado el lugar teniente del Gran prevoste Le Clerc Du Brillet, á quien correspondia conocer del negocio, el detenido hubiera sido muerto con la misma prontitud que otra vez salvó del tormento á Jaime Clemente, y á los cómplices de aquel fraile de ser descubiertos.

Llegado á París el rumor de que el rey acababa de ser asesinado circulaban por la ciudad mil diversas esplicaciones. Estaba entonces mas encendida que nunca la lucha de los parlamentos contra las pretensiones ultramontanas por una parte, y el poder real por otra; y el destino del rey cualquiera que fuese no podia mantenerse indiferente entre los partidos, cuando todos tenian que esperar ó que temer de un cambio de gobierno. Parece que los Jesuitas no fueron los últimos en pensar como aprovecharse de las circunstancias. Madame de Pompadour favorita reinante era por varios motivos hóstil á los hijos de san Ignacio, por cuya razon el confesor

Jesuita alcanzó del herido que no sabia si su herida era leve ó grave, que se alejase de allí la marquesa. Ya los cortesanos se dirigian hácia el Delfin que en adelante debia figurar en primera línea, cuando de repente se supo que la herida de Luis era de todo insignificante, pues el arma apenas habia penetrado cuatro líneas en la carne del costado derecho debajo de la quinta costilla. Luis se metió en cama con un poco de calentura y con el espíritu muy agitado; y aunque al tranquilizarle los médicos con respecto á la herida le ocurrió si el árma podia estar envenenada, cesó luego todo recelo en este punto, pues la herida no era mas que un rasguño que se cicatrizó por si mismo en pocos dias. Apenas estuvo bueno cuando llamó á la Pompadour que volvió triunfante y mas poderosa que antes,

El asesino del rey se llamaba Roberto Francisco Damiens; nació en 9 de enero de 1715 en Tieuloy, pueblecillo del Artois situado cerca de Arras en la parroquia de Monchyle-Breton. Su padre habia sido arrendador pero se arruinó é hizo bancarrota, y entonces Damiens falto de recursos fué lacayo, soldado, cerrajero y cocinero. Al parecer era hombre de poco valer intelectual y moral, y de carácter sombrío, y descontento, ó segun decian algo desarreglado; de suerte que por haber hablado publicamente contra el gobierno inspiró sospechas á la policía que lo hizo detener, y lo tuvo algun tiempo preso en la Bastilla de donde salió con el ánimo mas exaltado, el corazon mas ofendido y mas dispuesto á recibir el impulso que al fin debia inducirle á herir á su rey. ¿De donde le vino ese impulso? Es poco menos que imposible decirlo. Desde luego se pronunció el nombre de los Jesuitas, en particular cuando se supo, circunstancia al menos muy notable, que por dos veces habia estado de mozo de cocina y de refetorio en el colegio de los Jesuitas de París. Lo que contribuyó á que de nuevo se atribuyera á la negra cohorte un crimen que ya tantas otras veces se le habia achacado, fué que en su primer interrogatorio recibido en Versailles por el lugarteniente del Gran Preboste, Damiens no dió á las preguntas que se le hacian acerca de los motivos que le impulsaron á cometer el crímen mas que esta respuesta «Sí he atentado «contra el rey es á causa de la religion.»

Estudiando los escritos de su época se saca de ellos la consecuen-

cia de que si los Jesuitas no fueron los que secretamente impulsaron á Damiens á perpetrar el crímen, al menos la opinion pública los tuvo por cómplices é instigadores de aquel miserable. Parece tambien que se trató de dirigir hácia distinto camino esa opinion, y se quiso hacer cómplices del crimen de Damiens á todos los que se mostraban favorables á los derechos de la nacion y del pueblo contra la tiranía real ó religiosa. El lector comprendera que ese proceso en medio de la execracion general hubo de hacer mucho ruido, y en efecto no se hablaba de otra cosa en Francia. El conde de Argenson ministro de la guerra habia escrito la carta del rey que segun dicen dictó el presidente Henault en la cual el monarca pedia una ruidosa venganza de su asesino; y esa carta fué presentada á los 22 miembros de la gran Cámara: que eran los restos del Parlamento. En 15 de enero se espidieron las patentes que confiaban este negocio á la gran Cámara en la noche del 17 Damiens fué sacado del cuerpo de guardia de Versailles y conducido á la carcel de París en donde le encerraron en la torre de Montgommery, y esta traslacion se hizo con grande aparato. Damiens los esentos y los magistrados iban en tres coches tirados por cuatro caballos y escoltaban los coches una compañia de guardias y un fuerte destacamento de la mariscalía. Algunos soldados llevaban antorchas encendidas y otros iban con los sables desenvainados. Otra compañia de guardias se incorporó á la comitiva al llegar á Vangirard por donde pasó sin duda para evitar todo obstáculo, y desde la barrera hasta el palacio de justicia todas las calles estaban guarnecidas de tropas. Dicen que se prohibió que persona alguna se presentase al paso de esa singular comitiva, y que los soldados tenian órden de dispersar á los que se asomasen á verla; pero Voltaire ha desmentido esta asercion que nos parece muy ecsagerada. Sin embargo no dejan de admirar las precauciones tomadas en esta ocasion. Es de notar que al paso que Luis XV confiaba este negocio al Parlamento, no por esto dejó de desterrar á algunos de sus miembros desde el 27 hasta el 3 de enero y todos ellos fueron custodiados con centinelas de vista hasta que hubieron salido de Paris. Este dió ocasion á que mas tarde se sospechase que la gran Cámara no quiso, para obedecer las órdenes venidas de muy alto hacer caer la responsabilidad del crimen de

Damiens sobre cómplices con quienes se deseaba contemporizar porque eran amigos del Parlamento.

En 26 de marzo estaba terminada la sustanciacion del proceso y Damiens compareció ante la gran Cámara compuesta de dos presidentes de bonete, de siete consejeros honorarios, siete ordinarios y cuatro relatores del consejo. Por órden del rey y con arreglo á sus privilegios formaban parte del tribunal cinco principes reales y veinte y dos duques y pares, á cuya cabeza estaba el primer presidente Maupeau. Una multitud inmensa circuia el palacio de justicia; mas á escepcion de las personas que forbaman el tribunal nadie alcanzó permiso de entrar en el recinto. Se supone que se habian desplegado muchas tropas.

Mientras se sustanció la causa Damiens tuvo un valor estraordinario y una alegria casi insolente, y siempre sostuvo que la religion le indujo á herir al rey aunque nunca tuvo intento de matarlo, y aun dicen que sus palabras mostraban un verdadero afecto hácia Luis XV. Por lo demas sus contestaciones en que divagaba mucho y que mostraba una locura evidente, se dirigían unas veces contra el arzobispo de Paris (1) y otras contra los miembros del Parlamento que luchaban ó habian luchado contra el poder real. Si se ha de dar crédito al proceso que aun se conserva, Damiens sostuvo siempre que no tenia cómplices, que su proyecto contaba tres años de fecha, pero que nunca habia hablado de él á nadie. Parece que se quiso inducir á Damiens á hacer cargos al Parlamento y á que la complicidad del atentado recayera sobre ese cuerpo que tuvo la audacia de luchar contra la iglesia y contra el trono; pero las palabras de un testigo dieron una direccion distinta al negocio. Vareille abanderado de los guardias que habia detenido al reo sostuvo siempre que este dijo en el cuerpo de guardia de Versailles que «si hubiesen cortado la cabeza á cuatro ó cinco obispos él no «hubiera asesinado al rey.» Damiens lo confesó con la diferencia de que no dijo *cortar la cabeza*, sino que se hubiera debido castigar á esos prelados. Tambien se notó que habiendo el presidente Maupeau preguntado al reo si creia que la religion permitiese asesinar á los reyes, Damiens se negó por tres veces á contestar.

(1) Quien tiene la culpa de todo, dijo varias veces, es ese picaro arzobispo de Paris.

Al leer ese proceso involuntariamente compara uno á Damiens con otro miserable; á saber con Fieschi, á quien ha hecho famoso un proceso moderno de la misma naturaleza. Damiens se condujo casi lo mismo que este en el acto de verse la causa, hizo alocuciones á sus jueces, trató de darse un aire heróico, se supuso estraviado por malos consejos, é hizo gala de finos modales con el presidente, Maupeau como Fieschi lo ejecutó con el presidente de la cámara de los pares; pero menos feliz que este no se le perdonó ninguno de los tormentos que eran entonces el suplicio del regicida.

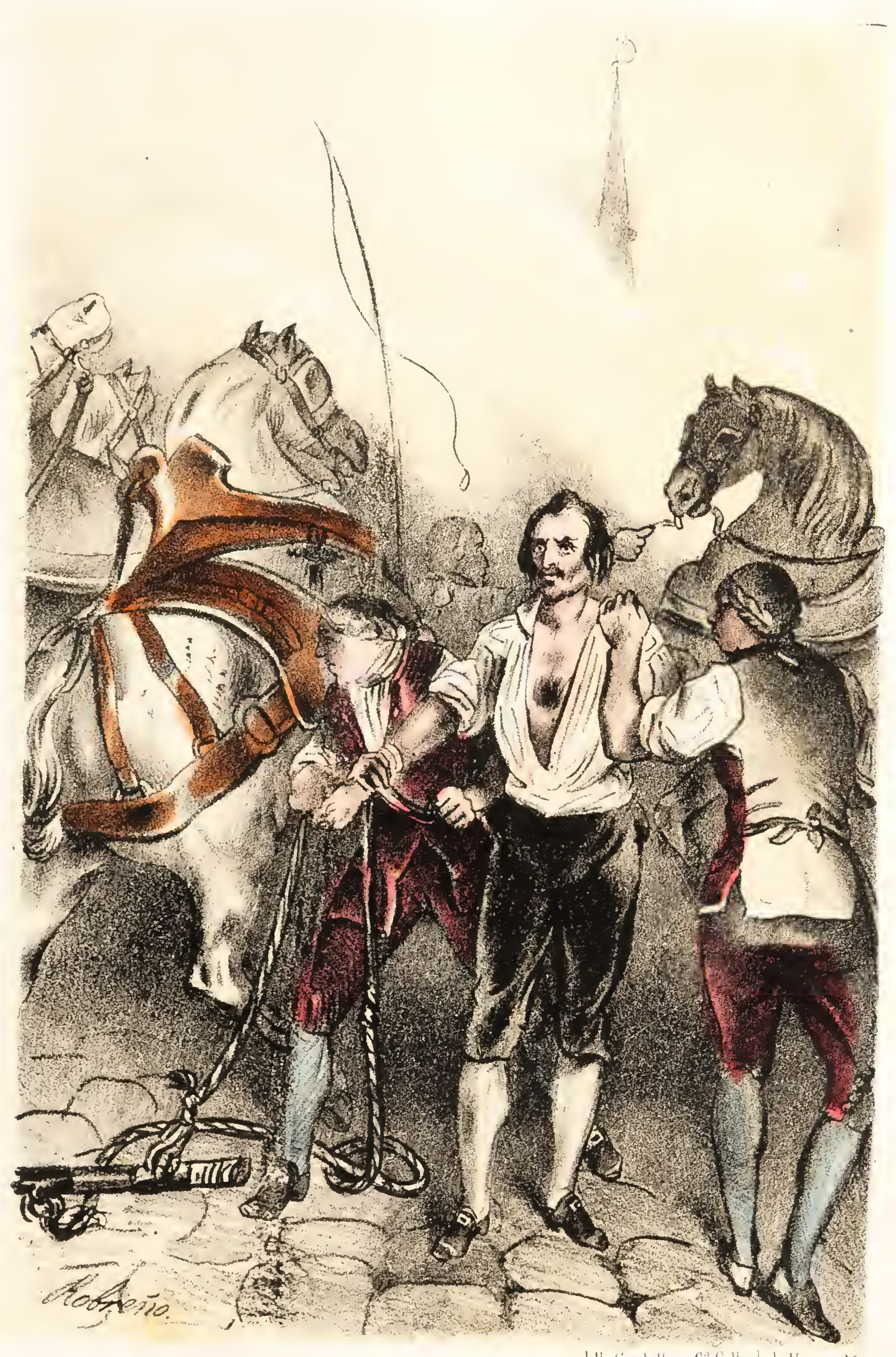
Cuando hubo oido su sentencia le sujetaron al tormento ordinario y estraordinario, y este tormento que por lo comun duraba media hora se prolongó dos horas segun lo disponia la sentencia. Cuando le hubieron apretado fuertemente las piernas entre dos tablas de encina, el atormentador hizo entrar una tras otra y á martillazos ocho cuñas de hierro entre las rodillas que fueron despedazadas. Damiens no hizo mas que repetir lo que ya tenia dicho unicamente en los últimos martillazos acusó á un criado del Sr. Ferrieres hermano de un miembro del Parlamento, á quien supuso haber oido decir delante de su amo que no podian terminarse las discordias de la época sino matando al rey, lo cual seria una obra meritoria. Hízose comparecer al criado llamado Gualtero y á su amo pero pronto se disculparon, y solo Gualtero estuvo un año preso y despues fué puesto en libertad.

El 28 de marzo á las dos de la tarde Damiens fué sacado de la carcel del palacio y conducido á la plaza de Greve, en donde debia tener lugar su suplicio. Para él se hicieron preparativos inusitados y casi solemnes. En frente de la puerta principal de la casa de la ciudad se habia formado con palizadas una especie de liza de cien pies en todas direcciones, y dos líneas de soldados á pie y á caballo, una en la parte interior y otra en la esterior de la palizada, circuian ese espacio en medio del cual se alzaba un cadalso cuadrado y bastante alto para que se viese su cumbre por encima de las palizadas. Las guardias francesas ocupaban todas las avenidas de la plaza, y los suizos guarnecian la carrera que debia seguir el reo desde la carcel hasta el lugar del suplicio. A las cuatro Damiens subia el cadalso ó mas bien lo subian, porque el tormento le habia roto las piernas.

El verdugo y sus ayudantes se habian apoderado de la presa que les fué legalmente entregada por los oficiales del Parlamento, y entonces comenzó la tortura mas horrible cuya descripcion ha sido conservada. Damiens fué desnudado, y los ayudantes del egecutor lo ataron á un poste por medio de cuerdas y aros de hierro. Llenaronle entonces la mano derecha de azufre y otras materias inflamables, y en seguida esa mano que empuñaba el cuchillo fue puesta encima de un brasero. El fuego prendió al instante y se hoyo el chirrido de la carne de aquel miserable, que no lanzó ningun grito y cuando su mano quedó quemada hasta el puño miró con una especie de curiosidad el muñon de negro rogizo en que terminaba su brazo. Todo esto no era mas que el primer acto de aquella abominable trajedia.

A una señal de su gefe los ayudantes del verdugo cogieron tenazas candentes, y acercándose al reo le arrancaron pedazos de carne de los brazos, de los muslos y de los pechos, sin que el infeliz lanzase mas que algunos suspiros de angustia; pero cuando el verdugo adelantándose con una larga cuchara de hierro derramó plomo derritido mezclado con resina en las vivas y sangrientas llagas de aquel desdichado se oyeron rugidos horrorosos que parecian hacer sonreir á los ayudantes del verdugo, cuyo orgullo quizás se ofendia con la impasibilidad del reo. Entonces desataron á Damiens para que descansase ó soplara, segun la espresion del ejecutor; y mientras tanto hacian adelantar cuatro caballos que proporcionó un gran señor y que iban montados por cuatro criados suyos.

Queremos creer por el honor de antiguos apellidos que esto es una pura invencion de un romancero. Como quiera los ayudantes ataron esos cuatro caballos á otras tantas cuerdas que estaban fuertemente unidas á los miembros de Damiens, y al primer latigazo saltaron lanzándose en direccion diversa. Los miembros de aquel miserable se alargaron enormemente aunque sin separarse del tronco. Damiens no dejó escapar sino algunos roncos suspiros que lo mismo hubieran servido para espresar la risa de la ironía que el grito del dolor. Los caballos fueron espoleados nuevamente: las articulaciones se iban soltando, estirábanse los músculos, crugian horriblemente los huesos pero los miembros no se arrancaban, y los caballos parecian fatigados. Finalmente despues de tres cuartos de



lith. Gardette y Cº Calle de la Union 26

Ejecucion de Damiens

hora de tan horrible tortura el verdugo cortó con un cuchillo los principales tendones; los caballos cuyos costados estaban ensangrentados por la espuela y el látigo hicieron un esfuerzo desesperado y tres de ellos en virtud del impulso que llevaban dieron con la cabeza de la palizada arrastrando consigo un brazo y dos muslos. Damiens respiraba todavia y no cesó de oirse su respiracion entrecortada hasta que se hubo terminado aquella horrible carnicería. El tormento de aquel infeliz duró cinco cuartos de hora. Los ayudantes del verdugo fueron recogiendo los destrozados miembros y el informe y sangriento tronco, y luego lo arrojaron á un monton de leña que estàba á diez pasos del cadalso, y al cual el verdugo pegó fuego. Un cuarto de hora despues no quedaban mas testigos de aquellos horrores que algunos restos cuya procedencia no podia conocerse y un monton de carbones y de cenizas.

Los aplausos con que los espectadores de aquel lúgubre drama celebraron su cruel desenlace mas fueron debidos al odio contra los Jesuitas que el amor hacia el rey, el cual se firmaba todavia Luis XV *el bien amado*; pero sin tener para ello mas justo título que para el apelativo de rey de Navarra. La opinion general decia que Damiens fué instrumento directo ó indirecto de la misma mano que había empujado hácia el trono de Francia á Chatel y á Ravaillac; y como el proceso del último regicida no hacía particularmente cargos á la negra cohorte, se creyó que habia sido truncado á propósito y que el rey habia conseguido de los restos de su parlamento depurado ya de todos los miembros independientes y patrióticos, que ese negocio quedase en el estado de enigma hasta el momento favorable de seguirlo hácia su verdadero objeto. Esta opinion tiene mucho mas valor en caso de ser cierta la anecdota que cundió por aquella época. Decíase que la primera vez en que el presidente Molé que tomó parte en el proceso de Damiens se presentó en la corte despues de la ejecucion del regicida, Luis XV le dijo; «si supierais de donde parte el golpe que me ha herido, de «puro horror se os erizarian los cabellos:» Repitimos que la opinion pública atribuyó á los Jesuitas la tentativa de asesinato cometida contra Luis XV y por aquella época aparecieron muchos escritos en que se manifestaba esa opinion sostenida en prue-

bas mas ó menos claras y en presunciones mas ó menos fuertes. Recordábase allí que nunca Damiens habia querido revelar el nombre de sus confesores, y parece indudable que lo fueron los Jesuitas. Traiase tambien á la memoria que el asesino habia sido Colegial de los Jesuitas en Bethune, que fué criado suyo en el colegio de Paris, que nació y fue criado cerca de Arras ciudad entonces absolutamente jesuitica; que publicamente habia estado con ellos cinco ó seis años y que en contradiccion con lo que habia depuesto estaba ya justificado que el Jesuita La Tour habia sidó su confesor, y que el jesuita Delanny le dió ausilios espirituales diferentes veces. Tambien es digno de notarse que cuando se registró á Damiens se le hallaron luises de oro en cantidad crecida. Creyóse entonces segun lo llevamos dicho, que Damiens habia hecho revelaciones y que por órden superior se habian truncado ó suprimido, y en los escritos de la época vemos que el rumor que cundió acerca de las revelaciones del asesino dió lugar á que cinco Jesuitas de Paris se escapasen furtivamente del Colegio tomando un coche que los aguardaba fuera de la ciudad, y que arrastrado por buenos caballos los llevó al otro lado de la mas inmediata frontera de Francia.

¿Y que interés podian tener los Jesuitas en la muerte de Luis XV? Ya hemos dicho que este príncipe no se les mostraba favorable, al paso que el Delfin les era muy adicto, y esto bastaba para que los Jesuitas deseasen un cambio de reinado; y es propable que las instancias de algunas personas de su familia y el terror que los Jesuitas le inspiraban impidieron al rey mostrarse en adelante enemigo de la Compañia. Si en realidad Luis XV esperaba un momento oportuno para osar declararse abiertamente contra ella, bien pronto se le presentó y se lo ofrecieron ellos mismos con la bancarrota del P. La Valette.

En 1742 el Jesuita francés el P. Antonio La Valette que segun se dice descendia del gran maestre de la órden de Malta desembarcaba en las Antillas francesas en donde comenzó por ser parroco de Corbet, pueblecillo situado á cosa de una legua de la ciudad de San Pedro. Estaba entonces nuestro padre en lo mejor de la edad pues no tenia mas allá de 35 años. Era hombre emprendedor, despejado bastante instruido, activo y ambicioso de reputacion y de influjo;

y por esto no tardó en ser nombrado procurador de la casa jesuitica de san Pedro de la Martinica.

En esa época las misiones jesuiticas habian perdido su esplendor antiguo, y parece que el P. La Valette se propuso volverlas ese esplendor é importancia, y luego veremos de que medios pensó echar mano para conseguir su objeto. Todo el mundo sabe cual ha sido siempre y cual es todavia la importancia del comercio del rico Archipiélago del golfo mejicano con Europa, y de ese comercio trató el P. La Valette de ser agente general y único intermediario. La mision jesuitica de las Antillas tenia cedidos grandes territorios, pero se necesitaba muchisimo dinero para darles algun valor y el P. La Valette trató de procurarselo.

En las Antillas francesas la moneda de la metrópoli valia la mitad mas del convenio legal, de suerte que dos mil reales eran recibidos en la Martinica por tres mil. El dinero de las colonias francesas perdia en la metrópoli un tercio de su valor, y esto era un grande obstáculo para el comercio, cuando he aquí que el padre La Valette ofrece hacer que desaparezca. Hizo saber á los colonos que en adelante todos los que tuvieren que enviar dinero á Francia se lo entregasen y que él se encargaria de dar allí la suma íntegra, con tal que se le admitiesen letras á larga fecha, como de dos años á lo menos. Esto era una ecsigencia muy moderada atendida la pérdida que evitaba, siempre que la firma del reverendo banquero de sotana fuese buena. Como los corresponsales del jesuita pagaron las letras de las primeras transacciones hechas entre él y los colonos estos se decidieron muy pronto á no acudir mas que á él calculando sin embargo que debia de ser un loco puesto que no era un pícaro, y que indispensablemente el resultado que debia esperar de su sistema de banca no podia ser mas que su ruina. Lejos de verificarse esta profecia los negocios del padre parecian prosperar rapidamente, y fueron tomando una progresion colosal. En pocos años el padre La Valette puso factorias en la Dominíca, en Maria Golanda, en la Granada, en santa Lucía y en san Vicente dependientes de la casa de san Pedro de la Martiníca. Tampoco descuidó tener corresponsales en Europa, de suerte que muy luego las mejores casas de Cádiz, Marsella, Lyon, Amsterdam, Nantes, Liorna y Paris entablaron relaciones conti-

nuas y de grande interés con la banca jesuítica de las Antillas. Al mismo tiempo y cual para utilizar los capitales procedentes de sus incalculables beneficios, con el objeto de convertirse en el primer propietario del archipielago como era ya su primer comerciante, ó por mejor decir el único. El padre La Valette cultiva los terrenos propios de la casa jesuítica de san Pedro, y ademas compra propiedades inmensas, no solo en la Martinica sino en diversos puntos de las las islas del viento; de suerte que en la Dominíca tenia una posesion de tres leguas de largo. Como le faltaban brazos, el padre compra de contrabando negros en la Barbada se los procura por medio de buques negreros, entonces cultiva mas estensos terrenos, hace grandes depositos, los llena de azucares, cafes etc: y carga buques propios, que van á Europa y traen frutos de ella. Mas los colonos y comerciantes de las Antillas que habian elogiado mucho al banquero comienzan á quejarse del comerciante, sin embargo de lo cual este continua tranquilamente sus multiplicadas y beneficiosas operaciones, ver realizado su sueño, sus almacenes contienen la mayor parte de los frutos coloniales, su caja custodia casi todo el dinero que circulaba en las Antillas francesas, y á guisa de intermediario indispensable, y de dispensador soberano, se enriquece lo que quiere en los dos ramos de su industrioso sistema de comercio.

Los beneficios recogidos por el P. La Valette y mas todavia los que le tocaba recojer parecieron tantos y tan hermosos á sus superiores, que no hicieron el menor caso de las quejas de los colonos; el continuo y embriagador ruido de los montones de oro que les arrojaba el mercader de sotana no permitia tampoco que tales quejas llegasen á los oidos de sus superiores. Los beneficios de la casa de la Martinica ascendieron en el solo año 1753 á la enorme suma de cerca de un millon de francos. Vamos á presentar un resumen de las operaciones mercantiles que produjeron este resultado. Hemos dicho ya que el dinero de la colonia perdia en Francia un tercio de su valor y que á pesar de esto el P. La Valette se encargaba de hacer pasar sin quebranto las sumas que los habitantes de las Antillas enviaban á la metropoli. He aqui cual era la operacion del reverendo, Un comerciante de la Martinica le llevaba la cantidad de 10,000 francos que deseaba enviar á Marsella, y

por la cual el P. le entregaba una letra del mismo valor contra los hermanos Lioncy corresponsables suyos en Marsella á dos años ó dos y medio fecha. Por este medio el negociante no perdia mas que unos mil francos calculando el intéres á cinco por ciento y muchas veces no perdia nada porque se aceptaba la letra como moneda corriente, al paso que enviando sus fondos á Francia hubiera perdido mas de tres mil francos; de suerte que tenia que agradecer al Jesuita una ganancia muy considerable y muy manifiesta. El P. La Valette en lugar de remitir á Francia los diez mil francos puestos en especie en sus manos los convertia en frutos coloniales remitiéndolos á Lisboa, Amsterdam ó Marsella, y vendidos esos frutos no cobraba todavia la suma integra de los diez mil francos; pero entonces hacia comprar en Portugal telas que le costaban á 42 libras la pieza; y en la Martinica las vendia á 66 libras de modo que hacia ya un beneficio de unas tres mil libras; y como cinco meses bastaban para la operacion, podia repetirla cuatro veces á lo menos en el término que mediaba hasta el vencimiento de las letras. De este modo cada vez que el P. La Valette se encargaba con pactos al parecer onerosos para él, de hacer pasar á Francia una cantitad de diez mil libras, realizaba un beneficio de doce mil, lo cual es un descuento muy regular. Ahora hay que tener en cuenta lo que llegaban á ser esos beneficios cuando los terrenos comprados por el jesuita y cultivados por millares de negros, le proporcionaban los frutos coloniales que remitia á Europa en buques de su casa.

Fácil es comprender cuanto perjudicó y estremeció á los comerciantes de las Antillas esta formidable competencia. Sus quejas repetidas mas enérgicamente cada dia llegaron por fin hasta el trono del rey de Francia, en donde se decidió hacer justicia. Mandóse al gobernador de las Antillas que diese orden al padre La Valette de que se trasladara á Francia, y efectivamente partió y llegó al Havre en enero de 1754, y á los pocos dias entraba en Paris endonde le recibieron en triunfo el padre Sacy procurador general de las islas del viento y el padre Forestier, que eran dos de los mas activos corresponsales del negro banquero de las Antillas.

El padre LaValette vino de la Martinica pertrechado con bue-

nas certificaciones, cuyo objeto era principalmente justificar que no se dedicaba al comercio estrangero, cosa prohibida entonces en las colonias francesas; pero no probaban que fuesen falsas las quejas de los colonos, porque esto era imposible. Gracias á tales certificaciones mas ó menos interesadas y á las activas diligencias de los cofrades del padre La Valette al cabo de un año este dió la vuelta á la Martinica, si bien con la condicion espresa de que no se dedicaria al comercio, limitándose á cumplir con los deberes religiosos; pero es facil calcular que muy pronto faltó á esa promesa hecha por él y por sus superiores. Como los hijos de Loyola saben sacar partido de todo utilizaron esa supuesta renuncia del padre La Valette; so pretesto de cumplir los empeños que este habia contraido y á que no hubiera podido responder destruyendo su casa de comercio, abrieron y alcanzaron un empréstito de seis cientas mil libras, cuyos fondos permitieron al padre La Valette dar nueva actividad á sus operaciones.

Ademas con el mismo objeto el jesuita procuró librar sumas enormes contra sus corresponsales y con el dinero contante que recibia por su firma procuró aumentar la estension, el valor y los réditos de las propiedades por él adquiridas, de suerte que sus negocios tomaron un nuevo vuelo, sus buques cubrian los mares y todo se encaminaba á un manopolio. Los superiores de la Compañía deseosos de recompensar su celo, su talento y sus hermosas combinaciones le habian distinguido con los títulos de Visitador general, y de Prefecto apostólico de las misiones jesuíticas de las Antillas. Quizás se añadian ya nuevos dividendos á la caja géneral de la Compañia y sus gefes pensaban en reconquistar el poder que se les iba escapando, cuando repentinamente el soplo de una tempestad desvaneció ese brillante sueño. El P. La Valette habia vuelto á la Martinica en mayo de 1755, y en febrero de 1756 los primeros corresponsales del reverendo banquero que eran los hermanos Lioncy de Marsella que estaban en descubierto de mas de un millon y medio no habiendo podido lograr que el P. La Valette los reembolsase, y no alcanzando del padre Sacy mas que una promesa de misas y de oraciones, cosas muy buenas pero que no tienen valor en la plaza, se vieron en la precision de depositar su balance. En la *Memoria* de los hermanos Lioncy á la cual remitimos

al lector se lee que habiendose trasladado en posta á Paris Mr. Gouffre socio de la casa de Marsella con el objeto de conseguir del padre Sacy y de los otros dignatarios Jesuitas los medios de evitar á comerciantes honrados la vergüenza de una quiebra, el padre Sacy despues de palabras evasivas acabó por contestar con dureza que la Compañia nada podia hacer por ellos. « Pero nosotros no « caeremos solos, esclamó Gouffre; pues nuestros numerosos cor- « responsales, y muchas otras casas con quienes estamos relaciona- « dos caeran con nosotros. Pereced todos esclamó el jesuita, la « Compañia nada puede hacer por vosotros.»

Vuelto Gouffre á Marsella los hermanos Lioncy se declararon en quiebra, y como la casa era una de las principales en términos que giraba por valor de treinta millones de libras al año, su quiebra como era fácil prever hizo sentir el golpe en todas las plazas mercantiles de Francia, y en varias del estranjero, y muchos desgraciados quedaron envueltos en su ruina. Dícese que los Jesuitas trataron de prevenir el ruido de esa bancarrota, y que la muerte de su general fué un obstáculo á sus intentos, y que entonces viendo que el escándalo estaba dado les pareció que no valia la pena de gastar su dinero. En este concepto trabajaron tranquilamente para sacar de sus propiedades de las Antillas todo lo que pudieran, y á este fin eligieron nuevo corresponsal en Marsella. En cuanto al padre La Valette habia desaparecido y no se le vió mas. Los hermanos Lioncy se condujeron como hombres de honor entregando á sus acreedores cuanto poseian, y el Síndico de la quiebra atacó entonces al padre La Valette como gefe de los Jesuitas de las Antillas, y al padre Sacy como procurador general de las misiones de esas islas. Pidió que se condenára á esos dos dignatarios de la Compañía á dar caucion para el pago de una suma de un millon quinientos dos mil doscientos sesenta y seis libras dos sueldos un dinero, importe de las letras tiradas por el padre La Valette contra los hermanos Lioncy y no satisfechas, y que en caso de no darla se los condenase á pagarlas. Al verse los Jesuitas atacados echaron mano de mil intrigas y enredos para no comparecer, con la esperanza de prolongar ese negocio eternamente segun su antigua táctica; mas en ese intermedio tuvo lugar el atentado de Damiens y desde luego los magistrados, cosa que no deja de ser

notable, se mostraron mas dispuestos á obrar contra la negra cohorte, ó parecieron poder obrar con mas libertad. El padre Sacy comparece en fin por medio del poder, mas no el padre La Valette. El primer auto condena al padre La Valette pero deja para mas adelante decidir contra el padre Sacy. Al mismo tiempo otro acreedor tomó un camino distinto, y atacando *in solidum á* la Compañia de Jesus queria hacerla responsable de los actos de uno de sus dignatarios, actos que ella habia aprobado mientras le fueron provechosos y que rechazaba desde el punto en que amenazaban causarle perjuicios. Los Jesuitas por otra parte debian convenir en que la administracion de los bienes temporales de toda la órden está sujeta á la autoridad del general, y esta confesion era decisiva á favor de los acreedores del padre La Valette. Por ello pues se falló el negocio contra el padre Sacy y contra toda la Compañia. Al punto el Sindico de la quiebra procura entrar en ese camino que han abierto, y de todas partes llueven emplazamientos contra el padre Sacy y algunos llegan hasta Roma y se hacen al General mismo de la compañia. El primer fallo habia sido dado por el tribunal de comercio de Marsella, y otro de 29 de mayo de 1760 dado en rebeldia declara la sentencia ejecutoria contra toda la Compañia establecida en Francia. Por ese camino podia por fin llegarse al medio de cojer á la Compañia entera y seriamente; pero los hijos de Loyola se apresuraron á reparar el golpe cuyas consecuencias comprendieron, y poniendo en juego todo el influjo que les quedaba alcanzaron en 17 de agosto de 1760 un decreto del consejo pertrechado con patentes, por medio del cual el rey se avoca el conocimiento de aquel negocio y lo confia al parlamento de Paris. Segun Voltaire los Jesuitas cometieron en esto un error puesto que el parlamento siempre se les habia mostrado contrario pero los reverendos padres creyeron alcanzar que no se llegase al fondo de la cuestion y que á fuerza de apelaciones, de conflictos; de competencias, y de rodeos judiciales apurarian la paciencia de sus acreedores. Pero sucedió todo lo contrario pues el proceso se sustanció rápidamente en el tiempo regular y fue puesto en estado de vísta. En vano los Jesuitas trataron de hacer protestar á los gefes de las provincias jesuiticas de Champagne, de Guyenne, de Tolosa y de Lyon; y de hacer que se opu-

si eran á todo lo que tendiese á hacer solidarias las diversas casas de la órden, pues el Parlamento no hizo caso alguno de esos medios ni de los otros muchos que pusieron en práctica.

En 8 de mayo de 1771 se verificó la vista de la causa con gran solemnidad y ante un inmenso concurso: el célebre abogado Gervier informó con mucho talento y escelente écsito contra los Jesuitas y en nombre de los acreedores del padre La Valette: el abogado general habló conforme lo que le habia dicho el abogado de los demandantes, y el tribunal sentando por base que los padres La-Valette y Sacy siendo el uno visitador y el otro procurador general de las misiones jesuíticas se habian hecho banqueros y obrado como tales: que el general de la órden es administrador de todas las misiones, y que por consiguiente los gefes de esas misiones no son mas que delegados suyos falló haciendo responsables al gefe de la compañía y á la compañía toda de las operaciones mercantiles del padre La Valette, y como tales les condenó á pagar las letras de cambio dadas por este contra la casa de Lioncy de Marsella, con mas cincuenta mil libras por interés y costas,

Este fallo, dice Voltaire, fué recibido por el público con estrepitosos aplausos y palmoteos, y algunos Jesuitas que habian tenido la audacia ó la simpleza de asistir á la vista fueron acompañados á su casa con inmensa griteria del pueblo. La alegria fué tan universal como lo era el odio y el fallo del parlamento de Paris en este caudaloso negocio perfectamente conforme á la equidad y á la justicia. En vano la negra cohorte siguiendo la táctica de la que fué siempre suya sacrificó el padre La Valette á la indignacion general, y quiso hacer que recayera sobre él todo lo odioso de este asunto: en vano declaró este mismo que tomaba sobre si toda la responsabilidad y todas las consecuencias; en vano sostuvo la compañía que las letras de cambio solo obligan al que las firma, las acepta ó las endoza; pues el parlamento con el libro de las Constituciones en la mano declaró y debió declarar que la Compañía de Jesus es un todo indivisible, que el superior de cada casa jesuítica solo es un comisionado del General en cuyo nombre se bace todo y que es el único apto para sancionar cuantas transacciones se ejecuten en dichas casas. Tambien es imposible dar importancia alguna á la irrisoria objecion hecha por los Jesuitas, á saber, que la

Compañía habia sido absolutamente estraña á las operaciones mercantiles del padre La Valette, que ninguno de sus cofrades habia autorizado, aconsejado ó aprobado aquel comercio, y que no habia uno solo que hubiese tenido participacion ó connivencia en los negocios de las Antillas. Es incontestable que el padre Sacy procurador general de las misiones de las islas del viento y residente en Francia habia sido un activo corresponsal del padre La Valette: es imposible que los superiores de este ignorasen sus operaciones de Banca y de comercio, y es tan positivo que las aprobaron como que denunciadas por los colonos de las Antillas no impidieron que aquel padre fuese enviado otra vez á la Martiníca, y con un grado de mas cuenta y que pudo considerarse como una recompensa de lo mismo por el cual se pedia un castigo. Mas ora hubiese ignorado, ora sabido las operaciones que hacía el padre La Valette, los superiores de la órden que metieron en caja los beneficios de la casa de san Pedro debian al menos en estricta justicia entregar á la ginebra los beneficios recibidos inadvertidamente, y cuya restitucion hubiera llenado el deficit é impedido la bancarrota. Al parecer esta bancarrota fué mas considerable que las pérdidas justificadas por el padre La Valette, de suerte que ascendió á tres millones de francos. Segun los mismos Jesuitas lo que causó el desfalco del padre La Valette fué el haber los ingleses apresado dos buques en los cuales el reverendo embarcó frutos de las Antillas en cantidad suficiente para cubrir á los hermanos Lioncy del valor de las letras tiradas contra ellos; mas esas mercaderias vendidas en Inglaterra no produjeron sino la cantidad de un millon doscientas mil libras de Francia. Por otra parte los Jesuitas si querian manifestarse estraños á la quiebra del padre La Valette hubieron debido abandonar los territorios, propiedades, negros y fábricas que el padre tenia en las Antillas; y la mejor y mas robusta prueba de que los Jesuitas se consideraban como solidarios de su comerciante de la Martiníca es que al primer grito de socorro que dieron los hermanos Lioncy, el nuevo general de la Compañía autorizó al padre Sacy para que en nombre de la misma hiciese un emprestito de quinientas mil libras para ausiliar la casa de Lioncy y dejar airosa la firma de los hermanos; mas cuando el padre Sacy recibió órden de su General ya la casa habia presentado sus libros, y vien-

do entonces que el escándalo estaba dado, los Jesuitas trataron de salvar á lo menos el dinero á costa de los infelices acreedores, aun cuando su reputacion padeciese por ello.

Las cosas fueron mucho mas allá de lo que los padres habian previsto; pues el proceso del P. La Valette y la bancarrota de los Jesuitas avivaron en gran manera la desconfianza, el odio y los terrores que en todas partes parecen ser el enevitable centro en que debe vivir la Compañia. En vano previendo la tempestad y queriendo evitarla manifestaron los Jesuitas querer someterse al fallo proferido contra ellos, en vano comenzaron á pagar á los acreedores de la quiebra (1) y en vano segun se dice el nuevo procurador general de las Misiones de las islas de America dió con este objeto un millon dos cientas mil libras: nada de esto se aprovechó porque la publicidad dada en el proceso, y el inmenso ruido que hizo este negocio habian sído los indicios precursores del rayo que suspendido desde mucho antes sobre la negra cohorte iba por fin á herirla. Cuando en 18 de mayo de 1771 fué proferido el fallo acababan de publicarse en Praga las famosas constituciones de la Compañía de Jesus y con estas constituciones en la mano los abogados de los acreedores del padre La Valette probaron que siendo la Compañia un todo indivisible, y su gefe el único apto para proceder en nombre de la órden entera, todas las casas jesuiticas eran solidarias. Los abogados de los Jesuitas se empeñaron en convertir esos argumentos á favor suyo procurando desvanecer ese principio de obligacion solidaria fundandose en las mismas constituciones: y el Parlamento aprovechando la ocasion mandó en 17 de Abril que los Jesuitas presentasen el libro de las constituciones y reglas de su instituto. Los reverendos padres trataron de rechazar el golpe y alcanzaron de Luis XV una declaracion que reservaba el conocimiento de las leyes jesuiticas al rey solo y á su consejo, y si bien el Parlamento en 6 de Agosto registró esta declaracion real, en el mismo dia hizo quemar por mano del verdugo ochenta y cuatro obras de teologos Jesuitas y muy luego mientras que enviaba al rey el ejemplar de las constituciones de la Compañia, mandaba á los Jesuitas que dentro de tres dias presentaran

(1) Por fuerza debieron hacerlo, pues si el general de los Jesuitas no pudo ser obligado á ello lo fueron los Jesuitas de Francia con arreglo al fallo del Parlamento.

otro al escribano del tribunal, como asi hubieron de hacerlo. Esas famosas constituciones parecieron entonces por primera vez ante los ojos ce la Francia entera, todos los hombres de bien se estremecieron al ver los principios subersivos de tcdos los gobiernos que en ellas se contienen. El informe del abate Chauvelin miembro del Parlamento, que alcanzó gran reputacion de este negocio es un completo cuadro de la Compañia de Jesus y fue uno de los mas poderosos motívos para que el Parlamento de Paris dictara su fallo.

Lo que pasaba entonces en otros puntos y de que hablaremos luego contribuyó sin duda á precipitar la ruina del jesuitismo en Francia. El valor del marques de Pombal ministro portugues aumentó la seguridad del duque de Choiseul. El ministro de Francia fué enemigo de los Jesuitas contra los cuales segun dijo tenia motivos de queja, y ademas durante su embajada en Roma descubrió las intrigas, el espionage universal y los manejos con que la negra cohorte turbaba la paz del mundo. Es imposible describir todas las faces de este célebre proceso, y nos contentaremos con decir que despues de solemnes debates el Parlamento de Paris que habia ya dictado una sentencia preparatoria en 18 de Abril de 1761 dictó otra difinitiva en 6 de Agosto del año inmediato. He aqui las principales disposiciones de ese fallo. Declara á dichos Jesuitas inadmisibles aunque sea con titulo de Compañia ó de Colegio, y dispone que tanto dicho instituto como la sociedad y el colegio seran y quedaran irrevocablemente desterrados de Francia bajo cualquier pretesto, nombre y forma que tomen; y el mismo tribunal prohibe espresamente á toda clase de personas que propongan, soliciten ó piden en ocasion y tiempo alguno la vuelta de dichos institutos y Compañia bajo la pena de reputar personalmente á los que hagan toleren ó tengan parte en tales proposiciones por reos de connivencia en el establecimiento de una autoridad contraria á la del rey y de favorecedores de la doctrina regicida constantemente sostenida por dicha Compañia. El mismo fallo califica la doctrina de los Jesuitas de perversa, destructora de todo principio de religion y hasta de probidad, injuriosa á la moral cristiana, perniciosa á la sociedad civil, sediciosa, atentatoria á los derechos y á la naturaleza del poder real y á la seguridad de la sagrada persona de los

soberanos, y propia para causar en los estados los mas grandes disturbios, y formar y mantener la corrupcion en el corazon humano.

En el final de su fallo el parlamento de Paris prohibe á los súbditos del rey que frecuenten asi dentro como fuera del reino los colegios, seminarios, retiros, misiones, congregaciones, pensiones y escuelas de la Compañía; intíma á los Jesuitas la órden de desocupar todas las casas, colegios, seminarios, noviciados, residencias, casas profesas y de prueba, y generalmente todos sus establecimientos cualquiera que sea su nombre; permitiéndoles sin embargo retirarse al punto del reino que gusten para residir allí bajo la autoridad de los ordinarios, aunque sin poder vivir en comunidad, reconocer la autoridad de su General, y llevar el hábito de la órden. Tambien se les prohibia poseer beneficios, canongias, ni otro cargo alguno de almas ni municipal á no ser que prestasen un juramento, cuya fórmula estaba redactada en la sentencia del parlamento, la cual concedia á los Jesuitas que las pidieren pensiones alimenticias en la cantidad estrictamente necesaria. Tal fué el golpe que en Francia derribó el orgulloso edificio del Jesuitismo y segun el parecer de los juris peritos es el fallo mas robustamente motivado de cuantos se mencionan en los anales judiciales.

Los parlamentos de Reims y de Ruan fueron los primeros en seguir el ejemplo dado por el de Paris, pues los otros lo hicieron con mas lentitud. El de Flandes en cuya provincia los Jesuitas dominaban desde dos siglos antes, pareció que no podia resolverse á unir su voz al grito general de proscripcion que contra los Jesuitas se levantaba; de suerte que por ello comenzaban á manifestarse disturbios que podian hacerse graves, cuando finalmente en noviembre de 1764 el duque de Choiseul pudo arrancar del rey un edicto mandando que la Compañía de Jesus fuese proscrita de Francia para siempre. El parlamento de Paris robusteció el edicto real con otro mandato que todo jesuita frances residiese en la diócesis en que hubiera nacido, prohibiéndole que de diez leguas se acercase á la capital, recomendandoles que en adelante viviesen y se condujeran como buenos y leales súbditos, mandándoles que dos veces al año se presentasen ante el substituto del fiscal de S. M.; y á los bailes y senescales de su residencia. Es preciso

confesar que esas medidas eran severas; mas los que con atencion hayan leido nuestra historia dirán que eran necesarias y merecidas.

Dicese que Luis XV cediendo á las instancias de su familia no queria realmente la completa ruina de los Jesuitas, y por órden suya los comisionados del Parlamento nombrados para examinar el asunto de los Jesuitas, su constitucion, sus principios etc. desearon oir la opinion del clero, y asi fue que se nombraron doce prelados para que contestasen sobre cuatro preguntas capitales y la respuesta fué que era preciso *modificar* el Instituto. Con esto el rey se apresuro á mandar que se hiciese un plan de arreglo que fué enviado al Papa Clemente XIII, mas á todas las proposiciones de conciliacion ese Pontífice mal aconsejado con respecto á los verdadaros intereses de los Jesuitas solo contestó con las palabras de que se habia servido Laynez cuando desde los primeros tiempos de la órden se quiso que sufriera modificaciones que se reputaron necesarias. *Sean lo que son ó dejen de existir.* Que no ecsistan pues contestó por fin el rey de Francia, y el decreto de proscripcion se ejecutó con todo rigor, con no poco aplauso del pais y de todo el mundo que iba á seguir el ejemplo de la Francia en el camino que acababa de abrir y que el mismo gefe de la iglesia habia de consagrar altivamente.

En Francia los Jesuitas habian sostenido la lucha con toda la energia propia de aquella órden famosa: habían llenado el pais de sus panegíricos y apologías; su causa fué sostenida contradictoriamente en el parlamento por abogados de mucho saber y talento, y los fallos no fueron pronunciados sino despues de largos debates y de enterarse el tribunal del pro y del contra, y esos fallos fueron sancionados por los dos edictos reales de 1764 y 1777 que les dieron todo el carácter de leyes del Estado. Los Jesuitas pusieron en juego todos los resortes que podian servir para su defensa, y segun dice Voltaire mas de una vez hicieron arrepentir de su firmeza á los magistrados que dictaron el fallo. En Bretaña promovieron un levantamiento que muy luego fué reprimido y justificó todos los rigores de la magistratura, que por un lado sostenia el poder real; y por otro era impulsada por la opinion pública. ¿ Era posible que se ecsigiese de los Jesuitas que en adelante viviesen como buenos

y leales súbditos, que se sujetasen á las leyes y que no fuesen mas que personas particulares, sencillas y honradas? Esto era ecsigir de ellos cien veces mas de lo que puede esperarse de la naturaleza jesuítica, y los reverendos padres no podian sujetarse tranquilamente á tal estado de cosas; asi fué que trataron de evadirse por todas los medios imaginables. Pero la hora habia sonado; el jesuitismo habia da desaparecer al menos de nombre, de la superficie de la tierra. Todo el mundo sabe que habian de aparecer otra vez tarde ó temprano.



CAPITULO VI.

Atentado contra D. José de Braganza rey de Portugal. Muerte del papa Clemente XIV.

El jesuitismo proscrito en toda la tierra.

Cuando parecia prócsimo á desvanecer el clamor general producido por la bancarrota del padre La Valette y por el atentado de Damiens, vino á darle nueva intensidad un eco lejano, salido de uno de los estremos de Europa, y que tambien hablaba de un asesinato de persona real. En 3 de Enero de 1759 la Gaceta de Francia, periódico oficial de la época, publicaba copiando las cartas de Lisboa el relato de una conspiracion tramada contra el rey de Portugal y el asesinato de este príncipe; comunicando al mismo tiempo la captura de diez y ocho personas de alto rango, y añadiendo que las casas de los Jesuitas de Portugal habian sido arruinadas, y presos muchos de sus habitantes como fautores ó cómplices de la conspiracion. Dudábase todavía de la certeza de tan estraña noticia cuando las cartas de los embajadores y los actos del gobierno portugués les dieron un carácter oficial. He aqui, segun esos documentos que hemos consultado el breve relato de ese suceso, sus causas y sus consecuencias por lo que toca á la famosa com-

pañia, cuyos actos trazados muchas veces con caractéres siniestros hemos querido tambien bosquejar nosotros.

Habia entonces en Portugal un ministro hombre de talento y de energia, á quien la historia apellida muchas veces el Richelieu portugués, y que tiene justos titulos á ese dictado. Llamabase D. Sebastian José Carvalho mas el nombre con que es generalmente conocido y con el cual le nombrarémos nosotros era el de marqués de Pombal. Este fue el mas terrible adversario que jamas halló el jesuitismo, y quizas á el debio el siglo XVIII ver venirse abajo el poder jesuitico al golpe de un fallo universal sancionado por la autoridad pontificia y bendecido por la mano del sucesor de san Pedro. Por esto es digno de una mencion particular. Nació Pombal en 1699 en Sousa, pueblo de la diócesis de Coimbra , y en esta ciudad terminó sus estudios, que conforme con los deseos de su familia fueron los de jurisprudencia mas el porvenir de la magistratura desde luego pareció demasiado tranquilo, circunscrito y poco brillante al talento fogoso y emprendedor del joven, que sin duda soñaba en un destino muy diferente. De pronto creyó que la carrera de las armas podria ofrecerle un medio de realizar sus esplendidos sueños; mas comprendiendo luego que su poca nobleza era un obstaculo para que ascendiese, deja el uniforme de guardia de corps, pero con esa brillante librea y gracias á una belleza poco comun Pombal supo hacerse amar por una mujer de la primera nobleza, ó de sangre azul, como dicen los orgullosos fidalgos portugueses. Esa señora era Doña Teresa de Noronha Almada, que pertenecia á la antigua y poderosa casa de Arcos. Arrastrada Doña Teresa por la violencia de su amor y sabiendo que su familia no consentiria jamas en su matrimonio con un hidalguelo de provincia, se hace robar por su amante que se casa con ella á pesar del furor y de los esfuerzos de todos los Arcos y de sus aliados. Poco tiempo despues de ese matrimonio Pablo Carvalho canónigo de la capilla real de Lisboa y favorito del Cardenal de Motta, personaje que tenia gran favor en la corte de Portugal consiguió que su sobrino alcanzára el destino de enviado estraordinario á Inglaterra. Desde entonces Pombal vió que la carrera diplomatica era la que debia seguir para llegar á la realizacion del brillante porvenir que entrevia en sus sueños.

En 1745 fue enviado á Viena con el título de plenipotenciario mediador y con la mision de trabajar para el arreglo de las diferencias que habia entre el Papa y la famosa emperatriz Maria Teresa. Este solo hecho prueba que Pombal debió recorrer con provecho la espinosa carrera diplomática. Habiendo durante ese viage quedado viudo, debió otro tríunfo á su escelente figura, y se casó con la condesa de Daun, sobrina del feld-mariscal austriaco del mismo nombre, célebre en las guerras de Alemania de esa época y que en 1758 batió al gran Federico de Prusia en la batalla de Hotkish en Lusaca, El nuevo matrimonio hizo tomar un rápido vuelo á la fortuna de Pombal pues la Condesa de Daun era compatricia y amiga intima de la reina de Portugal Maria Ana Josefina, y es probable que Pombal pensó en los provechos que podia sacar de esa intimidad cuando se casó con la nieta del feld-mariscal austriaco. Poco despues de aquel enlace Pombal tuvo gran favor en la corte impulsado por la reina, suplicó al primer ministro que estaba enfermo, y muerto Juan V, por la recomendacion de la reina viuda fué elegido ministro de Estado por José I. Tambien el grande cardenal Richelieu debió los primeros pasos hácia el alta posicion en que supo colocarse á la proteccion de la reina madre Maria de Medicis, y no es este el único punto de contacto que hay entre Richelieu y Pombal. A diferencia del grande y terrible cardenal que toda la vida hubo de luchar contra el odio y los celos de su amo, Pombal supo hacerse amar desde un principio por D. Jose de Braganza, y aumentó incesantemente y supo conservar siempre aquella amistad real que no se desmintió nunca, y con la cual como con un impenetrable escudo pudo separar siempre los golpes de sus muchos adversarios. Bien pronto Pombal lo pudo todo en el vecino reino y quizas aun mas de lo que nunca pudo Richelieu en Francia. A la manera de este alcanzó el real privilegio de tener guardias, fue conde de Oeyras y marques de Pombal, y á toda su familia le alcanzó parte de los muchos favores de los cuales se conviene generalmente en que el marques supo hacerse digno.

Portugal estaba entonces muy lejos de tener la importancia de los tiempos del rey Manuel y de Alburquerque, y la revolucion de 1640 que la arrancó á la España y entronizó á la casa de Bragan-

za no pudo devolverle su primera energía y libertad, dejándolo como un esclavo emancipado á quien la duracion de la servidumbre y el cansancio que es su consecuencia, han comunicado una marcha débil y vacilante, cual si los hierros oprimieran todavia sus entorpecidos miembros. En todos los ramos de la administracion reinaba un espantoso desórden que habia ido creciendo y traspasado todos los límites en los últimos años de Juan V antecesor de José I. La justicia no tenia balanza sino para pesar el oro que en ella se arrojaba; los restos de las antiguas colonias, antes tan numerosas y tan ricas, apenas conservaban relaciones con la metrópoli: el comercio esterior estaba casi esclusivamente en manos de los ingleses, la mayor parte de las rentas públicas iban á pasar al clero secular y regular, que se dividia el territorio con la nobleza; y los Jesuitas sobreponiéndose á todo, se atribuian asi dentro, como fuera, cuanto podian arrancar á los otros buitres.

Pombal emprende á un tiempo la lucha contra la Inglaterra y los Jesuitas, contra la nobleza y el clero; á su voz se reaniman todos los ramos de la administracion, la justicia empuña con mano firme la balanza, rehácese el comercio, la abandonada agricultura florece, renace el órden, y Portugal ocupa otra vez un buen lugar entre las naciones. Como los ingleses sacaban todos los años de Portugal gran cantidad de oro, Pombal prohibe su estraccion, y veda al mismo tiempo que los curas y frailes se dediquen al comercio. Hace restituir á la corona ó destina á la industria los derechos y las rentas arrancadas por el clero y la nobleza: obliga á los piratas berbericos á que respeten el pabellon portugués que de nuevo flota con gloria en todos los mares, y arregla definitivamente con la España el reparto de las colonias americanas y echa la base del rico comercio del Brasil.

Al mismo tiempo establece una policía severa que alcanzaba á los delincuentes de las clases altas, y este olvido y violacion de lo que ellos llamaban sus privilegios fué lo que exasperó contra el marqués á la nobleza que ya habia visto con no poca ira que ascendiese los mas altos empleos un hombre que pertenecia á su mas humilde rango. Con el objeto de derrocarlo hizo no pocas tentativas que el marqués desbarató con el apoyo del favor real y de la

gratitud del pueblo, y á las cuales respondió con una firmeza que dejó pasmados á sus enemigos.

Los mas formidables entre ellos fueron siempre los Jesuitas, cuyos escritores han dicho que ese hombre famoso habia jurado la pérdida del jesuitismo desde que subió al poder. Convenimos facilmente en que Pombal viendo que no era posible poner remedio al deplorable estado en que Portugal se hallaba mientras dominasen los Jesuitas, resolviese espulsarlos del suelo lusitano. La primera declaracion de guerra abierta entre él y los reverendos padres fué con motivo del Paraguäy, en cuyo punto de la América meridional hemos visto que habian fundado un singular y verdadero imperio que perteneciendo de nombre á la España no tenian de hecho mas gefe que el General de la Compañía. En tiempo de Juan V los gobernadores de las colonias portuguesas habian persuadido á la metrópoli de que le seria ventajoso ser señora del Paraguay, y la opinion de esos gobernadores se fundaba segun dicen en que el Paraguay que tan bien guardado tenian los Jesuitas encerraba minas de oro, y de otros metales preciosos. Es probable que Pombay no vió en el tratado de 13 de Enero de 1750 en que se permutaba el Paraguay con la colonia del sacramento mas que un escelente medio de tener en sus manos á sus enemigos los Jesuitas, y aunque ese tratado no fué obra suya pues cuando se hizo no era ministro, el convenio de 1753 que arreglaba definitivamente la permuta entre las dos coronas se le debió enteramente. Es sabido que los Jesuitas se resistieron y que solo á viva fuerza se logró espulsarlos del Paraguay.

No lucharon con menos vigor en Portugal en donde supieron sacar partido de todo, asi de las riquezas que les daban un poderoso medio de obrar en ese pais reducido á la miseria, como de la ignorancia y del fanatismo que procuraban mantener en él, del odio de los nobles que impulsaban, y de las sordas ambiciones que despertaban en el seno de la misma familia real (1) Tambien procuraron sacar partido de las terribles catástrofes de que Portugal fué por entonces victima. El espantoso terremoto de 1755 cuyo recuerdo no se ha borrado de la memoria de los pueblos conmovió

(1) La familia real tenia por confesores à Jesuitas: Morcira lo era de los reyes; Costa de D. Pedro hermano del rey, y el padre Aveira de los iufantes.

todo el reino de Portugal convirtiendo á Lisboa en un monton de ruinas. El hambre y la peste acabaron la obra de las conmociones subterráneas, y todo el reino se vió espuesto á una espantosa miseria. Aprovechándose los nobles de esas circunstancias se declaran abierta y audazmente contra el primer ministro: los Jesuitas y la parte del pueblo que le es adicta se derraman por las ciudades arruinadas, incendiadas y despobladas, por los campos desolados y cubiertos de infelices que van errantes allá y acullá buscando un alimento que el infecundo suelo les niega. «Dios nos «castiga, hermanos mios, Dios á quien todos los dias irrita el «hombre impio á quien nuestra debilidad deja reinar en nombre «del débil y engañado soberano, Dios que no se compadecerá de «nosotros hasta que nosotros mismos nos ayudemos.» Estas palabras resonaban todos los dias en las plazas y en los púlpitos: el populacho dispuesto siempre á hacer pagar su miseria á alguno maldice al hombre á quen antes bendecia y pide á voz en grito la caida y la muerte de Pombal.

No doblegó éste la cabeza ante el huracan, y en los desastres que acababan de caer sobre su patria como las siete plagas de Egipto halló medio de dar mayores pruebas de su actividad, de su genio y de su talento para el gobierno. Cuando el terremoto los cortesanos quisieron llevarse lejos de las ruinas de Lisboa al monarca, y en esa ocasion Pombal esclamó, «el puesto del rey está «en medio de su pueblo: enterremos á los muertos y pensemos en «los que viven». Los mismos escritores Jesuitas dejan entrever cuanto admiran la conducta que en tales circunstancias observó Pombal quien responde al clamor del pueblo haciendo reedificar las ciudades restableciendo el órden, proporcionando víveres á los pobres, tomando todas las medidas que hiciesen olvidar prontamente los pasados desastres, responde á los nobles haciendo que el rey le conceda nuevos titulos y nuevos poderes que le permitan humillar las mas orgullosas cabezas (1), responde á los Jesuitas prohibiéndoles la predicacion, y á todos en fin mostrándose digno el eminente lugar que ocupa, pero mostrándose tambien deter-

(1) Alcanzó de su soberano un edicto que castigaba severamente à los *detractores del gobierno*, arma terrible de la que pudo abusar contra sus enemigos. Entonces hizo que cayeran en desgracia D. Juan de Braganza, Corte—Real ministro de marina y otros personages de la clase mas elevada.

minado á usar de cuantos medios tiene para sostenerse en el mismo. Mientras enviaba á America á su hermano D. Francisco Javier, con el titulo de gobernador del Marañon, y con el encargo de echar á los Jesuitas del Paraguay y de todas las posesiones portuguesas, pidió y obtuvo que fuesen despedidos todos los directores espirituales de la familia real. Entonces Pombal llama á su hermano que estaba en el Brasil y le envia á Roma paraque denuncie al tribunal del soberano pontifice la conducta de los Jesuitas en Portugal y en las colonias, su revolucion en el Paraguay y su inmenso comercio á despecho de las prohibiciones del pontífice y con gran perjuicio del estado y de los particulares. Jose 1.º envio á su ministro en la corte de Roma una instruccion escrita en este sentido, y con fecha de 10 de Febrero de 1758, la cual fue presentada al papa quien cediendo á las reiteradas y casi amenazadoras súplicas del primer ministro, espidió en 1.º de Abril un breve de reforma de los Jesuitas de Portugal. Este breve da mucha luz pues manda al cardenal Saldhana, á quien da poderes para su ejecucion, que encamine á los Jesuitas hácia la doctrina del Evangelio y de los apóstoles, que observen una vida regular, dispone que restablezca entre ellos el culto divino en toda su pureza y sencillez, y que observen las diferentes prohibiciones hechas contra el ilicito comercio de los regulares etc. De esto se deduce que el mismo gefe de la iglesia que nunca fué considerado como enemigo de la Compañia de Jesus es quien le dirije esta acusacion estraña. Benedicto XIV pensaba y decia que era necesario encaminar á los Jesuitas hacia la doctrina de los apóstoles y del Evangelio. ¿Cual era pues la doctrina que seguian los reverendos padres? Benedito añade que era necesario encaminarlos hácia una manera regular de vivir, pon donde se ve que en su dictamen vivian de una manera irregular. Luego se trata de prohibirles el comercio ilicito, y de restablecer entre ellos el culto divino. Nunca hemos dicho nosotros cosa alguna tan fuerte. Los Jesuitas no han podido contestar otra cosa á este breve apostólico sino que el papa que lo espidió era viejo y que sin duda chocheaba al firmarlo.

En 15 de Mayo de 1758 el cardenal Saldanha apoderado pontificio para la reforma de los Jesuitas de Portugal espedia un decreto con este motivo y justificaba las acusaciones dirigidas contra

los hijos de Loyola, y en 7 de Junio siguiente el patriarca de Lisboa D. José Manuel Atalara de acuerdo con el comisionado apostólico prohibia á los reverendos que confesasen y predicasen, les mandaba cerrar los colegios y les vedaba dedicarse á la enseñanza en todos los estados portugueses, mientras el cardenal se apoderaba de todas las mercaderias halladas en las casas de los reverendos padres, de los libros de cuentas mandando sellar los establecimientos mercantiles (1) Las cosas marchaban rápidamente y los Jesuitas consternados solo trataban de debilitar el golpe que iba á herirlos, cuando falleció el papa Benedicto XIV y en 6 de Julio de 1758 ocupa la silla de san Pedro otro papa con el nombre de Clemente XIII dos meses despues que los Jesuitas habian nombrado general de su Compañía á Lorenzo Ricci. Creyeron los Jesuitas que lograrian hacer revocar por Clemente lo que hizo Benedicto y con este objeto en 31 de junio el general de la negra cohorte presentaba á los pies del trono pontificio una larga y bien entendida memoria en la cual sin atacar al adversario de los Jesuitas, y protestando de su confianza en el Cardenal comisionado, se limitaba á sostener que aun cuando se conviniera en que habia en la Compañia de Jesus miembros reos de los crimenes hasta atroces que se les vituperaban no debia condenarse por ellos á toda la órden: que por otra parte los superiores de la Compañia ignoraban esas faltas, si es que se habian cometido, y que castigarian á los culpables al punto en que los conocieran. Ademas añadia Ricci en nombre de la órden entera se teme mucho que la reforma lejos de ser provechosa ocasione grandes diturbios. Clemente XIII, que estaba dominado por el Cardenal Forrigiani á quien dominaba el general de los Jesuitas, se mostró dispuesto á sostenerlos, y nombró una Comision paraque conociese de las faltas que se echaban en cara á la Compañia, y propusieron las medidas que debiese dictar la Santa Sede. Sin embargo el nuevo Pontifice no se atreve á revocar el Breve de su antecesor, y Pombal valiéndose de esto

(1) Puede decirse y los Jesuitas lo han repetido mil veces que el cardenal Saldanha se precipitó, pues el Breve del papa es de 1° de Abril, y el decreto de condena espedido por el comisionado lo fué à las seis semanas; pero es necesario tener presente que hacia mas de un siglo que se iba instruyendo este negocio y que el comisionado apostòlico aun antes de comenzar sus trabajos podia tener las pruébas en que fundó su decreto.

sigue hiriendo con el arma que le dió Benedicto XIV á los Jesuitas secretamente protegidos por Clemente XIII.Los negros hijos de San Ignacio cobran aliento, alzan la cabeza y se preparan á luchar con mas vigor que nunca contra su enemigo: alimentan y sacan partido de las disensiones que habia en la familia real, y nuevamente empujan á la nobleza que no puede sufrir el yugo que el marques de Pombal echa sobre ella. El clero, á quien saben comprometer siempre, arroja desde el púlpito y del confesonario teas que van á causar desde luego un vasto incendio, y hasta se profieren amenazadas contra el monarca protector del enemigo contra quien se levantan tantas baterias. Lánzanse en medio de esa poblacion ignorante y crédula varias profesias, y se emplaza á D. José de Braganza ante el tribunal de Dios para el mes de setiembre. Pombal entretanto continua su obra con serenidad y audacia, no olvida las precauciones reclamadas por la prudencia, y se dispone finalmente á dar un gran golpe. En medio de esa inquietud general y de esa exasperacion que iba siempre en aumento, llega el dia 3 de setiembre de 1758, á las once horas de cuya noche el rey de Portugal se trasladaba en coche á una de sus casas de campo, cuando de repente se oyen muchas detonaciones, algunos proyectiles atraviesan el coche real y el monarca se siente gravemente herido. Facil es comprender cuanta impresion debió causar la nueva de este atentado en medio de la inquietud que reinaba la nobleza y el alto clero vuelven los ojos á D. Pedro hermano del rey de quien sabian que era enemigo de Pombal, y con quien los Jesuitas contaban como un amigo. Pensábase ya en el modo de repartirse los despojos del orgulloso favorito, cuyos contrarios se gozaban ya en las humillaciones y en el suplicio que le harian sufrir; pero la fortuna no abandonó todavia á Pombal, ni el se abandonó tampoco. Da una severa consigna en todo el palacio real, los infantes quedan como presos en sus cuartos, se despliégan fuerzas imponentes, y al mismo tiempo hace saber á Lisboa y á todo el reino que el monarca ha sido gravemente herido, pero que los médicos responden de su vida Probablemente el ministro temió por algun tiempo que la última parte de su anuncio no se realizára y esto esplica porque cuidó durante algun tiempo de que nadie viese al enfermo. La principal herida de D. José, y segun algunos

escritores la única, fué la de una bala que le atraveso el brazo derecho cerca de la espalda.

¿Quienes eran los autores de ese atentado? Es inútil decir que á penas se supo el crimen cuando toda Europa convino en que sus instigadores ó cómplices eran los Jesuitas, y ciertamente el anuncio de los disturbios hecho por el general de la Compañia y que tan bien se justificó, las amenazas y profecias hechas contra el rey y realizadas tan pronto, todo hasta el axioma de derecho *¿cui prodest?* (¿A quien es util el acontecimiento)? Eran suficientes datos para que las primeras sospechas recayesen contra la negra cohorte. Muerto D. José Pombal hubiera necesariamente caido á los golpes del alto clero y de la nobleza que le odiaban, no menos que los miembros de la familia real adicta al jesuitismo; y D. Pedro hermano del rey hubiera subido al poder compensando pronto y generosamente á los Jesuitas de lo que habian sufrido en el precedente reinado. Otras esplicaciones se dieron mientras la instruccion del proceso que fué misteriosa y larga como que duró tres meses durante cuyo tiempo nada se supo en público de los descubrimientos que se iban haciendo. Acaso Pombal vacilaba antes de empeñarse tan seriamente contra sus enemigos y acaso queria estar bien seguro de la vida y de la salud del rey, único apoyo suyo contra tantos y tan numerosos adversarios, y acaso empleó tambien esos tres meses en dictar todas las medidas necesarias para su seguridad y para el castigo de los criminales. Finalmente en 13 de Diciembre de 1758, segun lo hemos dicho en las primeras líneas del presente capitulo, vino á descubrir los misterios de aquel proceso la captura de las personas á quienes la justicia acusaba de autores, cómplices ó instigadores del atentado cometido contra la persona de José I.° Esas capturas fueron hechas en virtud de un auto dictado en la víspera por el tribunal supremo de *inconfidencia.* Esas personas fueron diez y ocho; á saber el marques y la marquesa de Fávora, sus hijos é hijas (1) el marqués de Atonguia, su yerno el duque de Aveiro pariente de la familia real, los Jesuitas Malagrida, Matto Alejandro de Souza y algunos amigos y domesticos de

(1) Estas fuéron encerradas en conventos y los demas acusados en la casa de fieras de Belen que quedó desierta cuando el terremoto. Por esta razon los marqueses de Fávora fueron ejecutados en este sitio, y no como dicen los Jesuitas por temor de un movimiento popular.

los marqueses de Fávora. Su proceso fue sustanciado con mucha celeridad. Los acusados comparecieron ante un tribunal presidido por el primer ministro que sin duda hubiera hecho mejor en no presentarse en el mismo. En las historias y en diversos opúsculos publicados entonces y despues acerca de ese proceso pueden verse sus diversas faces que terminaron en 12. de Enero de 1759 con un fallo que declaraba á toda la familia de los Fávora, al duque de Aveiro, y al marques de Atonguia reos del crimen cometido en la persona del soberano en la noche del 3 al 4 del anterior Setiembre, y como tales los condenaba á la pena capital. La sentencia fué ejecutada al dia siguiente en el arrabal de Belen, y solo alcanzaron gracia las mujeres, á escepcion de la marquesa de Fávora Dª Leonor que murió con su marido hijos, yerno, amigos y criados. La sentencia del tribunal de *inconfidencia* atribuia la culpa principal á la marquésa de Fávora, sentando por base que con el auxilio de los Jesuitas habia impulsado á su marido y á sus hijos á que convirtieran su palacio en una infame *caverna* de conspiraciones y de tramas dirigidas contra la persona del rey. El duque Aveiro confesó en el tormento cuantos cargos se le hacian y los dirijió muy grandes contra sus correos, y principalmente contra los Jesuitas, y sin embargo Pombal no se atrevió á hacer sufrir á los reverendos padres el suplicio al cual enviaba á los primeros miembros de la mas alta nobleza de Portugal. Y ni aun fueron juzgados al mismo tiempo que estos, pues tardaron tres años en comparecer, no ante un tribunal civil, sino ante la Inquisicion que condenó al Padre Malagrida á la pena capital no como convicto de instigador ó cómplice del asesinato de José 1° sino como reo de heregía y de otras cosas demasiado necias y sucias para que nos ocupemos de ellas. Los defensores de la Compañia dicen á grito herido que el padre Malagrida fué enviado al tribunal de la Inquisicion porque Pombal temió que en el tribunal civil seria absuelto; mas á nosotros nos parece y parecerá á todo el mundo que como sacerdote y religioso era natural que alcanzase mas favor en un tribunal compuesto de gentes de su misma ralea.

La sentencia del santo oficio fué ejecutada en 21 de setiembre de 1761, y el padre Gabriel Malagrida quemado en un auto de fe. Al parecer ese espectáculo fué pedido por el populacho que estaba

privado de él hacía mucho tiempo, y que no gozó menos de sus encantos porque figuráse en él un Jesuita. Matto y Alejandro Souza fueron condenados á ser descuartizados vivos, como tambien el provincial Enriquez y algunos otros Jesuitas. Un edicto de 19 de Enero de 1759 declaraba á todos los Jesuitas de Portugal cómplices én diferentes grados del atentado cometido contra la persona de D. José de Braganza, y en un manifiesto citado muchas veces al rey de Portugal declaró ante el mundo entero á la Compañía de Jesus acusada y convicta de usurpacion de sus dominios, de la libertad, de los bienes, y del comercio de sus súbditos, de rebelion contra su autoridad en las colonias y en Portugal, de conjuracíon y sedicion contra su persona segun las declaraciones de personas respetables, y confesion de los mismos Jesuitas.

Consultando el proceso se convence uno de que los Jesuitas tuvieron una parte indirecta sino directa en la conjuracion tramada contra la vida de José I, y ademas seriamente amenazados en su ecsistencia por las medidas que el rey dejaba dictar á su omnipotente ministro los reverendos padres debieron manifestarse y se manifestaron favorables á un medio, segun ellos suelen llamar á estas cosas, que habia de derribar á su audaz enemigo. Le ha dicho que el atentado cometido contra la vida de José fué una venganza particular que el primogénito del marqués de Fávora quiso tomar del príncipe por las intimas relaciones que tenia con su mujer D.ª Teresa y algunos escritores favorables á la Compañía han querido presentar el negocio bajo este aspecto, de suerte que el abate Georgel ex-jesuita dice positivamente en sus *Memorias* que el rey volvia de una cita con la jóven marquesa en el acto en que fué herido, y que si los Fávoras trataron de matar al monarca fué para vengar su honor ultrajado. El conde de Saint-Priest, autor de la *Caida de los Jesuitas en el siglo XVIII*, manifiesta creer que la jóven marquesa de Fávora fué quien delató la conspiracion, y lo que hay de cierto es que en los despachos del Duque de Choiseul á Me. dé saint-Julien encargado de negocios de Francia en Lisbo se ve que Luis XV manifestó muchísimo interés por la suerte de esa señora. Otros llevando las cosas mas lejos han tratado de probar que la conspiracion era obra de Pombal, quien queria espantar al monarca aun irresoluto y decidirlo á dar el golpe á los

Jesuitas á quienes presentaria como autores ó al menos instigadores del atentado. Entre otras cosas citan estos escritores el testimonio del conde de Marle embajador de Francia que probaría esta esplicacion; mas en primer lugar el conde de Marle no fué á Lisboa hasta diez meses despues del atentado, y por otra parte no es creible que Pombal arriesgára la vida de su soberano que era su única fuerza. Sabemos bien que se ha dicho que, José I no fué siquiera herido por los tiros disparados á su coche; mas esta asercion está evidentemente destruida por el manifiesto real y el fallo del tribunal de *inconfidencia* que califican de mortales las heridas del monarca. Por otra parte (y esto desvanece todas las dudas) la revision del proceso mandada en 1780 por la reina María tres años despues de la muerte de José, y por consiguiente cuando Pombal no tenia influjo alguno, ha confirmado la culpabilidad de los marqueses de Fávora y por lo mismo la del padre Malagrída, que era confesor y consejero de la marquesa Leonor de Fávora, la de los padres Matto y Souza que eran confesores, amigos y comensales de los otros miembros de esa familia, é implicitamente la de todos los Jesuitas de Portugal.

El mismo dia en que Malagrida, Mattos, Souza, y los principales Jesuitas de la provincia de Portugal fueron presos como iniciados en el delito cometido contra la persona de José 1°, Todos los demas fueron encerrados en sus casas y secuestrados los bienes pertenecientes á la órden. La sentencia de 19 de Enero de 1759 declaró á todos los Jesuitas cómplices en el atentado del 3 de setiembre, y parece que Portugal vió tranquilamente este primer acto de espulsion de los Jesuitas. Hay mas: habiendo José 1° dirigido á los obispos de su reino una carta en la cual aprobaba y justificaba las medidas dictadas por su primer ministro, casi todos los prelados transiguieron unos sin decir nada, y otros manifestando aprobar de un modo directo la suerte que se reservaba á los hijos de Loyola; y como por otra parte la nobleza aterrorizada por los suplicios de los marqueses de Fávora no se atrevia á moverse en favor de sus aliados de sotana, Pombal creyó que era llegado el momento de dar el último golpe. Hizo entender al Papa su proyecto de espulsar á los Jesuitas de Portugal; pero Clemente XIII circuido y dominado por los Jesuitas, se mostró

constantemente opuesto á tal medida. En Enero de 1759 á instancias del general de la Compañia y de los Cardenales adictos á ella, el gefe de la iglesia cristiana sin revocar el breve de reforma espide otro aprobando y confirmando el instituto. Pombal creyó ver en esta medida una pública desaprobacion de la conducta que observa, y sobre todo de la que quiere observar con respeto á los Jesuitas, y en el acto despide al nuncio del Papa, y se muestra dispuesto á romper con la Santa Sede. Como el Papa no cesa de embotar los terribles golpes que Pompal dirige de continuo á los Jesuitas, el primer ministro rompe enteramente con la corte de Roma, que no volvió á entenderse con la de Portugal hasta la exaltacion del Pontifice Clem ente XIV, (1). Finalmente Pombal se decide á terminar la lucha haciendo el último esfuerzo, y como por otra parte se habia granjeado el apoyo de la España, contaba con el de la Francia, y era hombre que jamás habia querido retroceder, no le quedaba otro camino que ir adelante, y fué. Espidese el edicto de espulsio n y de destierro, y como el papa continuaba manifestándose protector de los Jesuitas, Pombal esclama. « Encárguese pues de sus amigos, y nosotros nos desambarazarémos « de nuestros adversarios». En setiembre de 1759 los Jesuitas de Portugal que eran cerca de 1200 fueron embarcados en buques que al punto se hicieron á la vela para los estados pontificios (2). Como el decreto se entendia á todos los paises sujetos al dominio de Portugal, los Jesuitas del Brasil, del Malabar y las colonias de los paises africanos son igualmente espulsados de esos puntos de grado ó por fuerza. He aqui la manera como se esplica el rey de Portugal en el edicto de espulsion que es de 3 de Setiembre.

Despues de recordar los mas estraños é inauditos atentados de que

(1) Los Jesuitas dijeron entonces que el marques queria establecer en Portugal una iglesia independiente, cual si dijeramos, un anglicanismo lusitano. El mismo proyecto le achacaron à Richelieu al punto que este ministro cesò de tenerles consideraciones.

(2) Los Jesuitas han llenado el mundo con los lamentables pormenores de la espulsion, pues segun suponen se les cargò de cadenas, se los maltrato en el viaje, y al llegar à los estados pontificios estaban medio desnudos y medio muertos de hambre. Sin embargo de esto ecsiste una carta impresa del capitan José Orebich que transportò los 300 primeros con un diario del viaje y una memoria de las provisiones, todo robustecido con juramento y que basta à probar que los hijos de Loyola han mentido tambien en esta ocasion.

los Jesuitas se hicieron culpables para con la corona de Portugal, principalmente la guerra perfida y cruel sostenida por ellos en los paises de Ultramar y dentro del reino; las sediciones que alentaron ó promovieron, y finalmente el horrible atentado cometido en la noche del 3 de Setiembre de 1758 con circunstancias abominables que nunca habian ocurrido en la imaginacion de los portugueses, el rey de Portugal continúa en estos términos: « para vengar mi « reputacion real, conservar plena y entera mi independencia de « soberano, mantener la paz pública en mis estados, estirpar en- « tre mis súbditos escándalos tan enormes é inauditos, vengar los « antedichos atentados y prevenir las funestas consecuencias que « podria traer su impunidad: declaro á los susodichos religiosos « corrompidos como se ha dicho antes, degenerados del modo « mas deplorable de los principios de su instituto, y demasiado ma- « nifiestamente infectados con los mas grandes, inventerados y abo- « minables vicios, de los cuales ya no es posible corregirlos. Por « tanto los declaro rebeldes notorios, traidores, verdaderos enemi- « gos y agresores, asi por lo pasado como por lo presente, de mi « Real persona, de mis Estados, de la paz pública y del procomun « de mis fieles súbditos. Por lo mismo mando á estos que los ten- « gan miren y reputen como tales; y declaro á los dichos religiosos « desnaturalizados, proscritos y como si no existieran, mandando « que real y efectivamente sean arrojados de mis reinos y señoríos, « y que jamás puedan entrar en ellos. A este fin prohibo bajo pe- « na de muerte natural é irremisible, y de confiscacion de todos los « bienes en provecho de mi tesoro y real Cámara, á todos y á « cada uno de mis súbditos de cualquiera estado y condicion que « sean que den entrada á muchos ó solamente á uno de dichos reli- « giosos proscritos, y que tengan correspondencia verbal ó episto- « lar con la Compañía ó con alguno de ellos. »

Este edicto fué ejecutado en todas sus partes y con la severidad mas grande; los Jesuitas fueron arrojados de todo el territorio portugues segun hemos dicho, y al mismo tiempo todos sus bienes fueron confiscados en provecho del rey ó dados á presbíteros ó comunidades religiosas para que puedan cumplirse las obligaciones con las cuales los habia recibido la Compañia de Jesus En la escelente obra de Mr. de Saint-Priest antes citada leemos una anécdota,

cuya autenticidad garantiza personalmente al autor mismo. Parece que los Jesuitas hallaron medio de librar de la ejecucion sumas considerables y esos tesoros fueron confiados á uno de sus amigos que se los envió luego, y á quien recompensaron por su fidelidad. Ese hombre, segun dice Mr. de Saínt Priest, fué el abuelo de un personage que ha figurado mucho en las últimas viscisitudes de Portugal.

Asi la nacion que fue la primera en recibir á los Jesuitas, que les concedio mas riquezas y poder mas grande, fué tambien la primera en dictar contra ellos el terrible fallo que el siglo XVIII les reservaba, y al cual iban á unirse todos los pueblos católicos. El primer golpe esta dado: la Francia se apresura á imitar el ejemplo que le ofrece Portugal; la España, las dos sicilias y toda Italia se preparan á seguir el mismo camino; la Alemania anuncia que lo aprueba, haciendo condenar juridicamente á los teologos de la Compañia, y la emperatriz ha espedido tambien un decreto en virtud del cual arrebata la juventud á los cofrades de los Gobats, de los Molinas y de los Busembaums. El edificio del jesuitismo está conmovido hasta sus cimientos, se abre y cruje y ya no existe cuando la mano del gefe del mundo cristiano sanciona su ruina y bendice á los destructores. Antes de pasar á la época en que Clemente XIV se decidió á sancionar la muerte del jesuitismo falleciente debemos ofrecer algunos rápidos pormenores acerca de la espulsion de los Jesuitas en España.

Reinaba en ella Carlos III monarca que al principio estaba en favor de los Jesuitas, y que por consiguiente hizo oposicion á los intentos de su primer ministro el conde de Aranda, que queria seguir las huellas de Pombal y de Choiseul. Los Jesuitas se aferran en el suelo español con toda la energia que les es propia, y cuando Carlos III parecia mas accesible al plan que su primer ministro manifiesta abiertamente, un movimiento sedicioso, un trastorno político viene á distraerlo, á inquietarlo, y algunas veces á dar impulso á su efecto y á su interés á favor de los reverendos padres que siempre se arreglan de manera que pueden hacer un papel bueno y que muestre su utilidad y su influjo. Casi es cosa enteramente averiguada que los reverendos padres fomentaron la revolucion de 1760 llamada de los *sombreros* segun lo atestiguan los despachos de Choiseul. Algunos años se pasan en estas singulares

fluctuaciones cuando un dia en toda la estension del territorio español asi en Europa como en Asia y en las dos Américas los gobernadores de las provincias reciben un pliegó real sellado con tres sellos y envuelto en tres carpetas. La primera no tenia mas sobre que el nombre de la autoridad á quien el despacho iba dirigido: en la segunda estaban escritas estas misteriosas palabras: bajo pena de muerte no rompereis el tercer sello hasta el caer la tarde del dia 2 de abril de 1767. En el dia dicho y en la hora fijada los gobernadores rompieron el tercer sello, y vieron con pasmo un edicto de Carlos III rey de España y de las Indias concebido en estos términos: « Os revisto de toda mi autoridad y de todo mi po-« der real para que en el acto os trasladeis á la casa de los Jesuitas, « Allí hareis prender inmedíatamente á todos los religiosos y con-« ducirlos en el término de veinte y cuatro horas al puerto indi-« cado en las presentes, en donde se los embarcará en los buques « destinados á este objeto. Al punto que estareis en la casa de los « Jesuitas hareis sellar los archivos y libros de ella, como tambien « los papeles de sus miembros sin permitir que ninguno de ellos se « lleve otra cosa que los breviarios y la ropa estrictamente nece-« saria para el viage. Si cuando los buques que deben recibir á los « Jesuitas estén ya fuera se halla en el territorio de vuestro gobier-« no un solo miembro de la Compañia aunque esté enfermo os cos-« tará la cabeza.» Al pié de este terrible decreto se leian las sacramentales palabras de *Yo el Rey.*

Estas severas órdenes fueron ejecutadas en el acto y muy pronto desde las costas italianas se vieron acercarse los buques en que habian sido embarcados los hijos de Loyola arrojados por Carlos III de los diversos puntos de su vasto imperio. Aqui se presenta un estraño episodio: no se permitió que los barcos desembarcasen sus cargamento humano en las playas de Italia, y las autoridades papistas, advertidas ó no, se negaron á permitir que los Jesuitas bajasen á tierra, de modo que en Civita-Vechia se les hizo fuego hasta que se vieron precisados á virar de bordo y hacerse á la mar. Muchos de ellos murieron de miseria ó de resultas de las enfermedades que su hacinamiento produjo. Para esplicar ese singular recibimiento se ha dicho que las autoridades pontificias temieron que la súbita llegada de tanta gente no causase un hambre en aquellas

playas ya poco fértiles, cosa que no es mas que una ridícula bufonada. Otros han dicho que el Papa como príncipe temporal huyó de malquistarse con la España, lo cual temia que pudiese suceder si recibia oficialmente á los Jesuitas, espulsados; mas esta esplicacion vale tan poco como la otra. En todo caso habia un medio entre el modo como Clemente XIII podia conducirse y los cañonazos en verdad muy poco evangélicos. Algunos Jesuitas han dicho que su General queria buenamente deshacerse de aquellos infelices que llegaban alli sin recursos y con el ánimo agriado, y á los cuales bien era justo que se abrieran las cajas de la Compañía. Despues de divagar durante seis meses de playa en playa, al fin esos desdichados fueron recibidos en Corfú por órden de su adversario Choiseul.

Parece que Cárlos III despues de dudar mucho tiempo conoció al fin que los Jesuitas eran los autores de los disturbios de su reino. Sismondo de Sismundy y otros escritores, entre ellos algunos católicos aseguran que Carlos III se convenció de que los hijos de Loyola intrigaban para colocar en su trono y en lugar suyo á su hermano Luis, y que llegó á poseer las cartas en que los reverendos desplegaban todos sus manejos. Notable es que Carlos III fué un cristiano fervoroso y que respetó la iglesia hasta en concepto de los mismos escritores de la Compañía. Manifestóse sordo á todas las instancias de Clemente XIII que imploraba compasion á favor de seis mil Jesuitas españoles, y á esas vivas instancias con mucha frecuencia repetidas contestaba siempre : » que para ahor« rar al universo un grande escándalo no queria denunciar la abo« minable trama que habia hecho necesario su rigor; pero que su « santidad debió creerlo por su palabra.” La seguridad de mi vida, añadia el monarca, exige que yo guarde en este asunto un absoluto silencio.

Clemente XIII continuó interviniendo en favor de los Jesuitas; pero Venecia, Parma, Módena y el elector de Baviera adoptan las mismas medidas que Portugal, Francia, España y las dos Sicilias. La emperatriz María Teresa que finge proteger al Papa en realidad no quiere mas que contrapesar el influjo de los Borbones y apoderarse de Plasencia; pero los Jesuitas creyendo en esa proteccion confiando en sus propias fuerzas y viendo por otra parte que cuan-

do Choiseul declara á sus aliados el intento de destruir y echar á bajo para siempre la órden á la cual simultaneamente han dado el gran golpe, los aliados retroceden y quieren dar tiempo, los Jesuitas decimos empujan á Clemente (1) hacia medidas estremas esponiendo á la tiara pontificia á ser humillada como debia suceder en efecto. No osando Clemente XIII atacar á los reyes de Francia, de España, Portugal y Nápoles se decide contra el régulo de Parma que tambien habia proscrito á los Jesuitas, y no contento el Pontífice con escomulgar al duque, alejando antiguos derechos proclama en una bula digna de ser firmada por un Hildebrando la deposicion del duque de Parma. Los Borbones de España, Francia y Nápoles sintieron en su rostro la bofetada recibida por Fernando, y en el acto respondieron á ella con medidas amenazadoras pues la Francia se apodera en 11 de junio del condado Veneciano y Nápoles de Benevento y Ponte Corvo. Esta medida precipitó los acontecimientos hácia una solucion que podia aun haberse dilatado mucho tiempo. Resuelto Choiseul á vencer la resistencia del Papa y despues de haber decidido en favor suyo á sus colegas de Nápoles y Portugal, dispone que en 10 de diciembre de 1768 el embajador de Francia presente en nombre de los reyes de la casa de Borbon una memoria en la cual se pide formalmente la secularizacion y abolicion de los Jesuitas. Clemente XIII anciano octagenario se espanta al ver este paso que no le deja lugar para rotreceder y que le pone de manifiesto el peligro de ir adelante. Entonces le ataca un fuerte catarro que degenera en aplop legia y acaba con el sucesor de San Pedro en el mismo año 1768. A los trece dias de la muerte de Clemente se reunió el conclave para darle un sucesor y entonces los Jesuitas aceleraban la eleccion creyendo que les seria favorable porque el conclave se componia de prelados italianos amigos suyos; pero Aubeterre embajador de Francia siguiendo las instrucciones de Choiseul desbarata esta trama y declara en nombre de la Francia, de España y de Nápoles que no permitira que el conclave elija Papa hasta que lleguen los cardenales españoles y franceses. El conclave se sujeta y dura tres meses durante los cuales

(1) Carta confidencial de Choiseul à Grimaldi de 24 de Junio de 1777. Es probable que Pombal y el conde de Aranda querian esperar la muerte de Clemente XIII creyendo que su sucesor se mostraria mas inclinado à esta medida.

el general de los Jesuitas Ricci no descansó un momento: sus lugar tenientes no se separan de las familias de los cardenales; úrdense mil intrigas, y el Espiritu santo no sabia sobre que cabeza reposarse, cuando he aqui que repentinamente llega á Roma el Emperador Jose II en compañia de su hermano Leopoldo de Toscana; y entonces el partido de los *Zelanti* favorable á los Jesuitas le hace el honor de introducirle en el conclave. «Esas gentes, dijo despues el emperador, « me examinaron con tanta curiosidad como si hubiese sido un « rinoceronte." José se equivocaba, lo que esas gentes querian era « ganar su proteccion ó aparentar que contaban con ella. El emperador fué tambien á visitar el *Gran Jesus*, milagro de magnífico mal gusto, como le ha llamado un escritor, y el general de la compañía aprovechó esta circunstancia para prosternarse delante de José el cual le pregunta con aire indiferente, cuando ha de cambiar de trage. Por su parte los adversarios de la negra cohorte no despreciaban ninguna medida pues el cardenal de Bernis trabajaba diestramente en el conclave, y fuera de él se cruzaban en todos sentidos las intrigas. Roma presentaba un espectáculo curioso, cual nunca lo habia vtsto desde sus emperadores; el mundo cristiano estaba en espera hasta que finalmente se supo que ya se habia elegido el Papa y que se llamaría Clemente XIV. Este es el soberano pontífice que con la abolicion de los Jesuitas habia de hacer su nombre famoso para siempre. Antes de su exaltacion se llamaba Lorenzo Ganganelli, habia nacido en S. Arcángelo el dia 31 de Octubre de 1705 de suerte que cuando fué elegido en mayo de 1769 tenia 63 años; pero su salud era robusta y parecia destinado á ocupar la silla de S. Pedro tanto tiempo como la habia ocupado este; mas sin embargo á los cinco años de su exaltacion se estaba muriendo porque entónces acababa de firmar la destruccion de los Jesuitas y una de aquellas *casualidades* de que hemos hecho mencion tantas veces se encargaba de vengar á los negros hijos de San Ignacio.

Estamos convencidos de que la exaltacion del nuevo Papa se debió en gran parte á la esperanza que dió, ó que se concibió de que él aboliría á los Jesuitas; y aun se ha dicho que le eligieron porque habia prometido á los príncipes de la casa de Borbon la caida de la compañía. El vulgo ha confundido esta promesa que

no tuvo lugar al menos de un modo positívo con una carta que realmente escribió á Carlos III en 1770, en la cual contestando á las reiteradas demandas de inmediata abolicion hechas por el rey de España Clemente XIV decía: «Yo creo que los miembros de «la Compañía de Jesus se han hecho merecedores de su ruina por «su carácter turbulento y por la audacia de sus intrigas; pero (se«gun el mismo Pontífice escribia al cardenal de Bernis) á un reli«gioso le es imposible deshacerse de su cogulla." Ganganelli hijo de una familia plebeya entró muy jóven en la órden de Franciscanos, y segun se ha dicho era cándido y ambicioso á un tiempo, y aun parece que en su exaltacion quiso tomar el nombre de Sixto VI en memoria de Sixto V, en cuya fortuna habia soñado muchas veces. Cuando fué Papa se mostró digno de su elevada posicion, y fué uno de los mas virtuosos pontífices que han ocupado la silla de san Pedro. Educado con los principios de una sana filosofía, si viviera mas tiempo acaso habria reconciliado á los pueblos con las doctrinas de la iglesia romana, reconciliando á estas con la razon. Él puso fin á la costumbre que habia en Roma de leer el dia del jueves santo la famosa bula *in Coena Domini*, que proclama la supremacia de los Papas sobre los reyes y los gefes de los pueblos; con cuya órden se indignaron en gran manera los *Zelanti* y su comitiva de fanáticos. Algunos escritores aseguran que Ganganelli suprimió esa bula insultante para los reyes á fin de disponer á los de España, Francia y Nápoles á que no le apremiaran en órden á la destruccion de los Jesuitas los cuales habian tomado una actitud que le causaba miedo. Roma estaba llena de Jesuitas; todas las casas ricas y de dignatarios eran frecuentadas por ellos; eran intendentes de los maridos, directores de las mugeres y preceptores de los hijos; hacian los honores de la mesa, y mandaban en la cocina, en la sacristia, en el teatro y en el tribunal. No era de admirar que el Papa temiese declararse en guerra abierta con un ejercito tan numeroso cuyos gefes vociferaban paladinamente que no caerian sin venganza. Choiseul se reia del terror del Papa, y Carlos III que miraba la cosa bajo otro aspecto ofrecia á Ganganelli hacer desembarcar un ejército en Civita-Vecchia. Por otra parte Clemente XIV habia tenido la desgracia de ser protegido por los Jesuitas antes de su exaltacion, y al parecer deseaba retardar

acaso indefinidamente la abolicion de la órden, y creyó que habia llegado el momento de hacerlo en 1770 en que Choiseul acababa de caer Luis XV se enfriaba visiblemennte en órden á perseguir al jesuitismo y la nueva dama del monarca frances la famosa Juana Vaubernier, llamada la condesa Dubarry protegia á los hijos de san Ignacio, cuyas piadosas plumas se ocupaban en elogiar, A la caida de Choiseul, y el favor de la Dubarry causaron á los Jesuitas una alegría estravagante, y no solo pensaban ya en volver á Francia, sino que esperaban el triunfo y meditaban venganzas. En Roma la negra cohorte se desencadena con una violencia estremada contra el Papa; los Jesuitas renuevan con mas latitud y esplendor las fantasmagorías con que procuraron herir la imaginacion del Papa y la de su sensible y credulo pueblo de suerte que segun dice un escritor católico láminas insultantes, cuadros asquerosos y amenazas públicas anunciaban al papa una catástrofe prócsima con la apariencia de una venganza providencial. Al mismo tiempo una mano oculta lanza en mitad de Roma á una labradora de Valentano, llamada Bernardina Beruzzi, que se erige en profetiza y desde la cumbre de las siete colinas de la ciudad eterna anuncia la inmediata vacante del trono pontifício. Esa muger rodeada de una multitud de pueblo afectado escribe un dia en una de las colunas del palacio pontifício estas misteriosas iniciales

P. S. S. V.

Todas las bocas romanas deletrean esas cuatro letras y preguntan su significado. Segun se dice Clemente XIV fué el primero que le encontró, y dijo con voz sorda; *Presto sará sede vacante*; Pronto vacará el trono pontificio. El terror que los hijos de san Ignacio procuraban infundir por estos medios al turbado espiritu de Ganganelli se posesionó dé él hasta tal punto que se retiró á Chastel-Gaedolfo con un fiel amigo de la infancia que era el Franciscano Francisco de cuyas únicas manos queria recibir alimento. Mientras tanto el rey de España continuaba exigiendo mas formalmente la abolicion de los Jesuitas, y en vano Ganganelli le participaba su terror, y pedia que al menos esperara la muerte del general de la órden Ricci. «Cuanto antes se arranca la raiz de la muela, mas « pronto cesa el dolor que causa», respondió friamente el conde de Floridablanca embajador de Roma. Ganganelli sobreponiendose á

sus temores promete terminar aquel negocio, y como un cohete que sirve de aviso espide un breve permitiendo á los particulares que siguen ante los tribunales competentes todos los litigos comenzados muchos años antes contra la Compañia de Jesus, y suspéndidos por autoridad superior; porque es preciso saber como cosa estraña y monstruosa que los grandes y piadosos doctores Jesuitas habian alcanzado no estar sujetos á la ley. Uno de ellos se jactaba de que la Compañia no habia perdido en Roma ni un pleito, cosa que como se ve era dificil puesto que ni aun podia pleitearse contra ellos.

Apenas Clemente XIV hubo puesto á los reverendos padres bajo la jurisdiccion de los tribunales cuando casi Roma entera fué su adversaria, Entablaronse millares de procesos, se hicieron publicas las deudas de los Jesuitas, su modo de contraerlas y de pagarlas, el despilfarro y la mala administracion de sus colegios y Seminarios y finalmente todos los desordenes del instituto. Alentado el Papa, nombró tres visitadores paraque ecsaminasen el famoso *Collegio Romano*, el cual fue el que mas en descubierto puso los desórdenes de la Compañia. Los visitadores apostólicos confiscaron sus propiedades que fueron adjudicadas á los acreedores, é hicieron depositar las alhajas en el monte de piedad, y vender en público encante la prodigiosa multitud de diversas provisiones que fueron halladas en aquella casa. Las mismas medidas se tomaron con respecto á los establecimieutos jesuíticos de Frascati y de Fivoli; nombráronse visitadores en las legaciones y el Cardenal Malvezzi arzobispo de Bolonia se mostró el primero y mas dispuesto á tratar mal á los Jesuitas, pues hizo cerrar los colegios de su diócesis, envió los alumnos á sus casas, prohibió á los reverendos padres que se dedicaran á la enseñanza, é hizo meter á muchos de ellos en la carcel. Viendo Ganganelli que estas medidas no levantaban la tempestad que él temía, apremiado mas vivamente por la España, tranquilo al observar la actitud que Roma y toda Italia conservaban despues de estas primeras hostilidades contra la negra cohorte, y á nuestro modo de ver impulsando principalmente por la firme creencia de que el jesuitismo era tan funesto á la paz de la iglesia como á la felicidad de los pueblos, decidióse á dar el último golpe que los Jesuitas creian haber detenido para mucho tiempo. Ganganelli por último firma la bula

que mandaba la secularizacion de los Jesuítas y abolia en toda la tierra la funesta Compañía. Al poner la firma al pie de este importante escrito estaba palido pero sereno, y cuando hubo firmado alzó los ojos al cielo y dijo; «Queda suprimída; no me arrepiento de « lo hecho, porque me he resuelto á ello despues de haberlo pensa- « do todo muy bien; otra vez volveria á hacerlo, pero esta supre- « sion me costará la vida». Todos los escritores fidedignos refieren estas palabras de Ganganelli.

El dia 21 de Julio de 1773 se proclamó el breve *Dominus ac Redemptor* que anunciaba al mundo cristiano que los Jesuitas ya no ecsistian. Justo es que demos á nuestros lectores al ménos un resumen de ese célebre é importante escrito. En él recuerda Clemente XIV que en el cuarto concilio general de Latran Inocencio III prohibió aumentar las órdenes religiosas cuyo número escesivo, segun la espresion de aquel pontífice, era causa de considerables disturbios en la iglesia de Dios; que Gregorio X confirmó la prohibicion de Inocencio III; que Clemente V, Pio V, Urbano VIII; Inocencio X y Clemente IX suprimieron órdenes religiosas. Llegando á los Jesuitas asegura el breve que muchos Papas han tratado infructuosamente, y en diferentes epocas para corregir los abusos y desórdenes que esos religiosos cometian en diferentes partes del mundo como tambien el trastorno que introdujeron en el culto y la perniciosa moral que profesaban: y concluia con estas palabras: « Despues de haber usado de tantos medios tan necesa- « rios, ausiliados como creemos estarlo por la presencia y la inspi- « racion del Espíritu Santo; obligados ademas por el deber de « nuestra posicion que nos impulsa esencialmente á procurar man- « tener y afirmar con todo nuestro poder el reposo y la tranquili- « dad del pueblo cristiano, á estirpar enteramente todo lo que pu- « diera causarle el menor daño; habiendo ademas reconocido que es « absolutamente imposible que la iglesia goce verdadera y sólida « paz mientras subista esta orden; impulsados tambien por otros « motivos que en nuestro corazon reservamos, despues de un madu- « ro examen suprimimos y abolimos la Compañia de Jesus. Anulamos « y abrogamos todos y cada uno de sus oficios, funciones, adminis- « traciones, escuelas colegios, retiros, hospicios y cualesquiera otros « lugares que le pertenezcan de cualquier modo que sea en cualquier

« provincia, reino ó estado en que se halle; todos sus estatutos, « costumbres, decretos y constituciones aun los que esten confirma- « dos por juramentos y por aprobacion de la Santa Sede ó de cual- « quier otro modo. Por lo mismo declaramos nula para siempre y « enteramente extingida toda especie de autoridad ya espiritual ya « temporal del General, de los Provinciales, de los Visitadores y « otros superiores de esta Compañia.

« Dado en Roma el dia 21 de Julio de 1772 en el quinto año « de nuestro pontificado». A. Card. Negroni.

Inmediatamente despues de la promulgacion de este Breve los prelados Macedonio y Alfano se presentaron en la casa profesa de Jesus, y otros delegados del Papa fueron á varios establecimientos jesuíticos. Toda la guardia pontificia estaba sobre las armas; soldados corzos escoltaban á los prelados visitadores, y con órden suya se apoderaban de las casas de la Compañia en nombre de Clemente XIV. Los jesuitas congregados oyeron la lectura del Breve que les fué hecha por un notario, pusieron sellos en todas partes, todo quedó custodiado por tropa, y el dia siguiente 22 de julio se cerraron las clases de los jesuitas y los capuchinos pasaron á servir sus iglesias. En el mismo dia el General Lorenzo Ricci fué trasladado con buena escolta desde la casa profesa al colegio de los Ingleses, y allí se le pusieron centinelas de vista sin dejarle mas que un lego para servirle y habiendole hecho vestirse como un simple clérigo, desde luego se le formó causa y hubo de comparecer ante una comision que le mandó confesar y reconocer sus yerros y los de la compañia, y descubrir la existencia de los tesoros que hubiese podido sustraer al embargo mandado por la santa Sede. Ricci se defendió muy bien, protestando siempre de su inocencia y de la de la Compañia, y unicamente confesó haber tenido relaciones secretas con el rey de Prusia: negó formalmente haber ocultado ó puesto en ningun punto cantidad alguna de dinero. El negocio se iba prolongando que era acaso lo que el Papa deseaba; pero no obstante Ricci fué trasladado al castillo Santangelo en donde le trataron con mucho rigor. Parece cierto que los comisionados á quienes se encargó la instruccion del proceso del General hubieran podido procurarse grandes pruebas de culpabilidad contra el acusado, pero Ganganelli no lo permitió, como positivamente lo declara el Cardenal de Bernis en

su comunicacion al duque de Aquillon de 9 de marzo de 1774. Mientras tanto Ganganelli miraba azorado en rededor suyo escuchando si oia estallar el rayo que juzgaba suspendido sobre su cabeza desde el dia en que firmó el Breve. En todas partes reinaba una calma tan profunda que le estremecia. Los transverinos, que eran el populacho mas turbulento y fanático del mundo tranquilizaron á Clemente saludándole con grandes aclamaciones la primera vez que se presentó en público. Es verdad que Nápoles acababa de restituir á la santa Sede Benevento, y la Francia Avignon, y que merced á las autoridades pontificias habian procurado preparar el entusiasmo facilitando víveres y procesiones al pueblo romano, que nunca piensa en revueltas mientras tiene esos dos objetos de sus pasiones que han reemplazado el pan y los juegos del circo (*panem A circenses*) de sus antepasados. Así es que bien pronto fué sufocada una tentativa de sedicion que cualquiera adivina por quien fué prometida. La paz parecia asegurada: la medida adoptada por el Papa en ninguna parte hallaba una resistencia formal; todos creian que el jesuitismo considerado por mucho tiempo como una de esas masas graníticas que solo la pólvora puede conmover trastornando desde lejos el suelo en que reposa, no era mas que una de esas bóvedas carcomidas que se mantienen en pié gracias á no se sabe qué, y que se vienen abajo al quitarles una sola piedra. Ganganelli tranquilo recobraba su alegria su salud parecia robusta; todos los dias iba á la iglesia, se presentaba en público en las ceremonias, ó recibia á los representantes de diversas potencias. «Un dia, refiere el «cardenal de Bernis, Clemente se trasladaba á la iglesia de la Miner-«va, seguido del sacro colegio y de todos los prelados, cuando de «repente comienza una lluvia deshecha. Los cardenales, los Mon-«señores la tropa de Caballeria ligera todos se dispersan y buscan «un abrigo, y solo el Papa continua la marcha riendo con muy «buen humor y en medio de los aplausos del público;» mas en la tarde del mismo dia, á la luz de los últimos relámpagos de la tempestad que habia bañado á su escolta podia el Papa leer por la larga ruta que seguia las misteriosas iniciales que anunciaban su fin cercano la bruja de valentano repetia sus vaticinios y el Papa que nunca habia estado mas bueno, y que no tenia mas que 68 años oia murmurar cerca de si y por bocas invisibles: *Presto sará Sede*

vacante. El rumor de la prócsima muerte del Papa fué cundiendo entre el pueblo y tomandose por anuncio tan cierto como la vista de las golondrinas lo es de la vuelta de la primavera. A pesar de esto transcurren ocho meses sin que Ganganelli esperimente la menor novedad, y comienza á renacer la confianza cuando un dia de la Semana Santa de 1774 se cierran de repente las puertas del palacio pontificio y se niega la entrada hasta á los ministros de las mas grandes potencias. Inquietase Roma, propáganse muchos rumores y en medio del silencio de la noche óyense á veces estas palabras cual ironicamente lanzadas á la ciudad eterna: orad por el Papa que se esta muriendo. Entonces aparecen con mas asiduidad las fatales letras P. S. S. V. y segun dicen hasta se ven escritas en la alcoba del santo Padre.

Cinco meses mas tarde, esto es, en 17 de agosto este recibió al Sacro Colegio y al cuerpo diplomático, y á la vista de Clemente XIV retrocedieron cuantos iban á visitarle cual si se les hubiese presentado un espectro. Ganganelli no era mas que un asqueroso esqueleto, en el cual no habia otra señal de vida que la estraordinaria animacion de los ojos profundamente metidos en las órbitas.

Un dia de Semana Santa levantábase Ganganelli de la mesa despues de haber comido frugalmente, pero con apetito, cuando de repente nota en la region del estómago una estraña desazon á que sigue un grandisimo frio que se renueva con intermitencias de terrible calor. «Estoy envenenado». Tal fué la primera idea del desdichado pontifice, perseguido por el temor de la venganza jesuítica, y por el recuerdo de lo que ellos habian hecho en esta materia. Mas como el mal del Papa disminuia, Clemente lo atribuyó á una mala digestion; pero bien pronto se presentan con rapidéz nuevos y mas terribles síntomas, declaranse violentos vómitos, se siente desgarrar las entrañas y luego esperimenta dolores acerbos en la region intestinal. Acude á contravenenos y no toma cosa alguna que no esté preparada por su misma mano. Pero ya era tarde; el mal se desarrolla con una prontitud espantosa: la voz antes sonora se debilita y enronquece; las piernas no pueden sostener el peso de su cuerpo; se repiten los vómitos con el calor y los dolores crueles; el sueño que siempre habia sido profundo ahora es febril é interrumpido; los sufrimientos se hacen intolerables, no hay un momento de reposo, se presenta

una postracion que era ya absoluta, se declara una disolucion anticipada y hasta la razon vacila y se estingue. Desde entonces el infeliz Ganganelli no tiene ante los ojos mas que visiones de puñales amenazadores, ó de copas llenas de venenos: cuando la calentura le da alguna fuerza agita con violencia las manos con las cuales parece que quiere rechazar objetos aterrorizadores, á los cuales grita con voz ronca. Perdon: perdon (1). Este horrible tormento duró mas de diez meses, hasta que el Papa murió en 22 de setiembre de 1774. En la agonia recobró todas sus facultades intelectuales y quiso hablar; mas entonces un fraile que estaba en la cabecera de su cama se inclinó hasta el oido del moribundo, murmuró algunas palabras que no fueron oidas de nadie, y la voz quedó helada juntamente con la vida en los labios de Clemente XIV.

Muchas veces se ha discutido la duda de si Clemente murió envenenado, y creemos poder decir que si, como lo han dicho un crecido número de buenos y graves autores no menos que buenos cristianos y católicos fieles.

Si, Ganganelli murió envanenado. El cardenal de Bernis que vió muchas veces al Papa durante su enfermedad, declara formalmente que la muerte del Pontífice no le pareció natural, y de esa muerte escribió una *Relacion* que se ha perdido casualmente ó adrede. Es constante que la enfermedad del Papa ofreció todos los síntomas de un envenenamiento. Tambien se ha probado que el cadaver presentó los mismos caracteres; como son manchas violaceas en el cuerpo, labios negros, descomposicion prematura, y que fué tal despues de la muerte, que por mas que se embalsamó, ó por mejor decir se llenó el cuerpo de perfumes; sus exalaciones eran intolerables. El vaso que contenia las entrañas se rompió al punto, el corazon habia disminuido estraordinariamente de volumen, y los músculos de la region lombar estaban pestrefactos: finalmente los huesos se deshojaban: la piel saltaba con los vestidos, las uñas se caian al menor contacto y todos los cabellos quedaron pegados á la almohada en que descansaba la cabeza. En Roma no se vaciló un punto: en de-

(1) Es notable que Ganganelli perseguido por tales terrores, enfermo y agonizante no hiciese retractacion alguna. Solo de tiempo en tiempo para alejar á sus enemigos imaginarios que eran sombras de sus enemigos verdaderos, esclamaba «No he obrado con absoluta espontaneidad»,



Muerte de Clemente XIV

cirlo de un modo esplicito, de modo que por las calles se gritaba „el Papa ha muerto por el *agua tofana.*

Si, el Papa Clemente XIV murió envenenado: ¿y quien le dió el veneno? A esta pregunta hecha mil veces por la historia, han respondido mil ecos: « la misma mano que tantas veces desemba-« razó á la negra Compañía de un enemigo, de un vencedor ó de un « estorbo » Ganganelli murió envenenado al punto que firmó el Breve de destruccion de los Jesuitas: esta es nuestra conviccion; es la de la mayor parte de los historiadores y fué la de la época. Lo que nos admira es que Ganganelli no hubiese sido envenenado antes de firmar el Breve que hacia desaparecer á la famosa Compañía del seno de las naciones. « Las infames sátiras derramadas por los *ene-« migos* del Papa, dice el conde de Saint-Priest, y su indecente « alegría confirmaron la general creencia de envenenamiento que « ellos no trataron de desmentir mas adelante. „ En efecto los Jesuitas, sus amigos, y sus aliados negaron que el Papa hubiese muerto envenenado cuando vieron que todo el mundo se lo achacaba á ellos. El abate Georgel que era uno de la pléyade procura probarnos que Ganganelli se habia vuelto débil é impotente; pero desgraciadamente para la hipótesis que quiere que se admita, incurriendo el ex-jesuitismo en una inconcebible distraccion, hace en la página 160 del tomo 1° de sus *Memorias* esta confesion contradictoria: «La robusta constitucion de Clemente XIV parecia pro-« meterle mas larga vida.» Los escritores jesuitas han emporcado mucho papel para manifestar que el temor de un veneno fué lo que causó la muerte de Ganganelli. Es verdad que el terror harto fundado que asaltó el alma del Papa era capaz de minar su robusta existencia, de quitarle la razon y hasta de conducirlo al cadalso; mas no pudo ser el temor de un veneno el que hizo caer los cabellos y las uñas del Papa, el que cubrió su cuerpo de manchas violaceas, y el que por una disolucion anticipada hizo caer su carne á pestilentes trozos. Por otra parte aunque no hubiese habido mas causa de la muerte de Ganganelli que los terrores que cual un fúnebre cortejo rodeaban la mesa y el lecho del Papa, y que convirtieron el último año de su pontificado en una infernal agonia, tambien entonces diriamos que los Jesuitas hicieron morir á Clemente XIV: y sino ¿quien era el que dispertaba esos terrores

con tanta destreza y perseverancia, quien sino los Jesuitas? Para sostener esta acusacion subrogatória tenemos muchas pruebas y una de ellas es la carta del conde de Florida blanca ministro de Carlos III que nunca abandonó en Roma el negocio de la abolicion de la Compañía. Hemos dicho que entre los medios fantasmagóricos en virtud de los cuales los Jesuitas obraron por miedo en el ánimo de Clemente XIV debe contarse el de la bruja de Valentano, cuyo poder diabólico atestiguan muchos escritos de su tiempo. Florida blanca pues dice formalmente, como lo dicen muchos otros, que el general de los Jesuitas el padre Lorenzo Ricci tuvo una entrevista con la bruja; fija el dia y el lugar de la cita, que puede parecer decisiva con relacion á lo que discutimos en este momento. Es digno de notarse que Florida blanca recuerda este hecho importante en una carta al Papa Pio VI, y Pio VI que estuvo siempre prevenido en favor de los Jesuitas, y que quiso llamarlos otra vez, en la respuesta dada al ministro de Carlos III escrita en febrero de 1775, no niega ni refuta este hecho que por lo mismo puede definitivamente considerarse como documento unido al proceso. Cuando Ganganelli firmó la destruccion de los Jesuitas, su órden ya no ecsistia sino de hecho en la mayor parte de la tierra. Espulsados de la China, del Japon, del Indostan, del Paraguay, de Francia, de Portugal, de España, de Nápoles, del Ducado de Parma, de Baviera, de Venecia y de Malta; ya no conservaban establecimientos sino en Hungría, en Polonia y en Prusia. Debe notarse que el célebre Federico II rey de este país fué el último soberano que protegió entonces á los hijos de Loyola; y no porque Federico II fuese amigo de los Jesuitas, pues lo era de Voltaire y de los enciclopédicos, era gefe de un estado protestante, él mismo era protestante y era rey filósofo; pero aquel gran capitan, aquel monarca fundador pensó acaso que protegiendo á los Jesuitas se procuraba una poderosa palanca de la cual podia servirse contra los monarcas católicos. Tambien se ha dicho que el gran Federico conservó en Prusia á los reverendos padres porque los necesitaba para instruir á la juventud de aquel reino, que gracias á su genio y á su espada acababa de colocar en el primer rango de las potencias de Europa. El rey de Prusia no siempre se habia mostrado favorable á los Jesuitas, pues mas de una vez, y

singularmente durante la guerra de siete años les vituperó grandes y terribles perfidias. He aquí como el monarca esplica la conservacion de los Jesuitas en sus estados, aun despues de haberlos abolido el Papa: ,, Entonces no teniamos persona alguna capaz de de-
«sempeñar una cátedra, ni teniamos padres del oratorio ni de otra
«clase alguna, y los demas frailes eran sumamente ignorantes: era
«preciso pues conservar á los Jesuitas, ó bien cerrar las clases.
«Si se suprimiera la órden la Universidad no hubiera ecsistido, y
«habria sido necesario enviar á los Silesios á estudiar á Bohemia
«lo cual fuera contrario á los principios fundamentales del gobier-
«no. Estas poderosas razones me han convertido en paladin de la
«órden, y he peleado tan bien, que con algunas modificaciones la
«he sostenido tal como se encuentra hoy sin general, sin tercer
«voto, y con nuevo uniforme que el Papa le ha concedido. (Carta
«de Federico á Voltaire de fecha 18 de noviembre de 1777) »

Segun nuestro sentir victoriosamente confirmado por esta carta la proteccion que Federico concedió á los jesuitas fue sobre todo debida á una mira política, mas esa misma proteccion que hemos mentado á propósito prueba que los adversarios de la Compañia de Jesus no fueron impulsados como lo aseguran sus corifeos por el odio á la religion católica, y si al fin se la hechó abajo no fué cual ellos lo sostienen imperturbablemente porque fuese el último baluarte colocado entre la impiedad y la silla de San Pedro. A ser asi era imposible que la Prusia y mas tarde la Rusia paises de herejes y de cismáticos hubiesen acojido los restos del jesuitismo y por otra parte es digno de notarse que los que pidieron y ecsigieron la abolicion de la órden fueron los reyes católicos hijos primogénitos de la iglesia. Choisuel, Pombal (1) y el Conde Aranda ministros de Francia, Portugal y España, que fueron los mas decididos y perseverantes adversarios de los jesuitas eran católicos como sus amos, y nunca se les acusó de filósofos ni de enciclopédicos. Tambien es digno de notarse que

(1) Acaso nuestros lectores desean saber como acabó ese implacable adversario de los jesuitas. En 1777 ocho dias despues de la muerte de José I, que sostuvo siempre à su ministro Pombal, à quien la reina no amaba porque la soplantò en el animo de su esposo fué destituido, preso juzgado y sentenciado à muerte, mas esta sentencia arrancada por el ascendiente de la reina probablemente tambien por el odio de los jesuitas y de sus amigos, solo fue ejecutada à medias pues se perdono la vida á Pombal, y muriò en un destierro y en medio de la oscuridad de la desgracia.

Pombal, que fué de los tres el justador mas terrible no tuvo nunca la menor relacion con Voltaire, d' Alembert ni con ningun otro de los gefes del gran movimiento filosófico de la época. Ya que hemos escrito las voces de filósofos y enciclopédicos debemos decir que este nuevo poder que tan eficazmente habia de obrar sobre los tiempos venideros, no tuvo mas que un influjo indirecto en la caida de los jesuitas de quienes fueron discípulos muchos de los gefes mas principales. Es preciso notar que el mismo ministro que tan eficazmente perseguia en Francia á la negra cohorte hizo despedazar y quemar por mano del verdugo de Paris juntamente con la partoral de su arzobispo Cristobal de Beaumont que se habia hecho campeon de los hijos de San Ignacio el *Emilio de Roussau y la Enciclopedia.* Si esceptua al arzobispo de París el clero de Francia aceptó con mucha tranquilidad la abolicion de los jesuitas, por cuyo motivo cuando el inteligente y animoso ministro Mr. Villemain presentó su proyecto de ley sobre la instruccion secundaria á la Cámara de los Pares en 2 de febrero de 1844 dijo muy bien que cuando en 1762 la Compañía de Jesus fue disuelta tenia en las diversas provincias del reino 124 Colegios, la mayor parte ricos é importantes y que sin embargo no se alzó para defenderla la voz de ningun hombre acreditado. Lejos de esto muchas voces hasta del mismo clero aplaudieron la medida y algunas de ellas fijándose en la pregunta: *¿hay algun remedio para los males de la iglesia?* (1) sostuvieron con mas ó menos tino y con mas ó menos audacia la siguiente proposicion: «Los jesuitas han pervertido, corrompido y desfigurado la doctri-«na de la iglesia en todos los puntos; han proporcionado armas á «los incredulos para combatir la religion y finalmente ellos han re-«ducido al clero de Francia al deplorable estado en que se encuen-«tra»

Lo mismo sucedió en todo el mundo católico, pues los jesuitas habian gravitado muy pesadamente sobre el clero y sobre las otras órdenes religiosas en todos los puntos en que fueron poderosos, paraque todas ellas no se alegraran de su desaparicion: los demas hombres dejaron que esa alegria se manifestara libremente, y des-

(1) Tal es el titulo de una obra publicada en 1776 por un obispo. La respuesta que citamos forma textualmente los titulos de los capitulos de un libro impreso en 1778. El ejemplar que poseemos ha pertenecido à la biblioteca de una comunídad religiosa! pues en la portada se leen estas palabras manuscritas *Del cuarto de lá madre priora.*

pues de la desaparicion de los Jesuitas pareció que toda la tierra lanzase un gran suspiro de alijeramiento y de esperanza. El jesuitismo no ecsistia ya, pero aun ecsistian los Jesuitas que habian conseguido salvar una parte de sus inmensos tesoros, y juzgaban que con ese dinero podrian contar siempre con su influjo. Es verdad que sus cien mil soldados habian cambiado de uniforme y no estaban regimentados, pero los cuadros de los negros regimientos ecsistian aun; y cuando se presentara una oportunidad marcharian con la precision de veteranos hácia el punto que debiese tomarse por asalto. Es tan cierto que los Jesuitas por mas que fuesen sacerdotes y religiosos, por mas que se llamaran y se llamen todavia el batallon sagrado del catolicismo, no se juzgaron nunca obligados á admitir la sentencia pontificia que los condenaba, como que poco despues de la promulgacion de la bula trataron de sustraerse de sus efectos. Comenzaron por acreditar el rumor de que le habia sido arrancada al Pontífice por el ardid y por la fuerza. A solicitud de los representantes de la casa de Borbon fué preciso que Clemente XIV proclamase un Breve esplicando la bula *Dominus ac Redemptor*, en el cual protesta que insiste en los mismos motivos que produjeron la bula, que segun él mismo dice, no publicó sino consultando los intereses de la iglesia, y cuya ejecucion recomienda á los obispos. Habemos dicho que los Jesuitas sostenidos ya por el Delfin y por la familia real habian ademas convertido en amiga y protectora suya á madama Dubarry (1). contando con que el ascendiente de esta muger sobre el ánimo de Luis XV disminuiria á lo menos los rigores de que eran víctimas en Francia; pero sus esperanzas salieron fallidas porque los parlamentos velaron por la estricta observancia de los edictos hechos contra los Jesuitas, y la misma nacion se encargó de indicar sus infracciones. La muerte de Luis XV que por un instante les hizo concebir la esperanza de recobrar en Francia su poder antiguo y la subida al ministerio del Conde de Saint-Germain ex-Jesuita no tuvieron influjo alguno positivo en la suerte de la Compañia; pues

(1) Esta real prostituta alcanzó en premio los elogios de los Jesuitas, cuyos elogios sin duda contribuyeron al rigor de la sentencia que en el principio de la revolucion llevó à la Dubarry al cadalso. *Timeo Danaos et dona ferentes*. Son temibles los Jesuitas y hasta lo son sus elogios.

al ver la actitud que tomaron el Parlamento y la nacion entera, juzgó la corte que no era venido el instante de declararse en favor de los Jesuitas, tanto que Luis XVI se vió precisado á renovar el edicto de Luis XV contra los reverendos padres.

Lo que caracteriza perfectamente á los hijos de San Ignacio es, que habiendo el Papa retirado las licencias de predicar y administrar los sacramentos á todos los ex-Jesuitas que no obedeciesen su decision, los buenos padres que hallaron acogida en Rusia y Prusia no hicieron el menor caso de semejante órden, y llevaron muy allá su desobediencia hácia el santo Padre que no se atrevió á herirlos con los rayos apostólicos para no malquistarse con aquellos dos monarcas que si bien hereje el uno, y cismático el otro, parecian proteger los restos de la negra cohorte. En 1777 los Jesuitas habian pensado pedir á su cofrade el Conde de Saint-Germain la creacion de un Seminario de capellanes para el ejército, en cuyo Seminario sin duda hubieran hecho hincapié para estenderse de nuevo por toda la Francia; pero esta mecha no pegó, y al oir el grito de alarma general hubo de retirarse la órden del ministerio. Otras intrigas se urdieron para restablecer á los Jesuitas en todo ó en parte, y oculta ó abiertamente; pero todas se estrellaron en medio de ese ajitado mar sobre el cual se sentian ya los primeros soplos de la gran tempestad revolucionaria que á un tiempo habia de sumergir tantos restos diferentes.

CAPITULO VII.

Los Padres de la fé. Los Jesuitas y la Universidad. Resumen General.

Epoca moderna.

Hombres negros, ¿de donde salís? Estas palabras célebres ya desde que nuestro poeta nacional ha encabezado con ellas una de sus odas populares, fueron un grito de alarma, arrojado por casi toda Europa en los primeros años del siglo que corre; y las razones porque desde entonces, bajo este, ó aquel disfraz, los hijos de San Ignacio rechazados por los pueblos y por los reyes, condenados por la razon y por la iglesia pero siempre ecsistentes y siempre unidos, se mostraron dispuestos á comenzar otra lucha cuyo desenlace veremos.

Desde el momento en que los Jesuitas conocieron que nunca podrian reducir á Ganganelli á que revocase la sentencia suprema dictada desde la Silla de S. Pedro contra la órden de los Jesuitas, casi todos estos, cuando se hubo calmado el primer calor de su rabia, procuraron manifestarse humildemente resignados al golpe que acababa de herirlos. Viendo que si se obstinaban corrian riesgo de perderlo todo, apelaron á su táctica y desaparecieron como la pantera que retrocede, se repliega sobre si misma y se oculta

en la sombra para saltar y lanzarse mas vigorosamente de improviso. Hemos dicho que en Silesia y en la Rusia blanca, los Jesuitas establecidos allí y los que fueron á reunirseles continuaron llamándose Jesuitas y obrando como tales á pesar de la bula *Dominus ac redemptor.* Fácil es comprender las razones porque los hijos de Loyola se empeñaron en conservar ese núcleo de la órden y ese lugar de refugio; sin embargo de lo cual no atreviéndose á poner al frente de aquella representacion de la Compañia un gefe revestido con el proscrito título de general, se contentaron con el de Vicario general que obtuvieron unos tras otros tres padres colocados á la cabeza de la mision jesuítica de Rusia. Sino para engañar al Papa al menos para evitar que hiciese presa en ellos, los Jesuitas de Rusia y sus cofrades de Roma representaron una escelente comedia. Los reverendos de Italia que se habian sometido ó aparentado someterse al Breve de secularizacion, y con quienes Clemente XIV se quejaba de la desobediencia de los padres de Rusia, reprobaron la conducta de estos, y prometieron hacer todo lo posible para que cesase de escandalizar á la iglesia. Al mismo tiempo los Jesuitas de Rusia que se veían rechazados por los católicos del imperio moscovita, aseguraron al Papa de su obediencia y declararon con mucho ruido que iban á sujetarse á la secularizacion. Entonces Catalina representando tambien su papel declara oponerse á la ejecucion de la medida. Los Jesuitas sujetan esta embarazosa cuestion al Papa con la seguridad de que no se atreverá á solventar la dificultad á fin de no malquistarse con la emperatriz. Mientras tanto muere envenenado Clemente XIV (1). Los Jesuitas ó sus amigos le hacian nombrar un sucesor bien dispuesto á favor de la Compañia, porque segun se dice aseguró en el conclave que la restableceria en el ins-

(1) No queremos decir que los Jesuitas mantuvieran en las tinieblas de su asociacion esbirros de sotana ni sicarios fanatizados para lanzarlos en el momento oportuno contra la victima señalada; no: sabemos que han ecsistido, ecsisten y ecsistirán siempre miserables envenenadores, asesinos y locos furiosos en todas las clases de la sociedad; pero no muchos mas entre los Jesuitas que en otras partes. Lo que pensamos es que cuando los Jesuitas como predicadores ó moralistas habian exaltado algun cérebro enfermo, ó algun sombrio fanático, como confesores podian y debian oir muchas veces sus sangrientas revelaciones. Preguntamos ahora si en el confesonario hacian ellos cuanto podian para calmar los pensamientos de muerte y las ideas de crimen, ¿Reprobando el atentado no encontraban ellos el medio de impulsar hácia él? Es horrible decir esto, pero el libro de la historia está abierto y sus páginas gritan mas de lo que puede hacerlo nuestra voz.

tante que pudiese. Parece cierto que la faccion de Renozzico que colocó en el solio pontificio á Pio VI lo eligió con la seguridad de que estaba muy dispuesto á favor del jesuitismo proscrito. Pero Pio VI á pesar de su voluntad no se atrevió á chocar con la resistencia que habia en las cortes que procuraron la abolicion de la Compañia y se mostraron resueltas á oponerse vigorosamente á que el nuevo Papa deshiciera la obra de su predecesor, y entonces recurrió al ardid italiano pues no atreviendose á encender con su diestra soberana el hogar del jesuitismo en Italia y en resto del mundo católico, procuró á lo menos que durase y se aumentara la chispa que brillaba aun en Rusia y en Prusia. Le contentó pues aunque con mucho disimulo con reconocer la ecsistencia de los Jesuitas de Silecia y de la Rusia blanca; y el Breve espedido con este motivo estaba á propósito lleno de ambigüedades, sin embargo de lo cual los padres de Moscovia se valieron de él para fundar bajo los auspicios de una princesa no Católica un noviciado de Jesuitas. Este resultado parece que fué debido al célebre Potemkin, favorito y amante de la emperatriz. Es notable tambien que el obispo de Mohilow que los habia protegido porque esperaba que, le nombrasen general de la Compañía, fué burlado por ellos y no se apaciguó hasta que los Jesuitas lograron que el Papa erigiera su obispado en arzobispado. Desde entonces los Jesuitas prepararon los cuadros de su renaciente instituto. El padre Czerniewiez que fué el primer vicario general de la mision ó mas bien de la estacion moscovita, admite novicios, forma estudiantes, recibe profesos de tres y cuatro votos, crea procuradores y procuras, y lo que es mas significativo asistentes y un amonestador del futuro General. Es mas probable que creó esos asistentes y ese amonestador para si mismo considerándose como general, y acaso dándose en secreto este título. Todo ello se hizo con el ausilio de Catalina de Rusia, princesa muy adicta á una religion que la iglesia de Roma reprueba como cismática y se hizo cuando ecsistia una bula del Papa aboliendo y secularizando á los Jesuitas. Segun dicen los escritores de la famosa Compañia, Pio VI habia prometido verbalmente anular por medio de un Breve el Breve de su predecesor, y aunque lo creamos así nos parece que hombres católicos tan fieles, obedientes y adictos como nos representan

á los reverendos hijos de Loyola debian obedecer la palabra escrita de Clemente XIV con preferencia á la palabra pronunciada de Pio VI. Seria mucho mas sencillo decir que los Jesuitas se burlaban de la una lo mismo que de la otra, y que á despecho de la primera y en defecto de la segunda, estaban bien resueltos á no dejarse enterrar mientras no se sintiesen absolutamente muertos. Se necesita mas que los rayos pontificios para matar al jesuitismo, que tanto vale como decir la organizacion acaso mas vivaz qne hay en el mundo. Pio VI murió sin haber podido hacer mas por los Jesuitas, y aunque Pio VII desde su advenimiento y segun todas las probabilidades ya antes de él se mostró amigo de San Ignacio y de su gente, la gigantesca corriente revolucionaria que amenazaba todos los tronos de Europa y obligaba á todos los intereses políticos á que se concentrasen en si mismos, imposibilitó al Papa de dar muchos ausilios á los Jesuitas. A pesar de ello ese Papa hizo dar el primer paso al renaciente Jesuitismo confirmando una nueva fase de su existencia que se anunció con el título de *Asociation du Sacre-Cœur.* Los sacerdotes y religiosos franceses, emigrados ó deportados, y entre ellos el abate Broglie hijo del mariscal Broglie; miembro de una familia siempre adicta á los Jesuitas fueron los fundadores de esa Asociacion en Hagenbrun cerca de Viena, con la proteccion del cardenal Migazzi arzobispo de aquella capital. La archiduquesa Ana hermana del emperador pagó los gastos de aquel establecimiento verdadera mision Jesuítica, puesto que se hacian en él los mismos votos de la Compañia. Hácia la misma época á poca diferencia, esto es, á fines de 1798 se hacia en Italia otra tentativa para restaurar el jesuitismo. Allí una especie de Aventurero Tirolés, llamado Paccarini, soldado veterano y Jesuita bisoño, consagró sus belicosos instintos á la batalla que sostenia el jesuitismo para renacer abiertamente y hacer proclamar y reconocer su ecsistencia. Paccarini fundó otra institucion cuyos miembros tomaron el título de *Padres de la fé.* La hermana del emperador Francisco II devota exaltada y consagrada al parecer á los intereses del jesuitismo pagó tambien los gastos de esta nueva Institucion declarándose su protectora y alcanzando la aprobacion del Papa (1). En 18 de abril 1799 las dos asociaciones se refundieron

(1) Parece que Paccarini queria como ambicioso ser el gefe de la Compañía que trataba de organizar.

en una que procuró crecer y transformarse paso á paso en Compañia de Jesús. Desgraciadamente para los *Padres de la fé* los ejércitos franceses con marcha triunfal paseaban entonces su estandarte tricolor por Alemania y por Italia , y no obstante la bandera de Loyola medio desplegada procuró ingerirse en los batallones cantando el himmo de libertad : de suerte que llegaron á organizarse dos misiones , la una de ellas en Inglaterra dirigida por el abate de Broglie. Cualquiera comprende que entonces la Inglaterra al paso que detestaba á los Jesuitas deseaba servirse de ellos contra la república francesa, y sin duda los Jesuitas prometian ausiliarla para encadenar el leon que habia tirado el bozal y que saltaba con libertad y fuerza. El abate de Broglie forma un establecimiento cerca de Londres; pero esa mision no cuajó al parecer porque los antiguos Jesuitas no quisieron ó no pudieron entenderse con los nuevos.

La segunda mision estaba destinada á Francia y Paccarini debia ser su gefe. El primer cónsul Bonaparte que como se sabe queria restablecer la religion cristiana en los paises de que pensaba hacerse emperador , no se opuso á los progresos de la mision jesuítica que fueron aumentándose; de suerte que en 1804 segun la relacion del ministro de cultos, la colonia de los nuevos Jesuitas ya tenia establecimientos importantes en Lyon, Amiens , y en otras ciudades, el número de sus individuos solamente en Francia era de cerca de ciento, é iba aumentándose diariamente ; pero Napoleon que á los pocos dias de ser emperador quiso sinceramente el restablecimiento de la religion cristiana , sospechó no obstante de las piadosas intenciones de los *Padres de la fè* y desconfió de sus intentos políticos, por cuyo motivo con decreto de 22 de julio de 1804 declaró disuelta su asociacion. El decreto imperial fué perfectamente justo, y los que lo declaran tiránico no tienen la menor nocion del derecho político y de gobierno. En el dicho decreto despues de decirse que ninguna asociacion puede hacerse sin permiso del poder establecido, que es el único que tiene derecho de recibir en el estado, ó rechazar una órden cualquiera ; que la recepcion supone necesariamente el exámen de las condiciones segun las cuales esa órden se liga al Estado y segun las cuales el Estado le recibe y le protege ; como tambien supone que el gobierno conoce la forma

y constitucion de la órden lo cual da garantías al Estado; despues de recordar por fin que en todos los Estados católicos se sienta como principio incontestable la necesidad del consentimiento de la autoridad civil, el ministro de cultos Portalís concluye que habiendose formado en Francia la nueva asociacion sin conocimiento del poder constituido esto bastaria para que se decretara su disolucion. «De hecho, decia el ministro, los *Padres de la* «*fè* no son mas que Jesuitas disfrazados, siguen el instituto de los «antiguos Jesuitas, y profesan sus mismas máximas; por lo cual «su existencia es incompatible con los principios de la iglesia an-«glicana como tambien con el derecho público nacional. No pue-«de hacerse revivir una asociacion disuelta en toda la cristiandad «sino por medio de una ordenanza de los monarcas católicos, y por «una bula del gefe de la iglesia.»

Con su fuerza de intuicion comprendió el emperador que no podia esperar tranquilidad en el gobierno del imperio si permitia que los Jesuitas echasen raices en el suelo de donde habian sido lanzados tantas veces. Acaso la muerte trágica del emperador Pablo I monarca cismático que queria restablecer los caballeros de Malta, que protegia abiertamente á los Jesuitas, y que hacia nombrar á Pio VII porque era amigo de la Compañía, esa muerte decimos, acaso fué un documento de enseñanza de que se aprovechó Napoleon, quien sabia el peligro que hay asi para un rey como para un pueblo en hallarse dentro de la esfera de actividad del jesuitismo. El decreto imperial que acababa en Francia la existencia legal de los *Padres de la fé* hizo cerrar todos los establecimientos que tenian, esceptuando los de la diócesis de Lyon en donde subsistieron todavia algun tiempo, gracias á la proteccion que les concedió su arzobispado el cardenal Fesch, primado de las Galias y tio de Napoleon; mas como Pio VII en el año 1801 poco despues de su exaltacion hubiese confirmado de nuevo y mas abiertamente los Jesuitas de Rusia, los *Padres de la fè* salieron de Francia, Inglaterra y Alemania, y reunidos á sus cofrades los Jesuitas antiguos, declararon que no formaban mas que un todo, del cual fué nombrado general el P. Gruber, porque el Breve de Pio VII de 7 de marzo de 1801 que lleva por título *De Catolicæ Fidei* restablecia la Compañía de Jesus. Diez y seis dias despues Pablo I que

habia servido mucho á los Jesuitas en aquel lance, moria á los golpes de una conspiracion tramada en su palacio.

Aunque solo fueron restablecidos en el imperio moscovita no por esto dejaron los Jesuitas de presentarse en todos aquellos puntos de Europa en donde creyeron que habia alguna probabilidad de volver á instalarse. Despues de haber robustecido los cimientos del edificio que querian reedificar procuraron concluir sus varios pisos; asi fué que se presentaron en Suiza, Austria, España y Portugal, dándose por soldados adictos á la causa de la religion y adversarios de la revolucion francesa, cuyo último carácter los hizo tolerar por algun tiempo; mas á pesar de todos los servicios que hicieron ó prometieron hacer á la causa de los reyes, amenazados por el capitan del siglo que despues de beneficiar la revolucion en provecho suyo habia encontrado una corona de emperador en la vaina de su espada, es notable que en todas partes la negra cohorte fué recibida con temor y repugnancia. Y no solo esto sino que á pesar de los ruegos del Papa el rey de España Carlos IV que habia tolerado á los hijos de Loyola en su reino mientras no pretendieron sino vivir en él como simples sacerdotes, los arrojó de allí al ver que trataban de restablecer la Compañía. Furiosos los Jesuitas se vengaron de este rigor fomentando las discensiones que habia en la familia real y que mas adelante habian de entregar la España á Napoleon. Tambien se vengaron del edicto imperial que los arrojaba de Francia y de todos los paises y reinos que debian quedar incorporados á ella; y asi es que no fueron estraños á las desgracias que sufrió la Francia cuanda al fin de una gigantesca lucha contra la Europa entera, y mas cansada que vencida, oyó resonar en su suelo los pasos del enemigo admirado de su victoria. Entónces se los vió como en tiempo de la Liga servir de correos á la Santa Alianza, y poner su actividad y su espíritu de intriga á la disposicion de los reyes del Norte coligados contra la Francia. Alejandro sucesor de Pablo I fué el monarca á quien sirvieron con mas aficion y empeño; y por esto el emperador se mostró dispuesto á recompensarlos luego que tuvo oportunidad de hacerlo (1).

(1) Catalina, Pablo I, Alejandro y Nicolás han sido recompensados por los Jesuitas por la proteccion que les han dado y les dan, pues con su influjo en Polonia ayudaron à los tres primeros à destrozar tres enormes pedazos del cadaver de la heroica Polonia.

Apenas hubo caido Napoleon y los estrangeros se hallaron instalados en París cuando (hecho significativo por cierto) la Compañía de Jesus era restablecida por el Papa y nada menos que en todo el mundo. En 7 de Agosto de 1814 Pio VII que acababa de recobrar su puesto entre los soberanos temporales publicó la Bula *Sollisitudo Omnium ecclesiarum*, que echaba abajo la de Clemente XIV y restablecia la negra Compañía, al cumplir justos cuarenta años de su caida. La promulgacion de esa Bula fatal para la Iglesia se verificó en la iglesia de Jesus que al instante fué restituida á los hijos de San Ignacio. Pio VII no sujetó el proceso á nuevo examen ni procuró justificar á los Jesuitas de los cargos que se les habian echado en cara; de modo que deshaciendo la obra de Clemente XIV no demostró ni el error ni la debilidad de su predecesor, y obró con *ciencia cierta*. Segun lo nota Tabaraud en su escelente *Ensayo histórico y crítico sobre el estado de los Jesuitas en Francia* pasmó á todo el mundo la precipitacion del Papa que era necesaria para otros y muy importantes asuntos. Era natural que Pio VII hubiese apresurado el nombramiento de obispos y que estos hubieran procurado con actividad buscar buenos pastores que los ausiliaran para traer al redil la grey que se habia escapado de él por las brechas que la revolucion abrió en sus santas paredes. «Los Jesuitas, «dice la Bula de restablecimiento, son pedidos por las voces de to- «do el mundo católico» Esas voces eran muy débiles puesto que no ha llegado á oidos de la historia ningun eco de ellas; y esa asercion continuada en el documento apostólico debe parecer apócrifa si se hace alto en el modo como la mayor parte de las naciones católicas recibieron la noticia del restablecimiento de los Jesuitas. El Austria, los cantones católicos de la Suiza y muchos de los

El actual emperador Nicolas que es el verdugo de la Polonia tambien es amigo de los Jesuìtas que le han logrado de Gregorio XVI viejo respetable pero sin fuerza y que desea morir tranquilamente; honores apenas concedidos á un monarca católico, y todo esto en el punto en que un testigo y víctima de las atrocidades cometidas por el cosaco coronado contra sus sùbditos católicos, testigo y vìctima qûe era la abadesa de las Basilias de Miush llegaba á Roma y levantaba la voz para contar su martirio y el de sus religiosas. Los Jesuitas han hecho callar á la abadesa y hablar al Papa que al menos de boca ha cumplimentado con mucha gracia al príncipe herético, y luego ha iluminado en honor suyo la Basilica de S. Pedro. ¡Bravisimo! Hoy el Czar diezma otra vez la Polonia, y la iglesia se tapa los oidos para que no le lleguen los desesperados gritos de veinte millones de sus hijos.

reinos de Alemania permitieron la ejecucion del Breve con una repugnancia y lentitud muy poco conforme con la premura que les suponia la Bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum*. Solo, ó poco ménos el perjuro rey de España Fernando VII volvió á abrir sus Estados á los hijos de Loyola apenas se hubo ceñido la corona, y sin embargo de esto los escritores de la Compañía aseguran que su establecimiento fué recibido con mucha alegria, en todas partes; si bien añaden que algunas veces esa alegria fué silenciosa.

En Francia el jesuitismo que entró en el pais con los bagajes de los estrangeros esperaba que Luis XVIII revocaria el edicto de Luis XVI; pero no sucedió nada de esto. Los Jesuitas tenian en la nueva córte poderosos protectores, entre otros al conde de Artois, hermano del rey que fué mas tarde Cárlos X; pero Luis XVIII hombre de finísimo tacto sondeó el terreno y no pudo ménos de temer que llamando á los Jesuitas haria renacer las conmociones políticas que habian echado abajo el trono; por lo mismo rechazó durante largo tiempo las instancias de los Jesuitas y de sus amigos, y así es que en el Pabellon de Marsan foco de ultrarealismo llamaban á Luis XVIII *discípulo del imfame Voltaire* Furiosos los Jesuitas al ver que un rey legítimo se negaba á declararse abiertamente en su favor, lo *deslejitimaron* porque no habia sido consagrado. Cuando ese monarca astuto que habia jurado morir rey y ser enterrado en san Dionisio, cediendo á continuas importunaciones, que para llegar á él tomaban caminos muy poco religiosos, se dejó por fin arrancar el consentimiento para que los Jesuitas se establecieran en Francia, mandó que dejasen su traje y su nombre. Entonces pues aparecieron nuevamente los *Padres de la fé.*

Hombres negros, ¿de donde salís? A este grito repetido tantas veces los padres de la fé se guardaron bien de dar una contestacion síncera, y Luis XVIII por medio de un equívoco digno de los Jesuitas cree que podrá acallar los temores que dispierta el nuevo y rápido ascendiente tomado por los Jesuitas y que llega hasta los pies del trono, contestando: «eñ mi reino no hay Jesuitas» y los ministros de Luis imitando el ejemplo de su rey respondian á los gritos de alarma lanzados en la cámara «en Francia no hay Jesuitas.» Y entretanto los hombres negros palmo á palmo iban recobrando

terreno en el territorio de Francia de donde la tempestad los habia barrido tantas veces. Se deslizaban por todas partes, establecíanse en todas las diócesis, reformaban sus provincias y procuraciones, se insinuaban en la enseñanza, apoderábanse de la direccion de los seminarios; los fundaban para sus alumnos y por fin recobraban las riquezas y el poder. ¿Quien no recuerda la curiosa época de las misiones, los misioneros, sus procesiones, sus fijaciones de cruces, sus cofradias con colores y banderas diferentes, los admirables sermones, las conversiones milagrosas y algunas veces los milagros que venían tras ellas, sus cantos, su comercio de medallas, y de cánticos, la pompa de sus ejercicios piadosos embellecida con la presencia de vírgenes jóvenes, y realzada por la de las autoridades en trage de ceremonia y con los gendarmes de grande uniforme? ¿Quien no recuerda todo eso, y los mil curiosos incidentes que lo hacian famoso? En el reinado de Carlos X todas esas cosas llegaron á su apogeo. Entonces se vió en los *via crucis* presididos por padres de la fé mugeres del gran mundo que iban á pié por los caminos, y la familia real dió ejemplos de devocion uniéndose á esas procesiones que se dirigian hácia Montronge ó hácia Monte-Valeriano, al compás de aires tomados de los cantaras revolucionarios, ó de la coleccion de estribillos descompuestos. Para terminar este rápido bosquejo de aquella época singular indicaremos algunos de los episodios que mejor pueden caracterizarla á los ojos de los lectores que no los presenciaron. Antes sin embargo hemos de decir que Carlos X hizo á favor de San Ignacio mucho mas que su hermano, pues cuando se volvió devoto sin duda para espiar las distracciones de su juventud, se hechó en brazos de la negra congregacion. En su reinado los Jesuitas recobraron todo su valor, y casi abiertamente se dirigieron á sus atrevidas miras; una organizacion regular ligó entre si sus diversos establecimientos, que entablaron correspondencia seguida y manifiesta con su general en Roma. En las puertas de Paris establecieron Mont-Rouge y Saint-Acheul: sus seminarios se triplicaron, y mas de una vez se les vió negar la obediencia á los obispos. Tabaraud en la obra mencionada antes cita el seminario Jesuítico de Soisson que hizo una guerra á muerte á Mr. Le Blanc de Beauhien; y de esto mismo podrian citarse muchos ejemplos. Ya nadie se ocultaba para tomar el hábito de Loyola, y las admi-



los Padres de la Fe.

siones al noviciado eran públicas y descaradamente firmadas por el *Provincial de la Compañia de Jesus en la provincia de las Galias.* Finalmente en 1826 la ecsistencia de los Jesuitas de Francia fué confesada por el ministro de los cultos Mr. de Hermópolis, hombre de gran talento... para jugar al billar, como todo el mundo sabe. En la sesion que la Cámara de los Diputados tuvo en 21 de Mayo el ministro de Instruccion pública, gefe de la Universidad declaró que sin querer profundizar las leyes que sucesivamente habian desterrado y vuelto á llamar á los reverendos padres, admitia su ecsistencia y su presencia en el territorio francés, y la mayoria del ministerio aplaudió esta declaracion que tan vasto campo abria á las esperanzas jesuíticas. En un escelente discurso Mr. Leyné protestó contra las estrañas palabras del ministro, y probó que la Carta no habia destruido segun este supuesto las barreras colocadas al rededor del Estado para impedir que se acercase á él el jesuitismo. «Los decretos de los Parlamentos, dijo el Diputado, y los «edictos Reales, han proscrito á los Jesuitas como órden, como «cuerpo y como congregacion, y para destruir lo que establecie«ron esos decretos y esos edictos son menester un nuevo juicio y «una nueva ley; ¿y quien será capaz de dictarlos?» El poder real se preparaba á responder á este desafio, pero la magistratura le previno, pues las Cámaras reunidas aprovechan la coyuntura, y con el aplauso de la Francia liberal, es decir de la inmensa mayoria de los franceses declara que da un solemne mentís á las aserciones del ministro. Ese notable fallo despues de recordar las leyes, y las sentencias hechas contra la Compañia de Jesus decide que el estado de la legislacion se opone formalmente al restablecimiento de la Compañia bajo cualquier nombre que sea; y que por las anteriores decisiones la ecsistencia de dicho instituto está declarada incompatible con la independencia de todo gobierno y mas todavia con la carta constitucional que es hoy dia el derecho público de los franceses. La nacion entera se dispone á dar una respuesta mas terrible al poder que se obstina en restaurar las cosas antiguas, y mientras tanto se acerca el año 1830. Pudimos creer en el mes de julio y tambien en el de agosto que el hervor popular que echó abajo la bandera blanca de San Luis habia hecho desaparecer tambien y para siempre la bandera de San Ignacio; mas parece que

nos equivocamos por mitad. Repetimos porque es verdad, y porque es bueno conservarlo en la memoria que en tiempo de la restauracion el clero se mostró muchas veces poco dispuesto á favor de los Jesuitas, y mas de un obispo que anduvo en disputas con los reverendos sostuvo contra ellos los derechos del Ordinario de cuya jurisdiccion los hijos de Loyola, sumisos á fuer de religiosos, querian sustraerse como órden. Entre el clero inferior se notó mas claramente la hostil disposicion que habia hácia San Ignacio. Todo el mundo se acuerda de la amargura con que los párrocos de los departamentos vieron á los padres de la fé apoderarse de los honores del púlpito, del confesonario y del altar, arrebatarles sus penitentes su auditorio, su importancia, y reducirlos casi al deslucido papel de acólitos. El autor de esta obra ha oido las quejas espresadas con este motivo por un escelente párroco de quien fué amigo y que si bien espuestas con moderacion bien dejaban entrever mucha amargura mezclada de tristeza porque como él mismo decia; ¿«que efec-
« to quieren que produzca en adelante mi voz débil y modesta, mi
« cruz de plata ya tomada, mi palio viejo y deslucido, mis racioci-
« nios hijos del corazon, sobre orejas acostumbradas de esta manera
« á las pompas mundanas, al lenguaje lírico y á esos esplendores
« propios de verdaderas comedias? Es verdad que en este momento la
« piedad de mis feligreses está muy exaltada, pero es una piedad
« disciplinada, que se enfriará muy luego, y que sin duda será ar-
« rebatada por el viento de la reaccion que ya preveo. »

Este vaticinio se realizó casi en todas partes, pues apenas habian pasado los misioneros cuando las pasiones y los vicios atraidos por la curiosidad, enfrenados un instante por la estrañeza del espectáculo, abandonaban muy luego el santuario, dejándolo quieto, triste y desnudo, y los hombres colocados en la misma puerta, y arrojando á la calle con una risotada la flor artificial de su piedad fingida se apresuraban á reparar el tiempo perdido exagerando sus locuras de la misma manera que habian exagerado la devocion. Es preciso confesar que los misioneros no querian la conversion de los pecadores, sino el restablecimiento de los Jesuitas. Por medio de los manejos que indicamos y de las apariencias de su buen resultado esperaban probar los reverendos padres que ellos eran entre todo el elero secular y regular los únicos capaces de restaurar la fé en el reino de

S. M. Cristianísima; los únicos *remadores* segun la espresion de la bula de su restablecimiento espedida por Pio VII (1), bastante vigorosos y entendidos y para guiar en aquel mar tempestuoso la sagrada barquilla en que estaban juntos el altar y el trono. Es probable que lograron persuadir de esto á Carlos X, y si no hubiera venido á brillar sobre la Francia el sol de julio de 1830, es creible que los Jesuitas á favor de las tinieblas con que poco á poco iban cubriendo al pais hubieran plantado otra vez en él á fuer de vencedores la bandera de san Ignacio. Seria menester mucho espacio para caracterizar bien y en todas partes esa singular época de la restauracion real que iba al lado y empujaba adelante hácia la restauracion jesuítica con la cual y gracias á ella la primera encontró el camino del destierro. Probarémos ahora á completar nuestro rápido bosquejo recordando cosas que todavia viven. Es inútil traer á la memoria de nuestros lectores los maravillosos y fantásticos espectáculos que los misioneros llamados por otro nombre Padres de la fé, ó mejor dicho, Jesuitas, emplearon para anunciarse, conseguir que se los admitiera y obligar al gobierno á que los reconociese abiertamente, porque todas las ciudades y todos los lugares que fueron testigos de una mision conservan todavia la memoria de esas cosas y de algun escándalo piadoso ó de alguna santa farsa que iba unida á ellas. La ciudad de Nevers no ha olvidado la escelente comedia que le procuró su Mision. Entre los medios que los reverendos emplearon para que renaciese allí la devocion deben contarse las *Conferencias* en las cuales un predicador, abogado de la religion católica, apostólica romana gritaba con toda la fuerza de sus pulmones contra otro predicador que defendia la causa del demonio y de la impiedad ó de la indiferencia. Para que esa justa oratoria, de que muchas veces se valieron los misioneros, tuviese mas brillo, y sorprendiera é interesase mas, los Jesuitas de Nevers determinaron un dia vestir de verdadero demonio al predicador que defendia la causa del siglo y de Satanás. Esta in-

(1) En una obra jesuitica moderna se lee que esta espresion de *remadores vigorosos y entendidos* que usó el Papa en su Bula fué empleada para recordar el ofrecimiento que cuando era llevado de Roma á Francia le hicieron los Jesuitas de fletar un buque que montado solamente por hijos de Loyola, iria á cruzar en la desembocadura del Tiber y atacaria á cañonazos y al abordage el buque francès en que fuera el Santo Padre. La anecdotilla es graciosa.

novacion hizo grandísimo efecto, de suerte que la iglesia en que se celebraban las conferencias era muy chica para contener á los espectadores, devotos ó no, que iban para ver como à la terrible voz de una especie de ángel con trage blanco que hacia resonar la palabra divina desde el púlpito, se agitaba como un verdadero demonio en una pila de agua bendita una especie de cómico que representaba á Belcebú vestido con un trage negro y encarnado, cuyo infernal peinado tenia por añadidura dos largos cuernos, una larga cola, y las uñas correspondientes. El pobre diablo era siempre maltratado por el defensor de Dios, hacía reir por la necedad de sus discursos pronunciados con voz débil y ridícula, mientras que su adversario, hermoso, bien vestido, con escelente voz y poderosa mí mica, oia aplaudir sus rotundos periodos. Al fin de su discurso sufocaba á su adversario que huìa á todo correr en medio de las carcajadas del auditorio y de la griteria de las viejas devotas, si ya no se mezclaban alguna vez los palos de algunos pilletes vestidos de monagos. Cuando apenas han transcurrido veinte años esas cosas nos parecen tan ridículas que casi no sabe uno creerlas, y sin embargo su certeza es incontrovertible. La ciudad de Tournon no ha olvidado su Mision que coincidió con las representaciones del célebre actor Potier. Mucha gente se acuerda de que esa mision dirigida por el famoso abate Guyon fué notable por la lucha de amor propio que se entabló entre el Jesuita y el cómico, porque el primero queria atraer la gente á su iglesia y el segundo á su teatro. El *P. Socarron* tuvo la gloria de vencer al *P. de la fé* y la ira del predicador fué tanta que desde el púlpito comenzó á gritar contra el cómico herético y amenazó con el infierno al actor y á los espectadores que lo aplaudian. Por su parte Potier redoblando sus esfuerzos pero sin echar mano de personalidades, que entonces le hubieran malquistado con la autoridad preocupada, desplegó todo su talento en varias representaciones dramáticas, y tenia el gusto de ver como todos los dias era mayor el número de sus entusiastas espectadores, al paso que el púlpito del Jesuita se iba quedando desierto. Al fin el abate Guyon creyó haber hallado el medio de acabar esa terrible competencia. Anunció cierto dia que predicaria sobre el infierno, y es de advertir que este es el asunto que lleva siempre á los sermones mas numeroso auditorio, y

por otra parte era aquel en que mas solia lucirse aquel jesuita. La afluencia pues le satisfizo: comienza el hombre su sermon, describe con exactitud, voz siniestra, esclamaciones de miedo y gritos de amenaza; los infernales terrores, los sufrimientos de los condenados y toda la fantasmagoría del infierno cristiano, *ilustrado* por los creadores del *Cuarto de las Meditaciones.* La iglesia iluminada por la rojiza luz de algunos cirios da mas fuerza á sus palabras que como las amenazas de un rayo caen sobre las cabezas de la muchedumbre que se va afectando. Algunos gritos de espanto responden de tiempo en tiempo al estallido de la voz del predicador, y acá y acullá van cayéndose mugeres desfallecidas. En aquel momento el abate Guyon se deja caer en el fondo del púlpito, desaparece del todo y durante mas de un minuto no se le vé poco ni mucho, cuando de pronto se alza, pálido, con los cabellos erizados y los ojos hoscos, y esclama con voz ronca y temblorosa; « ¿Sabeis hermanos mios de donde vengo? Vengo del « infierno. ¿Sabeis lo que he visto en el eterno abismo? He visto « arder en medio de las devoradoras llamas al cómico Potier y á « todos los que van cada noche á ver sus teatrales orgías. »

Esta indecente salida, este golpe de escena sagrada tuvo bastante influjo en el ánimo de los habitantes de Tours para que Potier abandonado del público hubiese de dejar la ciudad. Esta anécdota cuya autenticidad justifican muchos de aquellos ciudadanos se lee en las *Memorias* del cómico Potier recientemente publicadas por su familia.

Otro suceso bien conocido en Mans da un color mucho mas feo á la brutalidad oratoria del mismo abate Guyon. En 1826 si no estamos trascordados ese reverendo jesuita dirigió la mision que se hacia en la capital del departamento del Larthe. Pasando un dia el abate por una calle al frente de una inmensa procesion que marchaba al compas de la *cancion de la partida,* vió una jóven que detenida en su casa por un motivo que ignoramos queria gozar del espectáculo que pasaba por su calle, lo cual nos parece lícito y muy inocente; mas Cuyon vé en este hecho tan sencillo una injuria al acto devoto, á si mismo y á Dios, porque la jóven que se atrevia á mirar la procesion desde la ventana de de su casa llevaba la cabeza descubierta. El furioso misionero interrumpe brusca-

mente el sagrado cántico cantado sobre un aire revolucionario, abre las filas de la procesion, se acerca á la culpable y con voz estrepitosa y llena de cólera y desprecio la interpela, la sufoca y la trata de impia *Jezabel*, vaticinándole un fin cercano y parecido al de aquella infame reina. Esta terrible y pública descarga afecta tan vivamente á la señora que se desmaya y luego cae gravemente enferma. Nos ha referido esta escena un testigo ocular, hoy sacerdote y que honra su clase, y que sin embargo de ser entonces seminarista se irritó al ver la brutalidad del jesuita. Sin embargo ninguna voz se alzó entonces para condenarla; todos se contentaron con burlarse del suceso á escondidas y con despreciar mas y mas á la negra cohorte que contaba en sus filas á hombres como el abate Guyon. El Sr. conde de Bourblanc prefecto del departamento, y por lo mismo la primera autoridad, hombre notable y emigrado antiguo fué quien se atrevió á manifestar publicamente el desprecio que hacia de semejantes necedades. El conde habia autorizado á los misionistas para que hiciesen sus ejercicios devotos durante seis semanas, y como al acabarse el plazo se presentó una compañía de cómicos que no habia podido dar funciones durante la mision, y al mismo tiempo los Jesuitas pidiesen una prórroga, el prefecto se la negó y aludiendo á los cómicos que iban á suceder á los misioneros les dijo; « Cada uno á su vez, ahora ha llegado la « de los cómicos. »

Todas estas cosas no son mas que absurdas y ridículas, y bien podriamos referir otras mucho mas graves y capaces de conmover á los señores de golilla, si la magistratura de entonces no fuera del todo adicta á los reverendos del Montagre y Saint-Acheul, cuya proteccion ó cuyo odio podia abrirles ó cerrarles el paso para el alta magistratura. La mugistratura verdadera osó sin embargo manifestar mas de una vez su independencia y mantener la balanza de la justicia con una equidad, una firmeza y un valor admirables. La solemne declaracion que contra los Jesuitas hizo el tribunal real de Paris fué un noble ejemplo que imitaron otros tribunales, y en general es menester decir que los magistrados franceses han cumplido con su deber aun que se tratara de fallar contra San Ignacio.

En los departamentos del mediodia es en donde los hombres ne-

gros tremolaron con increible insolencia la bondera medio cubierta de Loyola (1) porque alli se reputa por acto de realismo favorecer á los Jesuitas unciéndose al funesto carro que bajo sus ruedas de bronce conmovia otra vez el suelo de la Francia. Allí pasó el suceso que vamos á relatar, y no nombraremos la ciudad que fué su teatro ni los personajes que en el mismo intervinieron por razones que adivinará cualquiera; pero salimos garantes de la verdad de esta sencilla, trágica é instructiva historia. En aquella ciudad estaba organizada una mision que como todas las otras desplegaba sus teatrales pompas en las triunfales ceremonias del *Via crucis* en los *Calvarios* en las *satisfacciones honrosas* etc, etc. Los Padres de la fé que componian la mision habian sido elegidos con mucho cuidado, porque el punto á donde fueron enviados encerraba una poblacion bastante tibia y hasta enemiga de la negra cohorte. Decimos enemiga porque gran porcion de aquella ciudad se componia y se compone aun de protestantes, restos de aquellas familias calvinistas que se escaparon de las vergonzosas y sangrientas *dragonnades* de Luis XIV, refugiándose en los desfiladeros de las Cevennes. Los misioneros Jesuitas como gente entendida supieron despertar tan bien el amortiguado fuego de los odios religiosos que consiguieron atraer en rededor suyo la poblacion católica de la ciudad que corrió hácia los reverendos, no tanto para manifestar su amor por ellos como para hacer burla de sus antiguos adversarios los hugonotes. Ademas nadie ignora que en las reacciones políticas que en el mediodia tuvieron lugar despues de la caida del imperio y de la vuelta de los Borbones y que ensangrentaron algunas ciudades sobre las que pasó tranquilamente la tempestad del antiguo *terror*, los protestantes y los católicos de Francia se mostraron enemigos. Los misioneros Jesuitas se aprovecharon de esta situacion y en vez de calmar la efervescencia católica le dieron mas calor, y aun tuvieron el talento de transformar sus piadosos cánticos en provocaciones guerreras, haciendo que los católicos las cantasen con los aires de

(1) Con mucho gusto añadimos que la alegre é inteligente patria de la farándula y de los trobadores de cada dia sacude mejor el yugo del fanatismo religioso. Un hecho que vamos à citar prueba que en la Francia meridional el influjo jesuìtico ha decaido del todo. Mr. Molinari librero de Marsella despacha el solo muchos ejemplares de muestra obra, á favor de la cual ha mostrado (à parte de sus intereses de libreria) un celo que le agradecemos.

las canciones compuestas en otro tiempo para despreciar y envilecer todo lo que tenia relacion con los calvinistas. Bien se comprende que esto debia dar á los cánticos una nueva energia, y cuanto gozo habia de causar á las celentes falanges que velan y oran ante el trono de aquel que ha dicho: «Paz á los hombres de buena vo« luntad; y que se olvidó de decir muerte para todos los demas.»

Triunfaban pues los hijos de Loyola, pero el triunfo no les parecia aun bastante completo: toda la poblacion católica habia corrido hácia ellos, la cosa iba bien; mas, ¡ que triumfo, que honor, que ejemplo y que provecho para su causa no seria si por miedo, persuacion, interés ó cualquier otro móvil del corazon humano conseguian reclutar entre sus mismos enemigos, entre los descendientes de aquellas familias hereges que Luis XIV hizo degollar para obedecer á su confesor jesuita! Esto era una perspectiva tan lisongera que los reverendos padres juraron llegar á ella á cualquier costa. Al momento comienza la caza de protestantes, caza hecha en las sombras y con misterio, con el espionage piadoso y la actividad santurrona por sabuesos. A fuerza de rebuscas se halla la pista de la pieza, y se la saca y vuelve á sacar de la querencia. La persona en quien habian echado la vista los hombres negros era una muger á la cual llamaremos Ema: estaba casada con un hombre generalmente respetado y cuya familia ocupaba el primer rango entre las antiguas familias protestantes de las Cevennes. El marido era ya viejo cuando la muger conservaba aun todas las hojas de la corona de juventud y belleza con que la admiracion general habia adornado su frente. Su union que contaba ya diez años siempre habia sido feliz, y de un año á aquella parte el nacimiento del primer hijo vino á estrechar los vínculos del matrimonio. Decian unicamente que alguna vez turbaban la admósfera de paz y de ventura de la familia algunas ligeras nubes; porque como Ema habiendo quedado huérfana en la niñez fué educada por una tía anciana que poco antes de morir se convirtió al catolicismo, se suponia que la sobrina en razon de las primeras impresiones de su juventud tenia una secreta inclinacion hácia la creencia en que murió la tia, con no poco dolor de que no pudiese hallar en el cielo á la niña á quien habia educado. Con estos datos los Jesuitas echaron las redes al rededor de Ema. Por una coincidencia feliz para

sus planes el hijo de esta jóven cayó gravemente enfermo á los pocos dias de comenzada la mision. Los hombres negros lograron penetrar hasta Ema que estaba sumida en la desesperacion y le digeron que la enfermedad del hijo era evidentemente un castigo de la impíedad de la madre y que no se curaria hasta que ella se convirtiese. La madre que teme por la vida de su hijo es muy crédula, y así fué que segun se dice, Ema prometió á los reverendos padres hacer las paces con Dios, único que podia salvar á su hijo. A poco tiempo pareció que este se empeoraba visiblemente, y entonces los Jesuitas reclamaron de la madre el cumplimiento de la promesa, pero se opuso la voluntad del marido y la jóven hubo de cerrar la puerta á los hombres negros que se fueron murmurando amenazas y vaticinios de venganza divinas. En efecto el hijo de Ema tuvo una recaida peor que la primera enfermedad y que amenazaba muy seriamente su flaca existencia. Acaso fué efecto de la casualidad, mas algunas personas que se suponian bien informadas esplicaban esa casualidad haciendo notar que la enfermera del niño se casó mas adelante con uno de esos hombres industriosos que seguian las misiones y con la proteccion y recomendacion de los misioneros, ó por cuenta de estos segun dicen algunos, vendian en la puerta de la iglesia donde los padres predicaban, con gran provecho cruces, rosarios, medallas, estampas, libros de gozos, oraciones y otras fruslerias de pacotilla devota. Como quiera que sea, Ema en medio de su desesperacion sin noticia de su marido acudió á los Jesuitas, quienes solo dirigieron á su turbado corazon maternal palabras funestas. Bien pronto se desesperó de la vida del niño y entonces la madre loca de terror habiendo conjurado en vano á su marido paraque le dejase apelar al único medio que le presentaban paraque curase el objeto de su amor, se escapó de la casa fuera de sí, y estrechando en sus brazos al agonizante hijo, con el cual fué á arrodillarse á los pies de aquellos que se habian supuesto los intermediarios del perdon del cielo y del ausilio divino. Los reverendos padres acogieron con las mayores atenciones á la fugitiva y al instante la colocaron en un convento inmediato en donde un buen médico que estaba á las órdenes de la Compañia consagró sus desvelos á la curacion del niño que despues de una larga lucha comenzó á entrar en el periodo de una larga convalescencia.

Es bien claro que el marido reclamó con calor la esposa y el hijo; mas los Jesuitas sostenidos por las autoridades de la ciudad adictas á ellos, no soltaron la doble presa de que habian logrado apoderarse. Bien pronto se verificó una pomposa ceremonia. En medio de un numeroso concurso de espectadores que habian acudido de veinte leguas á la redonda, Ema profesó publicamente la religion católica, apostólica romana, y su hijo fué bautizado por un sacerdote de la mision. Al ver esta viviente prueba del poder que ejercian los misionistas *para la mayor gloria de Dios,* y cuando aun duraba el efecto que hizo el patético sermon pronunciado en la ceremonia, fué estremo el entusiasmo que se apoderó de toda aquella poblacion meridional tan lijera y sensible que creyó ver brillar en la frente de los misionistas la aureola de oro que Dios pone en la de sus elegidos. En aquel momento se oyó para apagarse muy luego un grande rumor entre las compactas oleadas de la procesion que salia de la iglesia en donde acababa de hacerse la ceremonia. Vióse al marido del Ema que seguido de algunos de sus parientes y de los de su mujer se adelantó hácia el superior de los misionistas á quien mandó en nombre del tribunal superior que le devolviese la muger y el hijo. «Retírate, Satanás.» le contestó el jesuita; mas como el marido abandonado y furioso insistió y acaso fué un poco acre en las palabras y demasiado energico en las acciones, el misionerio llamó á la muchedumbre para que tuviese el honor de vengar al cielo insultado en la persona de su ministro. Alzase al punto una terrible griteria y comienza un espantoso tumulto; el marido de Ema fue cogido, echado por tierra, destrozado y pulverizado entre los pliegues de la terrible serpiente que se llama furor popular. Cuando las autoridadas avergonzadas al fin de su inaccion mandaron á sus agentes para proteger á aquel desgraciado ya no era mas que un cadáver. En medio de esa multitud undulante como las aguas de un mar agitadas por vientos contrarios que soplan con furia, pasó como una aparicion sobrenatural una mujer con los ojos brillantes y el rostro pálido. Esa muger desapareció luego murmurando con voz estraña. «Hijo no temas: querria «cojerte otra vez, hacerte herege, y te moririas: no temas, hijo «mio; eres católico como yo y vivirás, y yo soy una madre feliz."

Al cabo de dos dias en la hendidura de las salvages peñas de

una de las cumbres mas elevadas de las Cevennes un pastor jóven encontró á una muger moribunda que mecia en sus brazos el cadáver de un niño á quien sonreia como si viviese, y al cual repetía con su último suspiro cual si pudiese comprenderla: «Eres «católico, hijo mio, ellos me lo han dicho, tu vivirás." Hemos visto el sepulcro de Ema y de su hijo, sepulcro modesto alzado por los pastores del monte que son todos calvinistas. El anciano que se lo enseña al viagero termina comunmente la historia que hemos contado con estas palabras llenas de una enérgica sencillez y pronunciadas con acento profético: «Estrangero, los millares de «víctimas sacrificadas por los hombres negros dormian desde tanto «tiempo en el olvido que ya no se oian sus voces; pero el grito «que sale de este reciente sepulcro ha dispertado sus antiguos «ecos. Ahora Dios los oye, y la Francia acaso bien pronto res- «ponderá á ellos.»

La muerte del marido de Ema no fué vengada. gracias al ascendiente que tenia la congregacion en el reinado de Carlos X, y lo mas horroroso que hubo fué que la negra cohorte no se avergonzó de apoderarse de los despojos. En los capítulos matrimoniales habian pactado los dos infelices esposos que los bienes de ambos pertenecian al sobreviviente, y apenas Ema se hubo arrojado en las crueles uñas de los hijos de Loyola cuando hizo un testamento disponiendo que si moria su hijo toda la fortuna pasase á ellos. Los Jesuitas justificaron que Ema habia sobrevivido á su esposo y se presentaron á recojer su herencia. Por muy horrible que sea este suceso repetimos que es auténtico, y por consideraciones personales no hemos indicado la ciudad en que tuvo lugar ni los nombres de las personas que por desgracia figuraron en el mismo. Acaso no hay en Francia un pueblo en donde haya habido una mision jesuítica que no pueda presentar una anecdota de esta clase. Esas misiones fueron un perpetuo escándalo para los hombres de bien, para los verdaderamente piadosos, y una gran falta para el gobierno que las autorizó. pues en realidad hicieron un mal inmenso á la religion santa cuyo esplendor debian realzar y aumentar su influjo segun el dicho de los hombres negros que sabian muy bien hasta que punto faltaban á la verdad diciendo esto; pero que contaban sacar partido de la mentira, y que de ve-

ras la hubieran sacado á no venir la revolucion de 1830.

En tiempo de Carlos X la Compañia de Jesus protegida por el gobierno, tolerada por sus funcionarios ó publicamente sostenida por ellos aunque no abiertamente restablecida, volvió á rehacerse en Francia casi enteramente, pues habia recobrado ó fundó de nuevo muchos establecimientos. No descuidó ingerirse en la Universidad su antigua enemiga, y que desarmada por el poder político dejó que los reverendos se apoderasen poco á poco de la instruccion pública y de la direccion de Estudios, del mismo modo que el alto clero les dejaba la direccion de los seminarios. Entonces se inventaron los *Hijos de San Josè* aquellos valientes *Ignorantins* que vinieron al ausilio del jesuitismo sembrando en los jóvenes que se les confiaban las semillas esmeradamente escogidas por el espíritu de oscurantismo. Este es el momento oportuno para hablar de las luchas que la Universidad ha sostenido contra los Jesuitas, luchas que comenzaron en el instante en que apareció la bandera de San Ignacio, lúgubre señal en la admósfera de la libertad. Queriamos consagrar todo un capitulo á esta grave é interesante cuestion, mas nos ha indicado y con razon que nuestro libro segun su título no estaba destinado á discusiones de esta clase y que podriamos perjudicar el buen éxito que ha tenido sin provecho acaso para la causa que defendemos. Por tanto nos limitarémos á indicar sumariamente las faces de la lucha entre la Universidad y los jesuitas, lucha que acaba de renovarse con mas calor que nunca que terminará Dios sabe cuando; pero esperamos y aun estamos seguros de que terminará con la victoria de la Universidad, aun cuando esta victoria haya de costar la entera derrota de la negra cohorte.

Desde sus principios procuró el jesuitismo apoderarse de la enseñanza, y asi es que su lucha con la Universidad comenzó en 1552 (1) de donde resulta que de tres siglos á esta parte duran esas luchas que ahora pareceran á tomar un calor nuevo. En 1540 el fundador de la célebre Compañía, escoltado por sus primeros padres y todos por una de esas galanterias tan frecuentes entre los

(1) En este año los jesuitas alcanzaron de Julio III una bula que en realidad erigia tantas Universidades cuantos eran los Colegios de los reverendos padres, puesto que podian graduar á sus alumnos y concederles en nombre del Papa los privilegios, libertades, munidades etc, etc. que hasta entonces solo podian conferir las Universidades.

Jesuitas y llamadas *mañas (escobarderies)* del nombre de un célebre hijo de San Ignacio, que se titulaban maestros en artes y graduados por la Universidad de Paris lo cual no era cierto como hemos demostrado; Loyola, decimos, alcanzó para su Instituto la facultad de tener en cada Universidad uno ó mas colegios. A los tres años los Jesuitas que segun la Bula de su ereccion no podian ser mas de sesenta alcanzaron otra en cuya virtud podian recibir en su órden indefinidamente á cuantos quisieran entrar en ella. Hay que advertir que una de las razones que dieron los Jesuitas para alcanzar esa estension ilimitada en cuanto á los miembros de la órden fué que muchas Universidades querian asociarse á ellos; y aquí asoma ya la intencion que la órden tenia de apoderarse de la enseñanza. Lo que prueba que esta fué desde entonces su mira, es que desde luego se hicieron eximir de las obligaciones impuestas á los otros religiosos y á los curas, á fin de estar mas libres y de tener mas tiempo para dedicarse á sus colegios. Pio IV amplió la Bula de Julio III autorizando á los Jesuitas á graduar á los alumnos pobres de sus colegios, lo cual transforma esos colegios en Universidades, sin necesidad de que los alumnos se presenten en la Universidad en cuyo distrito está el colegio donde han estudiado. La misma Bula de Pio IV publicada en 19 de agosto de 1561 concede á los Jesuitas los mismos derechos por lo que toca á sus alumnos ricos, mandando únicamente que paguen los derechos universitarios, y que los estudiantes no puedan ser graduados por los examinadores de los colegios jesuíticos sino cuando los de la Universidad se hayan negado á graduarlos. Sin duda para evitar un efugio en el caso en que la autoridad real interviniese y se declarase contra ellos, los reverendos padres alcanzaron en 1571 otra Bula en la cual Pio V amenazaba con la escomunion mayor á los rectores de las Universidades que se negasen á recibir á los grados, á los alumnos que hubiesen estudiado filosofía y teología con los padres de la Compañía en los colegios de los dichos padres que estuviesen situados en las Universidades, del mismo modo que si hubiesen estudiado en ellas. Los motivos que los Jesuitas alegaron para alcanzar tales privilegios fueron que sus estudiantes no podian pedir ser graduados en las Universidades en atencion á las obligaciones y empeños que contrae el graduado y

á los juramentos que en ellas presta. Estos motivos dicen de un modo bien claro que los Jesuitas querian sustraerse de la accion del poder regular y sustraer á sus alumnos del natural y legítimo influjo de las leyes de la patria hácia cuyo respeto trataba de llamar á los jóvenes el juramento que se les exigia. Las Universidades se resistieron y debieron resistirse á tales pretensiones, y en Francia los Parlamentos siempre dieron la razon á las Universidades y el poder real se la dió algunas veces.

El Papa Gregorio XIII juzgando que sus predecesores no habian hecho bastante á favor de los Jesuitas, aumentó considerablemente el poder concedido al general, á los provinciales, y á los rectores de los colegios jesuíticos otorgando á estos en el año 1579, una Bula que dirigió al arzobispo de Valence, y á los obispos de Francia y de Salamanca en la cual decia que en adelante todo Prefecto de clases en un colegio jesuítico tuviese facultad de graduar en filosofía y teología (1). Se ve que Gregorio por medio de esta Bula dirigida á obispos cuya sede estaba cerca de una Universidad, queria no ya poner los colegios de los Jesuitas en el mismo pié de las Universidades, sino sujetar estas á aquellos. Razon hubo pues para escribir y sostener que los Jesuitas han tenido siempre ánimo de apoderarse de las Universidades ó de hacerlas inútiles, y nótese bien la circunstancia capital de que los colegios jesuíticos segun las constituciones de la órden estaban libres de la inspeccion y de la censura de los tribunales puesto que el general de la Compañía que reside en Roma es el único que tiene poder en los colegios y el que nombra sus rectores salvo el caso en que delegue poderes á uno de sus lugartenientes. Esto debiera haber estremecido ó á lo menos hacer reflecsionar á los gobiernos que abandonaban de esta manera con favor y en provecho de un poder estraño y oculto la vigilancia de la instruccion pública cuya buena ó mala direccion es seguramente lo que mas debe dispertar el cuidado de los gefes del gobierno, pues esto es lo que hace que un gobierno marche á la cabeza de la civilizacion ó se revuelque en el cieno de la barbarie. Desde los primeros tiempos de la órden los hijos de Loyola manifestaron que estaban dispuestos

(1) Por este medio el Prefecto de clases se transformaba en *certificado* al tiempo de estudios y en *colator* de grados universitarios.

á no reconocer mientras pudieran en la autoridad legal ningun derecho de gobierno sobre sus colegios. Entre otros hechos de esta clase puede citarse la conducta que observaron en Dillingen. El obispo de Ausbourg habia puesto á los reverendos padres en posesion de aquella Universidad, mas su Capítulo se negó siempre á sancionar esta decision y solamente al cabo de cuarenta años convino en admitirlo aunque queriendo reservar los derechos de gobierno sobre la Universidad concedidos al obispo por las Bulas pontificias. Los Jesuitas se negaron á este arreglo y obraron tanto y tan bien que la Universidad de Dillingen quedó para ellos libre de todo derecho, privilegio é inspeccion en favor de quien quiera que fuese. Este ejemplo de las tendencias del jesuitismo á infeudar las Universidades fué sucesivamente repetido en Flandes y en diversos otros paises. En Francia la marcha seguida por el jesuitismo encontró obstaculos mas serios pero en el fondo fué ecsactamente la misma. Los reverendos padres portadores segun hemos dicho de tres Bulas de Paulo III (1) llamaron con aire humilde y modesto en las puertas de Francia, que en 1550 les fueron abiertas por las patentes arrancadas á Enrique II, las cuales permitian á los discípulos de Loyola edificar con los bienes que les fuesen dados de limosna una casa de colegio solo en la ciudad de París y no en otros lugares. Nótense bien las espresiones de la patente teniendo á la vista que los Jesuitas no alimentaban entonces pretension alguna hostil contra la Universidad de Paris, y protestaban que no querian de modo alguno seguir sus huellas (2). « Todo lo que desea« ban, decian ellos, al fundar su primer establecimiento en Francia, « era ir á predicar la fé en los paises infieles. » Esto dió lugar á que el obispo de Paris Mr. de Bellay en su *aviso* de que hablaré–

(1) Sin duda se nos hará la justicia de que nosotros hemos separado cuanto nos ha sido posible y muchas veces mas de lo que hubiéramos debido la causa de los Jesuitas de la del papazgo. Entre los pontifices protectores del jesuitismo hemos encontrado mas de un indigno sucesor de S. Pedro y nada hemos dicho de sus dignidades. Dirémos ùnicamente de Paulo III que es el Papa de las tres bulas jesuiticas que él estableció la Inquìsicion al mìsmo tiempo que protegia á los Jesuitas y que segun Varchi fué digno padre de un hijo cuyos crimenes horrorizan. La obra de Loyola merecia protector semejante.

(2) Mientras tanto los Jesuitas sin estar autorizados para ello dieron lecciones públicas poco despues de su llegada; hecho que la Universidad de Paris denunció como atentatorio á sus derechos y privilegios por conducto de su abogado el célebre Estevan Pasquier autor del *Catecismo de los Jesuitas.*

mos mas tarde, dijese que París estaba muy lejos de Constantinopla y de Jerusalen, y que convendria establecer á los reverendos padres de la Compañía en lugares mas inmediatos al pais de los infieles, para evitarles que perdiesen tanto tiempo. Los Jesuitas se apresuraron á presentar sus patentes de introduccion en el Parlamento de Paris, pero el fiscal se decidió á favor de que el Parlamento reusase admitirlas ó á lo menos á que elevara al rey algunas esposiciones. Los Jesuitas, por medio del ascendiente del cardenal de Tournon alcanzaron nuevas patentes que mandaban registrar las primeras á pesar de la resistencia del Parlamento. El abogado general Seguier que habia sostenido ya el dictámen del fiscal insistió en su opinion; mas el Parlamento hubo de obedecer las órdenes del rey, lo cual no verificó sin embargo hasta el año 1554 disponiendo todavia que antes de pasar adelante las Bulas pontificias y las patentes del rey serian comunicadas al obispo de París y á la facultad de teología de su Universidad. Durante esos tres años de espera el jesuitismo habia alcanzado como hemos dicho, grandes privilegios de parte de los Papas seducidos por el cebo del cuarto voto de obediencia al soberano pontífice, entre cuyos privilegios puede citarse la Bula de 1552 que daba al rector de los colegios jesuíticos el derecho de graduar á sus alumnos, transformando de esta manera esos establecimientos en otras tantas Universidades. Como los Jesuitas necesitaban el exequatar pedido á la Universidad de Paris por órden del Parlamento se guardaron muy bien de enseñar esa Bula que tampoco comunicaron á Estaquio de Bellay sin embargo de lo cual ni los informes de la facultad de teologia ni el parecer del obispo de Paris fueron favorables á los hijos de S. Ignacio, En su *aviso* despues de haber hecho notorio aunque de paso ciertas cosas contenidas en las Bulas presentadas por los impetrantes, cuyas cosas le parecian al prelado estrañas y faltas de razon; despues de criticar el mismo nombre de Jesuitas como anunciativo de pretensiones á una superioridad sobre el resto de los fieles, y despues de añadir de un modo bastante claro, cosa digna de notarse, que para la tranquilidad de la iglesia de Francia no habia én ese pais sino sobradas órdenes religiosas, Estaquio de Bellay declara que en su concepto lo que conviene á los dichos religiosos es imitar el ejemplo de los caballeros de Ro-

das á quienes se ha establecido en las fronteras de la cristiandad y no en el centro de ella. El dictámen de la facultad de teologia es preciso bajo otro aspecto, pues declara positivamente que la demanda hecha por los Jesuitas es una cosa peligrosa y que debe rechazarse, y califica á la Compañía entera de peligrosa para la fé, perturbadora de la paz de la iglesia; y hecha mas bien para destruir que para edificar en el suelo cristiano. Apesar de estas dos notables declaraciones los Jesuitas se guardaron muy bien de acudir al Parlamento, mas por medio de sus intrigas supieron alcanzar del jóven rey Francisco II en abril de 1560 nuevas patentes que mandaban al Parlamento de Paris proceder inmediatamente á registrarlas. A esas patentes iban unidas las Bulas pontificias, esceptuando la de 1552, porque esta hubiera manifestado con demasiada claridad los proyectos de los reverendos padres que segun una escelente espresion del *Aviso* de Estaquio de Bellay, poniendo mano al arado miran hácia atrás. Los Jesuitas en su demanda al Parlamento declaraban que con sus privilegios no entendian perjudicar las leyes del reino ni las libertades de la iglesia ni los derechos de los obispos, capitulos y párrocos, pues todo lo que ellos deseaban se reducia solamente á ser recibidos como religion aprobada con las dichas limitaciones y restricciones. Bien se vé que no puede haber cosa mas modesta que esta demanda, y aun hombres de talento pudieran engañarse acerca de las consecuencias de su admision. El Parlamento se contentó con espedir un edicto en 18 de noviembre de 1560 diciendo que su declaracion se habia comunicado á los Jesuitas. Nuevas patentes se presentan al Parlamento al cual los Jesuitas hacen al mismo tiempo presentar una solicitud en nombre de los cónsules y habitantes de la ciudad de Billiom en Auvernia, como tambien de los ejecutores testamentarios de Guillermo Duprat obispo de Clermont, pidiendo que se sancione el establecimiento del colegio de los Jesuitas en la primera de dichas ciudades en que Duprat los habia introducido. El Parlamento de París se decidió á resolver que los Jesuitas si lo creian oportuno podian presentarse ante el concilio general ó ante la próxima asamblea del concilio galicano para alcanzar la aprobacion que solicitaban. La asamblea del clero se celebró en Poissy en 1561 y fué presidida por el cardenal de Tournon protector de los Jesuitas.

El obispo de Paris estrechado por las intrigas Jesuíticas dió su consentimiento para que se establecieran en Paris, lo que fué causa de la resolucion de la asamblea la cual al aprobar dicha sociedad y colegio de Clermont como *sociedad y colegio* y no como religion nuevamente instituida, y exigiendo de los miembros de la misma que tomasen un nombre distinto del de Jesuitas, declaró que el obispo diocesano tendria toda la superintendencia jurisdiccion y correccion sobre dicha sociedad, y que esta ni en lo temporal ni en lo espiritual tendria derecho de hacer cosa alguna en perjuicio de los obispos, cabildos, curas, parroquias ni universidades, sino que estaria obligada á conformarse enteramente á la dicha disposicion del derecho comun sin que pudiese ejercer jurisdiccion alguna, y que debia renunciar antes, y espresamente á todos los privilegios, (contrarios á estas cosas) que en dichas Bulas se encuentren; pues de otro modo y no haciéndose así, ó bien si en el convenio alcanzasen otros, las presentes serian nulas y sin valor ni efecto alguno. Esta célebre declaracion cambiaba completamente la índole del instituto en Francia, pues lo que en ella se admitia no era una órden religiosa sino simplemente un colegio. Los Jesuítas consintieron en todo lo que se quiso con tan buena voluntad y con tanto candor aparente que al instante acudieron al Parlamento pidiendo que ratificase este acto de recepcion tan modificada y restricta. Registrólo el Parlamento en 30 de febrero de 1561 recordando en su decreto que el objeto de aquel registro era establecer en Francia la sociedad y colegio de Clermont con los deberes y condiciones contenidos en la declaracion de la asamblea del clero. A pesar de esto los hijos de Loyola ya tomaban sus medidas para establecerse en diferentes puntos de Francia como religion, como colegio y como Universidad á un tiempo mismo; á despecho de los dictámenes, resoluciones, declaraciones y decretos que hemos recordado. Por medio y á solicitud del cardenal de Lorena en 1547 alcanzaron de Paulo III una Bula que erigia una Universidad en Metz, pero como la Lorena no formaba entonces parte del reino de Francia, el Gobierno, los magistrados y las Universidades de Francia nada tenian que ver en este negocio. Mas apenas en 1552 hubieron alcanzado dicha Bula de Julio III, Bula atentatoria á los derechos de las Universidades cuando consiui eron que el cardenal de Tournon les

diese el colegio de la ciudad de este nombre, que poco despues quisieron convertir en Universidad dirigida, administrada y gobernada por ellos solos· El mismo papa Julio III fué quien espidió la Bula de ereccion de aquella Universidad en 1552, esto es, antes de ser los Jesuitas recibidos en Francia. En 1561 alcanzaron patentes que confirmaron esta Universidad y la donacion que à favor suyo hizo el cardenal de Tournon del colegio de sus pertenencias, dependencias y rentas. El Parlamento de Tolosa registra estas patentes en 14 de febrero de 1561 y hasta abril de 1584 no se logra que verifique otro tanto el Parlamento de Paris el cual en su decreto continua esta restriccion importante: «sin que dichas pa-«tentes puedan perjudicar las comunidades de la iglesia galicana, y «con la condicion de que los impetrantes no podrian tener otro ca-«rácter que los de rectores, profesores y alumnos del colegio de «Tournon.» Esto manifiesta que el Parlamento aun no estaba decidido á sacrificar las universidades de Francia al jesuitismo. Desde entonces los hijos de S. Ignacio hicieron siempre una cruda guerra á las universidades que seriamente atacadas se alzaron al fin dando un grito de alarma, invocaron el poder real que garantizó su independencia, la nacion á cuya gloria habia contribuido, y la justicia cuya proteccion se les debia por tantos títulos. Temiendo los Jesuitas haberse adelantado demasiado y con escesiva precipitacion trataron de ocultar sus manejos á las miradas de los magistrados, y por lo comun desde entonces se valieron como de trincheras y caminos subterráneos para zapar los cimientos de las universidades ó introducirse en la plaza que ambicionaban. Su destierro de Francia despues del atentado de Juan Chatel retardó un poco sus buenos resultados, y aunque Enrique IV los llamó otra vez por efecto de miedo hizo continuar en el edicto de restablecimiento el articulo de la asamblea del clero que ponia á cubierto de las empresas de los buenos padres á las universidades y al clero de Francia. El parlamento de Tolosa registró tambien en 1623 las patentes concedidas por Luis XIII que de nuevo confirmaban el colegio de Tournon. Las Universidades acudian entonces á los magistrados oponiendose á esa donacion y protestando contra sus efectos, de suerte que en 13 de julio del mismo año las Universidades de Tolosa Valence y Cahors alcanzaron del Parlamento de Tolosa un

decreto notable en favor de las demandas de las Universidades contra los Jesuitas del colegio de Tournon. Ese fallo prohibe á dicho colegio que tome el nombre, título ni carácter de Universidad, á su rector y á todos los demas dignatarios que libren certificacion alguna de estudios, confieran grados en facultad alguna ni den beneficios, so pena de nulidad y otras arbitrarias, advirtiendo que toda certificacion y título librados por los tales serán nulos y de ningun efecto; prohibiendo á aquellos que los obtengan, servirse de ellos bajo la multa de quinientas libras.

Entonces estalló abiertamente entre las Universidades y los Jesuitas la guerra que estos admitieron con audacia, de modo que en 15 de diciembre el sindico de los reverendos padres presentó al consejo de S. M. una súplica pidiendo que se anulara el fallo del Parlamento de Tolosa, lo cual es decir que los Jesuitas querian que la autoridad real consagrase los derechos que habian arrancado del Papa contra las Universidades y apesar de sus mismas declaraciones. Las tres Universidades comparecieron ante el consejo é intervino en ello la Universidad de Paris con una esposicion robustamente motivada, pero el consejo del rey dictó un fallo singular que rechazaba la intervencion de la Universidad de Paris, mandando que procediese como le pareciera oportuno, y juzgando el litigio, sobresehía en el negocio salvando á los Jesuitas el derecho de acudir al Parlamento de Tolosa apelando del fallo dictado.

Es probable que las Universidades debieron al cardenal de Richelieu el que ese equivoco fallo no fuese una condena contra ellas y á favor de los Jesuitas, pues ya hemos dicho en otro lugar que Richelieu era un ministro que velaba con mucho celo por lo que afectaba los intereses, la gloria é independencia de la Francia.

La ciudad de Paris fué mas feliz en un litigio que sostuvo contra el famoso padre Cotton y los Jesuitas de Angulema que sin conocimiento del obispo ni de la municipalidad habian comprado alli un terreno, edificado casi un colegio, y erigido una Universidad. Como al parecer el Parlamento de Paris tomaba con calor este negocio, los Jesuitas cejaron, y por medio de su sindico hicieron presentar al tribunal una declaracion diciendo que nunca habian entendido fundar ni gobernar una Universidad en la ciudad de Angulema; y el Parlamento de Paris pronunció en 19 de setiembre de

1625 un fallo en el cual tomando en cuenta esta declaracion de los Jesuitas, y haciendo caso omiso de todo lo demas, declaraba nulo y abolido el contrato hecho con los Jesuitas para la ereccion de ese Colegio. En tiempo de Luis XIV la guerra de los Jesuitas contra las Universidades de Francia se encendió con mas ardor que nunca, sobre todo en los últimos años de aquel monarca que dejó empañar su real manto con el contacto de la sotana con la cual algunos suponen que llegó á vestirse. En su *Historia de la caida de los Jesuitas en el siglo XVIII* el señor conde de Saint-Priest dice que los Jesuitas por medio del terror gobernaron á Luis XIV ya viejo, y la misma opinion emite el conde de Saint-Simon en el tomo septimo de sus curiosas *Memorias*. Lo cierto es que el influjo de los Jesuitas fué por desgracia harto grande hácia el fin de ese reinado que comenzó con tanto brillo que habia dorado é impedido que se vieran las profundas heridas que atravesaban el corazon de la Francia, y de las cuales unas atacaban la libertad y otras amenazaban su reposo y su dicha. En los demas puntos de Europa los Jesuitas se agregaron á muchas Universidades llegando poco á poco á dirigirlas esclusivamente, ó apoderándose de ellas sin rodeos, ya por medio de la violencia ya por la astucia y el engaño, aunque casi siempre con la connivencia de los gobiernos que dejaban hacer á los hombres negros porque los seducian el esplendor y el saber de estos, ó sus pretensiones de ser los soldados mas vigilantes, firmes é inteligentes de la fé, y tambien porque vieron en ellos escelentes instrumentos para sostener en las cervices de los pueblos el yugo de la servidumbre. Tal fué evidentemente la causa que les granjeó á los Jesuitas la proteccion de los autócratas moscovitas. Los Jesuitas que hoy hacen que el Czar alcance tantas consideraciones de la corte de Roma (1) ayudaron en otro tiempo á la Rusia á sujetar á la Polonia, heróica hermana de la Francia, á favor de la cual Roma no tiene siquiera una súplica, y á la que los hombres negros ayudan á calumniar mientras nuestros gobernantes de acuerdo segun se dice con los hombres negros, la dejan aplastar sin concederle una lágrima, y sufocando con la jerga diplomática y de gobierno

(1) Se nos ha asegurado que el verdugo de Polonia acaba de encargar á un escritor francés que mediante una buena recompensa escriba una historia de Rusia. Lo que puede haber dado ocasion al Tártaro coronado para elegir al tal escritor es que ha compuesto una *Historia religiosa, política y literaria de la Compañia de Jesus*.

las chispas da la verdadera simpatia que la Francia esperimenta hácia los degollados hermanos de Kokciusko y Poniatwki (1).

En los primeros años del reinado de Luis XV los Jesuitas continuaron sus empresas contra las Universidades, y el cardenal de Fleuri los dejó hacer ó los ayudó acaso; pero las Universidades encontraron en los Parlamentos, en el espíritu público y en el instinto nacional una proteccion que les negaba la ignorancia del poder real. Lo que se llama filosofia del siglo XVIII, cosa que no tratamos de juzgar aquí, vino tambien como un poderoso ausiliar de las Universidades que lucharon mas vigorosamente y con mejor éxito, sin que no obstante consiguieran hacer soltar la presa al negro buitre, cuyas agudas y tenaces garras se habian engarabitado atravesándolo y ensuciándolo en el trage universitario, cuya forma puede variarse con prudencia y precaucion, pero que la Francia debe conservar con mucho esmero porqué es, por decirlo asi, su segunda bandera. La filosofía del siglo XVIII fué el mas terrible adversario que ha encontrado el jesuitismo, y á ella se debe sin duda el fallo que recayó contra los Jesuitas de Francia y que produjo su abolicion, y no deja de ser notable que los gefes principales de los filósofos y de los enciclopédicos, comenzando por Voltaire, fueron alumnos de los colegios Jesuíticos. Los sucesivos decretos de espulsion que cayeron entonces sobre la obra de san Ignacio en todo el mundo católico, y que finalmente fueron coronados por la pontificia sentencia de abolicion permitieron respirar á las Universidades; mas sin embargo con este ó con el otro caracter los Jesuitas continuaron en la enseñanza pública en diversos paises católicos. En Francia el impetuoso soplo de la revolucion pudo apenas barrerlos completamente del suelo cubierto con tantas ruinas: al crearse el imperio que de pronto pareció que queria apoyar su victorioso trono en los altares cristianos que levantaba, presentáronse al punto los Jseuitas como únicos instrumentos capaces de rehacer la pública enseñanza. De pronto el decreto imperial de 1804 los puso en derrota; pero el de 1808 que en su artí-

(1) Gregorio XVI ó mas bien el poder fatal que domina á ese infeliz viejo acaba de vituperar amargamente à la Polonia y á su patriótico clero cuyos miembros son proscritos y degollados con un encarnizamiento estraño por los asquerosos sabuesos del Nemrod moscovita (Abril de 1846).

culo 38 mandaba que todas las escuelas de Francia tomasen por objeto de su enseñanza los preceptos de la religion católica, hizo creer la posibilidad de que se introdujeran en la Universidad de Francia, que por la voluntad del gran centralizador habia reemplazado las otras Universidades parciales. Se ha dicho y escrito que Napoleon lejos de ser enemigo de los Jesuitas se sentia personalmente inclinado á ellos; á propósito de lo cual uno de nuestros mas ilustres oradores ha contado una anécdota que al paracer hizo alguna impresion en la cámara de los diputados cuando se interpelaba á Mr. Salvandy acerca de los motivos que dirigieron los golpes con que hirió al consejo real. Mr. Berrier cuyo talento y carácter nadie admira ni respeta mas que nosotros, contó con mucha oportunidad el relato de una visita hecha por Napoleon al célebre colegio jesuítico de Juilly manifestando con esto lo que por él se interesaba. Mas pocos dias despues que el orador de la legitimidad contó dicha historieta, uno de sus antiguos camaradas de Juilly que es Mr. Delcroi du Puij-de-Dòme escribe en 17 de mayo de 1845 á fin de rectificar la inecsáctitud del relato y de las aserciones de Mr. Berrier, engañado sin duda por lejanos recuerdos. Mr. Delcroi afirma que Napoleon nunca estuvo en Juilly, y que únicamente en 1801 al dirigirse á Dammartin tuvo la bondad de admitir una diputacion de los alumnos de Juilly á la cabeza de los cuales estaba el mismo Mr. Delcroi que tuvo el honor de arengar al primer consul. Napoleon contestó á los alumnos recordándoles que su hermano habia sido condiscípulo suyo y esto sin duda ha ocasionado la equivocacion de Mr. Berrier; y luego entre los profesores á algunos padres del ortaorio, pero Jesuitas, hizo de ellos el siguiente elogio: « Esos al menos no han hecho como mu-« chos otros, y se han mantenido buenos franceses. »

En verdad no vemos en todo esto una alabanza siquiera en favor de la negra cohorte y creemos del caso añadir que el gran capitan que por otra parte fué sinceramente cristiano, nunca fué amigo de los Jesuitas ni tuvo confianza en ellos; y si permitió que algunos continuasen enseñando, fué porque creyó que necesitaba de sus luces como profesores. La creacion de los pequeños seminarios fue una idea de los Jesuitas á quienes el alto clero entregó esos establecimientos, cuyo oculto objeto era eminentemente hostíl

á la Universidad: en nuestros dias vemos que ese objeto se manifiesta de un modo abierto. Felizmente la creacion del consejo real de instruccion pública fué un saludable dique opuesto á las invasiones de los Jesuitas y á sus ciegos aliados. Gracias á esa creacion del Consejo real de instruccion pública como lo hacia observar un periódico (1) que sostiene con talento y buen éxito la guerra que ha declarado al oscurantismo y á la negra cohorte que es su mas íntima y completa espresion, gracias decimos, á ese consejo la Universidad pudo salvarse de la enemiga que la restauracion le tenia. En los peores dias de esa época cuando la reaccion clerical amenazaba invadir la enseñanza, la Universidad poderosamente concentrada en la enérgica oligarquia del consejo real pudo salir victoriosa de ese tiempo de prueba. Y sin embargo esta institucion conservadora en la que el actual ministro de instruccion pública ataca con intenciones hostiles que la sugieren diestros compadres, los cuales creemos en honor de Mr. de Salvandy que saben ocultarle el juego no enseñándole de las cartas sino los colores hermosos. Ya se sabe que para responder á las elocuentes voces que se levantaron en las dos cátedras de la enseñanza principal y que indicaban á la Francia una nueva invasion contra la Universidad intentada ayer y repetida hoy por los Jesuitas y que acaso se realizará mañana si la Francia continua durmiendo el sueño de indiferencia, Mr. de Salvandy ha querido reorganizar, ó por mejor decir desorganizar el consejo real de instruccion pública. Mr. de Salvandy se ha visto sin embargo en la precision de reconocer los servicios hechos por la magistratura de la enseñanza pública en favor de la cual se ha escapado de la boca del ministro este significativo elogio, por efecto sin duda de uno de esos impetuosos é imprevistos movimientos de elocuencia que segun se dice tanto teme en su colegio de instruccion el gefe del actual gabinete. «Lo «repito, dijo Mr. de Salvandy en la cámara de los Diputados, el con-«sejo real salvó la Universidad en tiempo de la restauracion.»

(1) Hablamos del *Siecle* cuyo redactor Mr. Chambolle diputado de la izquierda dirige como general activo, hábil y resuelto una guerra abierta en su periódico contra los Jesuitas, sus aliados y sus compadres. La mayor parte de la prensa cumple tambien con su deber en este punto, y podemos citar el *Nacional*, entre las centinelas que vigilan con mas esmero los pasos del jesuitismo cada uno de los cuales es una amenaza para nuestras libertades.

Esto es cierto y tal es el motivo de los golpes que en las sombras da á esa magistratura tutelar la mano del ministro nombrado para velar sobre ella y protegerla, y que sin embargo consiente el ser el instrumento secular por cuyo medio el influjo jesuítico atormenta y disloca la magistratura de la enseñanza siniestra espera hacerle despedazar la Universidad misma. Debemos confesar aqui que el *Journal des Debats* sin embargo de ser el eterno panegirista de los ministros que estan en favor ha hecho sentir con bastante fuerza la férula doctoral al ministro. El que lo es de Instruccion pública ha llegado á sufocar una de las primeras voces que echaron el grito de alarma contra los Jesuitas que de nuevo amenazaban á la Universidad. Acaso conseguirá sufocar la otra, pero no importa, pues MM. Michelet y Quinet pueden reposar en silencio porque sus palabras no han sido arrojadas al aire ni infructuosas. A ellas responden ecos enérgicos de la prensa francesa, de las cámaras y del seno mismo de la nacion, y acaso bien pronto esos ecos tomando cuerpo harán callar y enterrarán bajo las tablas á los actores de la comedia gubernamental que se representa en provecho de la negra congregacion.

De este pálido é incompleto bosquejo de las guerras sostenidas durante tres siglos por la Universidad contra los Jesuitas venimos á deducir lo siguiente. Los Jesuitas desde su entrada en Francia procuraron apoderarse de la enseñanza y se introdujeron en ella con la astucia y con la fuerza, mas nunca por medio del derecho. La Universidad ha protestado siempre contra las empresas de los hijos de san Ignacio, y si el poder real no ha cerrado el oido á sus quejas la magistratura casi siempre las ha acogido y muchas veces hécholes justicia. Los Jesuitas pueden presentar Bulas pontificias que los colocan en la enseñanza pública sobre el mismo pié que la Universidad y aun los hacen superiores á ella, pero no pueden enseñar ni un fallo definitivo de los tribunales de justicia ni un edicto real que sancione en realidad y completamente sus intentos (1). El decreto imperial de 1803 invocado por los Jesuitas y resucitado por Mr. de Salvandy dispone que la enseñanza en Francia ten-

(1) Cuando el gobierno impulsado por los Jesuitas mandó recibir en Francia la Bula *Unigenitus* que ponia en desórden las corporaciones dedicadas á la enseñanza se vieron salir de los colegiós doscientos doctores, profesores ó directores célebres á cuya

ga por objeto los preceptos y los intereses de la religion católica, pero no admitimos de modo alguno que los Jesuitas puedan hallar en esto un titulo en favor suyo sino muy al contrario. Por otra parte la *Carta* ha garantizado la libertad de cultos y de conciencias, de modo que todas las creencias son iguales ante la ley y deben serlo ante el gefe del gobierno que es el primer magistrado de la nacion. En un notable discurso pronunciado en el consejo general del Saone-y-Loire, con motivo de la lucha de la Universidad contra los Jesuitas, Mr. de Lamartine ha dicho con la autoridad de su bello talento « la iglesia es la tradicion perpetuando sus dog-« mas, y la Universidad es el siglo que está enseñando. ¿Conviene « que nos unamos á los enemigos de esta última ? No, por lo que « á mi toca digo : respetemos á la iglesia, y hagamos justicia á la « Universidad. » Que los Jesuitas tomen parte en la enseñanza no puede impedírseles; pero debe evitarse quela enseñanza entre en su casa. Tengan enhorabuena colegios pero que estén sujetos á la disciplina, á la inspeccion á las reglas universitarias, á las leyes y á la moral comun : que el pais encuentre allí prendas seguras para que la juventud no sea educada en el olvido de los vínculos de la familia y del amor al suelo patrio. Que sobre todo la Francia advertida ya vele esmeradamente por el sagrado depósito de la enseñanza que no lo confie á manos impuras porque un sepulcro blanqueado es siempre un sepulcro. Que mi país no empuje hácia él á su generosa juventud, que no la deje bregar allí en los horrores de una noche que de nuevo nos amenaza con su velo tendido ante el brillante sol de la razon de nuestras libertades, en la asquerosa sabana mortal para todos los nuevos instintos de que el jesuitismo ha formado su bandera y con el cual quisiera envolver al género humano todo entero.

Llegados al fin de nuestra obra, obra de concienzudo trabajo, de conviccion profunda y madura, pero obra que en razon de la

cabeza estaban los Rollins, los Giberts y los Hersans que fueron reemplazados por los abates Praques, y los PP, Pichon y Ardiun hombres adictos al jesuitismo, cuyos detestables y anti-cristianos principios de moral profesaban abiertamente. Si hoy no se está muy à la mira se renovarà el mismo escàndalo y á los Michelets y à los Quinets sucederàn Jesuitas, que es cuanto puede decirse.

importancia, de la dificultad del asunto, del tiempo que nos ha sido posible consagrar á ella y del espacio en el cual nos hemos visto precisados á encerrarla forzosamente necesita la indulgencia del lector; debemos y queremos reasumirla en pocas páginas. El jesuitismo concebido en los ásperos y ascéticos sueños de un cérebro desarreglado, lleno todavia de los dorados sueños de la ambicion mundana; empollado bajo el ala de las ambiciones de los primeros hijos de san Ignacio; acogido en el gremio pontificio que creyó ver en ese huevo terrible el poderoso gérmen en cuyo desarrollo podia apoyarse el catolicismo conmovido por la reforma, el jesuitismo, decimos, cuenta hoy tres siglos de ecsistencia. Desde sus primeros pasos invadió la Europa, casi toda la América, gran parte del Asia y algunas playas del Africa. Ya hemos contado las diferentes faces de su estraña ecsistencia; en todas partes lo hemos pintado llegando en actitud humilde y modesta, estableciéndose con rapidéz é inteligencia, despues dominando con orgullo, avaricia y dureza, y despues y muy luego adivinado ya, conocido y rechazado, manteniéndose todavia por medio del ardid ó á viva fuerza, y finalmente arrojado por el odio y el desprecio. En Europa solamente los Jesuitas fueron lanzados treinta y ocho veces de diferentes comarcas, y este número por si solo tiene una significacion muy positiva. En Europa, en Africa, en las dos Américas y en todas partes la presencia del jesuitismo ha ido siempre acompañada de calamidades públicas, y si es la casualidad la que hizo estas como condicion precisa de su ecsistencia, el jesuitismo tiene motivo para quejarse de la casualidad; pero decimos con toda la sinceridad de nuestra alma que la presencia de ese genio fatal debia y debe ser en todas partes funesta; á la manera de un polo tocado por el iman del infierno el jesuitismo debe atraer siempre la desgracia y la ruina. Esto consiste en que la desgracia de los demas y la ruina pública son para él la mejor condicion de vida, como son tambien su fatal consecuencia; esto consiste en que los Jesuitas no tienen familia ni patria: esto consiste en que cada uno de ellos no es mas que una cifra que coloca á derecha ó izquierda segun le place la mano que los mueve, los coloca ó saca de su lugar: esto consiste en fin en que pertenecen en cuerpo y alma á una corporacion que no está contenida por vínculo alguno que no

pueda romper, por ningun deber que se crea obligada á respetar, á una corporacion que no obra sino para ella; que no piensa sino en ella, y que dejaria que el mundo se viniese abajo si con los escombros podia edificar otra vez su asilo maldecido por Dios y por los hombres.

Las islas británicas han sido bastante felices para no ver nunca la bandera de Loyola flotar triunfante en su suelo sino pocos instantes y tan solo en algunos puntos. La sangrienta Maria en Inglaterra y Maria Stuart en Escocia quisieron en vano apoyarla en su trono, pues la desconfianza y el horror de los pueblos inutilizaron todos los esfuerzos hechos por el poder en favor del jesuitismo. En Irlanda los Jesuitas fueron siempre mas poderosos pero no mas felices en definitiva. Ese pais creyendo combatir por su libertad y por su creencia derramaba torrentes de sangre á favor de la causa de san Ignacio: mas en nuestro concepto el apoyo y que Felipe III de España concedió al conde de Tyrone y á los Irlandeses revulucionados fué debido á las intrigas de los Jesuitas. La gran Bretaña ha tenido hasta nuestros dias horror al jesuitismo, que mas que los reformadores y acaso mas que Enrique VIII ha contribuido á que fuera proscrita de ese pais la religion católica. Cuando se discutia la emancipacion de los católicos ingleses, el obispo ingles de Chester dijo: «Lo que me repugna no son las «doctrinas teológicas del catolicismo, sino las doctrinas morales «de algunos de sus religiosos, y sobre todo me espantan sus doc«trinas políticas acerca del poder eclesiástico,» El conde de Liverpool añadia: «Yo no me declaro contra las doctrinas de la «transubstanciacion y del purgatorio, sino contra el influjo que «los sacerdotes católicos tienen en todas las relaciones de la vida «privada.» Es evidente que cuando el noble Par pronunciaba estas palabras entendia hablar de los Jesuitas y nos lo va á probar otro hecho. En 11 de febrero de 1846 la Cámara de los Comunes de Inglaterra se ocupaba en votar la segunda lectura del Bill de alivio de los católicos romanos. El objeto de la ley propuesta en poner un término á las penalidades que aun hoy pesan en la Gran Bretaña sobre los católicos, sin otro motivo que su creencia religiosa. Al parecer en las Cámaras nadie hubiera pensado en rechazar el Bill á no ser que por la generalidad de los términos en que

estaba concebido pareció destinado á hacer que desapareciera la prohibicion de las leyes inglesas contra la Compañía de Jesus, órden fatal, segun dijo un miembro de la cámara, cuyo objeto es suprimir todo espíritu de discusion, toda voluntad individual y todo libre alvedrio, sin mas fin que dominar á los hombres á los cuales no solo quiere arrebatar la libertad del cuerpo sino tambien la del alma que amasa en el fango de la servidumbre. « Persigamos siem-« pre al jesuitismo, decia Lord Morpeth resumiendo la discusion, « pero no oprimamos á los Jesuitas. » He aqui lo que nosotros quisiéramos oir que se dijese, lo que nosotros querriamos que hicieran nuestros gobernantes.

En España cortaron incesantemente el vuelo de los Jesuitas los celos de los dominicos establecidos antes que ellos en la península que tantas veces cubrieron de nobles cenizas y de sangre inocente. Los Jesuitas mas de una vez mostraron el odio que en su corazon alimentaban contra los hijos del sombrio Domingo; mas otras fraternizaron con ellos, y quisieron importar la Inquisicion en Francia dirigiéndola ellos, como lo justifican la obra del señor conde de Saint-Priest y las de los otros autores. En este momento en que un sombrio velo cubre la era de paz y de libertad que debe al fin brillar para la España se ven agitarse sobre esta escena, en que domina un soldado feroz entre una reina inocente y otra que está muy lejos de serlo, las fatales sotanas de Loyola, puesto que el esposo que quiere darse á Isabel II es el conde de Trapani alumno de los Jesuitas.

Desde 1540 á 1750 los reverendos padres dominaron absoluta y omnimodamente en Portugal, pais eminentemente católico, y que si permitió que Pombal los arrojara fué porque le habian hecho sufrir mucho. Al cuadro que del reinado de los Jesuitas sobre el suelo Lusitano hemos bosquejado podemos añadir que los hijos de Loyola que nunca retroceden ante el escándalo no se avergonzaron de hacerse partidarios de la impúdica muger de Alfonso VI, á la cual ayudaron para destronar y envenenar á su marido, y casaron con otro viviendo aun el primero. El apogeo del poder Jesuítico en Portugal fué el reinado de Juan V, época que lo es tambien del influjo inglés en ese reino.

La Italia puede acusar al jesuitismo de una gran parte de su larga

agonia, y los buenos padres supieron hacerse temibles á los mismos papas mientras muchas veces dirigian sus rayos medio apagados. Aun hoy dia ejercen en ese pais un influjo inmenso contra el cual lucha en vano la Italia encadenada y débil que á veces sacude sus cadenas maldiciendo á sus opresores. Las poblaciones del gran ducado de Toscana menos contenidas alzan la voz contra el jesuitismo, al cual actualmente persiguen en las religiosas del Sacro-cœur que allí lo representan. Sin duda deben darse gracias á los Jesuitas de que en el arzobispado de Ferra los médicos hayan de separarse de la cabecera del enfermo si no se confiesa despues de la primera visita. Cree, y sanarás decia el hombre Dios al paralítico; y el cura italiano apuntando al moribundo el crucifijo como una pistola le grita, cree ó eres muerto.

Gracias á la reforma la Holanda se sustrajo al influjo de la negra congregacion; pero la Bélgica aun le está sujeta, y los sacudimientos que hacen oscilar la fresca corona de su rey lo dicen de un modo bien claro.

Nadie ignora los recientes sucesos á que el influjo de los Jesuitas ha dado lugar en los cantones católicos de Suiza. Los hijos de Loyola rechazados por la parte protestante de los hijos de Guillermo Tell parece que quieren vengarse invitando á las grandes potencias á que borren del mapa de Europa la república helvética.

En Alemania el jesuitismo protegido por Metternich y por el Aguila austríaca ha dado origen por solo el odio que inspira al catolicismo aleman. La gaceta de Weser de 22 de agosto de 1845 anunció que en los disturbios acontecidos en Leipsick, en Dresde y en otros puntos fueron presos algunos obreros á los cuales se les encontraron encima pruebas de estar filiados en la Compañía de Jesus y la consigna venida de Roma, como tambien notas tomadas por los emisarios del general de la Compañía acerca del clero germánico. Nadie ignora que la conducta que los reverendos padres hacen observar á la iglesia de Roma con respecto á la desgraciada y heróica Polonia, tiene por objeto recompensar al Czar la proteccion que les concede á ejemplo de sus predecesores (1).

(1) Es notable que el emperador de Rusia deja penetrar en su reino los libros escritos por los Jesuitas ó en favor de ellos, mientras cierra la puerta á toda obra que

La Prusia actualmente gobernada por un soberano que parece estar animado de laudables intenciones á favor de sus pueblos, se arrepiente acaso, como lo hizo Federico II, de haber dado acogida al jesuitismo y dejado perecer el reino de Polonia.

En Rusia... ¿pero que nos importa que haya Jesuitas entre los hielos de esa tierra en donde la esclavitud ha pasado á ser crónica? Ojalá que todos los Jesuitas estuviesen en Rusia, pues entonces la civilizacion y la libertad no tendrian que velar sino hácia un lado, y un solo grito bastaria para que los centinelas de la una y de la otra indicase la irrupcion de la barbarie y del fanatismo.

Nuestros lectores saben ahora los efectos producidos en Francia por las sucesivas apariciones de la fatal bandera de san Ignacio bandera unas veces abatida, y otras alzada por el poder real; pero siempre temida, despreciada y odiada por las poblaciones en general. Cuando en los tres dias el pueblo hizo pedazos la corona de la legitimidad sin tocar la cabeza que la llevaba tan orgullosa y locamente, no pensó siquiera en mirar hácia la parte del monarca desterrado para ver si el jesuitismo le seguia en su destierro. Orgulloso con su victoria y confiado en su fuerza creyó que daria razon de dos adversarios á la vez, pero se engañó. Gratz ha dado ya acogida á dos reyes desterrados; el tercero no puede esperar verse otro dia en el suelo de Francia sino es como simple y tranquilo ciudadano; pero Roma contiene todavia á los Jesuitas y á su general, y estos han aparecido otra vez en Francia. Los Jesuitas son todavia ricos pero lo niegan; son muchos y lo confiesan, son poderosos y está á la vista. Los Jesuitas tienen ahora periódicos y periodistas que se titulan Jesuitas; tienen escritores, predicadores, amigos y protectores que se titulan tambien Jesuitas; pero lo mas admirable es que tienen un teatro que segun se dice está bajo el influjo jesuítico, y ese teatro no es la escena mas moral de todas. Asegúrase tambien que la medida por medio de la cual el Prefecto del Sena en 31 de diciembre de 1845 ha arrebatado brutalmente á

huela à liberalismo. Nuestros ministros que tan galantes se muestran con el autócrata acaso no saben de que manera trata al rey constitucional. Conocemos una persona que muchas veces ha visto al Czar, y á quien este preguntaba siempre; Y bien? que tal vuestro Luis Felipe?. Es de advertir que añadia un epiteto que no osamos escribir y cuya groseria indignaba à nuestro compatricio sin embargo de que es legitimista.

los colegios seculares las señoras que viven en ellos, es una medida alcanzada por los Jesuitas y que debe ser útil á las casas religiosas que dirigen ó que les pertenecen. Mr. de Salvandy dió su ministerial aprobacion á esta medida que no ha sido bastante notada y que no se estiende á los conventos. Los Jesuitas procuran reanimar las congregaciones particulares que desde fines del siglo XVII se afiliaron al jesuitismo, reforzándolo á manera de los estribos que sostienen un edificio. A este propósito remitimos al lector al curioso libro de Tabarand de los *Sacrés-Coeurs*. Supónese que antiguamente esas congregaciones eran cuatrocientas veinte y ocho; hoy no sabemos á que número llegan. Montronge se ocupaba particular y paternalmente en estender en Francia el número de las conregaciones del *Sacré-cœur*. Consérvase todavia un libro del padre J. Crasset que desde 1668 á 1698 fué director de la gran congregacion llamada de las misiones en la iglesia de los Jesuitas de la calle de san Antonio, el cual prueba claramente que los hijos de Loyola eran los gefes de esas congregaciones diversas cuyos confesores eran tambien Jesuitas. Ecsiste un edicto del Parlamento de 9 de mayo de 1760 que prohibe la ecsistencia no legalmente autorizada de las asociaciones, congregaciones y cofradias; pero los Jesuitas siempre se han burlado de las leyes. El clero de Francia que tantas veces ha rechazado con el gran Bossuet el influjo ultramontano de que los Jesuitas son la mas completa espresion cual son su mas funesta consecuencia, parece que hoy, á lo menos por lo que toca al alto clero ha olvidado su aversion y las lecciones de lo pasado. Esperamos sin embargo que la iglesia galicana conocerá á tiempo el falso camino que le hacen seguir los hijos de san Ignacio, camino qne no puede llevar sino á un precipicio del cual quisiéramos separarla. Un miembro de la cámara de los pares ha dicho en 23 de abril de 1844 que los Jesuitas no pueden enseñar la adhesion, sobre todo á franceses, porque esto seria llevar muy lejos la abnegacion y el olvido, y dar un mentís demasiado violento á su historia y á la nuestra. No pueden enseñar el amor de la Francia, y por esta razon son imposibles en ella, y la Francia no los quiere. Nosotros añadimos: Esta es la razon porque la iglesia de Francia no debe querer mas Jesuitas, cuya sotana puede con su solo contacto ennegrecer el blanco trage que

nuestros sacerdotes deben llevar, y con el cual pueden todavia ser amados y respetados en nuestra Francia revolucionaria. Sabemos bien que Bossuet no fué jamás cardenal, porque fué siempre celoso defensor de las libertades de la iglesia galicana, y que algunos de los actuales prelados deben su báculo y su capelo á una conducta del todo diferente; pero esto nada importa, porque el amor y la veneracion de los pueblos son un adorno tan hermoso como el oro de una mitra ó el color rojo de un sombrero. Es cosa estraña ver obispos que sostengan la causa de gentes que siempre les han negado y acaso les negarán mañana la obediencia religiosa. Por sus mismas constituciones y privilegios, y por la naturaleza misma de su instituto, los Jesuitas se libran de la jurisdiccion episcopal llamada por otro nombre supremacia del ordinario; sin embargo la constitucion primitiva y fundamental de la iglesia quiere que ningun cuerpo ni individuo esten ecsentos de esa supremacia y jurisdiccion. Ya sabemos que hay escepciones, pero muchos escritores, entre otros el abate Fleury las vitupera, san Bernardo las declara perniciosas, el concilio de Constanza las condena, y la ordenanza de Orleans las rechaza aunque menos enérgicamente que la asamblea general del clero francés reunida en 1695. En Francia es cosa ya sancionada que esas escepciones contrarias al derecho comun no pueden ser concedidas sino con permiso del soberano, sin el cual hay verdadero abuso, como dice Freret en su tratado de los abusos: pero en fin el articulo 10 de la ley orgánica de 18 germinal del año 10 declara abolido todo privilegio que ecsima de la jurisdiccion episcopal; de donde resulta que los Jesuitas posesores de esos privilegios, y que segun sus constituciones no pueden separarse de ellos, no deben ser admitidos en Francia como cuerpo, á lo menos como instituto. Los Jesuitas nunca han conseguido poder entrar en la enseñanza pública sin sujetarse á la jurisdiccion de la Universidad, y del mismo modo tampoco pueden formar un establecimiento sin conformarse con las leyes de la iglesia galicana y con las del reino. Sino quieren verificarlo, el poder sabe, ó debe saber lo que toca hacer; y en caso necesario ahí está la nacion para recordárselo. El papazgo que habia destruido el jesuitismo lo ha restablecido otra vez, y haciéndolo está en su derecho aunque en nuestro concepto ha cometido una falta. Luis XV por medio de

una ley arrojó de Francia á todos los Jesuitas; enséñesenos pues una ley hecha en nombre de Luis Felipe I que los llame otra vez, y sin esta sostendremos que los Jesuitas continuan desterrados de Francia, y acaso lo sostendremos aun con ella. « No hay tregua « posible con el jesuitismo, esclamó el terrible adversario de los « Jesuitas Ripert de Monclar; no hay tregua posible con el jesuitismo, repetimos nosotros. » Para que la Francia continue siendo lo que Dios quiere que sea, esto es, el faro intelectual de las naciones, cuyos rayos salvadores, vivificadores y santos deben indicar el abismo que se abre, y el puerto que se presenta, es preciso que sin descanso y hasta que quede completamente desembarazada de ella sacuda esa túnica envenenada, que los Nesos de sotana quieren estender sobre su sagrado suelo, y que en este momento le hacen presentar por la mano de una Dejanira engañada.

Conjuramos á todo hombre que ame la familia, que es el hogar interior, la patria que es el hogar esterior, la humanidad que es el hogar general, la libertad que es su calor y la razon que es su luz, le conjuramos para que cualesquiera que sean su nombre, su título, su posicion y su creencia, una su voz á la nuestra á fin de que por todas partes se estienda el grito reprobador de; no hay tregua con el jesuitismo, con el jesuitismo que penetra en la familia para desunirla y corromperla; en la patria para diseminarla ó perderla, que sopla en la razon para estraviarla y que confisca la libertad ó la sufoca. No, no hay tregua, nunca jamás haya tregua con el jesuitismo.

Acaso no le pesará al lector ver aqui la cronologia de los generales que ha tenido la Compañía de Jesus. Desde su fundacion hasta nuestros dias los Jesuitas han tenido veinte y cinco gefes supremos contando los administradores de la órden refugiada en Rusia. Continuamos la lista de ellos indicando la fecha de la eleccion de cada general y el pais en que habia nacido.

1 Ignacio de Loyola, Español elegido en. . . . . . 1541.
2 Santiago Laynez, Español. . . . . 1556.
3 Francisco Borja, Español. . . . . 1568.
4 Everardo Mercurien, Belga. . . . . 1573.
5 Claudio Acquaviva, Italiano. . . . . 1581.

6 Mucio Vitelleschi, Italiano. . . . . 1615.
7 Vicente Caraffa, Italiano.. . . . . 1646.
8 Francisco Piccolomini, Italiano. . . . . 1649.
9 Alejandro Gottofridi, Italiano. . . . . 1652.
10 Jovino Nickel, Aleman. . . . . 1662.
11 Juan Pablo Oliva, Italiano. . . . . 1664.
12 Carlos de Noyelle, Belga. . . . . 1682.
13 Tirso Gonzalez, Español. . . . . 1697.
14 Angel Maria Tamburini, Italiano. . . . . 1706.
15 Francisco Retz, Aleman. . . . . 1730.
16 Ignacio Visconti, Italiano. . . . . 1751.
17 Eloiso Centurioni, Italiano. . . . . 1755.
18 Lorenzo Ricci, Italiano. . . . . 1758.
Pablo Ciernicewicz vicario general. . . . . 1782.
Linkiewicz, Vicario general. . . . . 1785.
19 Javier Kareu, vicario general perpetuo y despues general de la órden en. . . . . 1799.
20 Gabriel Gruber, Aleman. . . . . 1802.
21 Tadeo Bzrozowski Polaco. . . . . 1814.
22 Luis Forti, Italiano. . . . . 1820.
23 Roothaan, Holandés. . . . . 1829.

El padre Roothaan es general actual. De la anterior lista se deduce que entre los gefes de la famosa compañía no ha habido un solo francés, y ojalá pudiesemos decir que tampoco los ha habido en las clases inferiores de la negra cohorte; mas por desgracia no es asi. La Francia es un pais demasiado hermoso y demasiado rico, donde tiene demasiada fuerza la idea que remueve al mundo para que los Jesuitas no hayan hecho siempre los mayores esfuerzos á fin de arraigarse en su suelo, y gracias á la fatal condescendencia del poder y á la habilidad de los reverendos padres cuando cayó la compañía de Jesus en tiempo de Luis XV contaba en las provincias francesas muchos millares de soldados. Segun los escritores de san Ignacio los bienes que los Jesuitas poseian en Francia y que se les quitaron á consecuencia de su espulsion ascendian á 60.000,000 de francos. ¿Y cual es hoy su fortuna? No hay quien pueda decirlo; mas sin embargo el reciente proceso relativo

al asunto de Affaer ha probado que san Ignacio no está desprovisto en Francia. Los reverendos padres no han perdido su antiguo talento de colocarse sin ruido y con destreza en la alcoba de un moribundo timorato ó de un jóven exaltado, y de hacerse dar á título de religiosos pobres, cándidos y desinteresados la fortuna, cuyo precio ignora el segundo, y cuyo peso es gravoso para el primero. Bien hubiéramos podido citar mas de un manejo y de una operacion de minador hechos por los hijos de san Ignacio en estos últimos tiempos, y de los cuales el ministro de justicia Mr. Martin se ocupa muy poco, y tan poco que cuando en la cámara de los diputados se le dice que esplique la inaccion de sus subordinados en este punto, sin embargo de las quejas formales y apoyadas que se les dirigen, Mr. Martin se contenta con sonreirse mirando hácia los centros que le miran encojiéndose de hombros, despues de lo cual el ministro y los ministeriales van al capitolio á dar gracias. En verdad que hay porque darlas. Nos parece recordar que Mr. Guizot en su libro titulado *Historia de la civilizacion de Europa*, que es un hermoso libro, emite contra el jesuitismo un juicio que guarda muy poca armonia con su proceder respectivamente á los Jesuitas. Esto consiste en que hay una terrible diferencia entre Mr. Guizot historiador, y Mr. Guizot ministro, entre el escritor y el político. Los Jesuitas protegidos por nuestros gobernantes que les conceden su proteccion con este ó con el otro título, punto que no queremos discutir, han restablecido sus negocios en Francia mas de lo que se cree y reforzado sus negros batallones. Sentimos no poder indicar por lo menos los varios medios empleados por ellos, y nos contentaremos con decir que existe una cofradia fundada por el grande predicador jesuita el P. de Ravignan que se compone de laicos y cuyos reclutas son personas que manifiestan muy buena disposicion á favor de la negra cohorte. Esta compañía ó asociacion se ocupa del todo; da empleos á los que no los tienen, procura á los celibatarios mugeres que tengan dote (podriamos citar egemplos y nombres, sobre todo estrangeros), coloca obreros que no tienen trabajo y procura los adelantos de los aspirantes á diplomático. Se supone que hay muchos grados de afiliacion. Dase por seguro que esa sociedad cuenta en Paris mas de mil quinientos miembros, y que su impulso superior le viene

de los Jesuitas, sin que siquiera lo sepan muchos de los miembros colocados en los inferiores escalones de dicha congregacion. Es claro que son muchas las gentes que se dejan reclutar puesto que nada se les pide ó muy poca cosa y se les da mucho; pero ¡ ay del dia en que sea preciso contar! Parece que los Jesuitas creen que ese dia está cercano, y nosotros deseamos que asi sea pues quisiéramos que otra vez apareciera en público la bandera de san Ignacio para verla despedazar tan completamente que no quedase de ella el menor retazo. Repetimos que en nuestro concepto no tardará ese momento, y creemos que la impaciencia de los hombres negros y los errores de nuestros gobernantes apresurarán esa hora predestinada en que se debe hacer justicia, y justicia será hecha. Cuando haya sonado esa hora solemne nos quedará que hacer una cosa para completar nuestra obra, y esa cosa será un Epílogo con el título de El Juicio final.



INDICE DEL TOMO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

TOMO SEGUNDO.

PAUTA Ó GUION

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO 1.°

TOMO 2.°

